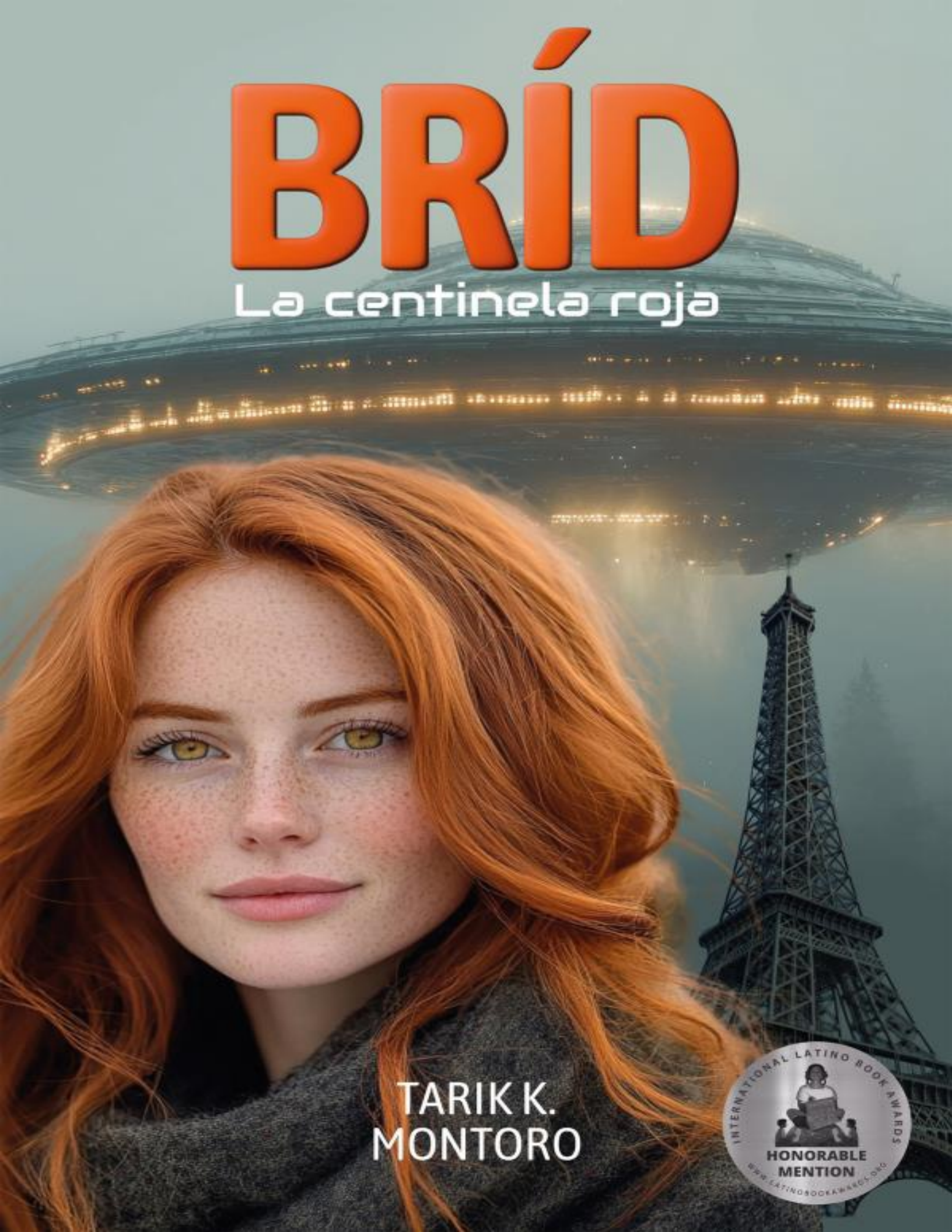
BRÍD

La centinela roja



TARIK K.
MONTORO

INTERNATIONAL LATINO BOOK AWARDS
HONORABLE MENTION
WWW.LATINOBOOKAWARDS.ORG

BRÍD

LA CENTINELA ROJA

Tarik K. Montoro

BRÍD

LA CENTINELA ROJA

Novela galardonada con dos Menciones Honoríficas en los Prestigiosos «International Latino Book Awards 2024» de los Estados Unidos de América, en las categorías de Ciencia Ficción y Espiritualidad.

EDITORIAL
LETRA MINÚSCULA

Primera edición: diciembre de 2024
ISBN: 978-84-1090-131-5
Depósito legal: B 23497-2024
Copyright © 2024 Tarik K. Montoro
M-003057/2022
09-RTPI-03377.5/2022
Editado por Editorial Letra Minúscula
www.letraminuscula.com
contacto@letraminuscula.com

Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas en el ordenamiento jurídico, queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita de los titulares del *copyright*, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático.

A las personas más buenas y extraordinarias. Esas que todos los días se van a la cama habiendo ayudado a alguien. Que no dejan escapar la oportunidad de auxiliar a los demás y lo hacen porque saben escuchar los dictados de su voz interior. Perciben las señales. Comprenden cuál es su misión. Son almas discretas y comedidas que van a contracorriente, por eso se sienten fuera de lugar. Por eso terminan pensando que no encajan bien aquí, que «no son de este mundo».

Si te reconoces, si eres una de ellas, si de verdad eres alguien tan especial y todavía no has hallado respuestas, este libro va dedicado a ti.

«La casualidad es la manera que tiene Dios de mantenerse en el anonimato».
Albert Einstein

Veo que esto que llamamos vida es una experiencia compartida en la que mezclamos las fuerzas y las debilidades de nuestras esencias. Al final, creo que todo va de querer y hacerse querer. De invocar el afecto en los demás y en uno mismo agitando el corazón y su bondad.

Me he dado cuenta de que no es fácil, pero sí sencillo. Solo hay que pensar con amor y basar nuestros actos en esa corriente de paz. Venimos con ello dentro. No hay excepciones. No sirven las excusas. Se oye con nitidez.

Así, siguiendo los dictados de ese secreto, comprobaremos que, aunque el tiempo pase y ya nadie nos mencione, nuestro ejemplo seguirá perdurando y habremos hallado el camino de la felicidad alumbrando a los demás. Creando fabulosos recuerdos.

¿Podemos llevarnos algo más valioso que eso?

Este libro es una obra de ficción. Los hechos que se narran, personajes, nombres y apodos son pura invención y, por lo tanto, cualquier parecido con personas vivas, muertas o por nacer es del todo casual. Dicho esto, te doy la bienvenida y te animo a buscar la verdad que existe entre estas páginas.

Adelante. Escapemos de la realidad.

NOTA DEL AUTOR

Hace mucho mucho tiempo, una persona admirable y lejana me dijo esto: *«I just wanted to say, I wish you and I could escape from reality in our dreams and travel together, and have no worries, just for a short period of time»* (Solo quería decirte que ojalá tú y yo pudiéramos escapar de la realidad en sueños y viajar juntos, sin preocupaciones, tan solo por un breve período de tiempo).

Sé que es algo subjetivo, que no tiene por qué ser como yo lo veo. Sin embargo, en ocasiones como esta, detecto que el «alma» se expresa sin pedir permiso. Sin doblar el sentido. Parece que quiera declararnos que existe y por eso se salta la discreción y nos enseña que es capaz de llegar adondequiera con el motor de la imaginación. Hasta da la impresión de que la verdad acompasa su creatividad con pinceladas de realidad.

Somos capaces de mejorar el mundo cuando actuamos al son de ese punto indefinido y dejamos que la inteligencia de nuestra esencia nos ayude. Por eso veo que hay personas inspiradas y personas que son inspiradas, y estas últimas producen el mismo efecto en otras que no lo estaban, como un incendio bondadoso en el que uno es feliz y nadie percibe que está por encima del otro.

Una vibración en la que somos iguales ante lo que nos une y nos ensalza. Así, entendemos que no somos tan distintos. Nos ayudamos los unos a los otros a partir de esa premisa, desde el amor que hay en todos nosotros. Seguro que has vivido la gratitud que ofrece esa sensación.

Bien, tampoco quiero que creas que soy un ingenuo. No te discutiré que la vida es dura, que tiene obstáculos o que nos pierde en la monotonía de la rutina centrando nuestra atención en inquietudes, fracasos, limitaciones, tabúes, intereses o convencionalismos sociales. No. No seré yo el cínico irresponsable que te diga que pases de todo. Pero sí creo que la cantidad de importancia que les asignamos a esas cosas nos aleja de la simplicidad que tuvimos, que tenemos o que podemos llegar a tener.

Estamos experimentando y hay que ser valientes. Y si hiciera falta, se pide ayuda. Ya verás cómo las personas inspiradas acuden a ti. Seguro.

Confío en que intuyes de qué va esto, pero trataré de explicarme mejor.

Con el tiempo, parece que la madurez nos arrebata el derecho de amar sin miedo y nos desvía de los sentidos ocultos. Nos mete demasiado aquí y nos ciega de las señales que nos conectan con el verdadero yo, con ese algo invisible que pensamos que pudiera existir y que algunos respetan solo por si acaso. Ese algo a lo que yo he llamado El Orden, pero que tú puedes llamar como quieras.

De cuando en cuando, vuelvo y reflexiono sobre esas palabras que me dijeron y sobre otras cosas que a mí me parecen que vienen del mismo sitio. Procuro hacerlo desde una mirada neutra e infantil, con la bendita ignorancia de observar sin juzgar. Aunque algunas de esas ideas me parezcan mágicas y decoradas con la chispa de la locura, algo muy fuerte en mi interior desea creerlas. Concibo su fiabilidad y me producen la necesidad de buscar el poso de su verdad todos los días de mi vida.

Pues bien, después de un tiempo, puedo decir que he roto algunas cadenas de mi existencia. Además, he hallado la forma de amar en libertad, de escapar de la realidad en sueños y también he alcanzado la oportunidad de invitarte a viajar conmigo. Te garantizo que el alma nos puede llevar hasta allí. Hasta la eterna felicidad que alberga el presente, sin preocupaciones, por un corto y maravilloso período de tiempo. Solo eso. Solo ahora.

¿Escapamos juntos? ¿Te atreves a soñar?

CAPÍTULO 1. V

- *CIUDAD DE PARÍS (FRANCIA), AÑO 2031*

—¡Malditos desgraciados! —gritó en voz baja rechinando los dientes—. ¡No!, ¡no!, ¡no! ¡¿Por qué?! —volvió a chillar en susurros, rabiosa.

El aire se había vuelto insuficiente para tanto esfuerzo y sus pulmones ardían en un frenesí incontrolable de bocanadas mudas.

La perseguían sin descanso y no había sido capaz de quitárselos de encima. El nudo de su coleta se desvanecía en el trasiego de la escapada, huyendo entre los muros ruinosos y abandonados de lo que un día, antaño, tuvo que ser un hospital limpio, blanco y aséptico.

La piel de su rostro estaba cubierta por un hollín que hacía resaltar el oscuro verde de sus ojos, hipnóticos y perturbadores como el jade. Su pelo, cortado a jirones, se balanceaba de lado a lado sin poder seguir el ritmo de la carrera. Al patear esa puerta abatible, lamentó de inmediato su error, pues el silencio reinante de aquella estancia era sepulcral.

La invadió un devastador sentimiento de preocupación. Ya no podía desandar el camino. Lo sabía. Aun así, volvió la mirada atrás y se llevó las manos al rostro durante unos segundos, desalentada. Sus dedos rezumaban el rojizo líquido vital, que ahora, a juego con la intensidad de sus ojos, lucía como ellos en forma de V sanguinolenta, marcando su frente al retirarse el pelo hacia atrás. «Estoy sola», se dijo a sí misma, pero no con ánimo derrotista, sino buscando esa fuerza interior que jamás la había abandonado.

Su vista se adaptó con rapidez a la oscuridad y se dirigió al fondo de esa enorme sala que no recibía una sola pizca de luz. Algo ilógico y ancestral, ya superado, le traía recuerdos infantiles de terrores nocturnos, quizá heredados, atávicos o impresos en su ADN. No hizo el mínimo caso de esa pequeña alarma parpadeante de su interior porque la ausencia de luz se había convertido en su aliada, su refugio, su oportunidad contra ellos.

No los escuchó entrar, pero lo supo porque todos los vellos de su cuerpo estaban erizados. Su gruesa camiseta de tirantes comenzó a estrujarle el pecho. Era la conocida señal de segregación de adrenalina. Se despojó de la pesada mochila y permaneció de pie, quieta, extrayendo las pistolas que portaba en las perneras con lentitud. Un animoso pensamiento recorrió su mente: «Mis gemelas nunca me han fallado», refiriéndose a sus queridas pistolas Glock de cañón largo amunicionadas con cartuchos de punta hueca.

El enfrentamiento, esta vez, sería inevitable.

Cerró los ojos por un instante, como implorando suerte para el combate, y al abrirlos pudo verlos con claridad. Le ocurría con frecuencia y no era capaz de darse una explicación sensata, pero eso era lo que la hacía distinta; lo que la mantenía con vida.

Dos *Blue* se movían por los lados tratando de encerrarla. Por suerte, Emily estaba bien entrenada y no se dejaría atrapar con facilidad.

Antes de El Colapso, algunos visionarios decidieron almacenar en discos duros cientos de vídeos explicativos sobre supervivencia, armamento y defensa personal. Así, guardó con femenina y sigilosa suavidad una de sus gemelas y adoptó esa postura entrenada hasta la saciedad, ladeando la pistola y enrasando el arma como había aprendido, al estilo CAR. Con todo, saboreaba nerviosa la calma previa a la tempestad.

Una secuencia de fogonazos destellantes iluminó la gigantesca estancia revelando unas lámparas oxidadas, moribundas y flexibles instaladas en el techo. Ellos disparaban sin control hacia todas partes. Ella se movía en silencio entre los restos abandonados de esa oscura sala de operaciones. Eran incapaces de localizarla entre las sombras, no acertaban a atinarle; por eso disparaban al azar. Algo impropio de ellos, dada su conocida precisión de disparo.

Emily había aprendido a no malgastar sus cartuchos, de modo que afinó con calma su puntería y disparó con certera rapidez a sus perseguidores.

Al verlos abatidos en el suelo, se escabulló a toda prisa hacia la misma puerta abatible que delató su posición, aunque los Blue continuaban disparando sus proyectiles naranjas por toda la estancia. Escapó de allí alejándose del peligro, pero cuando estuvo fuera se acordó de la mochila. Se la había dejado olvidada.

Se mantuvo en un dilema interno, petrificada, tratando de calcular el riesgo. Una parte de ella gritaba: «¡Sal corriendo ahora que puedes!», pero ella lo tenía presente, no podía aceptar la cobardía; así no se sobrevive en un mundo en guerra. Había forjado su carácter a base de ganar, de perder, de luchar. No obstante, agradecía la presencia del miedo en su interior; le daba ese punto extra de energía que le había salvado la vida en más de una ocasión.

Solo existía una razón para ignorar aquellos avisos y esa razón era el sacrificio por los demás. Estaba convencida de que eso mismo era lo que la hacía tan especial. Había comprendido que ese era el carbón que nutría el fuego de su singularidad, lo que la mantenía con vida.

No le dio más vueltas. Llenó sus pulmones al máximo, como quien se tira al agua a bucear, y comenzó a correr atravesando las puertas entre los restos, observando la dirección repetitiva y atascada de las ráfagas de disparo de los Blue. Su vista era nítida en la oscuridad, pero eso no le garantizaba acertar en el centro de sus torsos y menos aún en pleno movimiento.

Los músculos de sus piernas se quejaban con un ardor fulminante. Abatidos en el suelo, los *Blue* habían percibido el sonido de sus batallados pasos a la carrera y, de inmediato, una constelación de haces luminosos comenzó a pasar cerca de ella. Apretó los dientes produciendo un rechine estridente que en sus oídos sonó como una gigantesca puerta mal engrasada y saltó por encima de una camilla que estaba fijada al suelo, exhaló todo el aire de sus pulmones y extrajo sus pistolas al vuelo. Por un pequeño instante, le pareció que el tiempo se detenía y que con la mirada podía dirigir la trayectoria de las balas mientras volaba por la sala, disparando, como una silenciosa cruz invisible en la oscuridad.

Apenas le quedó tiempo para introducir sus gemelas en la funda, cuando el impacto contra el suelo no pudo igualar la elegancia de su salto. Procuró rodar sobre sí misma,

pero chocó con una hilera de armarios metálicos pesados y, de pronto, recuperar el aire le pareció una misión imposible. Al menos, los disparos naranjas habían cesado, señal de que estaban neutralizados por completo. Esa idea, esa ligera brizna de éxito hizo esbozar una sonrisa fugaz en el rostro de Emily, que se levantó sin tiempo que perder.

Su diafragma hizo un movimiento extraño en su caja torácica, como un coche que petardea al arrancar. Una tos venida desde lo más hondo de su cuerpo se rebelaba para indicar el abuso al que lo había sometido. *«Deprisa, deprisa, deprisa»,* escuchaba su propia voz mientras cogía la mochila, ceñía sus correas y regresaba al pasillo a toda velocidad. Ignoraba el agudo dolor que provenía de su hombro. No era el momento de hacerse un chequeo. La vida y la muerte se habían reencontrado en esa macabra danza; en el estrecho y espantoso baile que solo la batalla puede provocar.

Al salir miró hacia los lados y, al advertir los pasos tranquilos de un *Black,* controló el sonido de su resuello, que, mezclado con el polvo en suspensión, empezaba a sonar como un estertor agotado. No quería parecer asfixiada; no ante uno de esos malnacidos invasores.

Desenfundó sus gemelas y notó cómo un agradable calor líquido discurría por su brazo hasta llegar al envés de su mano. El espeso fluido carmesí chorreaba hilvanado por el cañón de su pistola izquierda, lagrimando sudor y sangre.

Observar a un *Black* era contemplar la incongruencia. Resultaba inquietante ver a una persona tan arreglada, limpia y ataviada; hasta desprendía un halo perfumado. Era algo así como un chiste impertinente, una broma de mal gusto. Tan peinado, con su corbata anudada y ese traje negro cubierto por un abrigo impoluto a juego, demostrando una sola cosa: que ellos tenían el control. Al caminar, sus zapatos levantaban la gruesa capa de arena depositada en el suelo, pero esta no mitigaba el brillo reluciente de su cobertura. «No merece la pena matarlo», se dijo con el corazón traqueteando por el esfuerzo o porque quizá se le había encogido.

De no ser uno de ellos, ese *Black* le habría resultado un hombre fascinante y atractivo. Pero ella sabía que solo era un caparazón ocupado por un parásito y así rememoró: «Donde hay un *Black*, hay diez *Blue*». Esa era una de las consignas que le habían mantenido con vida, a ella y a los pocos supervivientes que quedaban sobre la faz de la Tierra. «Pies en polvorosa», y obedeció su propio mandato sin dedicar un momento a enfrentarse a él.

Era un peligro sin recompensa. Aunque, bueno, no del todo: acabar con cualquiera de ellos siempre coloreaba el mundo, un mundo que habían desolado matando sin compasión, que habían teñido de tristeza a base de cenizas y sangre escarlata reseca.

Ya no existía el resplandor de la felicidad, por mucho que brillara el sol; el contexto impedía verlo así. Solo el ambiente atrapado en las películas de antes se acercaba al destello de sus escasos recuerdos. Unos recuerdos cada vez más perdidos y distorsionados en su memoria…

Ya nada era como antes de El Colapso.

Los aplausos de ese *Black* recorrieron el pasillo mientras ella escapaba hacia la salida de emergencia. Confiaba en que las bisagras, azotadas por la intemperie y la destrucción, hicieran su trabajo después de tantos años.

—Nos volveremos a ver, ¡¿me has oído, Uve?! ¡No podrás esconderte! ¡Daré contigo! —gritó el *Black.*

Cuando Emily llegó al portón, pudo ver el cansado reflejo de su rostro en la claraboya de cristal y también el trazado fortuito de esa letra en su frente, dibujada por casualidad con su propia sangre. Con tiento, abrió la desvencijada puerta de metal, recogió la mano que estaba posada sobre la barra horizontal de un color indescriptible y se giró para verle una vez más.

—¿Cómo lo haces? ¿Charlas con tu guardián? ¿Está aquí? Dile que quiero hablar con él, ¡¿me oyes, Uve?! —volvió a elevar la voz en medio del silencio, viendo cómo se abría esa puerta como si lo hiciera el viento.

El tono de ese *Black* era expectante, a lo mejor por presentir el dolor anticipado en su imaginación. Era obvio que era incapaz de verla, pues desde que abrió la salida de emergencias Emily se había vuelto transparente. La luz y las sombras la atravesaban haciéndola invisible y sus pulsaciones volvieron a acelerarse, quizá para una nueva ofensiva o presa del pánico, quién sabe.

Lo que la detuvo junto a ese portón era un misterio que llevaba años sin comprender. Necesitaba saber cuál era el origen de su invisibilidad en la batalla, de dónde venía esa virtud de combate a la que nunca había hallado explicación.

No debería haberse detenido ni escuchar las impostoras palabras de su enemigo, pero un sentimiento de necesidad por saber le intrigaba lo suficiente como para asumir el riesgo de morir. Se daba cuenta de que, en ocasiones, las preguntas expresan más de lo que quieren obtener y eso era lo que ella pretendía ahí, en ese ruinoso pasillo de hospital, escondida a simple vista.

Se percibía a sí misma como un roedor paralizado frente a un depredador; en alerta. Quieta.

—Sigues aquí, ¿verdad? Te he visto la cara y ya nunca te olvidaré. ¡Dile a tu protector que se manifieste, es inútil que trate de esconderte una y otra vez! —exclamó el tipo trajeado, oteando con escepticismo y raros movimientos de cuello aquel alargado corredor.

Emily nunca había estado tan cerca de un *Black;* no por tanto tiempo, al menos. Le extrañó lo reales que parecían. Se recreó en observar los detalles, los pliegues de su piel, sus labios, esa marcada nuez, su gruesa y masculina nariz; hasta se fijó en el brillo de su cabello y se distrajo en la azulada galaxia de sus ojos. Nada en él le pareció llegado de otro mundo, salvo esa inmaculada higiene. Empezó a dudar de todo lo que le habían contado, pero solo fue por un instante. Era obvio que estaban eliminando a la humanidad poco a poco desde hacía años. Cada vez quedaban menos y menos supervivientes. Era un apocalipsis calculado con frialdad.

—No te queremos muerta. Si así fuera, no quedaría ni uno solo de vosotros con vida. ¡Nunca nos dejáis explicar! En fin, seguiremos siendo los malos —farfulló el *Black* con enfado y tono cansado.

Justo después, una risa sarcástica teñida por su maldad resonó por todo el pasillo. No obstante, en sus palabras también apreció una fibra de sinceridad. No fue algo premeditado. Emily no confiaba en nadie y menos en un *Black,* pero su vida se había convertido en un bucle de superación, de fuga y soledad, y la novedad de poder conversar con él se terciaba como una oportunidad de romper la monotonía de esa insípida y sufrida vida de constante supervivencia.

Menos de tres metros la separaban del *Black* y a esa distancia guardó sus pistolas a

ras de sus muslos y sacó los enormes cuchillos de color negro mate que portaba en el lateral de sus pantorrillas. Lo hizo en absoluto silencio mientras andaba con sigilo felino.

La mirada del *Black* deambulaba por el pasillo en busca de algún indicio de su presencia, con gesto de pérdida y frustración. Él pensaba que Emily ya no estaría allí. Se dio la vuelta justo cuando, por uno de los ventanales de cristales agrietados, entraron dos *Blue,* a lo bestia. Sus pies resbalaban por el suelo levantando las baldosas romboidales bicolores, con un estruendo descomunal, creando una atmósfera de polvo y esquirlas voladoras que terminó por adelantarlos en su aterrizaje.

—¡A buenas horas llegáis! ¡Eliminad los restos, vamos! ¡¿Cómo habéis dejado que os aniquile una rata como esa?! ¡Buscadla! —ordenó, sin que ninguno de esos cíborgs le hiciera caso.

Los *Blue* se adentraron en la sala de operaciones sin siquiera dirigirse a él. Una explosión controlada provocó que las puertas se agitaran de lado a lado, abatiéndose a los bramidos del aire. Eso explicaba por qué nadie había logrado estudiar a esos seres cibernéticos azules y sin rostro. Una reflexión pesimista rondó por la cabeza de Emily cuando escuchó lo de rata, al confirmar para sí que nadie era confiable. Ella no era ninguna ingenua y estaba acostumbrada al dolor como inseparable compañero de viaje, pero eso no mitigaba su necesidad natural de amar y ser amada.

Algo se removió en sus entrañas, quizá un aluvión de ideas empapadas de injusticia. Fuera lo que fuese, le hizo desoír el imperativo razonable de su sensatez.

Anduvo en derredor del *Black* con diligente ligereza, preocupada de perder su oportunidad. Todavía no comprendía qué extraña energía la hacía invisible ante el peligro. Era algo sobre lo que había reflexionado durante años y a lo que nunca encontró explicación, más que nada porque ella no creía en los cuentos inventados por el hombre. A pesar de todo, en esa ocasión, el *Black* había nombrado a los héroes de su cercana juventud. Lejanas e increíbles historias que alentaban a los supervivientes, escuchadas al refugio, al calor de los impredecibles arabescos del fuego. Algo tenía que haber cuando tantas historias similares deambulaban por grupos distintos, pero ella nunca había visto nada de nada.

Emily hincó la punta de su cuchillo izquierdo bajo la mandíbula del *Black* y se extrañó al observar que su carne también se erizaba por la sorpresa, por el temor a la muerte.

—Desde este punto, mi afilado cuchillo tardaría un instante en hundirse en tu carne, atravesarte la lengua, el paladar y rebanar tu cerebro hasta frenarse en la capa interior de tu asqueroso cráneo —susurró al oído de ese «hombre», un tanto sorprendida por aspirar la agradable fragancia que envolvía a su enemigo.

—Es posible, Uve, pero algo ha hecho que te quedaras, ¿verdad? Mira, creo que hemos empezado con mal pie. Pensé que habías escapado como hacen las ratas, pero ya veo que me equivoqué.

Y, sin quererlo, la punta de su cuchillo dejó de apretar la carne, distraída en la devolución de esas palabras pronunciadas en una entonación arrugada y masculina. Sensual.

—¡Sal de aquí! ¡Vamos! —Una voz interna y desconocida sonó desde el centro de su alma, como un estruendo de tormenta. Provocó tal desconcierto en ella que el resultado fue contraproducente, paralizante.

Demasiado tarde. Los *Blue* salieron de la sala de operaciones y el *Black* gritó:

—¡A mi derecha!

Las pupilas de Emily se dilataron y su respiración se detuvo en un sonido tenue, con un aliento decepcionado. Entonces maldijo haber sido tan estúpida y dudar.

—¡La quiero viva! —añadió con voz de mando.

A esas alturas, Emily sabía que la autoridad del *Black* era incuestionable. Un volcán de ira emergió de ella al verse incapaz de hacer daño a otra persona o lo que fuera ese hombre. «Mis últimos segundos en este mundo», pensó y sus ojos comenzaron a brillar, sin tiempo de formar una triste lágrima de despedida.

Esa luz multicolor y potente era lo más bonito que había visto en toda su vida. Había aparecido de la nada. Se quedó con la mirada enganchada, esbozando una sonrisa tonta de felicidad mientras aquella gota salina arrancaba por su mejilla y arrastraba la suciedad de su cara. Habría querido neutralizar a esos *Blue,* pero la belleza de aquel resplandor le hizo imaginar que ya estaba muerta y que, por fin, una merecida existencia mejor le aguardaba tras el misterio de la muerte.

Estuvo unos instantes sin respirar, absorta en la visión de un final que ni en sus mejores sueños pudo imaginar tan bonito. Una alargada sombra con forma humana, alta y distorsionada por los brillos hizo reaccionar el enfoque de sus ojos verdosos.

—No ha llegado tu hora. Tenemos un importante deber que cumplir y lo haremos juntos —le habló aquella silueta espigada de poderosa voz cavernosa.

Y le pareció escucharla otra vez por un canal distinto al de los oídos: un canal directo a su esencia.

Los colores comenzaron a cosificarse en esa estática realidad, contemplando una vista externa de su escena. Por alguna misteriosa razón, se sentía cómoda con esa oscura silueta a su lado. La percibía bondadosa y afectiva. Esa entidad opaca le enseñaba el camino de fuga y el modo de hacerlo.

—¿Quién eres tú? ¿Y por qué me ayudas? —preguntó a la sombra.

—Soy tu guardián. Ayudarte es mi obligación. Sé que puedo confiar en ti, ¿confías tú en mí?

El aire enmudeció en el tiempo detenido y Emily lo miró sin ser capaz de vislumbrar sus facciones allí donde debía discernir su rostro. En cambio, observó una oscuridad infinita y cálida que le resultó, por decirlo de algún modo, bastante familiar y quiso alargar su mano para tocarla, pero no fue capaz. Aquella entidad pertenecía a otro plano. Era distinta a todo.

—Tengo la sensación de que te conozco desde siempre… —Y la sombra alargada asintió en señal de anuencia—. Sé que puedo confiar en ti, pero ¿cómo puedo saber que esto no es un sueño o un producto de mi imaginación contaminado por los cuentos de mi infancia?

La sombra guardó silencio, un silencio que ella no supo interpretar. Se arrepintió de haber formulado tan insolente pregunta y temió haber ofendido a su enigmático ayudante.

—Porque todos los cuentos tienen parte de verdad. Hay más de lo que podemos ver. Hay más de lo que podemos soñar. Porque sin recibir amor, tú has aprendido a amar. Ese es el cuento más increíble que puedes narrar.

Y sintió una profunda lástima al recordar su propia historia de superación, de

campamento en campamento, huérfana y sin familia. Desde los catorce años había sobrevivido vagando entre supervivientes desconocidos. Nadie quiso hacerse responsable de una carga tan pesada y ella empezó a acostumbrarse a vivir de la generosidad pasajera. A luchar para vivir.

Sufrió una y otra vez el abandono constante de los adultos, buscándose la vida, siendo una chica perdida. Una chica sin origen, solitaria. Aun así, creció sin perder la esperanza, sin perder la fe en la magia, imaginando utopías de prosperidad. Soñaba despierta con un mundo sin podredumbre, sin egoísmo ni vergüenzas, pero, sobre todo, sin enemigos ni guerras. Soñaba con dar todo aquello que no había tenido. Con un futuro de recompensa. Un futuro en familia. Cuentos de amor, como en las viejas películas que ya no veía. Como las historias de los libros que ya no leía.

Tras el breve periplo por sus memorias, Emily afirmó:

—Esta es la primera vez que me siento amada. ¿Puedo estar equivocada?

Aquel silencio se hizo más largo que el anterior y el guardián advirtió que su protegida era más sensible de lo que él suponía. Un extraño sentimiento circuló por sí mismo, porque, aunque ella tenía toda la razón, ninguno de los dos podía saltarse las reglas de universos tan distantes. Distantes y, al mismo tiempo, conectados. Así, el protector de Emily comprendió que ella se estaba rindiendo a la muerte.

Y el guardián estaba seguro de eso… porque ella era su última protegida.

CAPÍTULO 2. **LO DISPUESTO**

- *CIUDAD DE PARÍS (FRANCIA), AÑO 2031*

Los extraterrestres habían reducido la población humana. La habían diezmado y diezmado y vuelto a diezmar hasta alcanzar la mínima expresión. Por otro lado, aunque los guardianes fuesen una existencia superior, en su propia desolación también empezaban a diluirse en la andanada pesarosa de la preocupación. Comenzaban a dudar de las soluciones de El Orden y a contagiarse de ese pesimismo permanente y demasiado extendido.

La existencia de los protectores empezaba a estar amenazada, ya que la luz no puede existir sin oscuridad, como tampoco los guardianes sin protegidos a los que cuidar.

—Por supuesto que te amo. Eres mi única protegida, pero ahora centrémonos en salvar la vida para seguir respirando, para poder tener un mañana —sentenció, ralentizando el tiempo casi hasta detenerlo.

—¿Esto es real? ¿Está ocurriendo de verdad? —preguntó, como si no pudiera ocultar aquella reserva en sus pensamientos. No obtuvo respuesta.

Emily se deleitó contemplando la escena. Lo hizo desde ese punto de vista exterior que le brindaba su protector; incrédula. Volvió a fijarse en el *Black*, sorprendida de su perfecta apariencia humana. Se extrañó de no encontrar ninguna señal que lo distinguiera de otro ser humano. Luego se miró a sí misma, con esos pantalones de camuflaje gris, sus enormes pistolas, los cargadores al cinturón, la pesada mochila y la separación incomprensible de la punta del cuchillo sobre la carne de ese *Black*. De ese modo, Emily se preguntó dónde estaba y en qué forma. Después se fijó en las gruesas cicatrices que acumulaba la carne de su cuerpo. Cicatrices que nunca había podido verse, no así.

Sus hombros y la parte al aire de su espalda parecían un lienzo pintado con los garabatos de un desquiciado. Eran trazos caóticos de dolor grabado en su piel. Una historia escrita al tesón de la supervivencia.

—Lo siento. No quiero un mañana más en este mundo. No con esta soledad…, no así. Sin nadie. —Se detuvo antes de continuar, pero al final lo dijo—: Sin nadie a quien amar.

Pensó en lo que había dicho, ya sin posibilidad de retorno.

Otro espacio mudo se hizo entre ellos. Ya no se distraía con aquella luz multicolor, ni con la latente escena de violencia que estaba a punto de estallar en su persona, ni con la altura espigada de esa silueta sombría y profunda.

—Hoy sobreviviremos y no encontrarás en tu alma la deuda de amar o el reproche de ser amada. Te lo prometo. Pero tú prometerás a El Orden que jamás perecerás sin luchar ni te darás por vencida hasta el último de tus días. Hasta el último aliento.

Con minucioso tiento, Emily escuchó sus palabras y contestó:

—Lo prometo. Pero seguiré convencida de que el director de este mundo es un niño muy cansado de sus juguetes que ha decidido romperlos por aburrimiento.

La afirmación de Emily sonó con la firmeza iracunda de una guerrera poseída por la batalla y, pese a la ausencia de rasgos o gesto alguno, advirtió que aquello había molestado mucho a la sombra.

De inmediato, se arrepintió de sus palabras y sintió vergüenza, porque a lo mejor su guardián la había ayudado en más de mil ocasiones, tal y como decían las fantásticas historias que le contaron.

—Pues vamos allá. ¿Lista? —Y la perturbadora voz de la sombra se escuchó algo menos estridente que al principio.

Cuando Emily retomó el contacto con su cuerpo físico, de inmediato advirtió que le faltaba el aliento y, al respirar tras la experiencia, se vio con el cuchillo a un dedo de la garganta del *Black* y se cuestionó su propia cordura. De repente, estaba ahí, distraída por la conversación que acababa de mantener en ese espectro paralelo, con esa entidad sorprendente.

De inmediato, asumió que había sido un lapsus y lo quiso olvidar, como se olvidan los sueños al despertar. Ya era tarde. «El que pestañea, pierde», le vino a la mente la repetida frase de un viajero superviviente que ahora resonaba como un vómito de realidad.

El maldito *Black* la había agarrado con fuerza por la muñeca, doblegando su mano para que soltara el cuchillo. Ella nunca se había enfrentado a uno de ellos, era bien sabido que los *Black* evitaban el combate. Para eso estaban los *Blue*.

Con todo, había subestimado a ese adversario. Se encontraba cuerpo a cuerpo contra un hombre alto y fuerte que le superaba en más de cuarenta kilos. Emily sujetaba la empuñadura de su gemela y, aunque hubiera preferido no usarla, reconoció que la situación era muy comprometida y la extrajo con la rápida destreza de un pistolero del Oeste. De nuevo, el *Black* fue más rápido y con asombrosa velocidad le dio un golpe en la mano sin conseguir forzar la apertura de sus dedos.

Algo metálico sonó en el suelo; lo achacó a la caída de su cuchillo y no perdió un solo instante en encañonar a su adversario, preguntándose si sería capaz de matar a ese «ser humano».

Estaba convencida de que aquella fantasiosa conversación extracorpórea había sido una ilusión transitoria; pero, por alguna razón, su promesa le dio fuerzas para continuar luchando. El *Black* agarró con firmeza el alargado cañón de su pistola y ella acarició con la yema de su dedo el disparador.

—¡No quiero hacerlo! —se le escapó en voz alta.

Una sonrisa fraternal se dibujó en la cara del *Black*. Era soberbia y vanidad en estado puro. Tenía razones para reír, pues aprovechó el agarre de su pistola para mover la corredera hacia atrás con rapidez. Un cartucho salió despedido por el lateral girando en el aire. Entonces Emily accionó el disparador, pero no ocurrió nada. Por una fracción de segundo, se sintió abatida y desconsolada, bastante estúpida. Bajó la mirada y al hacerlo vio el cargador a sus pies.

Estaba desconcertada. Sus ojos, llenos de sorpresa, se afilaron de rabia y no volvió a pensar en la promesa reciente ni en la absurda visión que acababa de experimentar. Estaba enfurecida. De pronto, aquel hombre tan peinado y limpio dejó de resultarle

atractivo. Por primera vez en mucho tiempo, Emily se había mostrado débil e indecisa. «En la guerra no hay reglas», se recordó a sí misma.

Su mano fuerte, la izquierda, seguía atrapada por la derecha del *Black* y él la tenía tan alzada que se vio forzada a ponerse de puntillas. En ese momento, por el rabillo del ojo, percibió que los *Blue* disfrutaban con la refriega. Observaban sin intervenir.

Era obvio: la querían viva. Soltó la pistola y ahora fue ella quien se agarró al otro brazo del *Black* para trepar sobre él, encarcelando su cabeza repeinada entre las piernas, pinzándole con sus muslos apalancados por los pies y alzándose sobre él en una postura a caballo invertido sobre sus hombros, apretándole por el cuello con todas sus fuerzas.

Por fin vio liberada su mano fuerte y sintió cómo su oponente se agitaba en su agobiada resistencia, sin dejar de apretarle. La presión que ejercía sobre su cuello le resultaba dolorosa entre las piernas y sintió lástima por hacerle daño a un semejante. Por eso renunció a golpearle los oídos, tal y como había pensado; pero, a cambio, se estiró cabeza abajo sacando otra pistola de la funda, disparando sin cuartel a los *Blue,* pues absortos en ese combate no esperaban ser un objetivo inminente.

La penúltima bala del cargador siempre era trazadora y al verla estrellarse en el *Blue* supo que era el momento de hacer un cambio táctico de cargador. Lo hacía para evitar manipular el arma.

Aprovechó la ventaja que le ofrecía tener atrapado al *Black*. Pensó que no abrirían fuego contra ella, pero de nuevo se equivocó. A uno de ellos lo había neutralizado, pero el otro empezó a disparar sin miramientos.

La visión era diferente. Todo era más lento. Pausado. De pronto, bocabajo y con la cara enrojecida por la sangre acumulada, veía llegar el inevitable y anaranjado alcance de los disparos y el fuego cruzado. Ella tampoco dejó de disparar. Sin previo aviso, todo se oscureció y un sonido pesado, titánico como una enorme campana, sonó en la escombrera ruinosa de ese pasillo de hospital.

La oscuridad se fue alejando hasta discernir la silueta que minutos antes había soñado o que creyó soñar. El esbelto contorno oscuro de esa sombra se presentaba rígido y sereno, con la mano extendida hacia el *Blue*. Entretenida en digerir lo que estaba pasando, bocabajo y con el humo de su arma subiendo contra natura, no tuvo ocasión de acordarse del «hombre» al que estaba asfixiando y se desvaneció cayendo hacia atrás. Emily se anticipó posando las manos en el suelo con una voltereta que la dejó a escasa distancia, junto a él. Desenfundó el cuchillo del bajo de su pierna derecha y se acercó decidida y algo horrorizada, preocupada de haberlo matado. Al comprobar que aún respiraba se alegró, aunque su semblante, sucio y marcado por una uve, no quisiera reconocerlo.

Unos fugaces rayos de luz salieron disparados del pecho de sus contrincantes. Se dio la vuelta, impresionada por el inusitado espectáculo visual y se reencontró con su sombra. Erguida en el pasillo, parecía rozarse contra el techo, demostrando que sus visiones no habían sido una imaginación ni una alucinación pasajera.

Emily hincó las rodillas en el duro suelo de baldosas, abatida por esa desconcertante realidad y por el agotamiento.

—Esa luz que has visto salir… son ellos. —La voz resonaba por todo su ser como una percusión adusta, cercana a lo molesto.

—¿Ellos… son luminosos? —preguntó tras unos largos segundos de aceptación y rendición a lo evidente.

—Los cuerpos que utilizan son solo un soporte vital. De hecho, la conciencia de estos Azules es la misma que has abatido antes en la sala de operaciones y son los mismos que vendrán a por ti en cuestión de minutos, con refuerzos, si me permites añadir —recalcó, con aire de urgencia.

Un sonido desconcertante sonó tras ella haciéndola girar de repente, dirigiendo su mirada hacia el tipo trajeado, el *Black*. Una respiración entrecortada, arrítmica, surgió de él, pero no despertaba. Cuando volvió a girarse, se reencontró con la perenne soledad. El guardián se había esfumado. Todo era igual que siempre, salvo la sensación remanente de su presencia.

¿Aquello había sido real o se estaba volviendo loca de remate? Emily ya no sabía qué pensar.

Se apresuró a recoger las armas y los cargadores del suelo, corriendo tan deprisa como pudo hacia la salida de emergencia, sin volver la vista atrás. Bajó las escaleras a toda velocidad. Saltaba los escalones de tres en tres, agarrándose a la barra vertical, sin llegar a posar los pies en los rellanos. Siguió corriendo sin descanso por las maltrechas calles de París, satisfecha por la carga de su mochila; pero, sobre todo, ilusionada por la extraordinaria confirmación de las historias que le habían contado hace años.

Esferas naranjas de diversos tamaños surcaban el atardecer del cielo parisino buscando sus huellas, al acecho de su error. Mientras tanto, lejos de ella, los ojos de ese *Black* tirado en ese pasillo de hospital se abrieron contrayendo las pupilas. Una fea tos emergió intermitente de sus pulmones. Su aspecto ya no era tan pulcro como el de antes. Estaba sucio del polvo del suelo, despeinado, tumefacto y amoratado.

Emily calmó su agitada huida y silenció cada uno de sus pasos. Procuraba no remover el aire cuando se acercaba a los montones de hojas de otoño, sueltas y doradas, hojas que el viento había agrupado en su recorrido por la ciudad.

La estación había llegado con frío; sobre todo, se notaba al anochecer. Se probó una chaqueta de cuero negra y cuello Mao que vio en un escaparate al pasar, pero antes tuvo que sacudirla durante un rato para quitarle todo el polvo posado durante años. Al ponérsela, de inmediato se sintió atrapada en su propio calor, reconfortada.

Estaba acostumbrada a convivir con los restos carcomidos por el tiempo. Pese a todo, ese cuerpo humano momificado y consumido en el interior de la tienda le despertó un agrio sentimiento de inmundicia. Se preguntó cómo sería la vida de esa mujer de no haber sido asesinada sin piedad. Asesinada en el instante en que el mundo se detuvo sin parar de girar, aquel fatídico día bautizado como El Colapso. Después pensó que, al menos, esa mujer solo vivió en tiempos de paz, con toda la felicidad a su alcance. Era el único modo de mantener la esperanza y otorgar a los muertos un poco del valor arrancado.

Revisó su mochila y comprobó que todo lo que había ido a buscar estaba dentro. Se había jugado la vida por otras personas y no era la primera vez. Se adentró en la trastienda, cuyas ventanas daban a un callejón. Le pareció un lugar seguro donde pasar la noche. Un lugar donde recapacitar en soledad y macerar el recuerdo reciente de lo paradójico. De lo inexplicable. De lo increíble.

Colocó, apoyados en las puertas, unos trozos de metal de percheros a modo de alarma y luego arrojó por el suelo la ropa almacenada de las estanterías para crear una superficie acolchada donde descansar. Abrió el bolsillo pequeño de su mochila y sacó un poco de carne reseca de una bolsa hermética. Masticaba el fuerte sabor sin dejar de pensar en la extraña y perturbadora experiencia que había vivido en el hospital. Todavía no se lo podía creer.

La luz de una luna incompleta y borrosa, medio eclipsada por la niebla, se colaba a través de las altas ventanas de la trastienda. Un silencio bibliotecario invadía los rincones de la ciudad, como siempre. Una ciudad que en sus mejores tiempos bullía esplendorosa e incansable, repleta de glamur, de luz y sonido. Repleta de vida. Pese a que Emily llegó a verlo con sus propios ojos, la imagen ya le parecía demasiado lejana. Por fortuna, miles de fotos, cada vez más desgastadas, eso sí, recordaban con orgullo aquellas luminosas noches de París en tiempos de paz. Sin embargo, ahora no era prudente ni encender una cerilla en sitio cerrado.

Entró en el diminuto baño y colocó su cantimplora bajo el grifo, girando la rueda con suavidad e implorando a la suerte que el aire de las cañerías no hiciera demasiado ruido. Echó unas gotas de yodo, la agitó y la dejó reposar mientras seguía absorta en el reciente e inexplicable suceso, masticando con fuerza la carne de sus provisiones.

No alcanzaba a mirarse el hombro, pero la sangre había dejado de fluir, así es que entendió que otra cicatriz abultada trazaría su muesca en la indescifrable leyenda de su piel.

Se quedó ahí, sentada, sintiendo el peso del cansancio y la fatiga del combate, viajando con la mirada por el universo azulado de la pared que tenía delante, absorta en la promesa declarada durante su encuentro. Dudaba otra vez de su propia cordura. Lo ocurrido era demasiado irracional; tanto como su invisibilidad en el combate. Quizá nada era real o todo era un sueño lúcido y vivía en una simulación donde la existencia tenía truco.

Elucubraba el sentido de la vida sin hallar conclusiones, pero no se compadecía. Era demasiado fuerte para eso. Ella era fuerte de verdad.

Abrió su cantimplora y dio un largo sorbo de agua y decidió no volver a escuchar el incesante parloteo de su interior. Recargó la munición de sus pistolas y al terminar se quedó sentada sobre la ropa, apoyada contra la pared con sus plateados y rebeldes mechones rubios iluminados a la pálida luz de la luna, resbalando en cascada por su rostro. El calor de esa chaqueta la envolvía en un agradable descenso hacia el reposo, sin darse el lujo de tumbarse como era debido.

De pronto, sintió un fuerte dolor en el centro del pecho y se despertó sobresaltada. Había cerrado los ojos durante unos segundos, pero en su corto sueño la escena duraba minutos. Se veía sangrando a mansalva y sus manos eran distintas; grandes. Se levantó soliviantada, más asustada que nunca y se sintió vulnerable a más no poder.

Comprendió que se había quedado dormida sentada. Su corazón aún se agitaba inquieto. Hizo un bulto con la ropa para improvisar una almohada y se tumbó para descansar como es debido, colocando sus manos junto a las pistolas, con el susto presente en el cuerpo. Echó un último vistazo a la luna, que se colaba por la ventana de esa trastienda. Su presencia atravesaba las nubes, el aire y la suciedad del vidrio

hasta incidir en sus viajados ojos verdes. Unos ojos oscuros, como los tiempos que le había tocado vivir.

Así, trató de calmarse con la bella imagen del resplandor lunar a modo de quitamiedos.

Se notaba caer en el sueño, como si toda ella se escurriera por un embudo hacia otro estado de conciencia. Creyó despertar, pero no era eso. Era consciente de que estaba dormida, pero al mismo tiempo la vivencia era indistinguible, contumaz y realista. El dolor en sus pies se tornaba insoportable. Corría descalza por las ornamentadas y apagadas calles de París alzando la vista de cuando en cuando para orientarse con la Torre Eiffel. El viento surcaba su piel y la humedad de la sangre de antes le arrebataba cualquier atisbo de calor. Era un sueño continuista del que quería salir, pero no hallaba la forma.

Reconoció la calle porque la había evitado cientos de veces. Las avenidas anchas eran peligrosas, pues no hay dónde esconderse. Un poderoso espanto hacía aflorar sus miedos profundos, mezclándolos con una sensación de indefensión absoluta. Cuando alzó la mirada de nuevo para guiarse con la desaliñada Torre Eiffel, vio la luna y la reconoció como idéntica al momento de dormirse. Ese contacto con la realidad la hizo despertarse de nuevo.

Esta vez, la sensación de estupor se había apoderado de ella por completo.

El sudor empapaba todo su cuerpo, la respiración acelerada y el alarido sobresaltado del horror solitario la hicieron incorporarse como un relámpago. Miró de nuevo por el ventanuco, alzando la manga para limpiar un círculo en el mugriento cristal y contempló con esmero la imagen de la luna. Estaba igual, con la misma nube que cruzaba por su sueño. Pensó en las casualidades y en si su agotada mente estaba jugando al engaño. En si el agua bebida tuviera algún tóxico; en si, de verdad, estaba volviéndose loca de remate.

De pronto, como un *flashback* remoto, recordó las palabras de un anciano en los días de El Colapso. Palabras que en aquel momento no tuvieron significado relevante, pero que ahora revivían veloces y cargadas de sentido:

—Presta atención a las señales. Se manifiestan de muchos y muy distintos modos. A veces son más sutiles, y otras, son como un martillazo que hace retemblar tu alma. De la atención que les prestes dependerá tu supervivencia, y si las desoyes, escogerás sin saberlo un desvío involuntario que te alejará de lo dispuesto.

Y en su recuerdo resonaron varias veces esas últimas palabras: «Lo dispuesto. Lo dispuesto».

Un extraño dilema la paralizó en su distorsión de cavilaciones: ¿correría el riesgo por un sueño?, ¿desobedecería sus reglas de seguridad por una simple corazonada?

Por descontado, si se quedaba a resguardo, arropada en ese refugio solitario, era de suponer que el peligro pasaría de largo y mañana habría olvidado ese sueño realista y extraño. Se perdería en el olvido de su cotidiana realidad mundana.

«Pero ha sido algo muy realista. Ya sé que el sueño no puede ser verdad, ni tan siquiera era yo misma la que corría, pero quizá… Quizá sea una señal. Por algo existirán los sueños, ¿no?», trató de convencerse apelando a su lado más racional, en esa suerte de conversación interior. Lo hacía porque solo esa parte de ella era la que tomaba las decisiones; su cerebro izquierdo. Su lado más lógico.

Cogió una precipitada bocanada de aire. Se había olvidado de respirar tras la interrupción de ese sueño fracturado y no volvió a repensarlo. Dio un largo trago de agua de su cantimplora sin descartar la posibilidad de su toxicidad, ciñó con fuerza las correas de su mochila al cuerpo, comprobó el estado de sus armas, retiró su pelo echándolo hacia atrás entre los dedos ligeros y escuchó el sonido de su aliento nervioso suplicando, inconsciente, como si fuera el anuncio de su propio error.

Después, insegura y con riguroso tacto, retiró el metal de la puerta y recogió unos guantes de cuero del suelo, que, sin querer, le recordaron el latente escozor de sus manos. Salió de la tienda con rapidez, como un difuso soplido en la noche, buscando la pista de un sueño perdido; las migas de pan de una ruta apresurada.

Se centró en medio de su calle, ahí de pie, sin miedo alguno, con su desmelenado pelo agitándose al viento, segura de sí misma, preparada para otra batalla. Implacable. Convencida.

Encontró lo que buscaba. Ahí estaba. Erguida como un tizón; dura e inquebrantable. Se explayó al observarla de noche. La Torre Eiffel se había convertido en un faro inverso. Su afilada oscuridad resaltaba en la noche como una referencia imperdible, hermanada con el inquietante silencio de la ciudad. «Aguanta. Voy en tu ayuda»; apretó los dientes y arrancó una carrera inaudible. Bajaba el ritmo por las aristas urbanas, vigilando. Perseguía un objetivo incierto, una sospecha, una intuición disfrazada de lógica.

Hacía lo correcto. Algo en su interior se lo decía como tantas otras veces, pero esta vez sentía más claridad. Era el carbón de su fuego interior alimentando su destino; era la razón de su existencia. Era… lo dispuesto.

CAPÍTULO 3. **HACER LO INCORRECTO**

- *PARÍS (FRANCIA), OTOÑO DEL 2009*
- *DIECISÉIS AÑOS ANTES DE EL COLAPSO*

Nada podía igualar esa sensación. Su sangre correteaba por las extremidades con un calor envenenado. Hasta era capaz de percibir el escaso perfundido de sus órganos internos. Poco importaba si lo que hacía era correcto o no; solo importaba el momento, la consistencia del acto, desprenderse como fuera de esa energía sobrante que le estaba volviendo loco.

Había dedicado más de dos horas para llegar a la estación de Marne-la-Vallée, emplazada en la localidad de Chessy, cerca de la ciudad de París. Su vida era un huracán de extrañezas, de realidades inconfesables y secretos.

Ya no era ningún crío. Con veintiún años no hay excusa posible para equivocarse entre el bien y el mal, pero debía hacerlo. Él tenía sus planes. Llevaba tiempo imaginando la pintada. Estudiaba en su cabeza la velocidad del trazo a dos manos. Si lo conseguía, quizá tuviera su repercusión, aunque Jean no lo hacía por la fama; no era eso lo que le movía. Necesitaba expresar esa necesidad: su forma de ver el mundo. Y sentía que debía hacerlo, dejarlo salir, compartir sus visiones.

Hacer un grafiti en un tren de alta velocidad no es asunto para aficionados, pero eso él ya lo sabía. El TGV era uno de los convoyes más vigilados del mundo.

Él no se conformaba con hacer un takeo, es decir, una simple firma con rotulador. Eso no transmitiría el mensaje que buscaba. Al fin y al cabo, esa era la manera que Jean había encontrado de expresarse y también la razón por la que, agazapado, esperaba paciente.

El sol se había marchado a iluminar otros lugares del globo y el abrigo de la noche propició el instante perfecto, el momento ideal para plasmar su arte vandálico. Un chándal de algodón gris y unas deportivas New Balance serían, si todo marchaba bien, los únicos testigos de su quehacer pecaminoso.

Los ojos celestes de Jean brillaban como luciérnagas alentadas por la emoción cuando oteaba el horizonte. Frente a él descansaban gigantes gusanos metálicos custodiados por rondas de vigilantes que, dispersos, paseaban por los andenes blancos, más concentrados en sus pasos que en la razón de su presencia.

Mientras esperaba el momento adecuado, calentaba muñecas y dedos sin preocuparse demasiado de las consecuencias de sus actos. Sin saber por qué, decidió que ese preciso instante era el oportuno. Colocó su mochila de tela al pecho, miró su reloj pulsando el cronómetro y corrió hacia el tren que había elegido sintiendo en su pecho el golpeteo agitado de los espráis.

Saltó dos muros y sorteó los andenes cruzando las vías en un visto y no visto. Pese a

no estar inscrito en ningún equipo oficial, nadie podría negar que era todo un atleta. Y es que Jean era un amante del *parkour*, esa disciplina callejera de escalada, acrobacias y carreras urbanas. Era un *traceur*. Así lo llamaban en el barrio.

Frente al convoy, sus brazos se movían como las rápidas aspas de un molino. Poco a poco, con rapidez, el trazo iba alcanzando su forma sobre la carrocería, pintando también sobre los cristales de aquel vagón plateado. Intercambiaba los botes, pero el color siempre era el mismo. El agudo zumbido de un silbato, soplado por los pulmones de un hombre rechoncho, no le distrajo. Le tocaba repasar los bordes con cierta precisión para que la silueta estuviera bien definida y no quedara como la burda chapuza de un aprendiz.

—¡Atención! ¡Grafiteros en el andén 4! ¡Ayuda urgente! —gritó el vigilante con voz atropellada.

—¡Recibido! Activamos protocolo —contestó una voz femenina y radiofónica.

El caos empezó a desatarse. Escuchó los comunicados del vigilante que tenía a dos andenes detrás y vio correr a sus compañeros, más jóvenes, por el de enfrente. A ese hueco del cristal solo le faltaba un trocito por cubrir, necesitaba acabarlo bien. Era imperativo. Se le aceleraba el corazón con el estrés.

Cuando terminó, al darse la vuelta con la capucha puesta y una bandana ocultándole el rostro, pudo reconocer el miedo en los ojos del veterano vigilante. En ese mismo cruce de miradas, comprendió que sus aspiraciones de justicia se habían desvanecido con el paso del tiempo. Comprendió que la pobre recompensa salarial no contemplaba el peligro de un enfrentamiento en solitario. Toda esa información extrajo de un simple cruce de miradas.

Atendió su reloj y pulsó el cronómetro. Había apurado mucho, se le echaban encima.

Un chirrido de neumáticos y dos portazos metálicos sonaron demasiado cerca. Jean se giró con celeridad para confirmar sus peores sospechas. En efecto, estaba en lo cierto. Un hombre uniformado trepaba con agilidad por el vallado, saltando desde lo más alto. «Police Nationale» rezaba la leyenda del coche en el que habían llegado derrapando.

El otro policía corría por el perímetro en busca de una entrada asequible. «Las cosas se ponen feas», se dijo Jean mirando el grafiti con aire de despedida. Sacó un rotulador blanco y gordo, firmó su dibujo e hizo dos rápidas fotografías con una pequeña cámara digital Nikon. Los pasos se escuchaban cada vez más cerca y sabía que la presencia policial despertaría las olvidadas pasiones de los vigilantes.

Guardó su cámara en el bolsillo de cremallera y echó a correr por las vías del tren, esquivando la torpe acometida del vigilante, que de pronto, amparado por los refuerzos, se había decidido a actuar.

Mientras corría, maldijo su suerte e insultó para sus adentros a sus perseguidores, pero lo retiró enseguida: el malo era él y lo sabía. «Esto va a ser una carrera de fondo», se dijo procurando dosificar sus energías. De las cuatro o cinco personas que le seguían al principio, pasaron a dos y después a uno. Escuchaba los ruidos y las voces agitadas de la emisora de su perseguidor, pero este no contestaba por la radio, solo se dedicaba a controlar sus respiraciones y a perseguirle sin descanso por el trazado de las vías de tren, sorteando las traviesas de hormigón.

No iba a ser fácil perderlo de vista. De todos los policías, de todos los turnos, de toda

esa pequeña comisaría, tuvo que ir a dar con el más motivado y entrenado de los agentes del departamento.

Apretó los dientes y se lo tomó como un desafío. Pensó en desprenderse de su burda mochila de tela donde portaba los espráis, pero recapacitó: tendrían sus huellas. Además, un estúpido pensamiento recorrió su mente al considerar que sería injusto para el policía, pues este también cargaba con diversos cacharros y a buen seguro con un chaleco antibalas.

Las luces de un tren circulaban despacio a contravía, sin detenerse. Jean se apresuró a corretear por los lindes pedregosos de las vías cuyo cercado lo atrapaba en una interminable jaula rectilínea. Comenzó a ver numerosos destellos azules que rondaban por todas partes y una sensación de desánimo quiso apoderarse de él. Una chiflada opción se le pasó por la cabeza y, de inmediato, supo que todas las horas invertidas en su afición deportiva iban a tener recompensa.

Una carretera pontificada cruzaba sobre la catenaria y Jean no lo dudó. Su corazón rebotaba en el pecho como un muelle descontrolado y al aire le faltaba espacio para entrar en sus pulmones. Trepó por esa malla metálica de tacto rugoso y oxidado calculando el salto, hasta llegar a uno de los pilares de la carretera. Por un instante, se detuvo un momento para observar al contrincante. Lo que vio le sobrecogió el alma. Esos instantes escurridizos le hicieron perder la ventaja entre ambos.

Meneó la cabeza en una negativa espasmódica y recentró su atención en la fuga.

El brinco era de casi tres metros y la caída de al menos siete, pero en el fragor de la escapada no lo pensó y saltó hasta agarrarse a la maltrecha barandilla. La mochila resultó ser un impedimento mayor de lo previsto. Se desprendió de ella y la arrojó por encima, a la estrecha calzada de peatones que transcurría sobre su cabeza; sin embargo, no calculó bien y los botes de pintura se precipitaron sobre las vías. Los miró caer con rabia y resignación, pero siguió adelante, aupándose con agilidad hasta la carretera, suplicando que nadie encontrara eso nunca.

Un sonido ahogado y repetitivo detuvo los pasos de Jean al escapar. El alarido humano le hizo retroceder y asomarse por el puente que acababa de escalar. El policía colgaba de la acera sobre las vías del tren. Había copiado su salto, pero tenía los cables de alta tensión demasiado cerca. El resonar incesante de su esfuerzo agónico atropellaba sus labios con un quejido escalofriante. Sus guantes anticorte se habían convertido en una trampa resbaladiza, sin posibilidad de agarre, y aquel policía suspiraba por el desaliento de su peor desenlace.

A Jean le inundó un irrefrenable sentimiento de preocupación. Un rayo de madurez recorrió de inmediato su espíritu arrepentido. El juego se había convertido en algo muy serio y las sirenas rescatadoras se terciaban lejanas en la incesante jarana urbana. Regresó a toda velocidad hasta el borde afilado del puente y sujetó por los codos los brazos del policía, cuyos ojos desesperados se mostraban agradecidos ante el inesperado gesto solidario.

Jean confirmó que los mensajes más potentes nunca viajan a lomos de las palabras.

Lo arrastró sorteando el hueco cruzado de la baranda hasta quedar a salvo sobre la acera y entonces quiso soltarse de él; pero, para su sorpresa, el policía lo sostuvo agarrado y, con un movimiento como mil veces ensayado, escuchó el rápido crujido del sonido de unas esposas en su muñeca.

Decepcionado y repleto de ira, comprobó que estaban unidos por esas mordazas.

—¡Te he salvado la vida! ¡Me lo debes! —replicó Jean a su perseguidor, ambos sin aliento por el esfuerzo.

—No te debo nada. Casi me mato por perseguirte. ¡Estás detenido! —atinó a pronunciar, entre fatigadas respiraciones, cogiendo el micrófono de su equipo de transmisiones—. Apoyo urgente. Creo que estoy en el bulevar de Europa, esposado al autor de los hechos. Repito, es urgente.

Un iracundo sentimiento de ofensa comenzó a hervir bajo la carne de Jean. Se sentía estafado. Había creído en el respeto secreto que existe entre policías y malhechores. Estaba consternado y, sobre todo, decepcionado y ese sentimiento comenzó a crecer en escala hasta llegar a unos límites que jamás había experimentado.

La extraña desazón comenzó a convertirse en sosiego templado. Entonces, algo insólito sucedió al entrar en contacto directo con el policía. Jean sentía la agitada respiración del agente como si fuera propia. Notaba el balanceo exultante de su corazón saltando en el pecho, la mano presionando el micrófono, el agobio que ejercía el chaleco bajo sus axilas y el peso del arma en su cintura. Tuvo la absoluta seguridad de que podía obtener el control. Era algo que ya había hecho antes. Algo latente y a la vez olvidado. Se veía capaz de apoderarse de él, con naturalidad, como cuando uno respira, sin necesidad de pensar el cómo. Se hacía solo, a voluntad.

Era un policía joven, quizá algo mayor que Jean, pero poco más. Su rostro se descuadró al sentirse poseído, al notar que había dejado de sentir por completo su brazo derecho. Estaba engullido por el misterio de esa inexplicable brujería. No podía creer lo que estaba sintiendo y, al mismo tiempo, no le cabía duda. Decenas de pensamientos pragmáticos recorrían su mente a la velocidad del rayo, tratando de arrojar una explicación racional.

La escena se volvió terrible cuando el agente extrajo su pistola y quitó el seguro del arma con su propia mano, agarrándola con firmeza, pero sin ser él quien daba las órdenes de esos movimientos. Nunca pudo imaginar algo tan perturbador. La mirada del policía no salía de su asombro. Los músculos de su rostro temblaban en una pugna interior y su mirada silenciosa proyectaba verdadero horror. Miedo en estado puro. Con mayúsculas.

Lamentó haberle perseguido. Aquello no parecía verdad. Se veía inmerso en una pesadilla lúcida, real. Era obvio que se había equivocado. En ese momento, su vida corría más peligro que cuando colgaba del puente. Todo por practicar una detención, se decía a sí mismo, en su apabullante frenesí nervioso.

El policía se encañonó la sien o eso parecía visto desde fuera. Jean sentía con todo lujo de detalles el tacto del dedo del policía en la cola del disparador y el frío metal de ese cañón empujando su cabeza. Sus ojos aterrados y presos por el escepticismo más radical no lograban entenderlo. La situación era incomprensible. Una ruptura de esquemas tan profunda como un pozo negro e infinito.

—Habría aceptado que me atraparas en la carrera, o cuando me trabajaba el tren o en cualquier otro momento de justicia. Pero no puedo permitir que me detengas cuando he regresado a ayudarte. —Jean resoplaba con resignación—. Debes entenderlo. —La voz de Jean desprendía una tranquilidad irónica, sobresaliendo por encima de los acústicos policiales de las inmediaciones.

Entonces sucedió de nuevo, igual que unos momentos antes durante el esprint. Los volvió a ver. Un oscuro ejército de sombras alargadas rodeó al policía, sorprendidas al comprobar que Jean los observaba.

Las esbeltas siluetas sombrías hicieron el gesto de inclinarse sobre él, con descarada curiosidad, tratando de averiguar su naturaleza. Era como si el bienestar de su protegido no les preocupara en absoluto. Sí, habían sido llamados por la situación crítica del policía, pero ellos sabían que Jean no representaba peligro alguno. Todo iba a quedarse en un susto. Solo se marcaba un farol.

Aun así, estaban desconcertados por la singularidad de esa persona a la que no lograban catalogar.

El tiempo pareció congelarse para todos.

—¿Quién eres tú y de dónde vienes? —se adelantó a preguntar la sombra protectora del policía con voz rotunda, estridente y cierto aire confuso.

Jean se quedó callado, refrenado. No era la primera vez que los veía. No, no era la primera vez que veía a los guardianes. Los llevaba viendo toda la vida. Sin embargo, ellos nunca repararon en él. Jamás hubo interacción con alguno de ellos. Los miró sin saber qué decir, sin devolverles la palabra.

Indeciso, no contestó porque no tenía respuestas para ellos y tampoco para sí mismo. La pregunta formulada por ese guardián era la mayor incógnita de su vida y ahora sabía que ellos tampoco le ayudarían a descubrirlo; por eso, en su rostro, se dibujó una expresión decepcionada.

Aun así, se mantuvo fiel a su carácter hermético y solo ladeó un poco la cabeza con un elocuente gesto esquivo. La sombra no insistió, pero su presencia reflejaba el inconformismo tajante de la duda. De pronto, sin más, su oscuridad se diluyó entre las luces urbanas.

De nuevo, el tiempo recobraba el ritmo normal.

Parecía impactado con su primer contacto, aunque este pareció más simple de lo que debía, a pesar de la urgencia del contexto.

Jean arrojó la pistola al vacío por el puente por el cual habían trepado y hurgó en la cintura del policía hasta localizar la llavecita de sus grilletes. Los rimbombantes destellos azules y rojos se acercaban a gran velocidad mientras atinaba a meter eso tan minúsculo en la hendidura. Por fin la hizo girar, mientras la desorbitada mirada del agente le perseguía en una especie de estado vegetativo inducido.

En cuanto soltó su brazo y perdieron el contacto físico, se deshizo el hechizo. El policía notó que recuperaba toda la movilidad y reptó hacia atrás, aterrado, arrastrándose sobre las manos. Se apartó de Jean a toda prisa, muerto de miedo. Para él había sido una experiencia sobrecogedora y antinatural. Inexplicable y terrible.

Jean recolocó su capucha y maldijo por lo bajo su propia bondad. Esa virtud le había dejado expuesto y comprometido. Ahora el policía había visto su rostro y le podía reconocer. Lo lamentó durante un rato, pero entendió que no era el momento de recrearse en lo incorregible y escapó más raudo que el viento para evitar nuevos encontronazos con representantes de la ley.

La sudadera de Jean era reversible, característica prevista para esquivar las descripciones difundidas por los agentes. De ese modo, al alejarse lo suficiente le dio la vuelta y se apresuró a alcanzar un autobús que paraba en sentido contrario.

El conductor le miró con descaro, escrutando su aspecto de arriba abajo, percibiendo su angustia. Su frente brillaba perlada por el sudor y su cuerpo desprendía el amargo olor del estrés, ese tufo reseco que algunas personas son capaces de detectar.

Se sentó en la parte trasera, lo más lejos posible, con la sardónica casualidad de que la ruta de ese bus regresaba hacia el puente. Un agente regulaba el paso para alternar el tráfico. Cuatro o cinco coches patrulla hacían fila en el carril, junto al policía. Él estaba sentado en el pavimento con la espalda contra el grueso de la barandilla, exhausto, con la mirada perdida y rodeado de sus compañeros.

Jean había perdido su mochila y la bandana y al ser consciente de ello se vio invadido por el peso de la preocupación. El autobús pasó de largo consigo dentro, pero él no se atrevió a mirar demasiado. El rumor incesante de los viajeros le acompañó en su improvisado trayecto. Sacó la pequeña cámara digital y observó las fotografías de su fechoría, pero esta vez no se sintió orgulloso. Otra preocupación, todavía más fuerte, pareció tirar de su corazón hacia dentro, encogiéndolo sobre sí mismo. «Me han visto las sombras. Me han visto las sombras», se repitió y apretó los puños para librarse de la energía de ese arrepentimiento.

Dos horas más tarde, abrió la puerta de su casa, mejor dicho, la casa de su abuelo, con minucioso cuidado. Procuraba no despertarlo. Era el único familiar de su mundo y la persona a la que más quería. Su conexión con la realidad.

Se quitó las deportivas y caminó sobre los calcetines para ir al baño. Encendió la luz de cortesía y se lavó la cara con agua abundante. El sabor a jabón se salaba con el crujiente sudor. No quería mirarse al espejo. Sentía vergüenza de sí mismo porque, de camino a casa, un recurrente remordimiento atrapó su atención. «Un policía. Un ser humano ha estado a punto de morir por un grafiti. Lo sabe él, lo sé yo y ahora también lo saben las sombras». Apagó la bombillita enroscada en el casquillo de la pared y alzó la mirada, vislumbrando el reflejo de su silueta en la oscuridad del espejo. Su propia figura en la noche.

Asustado, golpeó el interruptor con fuerza en un acto involuntario y su rostro se volvió a cubrir de cálida luz, pero su expresión era fría y desconcertante. Con las pupilas culposas. Consternadas.

El suburbio de La Courneuve no era un pacífico barrio diseñado para el descanso. El griterío y las carreras de coches robados aderezaban la funesta tranquilidad de sus noches. Era inusual dormir sin el canto constante de las sirenas policiales. Con todo, Jean se puso el pijama y se dejó caer en la cama. Rumiaba sin cesar lo que había pasado. Era un runr*ú*n incesante y peguntoso.

Se había expuesto demasiado y le preocupaba que ese agente de policía hablara de él, de su extraño poder. El lejano sonido de las patrullas refrescaba la vivencia. Los faros de algún coche alumbraron el techo de su habitación adoptando la forma cuadrada de la ventana, moviéndose por las paredes como una araña. Se asomó para vigilar y vio alejarse la trasera de un coche ordinario. Estaba envuelto en una nube de preocupación y paranoia, lo notaba y se volvió a tumbar.

La ansiedad le estaba robando el sueño y decidió concentrarse en los ronquidos entrecortados de su abuelo, sin hacer caso a nada más.

Las horas nocturnas pasaron tan rápidas como un chasquido de dedos. Se incorporó como un relámpago cuando sintió el golpetazo de una zapatilla en la cara. El

inesperado dolor surgió como un calambrazo. Al mirar a la puerta, pudo ver a un anciano a la luz del día con su entrecejo malhumorado y la nariz arrugada. Sus escasos dientes asomaban violentos y desordenados por fuera de los labios, igual que sus ojos saltones amarillentos, amenazándole a gritos y con el puño enfrascado:

—¡Arriba, holgazán! ¡¿Vas a poner el desayuno o qué?!

Jean miró el despertador y marcaba las siete y media de la mañana. Se echó la almohada por encima de la cabeza para protegerse de otros ataques y con voz destroncada afirmó:

—Ya voy, abuelo, ya voy.

El regomello regresó en cuanto se acordó de lo que había pasado.

Eso le hizo espabilar. Preparar el desayuno se convertía en el menor de sus problemas.

—¡Te he dado en todo el careto! —Y una carcajada malvada emergió del viejo granujiento—. ¡Aún conservo mi puntería! Vamos, Jean, ¡llegarás tarde! —Su voz sonó menos exigente, con el distante destello del afecto familiar.

Vertió la leche en el cacito de todos los días y encendió el butagás para calentarlo mientras untaba la mantequilla y la mermelada. En su rutina, distraído por lo de ayer, le vino la imagen pasajera de un sueño de esa noche, pero sin saber cómo se diluyó enseguida, al igual que una exhalación de vapor en un día de invierno.

Tampoco le dio demasiada importancia.

Los días fueron pasando y Jean decidió dar carpetazo a todo aquello. Borró las fotos, como si con el gesto nada hubiera pasado. Surtió efecto y las tareas cotidianas también ayudaron. Al fin y al cabo, nadie había salido herido y no le habían pillado. Ese policía no hablaría de lo ocurrido, y si lo hiciera, si contase que el muchacho controló su cuerpo como si estuviera poseído, le tacharían de perturbado arriesgándose a que lo expulsaran del cuerpo de Policía. Esa reflexión tranquilizó a Jean y comprendió que, a veces, hacer lo correcto puede conllevar importantes complicaciones.

Lo que no sabía es que un grupo especializado de la Policía dedicado a delitos contra el patrimonio tenía recopilada una base de datos de ubicación y fotografías de todos sus grafitis. De pronto, el jaleo que montó había despertado el interés suficiente como para prestar dedicación exclusiva a su caso. De hecho, pasó a encabezar el listado de artistas urbanos delincuenciales.

Cuando Jean escapó escondido en la trasera de aquel bus, no pudo ver que, al cabo de pocos minutos, Peter, el policía uniformado que le había detenido, había forcejeado con sus compañeros para bajar en persona a por su pistola. Lo hizo, vaya si lo hizo. Descendió con manifiesta imprudencia el recorrido escalado, con un solo objetivo en la mente.

—Peter, maldita sea, ¡¿qué estás haciendo?! ¡Te vas a matar, insensato! —vociferaba atenazado Gustave, su compañero de patrulla.

—¡Se me ha caído la pistola, hostias! ¡Déjame en paz! —soltó enfadado esa media verdad mientras se dejaba los dedos buscando puntos de apoyo en la bajada.

Al llegar abajo, encontró también la burda mochila cargada de espráis. Se llevó la alegría que estaba buscando. Era una pista valiosa, pero no estaba dispuesto a compartirla. Aquello se había vuelto algo demasiado personal. Recapacitó un momento, junto al trasiego de los trenes, y trazó un plan.

Estaba nervioso porque nada de eso era propio de él, pero ese muchacho tampoco era un delincuente convencional. Se había convertido en la mayor incógnita de su vida. Lanzó la mochila bien lejos, tras unos arbustos, recuperó su pistola y regresó por las vías del tren hasta llegar a la estación, inspeccionando todo el recorrido en busca de otras pistas. Allí le esperaba su compañero Gustave, con cara de pocos amigos, pero orgulloso.

Peter observó el extraño grafiti que había pintado el fugado y achinó los ojos al contemplar el trazo de esa silueta negra y alargada sobre el tren. Había algo especial en ese dibujo firmado con letras blancas, había algo místico en esa… «sombra».

CAPÍTULO 4. **PERSONAL**

- *PARÍS (FRANCIA), OTOÑO DEL 2009*

- *DIECISÉIS AÑOS ANTES DE EL COLAPSO*

El tren de alta velocidad estaba pintarrajeado con una perfilada silueta humana, sin rasgos, con la mano extendida y los dedos abiertos. Un oportuno hueco sin pintar dejaba colarse la luz del cristal donde tenía los ojos, causando un extraño efecto al contemplarlo. Una firma con grueso rotulador blanco remataba la faena, en la que podía leerse *«Shadow»* con unas letras redondeadas.

Cuando llegaron los agentes del Grupo de Patrimonio, hicieron un montón de fotografías y abrieron un portátil para encuadrar las coincidencias. Peter quiso asomarse para recabar información, pero una grosera compañera se lo impidió. Ya llevaba tiempo asentada la creencia de que los uniformados pertenecían a una no declarada especie policial inferior y Peter se sintió ofendido; pero después sonrió, satisfecho por haber ocultado la mochila del joven.

—Solo quiero saber una cosa y no os molestaré más. ¿Lo tenéis identificado? ¿Sabéis quién es? —preguntó Peter.

El silencio de sus compañeros de paisano le invitaba a marcharse de allí. Tampoco el sutil empujón de Gustave le animaba a quedarse en la escena.

—Venga, Pit, vámonos de aquí. Estos estirados se piensan que no estamos en el mismo barco. —Su compañero le agarraba, pretendiendo llevárselo de ahí hacia el coche patrulla, por si acaso perdía los estribos.

—¡Que no! ¡Que he estado a punto de palmar por ese chaval! Lo tenéis identificado, ¡¿sí o no?! ¡Solo quiero saber eso! —Ardió en cólera mientras era sujetado por su compañero.

Los integrantes de ese grupo especializado pararon de hacer lo que estaban haciendo y se giraron para mirarle. La compañera, que debía de ser la jefa, una mujer de mediana edad y bien conservada, negó con la cabeza para zanjar el asunto y Pit exhaló una irrepetible maldición. Echó un último vistazo al dibujo del tren para no olvidarlo y regresó callado y decepcionado a su coche patrulla.

Su compañero era un patrullero veterano cargado de experiencia y conocimientos, pero esa tripa que lucía era la muestra de un hombre perdido en el vicio de la bollería industrial. Peter se lo decía a menudo, pero le quería demasiado como para reprocharle algo así después de aquello. Además, Gustave lo compensaba con otras virtudes.

Estuvo a punto de confesarle lo de la mochila e incluso se sintió tentado de contarle la perturbadora experiencia vivida con el muchacho, pero guardó su secreto y se tragó el ardiente resquemor de compartirlo.

Jean había acertado. Hablar de eso era cosa de pirados.

Tres días después, Peter telefoneó a Leonard, un íntimo amigo suyo y compañero de preparación policial. Nunca imaginó que pudiera ser útil tenerle en Lofoscopia, ese aburridísimo departamento de huellas de la Científica.

Tardó algo en convencerle, pero no demasiado. Diez días después, Peter estaba sentado sobre el segundo escalón de un descansillo, dentro de un ruinoso y atestado bloque de viviendas del barrio de La Courneuve. Esperaba a Jean, inquieto por dentro, excitado de nervios y también asustado porque aquella experiencia se había convertido en algo demasiado personal para él. Demasiado inexplicable.

Esa zona de la ciudad estaba deprimida y castigada por el abandono, Peter lo sabía. Dado que él era un policía bastante joven, aprovechó la ocasión para vestir la ropa que tanto le gustaba. Atuendos con los que nunca podía acudir al trabajo. Iba vestido con un chándal varias tallas más grandes, deportivas, abrigo abombado y gorro ceñido, al estilo rap.

El edificio donde vivía su fugitivo era igual que una inmensa caja de zapatos cuadrada, con mucha altura e infinidad de ventanas en línea. Una estantería de familias, pensó Peter.

Las humedades resbalaban por la fachada frontal decorándola con sucias y oscuras lenguas que llegaban hasta los pisos más bajos. Cuando pasó por el portal y se cruzó con una señora sin que le devolviera el saludo, entendió que en ese bloque había el suficiente trasiego de personas como para que cualquiera pasara desapercibido.

Se contentó, pero en su mente también comenzó a construir una disculpa para Jean, como si su entorno le hubiera atrapado y el vandalismo fuera una consecuencia de la que no pudiera escapar.

«Somos el resultado de nuestro contexto y oportunidades», oyó Peter, dentro de sí. Conocía bien las miserias de lo que él llamaba las dos caras de la moneda. Chicos jóvenes con demasiado dinero y oportunidades tiraban su futuro confundidos y desviados porque no le daban valor a nada. Rebeldes mimados, una auténtica pesadilla para sus familias. Al otro lado, en la vuelta de la moneda, los marginados. Enfadados con el mundo y con la vida, se echaban a perder porque se etiquetaban a sí mismos de perdedores y así, quejándose de la crueldad de sus circunstancias, podían justificar la maldad de sus acciones echándole la culpa al sistema.

Para Peter, ambos espectros eran el resultado de un mismo producto: un perfil hedonista, débil y derrotado. Y, mientras esperaba en el rellano, se daba cuenta de que su grafitero no encajaba por completo en esa teoría simplista.

Lo que había ocurrido en la estación de tren era demasiado enigmático y misterioso como para poder encajarlo. Desde aquella experiencia, Peter no había vuelto a ser el mismo. Le arrebató el sueño, el ánimo y el apetito. Demasiados temblores en los cimientos de su realidad. Demasiado desconcertado por la paradoja de lo irracional.

Era de locos.

Que alguien así se dedicara a pintarrajear siluetas oscuras y escapar de la policía no tenía sentido. Se le hacía extraño que viviera en un espartano y denostado edificio suburbial, tan alejado del glamur de París; oculto en la marginalidad. Nada obedecía a una lógica convencional, por eso le esperaba allí, en su inquietante soledad, a la espera del reencuentro.

Peter necesitaba respuestas. «¿Por qué me ha pasado esto a mí? ¿Qué me ocurrió

de verdad?». Su voz interior no guardaba silencio e intentaba hallar soluciones fáciles a preguntas imposibles. Aunque sabía que era absurdo escuchar ese incansable murmurar, no era capaz de acallarlo ni dejar de atenderlo. Así fue como su propio ruido mental le distrajo del sonido de sus pasos.

—Voy a explicarte el asunto desde mi punto de vista. —La voz de Jean se oyó en la escalera con fuerza.

Peter se levantó con un respingo y se enfadó consigo mismo por no haberlo advertido. Habían iniciado una conversación sin mirarse.

—Yo también quiero decirte algo, pero tú has empezado primero. Adelante —replicó Peter intentando ocultar su nerviosismo.

—Verás, amigo, tú estás aquí por una sola razón y esa razón es mi bondad. Ya te lo dije. —La voz de Jean sonaba tranquila y serena. Limpia.

—Estoy aquí porque te he encontrado. Soy la Policía. —Peter alzó el tono.

Jean dio unos pasos al frente y se asomó por la ventana del rellano, sin mirarle a la cara, dándole la espalda. No recordaba que fuese un hombre tan corpulento y atlético. Ese detalle no le ayudó a calmarse.

—Verás, no me gusta que jueguen conmigo. Acabaré esta conversación por los dos —afirmó con tranquilidad.

Tenía el pelo moreno con destellos castaños, liso. Su rostro era joven, de sensación bondadosa por sus ojos azules que brillaban con inocencia y, sin embargo, transmitía una sibilina madurez ancestral. Un inquietante carisma.

Las angulosas y grandes manos de Jean se encaramaron al alféizar de la ventana sin torcer la mirada y prosiguió.

—Si hubieras conseguido atraparme, yo lo habría aceptado. Así son las reglas. Tú desarrollas tu rol y yo el mío. Pero cuando tu vida estuvo en peligro, ahí, colgado a más de siete metros del suelo, resbalando hacia el desastre, se abrió un paréntesis de honor. —Se giró para verle—. Creía que los policías sabíais de eso —apostilló—. Debería darte vergüenza presentarte aquí con esa arrogancia. Con todo el respeto, creo que eres un miserable. Un traidor de las leyes callejeras.

Sus manos apretaron el marco de la ventana y unas abultadas venas se hincharon en ellas. Inspiró aire, como buscando una calma que estaba perdiendo, y continuó:

—Si vas a detenerme, no me resistiré. De lo contrario, ya hemos terminado —zanjó el monólogo con una ligera subida de tono.

—¡Espera! Tienes razón —dijo Peter.

Se hizo un silencio denso, un hueco mudo en la escalera.

—Tienes razón en todo. No debería haberte puesto los grilletes ni reafirmarme en mi condición de policía. Es verdad. He venido porque necesito respuestas, solo por eso. Tus pintadas me dan lo mismo.

El tono de voz de Peter se volvió susurrante e inseguro; infundido de humildad.

—Yo no tengo respuestas para mí y menos para ti. —Le miró a los ojos—. Suerte, colega —concluyó Jean.

Sacó las llaves de su chándal y, sin volver a mirarle, las metió en la cerradura de su puerta. Peter se acercó unos pasos, sin saber qué decir, y Jean se metió en su casa sin darse la vuelta, cerrando con suavidad.

Observaba la puerta desde el rellano con la mirada helada de un vacío infinito,

preguntándose qué acababa de suceder y cómo había manejado tan mal ese encuentro. Se aproximó para tocar la puerta, compungido por el rechazo, pero recogió su mano al comprender que eso no saldría bien. Se dirigió a las escaleras para disponerse a bajar los cuatro pisos y entonces sacó una libreta y un boli para escribirle una nota. Una nota que metió por debajo de su puerta. Luego llegó a la calle y se marchó por donde había venido.

Jean saludó a su abuelo con un beso en la frente, intentando disimular su encontronazo. Se dispuso a prepararle la merienda mientras él participaba, absorto, en el concurso televisivo que tanto le gustaba. Su abuelo no había notado nada, pero Jean estaba afligido. La inesperada visita del policía le había hecho sentirse vulnerable y descubierto. Se agachó a recoger la nota deslizada bajo la puerta y la leyó con atención. Era una letra fea, temblorosa y espaciada que acababa con un número de teléfono apuntado en su margen inferior. Tuvo la impresión de que perteneciera a un hombre minimalista y solitario:

Estimado Jean:

Hasta este momento no sabía por qué me había empeñado en buscarte. Ahora lo tengo claro: estoy en deuda contigo y pienso que si perdemos el contacto nunca podré saldarla. Por cierto, me llamo Peter, pero mis amigos me llaman Pit.

Jean se quedó ensimismado mirando el papel, mascullando la simpleza de esas palabras. Luego, puso a calentar la leche en el recipiente de metal abollado por el uso y descolgó el teléfono pulsando los números de la nota. La voz de Pit sonó al otro lado:

—¿Puedes quedar esta noche, a las tres y media de la madrugada? —La pregunta era tajante, amplificada por un breve silencio en la línea.

—Dime dónde. —Peter contestó procurando mostrar seguridad.

—Perímetro sur del Observatorio de París —dijo.

El sonido chasqueante del hilo telefónico sonó crepitando unos segundos más.

—Tráete ropa deportiva, algo cómodo. Allí nos vemos —añadió Jean.

Y la comunicación concluyó con un alargado bip.

Peter miró su teléfono con una incredulidad preocupante. Cientos de dudas comenzaban a cruzar de nuevo por su mente como flechas afiladas. ¿Iba a ser cómplice de alguna fechoría? ¿Por qué a esas horas? ¿Ropa deportiva? Sin darse cuenta, había empezado a agobiarse a causa de la angustia. Él solito, sin que nadie se lo dijera, se había colocado en esa encrucijada.

Después de un rato, trató de mitigar el caos de su interior. En silencio, controlando su nerviosismo, ordenó esa vorágine de pensamientos destructivos. Tras unos segundos sintió una quietud gratificante que le devolvió a la calma. Nada en ese momento le pareció más importante para él que conocer a ese tipo. Fuera como fuese.

Y sentía que formaba parte de algo mayor que él. No sabía bien el qué, pero lo notaba.

Había tomado la decisión.

CAPÍTULO 5. **ENTRE SUEÑOS**

- *CIUDAD DE PARÍS (FRANCIA), AÑO 2031*

Emily corría sin descanso, respirando el frío y penetrante aire nocturno. La conexión se hacía inexplicable y lo que empezó siendo una intuición alocada se estaba convirtiendo a cada paso en una extraña certeza sin confirmar. La Torre Eiffel se alzaba poderosa en la noche, guiándola. «Qué bonita tuvo que ser en los buenos tiempos», se dijo al imaginársela encendida cuando la tuvo tan cerca. Nunca había sido tan insensata de exponerse en un lugar tan abierto, pero aquella incipiente sensación la estaba forzando a desoír sus propios códigos.

Demasiado difícil de describir. Esa intuición era más potente que seguir el rastro de un olor intenso o buscar el origen de un sonido estridente. Era algo nuevo para ella, pero no podía centrarse en esa impresión porque otro sentimiento de urgencia le exigía todavía más atención. Observó un movimiento por el rabillo del ojo, entre los salvajes y desaliñados jardines del monumento.

Una luminosa esfera dorada surcaba el entresuelo, a la caza de algún desventurado con tendencias suicidas. El follaje era tan alto que Emily corría por dentro sin apenas remover la superficie superior, como una lanza cortando el viento. Su velocidad sigilosa se fundía con los claros de noche. Era tan imperceptible que regulaba las respiraciones para no declarar su murmullo, tan disciplinada e instruida en la lucha como la mejor de las guerreras. Tan discreta como una hechicera del camuflaje.

Ella era una superviviente.

La intuición era tan fuerte que la trayectoria que trazaba iba en perfecta línea recta por los vetustos campos urbanos. Mientras atravesaba los descuidados jardines a los pies de la Torre Eiffel, tuvo tiempo de pensar en la fuerza que la atraía; en cómo esa corazonada se estaba transformando en una certeza indudable.

Una de esas luminarias volantes se posó flotando en un punto concreto, justo adonde ella se dirigía. El dispositivo permaneció estático, como si hubiera encontrado lo que andaba buscando. Emily supo que debajo estaba la razón de sus pasos, la víctima de su pesadilla soñada. «¿Era eso posible?», se preguntó para sus adentros en la agitación del momento. Extrajo las pistolas, como si su vida le fuera en ello, y disparó con sus gemelas a la esfera brillante, acertando en cada impacto, provocando el tintineo moribundo de su resplandor. La estropeada esfera volante se elevó a la desesperada para terminar impactando contra el orgulloso monumento metálico.

Unas enormes chispas brotaron de la Torre Eiffel y Emily disfrutó la belleza de esa destrucción. La explosión fue asombrosa en la oscuridad. Algo bello, como los fuegos artificiales en tiempos de paz. Por un segundo, su pequeña nariz le elevó un poco más y sus ojos verdes se agrandaron como los de una niña asombrada.

Notó el ardor de los cañones al enfundar sus armas junto a los muslos. No se detuvo en contemplar los meteóricos restos flotantes. Corrió hasta el lugar donde una

agachada silueta desnuda respiraba entre las plantas descuidadas. Su espalda se hinchaba y se contraía como un fuelle sin ritmo y su cintura se perdía en la negrura del suelo. La sangre sobre su piel relamía los contornos de su espalda como serpientes alborotadas. Emily se contagió de un escalofrío que recorrió todo su cuerpo, hasta llegarle al alma. Se agachó junto a él y posó la mano sobre su hombro, acercándose con cautela; con disimulado cariño.

Algo en su interior le aseguraba que nada había que temer, que ese hombre debía ser amigable porque una inexplicable conexión los había reunido.

—¡Hay que salir de aquí! ¿Puedes levantarte?

Emily era incapaz de distinguir el rostro de esa persona, así es que se agachó un poco más para ver cómo estaba.

—Creo-creo que sí. —Su voz varonil sonó debilitada, rasgada por un dolor llevado en secreto.

Apoyó sus manos en la rodilla para impulsarse a sí mismo y Emily introdujo el brazo bajo su axila, procurando ayudarle, pero él hizo un giro repetido con la cabeza, acompañado de un ronquido suave. Ella dejó de tocarlo. Se miró las manos por instinto porque se había manchado de sangre.

Emily no insistió. Ella también se había debatido con sus fuerzas muchas veces. El cabello despeinado de ese hombre brillaba con los tímidos reflejos de la luna, pero no quiso desconcentrarse; ella no se lo podía permitir. Vigilante, oteó el horizonte en busca de cualquier amenaza, resistiéndose a impacientar al extraño invitado de sus sueños. Al cabo, pudo oír cómo se incorporaba despacio, mientras ella escrutaba la oscuridad parisina, empuñando sus gemelas en alerta. Cuando retornó la vista hacia él, distinguió su musculosa espalda y unos fuertes brazos brillantes, oscurecidos por la sangre fresca. Al dejar caer sus ojos, los volvió a levantar avergonzada. Estaba desnudo. Se repitió el escalofrío, aunque esta vez no fue por el prematuro frío otoñal ni por la empatía de su dolor.

—¿Qué te ha pasado? —le preguntó preocupada—. Bueno, ya me lo contarás. He venido a ayudarte. No hay tiempo que perder. Estamos demasiado expuestos aquí. Me llamo Emily, ¿y tú? —formuló la pregunta con velocidad y extrañeza.

—No-no tengo nombre —dijo pausado, con voz entrecortada y ronca.

—Pues entonces te llamaré Sans. Amigo, tenemos que salir de aquí, es peligroso quedarse. —Sus palabras sonaban con una inflexión urgente, ocultando los matices que ese hombre musculado le despertaba.

—Ya no será como antes, Emily. No del mismo modo.

El desconocido permaneció de espaldas a ella y su voz rasgada atravesaba el silencio con rotundidad, pero ella no entendía qué quería decir.

—¿De qué estás hablando? Bueno, déjalo, ahora no hay tiempo para esto —sentenció.

—Tiene que haberlo. Por favor, no te asustes, Emily. No soy lo que parece. —Sus palabras vibraban, bañadas por un oscuro temor.

Se dio la vuelta y Emily se fijó en el alcance de las heridas que lucía. Los feos cortes por el pecho, las piernas y los hombros. Cortes por los que fluía un fino caudal de sangre embadurnando su cuerpo. La mirada de Emily se apartó de golpe al llegar por debajo de su cintura, pero reaccionó con entereza clavando la mirada en su rostro y lo

que vio la sobrecogió de pleno. Era el *Black* del hospital.

Desenfundó sus pistolas con unos atropellados pasos hacia atrás mientras su corazón bombeaba acelerado bajo su pecho.

—¿Qué engaño es este? ¡Maldición!

Todas las alarmas saltaron en su mente y se olvidó de la conexión establecida, del sueño realista, de la sensación que le transmitía ese desconocido. Se olvidó de que hasta ese momento estaba ilusionada con su hallazgo.

Sus dedos índices estrujaron los gatillos de sus pistolas. En cualquier momento la sorprendería el disparo. Emily apretó los dientes rabiosa. Decepcionada y ultrajada. Desencantada. La mirada azulada del *Black* se apagó orbitando hacia el oscuro cielo nocturno, reflejando el centelleo pasajero de la luna. Todo su cuerpo cayó a plomo hacia atrás sobre las hierbas y, por un breve instante, Emily pensó que le había disparado. Sus dedos se destensaron por completo, convencida al completo de que no lo había hecho. Por un momento, no supo cómo actuar. Inclinó su mirada al suelo, pero apenas distinguía el cuerpo del *Black* arrojado sobre la maleza; la pesada oscuridad lo cubría.

Había un bulto negro y denso a sus pies y aquella indefinida forma se levantó con serena calma, revelando una descomunal estatura negra, opaca y estirada.

—¡¿E-eres-eres tú?! —preguntó exaltada, en un pensamiento escapado de sus labios. Y sus piernas flojearon.

Las rodillas de Emily se hincaron en el suelo, con las frías pistolas cruzadas sobre sus muslos. Unas lágrimas brotaron a raudales por sus mejillas y ese goteo salino chocó con el metal de sus gemelas como un grifo averiado. Alzó la vista hacia su guardián, con su labio inferior retemblando sobre el otro, luciendo esa peculiar sonrisa invertida de comisuras hacia abajo. La breve risa sonó arrojando una especie de alivio alegre, pero también inseguro.

—Creía que eras uno de ellos, que eras el *Black* del hospital. Lo siento.

La mano del guardián rozó el rostro de Emily, pero no hubo contacto. Universos distantes y entrecruzados no podían tocarse, no así.

—Solo abres los ojos del alma cuando peleas, cuando estás en combate. Eso te honra, te hace guerrera, te hace fuerte y justa. Implacable. Pero yo te mostraré la belleza del universo entero. Te enseñaré a mirar con alma todas las cosas.

Y Emily sonrió entre lágrimas y se sintió afortunada y triste y luego feliz. Feliz de verdad.

—Tenemos que irnos, Emily. Están al llegar.

Su estatura se alzaba por encima de las plantas salvajes y esa mirada traslúcida se perdía en el infinito de la ciudad apagada, como si pudiera ver más allá de la distancia insondable.

—Pues vámonos cuanto antes —señaló, decidida.

Emily frunció el ceño al pensar en sus enemigos, apretando los labios al no haber tiempo para ellos. Y la oscura silueta se desvaneció entre las briznas de luz, derramándose hacia el suelo. El debilitado cuerpo arrojado sobre la tierra comenzó a respirar con más fuerza.

Emily pasó el brazo del *Black* por encima de sus hombros y se corrigió a sí misma: «Sans. Se llama Sans», pensó para sí, alejando con espanto la idea de que sus

despiadados enemigos pudieran tocarla.

Se apresuraron por el asfalto, alejándose de las hierbas gigantes. El ritmo de Sans era lento, agotado y debilitado por las heridas. Sus pies trastabillaban descalzos y Emily no pudo desentenderse del dolor que estaría sufriendo. Por eso, ella se detuvo.

—No te pares.

Sans se incorporó por completo, sin apoyarse en Emily, haciendo equilibrios tambaleantes.

—No puedes seguir, Sans.

Emily se tapó la boca con espanto, sin alejar la mirada de las heridas sangrantes de su guardián. El guardián encarnado en el cuerpo de su enemigo, en un *Black* abandonado por los extranjeros.

—Nunca te digas a ti misma que esto, lo otro o aquello no puede hacerse, ¿me has entendido? Nunca te mandes ese mensaje ni se lo mandes a nadie, porque La Fuente escucha y te da lo que pides —dijo Sans sacando fuerzas de flaqueza.

Se enderezó con una rectitud forzada y siguió corriendo hacia la urbe, disimulando la doble cojera de su caminar. Emily se quedó unos metros atrás, regañada, pensativa sobre lo que acababa de escuchar. Enseguida, corrió a su lado para cogerle del brazo y pasarlo por su nuca, para mancharse de su sangre y soportar el peso de su cuerpo.

Corría con él entre el aire y el silencio de la noche. La ciudad olía a alcantarilla reseca y la blanquecina luz de la luna penetraba con dificultad por las calles maltrechas. Sans se iba sujetando con una mano por las paredes, apoyándose para no caer, con un coraje admirable. Ella seguía sus pasos, ayudándole. Era como si supiera bien adónde iban. Jamás había confiado en alguien de ese modo. Aun así, también comprendió que se estaba dejando llevar por una fuerza incomprensible y poderosa, por una intuición desconocida.

Sin saberlo, sintió un indescriptible alivio pese a que nunca había creído en los cuentos inventados por el hombre.

—Es aquí. Segunda planta. Podremos coger fuerzas —aseveró Sans con aliento desgastado.

Una envejecida y deslustrada chapa de metal rezaba junto a la puerta «Residencia Champ de Mars». Emily abrió el gigantesco portón y el eco de un sonido cerrado les recibió en el *hall* de entrada. Cerró comprobando que nadie los hubiera seguido y volvió a sujetarlo.

Los dos estaban inmersos en una repentina ceguera, sin un ápice de luz. Sin embargo, segundo a segundo Emily empezaba a ver y se preguntó cuál sería el origen de ese don y si el guardián tendría algo que ver en ello.

Sans se dejó caer sobre una cama mullida cuando llegaron a la segunda planta, tal y como él había indicado. Ella corrió al baño a por toallas para sus heridas. Puso el tapón de la bañera y dejó correr el grifo con ellas dentro. El agua salía fría glacial y las tuberías resoplaban vómitos de aire, interrumpiendo el caudal a lengüetazos. Tenía que hacerlo. Mezcló el agua con gel de baño y empapó las toallas para limpiar sus heridas con rapidez. Él parecía exhausto y malherido, pero ni un sonido de queja salió de sus labios.

Ella reconoció el valor de su entereza. Sacó de su mochila el yodo y lo derramó por sus heridas, sin contemplaciones. Con uno de sus cuchillos hizo jirones otra toalla y le

vendó los pies. Cuando terminó, le hizo girar en la cama hacia el lado seco, envolviéndolo con un esponjoso edredón. Sans se encogió sobre sí mismo haciéndose un ovillo, tiritando de frío. Emily sentía verdadera lástima y miedo por él. Le atemorizaba todo aquello porque escapaba a su comprensión. Una parte de ella todavía no se podía creer lo que le estaba pasando. Se cuestionaba si era cierto.

Contempló a Sans durante rato. Sus temblores iban disminuyendo, pero, de todas formas, le echó otra manta por encima.

—Solo necesito dormir. Dormir. Aquí estaremos seguros. Necesito dormir, solo eso. Descansar. Conectar con La Fuente. —Su voz se escuchaba resquebrajada y delirante. Sufrida.

Su cuerpo cesó de estremecerse y comenzó a quedarse dormido al acabar las frases.

Emily deslizó la cortina del balcón, con cuidado. No había movimientos en el exterior, solo unos leves rayos de luz aterrizaban ahí tras rebotar por otras fachadas en abandono. Volvió a mirar a la cama y comprobó que los temblores de Sans habían cesado por completo. Se quedó sin moverse durante tiempo, reflexionando, percibiendo el frío del cristal sin tocarlo. Miraba de reojo la luz de la luna, procuraba encajar el rompecabezas; pero era inútil, ni siquiera tenía las piezas. Permaneció junto al balcón, vigilante, haciendo guardia.

El cansancio aumentaba con la tranquilidad y un sueño poderoso se fue apoderando de ella. Colocó junto a la cama los cojines de un sillón sobre el suelo enmoquetado. Confeccionó una improvisada superficie acolchada donde descansar y se cogió otra manta. «Aquí estaremos seguros», repitió en su cabeza las palabras de Sans. Las palabras de su guardián encarnado.

El agotamiento pesaba en su cuerpo como el hierro fundido. Se tumbó sobre los mullidos cojines y el placentero abrigo de esa manta la envolvió con calidez. La respiración de Sans se escuchaba como una canción lejana de ritmo calmado. Se sentía bien sumergiéndose en el plácido estado del reposo, acompañada. Un espasmo sacudió sus piernas con sobresalto antes de ser engullida hacia la inconsciencia. Cogió aire con los ojos entreabiertos, dándose permiso con las manos apoyadas sobre sus gemelas, dejándose llevar hacia el misterioso mundo de los sueños.

Emily gritó tan fuerte como pudo. Estaba aterrada del susto, pero se calmó de repente. La espigada sombra de su guardián se inclinaba sobre ella tendiéndole la mano. Se repuso un momento y después la cogió sin pensarlo.

—Tranquila. Puedes gritar cuanto quieras, aquí nadie puede oírte. —El color de su voz resonaba gutural, pero también afectuoso.

Emily se incorporó y descubrió que seguía en la habitación. Se levantó a toda prisa y se asomó por el balcón. Todo estaba en orden, seguía siendo de noche. Miraba al exterior sin entender su sobresalto.

—Deberíamos irnos de aquí. Conozco lugares más seguros que este. —Ella se giró para hablar con su guardián.

Su mirada deambuló por la habitación y se sobrecogió al ver que sus cuerpos permanecían dormidos, cogidos de la mano.

Se observó a sí misma desde fuera, tumbada, con el rostro apacible sobre los cojines. Sus manos abrazaban la de Sans, que colgaba desde la cama. Emily no soportó el impacto de la visión y se despertó de golpe. Los primeros rayos del sol penetraban por

el balcón, creando una atmósfera rojiza en el pequeño apartamento. Soltó la mano de Sans con delicadeza para no despertarlo y se sintió extraña. Como si su mente hubiera mezclado el mundo de los sueños con la realidad.

Se levantó y vigiló de nuevo el exterior. «Todo tranquilo», se dijo y rozó con sus manos la empuñadura de sus gemelas en un movimiento obsesivo e interiorizado.

Sans respiraba con ritmo pausado, transmitiendo un presumible estado saludable.

El espejo del baño reflejaba sus bellas y castigadas facciones. Era el rostro de una mujer azotada por la inclemencia, embadurnada por el barro de la superación. Una mujer dura, de labios mullidos y deshidratados, con el pelo desmelenado, del cual, a pesar de toda la suciedad, brotaba su tono rubio como una bombilla encendida. Se dedicó una sonrisa a sí misma, como si fuera parte de un ritual recurrente. Se miraba poco al espejo. Era una sonrisa incompleta, un tanto estrangulada, sin el guiño de ojos ni el brillo de la autenticidad, con el borde de los labios hacia abajo.

Deambuló por el edificio buscando algo de ropa para Sans. Aquel sitio tuvo que ser frecuentado por un público muy elegante antes de El Colapso, claro. Al fin, encontró un chándal, unas deportivas, una camiseta y ropa interior. Cuando llegó a la habitación, Sans seguía durmiendo. Ella no se atrevió a despertarle. Dejó la ropa a los pies de su cama y volvió a asomarse con cautela por el balcón, vigilando. Nada se movía en el exterior. Calculó que habría dormido no más de cuatro horas y decidió tumbarse en la cama improvisada, solo para relajarse. No pretendía quedarse dormida.

—Debes aprender a manejar tus intenciones. Tus pensamientos. Tu subconsciente —escuchó.

La alargada sombra permanecía de espaldas, mirando por el balcón. Emily se incorporó despacio y volvió a verse durmiendo sobre los cojines, arropada por una pequeña manta. El chándal y el resto de la ropa estaban como ella los había puesto y sintió cómo se le aceleraba el pulso.

—Aprende a relajarte, a mantener el control en esta dimensión energética. De lo contrario, despertarás o te sumirás en el pozo neutro del dormir sin soñar —le recalcó su protector.

—Entonces, ¿estamos hablando en sueños? —preguntó Emily, aturdida.

—Esto es algo más. Es la imperturbable conexión exterior con La Fuente. —La estridente voz del guardián ya no la distraía del mensaje. Aun así, sus palabras le sonaron a chino.

—Necesitamos irnos de aquí. Debo entregar el contenido de esa mochila.

El guardián asintió con sutileza, pero en su interior y sin que Emily lo supiera ardía una frustración inevitable. Él sabía algo que ella ignoraba y se lo quería enseñar; sin embargo, no era el momento.

El guardián se introdujo en el cuerpo cubierto por edredones y Sans comenzó a moverse. Emily continuaba en ese segundo plano, incrédula por estar despierta en sueños, escéptica. Moldear los esquemas construidos no es tarea sencilla.

Al verlo despertar, con su torso desnudo, le invadió un sofoco extenuante y, sin saber cómo, se despertó de nuevo asustada sobre sus cojines. De inmediato, dirigió la mirada hacia Sans no para observar su cuerpo, o no del todo con ese propósito, sino para sincronizar sus visiones. En efecto, concluyó que había sido testigo de la realidad mientras dormía y que la breve conversación había sido cierta. Se sintió aturdida e

incluso algo molesta; algo irritada porque la intimidad de sus sueños se hubiera desvanecido. Le horrorizó el pensamiento de sentirse observada o controlada en modo alguno. Eran sensaciones complejas.

—Hemos estado hablando en sueños, ¿verdad? —lo preguntó como si deseara obtener una respuesta distinta, sabiendo que la pregunta era innecesaria.

—Creo que estoy listo, te podré acompañar. —Y con esa frase respondió a ambas incógnitas, preparado para acompañarla.

Escuchó cómo se vestía al otro lado de la cama, pero no se atrevió a mirar. Cuando este se sentó para calzarse, Emily se incorporó y, al verlo de día y despierto, la situación le pareció surrealista. Era el *Black,* pero no era él. Estaba despierta, pero aquello parecía un sueño. Estuvo soñando y se sintió despierta. Nada era igual que antes.

Demasiados cambios que digerir en muy poco tiempo.

—Gracias por la ropa y por cuidar de mí durante la noche.

Sans estaba mucho mejor. Emily no supo qué decir. Una parte del mundo conocido se había transformado en otra cosa, a su entender, más complejo.

—Ahora dependo de este cuerpo. Me he vinculado a él —dijo mirándose las manos.

Emily no se atrevió a preguntar las decenas de cuestiones que se le pasaban por la cabeza, aunque captó la idea de su guardián, al menos en parte.

—¿Podrás caminar? —fue todo lo que preguntó Emily mientras se echaba la mochila al hombro.

—Creo que sí. Estoy bastante mejor que anoche —afirmó.

—Déjame ver. —Emily se acercó con cierta inseguridad.

Las heridas habían cicatrizado, más de lo esperado, y le extrañó su asombrosa recuperación. Todas las heridas tenían buen color; faltaba poco para que formaran parte de los recuerdos de su piel. Y el rostro de Emily no pudo disimular su sorpresa.

—La curación es un proceso natural que transcurre durante el sueño. Si te conectas a La Fuente, de la que formas parte, la recomposición se acelera. Lo irás entendiendo —aclaró Sans, con un silencio decretado entre ambos.

Los ojos verdes de Emily, con una expresión prístina y volcánica, se clavaron en los de Sans y luego soltó su pregunta:

—¿Por qué? Dime, ¿por qué ha ocurrido este desastre? ¿Cómo se ha consentido? ¿Cómo se puede arreglar? Tienes que decírmelo. —El color de sus palabras no le dejaba escapatoria.

—Sé por dónde vas. —Se dio la vuelta con un aire de vergüenza, dejando un espacio —. Confío en que haya un plan, pero yo tampoco sé cuál es. No soy omnipotente ni tengo todas las respuestas. Pero lo creo. Es una intuición lejana, pero es mi intuición. —Suspiró con preocupación, añadiendo—: Espero que no pierdas tu fe.

Emily había interiorizado que ninguna persona era fiable del todo, pero el tacto con el que lo dijo le pareció lo más sincero que había escuchado en su vida y no inquirió una sola pregunta más.

—Pues entonces debemos irnos. Hay alguien que necesita estos medicamentos.

Y con ese carpetazo dio por zanjada su ambigua explicación, apretando las correas de su mochila sin dejar de mirarle.

Durante unos momentos, su guardián miró al suelo, consternado por no disponer de

un conocimiento absoluto; compungido por el tinte decepcionado de Emily. Él lo notaba.

Emily no había sobrevivido tan solo gracias a ayudar a los demás. Hacía falta una combinación de elementos enhebrados para superar un apocalipsis como ese; entre ellos, y aunque ahora lo estuviera sufriendo Sans, era necesario tener un carácter forjado y decidido. Una personalidad que, a ojos desentrenados, se confundía con un talante agrio y huraño.

Hacía lo que tenía que hacer y no ahondaba en cuestiones fatigosas de las que no podría extraer nada. Emily se había convertido en una luchadora aguda y astuta, pero, sobre todo, pragmática.

CAPÍTULO 6. **HASTA EL FIN DE MIS DÍAS**

- *CIUDAD DE PARÍS (FRANCIA), AÑO 2031*

Emily permaneció bajo el umbral de la puerta, esperando. Sans tenía un aspecto muy distinto con esa ropa deportiva. Y también otro talante, uno en el que sus ojos brillaban repletos de bondad. Eso sí, el trajín de la carrera nocturna y las curas con yodo hicieron que la suciedad comenzara a depositarse sobre él luciendo el lustre de un superviviente más.

—Necesito saber lo que pasa. De qué va esto. Si no fuera por todo lo que he visto, ahora mismo estaría dudando de mi propia salud mental —negó con la cabeza, incrédula—. Algunos supervivientes hablaban de vosotros; contaban fantásticas fábulas, increíbles hazañas contra los extranjeros. Proezas inimaginables. —Ella se colocó el pelo a jirones y despuntado por detrás de la oreja—. Y yo que pensaba que solo eran historias y charlatanería de hoguera.

Emily resopló sin detener su marcha. Acariciaba sus pistolas en cada giro de esquina por los pasillos del edificio; no bajaba la guardia mientras se dirigían a la salida.

—Siempre he estado a tu lado, te mandé cientos de señales. Me sorprende que pienses eso. Tú eres alguien que sabe escucharse. Intuitiva y diferente.

Emily tragó una saliva densa e incómoda y se acercó a la puerta desenfundando sus gemelas, asomándose por el hueco con lentitud.

—Salgamos. Tenemos que encontrar una boca de metro lo antes posible. ¿Sabes manejar un arma? —le preguntó Emily en un tono tenso, llevando la delantera.

—Sé manejar cualquier arma. Tengo acceso a La Fuente —dijo él, unos pasos por detrás de ella—. Pero no hará falta.

—¿Y eso por qué? —inquirió Emily con desaire.

—Porque cuando me vean y sepan quién soy no querrán matarme.

Ella se detuvo. Y se quedó inmóvil, encañonando el suelo con sus pistolas.

—No comprendo. Necesito entenderlo. Explícate —dijo con tono autoritario—. Entonces, ¡¿qué pinto yo?!

Se giró enojada al tiempo que palidecía con el frío matutino. Ella lo escrutaba con sus ojos boscosos.

—Vosotros tenéis fe. Esa esperanza es lo único que os hace subsistir en este plano desolado y agreste. En este mundo extinto y moribundo. Esa creencia, esa convicción de propósito es lo que te hace respirar y luchar. Es la razón que impide tu caída en la rendición —dijo de un modo seco—. Escúchame bien, no es el odio hacia esos seres lo que te mantiene con vida. Es la certeza de que tu existencia esconde una intención superior.

—No te equivoques. Hasta ahora nunca he pensado algo así. Solo me he dedicado a tirar para delante e intentar ayudar al resto de los supervivientes que quedan. Nada más que eso.

Emily parecía enfadarse con el hecho de que alguien se atreviese a hablar en su nombre.

—Acabas de revelar tu propósito —dijo sin condescendencia—. Piensa que El Orden, como bien indica su nombre, está diseñado con una lógica acotada, pero no infranqueable. De lo contrario, no habría libertad. —Levantó las cejas con cariño—. Existe una razón de que haya muerte, por triste y dolorosa que sea, pero estos seres invasores hace tiempo que se saltaron esa regla.

Sans hablaba, pero Emily seguía sin entender.

—Yo he matado a más de uno y a más de cien, de eso no me cabe duda. Sí que mueren.

Ella levantó la barbilla con jactancia y orgullo.

—Tú crees que los has matado, pero no ha sido así. —Sans se encogió de hombros —. Lamento informarte de que solo los has cambiado de lugar. Aprenden, reaparecen, se regeneran y regresan.

Emily se quedó pensativa con la mirada extraviada y después un temblor en sus labios expulsó un berrido de frustración, sin emitir una sola palabra.

—No te enfades, Emily. Cálmate. La ira no es el camino.

Sans se acercó y acarició su mejilla y ella sintió su calor en el rostro y ese gesto la desconcentró.

—¿Son inmortales? No hay manera de acabar con ellos. ¿Van a adueñarse de todo? ¿Se saldrán con la suya?

Ella hiperventilaba furiosa, con los ojos oliva clavados en el suelo.

—No son inmortales —afirmó Sans.

—Pues enséñame a matarlos.

La piel de las manos de Emily crujió al apretarse contra las cachas de sus pistolas y sus ojos redondos se encogieron ahusados.

—No lo estás entendiendo. Existe una palabra que igual no conoces porque la tenéis en desuso. —Él empleaba un exquisito tacto asertivo.

—No me interesa —le interrumpió grosera—. Enséñame a matarlos, quiero matarlos del todo. Los quiero bien muertos —insistió Emily.

—Lo hablaremos más adelante. Vamos a entregar lo que hay en esa mochila, ¿vale? Para eso te has jugado la vida en el hospital, ¿no?

Sans pensó que, si las miradas fuesen cuchillos, ella le habría apuñalado cien veces.

Gruñó algo indescifrable y la vio caminar unos pasos por delante de él, enojada por el diplomático desvío de la conversación. Y, en ese instante, Sans comprendió que su tarea no sería nada fácil.

Marchaban sin cruzarse las miradas, como dos personas enemistadas, y Emily se movía por la ciudad como un soldado de guerrillas protegiendo a un civil indefenso. Era silenciosa, prudente y eficiente. Siempre alerta. Una experimentada combatiente de la humanidad. Sin darse cuenta, movida por la costumbre, Emily había adoptado el rol inverso y ahora era ella la que custodiaba a su guardián de los peligros.

En un momento dado, le dijo que esperase a resguardo tras una esquina y corrió hasta perderse por las escaleras de un feo, viejo y apagado suburbano.

Emergió tras unos segundos, miró a todos los lados y luego agitó la mano con rapidez. Todavía podía notar la impronta de su enfado, por eso él la obedeció deprisa.

Un repulsivo olor a azufre mezclado con alquitrán afloraba de esa cueva artificial. Era un lugar donde los túneles laberínticos se perdían entre sí, entre hedores.

Sans no estaba familiarizado con esas sensaciones y su mueca de asco no pasó desapercibida para ella.

—Este es el mundo en el que vivo yo y aquí están escondidas las personas a las que vengo a ayudar. ¿Podrás soportarlo?

Sans asintió con un gesto contundente.

—Comprende que algunos reflejos son propios de este cuerpo clonado, no soy del todo yo. —Se miraron unos segundos, pero él optó por no dar más explicaciones—. En fin… Continuemos, no querría ralentizar nuestra marcha.

La oscuridad se hacía más intensa a cada paso. Emily cogió la mano de Sans y la posó en su hombro, como se hace con los invidentes. Él no quería contradecirla de nuevo a pesar de que también podía ver con claridad por la oscuridad de los túneles. Sans pensó que, a lo mejor, ese contacto sofocaría su iracundo fuego interior.

La estación de La Tour-Maubourg, sin duda, había vivido tiempos mejores. En esa zona, antes de El Colapso, se agolpaban los viajeros al degustar el placer de la vida en las bonitas cafeterías, en los jardines, admirando la arquitectura victoriana de sus aguerridos edificios. Pero todo eso ya era historia. En aquel mefítico túnel de estación, los crujidos de sus pasos rebotaban por las paredes abovedadas removiendo el hedor; unas paredes que habían perdido su blancura original. El sonido tosco de una gotera se multiplicaba en el aire con el eco, arrojando un inquietante escenario de calma inhóspita. Una sensación con la que Emily ya estaba familiarizada.

A Sans, el escenario le resultó demasiado perturbador. Y es que ella desconocía lo que él sentía. Porque debajo de ese hombre corpulento, fuerte y sano había un guardián encarnado. Un guardián vulnerable y frágil. Mortal. Y ese era el mayor riesgo que una sombra podía asumir. Si él moría, se quedaría sola, sin protección. Ella ignoraba las leyes de su mundo y él necesitaba seguir a su lado, explicarle las cosas poco a poco, sin enfados. Sans le había hecho una promesa y necesitaba cumplirla. Era su última protegida y, en contra de todas las normas sobre interferencia mínima de los guardianes, había decidido hacer lo contrario y materializarse.

Los guardianes también sufren y tienen anhelos y en ocasiones también se rebelan. Por eso él estaba asustado. Hacía lo incorrecto viviendo una experiencia carnal arriesgada y, a la vez, no podía permitir que a su orgullosa protegida le ocurriese nada malo.

El cuerpo que habitaba, usurpado a los extranjeros, reaccionaba por su cuenta. Vivía impulsos a los que él no estaba acostumbrado. Cuando observaba a Emily con detenimiento, sin que ella le viese, un ardor extraño bullía desde su estómago para apagarse a los pocos segundos. Un misterioso deseo anhelaba sostener el contacto físico en su hombro y de tanto en tanto, cuando Emily tocaba el envés de su mano para que la posara con firmeza, él sentía un calambre suave. Un calor repentino recorría toda su piel erizándola y se sorprendía de esas reacciones incontrolables.

Un pensamiento recurrente deambulaba dentro de él, aunque no quería escucharlo. Su cuerpo deseaba besarla. Quería detenerlo todo, darle la vuelta y apretar sus labios con los de ella. Sujetarla por la nuca, abrazarla con apasionado cuidado, sostener sus manos, entrelazar sus dedos y acariciarse con la piel de sus rostros.

Nada de eso ocurrió. Sans no tuvo el coraje de hacerlo. No podía arriesgarse, no quería precipitarse. Restó importancia a ese instinto que, de un modo u otro, también presintió que ella padecía y lo dejó correr como pudo.

—Los centros farmacéuticos, armerías y abastecimientos son los lugares más vigilados por los extranjeros. Aguardan ahí para eliminarnos —dijo Emily—. Otros dicen que es para llevarnos a sus naves a la fuerza. Mueres abandonada o vives luchando hasta la muerte. Así son las cosas. —Emily había roto el silencio de la marcha con un tono más dulce que antes—. Nadie sabe con exactitud lo que quieren de nosotros, y yo me pregunto por qué no nos matan de una vez, de golpe.

—Están aquí por vuestra alma. Eso es lo que han venido a buscar —replicó Sans, soltándose de su hombro.

—¿Cómo va a ser eso? —Él apartó su mirada de ella buscando paciencia y ella lo advirtió—. ¿Y qué quieren hacer con nuestra alma? —Su agresividad había regresado.

—En algún punto de su existencia, descubrieron que las almas están conectadas con los guardianes, y ambos con La Fuente y El Orden. Ese es su objetivo. Han alcanzado los máximos del mundo físico y ahora buscan el control de la energía pura. Están atrapados en los límites de la realidad material, sin conexión ni contacto con el espectro espiritual.

Fue necesario un prolongado silencio en la caminata para que Emily ordenara sus ideas.

—No comprendo ni la mitad de lo que dices, Sans. Ya han exterminado a casi toda la humanidad y entiendo que si siguen aquí es porque todavía no han conseguido nada, ¿no? —preguntó para confirmar sus sospechas.

—No, no es cierto. Según parece, están prosperando. Su objetivo es llegar a La Fuente.

Los ojos de Sans encogieron.

—Pero ¿qué es La Fuente? Me hablas como si tuviera que saberlo. —Emily parecía indignada.

—La Fuente es la energía universal, la explosión de vida, el *big bang*, la potencia de la inteligencia suprema y de la creación. Es el poder del origen de todo —lo explicaba gesticulando con las manos, dándoles forma de esfera—. Verás, vuestra existencia es una mezcla entre las vibraciones bajas de la materia y las altas de la espiritualidad. Sois seres mixtos. Almas en desarrollo por el sendero de la pureza.

Se acercó a ella mirando sus oscuros ojos cetrinos.

—Entonces, ¿tú eres un ser espiritual? ¿Un ser superior que ha descendido de nivel?

Sans sostuvo su fulgurante verdor intimidante y después asintió.

—Podríamos llamarlo así, aunque no es cuestión de superioridad. Se trata, más bien, de evolución personal. Todos somos individuos únicos, esencias inigualables. A medida que evolucionamos, podemos participar de la creación. —Buscó la manera sencilla de decirlo—. Existe, por así decirlo, una mayor conexión con La Fuente, ¿entiendes?

—¿Atracción? —Emily arqueó las cejas, extrañada.

—Sí y no —sonrió—. Vuestros deseos y anhelos son el motor del pensamiento, y el pensamiento solo tiene dos modos de suscitar la creación —Sans estiró el dedo índice para explicarse—: a través del amor o a través del miedo —dijo después, estirando su dedo medio—. El amor construye y el miedo destruye; aunque parezcan conceptos

opuestos, ambos forman parte de la creación. Por eso es necesario que el amor prevalezca. Y por eso luchamos.

—Entonces, ellos nos odian —concluyó Emily.

—No. Confundes el sentimiento. El odio es solo una expresión de miedo, igual que la maldad. Por eso los guardianes cuidamos de vosotros. Por eso estamos aquí para guiaros. Somos la voz de vuestro interior, el dictado de vuestra conciencia. —Sans la cogió de la mano con afecto—. Pero ellos no tienen esa ayuda porque hace mucho que se han desconectado de El Orden y de nosotros.

—Entonces, entiendo que los extranjeros no tienen interés en nosotros. Han venido en busca vuestra. —Exhaló mirándole con lástima—. Vienen por vosotros, por los guardianes. —Abrió los ojos de manera desmesurada, encajando el rompecabezas—. La humanidad es solo un medio para alcanzar un fin, por eso no les importa matarnos de cualquier modo. —Ella hablaba para sí, como si estuviera pensando en alto. Uniendo los cabos.

—Correcto. Ese es su objetivo. Quieren encontrar el modo de trascender entre realidades, como un virus. —La miró de forma comprensiva y ella le miró asustada por él—. Son una rebeldía contra El Orden y el poder de La Fuente. Sus esencias fueron separadas de sus cuerpos por un complejo sistema tecnológico, por eso transmutan entre cuerpos de toda clase, orgánicos y mecánicos. Y por eso no están conectados a La Fuente ni a El Orden.

—Pero ¿por qué son así, si ellos también son una supuesta creación de El Orden? —Sus preguntas estaban cargadas de malestar al referirse a ellos.

—Hay un punto común entre ellos y vosotros: estáis en el paso final de trascender. Lo que ocurre es que ellos, como especie, os llevan milenios de ventaja. —Sans la sujetó por los hombros—. Te lo explicaré. El proceso está supervisado por El Orden, eso es innegociable, pero también predomina el libre albedrío. El Orden se transforma en un mero observador si prefieres renunciar o ignorar su existencia. El Orden no hace cambios ni obliga a nadie a creer en él. Como en un manantial del que fluye agua, nos deja elegir. De ahí el nombre de La Fuente. El universo está rebosante de vida, de vida en todas las etapas de la evolución. Pero hay un hecho inalterable e innegociable para todo ser viviente; ha de estar sometido a las limitaciones biológicas: nacimiento, vida y muerte. Ese es el proceso cíclico concebido por El Orden a través de La Fuente para que las esencias evolucionen en su aprendizaje.

Sans le acarició el pelo mientras hablaba apreciando sus angulosas facciones de mujer.

—Las distancias entre mundos habitables son tan lejanas que jamás deberíais haberos encontrado con esta civilización. Así estaba organizado. Ni siquiera debería existir la comunicación entre vosotros, no al mismo tiempo. Piensa que la rapidez máxima de este universo es la velocidad de la luz y no hay existencia biológica creada capaz de soportar un viaje a esas velocidades. —Sans cogió aire tratando de hablar más despacio—. Pero estos seres, en aras de avanzar, descubrieron el modo de transmitir su esencia consciente a un soporte material, saltándose los límites biológicos, atajando el asunto del instintivo miedo a la muerte, logrando viajar entre mundos, transgrediendo las reglas biológicas diseñadas por El Orden.

Sans se llevó una mano a la frente con malestar.

—Ellos se han transformado en información con capacidad de alcanzar intolerables velocidades dentro de un dispositivo de memoria artificial e incluso desplazarse por el espacio a la velocidad de la luz en forma de espectro electromagnético. Como decís vosotros, juegan a ser dioses. A cambio, han pagado un precio muy alto. Se han desconectado y ahora pretenden trascender a la fuerza, traspasar realidades sin permiso, haciendo lo que sea necesario, desoyendo todas las reglas de El Orden.

—A ver, para que yo me entienda. ¿El Orden es un sinónimo de Dios y La Fuente su energía?

Sans arqueó las cejas contrayendo los labios, mascullando la comparación. Unos segundos después asintió con una mueca anuente, no del todo convencido, como si faltaran matices.

—O sea que son unos tramposos. Y, por lo que he visto y has explicado, además son inmortales, ¿o no? —Al pronunciar esa frase, su inquietud se hizo más que evidente porque retomaba la conversación que les había enfadado con anterioridad.

—No son inmortales. Hay una persona que ha sido capaz de eliminarlos. Bueno, como habrás entendido, la muerte no existe como tal, solo como evolución o involución de esencias. Pero sí, existe una persona capaz de capturar sus esencias reenviándolos a La Fuente, haciéndolos desaparecer de este plano por completo para que regresen a ella y se reúnan con la inteligencia de El Orden. Sí —atajó—, puede matarlos.

—¿Quién es? —Emily se lo preguntó impaciente y luego planteó su pregunta de otro modo—: ¿Qué es?

—Es un ser sintonizado y conectado a las intenciones de El Orden. No solo es un enlace. Es el mayor enlace viviente y su vibración está muy conectada a La Fuente.

—¡¿Dónde está?! ¡Quiero conocerlo! ¡Necesito matar a esos malditos desgraciados! —se encaró a Sans con exigencia.

—Ni siquiera sabes lo que es un enlace. Has oído «matar» y te has transformado en una psicópata vengativa —dijo Sans entre risas, que ya empezaba a acostumbrarse a sus repentinos cambios de humor, aunque le habló con una aplastante seriedad de fondo.

—Solo sé que debemos librarnos de ellos. Y si existe un modo de exterminarlos, necesito averiguarlo. ¡Nuestro mundo se ha ido al traste por su culpa! Creo que tengo todo el derecho, ¿no?

—Mira, Emily —su voz arrojaba un halo pacificador—, ya sabes que no tengo todas las respuestas, pero lo que sí sé es que la destrucción es lo contrario de la construcción y el odio solo nos aleja de nuestra conexión con El Orden. Fíjate, ahora que estoy aquí, contigo, vinculado a este cuerpo, empiezo a notar que nada es casual. Creo que, a lo mejor, mi decisión de descender puede formar parte de un plan. Quizá estoy aquí para reconducirte.

—¡¡Chorradas!! Llévame con esa persona, ¡necesito saber quién es y cómo los mata!

Su cuerpo emanaba la tensión congestionada de su impotencia.

—Ya no puedo. He perdido el vínculo. No debería habértelo mencionado; olvídalo.

Sans se sujetó a la pared con las manos, como si la actitud de Emily le estuviera debilitando.

El rostro de Sans era el perfecto reflejo de la angustia y Emily reconoció esa expresión porque la había visto cientos de veces, pero nunca tan transparente y

dolorida. La vergüenza afloró desde lo más hondo de su corazón y, por primera vez, Emily fue testigo de su egoísmo y de sus malos modales. Y de lo afortunada que era porque ese hombre que tenía delante no era un cualquiera. Era la manifestación encarnada de su propio guardián. Aun así, no quiso darse por vencida, fiel a su espíritu luchador.

—Perdóname, Sans. Lo siento, no quería que sonase así lo que te he dicho. —Era raro escuchar ese temblor cariñoso de sus labios apretados—. Es que nos han hecho mucho daño y ahora mismo lo que más deseo es acabar con todos ellos y, si alguien sabe el modo, necesito conocerlo. ¿Podrás perdonarme?

Emily avanzó unos pasos hacia él, en la oscuridad, quedándose a pocos centímetros. Estaban tan cerca que casi podían sentirse el uno al otro.

—Esa persona ayudó a uno de mis protegidos. Salvó su vida. Es alguien discreto y poderoso. Alguien con quien estoy en deuda. Cientos de nosotros estamos en deuda con él.

—Pues ayúdame a encontrarlo.

Sans percibía su aroma femenino y el agitado ritmo dentro de su propio corazón.

—Ojalá pudiera, Emily. Pero una vez encarnado, mi conexión con La Fuente se debilita. Nosotros también tenemos limitaciones. —Chasqueó la lengua bajo el paladar.

—Pues enséñame a ser como él. Quiero ser eso que has dicho. —Su afán de venganza solo era comparable a su tozudez.

Así era ella.

—Ser un enlace no es tan sencillo. No pretendo desanimarte ni herirte, pero creo que no. Así no. Así no puedes serlo. —Sans la miraba con desazón.

—¡Qué pérdida de tiempo! ¡Y qué asco da todo! Los seguiré matando a mi manera, una y otra vez, todas las veces que hagan falta hasta que esto acabe, ¡hasta mi último aliento! ¡Maldición! —Dio una patada a las piedras del suelo—. Y si eso supone un problema para ser un enlace, ¡prefiero seguir siendo como soy! ¡Y matarlos! ¡Y volver a matarlos! ¡Y seguir matándolos hasta el fin de mis días!

Y un visceral grito de rabia explotó en su garganta, sus puños apretados hincaron las uñas en su carne al encogerse con furia y sus dientes rechinaron entre sí eclipsados por el eco de un chillido furibundo.

Su respiración agitada y arrítmica se movía como un resorte descompasado y sus ojos parecían inyectados en un veneno mortal de odio, frustración y desesperación.

Sans se quedó mirándolos con tristeza. Ella hacía un esfuerzo por calmarse mientras notaba cómo la sangre se acumulaba en su cabeza haciéndola palpitar. Relamió su paladar reseco y comprobó que todo su cuerpo se había agarrotado. Comprendió que esos berrinches furiosos no le sentaban nada bien, pero ella era así, y entonces trató de descifrar la mirada de Sans, que la observaba en silencio, con los brazos caídos y un tanto encorvados porque la chaqueta de ese chándal le quedaba ajustada.

Sans inclinó la cabeza, miró al suelo como si aguzara el oído y de pronto clavó sus ojos al final del túnel, trazando aquella oscuridad infinita. Bajó la cremallera despacio y se quitó la chaqueta. Emily no entendía nada, aunque tampoco preguntó. Un movimiento rápido de su mano le ordenó que se acercara más a él. Ella dudó por un pequeño instante, pero enseguida se acercó. Los ojos de ella orbitaban de lado a lado sin saber qué demonios pasaba. Entonces volvió a fijarse en Sans, que la atrajo con

fuerza hacia sí mientras observaba con un movimiento circular aquel techo abovedado, fijando sus ojos en un punto concreto. Emily notaba el calor de su pecho y cómo la rodeaban sus brazos fuertes. Y aunque adivinó que era el preludio de algo malo, su contacto la reconfortó.

Sans pasó la chaqueta de su chándal sobre ella, cubriéndola, y la empujó hacia abajo gritando:

—¡Al suelo!

Las piernas de ambos se entrecruzaron flexionadas, agachados junto al andén.

Un estruendo, como el de mil cartuchos de dinamita, sonó sobre sus cabezas. Cientos de cascotes de distintos tamaños cayeron por todas partes y después un electrizante sonido metálico se estrelló contra las vías férreas. Ella maldijo haber sido tan insensata y haber gritado de esa manera, haber perdido el control. Necesitaba enmendarlo, así es que extrajo las gemelas de sus fundas con rapidez inusitada, listas para abrir fuego, deseosas de hacer su trabajo.

Un enorme rayo de luz solar se colaba por el gigantesco agujero trepanado en el túnel por los extranjeros. Se quitó la chaqueta de la cabeza para enfocar a los cuatro *Blue* que habían aterrizado a pocos metros de ellos.

Con la velocidad de un relámpago, se levantó encañonando a sus enemigos, con el reflujo del veneno correteando por su sangre, mientras los escombros seguían cayendo y la polvareda buscaba un lugar donde asentarse. Emily bajó la mirada un instante para buscar la de Sans y vio que sus ojos estaban abiertos de par en par, alumbrados, reflejando ese intenso azul marino que tanto le había impresionado desde el principio, desde que lo vio por primera vez siendo un *Black*.

Diligente, Emily llenó sus pulmones, apretó la mandíbula recentrando su vista en su inminente batalla y, con los cañones de sus pistolas enrasados hacia ellos, añadió:

—¡Quizá hoy sea el día, Sans! —susurró rabiosa y con voz queda—. Quizá hoy sea el fin de mis días.

CAPÍTULO 7. **LOS SUEÑOS DE LA VERDAD**

- *CIUDAD DE PARÍS (FRANCIA), OTOÑO DEL 2009*

- *DIECISÉIS AÑOS ANTES DE EL COLAPSO*

Peter había llegado a su cita diez minutos antes de tiempo. Acudió ligero, sin nada en los bolsillos. Por primera vez, desde que se hizo policía, dejó su cartera en casa con su acreditación profesional. Luego, guardó la llave de la puerta de casa bajo el felpudo de la entrada y después se metió la del portal debajo de la plantilla de su deportiva derecha. En su otra zapatilla hizo lo mismo, pero con tres billetes de cincuenta euros, como si fuera un maniático del equilibrio.

Antes de salir, procuró cenar como de costumbre, pero no hubo forma. Dejó los platos de comida a medias. La inquietud del encuentro le robó el apetito. Recogió los cacharros y después de fregarlos pasó la bayeta a conciencia por dentro y alrededor del fregadero. La escurrió sobre el sumidero, volvió a pasarla con parsimonia, la dobló y la colocó sobre la jabonera metálica de la pared, al lado del grifo.

Vivía solo en un apartamento pequeño, pero la cocina era generosa. Esa fue la razón por la que se compró aquel piso: porque la cocina debía ser el corazón de la casa. Había observado que todas las visitas terminaban siempre reuniéndose ahí; sin embargo, él comía, merendaba y cenaba solo. El silencio lo llenaba con el sonido de una radio y su emisora favorita. A esas horas se escuchaban baladas tristes precedidas de las voces solitarias de anónimos oyentes. Llamaban para dejar sus mensajes en el contestador. Pedían sus canciones, se las dedicaban a alguien y a veces, solo de cuando en cuando y con brevedad, explicaban el significado de su petición.

Tras recoger se sentó de nuevo a la mesa y escuchó su radio. Los baldosines blancos y rectangulares se multiplicaban por las paredes de su cocina. Los muebles, de un blanco más cremoso, resaltaban sobre estos con unos tiradores marrón oscuro, a juego con la mesa en la que estaba apoyado. Una recuperada lámpara industrial, de color verde e interior blanco y desconchado, alumbraba su rincón preferido de la casa. El día en que vio el piso, se enamoró de esa cocina y, aunque procuró disimular su interés, la suspicacia experimentada del comercial le impidió rebajar el precio del inmueble.

Estuvo a punto de renunciar a la compra porque el vendedor no daba su brazo a torcer. Intuía, bueno, qué intuición ni qué ocho cuartos, sabía que era cosa del tipo de la inmobiliaria. El sagaz tuvo el don de leer su mirada, de percibir el destello de su capricho, y eso fue lo que en realidad le molestó. Todavía no entendía cómo lo supo, porque Peter tenía fama de persona hermética, reservada, distante e inexpresiva. Además, era el primer inmueble que visitaba con ese vendedor.

Pese a todo, le impresionó su encanto. Tenía las ventanas de madera negra, los techos eran altos y ornamentados en escayola. En el baño destacaban unos grifos

antiguos de rosca, a juego con ese vetusto lavabo cuadrado y envuelto con rebordes. El suelo de baldosas estaba desgastado por los andares del pasado y un feo mueble amarillo, encastrado en la pared y con un espejo moteado por el atravesar de los años, intentaba reflejar todo lo que se le ponía delante con unos perennes manchurrones incrustados por la vejez.

El piso desprendía autenticidad y carácter. Cuando lo vio por vez primera, una inexplicable vibración interior le dijo que era ese, que lo había encontrado. Sin pensárselo más veces, se rindió a sus deseos, olvidándose de la ofensiva fijación inamovible del representante de la inmobiliaria. Y sin dejar escapar la oportunidad, lo compró.

Después comprendió que solo él podía apreciar esa belleza, porque sus familiares y amigos solo veían un piso viejo con urgente necesidad de reforma, y entendió que el gusto no solo se percibe por la vista. Parecía que nadie más era capaz de notar el agradable olor interior y la indescriptible vibración que transmitía su piso. No veían su magia. Concluyó que algunas conexiones no se comparten, son individuales y únicas. Que la belleza es algo que se elige de antemano o, mejor dicho, es la belleza la que elige a uno entregándole la sensación de bienestar. Si uno no está preparado para ella, no la encuentra, por mucho que se esfuerce.

Y ahí estaba él, sentado con un café recién hecho y humeante, en compañía de esas canciones que se colaban por la radio de su cocina. Se puso a pensar en lo ocurrido, en el perturbador episodio de la estación. Intentó bucear en su futuro inmediato, en el próximo y cercano reencuentro con Jean. Quería imaginar lo que sucedería esa noche. No era capaz. Iba a ciegas. Estaba preocupado por lo que se iba a encontrar; pero, a la vez, en su interior, ardía la necesidad de comprender.

El tiempo se le escapó como el agua entre los dedos. Se levantó, se puso unos guantes y dejó su teléfono en casa. No quería llevar nada que le pudiera identificar. Detestaba la idea de dejar cabos sueltos.

Peter era un tipo de carácter meticuloso. Llevaba el pelo a tazón con la raya al medio, pero no le gustaba que pasara de las orejas. Sus ojos eran negros como el vacío del espacio y también atesoraba sus destellos brillantes a contraluz. Tenía unos imperceptibles rasgos asiáticos, solo apreciables si le observabas demasiado. Aunque al decírselo, él afirmaba que toda su familia era de origen galo.

Bueno, eso último él no lo podía saber. Por mucho que lo jurase.

Cogió varios taxis para llegar a las inmediaciones del observatorio. Extremaba las medidas de seguridad; quería evitar errores, ir cortando hilos, recoger sus miguitas de pan. Aplicaba a la inversa los conocimientos adquiridos en su profesión. Se sentía mal por ello y le asaltaron algunas dudas, pensamientos de cobardía. Se dijo: «Todavía estoy a tiempo. Si me retiro ahora, no habrá consecuencias», masculló en su interior. Otra parte de él, más poderosa y vital, movida por perseguir lo desconocido, borró esas ideas de su cabeza. Las ideas de la cordura y del juicio sano.

Miró su reloj de pulsera, un noventero e indestructible Casio digital de color negro. Marcaba las tres y veinte de la madrugada. Ya estaba en el lugar de la cita, con un poco de antelación. Puntualidad policial, le habían insistido en la academia. Un chándal negro, unos guantes a juego y las deportivas grises de correr era todo su atuendo. Metió los billetes que le sobraron bajo la plantilla de su calzado izquierdo y las monedas

se las fue dejando de propina a los taxistas que le llevaron hasta el lugar.

—He tenido un sueño —escuchó una voz de repente—. No ha sido uno de esos alimentados por la imaginación. Ha sido de los especiales. Yo los llamo los sueños de la verdad.

Peter se llevó un buen susto, ni le oyó acercarse antes de empezar a hablar a su lado. Jean miraba al frente, hacia la valla que rodeaba el observatorio astronómico. Su rostro estaba pintado con rayas negras al estilo militar.

—¿Y qué pasaba en tu sueño? —espetó—. Perdón, primero, ¿qué hacemos aquí?

Necesitaba evitar convertirse en el cómplice sumiso de un delincuente carismático. Pero la voz de Peter sonó más autoritaria de lo normal.

—No te voy a mentir. Hemos venido a llevarnos algo y a dejar algo. —Y Peter vio que Jean portaba un canuto de cartón amarrado a su mochila por la espalda.

Los calores de los nervios le subieron hasta el rostro. Su integridad era demasiado incorrupta para hacer algo así.

—Déjate de estupideces. ¿Has olvidado que soy policía? ¿De qué va todo esto? ¿Estás loco? —El enfado provocó que su voz rumorosa rompiera el volumen comedido que habían empleado.

—¿Sabes? Llevo tiempo pensando en eso, en la locura. —Respiró, interrumpiendo la conversación—. Me ocurren cosas. Siento una llamada que me sobrepasa. Es como-como si mi existencia tuviera un sentido desconocido. Ni yo mismo lo entiendo. Nunca he podido compartir lo que me ocurre. Lo hago contigo porque te he visto en mis sueños. —Jean le miró con franqueza—. Si esta sensación es una locura, para mí es una locura muy natural. —Se acercó a él de un modo desafiante—. Soy capaz de escuchar esa llamada —señaló al cielo con el dedo a la altura del oído—, ¿lo eres tú?

Y Peter se quedó pensativo, macerando sus ideas durante esa corta travesía perdida en el espacio mudo.

—No cuentes conmigo —dijo por fin—. Cuando quieras, quedamos y salimos a correr, o echamos unas canastas, o nos tomamos unas cervezas o lo que te dé la gana. Para esto, no. —Peter cogió aire y alzó la cabeza con lealtad a sus principios—. Me daré la vuelta y fingiré que esta conversación nunca ha tenido lugar. —Y así lo hizo.

—Verás, Pit, desde el punto de vista de un ojo desentrenado, esto pudiera parecer algo ilegal; por ende, incorrecto. Pero te aseguro que esto forma parte de un plan para evitar un mal mayor. —La tensión entre ellos era palpable—. Tienes que confiar en lo que te ha traído hasta aquí.

—Mal mayor, mal menor… Eso solo se elige cuando hay un estado de necesidad urgente. Cuando el dilema es apremiante. Pero aquí no hay nada de eso. Esta es una de tus chifladuras sin sentido, sin ningún beneficio. Es vandalismo, pillaje o yo qué sé lo que es, pero no pienso participar.

El rostro de Peter estaba acalorado y reflejaba una inflexión abrumadora.

—No me has contestado. ¿Qué te ha traído hasta aquí? ¡¿Qué?! —Ahora el enfadado parecía ser Jean.

—Necesito saber quién eres. Qué me hiciste en el puente de la estación. Esa inquietud es lo que me ha traído hasta aquí. ¡¿Contento?!

—Tú no necesitas saber quién soy. ¡Necesitas saber quién eres tú! —Discutían como dos hombres tozudos—. Márchate si así lo deseas, pero cuando te des cuenta de que

andas por un camino cortado y desees regresar sobre tus pasos errados, ya no me encontrarás. No habrá otro día como este, porque este ya habrá pasado.

Se dio la vuelta y anduvo unos pasos alejándose de Jean y se detuvo bajo los oscuros árboles de la noche, mirando al cielo, observando cómo la oscuridad se entrelazaba por las ramas desnudas. Casualidades o no, una estrella fugaz cruzó el firmamento, rápida como una bala, sin tiempo para formular un deseo. Paró un momento a pensar, quiso darse la oportunidad de escuchar lo que había dicho Jean. Peter odiaba a las personas inflexibles y cortas de mira, él no quería ser así. Por eso se quedó allí, de pie, esperando una señal más potente que una lágrima en el cielo.

Poco después entendió que aquello no le convenía. Jean era una mala influencia para él, un delincuente común que vivía en un suburbio marginal de París. «Puedo olvidar lo que pasó en la estación. Punto. Estamos en paz», se dijo a sí mismo, procurando encontrar un pretexto más fuerte que su voz interior.

En realidad, las palabras de Jean le habían disgustado. Lo del camino cortado le estaba sonando a advertencia, a futuro arrepentimiento. Sacudió la cabeza para espantar ese pensamiento como si fuera una mosca molesta y prosiguió sus pasos alejándose de allí.

—Vuelve a casa con el rabo entre las piernas. Desoye la llamada, tus obligaciones. Vive tranquilo el tiempo que te quede y disfruta de tu cocina preguntándote cómo es posible que solo te guste a ti.

Peter se detuvo de nuevo, perplejo ante ese comentario tan íntimo y sarcástico.

Inclinó la cabeza hacia abajo como lo hacen los miuras y retornó hacia él con la mirada inyectada en furia y confusión, levantando el polvo del suelo con cada uno de sus pasos. Se detuvo a menos de un palmo de su rostro. El aire se rompía con su respiración agitada.

—¿Cuál es el plan? ¿Qué hay que hacer? Suéltalo antes de que me arrepienta.

Los ojos de Jean dejaron de mirar los suyos y se dirigieron con firmeza a la cúpula del observatorio, que estaba integrada sobre un antiguo edificio de tono ahuesado y de casi tres plantas, enormes ventanales y salientes de molduras en piedra. Peter siguió la dirección de su mirada y observó que la gigantesca bola blanca tenía una abertura por la que asomaba un presunto telescopio.

—¿Por ahí? —preguntó Peter.

Jean agitó su cabeza de arriba abajo.

—Sé que debemos entrar, pero no sé lo que venimos a buscar con exactitud. Lo que he visto en sueños son fragmentos incompletos. A veces los recuerdos soñados van surgiendo sobre la marcha. Yo confío en ese algo que me lleva. Hay una energía presente e indiscutible que se siente, es positiva cuando hacemos lo que las señales nos indican e incluso cuando parece que todo está saliendo mal. Si prestas atención y diriges la antena, notarás que se trata del camino correcto. Piénsalo, cuando antes te estabas marchando, la sensación que tenías no era esta. ¿Sientes la diferencia?, ¿lo notas?

Peter lo percibía, pero le avergonzaba reconocerlo.

Encogerse de hombros fue lo máximo que pudo hacer para acercarse a la sinceridad. A Jean le pareció suficiente y en su rostro oscurecido con rayas de betún se reveló una chispa de satisfacción.

Ninguno de ellos era de sonrisa fácil.

Peter notó un golpecito en el pecho cuando miraba abstraído a la cúpula. Jean le ofrecía su lata de betún para pintarse la cara. La cogió por impulso y al abrirla su aroma le devolvió a la rutina profesional, al momento de limpieza de su calzado tras el servicio.

—Hay cámaras y no queremos que te reconozcan tus compañeros, ¿verdad? —Jean no pudo sujetar una carcajada, atrapado por lo divertido de la situación.

A Pit aquella broma no le resultó graciosa. Se estaba jugando mucho más que él. Tiró sin ningún cuidado los guantes al suelo y se untó de mala gana el betún por la cara. Limpió la yema de sus dedos por la arena del suelo, recogió los guantes, se los volvió a poner y los aseguró a su muñeca apretando un cordel.

—¿Sabes si hay alarmas? ¿Hay alguien trabajando en el interior? ¿Te lo has preparado? —Peter necesitaba anticiparse.

—Sé lo mismo que tú. —Hizo una mueca de indiferencia mullendo los labios—. Nos iremos apañando —dijo despreocupado—. Déjate de tanta cháchara. Vamos a calentar antes de ir al lío —le sugirió Jean.

Este empezó a girar sus muñecas en el aire; a mover los hombros, el cuello, la cintura y así hasta los tobillos. Peter también calentaba, pero a su forma para que quedara claro que no era ningún seguidor. Su orgullo se aglutinaba en el aire de aquella parcela boscosa.

—Tenemos que hacerlo con rapidez. —Jean seguía calentando y estirando cuando lo dijo—. Por mi experiencia, creo que tendremos unos ocho minutos para entrar y salir. Es la media de la respuesta policial.

—Tío, eso no va así. —Atajó Peter sin concesiones—. Si un coche patrulla está lo bastante cerca, lo tendremos aquí plantado en menos de dos minutos, como ocurrió el día que te pillé en la estación.

—No me pillaste. Yo te pillé a ti —señaló Jean, girando el rostro con presunción.

—Ya, pero luego yo a ti. —Jean le miró de reojo con una sonrisilla picajosa—. Bueno, será mejor que dejemos el tema. Lo que suelen hacer los malos es realizar una llamada falsa. Denuncian un hecho grave en la otra punta del distrito para que los coches se dirijan allí, alejándolos del verdadero foco de acción.

—Yo-yo eso no lo puedo hacer. Si alguno de ellos sufriera un accidente, sería catastrófico. Imagina que se vieran implicadas más personas. No, no, no, qué va. Eso no lo podemos hacer. Si están cerca, pues mala suerte. —Y a Peter eso le gustó.

Empezó a convencerse de que debajo de esa apariencia callejera y bajuna había un alma noble.

—Pues vamos. Voy detrás de ti, que yo no he tenido ningún sueño con este sitio.

Peter soltó aquello con un talante de burla y ambos se miraron, conscientes del extraño prejuicio que encerraba, y esbozaron una sonrisa sincera, como si fueran viejos amigos. Después, Peter se puso muy serio y se acercó a Jean con el puño apretado.

—Cuando esto acabe, necesito explicaciones. Quiero explicaciones de verdad, ¿estamos de acuerdo?

Y alargó su mano para cerrar el trato. Jean la miró durante un largo y dudoso momento, pero al final la estrechó con fuerza y los dos asintieron satisfechos.

Al estrechar sus manos, Peter notó un crujido rugoso y extraño y se fijó en que todas

las falanges de sus dedos estaban recubiertas de esparadrapos recortados. Jean se colocó unos guantes de ciclista, de esos que dejan los dedos al aire, también un gorrito negro que le quedaba ceñido. Sacó una bola de polvo de magnesio y se la untó por las manos enguantadas. Sobre todo, por la parte de los dedos. No le ofreció a Pit porque la cobertura de sus guantes era completa. Por último, se colocó un auricular en el oído derecho y activó un pequeño MP3 que acababa de salir al mercado, atrapándolo tras la cremallera de su bolsillo.

Peter le miraba con cierta incredulidad. Durante un paréntesis, se preguntó a sí mismo qué demonios estaba haciendo ahí con ese tipo. Confiaba en que valiera la pena. Necesitaba pensar que así sería.

—¿Listo? —le preguntó Jean como si fuera una señal de salida. Pit afirmó con un gesto poco convencido, levantando las cejas—. Pues al lío, ¡vamos! —añadió.

Y los dos comenzaron a correr.

Treparon la valla perimetral en un visto y no visto. Jean se lanzó desde lo alto del forjado; la caída era de unos tres metros. Al posar sus pies saltó hacia delante, haciendo rodar su cuerpo por el suelo, incorporándose de nuevo y sin parar de correr. Pit hizo resbalar sus manos por el metal para intentar seguir su ritmo, pero no fue capaz. Aceleró con todas sus fuerzas por la explanada para alcanzarlo. Al llegar a la fachada del observatorio, Jean puso el dedo índice sobre sus labios, indicando silencio. El resuello de Peter se oía con claridad en la calma, pero lo controló de inmediato.

Hacía frío, aunque también era una de esas noches despejadas y nítidas. Por un instante, ni les pareció que estuvieran en la ciudad de París. El aislamiento circundante de los árboles ofrecía la sensación de haber penetrado en un bosque espeso, pero no era así. Toneladas de asfalto se extendían a su alrededor como una maraña de raíces cuadriculadas.

Jean comenzó a trepar introduciendo los dedos por las ranuras de los bloques de piedra, aprovechando los salientes decorativos y los relieves de los escudos. A Peter le pareció que estaba viendo una salamandra gigante. El corazón se le quería salir del pecho, pero dominó el ritmo de sus pulsaciones; tenía experiencia en la gestión del estrés.

Respiró con calma durante un pequeño descanso y empezó a trepar por la vertical. Tiempo atrás, había acudido a una experiencia de barranquismo y recordó la lección de los tres puntos de apoyo. Las hendiduras sobre la pared eran poco profundas, de modo que aprovechaba cualquier saliente anguloso para ascender.

Trepaban soportando todo el peso de sus cuerpos con las yemas de los dedos y las puntas de su calzado.

Peter sentía el vacío bajo sus pies. Los antebrazos le ardían y notaba que sus músculos se tensaban como las cuerdas de una guitarra. Encaramado a la fachada, con sus frágiles apoyos, podía sentir la magnitud del edificio en toda su dimensión.

La peligrosa situación le hacía tener plena conciencia del tramo que había recorrido y también lo poco que le faltaba para alcanzar la azotea, pero sus fuerzas estaban llegando al límite. Pequeñas virutas de polvo parecían desprenderse en la escalada y el sabor de la roca se mezclaba con el frescor del aire. Peter miró hacia abajo. Todo el mundo sabe que es algo que no se debe hacer, pero a él eso no le dio vértigo. Le confirmó que, llegado a ese punto, había adquirido un compromiso de vida y, aunque

hubiese querido, que no quería, se vio incapaz de volver a bajar.

Siguió reptando sin perder la concentración, cogiendo aire con ritmo deportivo. Poco después notó que el viento circulaba de un modo distinto sobre su cabeza. Era la evidencia de que faltaba poco por llegar.

Sus dedos se introdujeron por completo sobre el último bloque de piedra y se aupó balanceando las piernas. Había logrado alcanzar la azotea. La tensión muscular se había extendido hasta sus párpados. Se miró las manos. Habían quedado inmóviles, con los dedos semiflexionados y agarrotados por el esfuerzo. Y la queja bullía por todo su cuerpo como una desconsolada llamada de auxilio y resentimiento.

Jean estaba unos pasos por delante de él, frente a una pequeña puerta, bajo la cúpula. Él iba por libre. Peter volvió la vista a su espalda y contempló la refulgente ciudad a través de las copas de los árboles. Desde ahí arriba, París se extendía como una alfombra infinita y urbana, como un inmenso mar anaranjado de luces destellantes. No se entretuvo lo que le hubiera gustado. Se dirigió sin demora a la puerta, con Jean. El suelo estaba combado bajo sus pies para desalojar el agua de las lluvias, lo que, sumado al extenuante esfuerzo de la escalada, provocó que caminara imitando los extravagantes andares de Quasimodo.

La esférica construcción bajo la que estaba Jean reflejaba su blancura nuclear, destacando en la plenitud de la noche.

Giró el picaporte y ambos sintieron que el metal de la puerta quería despegarse de su marco. Jean retiró con calculada parsimonia el auricular de su oído y, mirando a Peter, afirmó:

—Ahora es cuando saltará la alarma. Hay que ser rápidos.

Jean agarraba el tirador con el rostro contrariado.

—¿Cómo sabes eso? —Tras unas escandalosas respiraciones mientras seguían callados, Peter se contestó a sí mismo en voz alta—. Ah, ¡sí! Claro. Que lo has soñado —dijo con recochineo—. ¿Qué estamos buscando? ¡Venga, suéltalo! —Peter hablaba entre susurros hostiles.

—Yo tampoco comprendo el sentido de todo esto. Hace tiempo que voy siguiendo los dictados de mis sueños. Se ha convertido en una necesidad —afirmó levantando el entrecejo—. Es como si alguien o algo me fuera indicando lo que debo hacer.

—Sueños —repitió Peter con su sonrisa escéptica—. Ya veo —le confirmó su silencio —. Entiendo. ¿Y qué pinto yo en todo esto? —preguntó mientras Jean sostenía el tirador en su mano—. Quiero saberlo. ¿Qué me hiciste en el puente cuando te puse las esposas?

Jean miraba el umbral de esa portezuela, como si tuviera prisa por entrar, como si quisiera evitar ofrecer aquellas explicaciones.

—Después —le miró sin embuste—. Es el trato. —El blanco de sus ojos destacaba sobre su piel untada de negro—. Por alguna razón, estás aquí, amigo. Nada en este mundo es casual. —Su mirada era sincera y comprensiva—. Nuestro papel es importante, Peter. —Él se ablandó al escuchar aquello—. Creo que sucederá algo que arrojará luz a nuestro cometido.

—Ambigüedades y palabras vacías. No me estás diciendo nada. ¿Qué estamos haciendo aquí? ¡Dímelo! —Su tono se elevó sobre el sonido de los grillos y el suave bisbiseo del aire nocturno.

—En mi sueño encontraba un pequeño manuscrito detrás de una puerta, pero no sé lo que pone. No puedo contarte más. —La expresión de Peter no se conformaba—. Necesito advertirte algo, ya que insistes, Peter.

Jean posó su mano por detrás de su nuca con un gesto amistoso, inapropiado para la escasa confianza que tenían entre sí.

—No pierdas la confianza. Estamos en el camino correcto. Hoy es un día especial.

Y vio que Jean asentía con un gesto sonriente y alegre, recolocando su auricular en el oído.

Y Peter sintió algo parecido a la paz, pero por poco tiempo.

Jean abrió la puerta, dando la conversación por zanjada, y rebasó el umbral a toda prisa. A la vez, un timbre ensordecedor sacudió sus tímpanos con un incansable martilleo. Este hecho confirmó la predicción de Jean, aunque eso tampoco era difícil de adivinar, pensó Peter.

Mientras corría tras él, en aquel contexto de urgencia, reflexionó sobre la nula importancia que había otorgado a sus sueños. En realidad, nunca se había interesado demasiado por ese asunto. Como el resto de la humanidad, pensaba que solo eran imágenes residuales, recortes alterados de nuestra memoria temprana. Una consecuencia cerebral. Nada a lo que darle importancia. Y si escuchó lo contrario en boca de alguien, siempre pensó que era la idea desvariada de un insensato perturbado. Sin embargo, ahora se había convertido en el consorte de un soñador. En el cómplice de un majadero que sentía la llamada de una intuición desconocida.

Y esa situación no le dejaba a él en un lugar mejor. No, no lo hacía.

CAPÍTULO 8. **CONFÍA**

- *CIUDAD DE PARÍS (FRANCIA), OTOÑO DEL 2009*
- *DIECISÉIS AÑOS ANTES DE EL COLAPSO*

Aquella escalera de piedra desgastada hacía que sus pies resbalaran. Pretendían ir más rápido de lo que podían. De haberlo sabido, Peter habría estrellado una piedra contra el ventanal de abajo para ahorrarse la escalada de la fachada. Estaba seguro de que bajaban más de lo que habían subido. Jean se detuvo un momento para observar una serie de puertas que rodeaban el vestíbulo, donde, por fin, habían tocado fondo.

Enmarcados en las paredes, unos retratos de otro tiempo, ataviados con vestimentas de época, forraban con sus expresiones el espacio, pero, sobre todo, clavaban sus turbias miradas en Peter, como si sus ojos fueran puñales acusadores por esa imperdonable profanación. Un extraño sudor arrepentido comenzó a resbalar por su espalda. «Soy policía. Dios mío, ¿qué estoy haciendo aquí?», le dijo la voz de su miedo.

Jean abrió los ojos tras unos instantes de incertidumbre y se dirigió decidido hacia una de las puertas de caoba que estaba cerrada a cal y canto.

La incansable y penetrante campana de la alarma no paraba de sonar aumentando el estrés. La cara de Peter era la de un niño asustado. Jean colocó sin contemplaciones la mano en su hombro y este pareció despertar del letargo inseguro y paralizante por el que estaba atravesando.

—Tienes que echarme una mano o, mejor dicho, un pie.

El chiste resultó inapropiado, absurdo y sin gracia; ofensivo.

Luego, un fugaz pensamiento le recordó que nadie le había obligado a hacer eso y que se estaba comportando como un aficionado en situaciones críticas.

Entre los dos patearon la puerta varias veces mientras veían que la madera se resquebrajaba a la altura de sus goznes. Por fin, la puerta cayó contra el suelo, a plomo, como un boxeador noqueado.

Un penetrante olor a madera circulaba por la elegante biblioteca de ébano que se presentó ante ellos. Solo estaba alumbrada por la lívida luz del *hall* en el que estaban, pero era majestuosa. Peter miró su reloj. Le pareció que llevaban ahí una eternidad; se asombró al comprobar que apenas había transcurrido un minuto.

—¿Una biblioteca? ¿Cómo encontrarás lo que buscas?

Jean no le contestó, tenía los ojos cerrados como si estuviera en una clase de yoga.

Peter le observaba sin poder dar crédito, mientras su mirada alternaba, entre agitada y vigilante, por todas direcciones. Y aquella alarma desquiciante, poniéndole aún más nervioso, metiéndose hasta el centro de su cerebro.

Al igual que antes, Jean abrió los ojos como iluminado por una inconcebible

revelación y se dirigió a toda prisa a uno de los estantes bajos, alejado de la presumible importancia que se otorgaría a una obra valiosa.

Era el manuscrito más fino y triste de todos los ejemplares que podría haber allí.

Jean se apresuró a guardarlo entre sus ropas, intensificando la fuerza del nudo de su chándal. Las luces de una linterna comenzaron a bailar por los techos del piso de arriba, que era, en realidad, la planta baja.

—¡¿Nos largamos?! —preguntó Peter con impaciencia al ver que habían terminado.

Jean hizo un gesto afirmativo y después señaló el mismo camino de vuelta hacia arriba.

Subieron los peldaños acaracolados de dos en dos, con la velocidad de un gamo. Al cerrar la puerta de la azotea, la estridente alarma rebajó su intensidad sonora, cosa que Peter agradeció. Desde arriba podía ver las luces azules de sus hermanos…, solo que esta vez no venían a ayudarle.

Jean sacó el canuto que llevaba amarrado a su mochila y extrajo una tela enrollada. La extendió por la fachada principal, amarrándola a la baranda de su balaustrada con unas cuerdas finas que traía preparadas. Peter comprendió que era el invitado de una planificación individual y se preguntó cuál era su papel en todo eso. Para su desgracia, no tardaría en averiguarlo.

No fue capaz de ver lo que había en la pancarta porque Jean acudió al lado opuesto, que era donde él estaba, y lo hizo como un rayo, con una agilidad increíble. De su mochila extrajo una cuerda gruesa que portaba enrollada. La amarró con destreza a la viga principal de la azotea y la arrojó al vacío, hasta que sonó contra el suelo.

—Recuerda —Jean se acercó a él con una seriedad aplastante—, no pierdas la confianza. Nos veremos pronto.

Peter no le dio demasiada importancia a la frase porque estaba embotado y porque no le faltaban agallas para descender por la cuerda. Pero sus palabras no iban por esos derroteros.

En cuestión de segundos, Jean tocó el suelo y después comenzó a hacer algo que escapó de su comprensión. Tiró con fuerza de la cuerda y el nudo que la sostenía en la baranda empezó a deshacerse con rapidez, delante de sus ojos. La incredulidad le dejó absorto al ver cómo la cuerda se precipitaba hacia el vacío.

Por instinto, Peter se asomó y vio a Jean recogiéndola, metiéndola en su mochila sin demasiadas prisas. Después alzó la mirada hacia Peter y, a continuación, levantó el pulgar de su mano derecha con una sonrisa noble. El pánico que Peter sintió fue vertiginoso.

—¡Maldito Judas Iscariote! —gritó Pit desde arriba.

No se lo podía creer. La portezuela de metal se abrió con un golpe seco, aumentando el volumen de la alarma que no había dejado de sonar. Volvió a asomarse buscando un descenso apropiado y observó cómo Jean se perdía entre los árboles, a la carrera, alejándose de él, de los agentes y de las garras de la justicia. Le había traicionado.

Era demasiado para Peter. Empezó a marearse tan solo de imaginarse a sí mismo procesado por el robo. «La vergüenza de la Policía francesa. Pero ¿en qué estaría yo pensando? ¡Tengo que largarme de aquí como sea, por favor!», se dijo.

Se encaramó a los relieves, entre los bloques de piedra, agarrándose como pudo para iniciar el descenso. La caída era de tres pisos y, al salir de la azotea, el viento parecía

soplar con un mensaje de peligro. De no provocar un resultado de muerte, las consecuencias de esa caída le dejarían secuelas de por vida. Podía sentir la apabullante velocidad de su sangre recorriendo la carótida, una sangre bombeada desde el centro de su pecho. Aquel miedo se tradujo en un incontrolable chute de energía.

Necesitaba escapar como fuera. El sentido común le suplicaba atención. Bajar por la fachada era un absoluto suicidio, pero él necesitaba eludir las consecuencias de sus actos. Un respetable policía, con un intachable historial de servicio, capturado in fraganti en pleno robo. Y no cualquier robo. Se trataba de un miserable libro pequeño. Era patético, absurdo. Adiós a su vida tal y como la había construido. Todo eso pasaba por su mente en aquel instante. Tenía que escapar como fuera.

«Maldito malnacido, me la ha jugado bien. —Se notaba desbocado—. Tengo que respirar, todavía puedo salir de esta». Trató de apoyar el peso de su cuerpo en un saliente que había bajo sus pies. Estuvo a punto de resbalar y caer. Otra vez, el olor a piedra desmenuzada se elevaba por el aire y la insufrible tensión de sus dedos regresaba con un dolor insoportable.

Los giros erráticos de unas linternas empezaban a eclipsarse por las voces de los policías que lo buscaban. Le parecía que llevaba un siglo anclado a ese minúsculo saliente, encaramado a ese ridículo metro cuadrado en vertical. «Tengo que bajar. ¡Como sea!», se repitió. Era como si la muerte o sus lesiones graves pudieran justificar en modo alguno lo que había hecho.

El goteante sudor de su frente arrastraba el oscuro tinte de su rostro y en ese preciso momento optó por la temeridad de bajar asumiendo todas las consecuencias. Sus dedos fatigados soportaban todo el peso de su cuerpo mientras sus zapatillas buscaban a tientas otro relieve donde apoyarse. El pozo de su estómago era el preludio de su caída fatal. Una deslumbrante luz comenzó a flotar junto a él. Al principio, creyó que era la linterna de uno de sus perseguidores, pero la densidad y el color eran algo nunca visto, como si aquella luminaria fuese material.

Tuvo tiempo de hacer conjeturas, de sopesar la opción de que ya hubiera caído. Recapacitó, llegó a pensar en la posibilidad de que su cerebro hubiera liberado un vendaval de endorfinas saciándolo de química para ignorar el tremendo dolor de su caída. Sin embargo, cuanto más la miraba, más real le parecía aquella luz tan sólida. De pronto, el destello luminoso comenzó a adoptar la silueta de una figura humana. El tiempo parecía adoptar otro cariz. El dolor de sus dedos se desvanecía, la realidad se deformaba en esa visión maleable y sus ojos se esforzaban por adaptarse a lo que tenían delante. «Es la Virgen María», se dijo. Pero entonces la luminaria menguó y la figura radiante se volvió más definida, más alargada, más esbelta, y todo cambió de golpe tornándose hacia una oscuridad profunda, inversa, desconcertante y visible.

Una oscuridad llamativa y opaca que resaltaba profusa en la noche, sobre la azotea, a escasos centímetros de él. «Qué inoportunos son los sucesos extraños», pensó, pero, en realidad, era todo lo contrario. Resultaba irónico que, de nuevo, su vida corriera peligro por precipitarse al vacío y ese fugaz pensamiento empezó a rebotar en su mente mientras sus dedos llegaban al límite de su resistencia.

Las imágenes se volvían confusas. Sus ojos descartaban la visión periférica y sus oídos dejaron de funcionar. Era del todo imposible, un silencio absoluto al borde de la

muerte. «¡Eso es! Esta sombra es la muerte que viene a por mí. ¡Ha llegado mi hora!», se dijo. El aspecto de la inquietante criatura sombría se posicionaba a escasos centímetros de la cornisa. La luz del mundo real atravesaba los huecos de su mirada. Al tenerlo tan cerca, colgado de la fachada, ante tan delicada vulnerabilidad, se rindió. Como si algo dentro de él supiera que era el momento de partir al otro lado.

—No es tu momento. Aún te queda mucho por hacer. —La voz era ronca y cavernosa, grave y profunda. Sus palabras rompieron la realidad fragmentando el aire en mil pedazos con su voz gutural.

Entonces, la silueta le sujetó por el brazo. Se sentía agarrado por una fuerza extraordinaria que le levantaba por la fachada con determinación. Le hizo subir en volandas como si fuera ligero y flotante. No había rasgos en ese rostro misterioso; solo una oscuridad mate, infinita y desconcertante. Y la realidad se volvió a deformar y la negrura penetrante de esa criatura desconocida empezó a desvanecerse y tras ella surgió el rostro de una persona de carne y hueso.

Dudó de sus sentidos con mucha preocupación. Pensó que la magnitud de la angustia había alterado su conciencia y su sensatez. La entidad se había desvanecido, volatilizado por completo delante de ese rostro humano, que era el de un policía que le sujetaba de su caída segura. La escena era extravagante y sardónica, porque aquella situación le recordó a sí mismo con Jean unas semanas atrás y no dejaba de ser irónico.

De pronto, se vio zarandeado con violencia, revolcado por el suelo igual que una croqueta sobre el pan rallado. Sintió el cliqueo de los ajustes de un grillete en su mano izquierda y los gritos exacerbados del policía que le había rescatado:

—¡La otra mano! ¡Dame la otra mano o te parto el brazo!

Peter la colocó tras la espalda y escuchó cómo se cerraba la otra argolla en su muñeca.

Le sobrevino el recuerdo de sus primeros entrenamientos en la academia de policía, cuando le quería poner las cosas fáciles a su compañero de clase. Lo volvieron a girar como a un pelele. Había una pequeña multitud, casi todos policías. Bocarriba le hicieron incorporarse, flexionó la rodilla y cuando le pasaron el brazo bajo los suyos el tirón le hizo arrancar hacia arriba sin opciones. Las babas colgaban de su labio porque estaba enfrascado, flotando en una especie de trance que todavía no quería creerse. Era como si eso no le estuviera ocurriendo a él, pero al mismo tiempo sabía que, por desgracia, sí le estaba sucediendo a él.

Bajó las escaleras a trompicones, pensando en que caería en cualquier momento. Un vigilante le escupió al pasar por uno de los rellanos. Escuchaba un griterío difuso, como venido de todas direcciones. Oía las reprimendas del agente que le había detenido y también cómo le protegía de otras humillaciones. Por fin respiró el aire libre del exterior. Lo necesitaba con urgencia. El agobio y la claustrofobia eran insoportables.

Lo aplastaron contra el coche patrulla, con la cara empotrada en su cristal trasero. Le cachearon por todas partes. Apenas era capaz de respirar. Seguía envuelto en esa extraña nube, entre adormilado, conmocionado, pero al mismo tiempo en alerta. Lo metieron en la parte trasera como si fuera un saco de patatas y cerraron la puerta con rabia. El plástico de los asientos le destrozaba las muñecas. Se acomodó con cuidado de no lesionarse. Tosió todo el polvo que había tragado y, derrotado, dejó caer el peso

de su cabeza sobre el lateral de la perrera en la que lo habían metido. Su vista deambuló entre sus compañeros y su atención se centró en el emblema tricolor de la bandera nacional, bordada con orgullo a la altura de sus hombros.

No pudo apartar la idea de que había traicionado a su país. A su juramento. A sus principios.

El observatorio parecía una sala de fiestas alumbrada por los luminosos policiales. Entonces otra sorpresa le despertó de la somnolencia. En la fachada principal ondeaba con suavidad una enorme pancarta. Era la que Jean había colocado minutos antes. No podía dar crédito. Retiró la mirada, cabizbajo y meditabundo, envuelto en un olor a saliva seca, betún y sudor escalofriante. Hizo acopio de tranquilidad y retornó su mirada hacia aquella tela colgante. Hasta ese momento no había relacionado las experiencias. Ni había caído en la cuenta de las coincidencias.

La pancarta blanca tenía una silueta negra dibujada y era casi idéntica a la que acababa de ver. La misma criatura. El mismo ser. Y era muy parecido al grafiti de Jean en el TGV, igual que su dibujo en el día en que lo persiguió por las vías del tren. A la derecha de aquella figura negra, Jean había firmado con la misma rúbrica ornamentada: *Shadow*, y bajo ella había escrito un mensaje para él.

El aire exhalado de sus pulmones empañaba el cristal tintado, impidiéndole ver. Se encontraba envuelto en el mayor lío de su vida. Todo por lo que había luchado: sus ideales, su integridad, su carrera profesional, su lealtad a la justicia, su sentido del honor. Todo estaba perdido y, en realidad, no era capaz de saber el porqué. No hallaba una explicación razonable de lo que había hecho con Jean. Se había dejado llevar por lo intangible, el misterio de lo desconocido. Por una realidad invisible o por su carisma. Pero en ese momento, con las esposas cortándole la circulación de las manos, encerrado por sus compañeros y despojado de toda su libertad, solo le quedaba esa tela ondulante sobre la fachada. Aquella tela y su mensaje.

Levantó los ojos de nuevo, con lentitud agotada, y volvió a mirarlo para leer sus palabras: «Confía. Esto era necesario para tu despertar. Formas parte de mi sueño»; pero no era consuelo suficiente y se dio cuenta de lo que había sucedido. Estaba demasiado sugestionado. Su cerebro había jugado con él. Había puesto su imaginación al servicio de otro. Al servicio de un chalado marginado, que, a lo mejor, se atiborraba a pegamento o a cualquier otra sustancia.

Entonces sintió una presencia junto a él.

Estaba tan asustado y nervioso que sus ojos quisieron seguir mirando al exterior a pesar de sentirlo al lado. «Si no lo veo, no existe. Igual desaparece», trató de convencerse y continuó centrándose afuera, atravesando con su mirada el peguntoso vaho del cristal plastificado. Pero por el rabillo del ojo veía esa oscuridad profunda y maciza, esa sombra sólida. Y no se atrevía a volverse.

Demasiadas emociones por una noche. Necesitaba que todo pasase o, mejor aún, despertar de su pesadilla y alegrarse de que había sido un mal sueño. Pero no era así y él lo sabía. Necesitaba confirmar la locura que le estaba tocando vivir. Sacó el coraje de donde pudo y miró a su derecha. Ahí estaba, a su lado, ese ser, con la espalda encogida. Encajado en el habitáculo del coche. Sus rodillas casi tocaban el techo del coche. Se sintió tentado de gritar, de pedir auxilio como un energúmeno. Y por poco lo hizo. «Me ha drogado. ¡Es eso! Jean me ha intoxicado»; necesitaba encontrar una

explicación. La voz gutural interrumpió sus elucubraciones delirantes y descreídas.

—Veo lo que va a suceder. Son solo fragmentos. Resultados de tus elecciones, tus caminos de vida, las distintas rutas escogidas por el tiempo. —Peter no respiraba—. Elige bien. Escucha tu intuición. —El pánico se apoderó de él, observando ojiplático a aquella figura negra que le hablaba—. El auténtico peligro está por llegar —le indicó con energía.

Lo que escuchó no le ayudó a calmarse. La amplificada voz de su guardián rebotaba con estridencia por su alma mientras la silueta se evaporaba como una oscura niebla esparcida en la brisa. Pero dentro de ese coche no corría el aire.

No podía creerlo, pensó, mientras aquel mensaje resonaba con estruendo en su interior.

«El auténtico peligro está por llegar». La situación le estaba superando, segundo a segundo. «Elige bien», repitió sus palabras, inmerso en la perplejidad y su mala suerte.

Una lágrima cargada de frustración incomprensible, de atrocidad, de escepticismo inesquivable, de locura patente, de traición y arrolladora incomprensión cayó de sus ojos sin que un solo músculo facial alterara su semblante desquebrajado.

—Quiero que todo vuelva a ser como antes —masculló en voz baja.

Y su lágrima resbaló. Era una lágrima solitaria y discreta, cargada de templanza caótica.

CAPÍTULO 9. **DOS EN UNO**

- *CIUDAD DE PARÍS (FRANCIA), AÑO 2031*

—Hoy no será el fin de tus días. No lo permitiré. —Emily desoyó sus palabras.

Igual porque no quería escucharlo.

Sans necesitaba disuadirla, sacarla de su fijación iracunda. Posó la mano sobre las muñecas de Emily y consiguió rebajar sus cañones al suelo, sin apenas esfuerzo.

—¡Guárdate las pistolas! La rabia, la furia y el odio son expresiones de la energía más baja, aunque a ti te parezca que te llenan de fuerza. ¡Es el camino opuesto del poder! —gritó Sans a pocos centímetros de Emily para que le escuchara en su desaire mientras las fibras musculares de sus hombros se movían con un tremor drapeado, similar al de las corrientes marinas, domeñando la pátina de un sudor plomizo y brillante.

Estaban conmocionados, envueltos entre el ruido de los escombros y las tuberías rotas.

Entonces Emily hizo algo que Sans no se esperaba. Algo que le dejó estupefacto, porque él creía conocerla bien; saber dónde estaban sus límites, sus principios, sus valores. Su autocontrol.

La espesa nube de polvo que habían causado los *Blue* les dio unos segundos de ventaja. Emily redirigió las armas con decisión. Era muy difícil distinguir nada a menos de un metro. El atronador ruido de los cascotes cayendo desquiciaba sus oídos y los temblores del suelo saturaban su sentido de alerta.

Sans acercó las manos a sus hombros, cogiéndola con delicadeza, con la sana intención de descentrar la atención obcecada de su venganza. Ella permaneció inmóvil, haciendo un movimiento grosero para zafarse de sus manos. Él contemplaba su rostro. Solo unos palmos les separaban y el aire circulaba por el túnel agitando la polvareda.

El trasquilado pelo de Emily estaba cubierto de un feo tono grisáceo, manchado por el cemento flotante. Y sus ropas y rostros habían palidecido con un preocupante toque fantasmagórico, pero eso no distraía los afilados ojos verdes de Emily, que brillaban con el fulgor imparable del acero y el resentimiento.

—¡Aléjate de mí! ¡No pretendas cambiarme!

Los orificios de sus pistolas se presentaban de un negro infinito, enrasados frente a Sans. Su expresión narraba el desencanto y la incredulidad a partes iguales.

—¡No te interpongas!

Él estaba paralizado, perplejo ante ese repentino e inesperado comportamiento.

Se sintió decepcionado en profundidad. Traicionado.

Un golpe seco junto a la mandíbula le dejó desorientado por completo. Las fuerzas empezaron a fallarle. Sans era consciente de que caía, sin control ni voluntad, pero le pareció que era el suelo el que se elevaba hacia él. Su protegida le había golpeado y perdía el conocimiento. Ni tan siquiera pudo anteponer los brazos, o quizá no quiso,

atrapado en el pensamiento de lo imposible. Su hombro izquierdo y ese lado de la cara se estrellaron contra las piedras de la vía ferroviaria apagando la luz de su vista en un degradado veloz. Le dio tiempo a pensar antes de ponerse en *off:* «Pero ¿qué has hecho, Emily?».

La sensación delusoria era tan intensa que resultaba tangible. Algo impalpable, pero al mismo tiempo muy presente. Muy real. Y con un último cruce de ideas intentó justificar su comportamiento, ponerse en su lugar, achacarlo a su terquedad, a su espíritu combativo. En definitiva, disculpar lo que acababa de hacer.

Sans intentaba levantarse. La visión se entrecortaba en fragmentos confusos de punzante debilidad. Disparos, destellos y golpes. Movimientos rápidos interrumpían la catarata de luz que se colaba por el boquete del túnel. Sonidos eléctricos y más disparos. Un grito femenino de lucha rebotaba por la estructura abovedada y se perdía en la distancia de las vías muertas. Sans consiguió ponerse de pie y dar un paso, pero sus pies trastabillaron y volvió a caerse. El polvo posado se levantó como una pelota saltarina, inundando sus fosas nasales y el sabor a talco se solidificaba en su garganta.

—¡Emily! ¡¡Emily!! ¡¡¡Huye, Emily!!! ¡¡¡Huye!!! —farfulló a voz en grito.

Volvió a levantarse, tambaleante. El dolor en el pescuezo era como una grapa opresora que cortaba el flujo de sangre. Algo volador, visto y no visto, salió por la abertura del túnel mientras Sans percibía, sin duda, cómo su protegida se alejaba de él. Se la llevaban.

—¡Eh! ¡¡Ehhhh!! ¡¡¡Ehhhh!!! ¡¡Venid a por mí!! ¡¡¡Es a mí a quien queréis!!! ¡¡¡Dejadla en paz!!!

Durante unos minutos, continuó vociferando a la abertura del techo, gritando a esos enemigos ausentes. No podía aceptar lo sucedido. Era incapaz de superar esa primera fase del duelo: la negación.

Un silencio sepulcral comenzó a imponerse en el túnel. Se sintió fracasado, lleno de frustración, de vergüenza. Miró sus manos raspadas y vio cómo el rojo de su sangre se mezclaba con los restos impregnados, transformándose en un rosa cremoso. El polvo hacía de coagulante para los rasguños, pero el dolor del cuello era como un mordisco constante. Lo primero que hizo fue dejar de prestarle atención, porque cuanto más piensas en algo, en este caso el dolor, más fuerte se hace.

Se dio cuenta de que, sin pretenderlo, él también se había desconectado de esa energía omnipresente. Y entonces se relajó. Se sentó en el suelo a oscuras y buscó la tranquilidad. Eliminó la sensación de vergüenza y fracaso. Sentimientos impeditivos para el avance y la búsqueda de soluciones, y después dejó la mente en blanco.

Comenzó a hacer un ejercicio de control, ordenó su respiración para que fluyera con naturalidad, sin interferencias, escuchándola con atención. Luego empezó a centrarse en las extremidades de su cuerpo, con los ojos cerrados. Abstrayéndose de todo su entorno, solo centrado en sí mismo, en su esencia. Un vértigo imaginario le sobresaltó. Volvió a concentrarse y el vértigo le sobrevino de nuevo, solo que esta vez procuró no alterarse, y se dejó llevar sin despertar.

Y es que hasta las esencias más espirituales como la de Sans pueden llegar a perder la conexión con El Orden. Por eso estaba inmóvil, arrodillado y con las manos entrelazadas bajo su vientre. Abstraído de las percepciones clásicas de los sentidos. Ajeno a todo su contexto.

La encontró rapidísimo. El vínculo entre ellos era indestructible. Conectó con ella en ese lado invisible de la energía. Su cuerpo estaba apagado. Le habían inoculado algún tipo de sedante. Pero su cerebro y su corazón seguían trabajando a pleno rendimiento, custodiando su alma. La pesadilla que estaba soñando era una prolongación de la batalla. Era incapaz de discernir entre sueño y realidad. La influencia del estrés tiene ese poder.

Luchaba dormida contra enemigos que se multiplicaban por doquier en un interminable combate de disparos, supervivencia y destrucción. Sans quería interrumpirlo, gritar que la habían capturado, que los *Blue* trasladaban su cuerpo hacia algún sitio peligroso, que debía despertar, ¡que era urgente! La conciencia de Emily se había quedado atrapada en una secuencia infinita de combate, cansancio y dolor donde no había tiempo ni cabida para la razón. Sans contempló esa pesadilla de sufrimiento, mientras los *Blue* transportaban su flácido cuerpo por el aire, a escasos metros del suelo.

Él había regresado a su forma original. Su presencia sombría y alargada volaba junto a Emily a ras de suelo, imperceptible a la vista. Entonces, viendo que la situación iba a ser irreparable, no tuvo otro remedio que recurrir a medidas desesperadas; el último as bajo la manga de los guardianes. Se adentró en el cuerpo de Emily y la poseyó. Este principio crítico de salvamento otorga al protegido unas capacidades asombrosas.

Sans dejó soñando a Emily en esa interminable guerra de pesadilla. Su cerebro inconsciente proseguía exterminando a decenas de *Blue* en una angustiosa experiencia tan real como la vida misma.

Sans abrió los ojos en el cuerpo de ella y se vio agarrado por las extremidades, con la velocidad del aire agitando su pelo en todas direcciones y la boca reseca por el combate. Los restos ruinosos del mobiliario urbano de París discurrían con temeridad; fugaz en ese vuelo raso y cercano al desastre. Necesitaba encontrar el momento apropiado para zafarse de ellos. A lo lejos distinguió la oxidada Torre Eiffel y notó que en el viento flotaba el húmedo aroma del río Sena. Estaba cerca. Era su mejor baza. Cuando vio que empezaban a cruzarlo por encima, sacó todas las fuerzas que albergaba en su interior y logró escapar de las frías garras mecánicas de los *Blue*.

La entrada en el agua fue aparatosa. Estaba gélida y turbia, con un extraño sabor que respiró por la nariz atragantando sus pulmones en el incontrolable deseo de respirar. La corriente imperceptible arrastraba su cuerpo por el medio fondo. La luz del sol le guiaba en la incertidumbre dudosa de lo que era arriba o abajo, sin lograr salir. Tras unos interminables y angustiosos segundos emergió de esa agonía desesperante y tosió toda el agua de su garganta. Sans era arrastrado por esa corriente rápida. Sobre su cabeza, las cuatro entidades robóticas flotaban en silencio, sin inmutarse, observándole, observándola entre la vida y la muerte.

Sans logró alcanzar un muro inclinado de piedra en la orilla. La corriente del Sena no se lo ponía fácil, pero las manos de Emily eran fuertes, de modo que el ritmo del río no impidió que trepara por esa ribera pedregosa construida antes de El Colapso. Sentía el cuerpo de Emily exhausto por el esfuerzo, pero se mantuvo firme sobre la calle, observando a sus enemigos empapada; empapado. No daría signos de debilidad.

—¡Marchaos! ¡No permitiré que le hagáis daño! —les señaló.

Su rostro era serio. Transmitía, cómo decirlo, no la sensación de venganza, sino la

decepción anticipada del uso de la fuerza. Los cuatro *Blue* tomaron tierra con suavidad y se miraron entre sí. Sabían que quien hablaba no era Emily y, por alguna razón, se podía percibir su inseguridad.

Sans comenzó a alejarse de ellos sin girarse y luego les dio la espalda. Sentía un tortuoso escalofrío por el cuerpo con la ropa empapada, pero no se desconcentró. Presintió que iban a hacer alguna estupidez, podía ver el futuro inmediato. Se giró y los miró con crudeza.

—Si no nos dejáis, lo lamentaréis. Vagaréis perdidos en la oscuridad eterna, conscientes del error cometido y mi anunciada advertencia.

Sans alzó los brazos de Emily y sobre ella creó una perturbadora burbuja gigante. Era media esfera de más de veinte metros de diámetro que cubrió a Emily, a los cuatro *Blue* y todo lo que allí había. Sus enemigos se vieron envueltos en una oscuridad nítida y absoluta que jamás habían experimentado. No sabían cómo reaccionar. Se convencieron de que el aviso de ese guardián encarnado no era una burda invención. Conocían casos de otros congéneres desaparecidos, esfumados; muertos. Algo impensable, pues se creían inmortales. En ese momento, envueltos en la más oscura de sus visiones, el miedo también se apoderó de ellos, por eso no se atrevieron a escapar de sus carcasas biónicas.

Un punto minúsculo, del tamaño de un alfiler, resplandeció brillante, rompiendo la continuidad silenciosa de esa nada. Esa luz comenzó a crecer de tamaño. Su brillo iridiscente era lo más hermoso que habían contemplado en toda su existencia. De esa luz emanaba una inconcebible sensación de paz, de amor, de insuperable inteligencia, de creatividad y bondad, de perfecta belleza. Cada *Blue* experimentaba su sensación. Cada uno de ellos la vivía en soledad, pero era una soledad acompañada, libre de temores, de preocupaciones, de cosas por hacer. Libre de todo.

Entonces la mágica luz comenzó a alejarse de nuevo y con ella la indescriptible sensación de bienestar. Como en un aterrizaje forzoso y violento, los *Blue* cayeron con estrépito desde un lugar inaccesible al interior de sus cuerpos biónicos. Para los cuatro, fue un apabullante efecto de realidad indeseada. La oscuridad interminable había desaparecido y la impresionante luz de mil colores se diluyó.

Los extranjeros se miraron sin hallar una explicación razonable a lo sucedido. El cuerpo de Emily ya no estaba allí. Sans se había encargado de alejarla a toda velocidad mientras mantenía a los *Blue* en aquella atmósfera paralela.

Se negaron a hablar de ello. Habían transcurrido más de dos horas desde que esa humana había alzado los brazos con las manos abiertas. Las imágenes de sus grabaciones en trescientos sesenta grados no atisbaban lugar a la duda. Los cuatro habían permanecido inertes, inmóviles, absortos en esa experiencia paralizante. Mientras tanto, ella se escapaba empapada, corriendo por las inhóspitas calles de París en busca de refugio.

A esos seres ya no les preocupaba que esa mujer se hubiera escapado. Solo se preguntaban si lo que habían experimentado era real o no. Y a los cuatro les abordó la semejanza de la experiencia con las abducciones que ellos mismos practicaron en el pasado, cuando los humanos se despertaban tras innombrables torturas; confusos, aturdidos y acompañados de la extraña sensación de un vacío en el tiempo. Recuerdos imposibles e inconfesables.

Sans escapaba mientras observaba otras bolas naranjas surcando el cielo de la ciudad. Iban en busca de ella, de él. Todas las puertas de esa pequeña calle parisina por la que escapaba estaban cerradas, pero desde lejos pudo ver entreabierto aquel portón de llamativo color azul. Él podía reconocer las señales, las generosas ayudas de El Orden. Sería un lugar seguro. Estaba convencido.

De modo que atravesó la Rue de Jarente en dirección oeste tan rápido como pudo, hasta que llegó a ese demacrado caserón abandonado con tejado de pizarra negra y cerró la puerta adentrándose en aquel espacio tenebroso. Los armarios y las cajoneras de la casa estaban abiertos de par en par. Maletas abandonadas, ropa y utensilios esparcidos por todos lados le recibieron al entrar.

Aquella casa era el vívido escenario de un pasado aterrador en el que sus moradores cogieron lo básico para escapar. Un pasado congelado, cubierto por el polvo como único testigo, depositado en forma de suciedad. Era un pasado detenido en el tiempo y Sans estaba ahí, respirando en el cuerpo de Emily. Recuperando el resuello.

Contento de haberla salvado.

CAPÍTULO 10. **CONFUSIÓN**

- *CIUDAD DE PARÍS (FRANCIA), AÑO 2031*

La casa todavía conservaba la imborrable energía del sentimiento de pánico.

Sans comenzó a quitarse la ropa, que estaba entre acartonada y mojada. Sus botas expulsaban agua, emitiendo un baboso sonido al caminar. Se quitó el cinturón en el que ya no estaban las gemelas enfundadas. «Deben de haberse quedado en el túnel», concluyó.

Después, prosiguió quitándose los pantalones. El agua los ajustaba todavía más a su piel. Rebasar la curva de las caderas de Emily se convirtió en un suplicio breve. La vista de unas piernas largas, musculadas y tonificadas interrumpió el ritual. Demasiadas cicatrices, algunas de marcado relieve. Dolía con solo verlas.

Retiró las fundas y los cuchillos que portaba en las pantorrillas. Se quitó la chaqueta, la camiseta de tirantes y después la ropa interior. Su cuerpo tenía toda la piel de gallina. Cogió una toalla de las muchas arrojadas por el suelo y le secó el pelo.

Entre tanta ropa tirada por todas partes, un pijama rosa llamó su atención. Lo recogió del suelo de esa habitación juvenil, lo sacudió y al levantarse cruzó la mirada con «ella» frente al espejo. Durante un breve instante, mantuvo la vista en los verdosos ojos de Emily.

Se acercó a paso tímido, observando con deleite la sucia pero perfecta belleza de su rostro: su pelo mal cortado a tijera; su pequeña nariz, chata y respingona; su expresión aguerrida moldeada a base de supervivencia. Se acarició uno de sus pómulos y después, sin pretenderlo, bajó la mirada sobre el torso desnudo de Emily. Un ardor acalorado sonrojó el rostro de Sans, que, en realidad, era el de ella. Su respiración se agitó y una sensación de incorrección dominó sus pensamientos haciéndole dar la espalda al espejo con una suerte de espasmo inocente.

Cogió aire para calmarse. La imagen reflejada se le había quedado grabada. Seguía viéndola aún, frente al espejo, con los ojos abiertos, mirándose; mirándole.

Era impactante. Escalofriante y preciosa al mismo tiempo. Tocó con cuidado la zona baja de su vientre, junto a su cadera. Una horrible y grumosa cicatriz interrumpió el liso flotar de su mano, conocía esa herida. «¿Cuántas veces has luchado y no he estado a tu lado, Emily? ¿Cuántas veces no me has llamado?», se dijo al comprobar que todo su cuerpo de mujer estaba cuarteado por decenas de heridas, pero esa que tocaba en la cadera era la peor de todas con diferencia.

Se vistió con el pijama y se metió en la pequeña cama de esa habitación decorada con ecos de lo remoto, empapelada con viejos y deslucidos pósteres de grupos musicales y extintos personajes televisivos.

Estaba cómoda, la colcha atesoraba con calidez su calor. Era el momento de salir de ella. Sans acudió a la profundidad intangible de Emily. Ese rincón donde seguía combatiendo a la desesperada y sin cuartel contra enemigos soñados. Sans apareció

en su pesadilla abriendo una puerta de escape. Ella se negaba a abandonar la batalla, no distinguía. El estrés acumulado había desembocado en una batalla sin fin y, lo peor de todo, en un temerario comportamiento suicida por el que a punto estuvo de ser capturada en la vida real.

Sans no pretendía ahondar en las intimidades de su protegida, pero tuvo que hacerlo. Acudió al lugar del alma donde se guardan las mejores experiencias y de golpe la llevó a ese escenario de su memoria. Emily fue consciente de que estaba soñando, de que todo lo que había peleado era falso y, a la vez, se sorprendió de que pareciese tan cierto. Tan indistinguible.

Ahora estaba en un bosque luminoso. Ella era mucho más joven, una adolescente.

—Sigue durmiendo, Emily. Revive este recuerdo tan especial y descansa. Ya no hay peligro.

—¿Cómo-cómo haces esto? —Su escéptica voz mostraba confusión y asombro, acelerada por la contienda soñada.

Ella sabía que soñaba, pero tampoco podía ni quería despertar. Sans no contestó, se limitó a dejarla en el lúcido escenario de sus bonitos recuerdos. Enseguida se olvidó de que era otro sueño y buceó en el deseo de explorar y revivir con ilusión la hermosa remembranza que sabía feliz.

Sans salió de su cuerpo. Erguido a su lado, como una sombra prominente e imperturbable, permaneció durante unos minutos contemplando el pacífico reposo de su protegida. «Su última protegida», se recordó. Su expresión era plácida y sonriente. El guardián tenía sentimientos encontrados. Se percibía aliviado y reconfortado por haberla podido ayudar, pero también algo dentro de él se removía con lástima. Emily soportaba una carga demasiado pesada. Una vida dura, difícil, sofocante y enloquecedora. «¿Cómo se puede mantener el equilibrio en ese estado?», con sus preguntas, allí, erguido y alzado junto a la cama, disculpaba sus tendencias rebeldes, sus impertinencias, sus temeridades. En definitiva, su bloqueo mental.

Ahí dormida, con sus mechones mal cortados sobre la colcha y su curiosa media sonrisa de comisuras invertidas, la observaba con deleite y orgullo. Sans agradeció a El Orden que esa mujer luchadora y testaruda fuera su protegida. Lo agradeció con todas sus fuerzas.

Sans retornó a su cuerpo del túnel. Cada vez le costaba más desconectar de ese vínculo corporal, lo notaba. Sabía que esa alianza con el mundo tangible le alejaba y distorsionaba la impoluta conexión con La Fuente y El Orden. Y abrió los ojos. Su postura se había mantenido inamovible: de rodillas, con las manos entrelazadas y la respiración pausada. Algo le sobresaltó: era el débil sonido de un murmullo.

Su visión tardó unos segundos en enfocar lo que tenía delante, dentro del túnel.

Un grupo de hombres y mujeres armados le apuntaba con pistolas y rifles de asalto. Sans suspiró. Era un consuelo confirmar que no eran los *Blue* ni los *Black*. De modo que se fue a incorporar con las manos en alto para presentarse con amabilidad.

Error. Un tremendo golpe de culata le abrió una herida en la ceja.

—¡¿Quién te ha dado permiso para levantarte?! ¡¿Eh?! ¡¿Quién te ha dado permiso?! —le gritó ese desconocido.

La sangre se metía en su ojo chorreando a raudales. La mitad de su visión se tiñó de rojo. Se llevó la mano a la ceja con lentitud. El dolor no era agradable. Su corazón

comenzó a bombear sangre con energía y a tensar toda su musculatura. Sans reconocía las sensaciones de furia y violencia que crecían en su interior, herencia genética grabada en cada célula de ese cuerpo físico. Lucha o huida, adrenalina y fuerza. Pero el espíritu domina al cuerpo y no al contrario.

Miró a los ojos del hombre que le había golpeado. Era rudo y singular, entre gordo y fuerte, con barba de seis días, ojos marrones, camisa remangada, pantalones ajustados de cuero roído y un chaleco a juego. Fumaba un puro gordo y reseco y lo mordía entre sus oscuros dientes para vocalizar un liderazgo presuntuoso.

Sans retiró el exceso de sangre con la mano, como si fuera sudor, y le miró inexpresivo. Hubo unos instantes incómodos. Al pequeño grupo no le gustó. No por el golpe, sino porque Sans no transmitía el más mínimo indicio de miedo y eso empezó a preocuparles.

—No lo vuelvas a hacer —dijo Sans.

Sus palabras sonaron con un hilo de voz, pero contundentes y cargadas de paciencia. Transportaban cierto timbre de perdón.

Volvió a incorporarse tranquilo y entonces el hombre del puro alimentó su fusil apuntándole a la cabeza. Sans le miró a los ojos y por debajo sacó su alargado brazo de guardián tomando contacto con su pierna. De inmediato, ese hombre notó que algo no marchaba bien. Nada en su cuerpo respondía a las órdenes de su voluntad. Sans se levantó del todo al tiempo que el fusil de ese tipo orbitaba hacia arriba. El hombre escupió el puro de sus dientes encañonando a su grupo.

Todos miraban con perplejidad aquella perturbadora y desconcertante escena, amenazados por su propio líder. No supieron reaccionar. El rostro ojiplático de ese hombre gritaba socorro en silencio, pero era incapaz de mover un solo músculo a voluntad. Estaba viviendo una experiencia aterradora, empeorada por el espantoso miedo a la muerte de sus amigos. Sus compañeros seguían apuntando en formación de medialuna aquel acontecimiento surrealista, sin entender nada.

—Bajad las armas, por favor —dijo Sans.

La tranquilidad de su voz mantuvo perplejos al resto, sin saber cómo actuar. El hombre del puro, con cara de espanto, inclinó su arma al suelo. Su expresión era de puro terror.

—Lo de escuchar no se le da muy bien a ninguno, ¿no? Lo repetiré una vez más y será la última. —No terminó la frase, cuando vio dos conocidas pistolas apuntándole. Eran las gemelas de Emily.

De pronto, ya no quiso convencerlos. Con el movimiento de una mano, distorsionó el alma de todos ellos dejándolos inmóviles. Regresó a su cuerpo, cogió el afilado cuchillo que llevaba ese tipo a la cintura y cortó un alargado trozo de su camiseta, haciéndose una venda con él, rodeando su frente con el harapo, que enseguida se tiñó de rojo.

El inquietante silencio entre esas personas dentro del túnel impregnaba el ambiente con un sórdido y macabro contexto, solo se les oía respirar. Sans recogió la mochila de Emily y recuperó las pistolas de las agarrotadas manos de uno de esos extraños, que le miraba con impotencia vegetal, preguntándose quién demonios era ese.

Comprobó los cargadores con parsimonia y descubrió con sorpresa que estaban amunicionados.

—¡Gracias! Le va a hacer mucha ilusión. —Sans le sonrió—. No me mires así, sabes

que no son tuyas.

Y le dio una palmadita en el hombro, algo sardónico, moviéndose entre ellos; ignorándolos.

Miró la montaña de escombros que se había formado con la explosión de los *Blue* y calculó que sería factible salir de allí trepando con agilidad entre los restos. Ya se iba, cuando se volvió un momento, dirigiéndose al miserable grupo:

—No sé quiénes sois y no os puedo juzgar. Soy capaz de imaginar por lo que habréis pasado, pero dejadme deciros una cosa: es mejor morir haciendo el bien que sobrevivir haciendo el mal. Me gustaría que lo pensarais. —Guardó un pequeño paréntesis de silencio y añadió—: La impotencia se os pasará en unos minutos. Podéis emplearlos para reflexionar.

Sans comenzó a escalar por los túmulos. Estaba impaciente por reunirse con Emily. La noche le ganaba la partida al día y en el cielo de París empezaban a asomarse las estrellas en el firmamento. Brillos del infinito. Soles muertos del pasado viajando al futuro por la distancia; presentes a través del tiempo. Paradigmas.

No se entretuvo, comenzó a correr por las calles desoladas de París con el único deseo de reencontrarse con ella.

Ese grupo de personas, de modernos forajidos, intentaba recuperar el control de sus cuerpos. El sentimiento de pánico mudo flotaba entre ellos. El olor estresante a sudor segregado por la angustia se mezclaba con la aromática nube de miedo. Sans les había provocado una parálisis del sueño, correcto, salvo por el detalle de que estaban bien despiertos.

No podían moverse, ni pestañear ni vocalizar sonido alguno. Así de espantoso. Ni tan siquiera eran capaces de expresar la horrible sensación que estaban padeciendo. Solo sus ojos, bien abiertos, transmitían la impotencia de lo irracional. La expectación de lo imposible, de lo sobrenatural, de lo inaudito.

A cada segundo paralizados, sus pensamientos iban desmontando sus dogmas racionales; pilares profundos asentados en sus creencias. Querían zarandearse a sí mismos, gritar, patalear, escapar del confinamiento paralizante. En definitiva, recobrar el control de sus cuerpos, pero no podían. Sans los dejó así durante un buen tiempo para ganarles ventaja, evitar el enfrentamiento y eludir la mezquindad de sus intenciones.

No pretendía hacerles daño, solo alejarse de ellos sin consecuencias. Pero como todo en esta vida, los planes no siempre salen como uno espera.

Cuando Sans llevaba recorrida una cierta distancia, cuatro figuras volantes azules detuvieron su escapada. Él era invisible para ellos, los seres de la luz tienen el poder de manipular cada fotón. Por eso los cuatro *Blue* pasaron sobre Sans a toda velocidad, sin advertirlo. Su mirada seguía el rumbo de su destino. Con desagradable sorpresa, comprobó que los malditos *Blue* se dirigían de nuevo al boquete en el que había dejado paralizado al pintoresco y malintencionado grupo armado.

Ahora se encontraba en una encrucijada moral. Una duda razonable le invadió al plantearse la posibilidad de abandonarlos a su suerte. Sans estaba deseoso de reencontrarse con Emily, pero supo que algo en lo más hondo de su corazón estaba nublándole el juicio.

Era el momento de actuar, no de dudar.

Aun así, la premisa de mínima interferencia de los guardianes circuló en su cabeza como una preocupación ignorada. Comenzó a correr tan rápido como pudo, sabiéndose responsable del bienestar de esos cretinos. Con cada esfuerzo, cada latido de su pulso, con cada bocanada de aire, se iba conectando con mayor armonía a ese cuerpo arrebatado al enemigo. Un cuerpo fuerte, sano, ágil y duro. Un recipiente duplicado y clonado de alguna víctima. Una réplica para albergar a los invasores y ahora usurpado por un guardián. Curiosa parábola de los acontecimientos.

Los *Blue* acababan de entrar por el gigantesco orificio de la explosión. Sans notaba la falta de aliento, estaba rozando los límites soportables de ese físico. No podía permitir que aquel grupo fuera eliminado; él los había dejado petrificados, indefensos. De modo que ni siquiera miró lo que le esperaba debajo, solo saltó por el enorme agujero para llegar a tiempo, a riesgo de su propia muerte.

La caída le hizo rodar entre los afilados escombros, haciendo una aparatosa aparición en escena. Los cuatro *Blue* fijaron en él su atención, pero por poco tiempo. La tenue luz del ocaso que se colaba por el hueco del túnel desapareció sumiéndolos en la más abrupta oscuridad.

Sans se alegró al ver que sus atacantes seguían con vida. Extrañas contradicciones de esencias bondadosas.

Por supuesto, seguían paralizados. Los *Blue* cambiaron el espectro de su visión por todas las opciones: radiación térmica, ultravioleta, rayos X y yo qué sé; pero nada les funcionó.

Sans permitió que el pequeño grupo de personas recobrara el control de sus cuerpos, pero la penetrante oscuridad los sumió en la más absoluta de las cegueras. Ahora podían hablar, pero su voz se perdía en el corto espacio de su hálito. Podían caminar, pero hacia un invisible camino a ninguna parte. La nueva sensación se presentaba más inquietante y claustrofóbica.

Los *Blue* se mantuvieron inmóviles, desconcertados también. Algunos de los hombres armados se pusieron a gatas para tantear el terreno, palpando la imperceptible realidad que se había borrado de sus sentidos, desesperados por salvar sus vidas ante la nueva amenaza y con la preocupación añadida de lo que estaba ocurriendo.

Sans recuperó la compostura, embadurnado de polvo, repleto de magulladuras y sangrando por la ceja. Se encontraba bien, dentro de lo que podía esperar. El forzoso aterrizaje no le causó demasiadas consecuencias y perspicaz tomó el control de la situación.

—Sois-sois vosotros de nuevo —les dijo a los *Blue*—. ¡No volveré a tener piedad! —Sans redirigió la luz sobre sí mismo para que todos lo vieran.

El grupo armado no salía de su asombro, para ellos era igual que contemplar una visión mesiánica o brujeril. Uno de los *Blue* se adelantó, caminando indeciso sobre el entorno apagado y vacío que Sans había desalumbrado.

—Hemos venido a devolverte el favor. —La voz de ese *Blue* sonó hueca y restringida. Radiofónica. Como si no estuviera diseñado para comunicarse con los humanos.

Sans se quedó descolocado ante esa inesperada respuesta, de modo que decidió hacer retornar el flujo de la luz al interior del túnel. Todos recobraron la visión y el contacto con la realidad.

—¡Largaos de aquí! ¡¿A qué esperáis?!

El reducido grupo puso pies en polvorosa, iniciando una atropellada competición por las vías férreas, afanados en recuperar la normalidad de sus vidas, pero sin dejar de preguntarse quién o qué era ese desconocido.

Sans respiraba fatigado, sofocado y alertado por las palabras del *Blue*. Temía por su protegida. Emily estaba sola e indefensa, inmersa en un sueño profundo. A solas en el caserón, olvidada.

—Saben de ti, venimos a avisarte. Cientos de los nuestros están de camino y no pararán hasta atraparte. Puede que te queden unos minutos.

Aquel *Blue,* pulido e inexpresivo, con un diseño concebido para el combate cuerpo a cuerpo, hizo un pequeño paréntesis que Sans reconoció como vergüenza.

—Ojalá mis iguales pudieran ver lo que nos has enseñado. —Se hizo un silencio crepitante de estática—. Todo sería distinto.

Sans bajó la mirada, con los párpados bien abiertos y los dientes constreñidos, indeciso ante la mala noticia. Su ropa rasgada dejaba entrever una musculatura retesada. Su mirada, con esos iris de color añil, era el cristal transparente hacia un alma abatida.

De pronto, comprendió que ya no podía mantenerse al margen. Que la indebida decisión de encarnarse en el cuerpo de ese *Black* ni había sido ni iba a ser un paseo discreto. Comprendió que la vida era una interminable sucesión de desafíos hostiles. Que la existencia que había elegido adoptar y esos sentimientos de dolor solo se apaciguaban cuando estaba junto a Emily. Ella era la razón de su osadía. Necesitaba creer que su protegida sentía lo mismo por él; si no, no habría valido la pena.

Dentro de sí, la duda le devoró y empezó a arrepentirse de haber quebrantado las reglas de los guardianes y las leyes de El Orden.

Había comenzado a dudar del amor. De sí mismo.

CAPÍTULO 11. **ELLA**

- *INSTITUCIÓN PÓRTICO A LA ESPERANZA, BELFAST (IRLANDA DEL NORTE), OTOÑO DEL 2009*

- *DIECISÉIS AÑOS ANTES DE EL COLAPSO*

El salón albergaba un intenso olor a barniz aderezado por el aroma del incienso apagado. En las paredes del sanatorio mental no pendía un solo cuadro ni había el más mínimo artificio decorativo. La sala era simple, forrada de madera tallada y oscura hasta la altura de sus hombros, con el techo y la parte superior al desnudo, pintados de blanco neutral. Las láminas del parqué se entrecruzaban haciendo del suelo una superficie crujiente con un patrón ordenado, artesanal y concienzudo, como se hacían antes las cosas.

Los participantes, miembros forzosos de la reunión, iban entrando cabizbajos. Acudían desprovistos de ilusión. Con sus rostros apáticos y automatizados, iban cogiendo posiciones en el círculo de sillas mientras el sol entraba por las bonitas ventanas del fondo. La terapeuta fue la última en llegar a la estancia con su bloc de notas, esa coleta alegre y su vestimenta seudoejecutiva. Era la única sonrisa que cruzaba aquella puerta. Hizo girar el anticuado interruptor de la pared y las bombillas de la lámpara de araña se encendieron sobre ellos eclipsando la luz natural.

La doctora tomó asiento y fue pasando lista sin levantar la mirada del papel, señalando con una marca cada nombre y apellido que contestaba. Todo era corriente y rutinario, hasta que en un momento dado el silencio se hizo tras aquel nombramiento.

—Bríd Kelly —dijo la terapeuta. La doctora miró al grupo sin obtener respuesta y dio otra oportunidad al repetir—: ¿Bríd Kelly?

La psicóloga obtuvo un indignado suspiro como contestación. Un sonido que siguió con sus ojos hasta topar con una joven mujer.

Lo primero que le llamó la atención fue su cabello liso y pelirrojo suspendido en volandas sobre su rostro. La joven permanecía con la mirada clavada al suelo, con las manos entrelazadas por sus dedos, los codos en las rodillas y las piernas entreabiertas en una pose poco apropiada para una señorita.

La doctora sabía leer el lenguaje no verbal. Aunque se detuvo en ella, continuó con el listado ignorando su silenciosa y llamativa apariencia. La chica vestía unas feas deportivas desgastadas, un pantalón de bolsillos laterales, una chaqueta con capucha y muñequeras o, mejor dicho, unos vendajes en las manos hasta medio antebrazo. Su mirada introspectiva no se desclavaba del suelo, aullando a gritos su mensaje contenido: «¡Quiero salir de aquí!».

La doctora Allison conocía bien esa sensación. De hecho, la energía de Bríd se sentía en toda la habitación: frustración contenida, furor insuperable, incomprensión general y

sufrimiento almacenado. Como psicoterapeuta, odiaba dejarse llevar por estereotipos, pero se dijo a sí misma que no se trataba de eso. Claro que no, necesitaba pensar que la etiqueta de rebelde conflictiva se la había asignado como resultado de su dilatada experiencia profesional.

Son pacientes incómodos, de temperamento indomable, obstinados e inmersos en su propio código de conducta. En su mente, siempre llevan la razón y lidiar con ellos se hace una tarea ardua y pesada. El lenguaje ha de manejarse con mucha delicadeza para evitar ofenderlos, para que no se sientan contrariados. Hay que hacer magia para reconducirlos con sutileza; son personalidades difíciles y a menudo desagradecidas.

Toda esa retahíla de conclusiones brotó de su interior con tan solo echarle un vistazo, pero la doctora no era prejuiciosa. O de eso se quería convencer al ver a esa mujer pelirroja de veintiún años por vez primera.

La reunión fue discurriendo con normalidad. Cada participante expresaba los oscuros motivos que le habían impulsado a necesitar ayuda. En esa sala, estaban representados casi todos los vicios y pecados de la humanidad: ludopatías compulsivas, obsesiones incontrolables, cleptomanías, desviaciones sexuales, conductas violentas y un largo etcétera de conflictos con los que aquellos pacientes podían convivir, pero el resto de la sociedad no.

La hora fue transcurriendo y Bríd proseguía inmóvil, mirando al suelo, con los dedos cruzados y ese pelo cobrizo ocultándola de los demás, como si fuera un manto de invisibilidad que no funcionara.

Allison sintió la irrefrenable curiosidad de indagar. Mientras que uno de sus pacientes se repetía en la explicación de su esclavitud a la cocaína y lo duro que le estaba resultando dejar de consumir ese veneno, la doctora comenzó a hojear el expediente de Bríd con interés, abstrayéndose del eco de esa quejosa voz varonil que resonaba por toda la sala.

—¿Usted qué piensa, doctora? —repitió varias veces ese hombre grandullón, reclamando su atención.

Le hubiera encantado decirle lo que pensaba, porque su repugnante insistencia infantil le había desconcentrado del expediente de Bríd. Le habría dicho lo que pensaba como persona, cosas muy feas; pero, en cambio, no dijo nada de eso. Le contestó con una suave voz dulcificada:

—Estás haciendo grandes progresos. Debes agarrarte a esa fortaleza con todas tus ganas y continuar las recomendaciones. Ya sabes, nada de alcohol ni reuniones de ocio. Debes evitar todo aquello que estimule el recuerdo asociado a la sustancia. —Hizo una pausa dramática mirándole con intensidad—. De verdad, creo que lo estás haciendo genial. Estamos muy orgullosos de ti. ¡Démosle un fuerte aplauso! —dijo la doctora Allison con una voz muy enérgica.

Y todos aplaudieron como focas bien entrenadas. Todos excepto Bríd, que permaneció estática e inmutable. Una discreta sonrisa malévola apareció en los labios de la doctora. Quiso imaginar que esa joven se negaba a aplaudir porque pensaba con exactitud lo mismo que ella y esa perversidad le pareció divertida.

Instantes después, la doctora sintió asco de sí misma por renunciar a la autenticidad de la libertad, por ser lo que siempre se esperaba de ella, por seguir con ceguera los protocolos y las pautas marcadas. «Hay que ser profesional», matizó poco convencida

en sus pensamientos, abriendo el sumidero de sus malas ideas, reencontrándose con la persona sensata que siempre aparentaba ser.

—Bríd. ¡Bríd! ¡¡Señorita Kelly!! Disculpe, ¿podríamos hablar un minuto?

La interceptó a la carrera encabezando el grupo de salida, pero había una resonancia altiva en su comunicación. La joven pelirroja apretó los labios con resignación obligada, sin decir nada.

—He leído por encima su expediente. Entiendo su malestar. Sé que un juez le ha obligado a acudir a ocho sesiones de mis clases de terapia, pero quizá y solo quizá podría hacer el favor de prestar más atención. Puede que aprenda algo. —Sus ojos causaron en la doctora una breve pausa, pero salió de su interrupción con rapidez—. Esto no tiene por qué ser una pérdida de tiempo.

Bríd miró la mano de la doctora, que la estaba sujetando del antebrazo.

En su expresión había un mensaje de «no me vuelvas a tocar». Y la doctora retiró el contacto, disimulando ser consciente de esa idea.

—Usted no puede ayudarme. Cumpliré las horas de terapia y saldaré mi deuda con la justicia.

Tras decir eso, siendo la última del grupo, continuó andando hacia la salida.

La doctora Allison permaneció ensimismada durante unos segundos, con el entrecejo constreñido, musitando ese desprecio en su interior.

—Hay un detalle que ha pasado por alto, señorita Kelly. —Dejó que la frase volara a cierta distancia. Y al ver que Bríd frenaba sus pasos continuó—: Necesita mi aprobación para satisfacer a su señoría. Y, la verdad, sin una actitud positiva es algo que veo difícil. —Carraspeó ocultando su nerviosismo—. Le diré lo que pone aquí.

Bríd se quedó de pie en el pasillo, de espaldas a la doctora Allison; pero esta vez su cabeza estaba bien alta, los puños apretados y los hombros tensos. La doctora sabía que estaba jugando con fuego, pero decidió acabar lo que había empezado.

—Aquí puedo leer que, de resultar la evaluación desfavorable, deberá ser internada en el ala de residentes por un período mínimo de cuatro meses. ¿Es lo que desea? —preguntó con retintín.

Bríd se dio la vuelta y tiró hacia ella como una flecha. Sin pretenderlo, la doctora Allison dio un par de pasos atrás hasta toparse con el marco de la puerta. Los ojos de esa joven veinteañera refulgían un color ambarino desconcertante, cargado de caos, con una expresión intimidante, no violenta, pero amenazante. Esa joven desprendía la incuestionable huella que deja el dolor en el iris. Una marca que Allison había visto otras veces, pero nunca tan pronunciada.

Bajo esa apariencia de dureza templada, intuía un sufrimiento secreto contenido, enterrado en lo más profundo de su ser. En ese preciso momento, no podría decir si por curiosidad egoísta o altruista, se marcó el desafío de ayudar a esa joven de cabello fogoso y mirada desgarradora.

—Cuatro meses interna me ayudarían mucho. Me haría usted un gran favor. Lo necesito, de veras. —Bríd se acercó a ella un poco más—. Ahí fuera no hay sosiego para mí —afirmó Bríd, observándola de un modo indiscreto e impredecible.

—No puedes estar hablando en serio. ¿Qué quieres decir? —preguntó la doctora, sin darse cuenta de que estaba tuteándola.

La contestación la había cogido por sorpresa y enseguida percibió que sus palabras

no eran una provocación farolera. Al contrario, se trataba de una sincera declaración de intenciones.

Un paréntesis silencioso aglutinó sus miradas.

—Haremos lo contrario, Bríd —afirmó la doctora Allison asintiendo con un toque de ilusión mientras la joven parecía hundirse un poco más en el decepcionante fango de su desbaratada realidad.

La sutileza de la señal no escapó a la aguda percepción de la doctora, viendo cómo la molestaba llevándola la contraria.

—Bueno, una cosa, señorita Kelly, he notado que es usted reticente a hablar en público. Le propongo tres sesiones individuales conmigo a cambio de su programa colectivo y, si al final desea ser ingresada como interna, no seré yo quien se lo impida —dijo Allison, levantando el entrecejo y extendiendo su mano hacia ella para sellar el pacto.

Bríd la miró sin reaccionar. No quiso estrecharla, no por arrogancia ni por desconfianza, algo distinto se lo impedía; una intuición. La doctora pensó que tres sesiones privadas no serían suficientes, pero serían mejor que ocho grupales, o mejor que internarla o mejor que no hacer nada, pero disfrutaba con el juego de hacerla de rabiar. Y con voz queda y sin previo aviso, una frase salió de los labios de Bríd:

—De acuerdo. —Estrechó su mano—. Dígame cuándo. —Su voz revelaba su incomodidad al hablar. Una mezcla de carácter indómito y de introversión.

—Mañana mismo. A las nueve en punto, en mi despacho.

Y la doctora señaló la puerta de enfrente con su nombre grabado en una placa dorada.

—¿Por qué? —preguntó Bríd con un susurro, arrojando una duda escéptica que la doctora captó enseguida y que al mismo tiempo reveló las escasas ayudas que había recibido a lo largo de su vida.

—La verdadera pregunta que debes hacerte es ¿por qué no? —Se tocó con el dedo índice la sien y le sonrió con falsedad—. Piénsalo. Nos vemos mañana.

A Bríd no le gustaba aquella doctora; su pregunta no iba por el sendero que la doctora creía, pero su respuesta le confirmó que era un títere más.

Bríd era una mujer inteligente; supo que tres sesiones pasarían rápido.

La doctora Allison dio por zanjada la conversación. Se metió en la sala común y recogió sus cosas ignorando a Bríd, que seguía tras ella. Luego escuchó cómo su extraña paciente se alejaba por el pasillo, viéndola marchar con esa indescriptible fuerza melancólica, preguntándose cuántos misterios navegaban por el resplandor de esos ojos marchitos y amelados, pensando que a buen seguro se merecía todo lo que estuviera sufriendo.

A la mañana siguiente, la doctora Allison cerró la puerta de su despacho, colgó su abrigo en el perchero, miró el mundo a través de su ventana y después se sentó en la silla de su escritorio. Faltaban quince minutos para las nueve. A esas horas no había reuniones grupales, tan solo se oía a Joe, el señor de la limpieza, con el que acababa de cruzarse intercambiando unas palabras de cortesía. Poco a poco, la quietud del vacío se reafirmó tras la puerta de su despacho y la doctora solo esperaba escuchar los pasos de su paciente sobre el crujiente suelo de madera recién acuchillado.

Mientras tanto, se introdujo en el expediente de Bríd y con cada renglón de lectura su

imaginación iba dando forma a una vida desafortunada y carente de oportunidades, lo que le hizo extraer, otra vez, unas conclusiones basadas en «su experiencia». Miró su reloj y confirmó que había pasado un minuto de la hora fijada. La puerta se abrió de pronto y Allison dio un respingo sobresaltado de su silla. La abrupta aparición de Bríd la cogió por sorpresa. No la oyó llegar. El susto doblegó las formalidades e impulsó a la doctora a reaccionar con su cerebro reptiliano, que era el modo en que se refería a los instintos más básicos del ser humano.

—¡Maldita sea, señorita Kelly! ¡¿Nunca le han enseñado a llamar antes de entrar?!

Bríd estaba callada. Su semblante era serio e implacable, pero podía notarse que su respiración cambiaba de ritmo, lo que hizo que Allison recobrara las formas.

—Perdóneme. No la esperaba. Me ha dado un susto de mil demonios —exhaló—. Quiero decir, sí la esperaba, pero no la he sentido llegar. —Bríd continuó entre el pasillo y el despacho, en silencio, con ganas de marcharse de allí—. No se quede ahí. Por favor, pase y cierre la puerta.

Su paciente venía con la misma ropa del día anterior. Era solo un detalle más de la precaria situación de Bríd, pero al mismo tiempo ponía de manifiesto que la inercia de la miseria seguía empujando su existencia diaria. Una miseria que manchaba con pobreza la vida de esa joven.

La doctora acababa de leerse su historial. Con solo unas horas de vida, Bríd fue entregada en la puerta de un orfanato. Luego llegaron las idas y las venidas de las adopciones, familias en las que nunca encajaba. Le tocó subsistir con la escasa alimentación del deficitario presupuesto del Estado y esa desnutrición se extendía al componente emocional, desarropada en la lúgubre soledad de la ausencia de compañía. Navidades vacías, cumpleaños olvidados, vacaciones inexistentes, abrazos perdidos, besos sustraídos y, por supuesto, escasez. Una escasez que superaba lo material. Una pobreza desoladora. Una vida en blanco y negro.

Y después de todo lo contado, tras una infancia robada y una adolescencia misérrima, aquella joven mujer, endurecida a base de carencias y desafíos, todavía se presentaba puntual en el despacho de la psicoterapeuta.

Las motivaciones que la impulsaban eran todo un enigma para Allison. Por mucho que quisiera ayudarla o compensar su desafortunada vida, tres sesiones serían como medio sorbito de agua para un sediento. Bríd dio un paso adelante y cerró la puerta, trayendo consigo su energía inestable.

—Por favor, tome asiento, señorita Kelly —dijo Allison, señalando el diván con la mano extendida.

Bríd miró la tumbona con cierto recelo y se sentó en el extremo liso más alejado de ella, al borde de la esquina. Tras unos segundos en los que la joven sondeaba con la vista los únicos cuadros que había visto en aquel sanatorio, fue la doctora la que reinició la conversación entre las dos.

—¿De qué le gustaría hablar, señorita Kelly? —Como respuesta obtuvo un arqueo de cejas acompañado de una elevación de hombros—. ¿Podríamos empezar por las razones que le han traído hasta aquí?

—No. De eso no puedo…, o sea…, de eso no quiero hablar. —Sonaba a súplica enmascarada de control.

—Ya, pero debemos tratarlo para llegar a descubrir el origen de tu conducta. —La

doctora aplicaba su falsa dulzura—. Hay que entender por qué haces las cosas que haces, ¿no te parece?

—No hablaré de eso, por mucho que insista. No es el momento —atajó Bríd.

—¿No es el momento?

Y la doctora controló el arrogante deseo de imponer sus condiciones. Lo pensó por un instante, calmándose; para su propia sorpresa, hizo lo contrario.

—Bien, pues dime, ¿de qué te apetece hablar?

—Me gusta el silencio.

Y clavó la mirada en el suelo de madera, para colmo de la doctora.

La doctora se acomodó en su silla de oficina reposando la espalda, sin quitarle el ojo de encima. Así permanecieron durante toda la hora: calladas.

Bríd no levantó la vista ni una sola vez.

—Señorita Kelly, ya se puede ir. —Allison fue incapaz de esconder el enojo de esa hora perdida pese a ser una profesional en la materia—. Mañana a la misma hora, señorita Kelly. Y espero que sea más productiva que hoy.

Bríd escrutó a la doctora con una mirada cruda. Ese color ambarino en su mirada resultaba inquietante y mágico, como un fuego viviendo en su interior. Un fuego que bañaba el color de sus cabellos, de su piel y de esos ojos. «Extraños ojos», pensó.

—Por favor, no se enfade conmigo. No ha sido un tiempo perdido. —La doctora vio bondad sobre el dolor. Vio amabilidad sobre la duda, humildad entre la vergüenza, pero se mantuvo inflexible—. Hasta mañana. —Y le cerró la puerta, como si tuviera más cosas que hacer.

Y las dos se quedaron paradas entre esos centímetros de roble cincelado. Allison estaba enfadada, había pactado tres sesiones con ella y un tercio ya se había escapado. Masticaba su propio fracaso. Quería avanzar deprisa, encontrar fórmulas rápidas para problemas complejos y se sintió mal por mostrarle a Bríd su indignación. Tras esos breves pensamientos abrió la puerta para ser menos cruda con ella y decirle que no pasaba nada, que mañana sería un día distinto, o no, que no importaba, que se había equivocado. Quizá se hubiera disculpado sin disculparse, con un poco más de ternura, con un poco de eso que Bríd nunca había recibido: cariño.

Cuando abrió la puerta, ya no estaba ahí y ya eran dos veces que no la escuchaba pisar el ruidoso pasillo y dudó de su percepción del tiempo y sintió en sí misma un pequeño regomello. Eso no le gustó, pero… «Mañana lo haría mejor. Mañana…», escuchó en su cabeza la doctora Allison.

La siguiente sesión fue igual que la anterior, excepto que en esa ocasión Bríd llamó a la puerta de la doctora. Era agradable ver que el día comenzaba con una inferencia distinta, pero no fue capaz de arrancarle más que unas pocas palabras; monosílabos. Cuando acabó la sesión, volvió a mirar de cerca los intimidantes ojos de Bríd.

—He pensado que mañana va a estar con nosotras un colega. Es un gran profesional, un experto en hipnosis. Estoy convencida de que puede sernos de gran ayuda —lo decía a punto de explotar, con dinamita en la voz.

—No lo creo, doctora. Alguien ha pensado que necesito ayuda porque piensa que tengo un problema, pero yo no tengo ningún problema. Ustedes lo creen porque no lo pueden entender.

—Pues explícamelo. ¿Por qué te comportas así? A ver, de menor has tenido decenas

de peleas, algunas bastante violentas. Te han pillado portando navajas. Has amenazado a muchas personas, que, por suerte, no han querido presentar cargos contra ti, y ahora esto, le quitas el freno de mano a un coche cuesta abajo y se estrella contra un camión repleto de productos químicos en una calle residencial. ¡Una calle residencial! ¿Te das cuenta de lo que podría haber pasado? ¿No lo entiendes? ¡Madura ya, que tienes veintiún años!

—¡¡Usted sí que no lo entiende!!

Si los ojos de Bríd hubieran sido de fuego, la habría fulminado con la mirada. Hasta su pelo parecía flotar con un bronceado ardiente por la ira que emanaba de su cuerpo.

—¡Mañana te quiero aquí a las nueve! A las nueve, ¡¿me has oído?! —gritaba Allison al aire del pasillo mientras Bríd se marchaba con paso tranquilo, apretando los dientes y controlando la energía de su coraje.

El compañero del que hablaba la doctora Allison no solía hacer visitas a pacientes ajenos y mucho menos practicar una sesión conjunta. Pero entre Allison y él hubo una relación amorosa y ese afecto residual provocó que el doctor Stuart aceptara todas esas premisas. Era incapaz de decir que no a ninguna petición de Allison. Seguía enamorado de ella y, aunque aceptó la ruptura con resignación psicológica, nunca perdió la esperanza de volver a ser correspondido.

A ella, en cambio, le gustaba pensar que había logrado conservar una estupenda relación profesional y amistosa con su expareja; pero, en realidad, en el fondo, muy dentro, ella era consciente de los anhelos de Stuart y sabía que se aprovechaba de él. Lo manipulaba.

La situación lo exigía; no había logrado ningún avance y el tiempo se le echaba encima, y siendo honesta consigo misma, internar a Bríd en el sanatorio mental durante cuatro meses era solo una amenaza con la que poder negociar. De modo que cuando llamó a Stuart para pedirle el favor, este confirmó su presencia antes de que ella acabase la petición. Allison le dio las gracias, pero al colgar el teléfono quiso buscar una pizca de arrepentimiento, aunque no lo encontró. Después se convenció de que el favor era para Bríd. «Eso es, esa muchacha necesita ayuda», se dijo. Luego pensó que también disfrutaba con el ejercicio de su poder, con el inalcanzable deseo de Stuart, y otra vez su mente dio otro giro de pensamientos justificantes: «No. No es culpa mía. Que espabile —se repitió—. Eso es, que espabile», y sonrió, contenta de obtener aquello que se proponía de él.

Las pequeñas maldades también necesitan enmascararse. Hay que convencerse de que otro es el responsable. Así funciona la maldad seducida.

Cuando Bríd llamó a la puerta a las nueve en punto de la mañana y escuchó el «¡adelante!», se encontró con la misma imagen del día anterior. La doctora Allison estaba sentada en su confortable silla de oficina y, al igual que en los días anteriores, el diván estaba dispuesto delante de ella, vacío. Esperándola. Pero esta vez, junto a la ventana y de pie, un hombre de pose tranquila marcaba la diferencia de su reciente rutina.

Podía presumir de una constitución delgada a su mediana edad. Iba bien vestido, con colores pardos y ropa de intelectual, con coderas en la americana y jersey de cuello alto. En sus zapatos brillaba el concienzudo esmero del cuidado y sus gafas de ver, muy discretas, le adornaban el rostro con un toque favorecedor. Al margen de su

aspecto, tenía algo diferente. Desprendía una personalidad exenta de arrogancia.

Se acercó a la puerta y escrutó a la paciente de arriba abajo con descaro y, después, una enorme sonrisa se dibujó en su rostro. Por alguna razón, ese recibimiento amable, curioso y sincero gustó a Bríd, que estaba acostumbrada a otras formalidades insulsas.

—Buenos días. Soy el doctor Stuart. ¿Cómo estás? Por favor, no te quedes ahí, pasa —dijo con una gentileza natural.

—Quiero decirle que no creo en esas chorradas de los péndulos. Además, no he coincidido con usted por eso —dijo Bríd de un modo grosero.

El doctor no la comprendió. Sus palabras portaban un mensaje encriptado que solo ella podía reconocer.

Como en tantas ocasiones, Bríd había logrado identificar al protagonista de su próxima misión. Hiciera lo que hiciera, la vida le iba presentando personas y situaciones en las que debía actuar. Ella no sabía el cómo ni el por qué, pero sí estaba segura de que debía ayudar a ese hombre. A ese doctor le acechaba un peligro que ella debía evitar.

Esa era la razón de los problemas y el calvario de Bríd y el inexorable destino de su existencia.

—Yo tampoco creo en esas tonterías de los péndulos. —Y esbozó otra sonrisa cómplice—. Mira, Bríd, lo que voy a hacer, si estás de acuerdo, es profundizar contigo en tu subconsciente y descubrir qué cosas son las que han determinado el carácter de tu personalidad —dijo el doctor con una seriedad contundente—. Esta herramienta te dará la posibilidad de comprenderte a ti misma y decidir si tu presente es consecuencia del pasado o si quieres continuar así de un modo consciente. —Él sonrió con un destello de entusiasmo—. Se llama introspección. Te sorprendería saber cuántas decisiones tomamos a la ligera —arqueó las cejas con asombro y añadió—, sin nuestro consentimiento. —Dándoles a esas palabras una relevancia especial.

—Pero ¿de qué me servirá si voy a estar dormida? —Bríd giró la cabeza con extrañeza—. Luego no me acordaré de nada y tendré que fiarme de lo que usted me diga.

—Estarás despierta en todo momento —sonrió satisfecho por su interés—. Tendrás el control del viaje. Se llama trance y será más real que esta conversación. —Se acercó un poco a ella—. Tu intimidad queda reservada para ti, pero si me dejas, podré guiarte por el laberinto de tu memoria.

Bríd se quedó callada un momento, sopesando; evaluando.

Tenía curiosidad, pero a la vez muchos secretos que guardar. Había sinceridad en Stuart. Ella lo veía. Hacía mucho tiempo que no confiaba en nadie, tanto que ni se acordaba. Nunca había contactado con alguien al que fuera a ayudar. Su sexto sentido no le fallaba. Ya sabía que sería él.

Era la primera vez que le ocurría. Lo pensó un instante mascullando su secreto y decidió dejarse llevar. Stuart era distinto, le transmitía paz. Necesitaba respuestas, no de los asuntos que la doctora Allison pretendía. Quería saber más de su propia singularidad, de las enigmáticas fuerzas que la emplazaban a realizar sus misiones. Misiones de vida o muerte. No veía el camino en su embrollo de vida. Caminaba a ciegas. No le cabía duda de que había algo más y comprendía la mecánica, solo que no podía verla. Existía algo oculto que se le escapaba y Bríd lo notaba.

—De acuerdo. Haré todo lo que usted me diga. Me comprometo. —Y ambos doctores se miraron asombrados por su repentina predisposición. Aunque no había terminado de hablar—: Lo haré, a solas con usted. —Bríd carraspeó—. No me encontraría cómoda si hubiera alguien más.

Y la doctora Allison le devolvió la mirada a Bríd captando su mensaje.

Hizo un ademán para rebatir su propuesta, pero la triste conexión que perduraba entre la pareja de doctores fue suficiente para que ella comprendiera que Stuart veía razonable la exigencia de Bríd y que, ahora, la doctora sobraba en su propio despacho.

Allison cogió su bolso con despotismo, se puso el abrigo y decidió no desperdiciar su tiempo. Tenía pensado tomarse una buena taza de café acompañada de alguna prohibitiva pieza de pastelería, leería la prensa con sus noticias beligerantes y respiraría tranquila. En definitiva, haría lo contrario de trabajar: relajarse y obviar el desprecio de su presencia. Había aprendido que el ser humano es ingrato y necesitaba esquivar ese pensamiento denigrante porque pensaba que no era justo para ella. Pero en el fondo sabía que sí.

Así, en menos de un minuto se quedaron a solas y el doctor enumeró ciertas normas innegociables:

—Siéntate en el diván. Quítate las playeras. Reposa la cabeza y extiende tu cuerpo sobre la superficie. Retírate el pelo de la cara. Coloca ambas manos en el vientre. Cierra los ojos.

Bríd fue obedeciendo con insólita disciplina cada instrucción impartida por el doctor Stuart.

La luz entraba por la ventana y, al cerrar sus párpados, la proyección del sol seguía presente en su vista, arrojando sobre sus pupilas el anaranjado color del astro rey.

Stuart dejó que el tiempo transcurriera sin prisa, con lentitud, mientras Bríd hundía el peso de su cuerpo sobre el mullido acolchado y su respiración establecía un ritmo armónico y sosegado. El doctor se quitó las gafas y posó su mano derecha sobre las de Bríd provocándole una ligera sacudida, pero enseguida ella volvió a relajarse. A continuación, puso su mano izquierda en su frente y se mantuvo así, sin decirle nada, aunque iba dejando caer el peso muerto de sus manos sobre ella, amplificando su sensación de tranquilidad, de calma y pesadez.

Sus manos eran cálidas. Bríd las comparó con un pan recién horneado. También eran suaves, como si pudiera tocar la brisa de un verano al atardecer. La quietud acompañada se hacía agradable. Le recordaba a algo, aunque fuese una sensación nueva para ella.

Acababa de confiar en un perfecto desconocido, solo movida por su intuición. Un desconocido al que ella debía ayudar de algún modo. Su experiencia se lo había confirmado al instante de verlo y era curioso que ella también recibiese ayuda de él, por eso dejó que fluyera. Por eso se fio de esa supuesta casualidad, de esa señal. Porque no podía ser mala. Algo en su interior se lo decía.

Relajada, tumbada y confiada, Bríd buscaba explicaciones racionales para su propio misterio. Buscaba respuestas imposibles para preguntas inconfesables y esperaba que llegaran por sí solas, sin exponerse, sin declarar una aparente ausencia de cordura…

Sin que fuera peor el remedio que la enfermedad.

CAPÍTULO 12. **CENTINELA ROJA**

- *INSTITUCIÓN PÓRTICO A LA ESPERANZA, BELFAST (IRLANDA DEL NORTE), OTOÑO DEL 2009*

- *DIECISÉIS AÑOS ANTES DE EL COLAPSO*

—Vas a sentir que tu cuerpo pesa y que tu presencia se escabulle por un embudo dando vueltas en círculos mientras te dejas caer hacia un sumidero de luz. Es un lugar precioso. Un aroma dulce te envuelve y te sientes libre de ataduras.

Los ojos de Bríd se movían inquietos bajo la confortable mano de Stuart.

Estaba justo como él quería. Todo marchaba bien.

—Ahora estás en un lugar sagrado. Es el interior de tu psique. Estás dentro de tu pureza, nadie más que tú puede llegar hasta ahí. Es un lugar incorruptible, íntimo y propio. Desde este punto puedes ver tu presente y tu pasado. Todo lo que has vivido. Lo que te agrada y lo que no. Y tranquila, es el lugar más seguro de tu universo. —Hizo un paréntesis para ver cómo respiraba—. Estás muy lejos y al mismo tiempo aquí mismo y puedes viajar a cualquier momento de tu existencia, puedes contemplarlo sin miedo, con la certeza de que estás protegida porque ese lugar es inviolable. Es solo tuyo. Estás sola y en pleno contacto. Nada puede dañarte, nada puede romper tu calma, ni siquiera el peor de tus recuerdos.

E hizo una pausa para que cogiera conciencia, despacio.

Un giro brusco de cuello ladeó el rostro de Bríd con una mueca de extrañeza. El doctor siguió hablando, relajando su espíritu inquieto, pero Bríd ya no le oía. Ya no prestaba atención. Sus ojos se abrieron de par en par y Stuart retiró la mano con la preocupación anticipada de que las cosas no marchaban como él esperaba. La mirada de Bríd se extraviaba arrastrando el semblante de su faz por el infinito del despacho, sin pestañear, con una expresión de alerta y desconcierto que de inmediato contagió al doctor.

—No estamos solos. Hay alguien más entre nosotros. ¿Qué eres? ¡Aléjate de nosotros!

Bríd se incorporó jadeante, sin dejar de mirar hacia las ventanas.

—¿Quién hay ahí, Bríd? ¿A quién ves? —susurró Stuart.

—¡Shhhhh! Silencio, se acerca.

Bríd reculó asustada; sorprendida por esa presencia imaginaria. Stuart ya había vivido situaciones parecidas con otras personas traumatizadas y odiaba perder las riendas del control hipnótico, pero algunas mentes son indomables. Conviene escuchar, seguir la corriente y, en caso de extrema necesidad, romper el trance.

Bríd clavó sus pupilas en el doctor, con la respiración agitada y el gesto desencajado, fijándola en los ojos asombrados y hundidos de Stuart.

—No está aquí por mí. Viene por usted.

La nuez del doctor basculó de arriba abajo defenestrándose contra el fondo de su garganta, como si quisiera llegarle hasta el estómago. De repente, Bríd tuvo que taparse los oídos, lo hizo con sus manos apretando los párpados todo lo que pudo.

—¡Tengo miedo! No quiero estar aquí. ¡Quiero que se marche! ¡Sáqueme de esto! ¡Haga que se me marche!

Y Bríd metió su cabeza entre las piernas sin dejar de apretarse con las manos, como una niña pequeña inmersa en su peor pesadilla.

El rostro de Stuart estaba salpicado de una preocupación atípica. Se puso en acción, nervioso por los gritos de Bríd. Intentó concentrarse y con la máxima celeridad la sacó de su hipnosis.

—¡Contaré hacia atrás y cuando termine despertarás! Cinco, cuatro, tres, dos, uno. ¡Ya!

Bríd se quedó hecha un ovillo, aterrada, incapaz de levantar la cabeza de entre sus piernas. Y sus sollozos y súplicas cesaron.

—Bríd, Bríd, tranquila, ya ha acabado todo. Confía en mí. Mírame. —Quiso levantarla desde la barbilla, esquivando la protección de esa cortina lisa y alborotada de pelo acaramelado—. Se acabó. Ya está. No hay ningún peligro.

El doctor acarició su espalda endurecida, apesadumbrado por el dolor de su paciente. Un temblor intermitente recorría el cuerpo de Bríd llenando de impotencia y empatía la conciencia de Stuart, siempre implicado en la sufrida problemática de los casos más peliagudos. Las situaciones irracionales y conflictivas como esta no suponían un problema para él; más bien, lo contrario. Se lo tomaba como un desafío que resolver. Sabía que su objetivo en la vida era ayudar a sus pacientes y lo hacía con esmero, ordenando todo ese dolor mental.

—Venga, pelirroja, no tengas miedo. Enséñame esos ojos valientes. Ya estás a salvo —dijo con voz suave.

Los pensamientos de Bríd rebotaban en su interior como una caja de truenos y ella se sorprendió por haber mostrado debilidad ante alguien. Desde que tenía uso de razón siempre se había mantenido fría, dura, distante e inquebrantable. Pero esto era algo distinto, demasiado revelador para disimularlo. Más verdadero que el mundo tangible, si cabe.

—¿Quieres hablarlo? Estamos juntos en esto, quiero ayudarte a enfrentar tus demonios —insistió Stuart.

Bríd asomó la mirada, orbitando cada centímetro del despacho de Allison. Al cabo de unos segundos, pareció satisfecha y tranquila.

—Creo que acabo de entender algunas cosas. Ahora sé por qué me he cruzado con usted y por qué hago las cosas que hago —dijo Bríd, mientras Stuart se mantenía a su lado, callado, en actitud condescendiente y fraternal.

Ella no necesitaba eso de él. La personalidad escéptica, distante y reservada de Bríd había retomado las riendas de su conducta. El doctor, tan ávido y observador, lo percibió de inmediato y comenzó a perder la esperanza de obtener los detalles de esas cicatrices mentales.

Unos tacones se oían subir por las escaleras, marcando el final de esa hora de terapia. El rostro de Stuart no podía disimular su disgusto por los repentinos pasos de

Allison, que, sin tacto alguno, romperían el clima entre ellos dos.

—¿Qué te atormenta, Bríd? ¿Cómo puedo ayudarte? Déjame hacerlo.

Un extraño brillo vidrioso relució en los ambarinos ojos de Bríd y también una sonrisa apretada, poco entrenada.

Un fuerte beso impactó en la mejilla de Stuart. Fue algo desconcertante; impropio de las personas de su perfil. Ese beso transportaba un mensaje de agradecimiento, pero también había algo más, una especie de lástima subyacente hacia el doctor.

Bríd se incorporó incomodada ante la inminente intromisión de Allison.

—Dímelo —balbuceó el doctor.

Estaba raro sin sus gafas, se le veía despojado de cualquier ego y sin vergüenza de mendigar sus respuestas.

—Hasta ahora no sabía lo que me pasaba, no comprendía nada, pero gracias a usted lo he visto claro —dijo Bríd.

—¿Y por qué estás tan asustada? ¿De qué tienes miedo? ¿Por qué crees que estás en peligro?

La puerta del despacho se abrió sin llamar, con esa soberbia que solo el sentimiento de propiedad puede arrojar, dejando patente el camuflado abuso que ejercía sobre Stuart y la falta de respeto sobre su dedicación.

Bríd se acercó al oído del doctor, asegurándose de que solo él escuchara lo que le iba a decir.

—No lo entiende; no soy yo quien está en peligro. Es usted. Hoy es el día. —Su voz susurrante viajó a lo más hondo de su alma causándole un vuelco al corazón.

Con desastrosa tranquilidad, quiso ponerse las gafas, fingiendo normalidad ante Allison, que, como un elefante en una cacharrería, entraba soltando sin miramientos su bolso sobre la mesa, despojándose del abrigo y haciendo más ruido de lo normal.

Reclamaba su territorio con una insolencia disimulada.

—¿Hoy? ¿El día?, ¿el día de qué? —preguntó Stuart acercándose a ella.

Bríd suspiró con un jadeo entrecortado, amarrado al chasquido sutil que hace la lengua al despegarse de los dientes.

—Hoy es el día de su muerte —le dijo en voz baja, sin pestañear, con ese carácter remordido en la lucha.

—Buenos días, doctora. ¿Doctor?

Y Bríd se despidió de él con una reverencia discreta, inclinando la cabeza y marchándose a toda prisa.

Stuart se quedó con una sensación agridulce, sin saber cómo interpretar los últimos segundos de su paciente. Observó su cuerpo. No era muy alta, pero sus hombros eran rectos y su espalda tenía forma de flecha invertida. Andaba con una tensión normalizada y debajo de esas ropas anchas se intuía el cuerpo tonificado y atlético de una mujer entrenada.

—Parece que has visto a un fantasma, Stuart. ¿Estás bien? ¿Le has sacado algo?

Tuvo un momento de duda, de contarle lo inverosímil y desconcertante que había sido todo. Pero algunas sensaciones son demasiado difíciles de describir y lo resumió con una frase apocada y diplomática:

—Poco —resopló—. Le he sacado muy poco, Allison; pero me parece que se ha ido más contenta. Ha descubierto algo que desconocía.

—No podemos hacer más por ella. Además, qué quieres que te diga, es una puerca ingrata y asocial. Firmaré la evaluación favorable para el juzgado y se acabó. Carpetazo.

Y así lo hizo.

A Stuart le hubiera gustado decirle cuatro cosas, rebatirle esa afirmación cruel y despiadada.

Entonces, en ese preciso instante, reflexionando sobre su repugnante comportamiento, se dio cuenta de que jamás la vería del mismo modo. Se alejaría de ella y nunca más suplicaría su atención, porque hasta entonces no había visto ese color sucio que manchaba sus palabras, sus actos y sus sentimientos, y no sería él quien quisiera contradecirla, ni corregirla ni dedicarle un momento más de su existencia. Comprendió que él también llevaba tiempo cogiendo polvo en otro de sus carpetazos y Allison no merecía más esfuerzos por su parte, ni más sacrificios ni más energía, pues se había empeñado en recuperar el amor de una mujer mal idealizada.

Stuart acababa de presenciar un acto de desencanto en primera persona. Una rotura de hechizo. Y sonrió arqueando las cejas con una ilusión renovada. Con un secreto propio. Con una libertad por estrenar.

—Stuart, ¡¿adónde vas? —inquirió Allison, extrañada al verlo marchar por el mismo pasillo.

—Adiós, Allison. Adiós —dijo Stuart con un deje melancólico en el fluir de su voz.

Ella no entendía nada y tampoco quería ni tenía curiosidad, pero lo cierto es que acababa de perder todo su poder sobre él.

El día fue pasando y volvió a su centro de trabajo y charló con sus colegas de lo ocurrido con Bríd. «Otra salida de pista de una paciente cualquiera», dijeron. Pero Stuart seguía satisfecho, porque Bríd había sido la causante de su despertar amoroso. Había visto la auténtica personalidad de Allison y estaba feliz por ello. Recordó el beso de Bríd llevándose la mano a la mejilla, como si pudiese revivirlo. Sentía la pureza que había en ese gesto tan tierno e inocente, el agradecimiento sincero. Al acordarse de aquella última advertencia, quiso borrarla de su memoria para no barnizar de oscuridad el encanto de ese éxito. No sabía cómo, pero estaba seguro de que ella había descubierto algo positivo a pesar del miedo.

Después de comer, se concentró en otros pacientes, en otros dramas, y continuó con sus rutinas, como de costumbre, ayudando en todo lo que podía a esas agitadas almas, que, como él, también necesitaban encontrar la verdad y despojarse del filtro adulterado con el que todos deformamos la realidad. «No es lo mismo encarar el mundo como es que como creemos que es. Es muy distinto», caviló entre las terapias de sus pacientes.

Ese día, Stuart estaba muy susceptible con el empleo de la transparencia. Quería ser perspicaz con los detalles, con los contaminantes que nublan el juicio de la gente. Pero él sabía que ciertos sesgos son inevitables.

Nadie se libra de ellos.

Igual que cualquier otro día, dieron las seis y media de la tarde y regresó a su casa. El doctor había aparcado con esmero su singular Porsche 911 fabricado en los años ochenta. Lejos, en la trastienda de su memoria reciente, quedaba ya el incrédulo anuncio de su muerte. Él lo había disculpado y descartado, asumiendo que se trataba

del patinazo de una mente descompensada. Las farolas predominaban sobre la oscuridad nocturna de su área residencial, parcheando con desgastada luz las aceras del camino. La urbanización en que vivía.

Hasta la bonita puerta de su vivienda.

Stuart iba pensando en el devenir de sus quehaceres inmediatos, planeando la cena que tendría que prepararse al llegar, ajeno a cualquier preocupación, caminando entre las cándidas ventanas de sus vecinos.

Cuando metió la llave y abrió la puerta de su vivienda pareada, una corriente de aire removió su pelo, azotando su rostro, obligándole a achinar los ojos en un reflejo imperceptible. Residía en una de esas viviendas de dos plantas con un soportal chiquitito a la entrada y un diminuto recibidor techado donde apenas cabían dos sillas y una mesita.

A Stuart le enamoraba el color de su puerta principal. Era de un azul marino intenso ribeteada de blanco, como las ventanas de su casa. Más coqueta de lo normal en Irlanda. El contraste de colores ejercía un curioso efecto con el vetusto ladrillo de su fachada.

Dejó las llaves en la balda de la entrada y se quitó los zapatos, después el abrigo y por último la bufanda. Eran las señas que potenciaban su imagen de bohemio de clase media. Subió las escaleras, directo a darse una ducha. Cuando comenzó a desabrocharse los botones de la camisa, el timbre de la puerta sonó con estridencia rompiendo su ritual. En un acto espontáneo, vio el reflejo de su extrañeza en el espejo del baño y se alegró de no haber empezado a ducharse.

Bajó la estrecha escalera, con cuidado de no resbalar con los calcetines ejecutivos, y echó un vistazo al exterior, encendiendo la luz auxiliar de su rellano. No había nadie tras su puerta. El mundo de la noche encapotada se curvaba por el cristal de su mirilla sin novedad. Estuvo a punto de abrir la puerta, pero no lo hizo. Apagó la luz de la entrada y regresó caminando por el pasillo hacia la escalera, deseando descartar una preocupación de la que no lograba acordarse, pero que le sonaba como una alarma discreta.

De nuevo el timbre volvió a sonar, ¡dindón!, e interrumpió la respiración del doctor.

Con torpe discreción, se fue acercando a la puerta, esta vez sin encender la luz de cortesía, haciendo girar sobre su eje la ventanita metálica de su mirilla. Al mismo tiempo, tras de sí, y al amparo de esa famélica penumbra, un contorno femenino se recortaba por su pasillo con absoluta sutilidad. Era una visión como extraída de otra época, templaria, ambigua, encapuchada; no demasiado alta. Vestía una casaca que resbalaba por su figura delatando los contornos curvos de una mujer. Unos flecos afilados bailaban al ritmo de la corriente de aire, jugueteando con su cabello deslumbrado, asomando ese tono rojizo con el mismo sigilo de su cautela.

Stuart, ajeno a la intrusión de esa presencia que le observaba por detrás, oteaba el exterior escrutando el perímetro de su vivienda con la inexplicable sensación de que algo malo se cernía sobre él. De pronto, diagnosticándose una paranoia transitoria y en un súbito arrebato, decidió encender la luz de la entrada, abriendo la puerta con renovada valentía.

Un hipo entrecortado salió expulsado de su garganta. Fue como un grito ahogado que pone los pelos de punta. La parálisis, mezclada con un terror incontrolable, se apoderó

de él al ver a ese hombre escondido, agachado a los pies de la puerta de su casa para no ser visto.

El terror empeoró cuando lo vio levantarse con el rostro sonriente. Sus intenciones no eran buenas, cuestionárselo era absurdo. En ese instante crítico, todo desaparece y solo existe el detalle lento de la amenaza. Un aluvión de reacciones físicas le hizo retroceder y comprobar que su pánico no era injustificado, porque se cercioró de que ese tipo esgrimía en su mano un hacha manejable de cabeza metálica.

Entonces todo ocurre muy deprisa. Se siente zarandeado, no sabe lo que sucede, solo se ve llevado hacia atrás con rapidez por todo su pasillo y su perspectiva embotada le hace desdoblarse, como un elemento pasivo de una realidad en la que solo es espectador.

Se siente tropezar y juraría que alguien le está agarrando de la camisa por la espalda y está seguro de ello porque alguno de los botones que no había desabrochado cede a la presión, pero el miedo está delante y él está superado al ver que el rostro de sonrisa siniestra le persigue mientras el ruido de sus cuadros y la lamparita caen por el suelo y comprende que ha sido él con las manos, intentando sujetarse a algo para no caer, y vuelve a pensar. Su cuerpo resbala por el suelo a consecuencia de la inercia y una figura femenina salta por encima de él, interponiéndose frente a ese hombre terrorífico.

Durante un breve destello de lucidez, se pregunta: «¿Qué demonios está pasando?», y de golpe recuerda a su paciente y la advertencia que llevaba ignorando todo el día. De pronto, su salón se le hace pequeño, se ha chocado con la pared y tiene los ojos más abiertos que nunca. No tiene un instante para recobrar el aliento, siente su lengua tumefacta, como una lija en el paladar, y contempla la estampa de esa enigmática mujer clavada entre él y su desconcertante enemigo.

Es algo breve, efímero, una especie de conversación muda de miradas. Y funciona, porque el hombre del hacha parece pensárselo. Sabe que no hay ni una pizca de temor en su inesperada contrincante y capta el mensaje sin palabras, pero se asoma por un lado para mirar el espanto de Stuart y su sonrisa macabra regresa, parece coger fuerza, y decide querer terminar lo que ha venido a hacer porque el riesgo bien merece la pena.

El doctor solo ve una figura encapuchada y oscura a contraluz delante él y sabe que esa es la única barrera entre él y una muerte segura. Una muerte espeluznante.

Y, de pronto, la guerra se desata.

El hacha se agita por el aire en todas direcciones, pero la mujer encapuchada se mueve con táctica, con una agilidad sobrenatural. Su técnica es depurada, calculada, mientras el maníaco embrutecido ataca como un vikingo frustrado. Un golpe seco impacta en su gaznate, al atacante se le escapa un reflejo de dolor y el hacha cae al suelo clavándose en el piso de madera. Otra serie de movimientos coordinados se estrellan por su cuerpo. Le cuesta respirar, el tipo se lleva ambas manos a la garganta e hinca una rodilla, debilitado; pero su furia resuena con ganas de seguir luchando y la encapuchada se eleva apoyándose con las manos por el maltrecho pasillo y gira sobre sí misma atrapando su cabeza entre las piernas, precipitándose los dos hacia atrás en un violento topetazo.

Él intenta zafarse, pero la tenaza carnal es fuerte y Stuart reacciona poniéndose de pie, ve una ocasión de escapada entre el caos y abre la ventana de su salón y observa

el enrejado que instaló por seguridad y maldice la ironía.

Devuelve la mirada hacia el sañudo combate que está presenciando y estupefacto comprueba cómo el hombre corpulento se esfuerza por recuperar el hacha, estirando la mano para alcanzarlo. Stuart quiere impedirlo, pero el miedo le tiene paralizado. La puerta de su casa se cierra y no es por el aire: la mujer encapuchada ha estirado la espalda sobre la moqueta, alargando su brazo, y lo hace adrede, en medio de la contienda. Stuart no comprende la frialdad de esa reserva. Mientras tanto, la mano de su agresor acaricia el mango del hacha entre el ruido de sus forcejeos, aspavientos y resuellos toscos.

El doctor sigue contemplando los hechos en estado de *shock*.

Las bombillas del pasillo se han roto; otra pequeña, que sube por la escalera, arroja una luz macilenta sobre la dantesca pelea que se desarrolla, elevando el volumen de los gruñidos sofocados. Parece lograrlo, sus dedos agarran el mango, vaticinando el retorno de un desenlace sangriento, pero entonces el apretado cerrojo de sus muslos hace palanca y el cuerpo de esa mujer encapuchada se eleva sobre los hombros de su adversario en una forzosa y titánica proeza humana. Al unísono empuja con todas sus fuerzas su cabeza hacia delante, consiguiendo doblegar por completo la respiración de su enemigo. Y la mano del atacante se desploma junto al lugar donde debería estar el hacha, que ha desaparecido, y la figura difusa y femenina continúa presionando su cuello, con el rostro diluido en las sombras.

El silencio se instaura con el desplome definitivo del hombre.

Stuart siente la mirada penetrante de esa mujer flotando en la calma restaurada, pero el miedo atroz permanece. Se encuentra atrapado sin salida, en la ultrajada seguridad de su morada, convencido de presenciar una batalla ajena y atemorizado por haberse convertido en un testigo incómodo o, peor aún, en un cabo suelto. La mente siempre ofrece resistencia y Stuart elige pensar que nadie en el mundo querría hacerle daño y está convencido de ello porque siempre ha sido un hombre bueno.

«Cree el ladrón que todos son de su condición», y esta frase sirve de ejemplo para un pensamiento que también funciona a la inversa; así de aplastante era el silogismo de Stuart. No puede imaginarse una venganza contra él. Eso es imposible en su cabeza.

Pero, con todo, el doctor se mantiene pegado a la pared contraria de su salón, empujándola con su espalda, como si de ese modo pudiera alargar un poco más la distancia con el pasillo. Sus ojos no pestañean, se mantiene inmóvil adoptando la técnica de un astuto roedor, preñados de escepticismo. Continúa mirando a la misteriosa vencedora y solo entonces es consciente de la silueta bajo el alargado abrigo con capucha y continúa inmóvil, observando cómo manipula a su agresor inconsciente, sin entender lo que hace con él.

Stuart está demasiado nervioso. Asustado.

Enseguida, esa mujer se pone de pie y se dirige hacia él caminando con lentitud por el pasillo. Alza la mano y recoge el hacha, que sin explicación alguna está clavada en el techo. Stuart nota su propia saturación mental por el estrés que está padeciendo y quiere calmarse, sabe que lo necesita, pero no es capaz. Intuye que son sus últimos segundos de vida y se arrodilla porque las piernas ya no le sostienen. Todo eso le está ocurriendo a él, no es a otro, es a él, y empieza a pensar en que le gusta la vida, le gusta este mundo y quiere seguir viviendo.

La luz del salón se enciende y Stuart ya no puede razonar, está hiperventilando y sudando como nunca en su vida. Y no encuentra fuerzas para mirar.

—Cálmese, doctor. Es necesario que se relaje y recobre la compostura. —Y entonces confirma que la voz es de una mujer.

No puede reconocerla, pero transmite confianza y una serenidad excepcional. Stuart levanta la vista y ve asomarse por los lindes de su capucha unos rojizos cabellos lisos y también distingue los tímidos trazos de un rostro familiar, con esa nariz pequeñita, achatada y respingona, y esa vampírica tez con el destello inquietante de unos ojos acaramelados. La reconoce, pero no es capaz de recordar su nombre. Hablar se le hace difícil. Titubea; la garganta no está engrasada y la voz emerge ronca.

—¿Qué-qué-qué te he hecho yo? No lo entiendo. ¿Y quién es ese? ¿Y por qué tenéis que venir a mi casa?

Y el doctor se lleva las manos al rostro y las restriega hacia abajo.

La imagen recuerda a la cara triste de un payaso llorón y Bríd percibe que está demasiado afectado.

Sin venir a cuento, Stuart se levanta, como iluminado por una incipiente revelación automática, y agarra el teléfono marcando un número, pero es aficionado a los objetos antiguos y la ruleta le traiciona tardando valiosos segundos en recorrer el camino del nueve. Bríd pulsa el botón de colgar con una seriedad que se confunde con el enfado y Stuart recuerda que tiene delante a una persona con problemas mentales y que ahora sostiene un hacha en la mano. Reconoce lo impredecible de la situación, piensa y lamenta su osadía y se disculpa con sumisión, retrocediendo sobre sus pasos.

—Antes hay que elaborar una historia, una en la que yo no haya estado aquí. ¿Lo capta, doctor? —Bríd se descubre, mirándole con sobriedad—. Debe ser disciplinado, metódico e inteligente. No le pido nada que no sea capaz de hacer.

Y Stuart asiente algo más calmado y reconfortado por la sensatez con la que le habla Bríd.

Hay coherencia en su discurso. De todos modos, tampoco tiene más opciones que escuchar, colaborar y seguirle la corriente. Ha visto de lo que es capaz, ha presenciado su destreza en el cuerpo a cuerpo. Y si no se acuerda, mira al sujeto que tiene tirado en su pasillo para no olvidarlo y comprueba de un rápido vistazo que está atado de pies y manos, con una soga al cuello, de modo que si pretende estirar las piernas o mover los brazos se estrangularía por simpatía. Se fija un poco más en él, sus facciones le resultan conocidas. Lo recuerda, pero tampoco sabe de qué y no le viene el nombre de Bríd a la cabeza pese a haber transcurrido solo unas horas desde esa mañana.

—Es un paciente tuyo. Ha cumplido seis años de prisión porque no quisiste diagnosticarle una enfermedad mental y se juró que te lo haría pagar.

Y entonces toda su memoria regresa y lo reconoce a la perfección y mira a los ojos de Bríd y también recuerda su nombre y tiene que sentarse en su butaca, mareado.

Comienza a sentir un cansancio pesado que jamás había experimentado, confuso y aturdido.

—¿Y cómo lo has sabido? ¿Estabais juntos en esto? Tengo dinero, si es lo que quieres. Te lo daré. Diré lo que quieras.

Y Bríd percibe que Stuart mira el hacha de reojo y que su miedo no desaparece.

Bríd lo tira hacia arriba, girando sobre sí mismo en el aire, y el doctor lo sigue con la

mirada como hacen los gatos, y entonces el puño de ella se estrella en su cara abriéndole una herida en el pómulo y el mango del hacha vuelve a caer en su mano con un elegante estilo malabarista.

—No se despiste, doctor. —Bríd necesita sacarle de ese estado de estupidez—. No le conviene. Lamento el golpe, pero es clave para la credibilidad de su historia. Venga, ¡en pie!

Bríd siente lástima al ver su gesto de dolor y el liviano fluir de la sangre por su herida, pero ella no lo expresa, no titubea. Su seriedad no se inmuta. Su actitud metódica, precisa y categórica arroja el eco de la experiencia y Stuart no puede creer que existan personas así en el mundo. Sin embargo, la tiene delante y le devuelve la mirada con cierto rencor, levantándose de la butaca y esperando sus instrucciones. Va a seguirle el juego sin abrir la boca. Ella comienza a dictar todo lo que debe decir y cómo decirlo:

—Debe llamar a la policía histérico, que no se le entienda, suplicar ayuda inmediata. Deje que le pregunten la dirección y no la diga a la primera, tiene que entrar en una especie de bucle nervioso. Cuando llegue la policía, debe mostrarse exhausto y victimizado, afortunado por seguir con vida, como si hubiera vuelto a nacer; y después debe desplomarse. Le conviene ser trasladado al hospital. Allí le tendrán en observación y le harán radiografías y pruebas y los sanitarios le tratarán bien porque es un colega de profesión que ha sufrido una agresión a causa de su trabajo y engordarán los informes para favorecerle con vistas al día del juicio. Va a ser usted un héroe y un santo al mismo tiempo.

Pero la mirada de Stuart no refleja ningún entusiasmo. Al contrario, permanece pensativo, decepcionado. Triste.

—¿Qué pasaría si te pidiese que le quitases las cuerdas?

Bríd arquea una ceja e intenta esbozar una sonrisa sarcástica, pero apenas le sale, no tiene costumbre.

—¿Para qué quiere hacer eso? Le recuerdo que este hombre ha venido a matarle —le advierte Bríd.

—Ya lo sé, pero estoy dispuesto a perdonarle. No quiero que sufra más. Es una persona que necesita ayuda, igual que tú, y no quiero volver a fracasar o convertirme en cómplice y verdugo de este desastroso sistema. —Y el doctor alza la voz para asegurarse de que su agresor le oiga—. Estoy dispuesto a ayudarle, a perdonar lo que ha pasado, a averiguar el origen de su ira. —Coge aire con dificultad—. Pero para ello debe haber confianza. El sentimiento de compasión ha de ser recíproco.

Bríd no puede creer lo que está oyendo.

—Nunca podrá confiar en él. Aparecerá cualquier día y terminará lo que ha empezado. No me equivoco.

Bríd mira al homicida, a ese hombre inmovilizado, y observa el reluciente brillo ilusionado de sus ojos, pero no puede adivinar lo que anda pensando. En su imaginación nunca habría surgido una opción como esa. Está sorprendida.

—Bueno, dijiste que hoy moriría y… aquí me tienes. —Stuart baja su tono al grado de un leve susurro—. Me debes algunas explicaciones. —Y luego realza la voz para que su viejo paciente le escuche con claridad—. Total, estoy seguro de que, si un día se le ocurriera hacerme daño, tú le darías caza. Por muy compasivo que yo sea.

Bríd no aprueba el riesgo que quiere correr.

El doctor intenta recomponerse, pretende asumir el mando de la situación y en parte es justo, porque, al fin y al cabo, es su vida la única que está en peligro. Bríd no dice nada, no entra en polémicas absurdas. Se acerca al alocado paciente y acaricia la piel de su rostro con la hoja afilada del hacha, con un mensaje mudo, pero muy contundente.

Los dos se miran entre sí compartiendo una conversación sin palabras y luego corta sus cordeles. No espera a que se levante, ni tiene intenciones de despedirse ni de entrar en más discusiones con nadie. Ella no es mujer de consejos. No está contenta con la situación, se aprecia. Ella guarda el hacha entre sus vestiduras y abre la puerta de salida.

—¡Espera! —grita Stuart, mientras el hombre se apresura a pelearse con los nudos para librarse de sus incómodas ataduras.

Pasa junto al paciente, ignorando su presencia, y hace el ademán de entregar algo a Bríd, pero se queda sosteniéndolo unos segundos.

—Cógela, por favor —le suplica.

Es una tarjeta de visita, elegante y bonita, serigrafiada en relieve.

—No me hace falta. Sé dónde vive, doctor. —Él insiste con un ademán repetitivo y ella la coge con desgana. Es más rápido que rechazarla, piensa—. ¿Está usted seguro de esto? —inquiere Bríd, echando un último vistazo de refilón a su agresor.

—No, no estoy seguro de nada. Espero no equivocarme. Intentaré compensártelo, Bríd. Estoy en deuda contigo.

—No. Ya no hay deudas. Estamos en paz.

Y el hombre del pasillo se levanta. Es como si esa compasión de Stuart hubiera despertado toda la vergüenza que hubiera en él. Y se sienta en la butaca de Stuart sin alzar la cabeza, con algo parecido al encogimiento y al posible agradecimiento.

—Ahora lo entiendo, doctor. Su bondad es su protección. Se apañarán para cuidarle, yo solo soy una herramienta más.

Stuart pone cara de póker. No capta la totalidad de la frase, pero no hace preguntas porque Bríd ya ha abierto la puerta.

Fuera, en la calle, ha empezado a caer una lluvia suave, de las que no hacen ruido, pero te calan hasta los huesos. Él no se atreve a decirle nada más, sabe que no conviene.

La puerta se cierra tras ella y camina por el pequeño patio hasta la acera. Allí se detiene bajo la fina cortina de lluvia mecida por el viento. Decenas de alargadas sombras, casi tan altas como las farolas, la observan sin hacer nada y poco a poco las luces urbanas ganan protagonismo, diluyéndose las siluetas oscuras de esos guardianes, todas excepto una, que se mantiene frente a Bríd.

—Gracias por cuidar de mi protegido. —La voz es estridente y grave. Rotunda.

—Me quedaré aquí, por si es necesario —dice Bríd—, pero respóndeme a una cosa, por favor: ¿por qué yo? Sabía que estabais ahí, pero ¿por qué nunca os había visto? ¿Sois de verdad?, ¿sois reales? ¿Por qué tengo la sensación de que no es la primera vez que os veo?

La enorme presencia oscura permanece bajo la lluvia, pero las gotas no salpican ni resbalan sobre él, solo desaparecen al coincidir en su espacio y el tiempo transcurre con el relajante sonido de la lluvia cayendo sobre el asfalto, con sus preguntas flotando

entre ellos dos.

—No es casual que siempre estés donde debes estar. Haces preguntas cuyas respuestas ya conoces. Naciste huérfana, no solo de padre y madre, sino también de guardián. Eres una extraña anomalía de El Orden. Has logrado alcanzar el umbral de la revelación y ahora sabes que no estás sola; cientos de nosotros cuidamos de ti y, al mismo tiempo, tú cuidas de nosotros, de nuestros protegidos. Ha sido así desde que naciste. Habrás salvado decenas de vidas. Sin embargo, todavía albergas dudas del invisible ciclo de la abundancia de La Fuente y la inteligencia de El Orden. Las respuestas a todas las preguntas están ahí, en ti, en lo más profundo de tu ser. Ya las conoces, solo que no lo recuerdas.

Bríd apretó con fuerza los labios al recordarle su desastrosa existencia y aumentó su sensación de miseria al escuchar que, además, también carecía de guardián.

—La virtud es humilde. No presume, no aparenta, no se jacta. Es como tú.

—¡Necesito ayuda! ¡Ayudadme! —gritó Bríd desconsolada, en un aullido roto—. Necesito-necesito… —Su voz se trababa con sus temblores vocales y el incesante sonido de la lluvia—. ¡Necesito ser feliz!

Aquella imponente sombra emitió un ronquido difuso, como disgustado al oír eso, y todo el ruido se eclipsó con la protuberante voz de ese guardián, que pareció elevar el volumen de su voz hasta los límites de la molestia.

—Deja que mi protegido te ayude. Stuart desconoce el funcionamiento, pero tiene el poder de sintonizar y canalizar la sanación a través de La Fuente. Obtendrás más respuestas de las que deseas y entenderás la mayor de las verdades.

Bríd apretó los puños y dio un paso adelante, echando su capucha hacia atrás y descubriendo la potencia de su pelo cobrizo, alzando la vista para clavar su furiosa mirada en el oscuro e imperceptible rostro de aquella sombra, como si este fuera en algún modo el portavoz de su desdicha.

—¿Qué verdad? ¡¡Dime!! ¡¡¿Cuál es la verdad?!!

La lluvia caía de un modo extraño y ralentizado, como si el tiempo se frenara despacio por esa desalumbrada calle residencial a las afueras de Belfast, disminuyendo el borboteo del agua a su alrededor.

—La verdad es simple. La felicidad es una experiencia que se vive con deseo. Se ahuyenta con la queja. Eres feliz ahora mismo, pero te resistes a creerlo, reniegas de ella. La rechazas.

Y la última sombra desapareció entre la lluvia, como un difuso reflejo vaporoso en la noche. Bríd, erguida en su repentina soledad, musitó sus enrevesadas palabras repitiéndolas para encontrarles sentido. Su pelo se pegaba a su blanquecina piel y el agua discurría por sus mechones transformados en toboganes.

Se encontraba empapada, de arriba abajo. Cruzó la calle sin prisa, reflexionando sobre la reveladora experiencia del día, a resguardo, bajo el pequeño y gemelo porche de la vivienda de enfrente. Bríd necesitaba a Stuart con vida; a toda costa. Debía protegerlo y seguía asombrada por su respuesta a la violencia. «Amor al odio», pensó al reflexionar con su ejemplo.

Permaneció ahí, de pie, pensativa, preocupada, imperturbable, con la mirada clavada en las ventanas de su doctor. Atenta. Vigilante. Como un invisible ángel de la guarda.

Como una centinela roja.

CAPÍTULO 13. **APRENDER A ESTAR BIEN**

- *CIUDAD DE PARÍS (FRANCIA), AÑO 2031*

Sans escuchó la advertencia de los *Blue*. Miró a su alrededor y sintió que el aire le faltaba. No era capaz de ingresar ni una bocanada. Veía escapar al grupo de personas armadas que le había atacado y después miró a los *Blue,* decepcionado del todo. Pensó en la horda de enemigos anunciada y se sintió angustiado, asqueado de ver cómo se había corrompido la vida, de ver cómo había desaparecido cualquier atisbo de solidaridad y de amor.

Al citar esa última palabra, Emily le vino a la mente con una preocupación apabullante.

Puso pies en polvorosa. Corrió cuanto pudo trepando por los cascotes, agarrándose a cualquier saliente con desesperación.

Las manos le sangraban y el ajustado chándal se iba desgarrando con los hirientes enganchones. Sans estaba asustado. Solo quería estar junto a ella, cuidarla, protegerla, cumplir su promesa. En su desesperado objetivo de reencuentro, comenzó a imaginar lo que sentiría al abrazarla, al retirar su pelo hirsuto hecho jirones, al besar sus labios de sonrisa invertida. Y mientras salvaba los obstáculos callejeros sorteando los destrozos de esa ciudad fantasma que todavía se llamaba París, sin aliento y sin tregua, empezó a sonreír de ilusión. Presentía la escena que deseaba vivir.

La preocupación regresó cuando cientos de aparatos voladores aparecieron en el cielo confirmando el vaticinio anunciado.

—Emily, Emily, cariño, levanta. —La profunda voz de Sans la despertó a distancia, abriendo sus ojos, arropada en esa pequeña y confortable cama.

Se incorporó de un brinco, miró sobresaltada en todas direcciones y no reconoció el lugar. Tampoco recordaba cómo había llegado hasta ahí ni cuándo se había puesto ese cursi pijama rosa. Se lo quitó de golpe rompiendo algunas de sus costuras. Buscaba con recelo su ropa en medio de la penumbra, entre los últimos rayos de sol. Se sentía desnuda sin sus gemelas y sus afilados cuchillos. Se habían convertido en una extensión de sí misma. De nuevo, esa protuberante voz regresó retumbando en su cabeza o en el pecho, no lograba discernirlo.

—Emily, soy Sans —sonaba entrecortado, nervioso, sofocado—. Cientos, miles de ellos han venido. Están aquí, en París. Vienen a por nosotros, debemos escondernos. —Ella notó su inquietud—. Me reuniré contigo y podré ocultarte, voy hacia allí.

En su repentino estado de alerta, Emily seguía sorprendida por oír a Sans como si fuese la voz de su interior y dudó, hecha un lío, entre lo que era sueño y realidad, aturdida y algo desorientada.

—¿Qué ha pasado, Sans? ¿Qué hago aquí? ¿Dónde estás? ¿Tú estás bien? —Probó a decir al vacío inhóspito de la habitación juvenil, jadeante.

Su tono sonaba preocupado, engolado. Él se detuvo un instante en su alocada

carrera, perplejo ante lo que podría ser una señal de correspondencia.

—Te lo contaré cuando estemos fuera de peligro. No salgas de esa casa. Hay que esconderse, ¡son demasiados!

—Siempre son demasiados, Sans. Llevo una vida escapando. Persiguiendo la falsa ilusión de un mañana mejor, pero ese mañana nunca llega; y no llegará, haciendo siempre lo mismo. No puedo hacerte caso; voy a luchar, acabaré con todos los que pueda.

—¡Espérame, no tardaré! Lo discutiremos y pelearemos juntos, ¿vale? Pero así no. Sería un suicidio —suplicaba—. Además, tengo tus pistolas. Espérame, te lo ruego.

Para entonces, Emily ya había encontrado su ropa y los cuchillos y se asomaba por la ventana con prudencia. Las calles estaban agujereadas, solitarias y abandonadas, como siempre, pero el cielo brillaba repleto de luces volantes artificiales, invadido de naves extraterrestres. No utilizaban su camuflaje habitual, se mostraban a pleno modo visible.

Emily rememoró viejas historias de supervivientes en las que, aterrados, relataban el bombardeo de ciudades por cuadrículas para eliminar toda posibilidad de vida. Luego, vio a lo lejos a decenas de personas corriendo a la desesperada, huyendo despavoridas.

Comprendió que la situación era grave. Muy grave.

Buscó su mochila en la penumbra, aferrándose a su misión de entrega de medicamentos, pero no la encontró. El refugio de niños la necesitaba, pero eso ya no importaba. Un escalofrío recorrió su espalda. Era la caricia de la impotencia. De nada servirían las medicinas si todos iban a ser asesinados y esa realidad acrecentó su furia.

Un mensaje emitido desde el aire, como una megafonía ultrapotente, comenzó a resonar entre los edificios con escalofriante vibración. El terror se manifestaba. Al principio, se escuchó un desagradable ruido de alarma que se repitió tres veces con un lapso entre medias. El estruendo cumplía bien su propósito: era espeluznante. Después una voz femenina, suave, dulce, demasiado erótica y de cadencia pausada comenzó a anunciar:

—Se va a proceder al exterminio completo de esta nación. Vamos a asegurarnos de que todos sus habitantes fallezcan. Para abortar el ataque, se requiere la entrega voluntaria o forzosa de estas dos personas. La cuenta atrás ha comenzado. Fin del comunicado.

Y de nuevo volvieron a sonar los estridentes sonidos de alarma, cuya reverberación intermitente agitaba los sosegados cimientos de cualquier ser humano como si fueran las trompetas del Apocalipsis.

En el oscuro cielo de la noche, recién llegada, proyectaron un gigantesco holograma de sus rostros y una cuenta atrás de cinco minutos. Entonces, multitud de ruidos se oyeron por la desvencijada ciudad de París. Supervivientes escondidos corrían por doquier buscando la seguridad de los subterráneos como ratas atenazadas.

Emily sintió verdadera lástima por la escena de sus congéneres. Cientos de personas morirían si ellos no se entregaban. Solo veía tres posibles escenarios. Uno, en el que seguía escondida y morían todos. Otro, en el que se entregaban y morían ellos, pero nadie más; y el último, en el que se entregaban y, de todos modos, a traición, mataban a todos los supervivientes desolando la nación.

En cualquier caso, lo más solidario era entregarse y confiar en que los extranjeros cumplieran con su parte del trato.

—No les hagas caso, Emily. Van a destruirlo todo, no tienen corazón.

Pero ella había salido ya por la enorme puerta azul tras la que se resguardaba, exponiéndose a la vista, pasándose sus cuchillos de una mano a otra.

—Voy a hacerlo, Sans. No tiene sentido morir escondida y no puedo permitir que el resto muera. Tengo un código ético. Tengo honor. —Sus palabras eran tristes y dolientes.

El tiempo seguía corriendo: menos de dos minutos para el final de la cuenta. Sans corría a toda velocidad por las calles salvando viejas barricadas, trepando muros con alambre de espino, destrozándose la piel de las piernas, de los brazos, exhausto por alcanzarla. Las fuerzas empezaban a fallarle y tropezó cayendo en una antigua zanja militar golpeándose la cara, el torso. En fin, todo el cuerpo, y por un momento se quedó entre las paredes de tierra húmeda, en una postura imposible y grotesca. No había tregua para recuperar el aliento. Escaló la zanja mezclando su sangre y la arena, mientras ella contravenía sus indicaciones.

Menos de un minuto para que los extranjeros cumplieran su amenaza y Emily traspasaba una verja mordida por los viejos combates. El fétido aroma de la muerte salpicaba todo París. Demasiadas batallas habían retorcido el metal de los lindes de Place des Vosges. Ella miraba los tocones sin vida de los árboles y los trozos dispersos de una escultura destruida. Se subió al pedestal, donde durante decenas de años habría estado ese caballo y su extraño jinete de metal que ahora yacían sobre las malezas salvajes, y comenzó a gritar con las manos estiradas al cielo.

Quedaba menos de un minuto para el final de la cuenta atrás.

—¡Aquí me tenéis! ¡No me escondo! ¡Vamos!

Su garganta parecía deshilacharse con rabia exacerbada y su voz se elevaba en el aire mientras los últimos segundos se consumían.

Un ruido en la oscuridad hizo que Emily empuñara sus cuchillos y redujera su silueta en una posición instintiva de defensa.

—¡Venga! ¡Venid! ¡Os estoy esperando! —Seguía gritando, con lágrimas negras en los ojos por años de lucha contenida, de miseria, de felicidad arrebatada, de guerra y de asesinatos.

Saltó del pedestal para atacar al primer oponente que llegase. Sus apretados dientes reflejaron en la noche el ponzoñoso brillo de las naves flotantes.

—Emily, soy yo, ¡soy Sans!

El tosco y despojado ruido metálico de sus cuchillos sonó titilante al caer en el suelo.

Emily acudió a su encuentro con un emocionado abrazo, con un estallido de lágrimas y lamentos, como si necesitara desprenderse de esa coraza que siempre llevaba puesta. Y por una vez, por última vez, destapaba sus verdaderas emociones.

—No pueden vernos. No nos encontrarán, no lo permitiré.

Y Emily alzó la vista al cielo, viendo que la cuenta atrás se reducía del medio minuto, sin detenerse.

—Matarán a todo el mundo, no quedará nadie vivo. Y será nuestra culpa. Es el fin de la humanidad. —Emily lloraba, encanada.

—Lo harán de todas formas, Emily. Créeme, lo sé. Lo harán igualmente. No puedo

permitir que nos cojan, ya he incumplido demasiados dogmas. Iré contigo por el sendero del cambio hacia la vida eterna.

Apoyaron sus frentes, el uno contra el otro oyendo sus respiraciones, dándose paz mientras se escapaban sus últimos segundos de vida, arrullados.

—¿Qué nos va a pasar, Sans?

Emily miraba sus ojos con el penetrante miedo a lo desconocido. A ese momento que todos, tarde o temprano, debemos encarar, desconocedora del inmenso sacrificio que Sans iba a hacer.

Él había decidido morir con ella, encarnado, y viajar hacia los desconocidos designios de El Orden.

—No tengo un plan. Todo se desmorona. He quebrantado muchas reglas y la vida se escapa como un soplido en una tormenta, pero confío en El Orden, en su inteligencia bondadosa, y espero que me dé la oportunidad de cumplir mi promesa. Nunca pensé que pudiera enamorarme de mi protegida.

Emily refrenaba la hidratación de su mirada sin llegar a romper el dique de lágrimas de sus ojos verdes.

En su interior, brillaba con pena un destello de arrepentimiento, por haberse resistido al amor a pesar de haberlo tenido tan cerca.

—Yo también te buscaré, Sans. Mi protector, mi guardián, mi custodio. Mi amor. Lo siento mucho. Lo siento. Por favor, perdóname. Lo he estropeado todo.

Y sus ojos derramaron el sufrimiento de una vida injusta, el dolor de la derrota y la desazón de un amor atrapado en segundos.

Un tremendo resplandor azulado transformó la noche en día. La cuenta atrás había llegado a su fin y los extranjeros cumplían su despiadada amenaza con crueldad. Los labios de Emily eran el dibujo de un llanto estático y Sans los miró con tranquilidad, con escepticismo.

—¿Estás sonriendo o me equivoco? Es que nunca encuentro la diferencia —dijo Sans bromeando, con la muerte encima.

Emily se echó a reír por el estúpido comentario y porque encerraba una verdad latente.

Un gracioso sonido entrecortado empezó a acompañar a ese gesto afligido. Su risa era muy parecida a su expresión de tristeza, salvo por el ligero realce de sus pómulos, detalle que Sans sabía reconocer. La conexión entre ellos iba más allá de lo material, de lo personal, de lo espiritual. Eran trozos rotos de la misma perfección.

—Te quiero, Emily.

La luminiscencia del cielo se hacía más y más resplandeciente, casi cegadora.

—Te quiero, Sans, mi amor sin nombre.

Y ella lo besó con la prisa del tiempo vencido, y él le devolvió su pasión fundiendo sus labios, sus almas, solapando sus esencias, ajenos al fuego que reflotaba sobre esa plaza de París como el anticipo de un calor abrasador e infernal.

El mundo dejó de girar y el tiempo se detuvo durante ese beso lento y sensible. La sensación de amor que experimentaron fue indescriptible. Sus labios estorbaban, pero era la única herramienta de conexión entre ellos, apretados como si quisieran unir la mezcla de sus almas en el acercamiento, con el cariño de una vida reservada en ese instante precipitado, en ese momento arrebatado.

Él se enfrentaba a la inquietante tesitura de la muerte encarnado en ese cuerpo desarraigado del enemigo, así le habían encontrado al vincularse a la materia viva; al fallecer en esa forma. Porque había incumplido casi todos los mandamientos de los guardianes, pero moriría satisfecho. Había logrado introducir en la esencia de Emily una de las mayores lecciones de vida, una simple y a la vez muy difícil: estar bien en los malos momentos.

Esos aprendizajes son los que permiten avanzar nuestra esencia a la trascendencia. La vida de toda persona está repleta de desafíos, nadie se libra; muchos de ellos, preocupantes y decisivos. A veces resulta inquietante el origen de tan extraña ristra de dificultades y maldecimos nuestra suerte encarándolos con una actitud depresiva, calumniando nuestra desdicha como si con ello pudieran mejorar las cosas. Ser valiente también es encarar cualquier apuro con determinación, con entusiasmo por resolverlo, consciente del aprendizaje que entraña; sin perder de vista la actitud de sentirse bien mientras se afronta. Confiando en El Orden, porque… la casualidad no existe.

Esquivar el desafío y la dificultad es rechazar la oportunidad de progresar. Aunque lo cierto es que, entre todas las pruebas de vida, hay una muy dura y sin solución aparente. Tan perturbadora que la enterramos a propósito en el tabú, como si al mencionarla corriéramos el riesgo de invocarla. Sí, así es, hablamos de la muerte, ya sea propia o ajena. Son vivencias irremediables y sobreponerse a algo así es más que un signo de fortaleza mental. Es un reflejo de trascendencia espiritual, de acreditada intuición por la vida eterna.

Lo cierto es que Sans estaba orgulloso y satisfecho, contento porque Emily lo había conseguido. Ella pudo reírse de la muerte, de su angustia, del dolor, de la culpa y de la preocupación, sin reproches, sin queja frustrada. Logró estar bien en el peor momento.

Las explosiones se sucedieron por toda Francia dejando un panorama desolador, yermo y descompuesto. El calor infernal vino acompañado de una onda energética que removió cada átomo de la ciudad superando las viejas lindes del país. Las fachadas de los edificios se disolvieron en el breve y huracanado viento de las descargas, soplando y absorbiendo el terreno con desmedida brutalidad.

El instantáneo ataque dejó una estela esquelética y derruida. Y sobre el cielo, los extranjeros permanecían imperturbables, atacando con sus naves lenticulares. Era imposible que hubiera supervivientes. Ni las cucarachas podrían salvarse de algo así. Pero Emily estaba consciente, no sabía cómo ni dónde le dolía, pero la explosión la había dejado inmovilizada.

Cientos de pequeñas luminarias empezaron a ascender de las cenizas, como efímeras luciérnagas en la noche y por las alturas. De no ser por el agudo dolor, habría disfrutado del precioso espectáculo.

Intentó mascullar el nombre de Sans para llamarlo, pero la voz no le funcionaba. Era extraño. Pese a la gravedad de su situación, no sentía miedo; solo dolor e intranquilidad. Necesitaba saber de Sans, pero no podía moverse y este no daba señales de vida.

Las pomposas luces se dispersaban en el firmamento de la noche y ella seguía ahí, quieta y dolorida, espectadora anónima de un mundo en ruinas con preciosas y pequeñas luminarias diseminándose en el firmamento.

El tiempo discurría incierto, acrecentando la zozobra de su parálisis hasta que unos pasos se fueron acercando con un aplomo marcado. Sonaban a algo metálico chocando entre sí, pero no había fuerzas ni capacidad para levantarse y dirigir la mirada al origen de los chasquidos porque… Emily estaba más muerta que viva.

CAPÍTULO 14. **AMOR SIN NOMBRE**

- *CIUDAD DE PARÍS (FRANCIA), AÑO 2031*

—Has luchado bien y has muerto con resistencia y valor. Coge mi brazo, guerrera. —A Emily le costó procesarlo.

Todavía sentía la impronta de su cuerpo físico y no podía incorporarse. Su calma había reducido la sensación de dolor, pero esa inesperada presencia lo había reactivado. Atendió a sus palabras y recapacitó. No podía encajar que estuviera muerta porque, en apariencia, nada había cambiado. Ni tan siquiera podía levantar la cabeza para mirar a la mujer que hablaba con ese tono seco e imperturbable, como si el hecho de que Francia hubiera sido arrasada no fuera con ella.

Una de sus manos paseó sobre su vista para que la cogiera. Notaba todo su cuerpo roto, resquebrajado, pero Emily no era de espíritu derrotista. Un bramido desgarrador sonó por el esfuerzo al cogerse de ella. Nada más tocarla, el dolor comenzó a diluirse por arte de magia, desprendiéndose de esa pesada carga. Una renovada fuerza discurrió dentro de Emily, aliviada. Se puso de pie y comenzó a escrutar a su milagrosa rescatadora.

Llevaba una extraña indumentaria: era como una suerte de luchadora romana protegida por una armadura de pies a cabeza. Su contorno femenino parecía haber sido esculpido por el mejor de los herreros o artesanos, sin resaltos. Su tono mate recordaba al ópalo negro, con discretos pizcos de color dormido aderezado de un aroma fresco que no pudo identificar, pero que era tan agradable y poderoso que borraba el espeluznante olor de la guerra. Tras la espalda de aquella mujer sobresalían dos empuñaduras cruzadas. Al tratar de mirarla a los ojos, vio que sobre su cabeza portaba un casco con ribetes alados cubriendo la indistinguible oscuridad de su rostro.

El viento cruzado movía las cenizas de la destrucción presentando un horizonte apocalíptico. No quedaba nada entero a la vista. Su inteligencia le advertía del tropiezo, de la incoherencia de aquello. Aunque en esos días los sueños se habían mezclado con la realidad, se sentía despierta y más consciente que nunca. En un pequeño lapso de tranquilidad digestiva para Emily, a su memoria regresaron las increíbles leyendas de los seres psicopompos. Cuentos para adultos contados al abrigo del refugio, historias narradas en El Colapso. «Entidades que te acompañan al más allá», masculló, diciéndose a sí misma que no podía ser porque su guardián estaba con ella. Y entonces miró a todas partes, buscándolo.

—¡Sans! Sans, ¡¿dónde estás?! —gritaba Emily, taciturna y abatida bajo el impío firmamento de la noche, con los pies sobre ese infierno en ascuas.

Miró al suelo, con el escaso claro que ofrecía la luna naciente, y distinguió la silueta carbonizada de una pareja abrazada. No hizo falta más confirmación; las fundas vacías de sus gemelas eran la muestra inequívoca de lo que estaba contemplando. Una honda e incomparable tristeza invadió todos los rincones de su alma. Y otra insondable

emoción nostálgica recorrió su corazón.

Nunca se había sentido así por nadie y se preguntó: «¿Se puede echar de menos aquello que no has vivido? ¿Se puede añorar un sueño rechazado?». El duelo atravesaba todo su ser como una gruesa lanza afilada que desmiembra el espíritu. Descontrolada, se giró expulsando su afligido malestar en forma de desgarro buscando un culpable inocente, un chivo expiatorio. Vertiendo todo su veneno sobre la única a quien podía pedir alguna explicación.

—¡¿Y Sans?! ¡¿Dónde está mi guardián?! ¡Necesito encontrarlo!

Aquella especie de luchadora solo miraba hacia uno de los arcos de acceso a la plaza, oteando el ruinoso horizonte de la noche. Y entonces se llevó el dedo índice a la altura de los labios.

—Baja la voz, aquí no estás a salvo.

A Emily le pareció distinguir un recogido cabello platino y el destello de unos ojos dilatados bajo la penumbra de su casco.

No le quedó más opción que olvidarse de sus quejas. Si hubiera tenido delante al mismísimo Dios, le habría gritado también, pero su instinto luchador se reactivó barriendo cualquier distracción que pudiera desenfocar un peligro inmediato.

Con rapidez, se dio la vuelta para mirar a distancia la tenebrosa destrucción que la rodeaba.

—Yo no veo nada —masculló Emily con ojos ahusados envueltos en una nube de escepticismo.

La esbelta mujer acorazada levantó la rodilla derecha desplegando unas enormes y batientes alas negras a su espalda, extrayendo una de sus espadas y empuñándola hacia el cielo. El aire comenzó a agitarse removiendo los rescoldos mientras alzaba el vuelo ante la estupefacta mirada de Emily, que la seguía con la vista subiendo en vertical sobre los ruinosos esqueletos de los edificios, sin poder creer lo que estaba viendo.

Permaneció flotante durante unos segundos suspendida, para después recoger sus alas en círculo por delante y caer a plomo desde las alturas, estrellando sus pies contra el suelo.

Sus plumas negras brillaban incorruptas en la noche. El firme adoquinado tembló con estruendo por su abrupto aterrizaje. Emily solo veía un círculo emplumado negro que se envolvía sobre sí mismo con solemne majestuosidad, replegándose tras ella. La extraña guerrera levantó la vista hacia ella, arrodillada, con esa espada en la mano. Tras unos segundos se puso en pie.

—Ya habrá tiempo para explicaciones —el tono era innegociable—, este no es el momento. He contado seis —esbozó algo parecido a una breve sonrisa—, será divertido —dijo con agrado, mientras la preocupación de una amenaza desconocida crecía sobre Emily—. Cógela, te hará falta. A ver cómo te desenvuelves. —Y le lanzó su espada, agarrándola al vuelo en un acto reflejo.

Emily la examinó con curiosidad. Era corta y gruesa, de doble filo, muy ligera y robusta. Un áspero cuero rayado cubría la zona de guarnición hasta una cruz ornamentada que estaba grabada con salientes afilados de plumas y un símbolo esférico en el centro. Lo miró con la escasa luz de la noche y le pareció distinguir, ayudándose del tacto, un símbolo parecido al yin y yang. La mujer alada saltó hacia

atrás subiéndose al pedestal, lugar en el que poco antes Emily gritaba al cielo para evitar el desastre.

La ensalzada imagen de esa mujer con alas negras y enormes impedía disipar la duda. La estampa parecía sacada de un libro de mitología y una Emily extrañada y sin tiempo para el duelo no dejaba de sentirse confusa y escéptica. Ya no sabía qué era real y qué no. Qué era sueño, qué era vida o qué era muerte; todo parecía cierto y falso al mismo tiempo.

—Y ahora, ¿qué? ¿Qué significa esto? ¿Esto es lo que hay después de la vida? —preguntó con despotismo.

—No, Emily, no. Esto es el inframundo, la fase baja de la maldad que interactúa en vuestra existencia. —Una pausa se extendió entre las cenizas flotantes—. Te lo explicaré para que lo entiendas. Este plano de vuestro mundo es lo que habéis etiquetado como infierno. Vosotros, como seres de agua que sois, estáis en un estrato superior, más cerca de mejorar y prosperar en la línea de El Orden, pero seguís estando muy cerca de su influencia, ¿lo captas? —Tambaleó la cabeza haciendo una señal hacia delante—. Atenta, no bajes la guardia ni te distraigas. —Señaló al frente con el dedo—. Los tienes encima.

Abrió los ojos cuanto pudo para discernir cada minúscula gota de luz y enfocó la vista. Unas figuras humanas de aspecto ensangrentado y piel agrietada caminaban hacia ella sin ocultarse, confiadas, como malignas criaturas de mirada aviesa.

Emily retrocedió espantada por tan horrenda visión.

—No te preocupes. Los puedes hacer desistir, pero no los podrás matar. No hay otra realidad por debajo de esta. Pero si te vencen se alimentarán de ti, se nutrirán de tu bondad dejándote solo la maldad y luego puede que te quedes aquí con ellos. De ti depende. —Aquello sonaba como una enseñanza—. De tu convicción y voluntad.

Emily apretó la espada que sostenía en sus manos, retornó la vista sobre los cuerpos carbonizados y luego se concentró en los seres rojizos que se acercaban. Sus rostros parecían llenos de quemaduras sangrantes y mal curadas; aunque se distinguía su condición humana, eso no rebajaba el perturbador espanto que traían consigo.

Necesitaba recordar los mensajes de Sans. Recapacitando, concluyó que su actitud desenfrenada y luchadora le había conducido hasta ese desenlace y, pensándolo un poco más, era aún peor, pues también se sentía responsable de la muerte de Sans.

Una devastadora sensación de culpa se apoderó de ella.

—¡No quiero luchar más! ¡Ya es suficiente! ¡Quiero que esto acabe!

La mujer permaneció imperturbable sobre el pedestal.

—Eres libre de hacer lo que quieras, yo solo soy una enviada de El Orden. El libre albedrío te concede las dos opciones: existir a tu aire o conectarte. Tú decides. ¿No te lo explicó tu guardián?

Y Emily recapacitó y se dio cuenta de que había estado demasiado ocupada en un conflicto que ahora poco importaba y pensó que quizá debería haberse interesado más por lo desconocido, por el más allá.

—¿Y quién eres tú? —preguntó Emily, por segunda vez, con esos seres rojizos casi encima de ella, amedrentada por un pánico primigenio que empezaba a desbordarse en su interior.

—Soy tu oportunidad. —Su voz sonaba a pérdida de paciencia y decepción por

ingratitud.

Emily apretó los puños sobre ese cuero rayado, agarrando la espada con ambas manos, sin esperar a que terminaran de acercarse. La afilada hoja volaba cortando el aire con un silbido sibilino, desgarrando los enrojecidos cuerpos de sus atacantes. La estaban rodeando como en una película de zombis, pero estos no eran lentos y torpes, al contrario. Uno logró cogerla por detrás encaramándose a su carne. De inmediato, sintió el doloroso escozor de un arañazo que la debilitó y se recompuso contraatacando, pero veía que le faltaba destreza. No estaba acostumbrada al manejo de esa espada, de modo que la lanzó bajo el pedestal, abrió sus piernas flexionándolas y colocó las manos en posición de combate, como había hecho siempre.

—¿Te crees muy distinta a nosotros?

Las palabras de su oponente sonaron con nitidez, desconcertando a Emily, que los tenía por criaturas sanguinolentas y abrasadas, como monstruosos demonios animalescos de dos patas.

—Somos iguales que tú. Hemos hecho lo que había que hacer para sobrevivir, ¡y esta es nuestra recompensa! ¡Una existencia de necesidad y rabia!

Entonces otro de los seres rojizos la agarró por detrás aprovechando su distracción y el que le hablaba se abalanzó también sobre ella.

El mero contacto con ellos provocaba un malestar indescriptible y su piel parecía abrirse hasta llegar al centro de su ser. De repente, sintió la necesidad de matarlos, de ser cruel y despiadada, hacerlos desaparecer de la faz de la Tierra y a ser posible con el mayor de los sufrimientos. Iba notando el protagonismo de su propia maldad. Los seis se echaron encima de ella como en un partido de fútbol americano e iban ganando la contienda. Uno de ellos le susurró al oído:

—Quieres venganza, ¿verdad? No podrás con nosotros. Te quedarás aquí para siempre, vagando por esta tierra moribunda, alimentándote de las pocas almas que queden vivas, de su escasa bondad. Vivirás desnutrida, igual que nosotros. —Y una carcajada maliciosa e interminable puso el broche a su frase.

Emily recapacitó un instante, envuelta en la urgencia, y de inmediato comprendió la naturaleza maligna de esos seres, los mismos que un día fueron personas. No le hicieron falta explicaciones de nadie, se dio cuenta de que, con cada pensamiento iracundo y malévolo, se hacían más fuertes a costa de ella. Y podían porque en su interior albergaba esa furia enfermiza, la misma que Sans insistió en retirar haciéndola consciente de ella para ignorarla y que no creciera.

El breve pensamiento le trajo una sonrisa. Fue como cerrar un círculo invisible de comprensión. Entendió que esas criaturas malignas no eran su enemigo, ni tan siquiera los seres venidos de otra galaxia. El adversario estaba dentro de ella, esa parte de sí misma que pretendía hacer justicia con la maldad por estandarte. Y entonces lo supo, entendió el camino que ante ella se presentaba y comprendió la diferencia, vislumbró el poder de El Orden en una especie de revelación espontánea y se vio inundada por una energía desconocida llegada a través de la compasión que sentía por ellos.

Apoyó con firmeza las manos contra el suelo alfombrado de cenizas y empezó a levantarse con ellos encima. La guerrera alada observaba con atención. Se intuía su satisfacción.

—¡Soltadme! ¡No quiero haceros daño! —Una dentellada se le clavó en el cuello.

Ardía como la picadura de mil hormigas rojas, pero Emily la ignoró, como tantos otros dolores superados en el pasado. Se levantó con todas sus fuerzas empujándolos y se puso otra vez en guardia. El mordisco ardiente refulgía bajo su piel, pero Emily había conseguido quitárselos de encima. Los seis se miraron entre sí, dudosos, conscientes de su cambio.

La silenciosa escena se prolongó en la breve quietud del tiempo con el aire removiendo el polvo de los escombros. Las criaturas incandescentes, frustradas e invadidas por la cólera se retiraban con lentitud, sin comentarios ni discusión, con discreción. Tal y como habían venido, desapareciendo en la oscuridad.

Emily se quedó sorprendida y luego se tocó el mordisco mirándose la mano. No había sangre ni sintió la quemazón de la herida abierta y entonces recordó que, por duro que fuese, estaba muerta. Estaba en otro plano de la realidad. Se miró las manos tratando de entender.

—Lo que estás viendo es un residuo esencial de tu manifestación corporal. Un cuerpo espiritual. No es tu verdadero espíritu —quiso explicarle la guerrera alada desde el pedestal, pero la situación era tan desconcertante que las ideas congestionaban todos sus pensamientos.

Recogió la espada arrojada junto al pedestal y con el mango hacia delante se la devolvió a la única esperanza que a Emily le quedaba en ese momento. Esa dimensión de la realidad era aterradora y allí no había nada por lo que «seguir viviendo».

—¿Has visto el emblema? ¿Sabes lo que significa? —preguntó la mujer alada.

—Había visto algo parecido, pero no estoy segura —titubeó Emily.

—Es el resumen más simple de El Orden. Es la composición simbólica de la impureza. Una perfección respetuosa con la imperfección. Sin ella, sin esta dualidad, no habría distinción ni regeneración. Todo sería puro y estático y entonces no se conocería otra cosa. No habría metas que alcanzar ni superación y el bien no existiría como tal porque sería lo único conocido. Su exclusiva existencia sería la causa de su insignificancia, ¿lo entiendes? —Emily no era de sermones, pero ahora sabía que escuchar era fundamental y comenzó a sacar sus propias conclusiones—. No pongas esa cara. Es sencillo, aunque cueste entenderlo. —La guerrera alada parecía divertirse.

—Yo no lo veo así. Todos seríamos felices, sin necesidades ni calamidades, sin muerte ni sufrimiento —replicó Emily.

—¿Y qué clase de vida sería esa? Imagínala por un momento. En esa existencia sin sacrificio ni insuficiencias, no habría cabida para la solidaridad ni para la lucha por causas nobles. No habría lugar para ayudar al prójimo ni para ser ayudado porque nadie lo necesitaría. Las oportunidades de aprendizaje espiritual, de cambio y trascendencia siempre se presentan en forma de adversidad. Acabas de presenciarlo tú misma.

—Es una realidad imperfecta, mal diseñada —se atrevió a rebatir con osadía.

Ella podía hacerlo, por todo lo que había vivido.

—El Orden es perfecto con su imperfección. No es un juego de palabras —dijo despacio.

—¡Mira a tu alrededor! ¡¿Dónde ves tú la perfección aquí?!

La escasa luz de la noche proyectaba un desolador y tenebroso escenario de lo que un día fue París. Un suspiro endulzado y gracioso surgió de esa guerrera alada.

—El resultado de todo este mal lo tengo justo delante de mí. Tú eres la perfección de este caos, aunque todavía no lo sepas.

Emily arrugó el entrecejo.

—¿Dónde está Sans? ¿Qué ha pasado con él? Debo encontrarlo. —Su arrogancia desapareció de súbito.

—Supongo que te refieres a tu guardián, ¿no? —Dejó un paréntesis de incertidumbre —. Él ya ha iniciado su viaje, te espera en la Disyuntiva.

Emily bajó la mirada con denostada vergüenza para hacer más preguntas, de modo que la mujer alada respondió sin necesidad de que las hiciera:

—Hay cierta sensatez en tus reflexiones, pero el funcionamiento de El Orden es intrincado, equilibrado. Existe un límite para la expansión de la maldad y, como podemos ver, aquí se ha sobrepasado. La Disyuntiva es el mecanismo para corregir este desastre.

—Y… ¿cómo? ¡Explícamelo! —dijo, apenas sin poder respirar un aire intoxicado y viciado.

—Si vienes conmigo, reingresarás en La Fuente y resurgirás con un propósito latente. En otro cuerpo. —A Emily le pareció oírla sonreír—. Renacerás… antes del principio de este fin.

Emily arqueó la mirada con asombro.

—¿Es eso posible? ¿Cuándo? —De pronto, le interesaba la opción de vengarse.

—El Orden es la inteligencia suprema creativa que todo lo puede. No se desplaza en el tiempo porque eso no existe, lo hace por la energía. —Se agachó sobre el pedestal, denotando cercanía—. Si aceptas, regresarás a lo que tú entiendes como pasado. No será una vida fácil, pero serán las circunstancias apropiadas para tu destino y propósito, siempre y cuando seas capaz de escuchar la llamada y seguir las señales. Supone una gran responsabilidad, si decides aceptarla. Por eso tenemos esta charla.

—¿Quién eres? No me has respondido —insistió con un tono controlado y más adecuado.

—Vuestro mundo, como otros muchos, ha sido corregido a lo largo del tiempo. Te sorprendería saber la cantidad de veces que habéis estado a punto de desaparecer. La libertad de la maldad acaba donde se extingue la bondad. La destrucción no puede superar a la creación. El bien debe prevalecer sobre la libertad y, como ves, aquí, los márgenes de ese equilibrio se han sobrepasado. Tu misión será salvaguardarlo. —Se calló, dudando por unos segundos—. Sobre tu insistente pregunta, te diré que yo soy como tú, una creación de El Orden. Una que adopta la forma proyectada de tus anhelos.

—¿Eres el ángel de la muerte?, ¿una valquiria? —dijo Emily en voz baja, con el sonido de un rumor tapado por el viento.

Insegura.

—Esos nombres son recuerdos de otros guerreros. Algunas almas combativas y luchadoras nos han nombrado así. Adopto la forma que os gustaría ser en vuestra imaginación, pero no soy un guardián; ellos son seres de luz y yo soy algo diferente. Soy un gestor de La Fuente por mandato de El Orden. De todos modos, lo sabrás a su debido tiempo. —Bajó del pedestal y acercó sus pasos hacia ella, con atención acentuada, y después recalcó—: Esta es tu oportunidad de hacer algo bueno y

trascendental. Pero recuerda —le advirtió—, no hay nada escrito.

La guerrera comenzó a transformarse en un individuo simple y brillante, sin rasgos, de color blanco y celeste. Era muy luminoso, pero no deslumbrante.

—En ocasiones, la imagen es importante para establecer relaciones. Un artificio facilitador para tus cánones. —Y extendió su brazo hacia ella, sellando un pacto—. ¿Nos vamos? —preguntó con la voz cambiada, más agradable que antes, o eso le pareció.

Emily lo observaba con fascinación, embelesada, con una mirada dubitativa por el despliegue de tanta belleza.

Se parecía a su guardián en el sentido de no presentar rasgos. En cambio, no era oscuro y opaco como una sombra, tenía luz propia y ostentaba una altura estándar, compacta. Daba la impresión de ser solo luz, solo bondad adoptando el aspecto antropomórfico de una silueta brillante de color eléctrico.

—¿Encontraré a Sans allí? —se atrevió a preguntar.

—No te hará falta, estarás protegida de un modo distinto. Aprende a desarrollar tus facultades, no desoigas la llamada de tu sino y recuerda que para El Orden la virtud de un guerrero reside en la capacidad de vibrar al son de su energía —hizo una pausa calmada—, se convierte en un instrumento de su paz.

—Pero… —dijo temblorosa.

—Tu reencuentro con Sans puede trazarse, pero solo si estás en sintonía. —Se aproximó un poco más a ella con el hipnótico fluir de su luz recorriendo sus contornos —. Presta atención a las señales.

Emily miró a su alrededor por última vez. Sentía nostalgia y lástima por su ciudad, su Francia natal. Reposó la vista en los cuerpos carbonizados que yacían aferrados en el suelo, en ese abrazo eterno. Se quedó abstraída, escuchando con atención, pero también barruntando la tristeza de un amor extraviado.

—De acuerdo. —Y Emily agarró con fortaleza su antebrazo, con una sola idea fija.

Todo empezó a desaparecer. Deslumbrada por una imponente luz multicolor que irradiaba calma y amor, notaba un inconcebible sentimiento de puro cariño, de nítido bienestar.

Era un trayecto en el que no existía la necesidad de consuelo, ni las preocupaciones, ni el miedo, ni había guerras que librar. Y mientras disfrutaba de la apacible velocidad de su viaje, una promesa discurría monopolizando todos sus pensamientos. Algo que no quería olvidar jamás, repitiéndolo sin cesar en esa frase enviada al sempiterno infinito:

—Prometo que te buscaré. Volveremos a estar juntos, Sans. Mi amor sin nombre, daré contigo.

CAPÍTULO 15. **DESCONECTADOS**

- *PARÍS (FRANCIA), OTOÑO DEL 2009*

- *DIECISÉIS AÑOS ANTES DE EL COLAPSO*

Se restregó las manos por la cara con fuerza hasta la frente, enjugándose los ojos y estirando su pelo hacia atrás, desprendiéndose de la ansiedad que le estrujaba por dentro. Contenía la respiración notando cómo una ingente cantidad de sangre se concentraba en su cabeza mientras su rostro se retorcía con la expresión remezclada del asombro, la impotencia y el escepticismo. La gran vergüenza.

Estaba aturullado.

Él no lo sabía, pero había confirmado lo que venía buscando: el contacto con lo invisible y lo desconocido.

Hay que tener cuidado con lo que se desea cuando se buscan respuestas. A veces no son lo que esperamos. La realidad puede superar las expectativas de nuestra imaginación o podemos no encajarlo como habíamos previsto. Y eso, así de neto, todo eso era lo que le estaba pasando a Peter, encerrado en el coche patrulla de sus compañeros.

Durante toda su vida, había sido educado en la costumbre de los elementos tangibles, en la constancia material de unos estímulos visibles que ordenan una verdad, una sola realidad palpable. Peter pensaba en línea recta, con el razonamiento cartesiano, dogmático e inamovible. Un silogismo en el que cualquier sospecha intuitiva salida del redil provocaba ideas confusas y desechables, erróneas. Y como la mayoría de la gente hasta ese momento, vivió en una jaula de límites impuestos bien aprendida y remarcada.

Gran parte de la humanidad llega a la muerte sin escuchar la canción que suena a su alrededor. Si los seres humanos reflexionaran un poco, solo un poco, la oirían, sospecharían, se convencerían. Sabrían que hay algo más. Y da lo mismo que alguien crea o no crea, porque eso no alterará su existencia.

Esa conexión prende su mecha en la intuición hasta convertirse en una certeza indubitada. Desde lo más sencillo, como pensar en alguien y recibir su llamada poco después, hasta sintonizar de un modo en el que se siente que eso es parte de uno y uno también es parte de eso. Solo hay que aprender a escuchar.

Solo hay que sentir El Orden.

Pero ante las señales se prefiere pensar que todo es fruto de la «casualidad» y nadie agudiza sus sentidos porque la vida que han aprendido es así: cómoda, táctil, visible y conocida. En cualquier caso, salir del cascarón es siempre una experiencia traumática e impactante.

Demasiado tiempo instruidos en el sesgo de confirmación provoca esa incongruencia.

Los afortunados capaces de ampliar sus miras reciben la recompensa: dejan de vivir en la ignorancia y ya no vuelven a dudar. Pero lo cierto es que son malos tiempos para el despertar porque vivimos encerrados en nuestros cinco sentidos y al abrir uno nuevo se produce algo parecido a un renacer. Y justo por ese trance es por el que estaba pasando Peter dentro del coche de policía.

Su cerebro cortocircuitado echaba chispas mientras oía las voces abombadas de los uniformados; ahí, encerrado en la parte trasera del coche patrulla, respirando su propio aliento. Las escuchaba lejanas, como en otra frecuencia a la que le costaba reconectarse. Aunque, poco a poco, el sonido submarino iba retornando a su claridad habitual. Como si una parte de su cerebro se hubiera activado por primera vez y necesitara asimilarlo.

Comprendió que no serviría de nada volverse majara dentro del habitáculo. Cuanto más lo pensaba, más zarandeaba su cordura, más se soliviantaba y más retesaba su musculatura. Él conocía a la perfección los efectos del estrés autoinducido, de modo que cogió aire profundo y decidió rendirse al presente. Confiar en esa presencia o afrontar esa alucinación con valentía. Y descubrir qué carajos era esa entidad.

Su miedo era terrible. Una revelación tan discordante nunca es fácil de digerir.

Peter veía cómo hacían el trabajo sus compañeros. Estaba tan acostumbrado que empezó a echarlo de menos antes de tiempo. Ya daba por hecho que había perdido su empleo. Uno de los policías se acercó a la ventanilla oscurecida trasera para comprobar que él siguiera donde debía estar. Llevaba una libreta en la mano con anotaciones de los datos del vigilante, la hora del suceso, un croquis del edificio y una burda imitación de la pancarta de Jean. Luego hizo lo que siempre se hace en estos casos, eso sí, sin prever las consecuencias de ese acto anodino.

Cogió su equipo de radio y comenzó a comunicar el resultado de la intervención. Dijo que había practicado la detención de un varón mayor de edad sin identificar por un presunto robo. Luego describió a su central el dibujo y la leyenda de la pancarta y confirmó que se dirigían a comisaría para iniciar los trámites documentales.

Nadie podía imaginar que un artefacto silencioso, flotante e invisible reposaba levitante sobre la ciudad de París en busca de una pista que condujera al autor de esos grafitis en los que una sombra se revelaba sin significado y que, para más inri, el artista firmaba trazando la palabra *Shadow*. Para ellos era importante atraparlo; debía de ser un buen candidato para conectar con el universo paralelo. Un universo hilvanado con este, pero oculto, donde la casualidad no existe.

A trescientos metros de altura sobre la majestuosa urbe de París, una satisfacción placentera atravesaba la percepción de tres criaturas grisáceas. Estaban encarnados en los cuerpos originales de su mundo y procesaban la información de los medios de emergencia buscando el escurridizo hallazgo que acababan de interceptar. Comunicaron a sus congéneres la novedad y se dispusieron a actuar con rapidez.

Al instante, dos de ellos se trasladaron al núcleo tecnológico de su nave y se materializaron en el cuerpo de dos hombres altos y corpulentos, aseados, afeitados y peinados a la perfección. Ambos eran de facciones serias pero agradables, ataviados con trajes negros a medida con camisas blancas bien planchadas. Una corbata anudada a juego les adornaba como si fuese el broche final.

Mientras tanto, en lo que ellos llamaban la sala de clonaciones, en cuestión de

segundos duplicaron un vehículo de producción humana y hackearon los datos de su matrícula con el listado de vehículos oficiales del Gobierno francés.

Cerca del observatorio, una luz impresionante y cegadora interrumpió las muestras de afecto que se daba una pareja enamorada. Habían aparcado en Boulevard Edgar Quinet en busca de la intimidad y reserva que ofrecía el cementerio de Montparnasse. El aire huracanado comenzó a removerse sobre las copas de los árboles zarandeándolos y, sin previo aviso, vieron un Mercedes-Benz modelo ML de color negro brillante acelerando a toda velocidad bajo sus incrédulas miradas.

Por extraño que parezca, ninguno de ellos creyó haber sido testigo de algo extraordinario. Sus preocupaciones eran mucho más mundanas. Aquella escandalosa aparición no alteraría la entrega de sus pasiones.

Apenas transcurridos cuatro minutos desde que el policía dio el comunicado, el Mercedes llegó a toda velocidad al lugar de los hechos, levantando una polvareda agresiva que parecía no ensuciar la impoluta carrocería del coche de los extranjeros. Dos hombres trajeados se bajaron con una tranquilidad incoherente al hacer su aparición en escena. Uno miraba la pancarta mientras el otro introducía su mano en el bolsillo interior de la americana para extraer una placa.

Un oficial encaminó sus pasos ante la solemne presencia de los sujetos, llevado por el deber de obediencia inculcado desde su instrucción policial.

—Buenas noches, agente. Hemos llegado lo antes posible. Somos empleados de la Dirección General de Seguridad Exterior —afirmó uno de los trajeados mostrando una identificación que ni el policía pudo reconocer, pero que, dada la aparente importancia de esas personas, tampoco se atrevió a cuestionar—. Necesitamos entrevistar a su detenido.

—Bien, pues llegan tarde. Acaba de ser trasladado a dependencias policiales. Deben de haberse cruzado con el coche patrulla. —Los trajeados se miraron entre sí con rostros impasibles y, sin mediar una palabra más, volvieron a meterse en el todoterreno —. ¿Se puede saber qué interés tiene Inteligencia en un gamberro como ese?

La frase se perdió en el vacío de la indiferencia mientras los tipos de negro le ignoraban por completo, arrancando a toda velocidad por el arenoso camino hacia comisaría.

Un feo insulto resonó en los adentros del oficial, pero sin atreverse a decirlo en voz alta.

La nave de los extranjeros ya tenía localizado al coche patrulla y había enviado la posición a los suyos. Estos se dirigían al punto atajando por las aceras y circulando por calles prohibidas, con rapidez suicida. Los chirridos de las ruedas resquebrajaban el descanso de la ciudad como un enorme monstruo rabioso de olor a goma quemada.

Primero fueron solo los rotativos. Dejaron de girar sobre sus ejes, proyectando una luz azulada estática y parpadeante sobre las fachadas. Después, el anaranjado cuadro de instrumentos del coche patrulla comenzó a rebajar su intensidad hasta quedar en un tenue resplandor mortecino. El vehículo en el que iba Peter daba tirones moribundos y, de pronto, sin más, el motor se apagó del todo, circulando como un barco fantasmal sobre el asfáltico mar de París.

Dentro del coche patrulla, un furioso policía golpeaba el volante con rabia, girando la llave sin resultado. La quietud era sepulcral mientras se aproximaban por inercia a un

lugar donde dejar el vehículo. La calma duró poco. Unos modernos faros de xenón se acercaban a distancia a toda velocidad.

—Es de los nuestros —pensaron con alivio los agentes al ver unos discretos lanzadestellos bajo su calandra, aunque no podían alejar un extraño presentimiento.

Algo se salía de lo normal y no sabían qué.

Si hubieran tenido un momento de reflexión, habrían visto que sus radios también estaban inutilizadas, sus relojes se habían paralizado y que sus respectivos teléfonos móviles habían quedado inservibles. El silencio en esa escena era apabullante.

El denso sosiego no pasó desapercibido para ninguno de los tres pasajeros del coche. Se mascaba el peligro en ese paréntesis pacífico. Un inexplicable miedo activó sus sistemas nerviosos. Algo que todos hemos experimentado: la inconfundible vibración de un mal presagio. El corazón se tensa y se congestiona sin razón aparente. Sientes las pulsaciones aceleradas y la boca empieza a secarse porque intuyes que el rumbo no marcha bien. Así estaban ellos.

El Mercedes frenó a escasos metros del vehículo policial. La ventanilla trasera del coche patrulla estaba siendo aporreada por el detenido con unos gritos indescriptibles desde el interior. Los agentes escucharon los golpes, pero no les prestaron atención. El todoterreno permaneció unos largos segundos con el motor en marcha hasta que se paró dejando las luces de cruce y los *warnings* encendidos.

Las puertas delanteras se abrieron en abanico sincronizado y de nuevo, con esa calma inusitada, dos hombres corpulentos vestidos de etiqueta salieron despacio.

Había algo en ellos: una seriedad atávica aderezada con una espeluznante frialdad. Los policías apostarían a que esos rostros no habían estrenado una sonrisa en su vida y, en efecto, y por raro que pareciese, habrían ganado esa apuesta. Uno de los agentes miró hacia la parte trasera del coche patrulla, por los molestos e incesantes golpes y voces que venían del interior. Veía temblar la puerta, pero el tintado de las lunas, concebido para preservar la imagen de los detenidos, le impidió ver aquellos gestos de advertencia.

—¡Cuidado, compañeros! ¡Son peligrosos! ¡Abridme la puerta! —gritaba Peter desde dentro de la perrera.

Lo que Peter estaba contemplando era algo inconcebible para cualquier persona e incluso para sí mismo. Pero él ya conocía el significado de esas presencias. A esas alturas, ya era algo incuestionable: peligro extremo y cercano a la muerte.

Tras los policías, una retahíla de sombras erguidas se agitaba inquieta intentando advertir a sus protegidos. Las resonantes voces de los guardianes retumbaban por el alma de Peter eclipsando sus pensamientos, reproduciendo los angustiosos avisos de esos seres oscuros.

Los trajeados recorrían los últimos metros que los separaban del coche patrulla con esos rostros impasibles. De antemano, habían logrado uno de sus objetivos: evitar actuar en dependencias policiales. No es que no pudieran, ellos serían capaces de eso y de mucho más, pero como seres inteligentes siempre buscan el camino de mínima resistencia. Intervenir en comisaría conllevaría el innecesario uso de recursos para recuperar o destruir grabaciones de vídeo, convencer, matar o clonar a los allí presentes, despertar a ciertas personas o duplicarlas, borrar huellas, etc. Sin embargo, ahí, en esa humilde y anónima calle de París, a solas, hacerse con el detenido sería

pan comido. O eso pensaron.

Estaban en una callejuela por la que se acortaba el camino a comisaría, angosta. Los balcones franceses sobresalían por sus edificios georgianos y victorianos como si se echaran encima de la patrulla, todos ellos con algo en común: las estancias que protegían con sus forjados ornamentales daban paso a salas ausentes, apagadas. Sin testigos.

Los agentes franceses miraban a los trajeados con una honda y poderosa preocupación. En lo más profundo de su ser, algo chirriaba trayendo un escalofrío. La lógica les decía que era una tonta intuición, insensata o injustificada, pero otra parte les decía que no.

—Buenas noches, agentes. ¿Problemas con el coche?

Sus abrigos largos y esos trajes negros que vestían y sus semblantes colmados de arrogancia descolocaban a los patrulleros.

—El 307. —El policía quiso aparentar más control del que tenía—. Por lo visto, va a ser cierta su infame reputación con los fallos eléctricos —atinó a decir tras una alargada tregua de miradas incómodas.

Ese policía había abatido con disimulo el arco de seguridad de la funda de su pistola. Seguía inquieto por los silenciosos gritos que emanaban de su interior.

—Bueno. Pueden quedarse aquí a esperar a la grúa. Nosotros nos llevamos al detenido. Ya saben —el trajeado esbozó un conato de sonrisita—, órdenes de arriba —matizó con rotundidad.

Mientras tanto, Jean permanecía quieto y erguido, haciéndose el distraído junto a una gruesa farola, cerca de la entrada de la comisaría del distrito XIV. El edificio que vigilaba destacaba porque no encajaba con la línea estética de la ciudad de París. Era gris, aunque se intuía que ese tampoco era su tono original. También era feo y sobrio, la clásica estructura al estilo sóviet cuadrada que había ido cogiendo mugre por falta de mantenimiento. Lo bueno era que estaba ubicado en una avenida ancha donde poder actuar con espacio, llegado el caso.

Pero él notaba que algo no iba bien. Tardaban demasiado en trasladar a Peter.

Se levantó y miró hacia todas partes con un nudo en la garganta, atrapado en el frescor de la noche. Después, algo dudoso, apenas imperceptible en el cielo, como una especie de bolsa gigante de agua transparente sobre los edificios llamó su atención. Tuvo una espantosa reacción en su cuerpo. Como si reviviera un trauma pasado del que hubiera logrado deshacerse.

—De eso nada, compañeros. Este detenido es nuestro y lo llevaremos a nuestro calabozo. Luego, si queréis reclamar su custodia, es cosa vuestra.

Los *Black* se miraron entre sí intercambiando una perfecta comunicación inaudible.

Los cuerpos de los extranjeros estaban provistos de una tecnología que recorría sus extremidades hasta un núcleo central ubicado en el pecho, conectando a todos sus integrantes en tiempo real. Uno de ellos, el «gris» de la nave, activó el teléfono de los policías e hizo una llamada. El móvil del agente que lideraba la dotación policial comenzó a sonar en su bolsillo lateral.

—Cójalo. Puede que sea su jefe. —El *Black* sonrió con vanidad y malicia—. Órdenes precisas, supongo —agregó.

En cuestión de segundos, el gris de la nave había accedido al listado informático de

funcionarios de su turno, a la composición de las patrullas, a la asignación de vehículos por agentes y después realizó aquella llamada usando la línea telefónica de su comisaría. De manera que ese era el número que aparecía en su pantalla líquida. A esas horas de la madrugada tampoco podía ser nadie más, caviló, y con rareza pulsó el botón verde de su recién estrenado Nokia 7230 y descolgó la llamada.

—Agente Lacroze, ¿está usted ahí? ¡Conteste!

Separó el teléfono de su oreja al escuchar la voz en grito de su superior.

—Afirmativo, a la orden —replicó con tajante disciplina.

—El asunto de su detenido tiene en jaque a medio país. He recibido una decena de llamadas. ¿Cuánto les queda para llegar a comisaría? Hay que entregárselo de inmediato a Inteligencia. —Al policía se le escapó un soplido enfurruñado.

—Pues verá, jefe. Nos hemos quedado tirados con el coche —dijo buscando el nombre de esa diminuta calle mientras se despeinaba con la mano por aquella reprimenda—. Pero tenemos aquí a unos compañeros que vienen de… —Los miró para tratar de reconocer el cuerpo al que pertenecían.

—De la Dirección General de Seguridad —se adelantó a confirmar el *Black* con su identificación en la mano, rematando el engaño.

—Son de la Dirección General de Seguridad, jefe. Los tengo aquí delante y dicen que ellos se hacen cargo del detenido. ¿Quiere que se pongan?

—Sí, por supuesto, que se pongan. Y vayan sacando al detenido del coche, no me gustaría repetirlo dos veces.

El agente Lacroze se acercó maldiciendo el humor de su teniente, ofreciéndole el teléfono al trajeado.

El *Black* clavó su mirada en los ojos del policía durante un lapso desafiante y después lo cogió con desaire. La sensación de desprecio no pasó desapercibida para el agente Lacroze.

—Buenas noches. —Unos fingidos huecos dejaban espacio en esa conversación ficticia—. Eso es. Nuestra oficina se encargará de todo el papeleo. Le agradecemos su colaboración. —El trajeado asentía—. Bien, así lo haremos. Eso es. —El *Black* hizo un silencio—. Por supuesto. Aquí todos cumplimos órdenes. Gracias de nuevo, teniente. —Lacroze intentaba escuchar a su jefe sin éxito—. Por supuesto, se lo paso.

Y le devolvió el teléfono mientras sacaba unos lazos negros del interior de su abrigo impoluto.

Había algo raro en todo eso. Los policías estaban escamados, pero las evidencias eran irrefutables. Olía a chamusquina, pero ambos lo achacaron a su resistencia por celo policial y el patrullero volvió a ponerse al teléfono.

—Agente Lacroze, hagan lo que le he dicho. Por lo visto, se trata de un asunto de interés nacional. Recuerde que no puede hablar de este asunto con nadie —dijo airado —. ¡Con nadie! —recalcó levantando la voz—. Ni tan siquiera cuando nos volvamos a cruzar. Guarde secreto profesional. Si me saca el tema, me comportaré como si esta conversación nunca hubiera tenido lugar. ¿Me he explicado con claridad?

—A la orden, mi teniente —sentenció Lacroze, con obediencia.

Y el sonido discontinuo del tono telefónico hizo innecesario que pulsara el botón de colgar. Pero, aun así, el agente Lacroze lo apretó, con el orgullo descompuesto.

Porque necesitaba mantener una pizca de la dignidad que le estaban arrebatando.

CAPÍTULO 16. **LA SEÑAL IGNORADA**

- *CIUDAD DE PARÍS (FRANCIA), OTOÑO DEL 2009*
- *DIECISÉIS AÑOS ANTES DE EL COLAPSO*

Se metió en el coche patrulla por la parte delantera y miró al detenido por el pequeño hueco de plexiglás, accionando la palanca de apertura mecánica. Su cara estaba sudorosa y teñida de betún, pero en su mirada se adivinaba más inocencia de la que cabía esperar en alguien tan buscado. «Donde hay patrón, no manda marinero», trató de convencerse el agente de policía.

Lo puso contra el coche y le quitó los grilletes. El corpulento *Black* posó con tosquedad una de sus manos sobre el hombro de Peter, agarrándolo con más fuerza de la necesaria con sus bridas.

Peter procesaba toda la situación con un vendaval de miedos. Aquella criatura alargada y oscura le aseguró que el mayor peligro estaba por llegar. Trataba de encontrar respuestas a eso, pensó en la posibilidad de encontrarse bajo los efectos de algún alucinógeno administrado por Jean cuando se saludaron o al untarse el apestoso betún en la piel. «Sí, es lo más razonable», porque a partir de ahí es cuando empieza a ver a las oscuras entidades como la que en ese momento tiene justo delante avisando a los policías del peligro.

Su razonamiento caótico no logra entenderlo: «Estos hombres también trabajan para el Gobierno y vienen en mi busca. Pero ¿por qué?», elucubraba mientras era zarandeado.

Le ponen los lazos con una presión desconsiderada y le sigue pareciendo que nada tiene sentido. Se ve a sí mismo como un pelele desconcertado, obnubilado y en su interior la posibilidad de haber sido drogado le sigue pareciendo la opción más acertada.

«Eso es. Igual nada de esto está pasando y estoy flipando tirado entre los árboles del observatorio o dentro de una ambulancia, puesto hasta arriba de morfina porque me he caído desde la cornisa —procura razonar sin divagar—. Pero, al mismo tiempo, estoy aquí y estas personas parecen muy reales. Siento su tacto, sus voces. Estoy aquí. No-no, esto no es un viaje, ¿o sí? ¿Qué son esas sombras?». Dialoga consigo mismo en un hervidero de ideas cuando lo llevan hacia el flamante todoterreno de los extranjeros.

El otro hombre vestido de negro se ha sentado detrás para custodiar su traslado en ese vehículo sin mampara.

—Esperen, ¿adónde me llevan? —Ninguno se digna a contestar—. Pero ¡oigan! ¡¿Adónde me llevan?! ¡Tengo derechos!

Cuando cierran la puerta del coche, el exterior se eclipsa con el aislamiento acústico.

—Tus derechos se pierden al ignorar tus deberes, ¿no lo sabías? —afirma el

individuo que tiene sentado a pocos centímetros, exhalando sus palabras con un soplido de vehemencia parecido al asco.

Jean, alejado de ahí, no sabe qué ocurre, pero esa mancha transparente en el cielo ha despertado un temor enterrado y corre con la preocupación de que Peter se haya visto involucrado en algo peligroso. «Esto no lo había soñado, se ha salido del guion, como otras veces», piensa con la misma agilidad con que se mueve.

Verlo correr es un espectáculo sin público. Su destreza en el *parkour* le hace saltar los obstáculos urbanos como si se tratara de un personaje circense. El cortante viento invernal se estrella contra su rostro con la velocidad que sus piernas pueden alcanzar, volando con saltos por encima de bancos, resbalando por muros inclinados, sorteando vallas y atajando tramos de escaleras.

Cuando llega al lugar, se asoma sin aliento desde una esquina y contempla la escena en la que está metido Peter, acompañado de policías, dentro de un coche sin distintivos y agobiado con la persistente presencia de unos corpulentos hombres vestidos de negro. El aspecto de esos tipos es displicente y enseguida hace erizar todos los vellos de su piel. Sabe leer las señales de su cuerpo. Los sigue observando, con atención. Visten como modernos agentes de la KGB, solo que esto no es la Unión Soviética. Esto es Francia, la tierra de la libertad, la igualdad y la fraternidad.

Vuelve a asomarse y ve que van a irse pronto. Tiene que hacer algo, pero ¿el qué? Por primera vez en su vida, siente el peso del compromiso ajeno. Esos hombres, esos extraños hombres le causan una sensación espeluznante, terrible, pero no logra discernir la razón. No encuentra el modo de ayudar a su amigo. Esto le ha cogido a contrapié, no entraba en sus planes.

El tiempo se agota y Jean se desespera sin encontrar una solución factible.

Siente que le está fallando y trata de calmarse. Es el peso de la tragedia. Necesita una solución inteligente con garantías, pero no la encuentra. Sabe que acudir a las bravas no funcionaría.

Aprieta los dientes con resignación, apoya la espalda contra la pared de la esquina y se deja caer derrumbado hasta el suelo de adoquines. Restriega sus manos por la cara con impotencia.

—Por favor, Dios mío, ayúdame. Ayúdanos. Esto es culpa mía. —Jean reconoce que ha perdido la partida.

Peter se ha metido en un buen lío, uno que no es capaz de calibrar. Hay demasiados peligros ahí: ha visto a los guardianes.

Él había soñado con ayudarle a escapar de la comisaría. Vio que dejándole a su suerte forzaría su contacto con el lado invisible. Pero, como tantas veces, al igual que le pasó al conocerle, ciertas partes de sus sueños no se cumplían al llevarse a cabo o, más bien, no se desarrollaban como había creído ver. «Quizá estoy produciendo cambios en el destino», susurró su mente y se quedó ojiplático, consciente de la importancia que eso entrañaría. Distintos trazados del tiempo sin escribir.

Jean exhala un suspiro derrotado tapándose la mirada. Entonces percibe que algo se menea entre sus piernas, serpenteando el trazado de un ocho tumbado. Cuando alza la vista, se encuentra con un gato callejero, negro y con ojos verdes como limas. No se retiran la mirada el uno del otro. Ese color de ojos le resulta familiar, pero no localiza la razón en su memoria y tampoco es el momento para ello. «¡Claro! —grita en su interior

y le da las gracias a esa fuerza desconocida que le ayuda—. ¡Gracias, Dios mío!», dice en voz baja. Es algo que nunca ha intentado, pero la señal es clara y la probabilidad supera la casualidad. Acaricia al gato y piensa: «Esto va a ser divertido y también extraño», de modo que el gato se deja hacer, como si también supiera que debe cumplir con un cometido.

La transición se produce deprisa. Jean ve su cuerpo sentado y siente el tacto de una mano flácida sobre su cabeza peluda, su propia mano. Todo es más sensible, enérgico, nítido y luminoso; más vivo. Parece de día, pero se ve que es de noche. Desde esos ojos la realidad es filtrada en tonos azules y verdes; además, el rango de visión es casi completo. No pierde un segundo y corre hacia Peter. La agilidad que siente le parece magia. No da crédito, pero Jean tampoco puede explayarse en el deleite.

Nunca había visto tantas sombras juntas. Desde la óptica del cuerpo del gato se ven diferentes, están envueltas en un halo multicolor que les hace destacar sobre el entorno. Sus sentidos se multiplican en agudeza. Los olores conforman imágenes proyectadas en una suerte de visión sensorial. Es tan sobrenatural que nadie lo creería. Sus pisadas almohadilladas y el pelaje tizón le hacen casi invisible.

Se acerca a uno de los policías y la posesión se desarrolla al instante. El repentino cambio lo siente brusco y desagradable.

Se encuentra mal, desvitalizado. El cuerpo de ese hombre está castigado. No sabe lo que es, pero sus pulmones parecen del tamaño de bolsitas de té y su energía no fluye en armonía. La boca le sabe a menta y, al mismo tiempo, desde el fondo de su garganta, se eleva un vaporoso y repulsivo aroma a alcohol mezclado con el jugo gástrico.

Se olvida de las sensaciones. Ve que Peter está dentro del coche, atado de manos a la espalda, resignado a un desconcertante y angustioso horizonte de sucesos.

El orondo compañero de Lacroze extrae el arma de su funda y encañona a los ataviados y elegantes hombres vestidos de negro. Es la única oportunidad que le queda a Jean. El último truco.

—No os lo vais a llevar. Se acabó la farsa. No sé qué tramáis, pero juraría que os he visto antes.

—Renaud, ¿qué demonios estás haciendo? ¿Te has vuelto loco? ¡Baja el arma! —grita el agente Lacroze en medio de esa calle tan angosta, oscura y solitaria.

—¡No! ¿Quién es esta gente? ¡No son de fiar! —Jean camina unos pasos hacia el todoterreno en el cuerpo de Renaud.

El rostro de ese hombre trajeado permanece inmutable, sin miedo alguno, casi podría decirse que hay algo de curiosidad a pesar de que ni el más mínimo atisbo de emoción altera su hermético talante.

La estela de su ataraxia es inquietante, como de otro mundo.

—¡Atrás! —vocifera sin obtener respuesta—. ¡Atrás he dicho! ¡No dudaré en abrir fuego!

El *Black* retrocede parsimonioso, meditabundo por el repentino giro de los acontecimientos.

Para ellos solo puede haber una explicación a eso.

Jean se asoma dentro del coche, sin dejar de apuntar a su oponente, y ve cómo el otro hombre está sentado al lado de Peter encañonando con firmeza un enorme

revólver en su sien y con el rostro más apático que ha visto en su vida.

—Mataremos a tu protegido y tu misión habrá fracasado. —En su entonación hay una seguridad inconfundible, como si fuera un fanático al que no le importase morir por defender sus ideales—. Pero puede haber otra opción, si así lo deseas —añade el trajeado con una pincelada amenazante y edulcorada—. Ven con nosotros, háblanos de El Orden, de La Fuente, de la trascendencia. Ayúdanos a entrar en la otra dimensión y serás otro Dios entre nosotros.

Lo que Jean escucha le produce un espasmo escalofriante que sacude ese cuerpo prestado, el del tal llamado Renaud, pero también el suyo, que está sentado tras una esquina, a más de cien metros de allí.

Un recuerdo brillante, cálido y cariñoso le sobrecoge al escuchar los conceptos de El Orden y La Fuente; pero, a la vez, una repugnante sensación de deslealtad le atenaza con la sugerencia de una traición.

—De acuerdo, hablaremos y os enseñaré hasta donde pueda llegar. Él no os hace falta para nada, ya me tenéis a mí, dejad que escape… o no habrá trato. —Jean se ha marcado el farol de su vida.

Los términos empiezan a sonarle, pero no sabe de qué. Los *Black* parecen ansiosos, eso es lo que les mueve. Es su debilidad.

«Los guardianes nunca se manifiestan durante tanto tiempo. Es nuestra mejor baza», se dicen a escondidas los extranjeros a través de su tecnología.

Jean guarda el arma en la funda de Renaud y su compañero de patrulla contempla la inverosímil negociación con asombro. Está nervioso y dubitante, oscilando el rostro de lado a lado como si presenciara un partido de tenis comentado en japonés.

—Sal del coche, colega. —Peter arrastra su trasero sobre los asientos de piel, separando su cabeza del inamovible cañón del revólver.

En todos sus años de servicio, Peter jamás estuvo tan cerca de la muerte. Cuando sale del coche, sus ojos están enrojecidos y vidriosos. Jean observa que parte del betún se ha derramado por su frente, derritiéndose por sus párpados sin posibilidad de limpieza. Las emociones le están superando. No hay adiestramiento ni heroísmo posible cuando el movimiento de una falange puede arrancarte la vida esparciendo tus sesos en más de cien direcciones. Sin embargo, Jean parece templado.

—Quítale los lazos —ordena al *Black*.

Empieza a intuir lo horripilante que es esa gente, pero no sabe definir cómo lo sabe. Al igual que otras sensaciones que está descubriendo.

—Bien. No veo por qué no. No estamos interesados en los gusanos. Tampoco en la manzana. Nosotros queremos el árbol entero, ¿nos captas?

El *Black* abre una navaja que saca del bolsillo y en menos de un pestañeo Peter recobra su libertad.

En ese momento, la extraña situación supera los límites racionales del agente Lacroze, que desenfunda su arma, orbitando sobre Peter y los *Black*.

—Renaud, ¿de qué va todo esto? ¿Qué está pasando? De aquí no se mueve nadie, ¡¿entendido?! —Separa una de las manos de su pistola reglamentaria y coge la radio de su cintura. Pulsa el PTT e intenta retransmitir—. Central, aquí indicativo XIV-5, ¡apoyo urgente! —Suelta el pulsador y no ocurre nada.

Desvía la mirada un microsegundo y comprueba que su radio está apagada, como si

fuese un ladrillo negro. Cuando retorna la vista, no puede creer lo que ve. Los corpulentos hombres trajeados y su propio compañero le están apuntando con sus pistolas. Su mandíbula castañetea descontrolada, arrojando una expresión insondable de sorpresa y desencanto.

Peter está igual de descuadrado. Un susurro penetra en su mente cuando escucha a ese rechoncho policía que tiene al lado decir:

—Pit, sal corriendo y no mires atrás. Hazme caso. ¡Vamos!

Peter no lo duda. Es presa de su propio pánico y escapa más rápido de lo que sus piernas pueden ofrecer. Tiene que controlarse para no tropezar sobre sí mismo. La experiencia se ha tornado terrible, es como una pesadilla de la que no logra desprenderse. De la que sabe que no puede despertar.

El aire frío de París penetra en sus pulmones con ardor. No se detiene, el estupor se lo impide. Sus manos le arden, nota la boca terrosa y el corazón golpea sus costillas como un martillo. Algo le hace parar. El impulso se vuelve irrefrenable. Se marea. Apoya las manos sobre un coche aparcado y un horrible vendaval de saliva antecede a la incontrolable erupción de efluvios que sale por su garganta en forma de vómitos.

Se ahoga con el repulsivo manantial de sus entrañas. Nadie le observa. No hay por qué fingir. Rompe a llorar como un niño. En el corazón tiene una mescolanza de sensaciones espantosas y sobrecogedoras. La frustración e impotencia unida a la ausencia de control le han afectado como nunca.

Es el mayor golpe de humildad que ha sufrido en la vida, pero todavía no es capaz de asimilarlo.

Mientras tanto, un pequeño grupo de guardianes rodea al agente Lacroze. Si alguna vez hubo una situación de vida o muerte en la existencia de ese policía, esta se lleva la palma.

Jean se siente desbordado. Ha simplificado el sistema de ecuaciones, pero todavía tiene que hallar una solución al problema. Algunas de las sombras alargadas, en esos momentos lentificados, dan unos pasos hacia Jean.

Una de ellas ladea la cabeza, atisbando algo bajo la superficie carnal.

No hay tiempo para explicaciones.

Jean palpa la extensible que porta en el cinturón de ese policía llamado Renaud. Sabe que es arriesgado, pero tampoco tiene más opciones. Sacude hacia abajo el mango acolchado de la defensa y una barra telescópica de metal aparece como por arte de magia.

Los *Black* se miran entre sí, pero la sorpresa no les deja margen de reacción. Golpea las manos de estos con un bastonazo múltiple y circular. Sus pistolas caen al suelo. Uno de ellos no puede frenar el horrendo alarido de dolor. El agente Lacroze piensa que se está volviendo loco. Todo es ilógico y, por si fuera poco, de repente, una inmensa luz cegadora les baña desde el cielo.

El impulso no le deja otra alternativa que mirar hacia arriba. Es algo fuera de lo común.

Lo que ve no parece de este mundo. O, al menos, conocido. Es una especie de artefacto volante de forma lenticular. Su aspecto es contorneado, ovalado y hecho de un material que no se comporta como nada de lo habitual. Todo parece estar hecho de una pieza y, al mismo tiempo, móvil, como si estuviera vivo. Le recuerda con vaguedad

al mercurio líquido, pero en estado sólido.

Una silueta pequeña y antropomorfa recorta esa cegadora luz. Es una especie de hombre que cae de las alturas. Cuando llega al suelo, se estrella contra el pavimento flexionando sus articulaciones y generando un cráter bajo sus pies.

—¡Santo Dios! —exclama Lacroze.

Los *Black* han sido otra vez golpeados por su compañero, pero él no puede dejar de mirar a esa criatura caída del cielo nocturno. Baja su pistola porque el cañón le entorpece la visión. Se comporta como un mosquito embelesado con una bombilla, atrapado en la perplejidad. No puede creer lo que está viendo. Esa cosa es como una pequeña persona, un pigmeo envuelto en un material maleable de color azul oscuro, mate, sin ojos, sin boca, sin facciones. Una sola pieza compacta con cuatro dedos alargados en cada mano.

De pronto, el agente Lacroze sale de su aturdimiento con un bestial empellón.

—¡Vámonos de aquí! ¿Quieres que te maten? —le grita Jean, pero Lacroze cree que es su compañero.

Se ve corriendo por una especie de ciencia infusa, él no ha dado la orden a sus piernas. En realidad, es Jean que, por contacto y a voluntad, obliga a sus músculos a reaccionar haciéndole salir de su letargo.

El cuerpo castigado de ese agente de policía no está preparado para abusos, al menos no deportivos. Han corrido unos trescientos metros y siente un agudo dolor en el pecho. Jean no puede discernir si se trata de un infarto o es el asqueroso resquemor del tabaco lo que le hace mella. No tiene más remedio que parar. Da la sensación de que va a perder la vida tras escapar de la muerte.

Un rugiente motor revolucionado viene doblando la calle a gran velocidad. Es un coche convencional, sin distintivos. Lacroze se pone en medio de la calle haciéndole señales. Jean saca fuerzas de flaqueza y lo retira de en medio.

—Es peligroso. ¡Pueden ser ellos! —Jean regaña al policía desde el cuerpo de su compañero.

—¡Que no! Es nuestro coche de paisano. ¿Qué te pasa, Renaud? ¡Suéltame! —Su respiración se remueve agitada mirando a su compañero de hito en hito—. Vas a tener que explicar muchas cosas, ¿me has oído, Renaud? —Agazapados bajo las luces de las farolas, devolvió la vista para confirmar que fuesen agentes de policía—. Cuando lo cuente, nadie se lo va a creer —dice el agente Lacroze.

—Más te vale no contar nada, si no quieres que sea lo último que hagas. —La frase de Jean le obliga a redirigir su atención.

Lo percibe. No parece el de siempre.

—No te reconozco, Renaud. ¿Quién puñetas era esa gente? ¿Son americanos? Dime, ¿estás con ellos?

Agarra a Jean por el cuello del jersey haciéndole un gurruño con la tela, todavía con el latente subidón de adrenalina corriendo por sus venas.

—Tú crees que estás hablando con Renaud, pero no soy él. Soy… otra persona dentro de él. No sé si me he expresado con claridad, pero no tengo tiempo para explayarme en detalles. No sé si tienes amistad o no con este compañero tuyo. Solo te pido que le ayudes a dejar sus malos hábitos, tiene el cuerpo hecho un desastre. —Jean necesitaba decírselo porque estaba sufriendo la agonía en primera persona—.

Respecto a lo de contar lo que has visto, ya te he dicho que te lo desaconsejo. Se os ha escapado el detenido cuando se averió el coche y eso es todo. Fin de la historia. No ha pasado nada más. Este secreto será tuyo y solo tuyo. No sé muy bien quién es esa gente, pero puedes estar seguro de algo. Si nos quisieran muertos, ya lo estaríamos. —Jean le mira en silencio mientras el coche para a su lado—. Considérate un hombre con suerte. Tú puedes mantenerte al margen. Podrás seguir con tu vida.

Jean no se acostumbra a ese cuerpo tan deteriorado y tiene que hacer otra pausa obligada para recuperar el aliento y seguir hablando.

—Sé agradecido. No busques más. No escarbes por el hueso o cavarás tu propia tumba. —Se acerca a él con convicción—. Créeme, el enemigo está ahí fuera y, como has visto, es muy singular. —Jean detuvo sus palabras con una clara intención reflexiva —. No parece que sean de aquí. —Y repitió esa frase en su pensamiento provocando una conjetura en los dos—. Hasta pronto, amigo.

Jean se concentró en la incesante llamada que le afianzaba a su cuerpo. Ya había experimentado con su don, pero nunca lo había llevado tan lejos. La conexión consigo mismo estaba enraizada por una especie de cordón espiritual inquebrantable. Se dejó llevar por esa fuerza y abrió sus azulados ojos atlánticos en esa esquina desangelada donde se había sentado junto al gato.

Está mirando al suelo. Recomponiendo su propia conexión. Jamás había estado tanto tiempo fuera de sí mismo. La peligrosidad exigió el riesgo. Siente la espalda helada. Está entumecido por permanecer en la misma postura. De inmediato, esas trivialidades pasan a un segundo plano. Percibe que hay alguien frente a él. La preocupación regresa. «Sea lo que sea debo afrontarlo», se dice, buscando una valentía agotada. Alza la vista y contempla a un ingente séquito de sombras alargadas rodeándole. Cuando las mira, comienzan a desaparecer una por una. No sabe qué significa. Es como si los guardianes quisieran confirmar que estaban en lo cierto. Uno se adelanta del resto y acerca su oscuridad intangible, cara a cara con él, a escasas pulgadas de Jean. El apaciguado sonido de la noche se interrumpe por una voz que no parece percibirse por los oídos, pero que eclipsa cualquier otro estímulo.

—Tú y yo tendremos que hablar. —Su impresionante opacidad se abre por el hueco de sus ojos con una luz discreta, pero de belleza inigualable. Y el guardián añade—: Y será pronto.

La oscuridad impenetrable de ese guardián se desvanece frente a él dejándole un sabor más agrio que dulce.

«Nadie está contento», maldice con frustración.

Se levanta con las articulaciones doloridas y oxidadas. Un pequeño libro cae de su cintura al suelo. Ya nada tiene importancia habiendo llegado a ese punto. Ni tan siquiera le había echado un vistazo, cuando lo cogió del observatorio siguiendo los designios que había registrado en sus sueños.

Jean está enfadado y mucho. Todo se ha torcido de un modo inesperado. «Nadie está contento», se repite; él tampoco. Un ancestral temor, muy profundo y presente, se ha despertado en su interior con todo lo que ha pasado.

El libro que sujeta entre las manos tiene un extraño título. Debe de tratar de cosmología, porque en la portada aparece una inmensa luna rodeada de estrellas sobre pirámides. Le da la vuelta y lo hojea sin demasiado interés. No hay nada

escondido en su interior. Está decepcionado con el hallazgo. «Maldito sueño retorcido. ¡Qué asco!». No puede frenar la rabia de su fracaso.

Frente a él hay un enorme cubo de basura y no se lo piensa dos veces. Iracundo, lo tira con todas sus fuerzas y este se estrella contra él, rebotando, tirado en el suelo, manchándose con un viscoso e inmundo mejunje derramado en la calle por el constante goteo de los desperdicios.

Desestima su don, lo maldice, lo odia. Aborrece su existencia y lo mucho que se empiezan a complicar las cosas. Solo quiere irse a casa, hacer su vida y disfrutar de la paz que siente cualquier persona corriente.

Pero algo le dice que no será así.

Unas horas más tarde, cuando la noche alborea por el cielo nocturno y los pájaros pían letificados, el brillante gato negro de ojos verdes hace su última ronda antes de irse a dormir. Un agradable y llamativo olor se mezcla con el nauseabundo barniz yaciente de su «despensa» habitual.

El gato azabache arrima el hocico para confirmar el sello de un aroma conocido sobre algo rectangular que sabe que no es comestible. En realidad, no tiene ningún interés para él, pero el olor de ese libro le atrapa con la confirmación de un objetivo consumado. Un propósito de vida cumplido.

Y si los gatos pudieran leer, habría descifrado su título: *L'Alchimiste (El alquimista)*.

CAPÍTULO 17. **UNA VERDAD**

- *BELFAST (IRLANDA DEL NORTE), OTOÑO DEL 2009*

- *DIECISÉIS AÑOS ANTES DE EL COLAPSO*

Bríd no se movió del pequeño refugio techado. Sus dedos entumecidos jugueteaban con el hacha en actitud atenta y vigilante. Y la fina lluvia era movida por el viento, creando falsas ilusiones en la noche bajo la luz de esas farolas.

Había desenroscado la bombilla de la casa del vecino de Stuart para que nadie la viera, pero su cabello rojo y mojado seguía pegado a la pálida piel, como lametones estáticos de un sigiloso fuego noctámbulo e invisible en aquella penumbra.

La puerta de la casa de Stuart se abrió. No fue capaz de medir el tiempo. Una hora, dos, no podía saberlo. El asesino se despidió de Stuart junto a la puerta de entrada, cabizbajo. El doctor era ese tipo de personas que dan consejos sin cesar, aunque nadie se los pida. Hacía por la gente más de lo esperado y provocaba la sensación de que el interesado en ayudar fuera él. Y quizá era así. Su bondad formaba parte de su fortaleza, eso era incuestionable, pero también era una debilidad.

Cerró la puerta y ese abominable hombre caminó por la calle bajo la vaporosa lluvia que caía de ese cielo plomizo. Era el momento que estaba aguardando Bríd.

Comenzó a seguirle bordeando las casitas unifamiliares durante minutos hasta que recortó sus pasos con evidente descaro, haciendo patente su seguimiento. El asesino quiso cruzar y Bríd lo emuló en paralelo por esa calle residencial desangelada. El hombre se detuvo justo en medio, sobre las líneas de la calzada, y después se dio la vuelta para mirarla.

Las trémulas luces del alumbrado público rebotaban por las aceras, en los cristales de los coches y en los charcos, moviendo sus reflejos al ritmo de la lluvia.

—¿Qué quieres de mí? —gritó, a pocos metros de Bríd.

Ella no respondió. Solo extrajo el hacha de entre sus ropas y la sujetó con la mano izquierda y el filo hacia arriba. La tensión del duelo era más que palpable. Se oía el pelo escarlata y violáceo de Bríd dejando pasar el agitado viento entre sus mechones con un silbido cambiante.

Ella tuvo que afinar la vista y parpadear varias veces para confirmar lo que estaba viendo. Cuatro seres semitransparentes, distorsionados y de un tono refulgente y sanguinolento aparecieron por detrás de su oponente.

Una sacudida cerebral agitó sus recuerdos con un resquemor enterrado, pero que no podía situar. Como si ya lo hubiera visto antes y, al mismo tiempo, fuera la primera vez en su vida.

Del mismo modo, un ingente número de sombras alargadas, esbeltas y opacas arropó a Bríd. Ella no percibió la presencia de sus guardianes y, con toda seguridad, aquel

hombre tampoco era consciente ni de eso ni de la compañía rojiza que a él le respaldaba.

Los intereses de Bríd cambiaron. Se acercó hacia él, pero observando con detenimiento a esas rojizas entidades, absorta en la contemplación curiosa de esa novedad. Y podía comprobar que esos seres rojizos también la miraban, extrañados de ser vistos.

Las cuatro entidades rojizas se pusieron delante del hombre mientras ella se acercaba y fueron desapareciendo dentro de él, de un modo perturbador.

El rostro del tipo cambió de expresión con una palpable maldad acentuada. Arqueó las cejas con una mueca arrogante, chulesca y con medio labio elevado. Bríd dudó de lo que había visto, porque la lluvia creaba en el aire aleatorias formas de luz y estaba muy cansada. Pero después salió de su escepticismo.

—Has ganado —dijo el paciente de Stuart—. Hemos luchado contra ti y hemos perdido. Esta es la última vez que nos verás cerca de tu querido doctor. Su asquerosa compasión nos ha debilitado. —El tipo levantó la barbilla—. Así es que tranquila, este bobalicón no volverá a molestaros. —Negó con la cabeza—. Tampoco nos lo permitiría.

Bríd puso cara de no entender nada.

El sonido de su voz era espeluznante, como si distintas personas moribundas hablasen a la vez desde su interior. No era miedosa, pero el apabullante y distorsionado torrente de esos sonidos vocales le produjo un estremecimiento inusual.

—Si se vuelve a acercar, no dudaré en acabar lo empezado. —Bríd tiró el hacha a sus pies—. Esto es tuyo. O vuestro.

Él o ellos, como quiera que fuese, lo recogieron, apretándolo con sus manos hasta hacer gruñir el mango mojado contra la carne, con un mensaje mudo de perversión resignada, de mal perder, mirando con ardor a los ojos de Bríd.

—Acabarás encerrada, tarde o temprano. Tu singularidad es demasiado especial. —Echó una risotada—. Resulta peligroso abrir los ojos en un mundo de ciegos.

Su expresión transmitía sin reservas una crueldad despiadada e inteligente.

—Cumplid vuestra parte del trato y no tendremos problemas —dijo con rotundidad pese a que por dentro estaba asustada.

Empezaba a entender.

Bríd se dio la vuelta y al hacerlo se vio sobrecogida por una oscuridad inesperada. Cuando sus ojos enfocaron, pudo diferenciar a varias decenas de sombras protegiéndola, diluyéndose con serena tranquilidad al atravesarlos en su caminar, señal inequívoca de que el peligro desaparecía.

Su corazón latía de miedo, pero también de emoción por verse arropada y por comprobar que nunca estaba sola. Juntó los dedos de su mano izquierda y les lanzó un beso a todas ellas. Caminaba a paso lento entre sus guardianes, que iban dejando fluir el lívido resplandor de la madrugada mientras ella asimilaba la realidad que le estaba tocando vivir. «Entidades del bien. Entidades del mal», simplificó en su deducción.

El rompecabezas iba encajando…

- *PÓRTICO A LA ESPERANZA, BELFAST (IRLANDA DEL NORTE)*

- *SIETE DÍAS MÁS TARDE*

Necesitaba el certificado de la doctora Allison para saldar su deuda con el juzgado, así es que cuando subió las imponentes escaleras de caoba su único objetivo era recoger el documento y salir de allí cuanto antes. Había llegado a un acuerdo con la doctora para reducir las clases grupales a cambio de tres individuales y esperaba que cumpliera el acuerdo.

Las puertas estaban cerradas, pero en la sala grande se oía el murmullo de un gentío rematando la última sesión de lo que a Bríd le parecía una hipócrita farsa sin sentido. Apoyó la cabeza contra la pared y cerró los ojos para descansar la vista unos instantes.

No dormía bien. Los horarios de su albergue eran rigurosos y, una vez pasada la hora final de entrada, ya no podía acceder hasta el día siguiente.

El asunto no era como antes, cuando hacía cosas movida por una intuición imprecisa. Ahora las peticiones llegaban expresas. Era requerida por los guardianes para que ayudara a sus protegidos y eso le había arañado la mayor parte del tiempo de esos días.

La regla número uno era la más clara. El don de su visión, percepción y contacto debía permanecer oculto. Su interferencia debía ser discreta, anónima y a ser posible invisible. Como ellos. De manera que, aunque tuvo interés en volver a visitar al doctor Stuart, al verse envuelta en ese secreto solitario, el tiempo fue pasando solo y, con él, también el deseo de saber más sobre sí misma.

El sonido de un pomo rotando sobre su eje la sacó del breve reposo. Sin embargo, el bullicio de la sala colectiva no se amplificaba como era de esperar al acabar, así que miró al pasillo para comprobar de dónde venía ese ruido y lo descubrió. La puerta de enfrente, adornada con una placa dorada membretada con el nombre de la doctora Allison, se abrió y un aluvión de luz solar venida de la ventana final hizo guiñar sus ojos, recortando la imagen de una persona.

Bríd se incorporó reconociendo de inmediato la sonrisa bienintencionada de su portador. Ambos se miraron durante un escueto lapso, sin articular palabra. Él subió las cejas poniendo cara interrogante y ella no pudo contener una seña de felicidad.

—¿Cómo estás, Bríd? —Su sonrisa se hizo todavía más grande.

—¿Y usted? ¿Volvió a ver a su amigo? —dijo Bríd, arrojando un destello satisfecho.

Stuart se llevó el índice a la boca para pedirle silencio. Ahora los dos estaban unidos por esa confidencia.

—No, Bríd. No ha vuelto. —Se puso serio, con una espesa nube de preocupación—. ¿No me digas que…? —dijo el doctor Stuart con tono insinuante y apesadumbrado.

Bríd arrugó los labios abriendo los ojos como girasoles.

—¡Claro que no! ¿Por quién me toma? —zanjó, ofendida.

La puerta de la sala colectiva se abrió y un número de personas mayor de las que Bríd recordaba salió por ella despidiéndose de la doctora con efusivas muestras de afecto. Sus miradas se cruzaron con un chispazo cargado de severidad rencorosa. Cuando despidió a sus pacientes, pasó frente a Bríd y junto a Stuart sin saludar, golpeó con fuerza dos folios estampándoles un sello y echó un garabato.

—Señorita Kelly, debe usted firmar aquí.

Bríd se acercó, anunciando unas palabras consignadas por educación:

—Con permiso.

Firmó las dos hojas y dejó el bolígrafo sobre el escritorio.

La doctora le entregó una copia con desdén.

Bríd se imaginó a sí misma retorciéndole el pescuezo como a una muñeca de trapo. Nada en ella cambió, solo la vibración de sus pensamientos, pero fueron suficientes para suscitar una llamativa sensación de peligro en la doctora, forzando la aparición de su guardián en el despacho.

Bríd lo contempló y ese guardián a ella. De manera que ambos extrajeron conclusiones *ipso facto*.

El guardián dedujo que si podía ser visto por Bríd era imposible que representara una amenaza y ella comprendió la gravedad de dejar volar la imaginación con malicia, pues todo pensamiento salido del alma tiene su efecto más allá de lo visible. Y aprendió una lección que habían intentado explicarle otras personas tan bondadosas como insistentes, pero que ella nunca había entendido con tanta claridad como en ese momento.

Por eso decidió cambiar su actitud alargando su mano para despedirse con gratitud, porque, al fin y al cabo, la doctora había propiciado los elementos necesarios para su revelación.

Allison se quedó mirando la mano de Bríd con soberbia. Al doctor Stuart le abordó un ultrajante sentimiento de vergüenza ajena al ver cómo su expareja rechazaba su amabilidad con esa indiferencia.

—De acuerdo, doctora. De todas formas, gracias —dijo Bríd, más que acostumbrada a toda clase de desprecios.

Cogió su copia y salió de allí sin más contemplaciones.

Bajó la escalera, abrió la puerta de la calle, dobló el papel reduciéndolo al tamaño de un pañuelo y aceleró el ritmo para alejarse de ese «antro».

Una extraña voz interior la reprendió con la siguiente reflexión: «Si compartieras tu secreto con cualquier persona, te encerrarían en una habitación acolchada y te darían diez pastillas diarias. Juzgar y etiquetar te transforma en una persona prejuiciosa y simplificadora, justo en aquello que más aborreces».

Desde que estaba más «despierta», era como si esa voz consejera hubiera cobrado un renovado protagonismo. «¿Esto es lo que la gente normal suele llamar conciencia? —se debatía en una conversación mientras acudía a su albergue, con prisa para no perderse el turno de las comidas—. La gente normal, no. La gente buena». Volvió a contradecirse en su fuero interno.

Quizá por eso, sumergida en su propia conversación, tardó en escuchar los gritos.

—¡Bríd!, ¡Bríííd! —vociferaba Stuart.

Se dio la vuelta y al verlo de nuevo le dedicó una ambigua sonrisa. Él se tranquilizó y recuperó la compostura, recolocándose la camisa y atusando el nudo de su corbata marrón.

—Quiero hablar contigo, Bríd. —Ella sostuvo la atención sin añadir nada—. Estuve leyendo tu expediente y he intentado imaginar por todo lo que habrás pasado, pero no he podido. —Suspiró con aliento dramático—. Por favor, Bríd, no me mires así. Déjame acabar. —Ajustó sus gafas de ver sobre su rostro y cogió aire—. Te propongo algo.

Ven a mi casa alguna tarde, ¿vale? Y juntos, tú y yo, sabremos lo que pasa. Descubriremos el origen de tus miedos, la razón de esos espeluznantes temblores. —La cogió por los hombros con un cariño desconocido—. Hazme caso, lo he visto otras veces. Tienes mucho que saber de ti. Te encontrarás mejor, te lo garantizo.

La imponente silueta del guardián de Stuart apareció tras él. Bríd lo miró con asombro, porque de día era todavía más extraordinario y llamativo. Sus rebordes tenían un finísimo y precioso margen multicolor que recortaba su contorno con el mundo. La sombra se agachó, susurrando algo al oído de Stuart y después desapareció.

—Tus secretos estarán a salvo conmigo, Bríd. Te lo prometo —añadió al esfumarse la alargada sombra de su guardián.

Un silencio se dilató entre los dos. Bríd se preguntaba si de verdad Stuart era tan bueno como parecía.

—De acuerdo. Iré esta tarde. —Lo miró con curiosidad. Con profundidad. Sabiendo que esa frase final no era del todo suya.

—Por cierto, creo que esta será la última vez que vea a la doctora Allison. El amor es ciego o, mejor dicho, nos ciega. —Él se encogió de hombros—. Yo, en mi caso, había pasado por alto muchos de sus malos detalles. Es una persona estupenda, pero todavía tiene que evolucionar y limar algunos aspectos. En fin, y quién no, ¿verdad? —Se rascó la cabeza justificándola—. De todas formas, en lo que a ti se refiere, no te preocupes por tus asuntos legales. Allison entregará el informe al juzgado y listo. Borrón y cuenta nueva.

—Muchas gracias, Stuart. Nos vemos pronto. Cuídate. —Pero no había gran ilusión en sus palabras.

Era como si Bríd estuviese triste. De alguna manera, Stuart sentía la necesidad de volcarse con ella. No en modo de trabajo, sino como si hubiera advertido la ocasión de ayudar a una joven a la que el azar jamás había brindado oportunidades.

Quizá Stuart era eso, un buscador de oportunidades. Un auténtico filántropo.

Bríd llevaba unos meses agitados. Cada día que pasaba aumentaba su brecha existencial. Era consciente de que todas las personas son únicas, pero ella se veía tan diferente al resto que comenzó a preocuparle su propio sentido de vida.

Echaba la vista atrás y se veía deambulando de casa en casa, sin encajar en ningún sitio. Las familias de acogida la devolvían al orfanato porque les aterraba su forma de comportarse. Los perturbadores vaticinios que era capaz de predecir. Las inquietantes y terribles pesadillas que narraba al despertarse a medianoche. Los cuidadores lo intentaban justificar con los clásicos terrores nocturnos, pero esas horripilantes descripciones iban cien pasos más allá.

El contenido de esas visiones era cruento, espeluznante y apocalíptico. Demasiado alejadas del apropiado comportamiento de una niña apaciguada, cariñosa y exenta de problemas. No era natural.

Y por eso ninguna de esas familias quiso ayudarla.

El altruismo incondicional es un tesoro muy difícil de encontrar. Sin embargo, ahora, a sus veintiún años, un hombre de mediana edad le tendía la mano sin esperar nada a cambio. Con verdadera pureza. Y ella caminaba hacia el albergue juvenil reflexionando sobre ese asunto, distraída en sus pensamientos, momento en que una voz desconocida le hizo aterrizar en su presente.

—Oye. Oye, te hablo a ti, pelirroja. ¡Eh, aquí! —insistía una voz clara y masculina a la altura de sus rodillas.

Bríd bajó la vista y se sorprendió al encontrar a un indigente sentado sobre una caja de cartón plegada. Lucía una espesa barba descuidada y vestía un abrigo gris desvencijado por las mangas, por donde asomaba un relleno oscuro que un día tuvo que ser blanco. Las facciones de su cara sobresalían con duras aristas famélicas y sus ojos rasgados chisporroteaban con ilusión demencial como si quisieran salir de sus cuencas.

Bríd lo examinó sin tapujos.

—Dame unas libras. Tengo hambre —exigió con mano pedigüeña, esbozando una sonrisa alocada y desdentada—. Tengo hambre. Dame algo, pelirroja. Quiero pan. Ayúdame. Qué guapa eres —insistió.

A Bríd no le hizo falta averiguar cuánto tenía encima. Lo sabía más que de sobra porque llevaba varios días reservando lo único que le quedaba: un billete de cinco libras. Abrió la cremallera y lo sacó del bolsillo lateral de su pantalón. Los miró con nostalgia anticipada mientras el hombre vivía por dentro el frenesí de su alegría.

—Dame ese billete y a cambio te contaré mi verdad.

—¿Qué verdad? —inquirió Bríd, sosteniendo el billete en su mano izquierda.

—Primero págame y después te diré la gran verdad. Pero solo a ti, nadie más puede saberlo.

Bríd recordó los pensamientos en los que iba absorta antes de ser interrumpida y le resultó irónica esa «casualidad».

—No hace falta que me cuentes esa gran verdad a cambio de dinero. Yo te doy estas cinco libras sin condiciones. Porque sí. Porque me has dicho que te hacen mucha falta y ya está. —Bríd le sonrió como ella hacía, con brevedad—. Mucha suerte, amigo.

Y le dio sus últimas cinco libras, contenta.

Él se escondió el billete por dentro del abrigo con un ansia inaudita y Bríd prosiguió su camino.

—¡Espera, por favor! ¡Vuelve un segundo!

Bríd regresó y le miró esbozando otro amago de sonrisa, con esos ojos suyos afilados con el color del sol en otoño, desconfiada y mirándole de medio lado, con pillería.

—Te voy a contar la gran verdad, porque quiero hacerlo. No por tus cinco libras —asintió convencido—. ¿Estás preparada para conocerla?

—Eso no lo puedo saber hasta que me la cuentes. Después te diré si estaba preparada o no —contestó Bríd con suspicacia.

—Bien. Esta es mi gran verdad. Tú eres como yo. Eres perfecta. —Bríd se agachó con una pierna flexionada para escuchar eso tan importante—. Verás, te diré un secreto —miró a todos lados para asegurarse de que nadie los observara—, yo no soy de aquí. Mi perfección está oculta bajo esta triste carcasa. Vengo y voy cuando me es ordenado y solo me ven quienes deben ser puestos a prueba. —Sonrió como un niño travieso—. Hay más como yo y adoptan distintas formas, pero la verdad es siempre la misma.

—¿Qué verdad? —preguntó Bríd intrigada, siguiendo esa mirada inquieta de sonrisa chalada.

—Que he sido enviado para medir la reacción. La perfección. La respuesta de los que

pueden verme —sentenció con seriedad pasajera y volvió a sonreír apretando su mandíbula desdentada, agitando la barba y sus pobladas cejas, retomando esa contundencia variable—. Aquí viene la gran verdad, pelirroja. Escucha con atención. Eres libre de creerla o no. —Bríd arqueó una ceja y sin pretenderlo se acercó todavía más—. Este mundo que tocamos no es del todo real. Es un teatro dinámico de baja frecuencia puesto aquí para crecer —dijo abriendo los ojos de par en par, controlando el vaivén de su cara barbuda y graciosa.

»Así es. Como te lo cuento. Penas y glorias. Placer y dolor. Abundancia y escasez. Siempre hay un motivo de superación y una responsabilidad vinculada a nuestra moral. Cada acto importa en este colegio de almas. Cada decisión que tomáis es una siembra. —El indigente abrió los ojos como platos—. Por eso puedo felicitarte. Porque veo que eres perfecta. ¡Somos iguales! —Reía entusiasmado por compartir aquello a escondidas y luego agregó—: Venga, pelirroja, ya puedes largarte de aquí. —Y meneó las manos como si espantase a una mosca.

Bríd se quedó un rato a su lado con la vista extraviada. Mascullando las palabras que acababa de escuchar, como si retornasen de un eco lejano. «Eres perfecta», repitió en su pensamiento.

Se puso de pie pensativa y volvió a agacharse junto a él.

—¿Y para qué? ¿Cuál es el sentido final de ser perfecto? —atinó a preguntar con un titubeo.

El vagabundo se echó a reír durante unos segundos, muy alegre, con una exhalación al recibir esa pregunta.

—Es muy sencillo. Hay un lugar mágico después de este en el que nadie se preocupa por las intenciones de los demás, ni existe nada que temer, porque se ha logrado la más pura perfección. Es un plano donde prevalece el sentimiento de amor en todas sus formas. Yo vengo de ese lugar. Vengo buscando… Bueno —refunfuñó algo incomprensible—, ya te he contado demasiado, pelirroja. —Apretó sus encías enfadado —. Ya eres dueña de mi verdad. —Y miró para otro lado.

—Gracias por contarme su verdad. Mucha suerte, señor.

Se levantó y él le hizo un gesto de vaivén.

—¡Largo de aquí, tulipán *colorao*! —dijo con el dedo levantado, sin dejar de reír, mordiéndose los labios y la barba, escondiendo esos ojillos hundidos en alegría.

Bríd caminó unos pasos y dobló la esquina cinco libras más pobre. Acababa de dar el último dinero que le quedaba. Y mientras andaba su mente arrojaba pensamientos contradictorios.

Palpó sus bolsillos y se dio cuenta de que en ese momento ella tenía menos que aquel vagabundo desgreñado, pero luego descartó esa afirmación. Ella tenía dónde comer y dónde dormir y aquel tipo no. Además, darle el dinero fue lo que le dictó el corazón y a cambio recibió su alocado secreto.

Era poca cantidad, o eso parecía, pero era todo lo que Bríd tenía. Se sentía generosa y bien consigo misma. Ese hombre lo necesitaba. Miró su reloj y apretó el paso. Tenía que llegar al albergue o perdería el turno de las comidas. Se sentía bien. Se sentía genial.

Estaba contenta porque alguien le había dicho que era perfecta.

CAPÍTULO 18. **ENLAZANDO REALIDADES**

- *BELFAST (IRLANDA DEL NORTE), OTOÑO DEL 2009*

- *DIECISÉIS AÑOS ANTES DE EL COLAPSO*

Siempre comía sola. Los demás jóvenes la habían etiquetado como persona conflictiva, de mal carácter y, como decían ellos, siempre metida en líos. La policía había ido a buscarla decenas de veces al albergue y nadie quería acercarse a alguien así.

Allí vivía Bríd desde hacía unos meses. Su intimidad discurría entre el espacio de una taquilla doble para sus escasas pertenencias y la cama de abajo de una litera. Por las noches, al echar la cortina y encender la luz de cortesía, la atmósfera de esa burbuja individual se transformaba en su pequeño universo. Su diminuto hogar. El resto de las estancias, como la sala de la colada, el salón y el comedor común, que es donde estaba en ese preciso momento, se compartían con un ambiente de ánimo poco halagüeño. Sombrío y desvaído.

Mientras ella terminaba su postre, un típico pudin de musgo carragenano elaborado con algas rojas de las costas irlandesas, imaginaba su cercano porvenir y se preguntaba por cuánto tiempo seguiría viviendo esa existencia tan solitaria. Había tenido nuevas revelaciones que daban sentido a lo que le estaba ocurriendo, pero también era consciente de que eso la alejaba del mundo convencional. Era un sacrificio fácil de aceptar; su vida había estado repleta de cambios constantes, cambios que le habían impedido crear lazos afectivos.

Sentía una nostalgia profunda al comparar su infancia con otras y se preguntaba qué fuerzas invisibles habían dictado que eso fuera así. Qué Dios, si es que existía alguno, querría para alguien una vida tan desgraciada y carente.

Se dio cuenta de que llevaba un rato estrujando el panecillo de la comida. Estaba enfadada. No lo entendía. Ella procuraba seguir los preceptos inconfundibles que resonaban en su interior ayudando en secreto a tantas y tantas personas. Ya tenía la confirmación sobrenatural de que sus intuiciones eran verdaderas; pero, en cambio, eso no alteraba el producto final. El premio para ella era meterse en mil jaleos, dar cientos de explicaciones, no vivir tranquila y luego soportar el pesado yugo de la soledad. «No es justo», se dijo en voz alta, apretando los dientes.

El panecillo parecía vivo. Era como si luchase por recuperar su forma original, la de antes de ser aplastado por la inclemente mano izquierda de Bríd. Quizá sus ojos la estaban engañando, porque el pan parecía un corazón latente, rellenándose de sí mismo. Lo cogió en sus manos, esta vez con delicadeza y lo observó de cerca. Una idea absurda, como una afirmación oxidada, le recordó que todas las cosas tienen su esencia. Un propósito de vida. «Perdóname, pequeñín», musitó en voz baja y le dio un beso con sus labios mullidos. Al abrir los ojos, el panecillo había recuperado su forma

por completo. Cogió un cuchillo, le dijo «gracias» y lo partió por la mitad, untándole mantequilla.

Tenía el sabor más acentuado a pan que había probado desde hacía tiempo y ese lance reñido entre la cordura y lo intangible le hizo entender el valor de respetar las formas, las esencias y, lo que era más importante, ser agradecida.

Su manera de pensar comenzó a girar de rumbo. Quiso centrarse en aquello que sí tenía y valorarlo. Tenía salud, un techo, una cama litera, comida, agua caliente, etc. Y tenía un don; no sabía qué hacer con él, pero era algo único. Reconoció que emplearlo le aportaba felicidad, aunque sí, follones también, pero esos tejemanejes también la habían conducido al doctor Stuart. Dio las gracias también por haberlo encontrado. Él fue quien abrió la puerta de las respuestas. ¡Eso era! Tenía que volver a hablar con el doctor, someterse a su terapia.

Recogió su bandeja con la idea de volver a abrir el baúl de sus secretos, cuando el sonido de un grito indescriptible y apabullante puso sus pelos como escarpias.

—¡¡Socorro!!

La bandeja de metal se le cayó al suelo provocando un estruendo colosal, aunque mil veces más bajo que aquel grito.

La respiración de Bríd se aceleró insuflando el aire sin control, recogió la bandeja con rápida torpeza y miró a todas partes buscando el origen de tan angustioso alarido. El rostro expectante de los comensales regresó a sus comidas como si nadie más hubiese escuchado esa llamada de auxilio. Dejó la bandeja en la mesa y se apresuró a salir de allí lo antes posible. «¿Me estaré volviendo loca?», se preguntó por un momento, remirando las salas del pasillo hasta la salida. Entonces lo vio con claridad meridiana. Una enorme silueta negra y opaca resaltaba en el exterior con impresionante vacío.

Bríd corrió hacia fuera. A su encuentro.

—¿Eres tú el enlace? Te necesito.

Bríd se detuvo ante la sombra alargada recuperando el resuello, calmándose del susto. Algunos viandantes la miraron con extrañeza, pero ninguno quiso interesarse por ella.

—¿Enlace? Supongo que vienes buscándome. Aquí me tienes, pero necesito poner algunas condiciones.

Una de las cocineras del albergue, que fumaba un cigarrillo sentada en la puerta de servicio, la observó hablando a la nada.

—El tiempo se acaba. No puedo hacerlo solo —sentenció el oscuro ser frente a ella.

Bríd comprendió que la urgencia no dejaba espacio a sus exigencias.

—Guíame. ¿Qué debo hacer? —atajó sin rodeos.

El guardián dio una zancada hacia ella y posó su mano en el pecho. Casi se desmaya de la impresión. Se sentía morir, le faltaba el aliento y notaba cómo su corazón desfallecía bombeando pausado con pulso vencido. Cuando la enorme sombra retiró la mano de su pecho, Bríd dio una bocanada de aire como si acabara de emerger de las profundidades marinas.

La cocinera no salía de su asombro, contemplando las extrañas reacciones de esa joven de cabellos cobrizos. Tiró lo que le quedaba del cigarrillo disparándolo a la distancia con el dedo y se metió para dentro, no fuera a ser que al final se viera envuelta en algo turbio con aquella estrambótica joven.

Tenía que llegar cuanto antes. Era algo que Bríd no podía entender, se escapaba de los límites racionales que a todos nos han inculcado. De pronto, con lo que acababa de hacer el guardián, no hizo falta explicaciones. Bríd sabía dónde estaba su protegido. Se vio tirada como él, en el suelo, con el rostro posado sobre una alfombra estilo persa, casi desmayada, inmovilizada por debilidad extrema, deshidratada e impotente como para pedir ayuda.

Ahora sí comprendió la urgencia de la situación.

Estaba lejos del lugar, pero no se le ocurrió otra cosa que emprender una carrera a pie tan aprisa como pudo. La sombra reapareció al final de la calle. Su voz retumbó en su interior de un modo tan potente, nítido y directo que era imposible que esas palabras viajaran por el canal habitual del sonido. Fue tan contundente que todo su cuerpo vibró.

—Nunca llegaremos así.

El guardián le dio la espalda y se puso en medio de la calzada urbana con las manos dirigidas al vehículo que venía hacia él. Sin explicación aparente, el coche se detuvo y un conductor joven y repeinado salió, yendo hacia la parte trasera; mirando bajo el coche.

—¿A qué esperas? ¡Vamos, el tiempo se agota! —dijo el guardián con tono impaciente.

—Pero… yo… yo no sé conducir —terminó por decir Bríd, avergonzada.

—Yo me encargo de eso. Ponte al volante. —Eso era justo lo que Bríd quería evitar y la única condición que quiso imponer a ese guardián.

Necesitaba no meterse en más líos ni follones con la justicia. Por un instante, se vio a sí misma paralizada como una estúpida, pero reaccionó sin volver a hacerse preguntas, movida por la fe.

Se montó en el coche, que tenía la puerta abierta de par en par. Era un bonito BMW de color gris ceniza cuyo motor sonaba ronco y entrecortado, como estropeado. El interior olía demasiado a cereza. Cerró la puerta y la mayor parte del sonido exterior desapareció por arte de magia. Luego cruzó los dedos para que ese joven vestido como un esnob estuviera mirando los tubos de escape durante horas, porque ella no sabía ni cómo empezar a mover esa máquina.

Allí sentada, tan pegada al suelo, la silueta de esa impenetrable sombra acercándose le pareció gigante. Su mano negra atravesó la ventanilla y, con ella, una energía inconmensurable tocó su alma como una corriente eléctrica.

Algo acababa de cambiar. No fue anodino ni dudoso. Inexplicable para ella y sin lógica aparente, conocía el funcionamiento de todos los mandos del coche y por dentro sentía la seguridad de un experto al volante. Todavía no lo sabía, pero acababa de incluir en su bagaje la experiencia de cientos de horas de competición.

—Uno de mis protegidos es piloto de *rally*. Por una vez, va a devolverme el favor. Vamos, corre —dijo la perturbadora y profunda voz de ese guardián.

Con esa información interiorizada en un santiamén, apretó con su mano izquierda el cuero de la palanca de cambios, pisó el embrague y metió primera revolucionando el motor hasta el punto justo que le indicó su afinado oído. Hizo una salida vertiginosa y sin pérdida de tracción.

Se abrochó el cinturón tensándolo con fuerza contra su hombro y la cintura. El dueño del coche se levantó sobresaltado al escuchar el acelerón. Lo único que alcanzó a

distinguir fue unos colorados mechones agitándose en el reflejo de su espejo retrovisor. Bríd ya no veía la alargada silueta del guardián por ningún lado, pero sabía que estaba con ella en todo momento.

Disfrutaba como una niña. La sensación de velocidad y el empuje del coche hacían una explosiva combinación arrolladora. Redujo a tercera y el coche emitió un sonido filtrado y brutal, hambriento por dar su potencia.

—No frenes. Acelera. Sáltate el disco sin aminorar. —Bríd veía coches atravesando el cruce y el miedo a la fatalidad asaltó su conducción—. ¡No hay tiempo!

Bríd redujo a segunda y pisó el acelerador a fondo hundiéndose en el escaso mullido del asiento del conductor. Cambió a tercera de nuevo sintiendo un vacío trepidante dentro de sí misma.

Si alguna vez había pensado en un acto de fe, nunca sospechó que fuera algo así.

Pasó bajo el semáforo como un relámpago seco de verano y metió cuarta por la recta, alcanzando una velocidad mortal y temeraria. El suelo temblaba antes y después de su paso, agitando papeleras y muestrarios de escaparates. Pasó de cuarta a segunda frenando y acelerando a la vez para no perder fuelle en el giro de esa calle. La propulsión trasera del coche la sujetaba con delicado equilibrio sobre el asfalto, desprendiendo un aroma a neumático castigado que se adentró en el habitáculo ocultando el incómodo olor a cerezas, corrigiendo la dirección a contravolante. Pisó el embrague y el freno con todas sus fuerzas, midiendo la parada con precisión. Puso la palanca en punto muerto, echó el freno de mano y se bajó enseguida.

Estaba frente a un portal arruinado por el paso del tiempo.

Corrió hacia la entrada. Llamó a todos los porteros automáticos y una voz femenina, un tanto añeja, preguntó:

—¿Quién es?

—¡Yo! —respondió Bríd, sin pensarlo demasiado.

Un milagroso sonido eléctrico y estridente sonó junto a la inquieta mano de Bríd.

El portón de entrada a la finca chocó con violencia contra la pared, intentando reconciliarse con el muelle del cierre mecánico al tiempo que ella volaba escaleras arriba, hasta la tercera planta.

La puerta de la vivienda desembocaba en un alargado y angosto pasillo que había recorrido a toda prisa. Se detuvo a mirarla. No había remedio. Cuatro cerrojos bloqueaban su apertura.

—Vamos, lo haremos. Coge carrerilla.

La alargada silueta y su compacta oscuridad se colocaron con las manos contra la puerta.

—¡Me romperé los huesos!

Bríd alzó la mirada hacia aquella perturbadora sombra sin esconder un aire derrotista.

—Si piensas que te romperás los huesos, sin duda eso será lo que ocurrirá, pero si confías en mí, en lo que podemos hacer juntos, atravesaremos la puerta como si fuera papel de cebolla. ¡Confía! Ese hombre no puede morir. No está previsto —le dijo el guardián.

Bríd retrocedió todo lo largo del pasillo contemplando que su papel decorativo de tréboles irlandeses se encontraba desmañado y apagado, con ausencia de grandes trozos que dejaban la pared al desnudo en un signo de escasez por su extensión,

donde ella aprovechó la distancia para coger el máximo impulso.

Adelantó su pie derecho, cogió aire y empezó a correr con todas sus energías notando cómo la imagen de ese estrecho pasillo rebotaba en el interior de sus ojos.

Iba todo lo rápido que le permitían sus piernas y, cuando vio que le faltaba algo menos de dos metros, colocó todo el lateral de su cuerpo para estrellar el hombro contra la puerta, protegiéndose el rostro con el brazo izquierdo y cerrando los ojos para el impacto.

Algo misterioso ocurrió. Sintió con nitidez cristalina cómo se adentraba en la esencia del guardián y cómo una energía poderosa blindaba su carne de un modo denso e inquebrantable. Una lluvia de astillas saltó como en una explosión junto a ella a la vez que rodaba por la extensión de otro pasillo diferente. Ese nuevo tramo estaba empapelado con geometrías victorianas verdes, por fin dentro de la casa.

Un intenso olor a gas penetró en su sentido del olfato. Se apresuró a cerrar la llave de paso de la cocina y abrió las ventanas. Un señor mayor, con algo más de sesenta años, yacía semiinconsciente en el suelo de su salón. Sus ojos orbitaban sin rumbo y boqueaba como un salmón moribundo sacado del agua.

—Se va a poner bien. Tranquilo… Respire… Su guardián ha venido a salvarle.

Lo colocó de lado para que su lengua no trabara el paso del aire y abrió con celeridad el resto de las ventanas.

Al asomarse, los labios de Bríd se contrajeron con una mueca de disgusto. Un coche de policía paraba en la calle, activando sus luminosos tras el BMW.

Los temores de Bríd se hacían realidad.

Buscó al guardián, pero ya no estaba. Había desaparecido. Estaba sola. Una amarga sensación de traición azotó sus nervios de punta.

—¡Maldita sea! —se quejó a voz en grito.

Para colmo, el protegido era un terco y se obcecaba en desoír las indicaciones de Bríd. Intentaba incorporarse con visible descoordinación.

—No intente levantarse, señor. Venga, siéntese aquí y espere un poco a que el oxígeno fluya de nuevo. No sea cabezón.

El pobre hombre se esforzaba por despegar sus párpados y recuperar la conciencia plena, expulsando de sus agrietados labios una palabra susurrante. Una palabra rota.

—Aaaaaagua —dijo, acompañado de un movimiento de mano llevado a la boca.

—Señor, tengo que irme o me meterá usted en un buen lío. —Pero este repitió el gesto de manera suplicante.

Ella se levantó y abrió los armarios de la cocina hasta que dio con los vasos. Abrió el grifo, dejó correr un poco el agua y luego lo llenó. Su cabeza dio un respingo hacia arriba al escuchar el inconfundible sonido de una radio policial crepitando por el pasillo.

Dejó el vaso en la encimera, con la mano temblorosa, y se frotó la boca.

El sonido de unas pisadas lentas hizo crujir los restos de madera esparcidos por el suelo. El salpicadero metálico de la cocina reflejó con ambigüedad la apariencia de Bríd. Respiró en silencio. En esos escasos segundos, se calmó y cogió fuerzas para encarar la situación en la que iba a verse envuelta.

Trató de mantener la calma y recogió el vaso de agua para llevarlo al salón.

—¡Policía! ¡Las manos donde pueda verlas!

Bríd miró a los agentes, que blandían sus armas con decisión, levantó las manos por

encima de sus hombros y derramó parte del agua por el suelo. El anciano era ajeno a todo aquello, envuelto en su ansiosa necesidad.

—¡Aaaaaagua! —vociferó, alargando las manos al vaso como si fuera inalcanzable.

Bríd posó de nuevo su amarillenta mirada sobre los agentes, con las manos en alto, obediente.

—¿Hay alguien más en el piso? —inquirió el policía con seriedad autoritaria.

—Estamos los que puede ver, agente.

Bríd hizo un imperceptible gesto de permiso ante el incesante quejido del hombre.

El policía afirmó con anuencia muda y circunspecta, repartiéndose entre los policías su vigilancia y la requisa completa del inmueble.

—¡Despejado! —se oyó al final, mientras la boca de ese desconocido se desbordaba ingiriendo más agua de la que era capaz de tragar.

Un suspiro de alivio brotó de su garganta emitiendo una vocal alargada de placer.

El policía recogió un trozo de madera del suelo examinando el grosor, regresando a la puerta con patente perplejidad. Bríd se sintió empujada por una idea absurda y alocada, pero que dentro de sí afloraba con precisa convicción. Caminó hacia la salida y pasó junto al policía superando el umbral. Por su emisora se oía un comunicado:

—Atención a todos los indicativos, se acaba de producir el robo de un vehículo de alta gama. Se trata de un BMW deportivo de color gris… —transmitía la central de la Policía.

Ella continuó sin decir nada, caminando por el pasillo hacia las escaleras. Un miedo angustioso le oprimía el pecho a cada paso. Nunca había escapado con semejante lentitud. Era una inquietante huida hacia delante.

Cuando giró en el rellano para encarar las escaleras, no podía creer que la jugada le estuviera saliendo bien y entonces, ya con cierta ventaja, sacó el valor suficiente para mirar de nuevo hacia el fondo del pasillo.

Una oscuridad impenetrable le impidió atisbar la escena de la que huía. Una voz profunda y directa acaparó toda su atención. No era audible, no del modo convencional: las palabras vibraban dentro de ella como si fuera una potente intrusión interior.

—Vete, deprisa, no sé cuánto más podré ensimismarlos —le insistió ese guardián.

Bríd aceleró el paso bajando las escaleras de tres en tres, agarrando las barandillas verticales para girar en los descansillos sin tocar el suelo. La luz del sol bañó su piel de porcelana acalorada cuando llegó a la calle y justo ahí detuvo la velocidad de sus andares.

Otro coche de policía accedía a la contra por la calle, bloqueando la salida del coche robado. Bríd prosiguió como si nada, disimulando, sin mirarlos. Desbandándose de allí de manera discreta. Con una sonrisa contenida.

«¡Gracias! —chilló para sus adentros—. ¡Gracias!».

- *CIUDAD DE MERRITT (CANADÁ-COLUMBIA BRITÁNICA)*

- *MOMENTOS DESPUÉS*

Ken se despertó de un modo poco habitual. Esa mañana no fue como el resto para él.

Cuando abrió los ojos, se sentó en el borde de la cama con la sensación de que llevaba horas despierto, agitado y en estado de alerta.

Su compañero de equipo roncaba como un oso en invierno. Ken se puso de pie y caminó unos pocos pasos hasta el baño que estaba integrado dentro de esa elegante habitación de hotel.

«Qué sueño tan realista y extraño. No le encuentro el sentido. Los detalles del coche, mis manos…, todo era tan diferente. Eso es: yo era una mujer pelirroja y conducía por la izquierda, ¿dónde sería? Parecía… Reino Unido, ¡exacto!, un M-3 manual, con volante a la derecha».

Abrió el grifo para lavarse la cara y se miró al espejo. Entonces lo vio. Ken era un profesional de reflejos entrenados.

Algo grande, alargado y oscuro se movió fuera del baño, sin duda. Se dio la vuelta sobresaltado, con las pupilas como un búho y el ritmo cardíaco desbordado. Escrutó el entorno con valentía. Todo estaba en calma. No había nada allí. Desde luego, no a la vista de sus ojos.

El alargado trazo del guardián, serio, opaco y erguido a pocos centímetros, era una esencia intangible e invisible para él, aunque había logrado verla por el rabillo del ojo.

—No puedo permitir que sepas nada de esto, Ken. Lo siento.

La enorme sombra acarició la cabeza de su protegido frotándola y desapareció.

Ken se convenció de que la somnolencia le había jugado una mala pasada, haciéndole ver en el espejo algo imposible. No le dio mayor importancia.

Se lavó la cara y regresó a la cama. Echó un vistazo al despertador y atravesó el cristal de la ventana con la mirada. Faltaban unos minutos para que sonara la alarma. Volvió a sentarse en el borde del colchón y entonces fue consciente de que su experiencia onírica se había desvanecido por completo, como por arte de magia.

Estaba seguro de que había soñado algo muy vivo y real, pero ya no se acordaba de nada, de ningún detalle. Algo en primera persona, pero olvidado en segundos, como si nunca hubiese ocurrido. Como si nunca lo hubiese soñado. Chasqueó los dedos, enojado con su cerebro. «Tengo que dejarme una libreta y un lápiz en la mesilla para que esto no me vuelva a pasar», afirmó con una promesa que no cumpliría.

Había tenido un sueño divertido, emocionante y efímero; pero se había desintegrado como una pompa de jabón. Una distracción nocturna e imaginaria borrada de un plumazo en la fragilidad de su memoria.

O eso creyó él.

CAPÍTULO 19. **EL AVISO**

- *PARÍS (FRANCIA), OTOÑO DEL 2009*

- *DIECISÉIS AÑOS ANTES DE EL COLAPSO*

El eco de un timbre telefónico sonaba lejano, como un bisbiseo persistente y repetitivo que se iba acercando hacia su cama. El cansancio le impedía despertar del todo y tropezó por el diminuto salón de la casa como un zombi descarnado.

—¿Síííí? —Peter contestó con voz áspera y enfadada, aletargado en ese estado semiinconsciente.

—Buenos días. ¿Te has quedado dormido?

Los ojos se le abrieron de golpe al reconocer a su compañero de trabajo.

—Madre mía, Gustave, pero ¿qué hora es?

Una desagradable sensación de urgencia se apoderó de él, despertándose del modo menos pacífico que uno pueda imaginar.

—Venga, date prisa y mueve el culo. Te cubro. —Y su compañero colgó el teléfono.

Se sentía lento y vacío, cansado como nunca. Sin embargo, al observar la llave suelta de su casa sobre la mesa y la ropa usada tirada por el salón, todas las imágenes de esa noche regresaron a su presente como una manada de elefantes entrando a tropel por la cacharrería de su mente.

Empezó a faltarle el aire reviviendo los acontecimientos. La lámpara de su salón parecía dar vueltas sobre sí misma y un calor asfixiante le inundaba desde el centro de su cuerpo. Un sudor tibio recorrió su espalda congestionada y tuvo que sentarse en su suelo de parqué. Lo necesitaba.

La experiencia nocturna le recalcaba el error. Respiró varias veces comprendiendo que si no se calmaba caería redondo. Sus manos todavía estaban doloridas e impregnadas de ese betún reseco. Tras unos segundos de elaborada calma, se recompuso como pudo y recapacitó en soledad. Tenía que ir al trabajo. No podía dar la nota. Debía hacer vida normal, seguir con su rutina. «No puede ser verdad todo lo que pasó anoche», se repitió con una incredulidad creciente.

Cuando se apartó del chorro de la ducha, la bañera parecía una orgía de calamares. Ya limpiaría eso, se prometió mientras se vestía a la carrera, se peinaba con los dedos la raya al medio y cogía las llaves del coche a toda prisa.

—Se me han pegado las sábanas, ¿se ha dado cuenta alguien? —preguntó a su compañero con el rostro desencajado, ojeroso y con los pelos como la firma de un loco.

—Tranquilo, ya te dije que te cubría, ¿no? —Le miró de hito en hito con un silencio críptico—. ¿Estás bien?

—No. La verdad es que no estoy bien. Hoy no me pidas demasiado. Voy contigo, pero es como si patrullaras solo, Gustave —dijo abandonando su mirada al efecto de la

gravedad.

—Anda, vamos a desayunar, que se nota que no has tomado ni un mísero café. Invito yo.

Y le dio una palmadita en la espalda y luego otra y otra y después empezó a propinarle empellones con cariño.

—¿Has dicho que invitas tú? —preguntó Peter sarcástico, procurando desplazar todo lo que le atenazaba, fingiendo ser el de siempre.

Pretendía dejar a un lado la angustiosa experiencia que había vivido con Jean en el observatorio, detenido, viendo cosas imposibles y fugándose de las garras de la justicia. La misma que ahora defendía con su uniforme.

El abundante y delicioso desayuno de café, cruasanes franceses de mantequilla con mermelada y zumo obró el milagro. Hasta ese momento, Peter no fue consciente de que había estado remolcando la incesante sensación de moverse a cámara lenta. Reponer energías le acababa de dar una nueva perspectiva de su tormento. Una ilusoria sensación de normalidad.

Retomaron la patrulla dando el disponible a su emisora y Peter miró la parte trasera del coche patrulla. Y la vivencia se repitió en su memoria con una claridad cristalina, esta vez al lado inverso, de policía y no como detenido, pero la misma sensación, al fin y al cabo. Peter estaba agitado y asustado por lo inexplicable, oprimido por lo inverosímil de esa gente. «Extraños y singulares —se dijo por lo bajo mientras el miedo regresaba a él haciéndose más fuerte—. ¿Y lo de Jean?», no quiso pensarlo más. Notaba que al hacerlo se perjudicaba. Se negó a seguir escuchando esos decretos y se bloqueó.

Apoyado en el cristal del lado del copiloto, se miraba las manos magulladas y resentidas por su escalada de anoche, perdiéndose en los surcos marcados de las heridas, callado y taciturno, inmerso en sus propios secretos. Entonces, sin ton ni son, su compañero dio un frenazo que le obligó a posarlas de golpe contra el salpicadero. Alzó la vista reactivando su estado de alerta y lo vio. Quiso rechazarlo mirando con cara de besugo, deseando sabotear aquella obviedad inevitable.

Un chalado atizaba a manos desnudas el capó del patrulla.

—¡Vamos! ¡Venga! ¡Baja del coche! —gritaba como un enajenado mental dirigiéndose a Peter.

—¡La madre que lo parió! ¡Este tío va a chuparse el día entero en el calabozo, como que me llamo Gustave! —exclamó su compañero, que se había llevado el susto del año y bajaba a por él como un toro desbocado.

El chalado solo fijaba su mirada con expresión desquiciada en el lado del pasajero. «No puede ser verdad. Esto debe de ser una pesadilla. No, no, no, no, nooooo. ¿Qué hace este tío aquí?»; la tortura no le daba respiro a Peter.

Su compañero lo agarró por la capucha incrustándolo contra el capó. Luego le dio una patada en el interior de las piernas para que las abriera y empezó a cachearlo con brusquedad.

Peter seguía perplejo, congelado, mirándolo cara a cara, sentado como un bobalicón en el coche, sin poder dar crédito.

—¡Estás en peligro! ¡Saben quién eres! ¡Lo he visto!

El manoseo de Gustave cacheándole le resultaba indiferente. Para Peter, la realidad

volvió a temblar con otro terremoto estremecedor.

Y por fin se bajó del coche, sobreponiéndose como pudo.

—Suéltalo, Gustave. Es amigo mío. Suéltalo, por favor —le indicó a su compañero, balbuceando sin entereza.

—¿Qué dices, Peter? Casi me da un infarto por el anormal este. —Respiraba enfurecido—. ¿De qué conoces a este imbécil? —preguntó Gustave sin soltarlo de la capucha.

Con actitud derrotada, zarandeó el brazo de su compañero para que lo aflojara porque se resistía a soltar la sudadera de Jean, engurruñándola entre los dedos de su puño.

—Tenemos que hablar, ¡y ya! —voceó Jean sin tapujos—. Te van a matar. ¡Os van a matar! —Incluyó mirando a Gustave.

Algunos viandantes se pararon a curiosear lo que ocurría. Una intervención policial es siempre un jugoso plato de salsa morbosa.

—Circulen. ¡Vamos, que aquí no pasa nada! —Soltó a Jean de la capucha y se encaró con Peter—: ¿Vas a decirme de una vez quién es este idiota?

Pocas veces había visto tan enfadado a su compañero, pero, claro, cómo decirle la verdad. No podría encajarla, era algo surrealista e inconfesable.

—Es… —Peter improvisó—. Es un confite, ¿vale? —masculló al final.

Hasta Jean puso cara de asombro al imaginarse como un chivato de la policía. No es que tuviera nada en contra de ellos, pero él era un tipo de barrio y todo el mundo sabe que no hay nada más rastrero que eso. A pesar de todo, aquella descripción le iba a venir al pelo para cantar, porque cuando Peter cogió del hombro a Jean para llevárselo lejos de Gustave, este se lo impidió con vehemencia.

—No, no. Tú te quedas aquí, que quiero enterarme del rollo.

Jean arrugó el gesto, resignado, enviando una mirada cargada de reproches hacia Peter por ser incapaz de neutralizar su intrusismo.

—Vale. Te lo diré rápido. He tenido un… —Jean se detuvo un momento y se corrigió antes de acabar la frase—. He tenido un soplo. —Suspiró con una paciencia que no pasó inadvertida—. Van a atracar una importante joyería de vuestra zona. —Jean miró a los ojos de ambos—. ¿Conocéis una muy grande, con arco de seguridad y vigilante armado, repleta de vitrinas?

—Tenemos varias. Pero con vigilante armado… solo hay una —sentenció Gustave, con renovado interés.

—Vale. Pues no debéis ir a esa llamada. Es una trampa. No les interesan las joyas. —Se acercó más a ellos—. No me digáis por qué, pero lo sé. Quieren una matanza de polis y buscan a uno en concreto.

Jean aguantó un pulso visual con Peter, que parecía ir encogiéndose sobre sí mismo palabra a palabra.

Gustave se echó a reír sobremanera, burlón y receloso.

—Peter, no creerás a este mamarracho, ¿no?

Pero su sonrisa se contuvo cuando le vio llevándose las manos a la cabeza y estirarse el pelo hacia atrás, ese pelo liso y alborotado que llevaba hoy, deambulando en círculos e intranquilo.

—Jean, ¿cuánto tiempo tenemos y a qué nos enfrentamos? —preguntó a bocajarro

recobrando la compostura.

Pero él negó con la cabeza, descartando cualquier posibilidad.

Gustave se quedó asombrado ante esa inusitada complicidad y entonces fue cuando comprendió que la relación entre ellos era más personal de lo que quisieron hacerle creer.

—Olvídate.

Miró a los dos policías con cierta lástima. Parecían deseosos por acaparar más detalles. Para Jean, ambos mostraban una clara predisposición al enfrentamiento. La palabra «suicida» era un término que se les quedaba pequeño.

—¿Pensáis que ese uniforme os confiere un blindaje inmortal? He venido a toda prisa para salvarte la vida, ¿no te das cuenta? —Apuntó a Peter con el dedo, alzándole la voz.

—Mira, yo lo único que quiero es volver a vivir la vida tal y como era antes de conocerte. —Pit hablaba desde el alma—. No entiendo nada de lo que haces ni de lo que he visto. Tampoco quiero entenderlo, de verdad. Es peor que volverse loco, porque todo parece indudable y entonces te das cuenta de que no puede ser. De que tiene que haber truco, pero no lo veo por ningún lado y todo se retuerce y empeora por momentos y después vienes aquí a pedirme que deje de ser yo mismo, que mire para otro lado, que me comporte como tú. ¡Que deje de ser policía! —Peter se encaró con Jean a pocos centímetros—. ¡Pues no! No, gracias. No quiero más de eso. Aléjate de mí y olvídate de que existo.

Peter abrió el maletero del coche y sacó dos chalecos antibalas negros que estaban manchados con cercos blancuzcos de sudor.

Eran rígidos y polvorientos como la suela de un zapato usado y anticuado. Le ofreció uno a Gustave y lo hizo de un modo tan parco que rechazarlo habría sido una ofensa añadida en su estado.

Su compañero se había perdido a mitad de las explicaciones, pero volvió a comprobar que el crédito hacia su confidente era incuestionable. El veterano policía comenzó a ponerse el chaleco sin exigir más información, afanándose en ajustar los velcros sobre su orondo contorno y resoplando como una máquina de vapor mal engrasada. Luego se puso el chaquetón por encima y cerró su cremallera hasta arriba. Esa protección entorpecía sus movimientos, parecía una versión moderna del hombre de hojalata.

Entonces, de manera abrupta, como si el universo se hubiera paralizado, el ominoso comunicado se coló entre los tres oyéndose por la emisora policial:

—A todas las unidades. Servicio prioritario. Pulsador de atraco en la joyería del Centro Comercial Val d'Europe. Positivo, confirmado por imágenes de seguridad. Autores presentes provistos de pasamontañas y armas de fuego. Se reciben numerosas llamadas del hecho. Varios heridos. Extremen precauciones. —El sonido de la estática protagonizó unos segundos al viento—. Notifiquen los indicativos disponibles que se dirigen al lugar.

Apenas soltó el pulsador la operadora, Peter devolvió el comunicado.

—Indicativo Chessy-4 operativo y próximo. Nos dirigimos al punto —sentenció con sonoro torrente de voz.

—Heridos, ¿has oído, Peter? —dijo Gustave con ansiedad, mirando a ese joven de ojos azules que había vaticinado su futuro inmediato—. Ya nos dirás cómo te has

enterado, pero gracias por avisarnos. —Y Gustave le dio una colleja cariñosa.

—No puedo eludir mi juramento. Lo siento, Jean.

Peter se escondió detrás de su placa.

Quería convencerse con el falso orgullo de plastilina, excusándose para escapar de Jean y de todo lo que él representaba. No quiso rebatirle, ni llevarle la contraria ni advertirle más del peligro. No serviría de nada.

El rollizo compañero de Peter se mantuvo imperturbable por un instante, examinando con incredulidad a ese desconocido llegado de ninguna parte y del que no sabía nada, pero que había acertado en todo.

—¡Vamos, Gustave! —gritó Peter desde el lado del acompañante, rompiendo su letargo.

Por fin, los titubeos se disiparon. De cuatro zancadas se metió en el coche patrulla y salieron disparados como un cohete azul, luminoso y veloz, acudiendo a toda velocidad sin las sirenas para no delatarse.

Aquello era absurdo, una insensatez mayúscula, y Peter lo sabía muy bien. Se negaba a aceptar las señales, el contacto. Ahora prefería ignorar a Jean y rechazar el regalo que le había concedido El Orden, pero, de un modo u otro, fue él quien con su curiosidad, sus pensamientos y oraciones disfrazadas de anhelos lo había pedido. Pero no estaba preparado.

Lo que trajinaba la mente de Peter era todo un misterio para Jean.

Había elegido renunciar al don. Desecharlo. Despreciarlo. Esquivar la verdad. Esa realidad invisible para la gran mayoría. Desentenderse de la certeza de que hay energías conscientes que nos rodean, que afectan a nuestra existencia e influyen en nuestro bienestar, en nuestra seguridad. Sin más, Peter rechazó la responsabilidad que acompaña el privilegio. Renunció a su don y a todo cuanto tuviera que ver con él.

Entretanto, Jean alzó la mirada al cielo en busca de auxilio divino y entonces se acordó de la burbuja traslúcida que vio por la noche, pero esta vez no estaba ahí. «Igual nada se cumple. Otras veces ha ocurrido», se dijo, poco convencido.

Debía llegar al lugar de sus visiones lo antes posible. Evitar el daño. Pese a todo, sentía la obligación de ayudar. Algo dentro de Jean se agitaba al pensarlo. Se había equivocado con él. Por primera vez en la vida, había tenido la sensación de no ser único. De compartir el peso de su secreto y repartir esa carga con alguien parecido.

Se había equivocado. Es decir, lo había encontrado; pero en el ejercicio de su libre albedrío este había decidido vivir solo en el plano tangible y alejarse de todo lo demás. Incluso a sabiendas de la advertencia de un peligro mortal.

El dilema para Jean era titánico. No podía meterse en el cuerpo de otro y exponer a un tercero a una situación tan comprometida. No sería justo. Debía ir a ayudarle en persona. No se veía capaz de luchar contra la crueldad que había visto en su sueño. Pero, con todo, tampoco tenía otra opción.

La culpa pesaría menos si lo intentaba. «Si se sacrificaba», se corrigió.

Nunca tuvo instalada una expresión tan gélida y seria en el rostro. El carácter de Jean había cambiado por completo. Ya no se trataba de hacer una pintada en un tren o asaltar un observatorio indefenso. Se enfrentaba a unas entidades materiales desconocidas, organizadas e implacables. Hostiles. Y lo peor de todo: no sabía nada de ellas.

Cuando vio a ese autobús acercarse haciendo su parada a unos cincuenta metros, a Jean se le ocurrió una alocada idea. No podía quedarse de brazos cruzados.

En los momentos críticos, cuando las decisiones y los actos pueden cambiarlo todo, solo hay algo más grave que una mala acción: una omisión. Y, por supuesto, Jean no era de los que se quedaban al margen. Así es que corrió tan fuerte y rápido como pudo para llegar a coger el bus urbano igual que cuando escapó de Peter aquel día, solo que esta vez no huía de él. Hacía lo contrario.

El conductor aguardó en la parada mientras subía el pasaje observando cómo se afanaba Jean para llegar a la carrera. Parecía que le esperaba con gentileza, retrasando el inicio de su marcha, pero cuando ya le faltaban pocos metros, el conductor cerró la puerta frente a sus narices y exhibió una sonrisa burlona y malévola, señalándole entre risas, como si le hubiese esperado solo para eso.

Había escogido el peor día para esa pequeña perversidad. Una fuerte patada desde fuera bastó para abrir la hoja de una de las puertas acristaladas. Con astucia y agilidad, Jean metió medio cuerpo dentro y la empujó, subiendo por los escalones con expresión circunspecta, como un bicho furibundo.

El chófer se levantó de su asiento, tensionado, encajándose junto al rincón de su cabina.

—Era una broma. Tenía pensado abrirte la puerta.

Estaba aterrado por el perturbador comportamiento de Jean, pero, sobre todo, por la truculenta expresión que portaba en el rostro.

La situación ya no le resultó divertida.

—Dígales a los pasajeros que se bajen del autobús y después haga usted lo mismo.

Jean sentía la incertidumbre de los viajeros, que, atónitos, clavaban sus miradas en él sin sospechar lo que ocurría.

—Llamaré a la policía. Márchese ahora que puede —atinó a decir el chófer, sin corregir su tono quebrado e inseguro.

—La policía tiene cosas más importantes que hacer ahora mismo. —Lo miró con cierta pena anticipada—. Lamento que tenga que ser así —añadió.

Jean estiró el brazo hacia el conductor, que se apartó como pudo sin posibilidad de retirada, intentando bloquear el contacto con el codo. Pero una vez que Jean lo tocó, anuló toda su voluntad y control.

El conductor se levantó erguido y comprobó su uniforme, como si no estuviese acostumbrado a llevarlo. Recolocó su corbata, del modo en que se hace cuando a alguien le agobia en el cuello, y luego la estiró sobre la curva de su abdomen mirándose la panza con extrañeza. Después se dirigió al pasaje, abrazándose al joven con el que había discutido y con el que ahora, por sorpresa, parecía llevarse de maravilla:

—Señoras y señores, ha ocurrido un percance. Vayan bajando del autobús de manera ordenada. Hagan el favor —les indicó Jean, alzando la voz desde el cuerpo del conductor.

Empezó a tocar todos los interruptores que había sobre el panel izquierdo, junto al volante, mirando lo que pasaba al hacerlo. Jean tenía prisa, mucha. Las luces interiores se encendieron por error y por fases hasta que pulsó unos botones verdes y redondos y las puertas se abrieron. Fueron bajando todos los pasajeros, entre murmullos quejosos

y afirmaciones indignadas, malhumorados por la pésima calidad del servicio.

Enseguida soltó al conductor y este recobró el control de su cuerpo, dibujándose en su cara la mayor expresión de espanto que uno pueda imaginar, huyendo con su terror tan lejos como pudo.

—Lo siento, amigo. No había más remedio. ¡Venga! ¡Adiós! —Jean le veía correr aterrado—. ¡No te lo tomes así! ¡Que era una broma! —dijo Jean.

El conductor acababa de experimentar la mayor impotencia y el peor desasosiego que una persona corriente pueda padecer, por eso su única intención era alejarse tanto como le fuera posible.

«¿Era broma?», dijo Jean otra vez para sí, resignándose a la idea de que la maldad está por todos lados, «en cualquiera», recapacitó sentado a los mandos de ese autocar.

El sillón del conductor parecía vivo, subía y bajaba de un modo juguetón. Y tampoco se molestó en cerrar las puertas. Contempló el panel de instrumentos sin entender por qué un autobús tenía tantos controles. Unos pulsadores con números y las letras D, N y R brillaban frente a él en tono ámbar. Pulsó la tecla D y el autobús dio un respingo agitado hacia delante como si estuviera bloqueado. Una palanca abatible rezaba la palabra *«Break»*. Invirtió su posición y el autobús empezó a moverse emitiendo un silbido voraz.

Cuando Jean miró por los retrovisores, sujetando el inmenso volante, le pareció que aquella bestia blanca y verde era gigantesca.

Y dudó de lo que estaba haciendo.

CAPÍTULO 20. **INEVITABLE DOLOR**

- *PARÍS (FRANCIA), OTOÑO DEL 2009*

- *DIECISÉIS AÑOS ANTES DE EL COLAPSO*

Dobló la esquina por donde había girado el coche patrulla y un estruendo sonó por el costado del autobús con una sacudida bestial. Cogió el volante con fuerza y lo enderezó sobre el carril de la calle haciendo un ejercicio de puntería colosal. Otro coche de policía le salió al paso derrapando a toda velocidad desde una pequeña bocacalle. Jean levantó el acelerador pensando que vendrían a por él, pero no. Proseguían su alocada marcha con los lanzadestellos, veloces como un relámpago, frenando y acelerando con brusquedad entre peatones y conductores que se terciaban como obstáculos en su destino.

Jean dedujo que ese otro coche de policía acudía también al lugar de la llamada del robo en la joyería. No podía permitirse perderlo de vista.

El claxon del autobús graznaba como un dragón enfurecido entre un ejército de hombres. Los golpes y los brincos se sucedían al subirse por las aceras, arrancando de cuajo papeleras, arbustos y señales.

—¡Aparten! ¡Quítense del medio! —gritaba Jean al volante, sin posibilidad de ser oído.

El arañazo de un camión de reparto se extendió por los cristales del autobús tronando con el chirrido de una afilada tiza contra una pizarra de colegio. Necesitaba seguir al coche patrulla como fuese. Era su guía para llegar junto a Peter.

El asiento en el que iba sentado rebotaba como un muelle de circo haciendo chocar sus muslos contra el volante. El coche patrulla al que trataba de seguir entró por una avenida perdiéndose entre medias de los edificios y el freno del autobús resoplaba con alaridos monstruosos. Se abrió un poco para encarar la calle, pero calculó mal y se llevó por delante gran parte de la valla metálica que separaba la calzada. Las chispas saltaron frente a sus ojos y la enorme luna del parabrisas comenzó a agrietarse como una telaraña.

Por fin reconoció el escenario. Los vehículos de la Policía se apostaban frente a la entrada que había soñado esa misma noche. Debajo del cartel del centro comercial, unos hombres armados y ataviados con pasamontañas disparaban a matar ráfagas de artillería automática. Las secuencias de disparo se escuchaban con sonidos sordos y repetitivos. Los agentes se escudaban tras la burda protección de las puertas de sus coches, disparando con sus pistolas por el hueco de las ventanillas. Pistolas que parecían de juguete frente a sus fusiles de asalto.

Jean se sobrecogió de miedo. Barruntaba la tragedia.

Pero el motor de su autobús rugía por la trasera a toda marcha, impulsando sus

toneladas con una agilidad sorprendente mientras Jean pisaba a fondo el acelerador, apretaba los dientes e incrustaba los dedos en el volante preparándose para el impacto con valentía. Fue entonces cuando el tiempo pareció detenerse. Los fogonazos se repitieron de un modo ralentizado en su dirección y las vainas de los cartuchos salían expulsadas con lentitud. Una enorme sombra protectora apareció dentro del autobús. Fue como un polizón inesperado, un visitante fugaz. Y le observó durante lo que parecieron unos segundos elastizados; pero, en realidad, fue un brevísimo instante, un pestañeo, y entonces volvió a esfumarse, como si viniera de otra parte. Como si hubiera ido allí para cerciorarse de algo.

Aquello perturbó la concentración de Jean.

Unos agujeros por los que cabría el pulgar empezaron a surgir en la luneta delantera del autobús. Jean veía las esquirlas de vidrio repiqueteando a sus anchas por el interior, intentando esquivar el apetito carnívoro de esas balas, intentando sobrevivir a esa violencia caótica.

Lejos, muy lejos de allí, unos segundos antes y a más de mil kilómetros de distancia, una joven pelirroja empezaba a sentir una intranquilidad como nunca había vivido. La sensación se transformaba en miedo y era tan real y, a la vez, tan injustificada que tuvo que apoyar la mano sobre una pared de ladrillo rubicundo. Su corazón martilleaba bajo el pecho como un puño enfurecido e implacable, buscando salir de su cuerpo. Su respiración bullía del mismo modo que un fuelle desbocado y la blanquecina piel de su frente comenzó a perlarse con minúsculas gotas de sudor, brotando y resbalando por sus pecosas mejillas coloradas con el sonido duplicado de unos latidos salpicando sus sentidos.

Decenas de sombras alargadas convirtieron el día en noche alrededor de Bríd. La observaron y de inmediato desviaron su oscuro rostro hacia el cielo, como si supieran algo que no pudieran compartir. Y una de ellas desapareció unos segundos y después regresó.

Era la sombra de Stuart.

El autobús reventó una rueda al subir los escalones a esa velocidad y se empotró contra la gigantesca pared de cristal tintado, esquivando en el último momento a los imperturbables ladrones, que, como autómatas impasibles, prosiguieron disparando hasta el momento en que se estrelló. El impacto sin cinturón de seguridad fue brutal. Cientos de fragmentos de metal, cristal y plástico salieron disparados en todas direcciones sonando como una bomba.

Aturdido, seguía oyendo voces y disparos de contienda urbana. Jean se levantó del asiento como pudo. Espesas gotas avellanadas se iban derramando por el estrecho pasillo de ese autobús y la boca se le llenaba de un horrible sabor metálico que tuvo que escupir porque la abundancia líquida se le escurría por los labios sin permiso. La fea mancha le preocupó. Parecía que su boca se hubiera extendido más allá de los confines alcanzables. Se tocó y estaba hinchada como una pelota de playa y entonces su campo de visión comenzó a teñirse de un rojo purpúreo.

Se pasó la manga por las cejas y un peguntoso fluido sanguinolento se adhirió a su ropa dando paso a un doloroso escozor que no pudo ignorar. «Después, después. Tengo que salir de aquí. Debo proteger a Peter», era todo lo que oía dentro de sí mismo, una y otra vez.

Unos cristales crujieron tras él anunciando la presencia de compañía en el autobús. Cuando se dio la vuelta, pudo mirar los ojos de ese desconocido. Era un hombre vestido con ropa táctica y pasamontañas, iba armado con un fusil de asalto reforzado con un chaleco militar repleto de cargadores y una pistola enfundada en el pecho. El equipamiento parecía recién comprado, con una pulcritud que pasaba inadvertida a simple vista, pero que definía un signo diferenciador.

El tipo escudriñaba a Jean sin dejar de apuntarle, con la lectura intrigada de quien encuentra un elemento fuera de lugar y se explaya en ese elemento desacorde. Y Jean la reconocía. Supo que era la misma expresión definida y deshumanizada que había percibido la noche anterior.

—¿Quién diablos eres tú y qué haces aquí? ¡Habla!

Un disparo de su fusil impactó tan cerca de Jean que notó la penetrante vibración del proyectil contra el suelo.

Le importaba poco matarle o no; pero, por alguna razón, prefirió preguntar antes de hacerlo.

—Eso mismo querría saber yo de vosotros. Vuestro aspecto. Vuestra mirada vacía y desalmada… no es de aquí. —Su entonación brotaba de la laringe, transportando un dolor roto por las heridas.

—¿Lo habéis oído? La cosa mejora por momentos.

Jean miró a sus orejas, pero no pudo ver ningún auricular o equipo de transmisiones.

—Sé que habéis organizado este numerito para tender una trampa a mi amigo, el pasmuti cabezón. —Tuvo que volver a escupir la mezcla de sangre con babas que se le acumulaba bajo la lengua—. Si os marcháis ahora… Si le perdonáis lo que quiera que os haya hecho, no habrá represalias. Nos olvidaremos de todo esto y cada uno se irá por su lado, tan contentos.

Jean se llevó la mano al labio inferior y palpó la inflamación que le impedía hablar como es debido.

Le costaba respirar y el cuerpo le dolía del mismo modo que si se hubiera caído desde un tercer piso. No era el momento de hacerse un chequeo «Más tarde. Después, después», repitió de nuevo esa frase en su cabeza como si fuera un mantra.

Un silencio inapropiado se apoderó de la escena, como una burbuja de paz entre la tempestad. Fuera, a pocos metros del bus, el incesante intercambio de balas no daba tregua a ningún bando. La calma e indiferencia del sujeto que estaba frente a él no se ajustaba a un comportamiento natural. Y entonces dio un par de pasos más hacia Jean ajustando la dirección de su cañón para no errar el tiro de gracia.

Él se cubrió el rostro con brazos y piernas, agachándose a la desesperada, en posición fetal. Su agitada respiración rebotaba en sus extremidades devolviéndole el estresante olor de un aliento aterrado. Le dio tiempo a pensar que ese era el final de todo. Su hora marcada.

Iba a tener un desenlace miserable, precipitado y grotesco a manos de un violento desconocido de ilógicas intenciones y apático comportamiento.

Entonces abrió los ojos, porque el tiempo discurría sin novedad, aunque tenía miedo de hacerlo. En su barrio siempre se había dicho que la bala que te mata es aquella que no se oye y él solo escuchaba su propia respiración asustada, hiperventilando. Ese tipo alto y musculoso, de angulosas facciones tras el pasamontañas, había vuelto tras sus

pasos pisoteando los cristales del autobús junto a su entrada. Oteaba el horizonte con una mirada cargada de incredulidad. Expuesto en la línea de tiro de los policías como si algo no marchara como cabía esperar.

Sin esperarlo, un estallido gelatinoso de sangre embadurnó con viscosidad la mampara del conductor. Una deshilachada abertura húmeda apareció a la altura de su nuca por la tela de su verdugo. Durante un breve momento, que transcurrió con perturbadora eternidad, permaneció impávido como si nada hubiese ocurrido. Luego se desplomó hacia delante cayendo por la escalinata del autobús.

Jean se frotó el rostro con desesperación, con las manos resbalando por su piel. Impactado por lo que estaba ocurriendo, casi en estado de *shock*, no pudo mitigar el temblor de sus manos, de todo su cuerpo. Un miedo incontrolable empezó a crecerle por dentro mientras ese pánico le freía la razón con pensamientos fatalistas y preguntas sin respuesta. Aquellos emisarios de la muerte habían dejado a Jean indefenso y acurrucado. Acobardado. Abrumado por una realidad desbordante, confusa, despiadada y violenta.

Ese no era su mundo. No, no lo era. Se había adentrado en un terreno baldío y peligroso. Serio. Un conflicto incoherente y desolador de consecuencias irremediables y sinsentido, preñado del ostensible reclamo que adquiere el terror.

Sus manos sangraban y sentía la lengua hinchada. No calculaba las distancias al andar, pero persistía en avanzar, con las manos en alto y al descubierto para no ser confundido. Él no se daba cuenta, pero donde debía estar su ojo izquierdo solo podía verse una masa de carne líquida hinchada, morada y llorosa. Terminó cayendo al suelo, tropezando junto al cadáver del hombre que momentos antes le apuntaba con su fusil y que ahora yacía inerte sobre el asfalto, con un agujero trepanado por el que fluía sangre sin presión.

Y tropezó de nuevo al levantar.

Una ingente cantidad de gritos sordos seguía deambulando junto a él, como un aluvión de avispas de advertencias omisas y huecas, caminando, arrastrando su pierna hacia el lado contrario de la calle, boqueando como un yonqui saturado. Movido por el sentido primigenio e imprudente de la supervivencia. Exento de serenidad.

Aun con todo, Jean sabía adónde iba. Sus pasos eran guiados por un presagio insoportable.

Decenas de sombras erguidas hacían guardia, inmóviles y silenciosas. La energía era solemne y trágica. Ocultaban lo que Jean necesita ver. Lo que no quería ver. Atravesó la tupida cortina de oscuridad guardiana y contempló a su amigo. La expresión de Peter lucía con tez apagada y su mirada se perdía en un horizonte distante, lejos de allí, atravesando con acritud el mundo que le rodeaba. Cogía aire por la boca con un ruido estertóreo e insuficiente mientras sus fosas nasales parecían inundarse de algo que le atragantaba y que le provocaba arcadas.

Jean no se lo podía creer. Era lo peor que podía estar pasando. Inaceptable. Imposible. Su mandíbula inferior comenzó a traquetear descontrolada, sumisa ante la impotencia y la incredulidad. Era inadmisible. Su labio tumefacto se adelantó encanado, como el de un niño que se pone morado asustando a sus padres sin respirar, sin hallar el sendero del llanto. Sus pulmones se movían en un margen tan estrecho de tristeza que sus lágrimas brotaban a raudales sobre su rostro asfixiado.

Los gritos de los demás policías seguían encapsulados en el cercano alboroto. Pero Jean se agachó junto a Peter, cogiendo su mano, que estaba fría como el metal, acariciando su pelo y su cara. Besándole en las mejillas sin parar mientras repetía en voz alta, una y otra vez, esa misma frase:

—¡No te mueras, Peter! ¡No te mueras, joder! ¡Por favor, no te mueras, tío! —Su timbre de voz era desgarrador.

Aquella experiencia no fue como lo pintan en el cine. La mirada de Pit bizqueaba hacia todas partes, orbitando sobre los últimos retazos de vida con expresión aterrada y dolorosa, sin sonido. No tenía aire. Su agobio era tremebundo y sus jadeos se hacían más cortos y constantes.

Su guardián hincó la rodilla junto a él, colocando ambas manos en su cabeza. La expresión le cambió por completo. Su nariz espiró un rojizo espray sobre su uniforme, pero su gesto ya no reflejaba angustia, al contrario. Un alivio pacífico se había instalado sobre él como un bálsamo relajante.

—Se va a poner bien, ¿verdad?

Pero el guardián no contestaba. El silencio de esa dimensión predominaba sobre el incesante ruido febril de sirenas y transmisiones de radio. Jean miraba a su amigo de aspecto agonizante y moribundo, pero en un estado flotante y relajado.

—¡Dime que puedes salvarlo! ¿Por qué has permitido que ocurriera esto? ¡Dímelo! ¿Para qué huevos estáis? Malditos inútiles, ¡le estáis dejando morir! ¡Haced algo!

Él sentía cómo alguien le empujaba. Jean se zarandeaba sin soltar a Peter, ajeno al entorno, inmerso en la conexión con las sombras y la esencia de su amigo. Los policías trastabillaban con ellos corriendo de un lado a otro con las pistolas empuñadas, dejando tras de sí una estela de pavor y miedo, también de coraje y valentía. Jean recibía todo ese mejunje de emociones sobrecargado, esperando a que esa sombra rompiera su silencio. Pero no lo hacía y eso despertó en Jean sus peores augurios.

Su amigo llevaba ya un rato sin respirar y el brillo de su mirada se iba eclipsando hacia un glauco suave.

—Lo siento, Peter. Lo siento. Perdóname, tío. Lo siento. —Jean no paraba de abrazarle, de besarle.

Su cuerpo estaba laxo e inerte. El guardián se levantó, pero Jean seguía obstinado en su empeño, aferrándose a una esperanza improbable. Una brillante y diminuta esfera de luz blanquecina emergió de su pecho flotando como una pompa de jabón. Pese a ser la primera vez en su vida que veía algo así, no le cupo duda de lo que era. Fue como si algo olvidado hubiera retornado a su conocimiento consciente, pero tampoco era el momento de reparar en eso. «Después. Más tarde, más tarde», volvió a decirse.

El alma de Peter bailaba en el aire con una belleza sin igual, como una pluma mecida por una brisa agradable.

—Has permitido que muera. ¡No le has protegido! ¡Lo has matado tú! —espetó sus palabras envueltas en rabia, dolor y furia.

—Sé que es tu parte densa la que habla. Tu mente material. Si afinaras la intuición, si oyeras y vieras con los sentidos del alma, reconocerías la inapelable llamada de El Orden. Era su momento y así estaba escrito. Su propósito se ha cumplido.

—¡Era muy joven! ¡Con toda la vida por delante! ¡Un hombre justo y bondadoso! ¡La culpa es tuya! ¡De todos vosotros! —Señaló al resto de los guardianes, que, erguidos,

presenciaban la escena sin replicar.

—A veces, el verdadero sentido de una vida consiste en el impacto resultante de su muerte.

La esbelta y alargada sombra sostuvo con delicadeza la pequeña esfera brillante y ambos desaparecieron, esfumándose entre la luz del día con el resto de los guardianes.

Jean escuchó esa última frase envuelto en dolor, decepción y sed de venganza. Le pareció un cursi juego de palabras para justificarse. No podía sospechar la dimensión de su significado. Se derrumbó sobre sí mismo, como un muñeco sucio y feo al que se le acaban las pilas, sin energías. Roto por dentro y por fuera.

Entonces empezaron a pasar muchas cosas a la vez.

Un policía le obligó a girarse, dándole voces que él no alcanzaba a oír, aunque le estaba escupiendo microgotas de su saliva a la cara. La mueca de grima que puso el agente debió de ser un leve reflejo del aspecto que Jean lucía en ese momento. Cuando pestañeó con su ojo sano, el policía se dio por contento, confirmando que estaba vivo, sin evaluar nada más que eso. Luego, el agente puso dos dedos de su mano en el cuello de Peter buscando el aleteo de la sangre al correr, pero no lo encontró.

—¡Está muerto! —confirmó apretando el puño y el entrecejo por el compañero caído —. Salga de aquí. ¡Deprisa! Las ambulancias están al llegar. —Jean le miró embotado. Pestañeando con lentitud. Ido—. Sé que estás impactado, pero debes irte, hijo. Por tu seguridad. ¡Venga!

Le dio un empujón en el hombro, el policía se levantó y corrió a comprobar el estado de otras personas mientras hablaba por su radio.

Aquella atmósfera urbana se había convertido en un espantoso escenario de guerra.

—¡Compañero herido! ¡Ayudadme!

Otro policía acudió y sacaron a Gustave inconsciente.

Estaba tirado en el suelo, oculto en el lado opuesto del coche patrulla.

Cuando vio que se lo llevaban cogido de piernas y brazos, cimbreándose como un trapo, su dolor no hizo más que crecer en dimensión. Lo acercaban a una zona accesible para ambulancias donde todavía no había llegado ninguna. Necesitaba recuperar el control, comprender la magnitud de lo ocurrido. Procesar la inclemente crueldad de ese enemigo.

Miraba incrédulo el maldito desastre, esa carnicería sin sentido, extrayendo una sola conclusión: había fracasado. Nunca había sentido una derrota igual.

Macerando sus pensamientos, allí junto al cuerpo de Peter, confirmó la delicada fragilidad de la vida. Un segundo más o dos y hubiera sido acribillado por el sujeto del autobús. Empezó a sacar conclusiones inmediatas. El objetivo era Peter. Querían matarlo. Unos *flashbacks* espontáneos de la noche anterior empezaron a encajar en su cabeza de un modo casi imposible pero lógico y se hizo a sí mismo la siguiente afirmación: «Pensaban secuestrar a Peter. O matarle. O esperaban que ocurriera algo sobrenatural como ayer. ¡La culpa es mía y solo mía!». Respiraba rápido por la tristeza de lo irremediable y la frustración de no haber actuado de otra forma.

Se castigaba en exceso. Allí, en silencio, en medio de su tormenta de dolor, mientras apretaba los puños y contemplaba ese infierno con incredulidad.

Se agachó por última vez para despedirse, sabía que era absurdo, Peter ya no estaba allí. Ese cuerpo era solo una carcasa vacía, un instrumento de uso. Le cerró los ojos con una caricia suave y después pasó la mano por detrás de su cabeza, como hacen los amigos que han fomentado una relación duradera y estrecha. Un sonido tosco y metálico sonó a su lado. La tensión de la mano de Peter cedió lo suficiente y su pistola de dotación cayó junto a él.

El jaleo, las sirenas, las voces y los restos de pólvora pugnaban por ocupar el ambiente espeso y cargado de locura. No lo pensó dos veces. Cogió la pistola. En su cinturón, dos cargadores sobresalían en vertical enfundados. Desenganchó el corchete y los extrajo con rapidez. Una sensación de expolio le atravesó el pensamiento, pero se corrigió.

—Gracias, Peter. No volverán a cogerme con las manos vacías. Hasta pronto, amigo.

Se incorporó con un agudo dolor circulando por todo su cuerpo y empezó a caminar.

Al pasar por el otro lado del coche patrulla, observó otra pistola abandonada en el firme. Sería la de Gustave. No desaprovechó la oportunidad y se hizo con ella también, sin discreción, sin disimulo alguno. Nadie se fijó en Jean dentro del desconcierto desatado. Su ojo sano miraba hacia delante navegando sobre la derrota infranqueable.

En ese instante, había muchas cosas que no tenían explicación para él, pero sí tenía una cosa clara: una batalla inmisericorde y oculta se estaba librando sin que nadie se diera cuenta y ahora él lo había descubierto. Se había colado sin invitación y había salido perdiendo.

Necesitaba respuestas. Hacer preguntas. Ayuda.

Caminando como pudo, con unos dolores que se iban amplificando, prefirió ignorar sus preocupaciones. «Luego. Más tarde, más tarde», se repitió. Necesitaba salir de allí y lo hizo despacio. Paso a paso. Nadie le detuvo. Nadie reparó en él.

Más y más coches de policía llegaban desde todos los puntos de la ciudad. Era inútil. Era tarde. Todo había concluido.

Al cabo de unos minutos, empezó a cruzarse con personas de rostros severos y cariz prejuicioso, señal de que ya estaba lo bastante lejos de ahí. Entró en el metro y cogió la línea hacia su casa. El tren iba abarrotado. Cuando la puerta deslizante se cerró, una imagen reflejada en el cristal rayado entró por el único ojo que le quedaba a la vista. No podía reconocerse. Tenía la cara desfigurada. Los párpados del ojo izquierdo parecían dos globos de agua sobrepuestos y su cara estaba llena de partículas rojas pegadas a la piel.

Estuvo un largo rato mirándose, quieto. El traqueteo del tren le hizo tambalearse y su mano se deslizó por la barra en la que estaba apoyado dejando tras de sí un feo reguero de sangre marrón. Estuvo a punto de caer de debilidad, de rendición. Muchos viajeros lo vieron. Nadie le cedió el asiento. Nadie se interesó por él. Al contrario, las arrogantes miradas y el sucio pensamiento egoísta de esos «compañeros de viaje» se clavaban en su espalda como aguijones de un enjambre, pero él se mantuvo en pie, fuerte en su extenuación. «La maldad adoptando todas sus formas», sopesó, acordándose.

De camino a casa, con la mano sobre el costado, otra preocupación empezó a crecer en su interior como un pequeño monstruo al que se alimenta con anabolizantes. Tenía que alejarse de su abuelo.

No lo comprendía. Analizaba lo ocurrido y nada tenía sentido. En su sueño, terrible y cumplido, esa gente sabía dónde estaría Peter. Sabían que era policía a pesar de su retorcida fuga en la noche anterior. Le habían reconocido, identificado y ubicado en cuestión de horas y habían trazado un plan para ir a por él. O, mejor dicho, que él fuera a por ellos. Peter era su único objetivo. Habían hecho una puesta en escena para comprobar algo. Sin embargo, cuando resultó herido de gravedad, se sorprendieron y dejaron de luchar, importándoles poco vivir o morir.

Agonizante, continuó pensando en esa criatura de aspecto sintético que bajó de las alturas la noche anterior y ese enorme objeto traslúcido flotando sobre la ciudad. Jean iba atando cabos, retrocediendo sobre las migas de pan, extrayendo información inconclusa, rellenando huecos con la imaginación, tratando de elaborar una teoría que se le escapaba. «O son seres extraterrestres o es tecnología secreta de algún Gobierno», concluyó, arrastrando sus pies.

Al final, se decantó por la idea más plausible: «Deben de ser americanos o rusos. —Al oírse pensar, reconoce que es una idea absurda de conspiración y decide no dejar volar su fantasía. Quiere centrarse solo en lo que cree saber—. No puede ser nada de eso», se dice, pero lo que ha visto inunda su mente con un poso de verdad indiscutible.

Y él que pensaba que era «especial».

Bajar las escaleras de la estación de La Courneuve se convirtió en todo un suplicio. Las contusiones se han enfriado y el dolor se antoja protagonista absoluto de su percepción sensorial, pero lo que más le dolía era la muerte de Peter. Esa será una cicatriz que jamás dejaría de sangrar. Una herida incurable.

Intuye que llegar hasta casa va a ser un calvario, en todos los sentidos. No puede permitirse desfallecer. Necesita comprobar que su vida está en orden. Que su abuelo está bien.

Sus aventuras se han cobrado un precio impagable. Eterno. Creía hacer lo correcto. Pensaba que perseguía un destino mayor que él, pistas del más allá. Señales de lo invisible. Creía estar convencido de ello. Esos pensamientos destellaban en su cabeza sin cesar, sin interrupción.

Las palabras del guardián de Peter no le dijeron nada claro. Fueron ambiguas, de libre interpretación. Era como si aquella desgracia ya hubiera sido pactada de antemano, acordada con un objetivo. Qué clase de Dios, si es que de verdad existía, podía permitir algo así.

Su fe se agitó hasta los cimientos. La bondad, seguir los dictados de su intuición, las señales oníricas, aplicar el poder de sus dones. Todo había sido un error, un grave error. Sentía lástima de sí mismo. Se notaba perdido. No entendía nada y, por mucho que alguien se lo explicara, nunca lo habría entendido, porque los buenos no deben perder. Los buenos no pueden perder. «¡No!», gritó por dentro.

Y la desazón se hacía más y más hiriente con cada pensamiento tortuoso.

Un trayecto de quince minutos, como solía hacerlo Jean, corriendo y saltando con vitalidad, disfrutando de su afición al *parkour,* se convirtió en una lenta y pausada andadura a ritmo de caracol. Por fin, transcurridas más de dos horas, apoyado contra un muro herrumbroso donde se amontonaba una ingente cantidad de basura, pudo divisar el inmenso bloque de apartamentos donde vivía con su abuelo, en esa barriada multicultural de la periferia parisina. Allí malvivían, donde cualquier otro desconocido

sentiría pavor y asco, pero él se encontraba a salvo con sus vecinos. Sin miedo. En casa. Y solo quería llegar, comprobar que todo estuviera bien y descansar.

Adentrarse en la desconexión de un sueño profundo.

—Hola. ¿Eres tú? Déjame que te mire. Dame la mano —oyó de repente.

Jean parpadeaba con aletargada parsimonia el único ojo abierto por el que podía ver. Aquella señora de mirada oscura y profunda, pelo largo, larguísimo y negro como el tizón, de aspecto frío y piel pálida como el rostro de la luna llena se había acercado antes de que él pudiera notarla. Sus sentidos estaban tan apagados y él tan debilitado que, cuando sostuvo su mano entre las suyas escrutando las líneas sucias de su palma ensangrentada, solo se centró en el placer del calor que le daba ese contacto. Porque estaba a punto de desmayarse.

—Sí, eres tú —sentenció al fin con una sonrisa aquella mujer oteando las líneas de su piel—. ¡Este es el payo! Venga, echadlo a la furgoneta —ordenó, sin que Jean pudiera advertir cómo dos hombres corpulentos le agarraban por los hombros para llevárselo en volandas.

Tardó unos instantes en reaccionar, pero el efecto fue demoledor para esos tipos. Los tres cayeron al suelo, sin siquiera poner las manos para reducir el impacto del desplome. Jean quería adentrarse en el cuerpo de alguno de ellos, pero no estaba en condiciones, no pudo dirigir sus fuerzas en ello. En cambio, al intentarlo, el contacto provocó en estos la misma sensación de dolor y debilidad que él estaba padeciendo. Y no fueron capaces de soportarla.

—¡Dejadme en paz! ¡Alejaos de mí! ¡Os arrepentiréis! —exclamó Jean, procurando sacar una pistola de su cintura, metiendo la mano entre el suelo y la cadera con penosa torpeza.

—¡Baja la voz y deja de llamar la atención! ¡Estás en peligro! ¡Conseguirás que te maten! Vengo de parte de un ángel lejano —le gritó al oído susurrándole—: ¿Conoces a Stuart?

El ojo de Jean miraba a esa mujer, parpadeando a un ritmo ralentizado.

—No sé de quién me está hablando —atinó a decir Jean con la voz agrietada, aprovechando la cercanía al suelo para escupir otro abundante y denso coágulo de sangre.

La mujer pareció confundida, mulló los labios y no le dio demasiada importancia. Una larga y oscura silueta negra se recortó junto a Jean y la reconoció porque era la que se había presentado en el autobús. Su voz era tan fuerte, potente y grave que hizo vibrar cada molécula de su cuerpo sin alzar esa voz monocorde.

—La he enviado yo. Deja que se ocupe de ti. Nosotros haremos el resto. Descansa.

Otras tantas sombras oscuras y opacas se desdibujaban tras ella en un visto y no visto.

—Acaba de estar aquí. ¿Lo has sentido? Yo le he notado —inquirió la señora, esperando con expectación.

Jean asintió varias veces, cerrando ese ojo por el que se le escapaba una lágrima de sufrimiento, pero también de amor. De agradecimiento por ser ayudado. Por no ser abandonado.

—Vamos. Deprisa. ¡A la furgoneta! —repitió la señora, vigilando el panorama cercano en busca de cualquier posible amenaza.

Los hombres se lo pensaron dos veces antes de volver a tocarlo, pero al final obedecieron. Daba la sensación de que esa señora ejercía un fuerte poder sobre ellos.

Ya no se resistió. Dejó de luchar. El sonido de las viejas puertas de esa Ford Transit sonaron como dos cacharrazos. Abrió el ojo, tumbado sobre algo acolchado, y se vio rodeado de adultos y niños. Se fijó en los pequeños. Su aspecto era sucio y desmadejado, pero sus miradas eran puras y curiosas, como las de cualquier chiquillo. La puerta corredera se cerró después con otro estruendo tras subirse la señora a la zona de carga.

—¡En marcha! —vociferó con ese tono de mando indiscutible.

Uno de esos hombres estaba también a su lado. Todos a su alrededor, observándole. Los adultos sentados sobre el paso de rueda en esa especie de sala de estar móvil con el piso forrado de jergones cosidos a retales y la mirada incandescente e ilusionada de esos niños callados. Por el contrario, la fila de asientos delantera iba vacía, a excepción del puesto de conductor, donde se veían las melenas desgreñadas de un hombre agitándose con el aire de la ventanilla dando palmas.

El motor de esa furgoneta roncaba como un dinosaurio dormido.

—¿Quién eres tú? —preguntó Jean a duras penas, balanceado por el traqueteo, casi desfallecido.

—Es la bruja del poblado —afirmó el hombre de al lado, abriendo los ojos al máximo y encendiéndose un cigarro tronchado con una cerilla crepitante en la mano.

El fuego bailaba en sus retinas con un halo de misterio.

—No le hagas caso —endulzó su voz la señora, restañando una mirada dulce de presentación mientras los chiquillos sonreían cómplices—. Para ti —dijo con cierto misticismo— seré la Gitana.

CAPÍTULO 21. **EL VÍNCULO**

- *BELFAST (IRLANDA DEL NORTE), OTOÑO DEL 2009*

- *DIECISÉIS AÑOS ANTES DE EL COLAPSO*

Bríd piensa que es demasiado joven para sufrir un ataque al corazón. Las ideas centellean en su mente apresada por una angustia y un terror inexplicables. Sus latidos rebotan en sus costillas como una pelota saltarina y de pronto siente que el corazón se le para. El horror ha dado paso a otra sensación. No sabe por qué, pero sus ojos comienzan a esgrimir caudalosos arroyuelos de lágrimas que fluyen a borbotones goteando por el suelo. La tristeza que siente es tan honda y verdadera, tan real e inexplicable, tan intensa que apenas puede sostenerse en pie.

Se golpea la frente contra la pared de ladrillo tinto en un esfuerzo por guardar el equilibrio. Se lleva la mano a la boca, no sabe cómo ni cuándo se ha golpeado tan fuerte. Su saliva adquiere un penetrante sabor a sangre y el cuerpo comienza a dolerle por todas partes. Los guardianes la rodean convocados por la aparente necesidad de auxilio, pero Bríd no puede prestarles atención, no puede más. Está cerca del desmayo. Se mira la mano tras tocarse los labios, sus dedos están limpios, con un ligero brillo húmedo; pero el dolor persiste subiendo en intensidad y su corazón bombea de un modo arrítmico, con una frecuencia distante. Peligrosa.

Los guardianes ensombrecen la luz del día o eso le parece a Bríd, que tampoco puede centrarse demasiado en eso. Solo se fija en que una de ellas, la de Stuart, se aproxima con su opacidad inquietante. Algo hace ese guardián y la luz desaparece del todo. Bríd ya no es consciente de nada más. Todo se apaga a su alrededor.

El móvil del doctor Stuart suena a las once de la mañana. Es un número largo, extraño y desconocido. Está ocupado con unos informes y no le seduce la idea de despistarse de su trabajo porque, para él, ese cachivache electrónico es un monstruito maleducado, inoportuno y grosero. Lo silencia y continúa con sus tareas. La llamada concluye, pero al poco vuelve a relucir la pantalla, que ahora muestra un número privado. Lo que él ignora es que una descomunal entidad alargada y oscura se ha presentado en su despacho frente a él. Le habla sin articular palabra activando un sentimiento de urgencia. Stuart vuelve a mirar el teléfono con recelo y ve que su pantalla brilla de un modo intermitente, al ritmo de la señal. Algo le hace cambiar de opinión y decide cogerlo.

—Doctor Stuart —contesta con descarada desconfianza.

—Buenos días, doctor. Le llamo desde el área de Urgencias del Hospital Ciudad de Belfast, soy una de las enfermeras de guardia.

De pronto, se le encoge el estómago y se levanta sobresaltado.

—¿Qué ha ocurrido? —pregunta alarmado y con los nervios atados al miedo.

—Tranquilo —procura calmarle la enfermera, que ha notado el susto en su voz—. Tenemos aquí a una joven indocumentada. Tendrá unos veinte años, de complexión atlética, tez blanca y pelirroja. No sé si le suena —dice la enfermera con escepticismo —. El caso es que su tarjeta de visita era lo único que portaba en sus bolsillos. —Deja un hueco para que la explicación repose—. Por eso le estamos llamando —concluye.

—Sí. Sí. Claro que me suena. Es mi… —Iba a decir paciente, pero comprende que con esa afirmación le tocaría dar explicaciones—. Es amiga mía. Se llama Bríd Kelly, pero, por favor, dígame, ¿está bien? ¿Qué le ha pasado?

—Verá, la tenemos en observación. No despierta. Alguien la encontró inconsciente y tirada en la calle y llamaron a Emergencias.

—Pero ¿ella está bien? —pregunta Stuart, preocupado y con la impresión de que su lengua se hubiera transformado en un trapo seco.

—Todavía no lo sabemos, doctor —responde con un anticipo de vergüenza por lo que a continuación le va a preguntar—: ¿Sabe usted si su amiga, si Bríd… consume algún tipo de sustancia?

—No, ¡por Dios! —Frena su respuesta y lo piensa mejor, porque no la conoce tanto—. No que yo sepa, enfermera. ¿Qué es lo que ocurre? Si es que me lo puede decir —le ruega, haciendo gala de un educado y sutil toque asertivo tiznado de impaciencia.

—Sus constantes, oxigenación, tensión, electro y todo lo demás se mantienen en los niveles médicos normales. Sin embargo, no despierta. Parece sumergida en un sueño profundo del que no puede salir. Sus movimientos mioclónicos, quiero decir, sus espasmos se han intensificado y lleva tiempo hablando en otro idioma.

—¿Otro idioma? —se sorprende Stuart, que no vio ese dato en su historial, mientras hace malabares con el teléfono al tiempo que coge las llaves del coche y su chaqueta para presentarse en el hospital sin demora.

—Un médico residente que estuvo de Erasmus en Francia lo confirma. Tenemos sus traducciones apuntadas y, desde luego, son… como poco curiosas, pero ya le comento los detalles aquí. —A la enfermera se le escapa una risa nerviosa.

—No la entretengo; descuide, que voy en camino. Me hago cargo. Enseguida nos vemos. —Y Stuart cuelga el teléfono arrojándolo sobre el asiento vacío de su mimado Porsche 911 verde oscuro.

El motor de su coche despierta con un rugido ronco, haciendo relinchar sus más de doscientos caballos de potencia sobre el asfalto. Es una antigualla de los años ochenta con pinta de rana sonriente, pero bajo ese aspecto inocente y friki se esconde una mecánica deportiva y poderosa.

Llega al hospital en un visto y no visto, trazando con velocidad las húmedas calles de Belfast, y un vigilante le sale al paso mientras daba enormes zancadas hacia los boxes de Urgencias.

—No puede usted pasar —afirmó sin opción.

Stuart traía el descuidado aspecto que deja el estrés, con el pelo hirsuto y alborotado por restregarse con el forro de su chaqueta, bien vestido con esos tonos pardos, el cuello alto y las coderas en su americana, no obstante, con la camisa asomándose por las prisas entre el pantalón y el jersey.

El vigilante le cortó el paso, pero él comenzó a proyectar una ristra de palabras amontonadas a tropel. Tal y como sonaba aquello, tardó poco en congestionarlo. Ni la

mejor logopeda le habría entendido. La cabeza de ese vigilante retrocedió asediada por el discurso incomprensible, atosigado. Pero, en verdad, las palabras de Stuart iban bien enlazadas. Fue su guardián el que se encargó de debilitar la negativa del vigilante fatigando su determinación.

—De acuerdo, continúe —esgrimió el vigilante, peinándose las cejas con los dedos, masajeando su frente y librándose de esa sensación. Librándose de él.

Stuart se escurrió con celeridad entre las camillas, el personal de ambulancias y las butacas azules reclinadas con enfermos cubiertos a sabanazos. Caminaba como una flecha buscando a Bríd entre los moribundos, bicheando por esas cortinas que actuaban como inservibles sucedáneos de intimidad.

Poco duró su fortaleza inicial. El olor que flotaba en el ambiente era singular, por decirlo de algún modo. Un punzante aroma químico de medicamentos se mezclaba con el horrendo tufo de los desperdicios humanos. Debió de ser por las luces de los fluorescentes palideciendo las pieles, o por la cantidad de pies descalzos recibiéndole al paso, o por el insoportable sonido de los aparatos médicos y sus repetitivas señales, o por la suma de todas esas cosas. El caso es que Stuart sentía la necesidad de salir de allí.

Era como si un vampiro hambriento le estuviera mordiendo y chupando la energía.

Notaba pesadez y desánimo. Él se decía que era producto de la impresión, pero su vitalidad no opinaba lo mismo. Si hubiera habido allí un enlace, habría visto la cantidad de seres rojizos que campaban a sus anchas parasitando de los enfermos, dañando la salud de sus víctimas, algunos por encargo, otros por oportunidad; pero, sin duda, los más afectados eran aquellos que representaban una seria amenaza para los objetivos del mal. Y se cebaban en especial con los más desprotegidos.

Muchas personas no tienen malicia, pero cuando sus actos no armonizan con los propósitos de El Orden, sino que, más bien, se enfocan en el ego, ya se sabe, la autocomplacencia personal, el servicio a uno mismo y el individualismo en todas sus metas, entonces ocurre que se está desconectado. Indefenso.

Por eso Stuart se notaba así; por fortuna, él estaba protegido. Su aura actuaba como un repelente, pero de igual modo era como caminar sobre el barro. La densidad de las bajas frecuencias es así, todos las hemos notado al entrar en algún lugar o al conocer a ciertas personas, por mucho que nos sonrían o por muy limpio que parezca el sitio, el sentido de esa intuición no falla.

Enseguida, reconoció aquella voz femenina, fuerte y aplomada. Sin duda, era la mujer con la que había conversado minutos antes.

—Buenos días, enfermera. Creo que he charlado con usted por teléfono. Soy el doctor Stuart. —Hizo una reverencia educada con su cabeza—. Vengo por Bríd Kelly.

A la enfermera se une otra doctora y le invitan a acompañarlas hasta uno de los boxes. Una especie de delantal fino como el papel cubre el cuerpo desnudo de Bríd. Sobre una silla pequeña se amontona su ropa dentro de una bolsa de color azul, y dentro, en la cúspide de esa montaña de telas, Stuart puede ver la lencería de Bríd. Ella parece dormida, aunque intranquila. Mueve los brazos y las piernas como si se defendiera de algo, y Stuart aparta la vista con una contracción porque sabe que está desnuda. No ha llegado a ver nada, pero pone cara de niño avergonzado extraviando la mirada hacia un lugar indefinido. Su respeto y corrección solo son superados por su

integridad.

Le explican los pormenores de la situación y atónito observa cómo cambian su cuerpo de camilla usando un tablero de plástico. Ella parece una muñeca de trapo y Stuart siente una desazón pasajera. Le informan de que, en efecto, la analítica ha dado negativa en tóxicos y el resto de los parámetros oscilan en la normalidad. Le dicen que van a subirla a planta para que permanezca en observación, que está deshidratada y afectada por algún desajuste, pero piensan que solo necesita reposo, aunque al no despertar la van a tener vigilada.

Antes de irse, la enfermera saca del bolsillo de su bata un papel ahuesado, arrugado y escrito con letras pequeñas que parecen hormigas en caravana. Y tiende su mano para dárselo a Stuart.

—Es la traducción de algunas de las cosas que ha dicho en sueños —afirma la enfermera con expresión indescifrable—. Se lo doy por si es de su interés.

Esta última frase resuena como si diera por hecho que existe una relación profesional que ha preferido ocultarle.

Y es normal que lo piense. Stuart y Bríd son personas de mundos, edades y contextos diferentes y esos detalles no se le escapan a la amable y perspicaz enfermera, que se gira para continuar con sus tareas haciéndose la tonta, pero Stuart reacciona cogiendo la mano que deja retrasada al andar con sublime delicadeza y esa enfermera vuelve a mirarlo.

—Es una chica que no tiene a nadie. Necesita ayuda. Ha llevado una vida difícil, repleta de rechazos y abandonos. De carencias —dice él, sonriendo con tristeza—. Es extraño. Cuando me ha llamado usted y me ha dicho que se trataba de ella, se me ha hecho un nudo en el estómago. —Mira hacia abajo, con un bucólico gesto imposible de fingir—. Siento que es mi responsabilidad —afirma, alzando de nuevo la vista.

La enfermera no rechaza el gesto de Stuart. Por el contrario, aprieta su mano con la de él conmovida, aunque ninguno de los dos es consciente de eso.

—Déjelo. Soy incapaz de explicarlo. —Él suspira—. Gracias por su atención y profesionalidad.

Y Stuart guarda el papel doblado en el bolsillo de su pantalón, dejándola seguir con sus quehaceres.

Las horas van transcurriendo en esa habitación de la novena planta, elevada sobre la ciudad de Belfast a lomos de ese hospital moderno de fachadas amarillas con aspecto de cubo de Rubik que flota sobre una base grisácea de hormigón. Stuart es más tradicional y menos tendencioso que la arquitectura de ese edificio, por eso ha cancelado todas sus citas para estar con ella. La gente de ahora ya no suele hacer esas cosas por los demás.

La disrupción de su rutina le ofrece una perspectiva elástica y alargada del tiempo con el irónico gotero pendiente sobre la cama de Bríd a modo de reloj de arena.

Hay algo bueno. Ella está más tranquila. Su cara ya no refleja el infierno de una pesadilla y sus espasmos han desaparecido. La tienen en absoluta, lo que significa que ni agua ni comida, solo suero por vena. Stuart sigue en esa silla naranja y el sol adquiere con el atardecer el dorado color de los bizcochos al horno.

El personal del hospital entra en la habitación toqueteando y comprobando cosas con avidez, como camareras sirviendo cafés en hora punta. Las auxiliares y las enfermeras

bromean y hablan de sus cosas mientras trabajan en segundo plano. Es molesto e inapropiado, porque Stuart sigue inquieto y preocupado por ella.

Nadie sabe lo que le ocurre a Bríd. No hay respuestas ni un equipo de médicos discutiendo como en las películas, buscando con efervescencia un diagnóstico o una solución mágica. Parece que a nadie le importe; si se recupera solita, bien y, si no, pues también. Luego se detiene a pensar con claridad. El día está siendo largo y retorcido, teñido de emociones e imprevistos. Reconoce que está susceptible, se autoevalúa.

Estar ahí no le parece suficiente. Ojalá pudiera hacer algo más, insiste, pero luego se rinde porque sabe que nada de eso está bajo su control. Mira con atención el sosiego de Bríd. Ella duerme apacible y piensa: «Cuando despierte, se le borrará esa carita de niña buena y regresará la vikinga que lleva dentro. Ahora mismo es como un gremlin de peluche». Y se ríe en alto por lo que acaba de decirse. Ella es una mujer misteriosa y enigmática, distinta al resto.

Stuart no olvida que Bríd le ha salvado la vida. Tiene muchas preguntas que hacerle por eso. Continúa mirándola. Intuye un gran potencial humano, pero al mismo tiempo reconoce su mala fortuna. Piensa en las pocas oportunidades que le ha brindado la vida y se pregunta: «¿Qué lotería cósmica determina esa suerte?, ¿la cuna en la que naces?, ¿tener o no tener? ¿Por qué unos sí y otros no? ¿Cómo se decide eso?».

Stuart no ha comido nada desde el desayuno. La preocupación y la impaciencia le han cerrado el apetito. Además, no puede salir de la habitación. No quiere que Bríd despierte y se vea sola en ese lugar blanco, frío y aséptico sin una cara conocida que le diga que todo está bien. No quiere que se asuste. No quiere que vuelva a estar sola. Que se sienta sola porque de verdad esté sola. Presiente que debe ser su apoyo, por pequeño que sea, y aunque su aportación fuese una brizna verde en un inmenso bosque es lo que él desea. Él quiere formar parte de su suerte. Quiere ser aquello que todo el mundo tiene y da por hecho.

Quiere ser la pieza de su cambio.

Le gustaría acariciarla, cogerla de la mano, pero los convencionalismos sociales se lo impiden o las malas interpretaciones. Él sabe que el cariño para con ella es fraternal e incorrupto, limpio de desviación, pero la dobla en edad, por eso es cauteloso y es consciente de que camina por un cable incierto.

El tiempo sigue pasando. La visión de la ciudad cambia por la ventana. Ahora, un manto de luces anaranjadas comienza a extenderse tintineante con un silencio de biblioteca apoderándose del ambiente. Comienza a caer la noche y unos pasos decididos ensombrecen los leves pitidos que resuenan en la planta. Un taconeo le pone en guardia.

Una mujer aparece bajo el umbral de la puerta. Al principio, no la reconoce. Su elegante abrigo de paño azul se adapta a las curvas de su feminidad con belleza. Siente que esa mirada le traspasa. Esboza una sonrisa tierna, como sobrepuesta a la empatía que pretende ocultar.

Él trata de ubicar ese rostro en el archivo de su memoria y entonces, de un chispazo espontáneo, se sorprende. Es la enfermera de Urgencias que le llamó por teléfono.

—¿Cómo está? ¿Qué tal se encuentra? —pregunta la enfermera.

Él se ha puesto de pie, nervioso.

—Sigue igual. Bueno, parece más tranquila. Creo que va mejor. Es una chica dura. Una guerrera. Me resulta increíble verla así, tan apagada —responde desordenado.

Ella se echa a reír conteniendo el volumen.

—Preguntaba por usted. ¿Cómo se encuentra usted?

Los ojos de la enfermera emiten algo intenso que Stuart no puede catalogar, es una especie de seguridad en sí misma que intimida.

—Bueno, yo, ahora mismo, soy el menos importante —dice Stuart, dejando caer su mirada compungida sobre Bríd.

—En eso se equivoca de pleno. Déjeme que le explique algo que he observado a lo largo de los años y no espere que le dé pruebas de ello porque ocurre de un modo invisible, entre bambalinas, aunque no por ello es menos cierto.

Ella comprime el entrecejo con media sonrisa, como si fuera a contar algo mágico.

—De un tiempo a esta parte, no hago más que cruzarme con realidades invisibles, así es que tiene usted toda mi atención. Pero recuerde —y esto lo dice con el dedo índice levantado y bromeando de un modo inesperado—, está usted hablando con un psicólogo.

Los dos se echan a reír por la inocente amenaza que encierran sus palabras, pero dejando claro que Stuart tiene demasiada experiencia en escuchar historias poco convencionales.

—Verá, según he podido ver, existe una relación directa y estrecha entre el comportamiento del acompañante y la recuperación de un paciente. —Su tono se encrudece—. Por lo general, aquellos que están muy apegados desatienden su propio bienestar por volcarse en la atención del enfermo. —Ladea la cabeza con negación—. Por desgracia, es algo que vemos a diario. Empiezan a consumirse y a adelgazar de un modo alarmante. Los días van pasando e impotentes seguimos viendo cómo estas personas no respetan sus ciclos de descanso. Su piel amarillea, sus ojeras se hacen más grandes que sus ojos y comienzan a caminar por estos pasillos arrastrando el alma. No tienen compasión con ellos mismos. No son capaces de dejar solos a sus seres queridos ni por un instante. Es como si renunciasen a su propia salud para sintonizar con el paciente y no al contrario. Ese es el gran error, ¿lo capta? —suelta de carrerilla, pero prosigue—: Y aquí viene la gran diferencia.

»Cuando el acompañante es un cuidador ajeno, observamos que sí, que está pendiente del paciente y de todas sus necesidades, pero al no tener ese lazo emocional no se inflige ese castigo. ¿Y sabe qué? —Se acerca un poco a él—. Por alguna razón misteriosa, los pacientes se recuperan antes con ellos al lado. Es como si compartieran su vibración con el paciente, pero sin verse resentidos. Por eso, aunque la mayoría de estas personas son inmigrantes sin papeles, estudiantes, clandestinos o desempleados, tenemos corchos por todo el hospital para que se anuncien. Porque ayudan —dice asintiendo—. Es inexplicable, pero sucede así. Como tantas cosas inquietantes que sabemos los sanitarios y que no podemos compartir. —Le mira con un gesto de complicidad—. Si lo hiciéramos, personas como usted se encargarían de vestirnos con camisas de fuerza. —La enfermera ríe con solera, con una dulzura cautivadora—. Es una cuestión de actitud y de fe. Igual que el que no tiene no puede dar, no puede cuidar quien no se cuida. Así de simple.

Y la enfermera, que tenía las manos a la espalda, las sacó adelante desplegando una

sonrisa.

En ellas sujetaba un sándwich, un refresco, una bolsita de *snacks* y una barrita de chocolate; todo cogido con la destreza habilidosa de una malabarista.

Stuart se queda boquiabierto, mirando ese rostro rosado de ojos avellana y pelo castaño. Capta el mensaje porque tiene sentido y las mejillas se le ponen coloradas, pues no esperaba algo así. Avergonzado, asiente con los labios contraídos como una línea horizontal en su rostro, aceptando la reprimenda porque, aunque mística, tiene un irrefutable poso de verdad y viene cargada de un cariño inesperado. Y la enfermera añade:

—Todas las personas necesitan atención y afecto. Algunas se entregan a ello por naturaleza, pero no son diferentes del resto. El cuidador también debe ser cuidado. Debemos querernos y tenerlo presente cada día, en cada acto, ya sea con un familiar, un amigo o un desconocido. Si todos cuidáramos los unos de los otros, esta vida sería un lugar mucho mejor. —Ella se acercó a Stuart echando un vistazo concienzudo sobre Bríd, como si aplicara un sexto sentido desarrollado con la experiencia—. Se va a poner bien. Estoy convencida.

Y sus manos volvieron a tocarse con la misma suavidad delicada de esa mañana, como si quisieran que el intercambio de comestibles durase más de lo necesario, mirándose a los ojos, midiéndose el interior.

—Cuídese, Stuart. Hasta mañana.

—Hasta mañana —respondió el doctor con un susurro tímido, atrapado en la incógnita de sus ojos, en ese raudal de paz asentado en los valores que surgían con su presencia.

Stuart no quería que la inesperada visita terminase tan pronto, por eso la siguió hasta la puerta viéndola marchar, sin hacer nada. No se atrevió. El sonido de sus tacones dejó de oírse cuando desapareció por el zaguán de los ascensores y él se quedó alelado, mirando desde la puerta y preguntándose: «¿Qué me acaba de pasar?».

CAPÍTULO 22. **FRAGMENTADO**

- *BELFAST (IRLANDA DEL NORTE), OTOÑO DEL 2009*

El aroma dulce de su perfume y las manos llenas eran las únicas pruebas de que no había despertado de un sueño, de que había sido verdad. Lo que sucedió a continuación fue todo lo contrario. Arrollador.

Bríd había recobrado la consciencia un minuto antes, aunque fingía seguir dormida. Stuart entornó la puerta de la habitación con el pie, empujándola con tiento para no hacer ruido, dejando un pequeño margen abierto con el quicio. No pudo darse cuenta del detalle, aunque el caso es que Stuart presintió el peligro antes de que ninguno de sus sentidos habituales pudiera darle la señal de alarma. Lo percibió antes de girarse, antes siquiera de verla con sus propios ojos.

A su espalda, silenciosa como una gata salvaje, de pie y a un paso de Stuart, armada con la enorme aguja subcutánea de la que se había despojado sin miramientos, Bríd le acechaba con una mirada desconcertante, añeja y vacía.

El guardián de Stuart apareció en la habitación mientras ella lo reducía con una llave de artes marciales, hincándole todo el peso de su rodilla en el cuello y retorciendo uno de sus brazos en una postura antinatural, con el codo a punto de crujir sin remedio y la aguja ensangrentada a medio centímetro de su ojo.

Fue tan rápido que no pudo comprender ni cómo había pasado. La puerta de la habitación se cerró y la lata de refresco giró rodando hasta la pared opuesta, con todo lo demás esparciéndose por el suelo.

—¿Quién eres y qué lugar es este? ¿Eres uno de ellos? ¡Contesta! —preguntó Bríd con un grito contenido en el oído de Stuart, en un francés perfecto.

Su cara se estaba poniendo de todos los colores intentando descifrar algo de ese idioma desconocido. Solo pudo contestar con un acento lamentable las pocas palabras que conocía de oídas.

—*S'il-vous-plaît, Bríd. S'il-vous-plaît.* ¡Soy yo! Soy Stuart. Por favor, no me hagas daño —suplicó, gimiendo de dolor.

Con él inmovilizado, como una liebre apresada entre las garras de un águila, Bríd empezó a mirar en derredor. No reconocía nada. Ni el lugar, ni las palabras de los carteles, ni al tipo al que había reducido cuyos alaridos de clemencia empezaban a ser contraproducentes.

—¡Silencio! —le chilló en voz baja al oído, aunque tampoco la entendió.

A punto estuvo de hacerle callar apretándole la garganta, pero la presencia de esa silueta oscura, erguida como un observador inmutable, alteró su atención y sus prioridades.

—¿Dónde está Sans? ¡¿Y mi guardián?! Contesta o lo mataré —amenazaba mirando a ese protector—. ¿Qué juego es este?

Stuart no entiende nada de lo que dice y mucho menos puede adivinar a quién o a

qué se lo está diciendo.

—No lo matarás. Lo sé porque te conozco. Es la inalterable pureza de tu esencia, por eso puedes verme. Solo estás confundida. Se te están mezclando vivencias, tu otro yo del pasado. No sé lo que estás recordando, pero recapacita. Ahora eres otra mujer, otro contexto. Una experiencia diferente. Otro ciclo, otra vida.

—Tonterías. No me conoces. Le partiré el brazo sin contemplaciones —dijo Bríd, apretando un poco más, provocando un evasivo y sufrido arqueo en la espalda de Stuart—. ¡Es uno de ellos, seguro! —exclamó, con la mirada enfurecida.

—Ha venido a ayudarte. Míralo bien. No sé de quiénes hablas, pero él es mi protegido. Es un hombre bueno. Se preocupa por ti. —Da un paso hacia ella—. Solo estás confusa, eso es todo. Suéltale, por favor. —El ronco resuello de Stuart sonaba agonizante en medio del silencio creado entre ambos—. No sé de qué época son tus recuerdos ni quién crees que eres, pero en este momento te llamas Bríd Kelly y estás en Belfast, Irlanda del Norte. Es el año 2009.

Bríd comenzó a aflojar el brazo de Stuart y a quitarle el peso del cuello. Su expresión era distinta, como nunca. Inquebrantable.

La frialdad, la renuencia y también una curtida madurez insondable se han apoderado de la escasa dulzura que tenía Bríd. Ahora tiene un carácter forjado a martillazos de dolor. A golpes de supervivencia.

—Imposible. Mi nombre es Emily y ya han pasado seis inviernos desde El Colapso y este va a ser el séptimo. —Separa la aguja de su ojo—. Debes de estar equivocado. Soy francesa. Estoy en Francia.

Stuart comienza a toser como un poseso.

Sus esfuerzos por recuperar el aliento parecen berreos. Está muerto de miedo. No se explica cómo una mujer tan menuda puede desarrollar esa fuerza. Tiene la tentación de pedir auxilio a pleno pulmón, pero procura calmarse, no quiere complicar las cosas.

Su sentimiento es difuso. Por un lado, está aterrado y, por otro, fascinado. La oye hablando en ese perfecto francés y no da crédito. Una ardiente curiosidad se antepone a su propia seguridad. Ahora parece más calmada. En realidad, parece otra persona. No entiende nada de lo que dice y no sabe si le habla a él o está sufriendo algún tipo de delirio.

Emily sujeta con las manos uno de esos mechones fogosos que resbalan por sus hombros y lo mira con extrañeza. Suelta a Stuart con la misma preocupación que le causaría un gusano, ninguna. Da un par de pasos y se acerca a la ventana. El reflejo que observa la hace retroceder y torcer el gesto de un modo tremebundo.

No se reconoce. Está muy afectada. Necesita apoyar las manos en el cristal. Se asfixia. Esas manos están algo castigadas, pero nada que ver con las suyas. Sin tapujo alguno, abre su bata y se queda descalza y medio desnuda frente al cristal, mirándose. Las innumerables cicatrices de su cuerpo han desaparecido. Inclina la cabeza sobre sí para mirarse la horrenda y grumosa herida de su cadera, pero descubre que ya no la tiene. Ha desaparecido. Bueno, sí que hay algo. Una marca de nacimiento marrón con la misma forma. Una suerte de antojo liso y suave al tacto.

Está perpleja. Todo empieza a darle vueltas. Tiene otro cuerpo. Stuart no sabe qué hacer, el comportamiento de Bríd no hace más que desviarse hacia senderos impredecibles y preocupantes. Emily atraviesa el cristal con su mirada. Lo que observa

tiene menos sentido todavía. Coches y camiones circulan por una autopista cercana. Algunas personas caminan por la calle, tranquilas, sin miedo ni precauciones. Hasta hay una señora rechoncha paseando un caniche como si nada.

El mundo parece una ilusión, una vieja cinta de vídeo en movimiento. Una de esas fotografías estropeadas por el paso del tiempo de cuando la civilización humana disfrutaba de sus logros en pleno apogeo, antes de la guerra. Antes de El Colapso.

«J'ai été capturé, je dois m'échapper» ('Me han capturado, debo escapar'), se dice asustada. Su cerebro centellea a toda velocidad descolocado, saturado. Abre la ventana y una fuerte ráfaga de aire ondula en volandas sus cabellos como si fueran una bandera al viento. Stuart se queda paralizado. Lleva un rato sorprendido, retraído por un regomello insalvable intentando masticar ese incomprensible comportamiento.

—No me obligues a salvarte de ti misma, Bríd. Solo estás desubicada, nada más.

La voz vibrante y rotunda del guardián retumbó en su pecho blanco y rosado, límpido como un esmalte aclarado.

—Esto no es más que uno de vuestros trucos. ¡Me avisaron! Tú no eres Sans. Eres un holograma. Esto es una simulación, uno de vuestros experimentos para alcanzar el otro lado.

Y se encaramó al marco superior de la ventana para saltar como una gimnasta.

El guardián se introdujo en ella a la mayor velocidad posible anulando su conciencia; sin embargo, el impulso ya lo había dado. Hizo una rotación en el aire antes de precipitarse al vacío sujetándose con los dedos en el margen inferior del marco de la ventana, golpeándose contra la fachada del hospital al pendular.

Stuart comenzó a temblar devorado por la angustia de lo inesperado. El guardián se quedó colgando, con el cuerpo de Bríd sobre la oblicua fachada de esa construcción hospitalaria.

Necesitaba entender por qué un enlace, capaz de colaborar con los designios de El Orden, había venido al mundo desconectada de su protector. Allí colgado dentro de ella, en contacto con su esencia y La Fuente, comprendió la conexión con el hombre al que estaba vinculada y al que él había mandado ayuda en París.

Era un emparejamiento imposible. Terrenal. Lo entendió estando en su interior. Su guardián era el hombre joven, agonizante y exhausto de Francia. Alguien extraordinario, pues a pesar del insoportable dolor y sufrimiento todavía se arrastraba como podía por las calles de su ciudad, destrozado, derrotado, ignorante de su verdadera condición. Perdido y desorientado. Abandonado a su suerte, casi desenchufado de El Orden.

El cuerpo de Bríd cogió una fuerte bocanada de aire y trepó por la vertical aupándose con los pies apoyados de lado sobre esa fachada amarilla, introduciéndose de nuevo en la habitación sin esfuerzo, con el pelo agitándose como látigos de lava y con esa mirada tan suya, tan ambarina e incandescente, clavada en Stuart.

Sobrepasado y desconcertado, este decidió salir a pedir ayuda, posando la mano sobre el picaporte. La escena ya era demasiado extrema para él. El comportamiento de Bríd había rebasado todos los límites de tolerancia y comprensión.

—Quédate quieto, Stu. No hagas ninguna estupidez. Esto lo vamos a arreglar juntos. —Stuart sostiene el picaporte bajado, respirando como si acabase de correr una maratón, con el corazón atenazado.

—Me estás asustando, Bríd. Por favor, cierra la ventana y aléjate de ella. Si lo haces, yo soltaré la puerta. —Su voz le suena ronca.

Hace rato que Stuart no segrega saliva porque el pánico se la ha arrebatado y le ha dejado la garganta como un desértico tubo resquebrajado.

—Querido Stu, hace mucho que me hubiera gustado hablar contigo. Por desgracia, no tenemos demasiado tiempo. Yo no debería interferir contigo y tú no tendrías que saber de mí, por muchas razones. La más importante es que, a pesar de tener un gran corazón, eres un hombre carente de fe. Sin embargo, las circunstancias mandan. —Bríd no parece Bríd—. ¿Intuyes con quién estás hablando?

Stuart exhala un suspiro mientras ella cierra la ventana con pausa. Nota que la inflexión de su voz ha cambiado; pero, al menos, vuelve a hablar en su idioma. Ella camina unos pasos hacia él medio desnuda. «Parece otra persona», se oye pensar. Su semblante, el modo de moverse, la voz y, sobre todo, la determinación de su mirada han cambiado por completo.

No se encuentra cómodo, su blanquecina piel asoma por la bata, aunque el alivio de la reducción del peligro lo compensa. Esa conducta le va a provocar un infarto. Intenta preservar la mente fría, recoger las riendas y hacer un rápido diagnóstico a vuelapluma.

—Dímelo tú. Yo juraría que estoy hablando con Bríd, ¿me equivoco? —Stuart continúa inseguro.

No puede evitarlo. Teme que la situación se desmadre otra vez.

—Yo soy de ti. Soy un ser de luz protector, tu guardián en esta vida repleta de amenazas. Soy el que vigila sin ser visto y el que te protege de todo mal. El que te da la fuerza en los momentos difíciles y quien está a tu lado cuando nadie más lo hace y lo hago de un modo invisible pero presente. Soy la voz que oyes cuando hay que tomar una decisión inmediata, el que te grita cuando duermes y te acecha un peligro. Casi nadie repara en nosotros, pero estamos aquí, a vuestro lado desde que el mundo es mundo. Y sé que te lo estarás preguntando. —Stuart ha llegado al borde de su incredulidad—. En efecto, me he visto obligado a introducirme en el cuerpo de Bríd. Pensé que ella no tenía protector, que también era huérfana en ese sentido, pero no ha sido así. Solo está desconectada del suyo, de su guardián. ¿Lo entiendes? —Le escruta desde esos ojos que parecen de caramelo—. No, ¿verdad? Es una gran anomalía —dice el guardián, más para sí que para él.

Stuart no lo puede remediar, se frota la nuca despojándose de un sudor imaginario y piensa que la cosa es mucho peor de lo que él creía.

—No sabes disimular. Eres el más honesto de mis protegidos. —Y Bríd sonríe con una alegría nunca vista, aunque, en realidad, es la del guardián de Stuart—. Sé que estás haciendo tus conjeturas. Veo todo lo que piensas, ¿trastorno de identidad disociativo? ¿Eso es lo que crees que le pasa a Bríd? —Stuart arquea una ceja, sorprendido—. ¿Ves? Lo has vuelto a hacer.

—Sí, nunca se me ha dado bien jugar al póker —responde, nervioso y sin gracia, convencido de que habla con una persona perturbada.

—Ya lo sé, Stu. Te llamo así porque sé que te gusta. Hace mucho que nadie lo hace, ¿verdad? Desde que tu madre trascendió.

Stuart agudiza su mirada, reconoce que es cierto, pero un dolor anclado por dentro aborrece oír hablar de su madre.

—Hiciste todo lo que un buen hijo debe hacer. Arriba están orgullosos de ti, por eso y por muchas otras cosas más. El Orden te observa a través de mí y es evidente que confía en ti y que te ha elegido para esta misión. Enhorabuena.

Él sigue convencido de que habla con una neurótica.

Stuart no entiende nada de guardianes, ni de seres de luz, ni de El Orden o de elegidos.

—Tu madre ya te advirtió. Cuando se iba, recordó la verdad, reabrió su canal con La Fuente y te lo explicó de la mejor manera posible. ¿Recuerdas lo que te dijo? —le pregunta su guardián desde el cuerpo de Bríd, abotonándose la bata con ese cabello refulgente cubriendo sus pechos pequeños de alabastro.

Stuart está demasiado afectado por sus palabras. Empieza a sentirse aturdido, comienzan a ser demasiadas emociones juntas, muchas coincidencias. Pero el guardián prosigue:

—La vida es como un patio de colegio en el que los niños juegan y se divierten. Has venido a brillar y a disfrutar. A divertirte con el resto de los niños que son como tú. —Detiene sus palabras unos instantes—. Los reconocerás. Ellos saben sacar lo mejor de ti y nunca te harán daño, pero te advierto, aléjate de los abusones y de las abusonas.

—Pueden llevarte al despacho… —Stuart quiere terminar la frase en voz baja, afectado. Emocionado.

—Pueden llevarte al despacho del director. Eso es. Y nadie quiere eso. —El guardián sonríe satisfecho—. Si necesitas ayuda, detente, deja de jugar y mira hacia arriba. Busca en el patio, siempre habrá un profesor vigilando, dispuesto a ayudarte, a darte consejo. Ellos te mostrarán el camino.

Stuart recuerda la beligerante tos de su madre como si la tuviese de nuevo delante y se pregunta cómo es posible que Bríd sepa eso; él estaba a solas con ella cuando se lo dijo en su lecho de muerte. Pero ella continúa:

—Se me acaba el tiempo, Stu, me tengo que ir. Vuelvo a casa. Para mí, se acabó la hora del recreo. Pero tú sigue jugando, pásatelo en grande. —El guardián mueve las manos de Bríd por detrás de su cintura, sosteniéndolas entrelazadas—. ¿Te suena, Stuart?

El pecoso rostro de la joven que tiene frente a él conserva toda la frescura de su edad, pero su mirada parece ostentar milenios de experiencia.

—¿Cómo sabes eso? ¿Quién te lo ha contado?

A Stuart se le escapa una lágrima furtiva que restaña con rapidez y sus ojos crepitan vidriosos, fuera de control. «Es inexplicable», se dice mordiéndose la lengua.

—Lo sé porque estaba allí contigo y ella pudo verme a tu lado. Soy el profesor del recreo, ¿lo entiendes ahora? Tu madre era una mujer fuerte, lista y pura y te hizo ese obsequio final. Un obsequio que nunca has entendido, hasta ahora. —La lengua de Bríd chasquea en su paladar—. Me gustaría aclararte que las últimas palabras de un ser querido no son un consejo opcional: son una verdad incuestionable.

—Yo siempre pensé que…

Y Stuart sostiene el aire sin quererlo dejar salir, echando el freno. No quiere permitirse entrar en esa dinámica inestable y participar de lo irracional.

—Pensaste que te advertía de Allison. —Los ojos de Stuart parecen dos interrogantes —. Y no te equivocas. Tu madre siempre te respetó, pero sabía que tu vibración era

mucho más elevada —termina por decir su guardián.

—Fue duro perderla —confiesa Stuart, abandonándose al misterio, arrojando ese pensamiento en voz alta.

—Volverás a verla. El día en que se acabe tu hora del recreo. —Le oye respirar con profundidad—. Me tengo que ir. Hay muchas cosas que debo hacer. Muchos niños a los que cuidar. —Ladea la cabeza mirando a Stuart de refilón—. El Orden te ha encomendado una gran responsabilidad, que, por lo que veo, has aceptado. Sigue así, ayuda a esta joven, no juzgues lo que ocurra. Abre tu mente. Puedes dudar, pero no negar y llámame siempre que me necesites. No estás solo en esto. —El guardián mira la cama y da unos pasos hacia ella hablándole de espaldas—. Creo que esto es más importante de lo que puede parecer. Pero yo tampoco conozco los planes de El Orden.

—¿Qué quieres decir? —pregunta asombrado Stuart, asombrado ante lo imposible de lo que oye.

Su imaginación oxidada no alcanza para hacerse a la idea de lo que habla, de lo que ocurre en realidad.

—Lo sabremos juntos, a su debido tiempo. Hasta pronto, Stu —le dice el guardián tumbándose en la cama, cubriendo el pálido cuerpo de Bríd con las duras y ásperas sábanas de ese hospital, dejándola dormida en un estado de paz y reposo.

La calma regresa tras la tempestad. La aguja tirada y los comestibles desperdigados a lo ancho y largo de la habitación permanecen en el suelo como evidencias palpables de lo ocurrido. Las sábanas se manchan de sangre. Se arrancó la vía como quien se quita una tirita mojada. Un escalofrío recorre sus piernas al pensarlo. Quiere creer lo que ha oído, pero es imposible. Se queda unos momentos pensativo, reflexionando, diagnosticando, buscando una explicación plausible. Pero no la encuentra y decide salir de su ensimismamiento.

Ahora tiene que actuar, cubrir el estropicio. El personal del hospital puede entrar en cualquier momento, por eso recoge todo y ordena ese pequeño caos. Luego se sienta en su silla de plástico naranja, pero esta vez junto a la ventana, agotado. La parte racional de su mente le dice que nada de eso puede ser cierto. Esa parte encuentra explicaciones para lo ocurrido. Los comportamientos encajan con algún cuadro clínico, en algún patrón documentado.

Otra parte, más pequeña, pero no por ello menos potente, no se cuestiona la experiencia. Esa pequeña parte de él insiste en creer. Es la única parte que está en armonía pacífica. No es escéptica y no discute. Y siente lo improbable. Siente como verdadero lo inimaginable.

Vuelve a mirar a Bríd y no da crédito. El rostro del gremlin bueno de peluche ha reaparecido. A Stuart se le escapa otra risa tonta al pensar en ello. Lleva un rato dándole vueltas a la cabeza y solo quiere cerrar los ojos un momento y descansar su vista. La tensión y el ataque de Bríd le han dejado el cuerpo hecho unos zorros. Su brazo se mueve bien, pero está dolorido. Estira las piernas y mete las manos en los bolsillos, acomodándose para que no le cuelguen de sus hombros como harapos tendidos. Entonces encuentra en uno de sus bolsillos un papel. Está arrugado y manoseado. No recuerda lo que es. Lo saca para mirarlo y lo lee con atención. Hay una letra pequeña y fea, pero tarda poco en incorporarse de nuevo:

> Por fin te encuentro, mi querido guardián, mi amor. No me lo puedo creer. Una vida entera echándote de menos. No. ¿Cómo puede ser? ¿Los extranjeros? Es demasiado pronto para que estén aquí. Estoy atrapada en las vivencias de este cuerpo. Soy yo, pero no soy yo. Necesito recordar, pero es muy difícil. ¡¿Dónde estás, Sans?! ¿Te has quedado en París? Yo he terminado en Irlanda. Pero ¿cómo es posible? ¿Ya están matando inocentes? No tiene sentido, faltan años para El Colapso. ¿Y cómo es que estás herido? ¿Para qué han atracado una joyería en París? Entiendo. Pues deberías haberlos arrollado con ese autobús, sin miramientos. Sabes que ellos no pueden morir, pero, en cambio, si tú vacilas, se acabó la partida. Así de simple, Sans. ¿Ahora te llamas Jean? Será una broma. ¿Tan herido estás? Pero ¿qué ha pasado? Dime dónde te encuentras. Vale, entiendo. No tenemos tiempo, sí, claro que te haré caso. Claro que la buscaré. En el poblado marginal a las afueras de París, no lo olvidaré. ¿Así se llama? ¿Dices que busque a la gitana? Por supuesto, descuida. Nos volveremos a reunir, te lo prometo. ¿Sans? Casi no puedo oírte. ¿Sans? Sans, ¡espera! ¿Estás ahí? ¿Estás ahí, Sans? ¡Espera! ¡Te quiero! ¡Espérame! Vuelve. ¡Te necesito! ¡Vuelve! ¡Vuelveeeeeee!

Stuart se guarda el papel. Lo ha leído unas quince veces. Su cabeza parece una coctelera. Su conciencia racional y sensata pesa más que todo lo demás. Pronto, su voz interior comienza a hacer justo lo que le advirtió su guardián. Empieza a negar. No está dentro de los márgenes realistas. Se está sugestionando por unas pocas casualidades. Empieza a pensar que ha sido mala idea implicarse con ella y se pregunta qué hace ahí y quién le manda meterse en esos líos. «Esto solo puede ir a peor», le dice el miedo, que empieza a coger la batuta de su música interior.

Se guarda el papelito escrito por las dos caras y se frota los ojos con los dedos, recolocándose las gafas, sorbiendo un hálito impregnado de preocupación.

Decide no seguir pensando. Ya está bien. Necesita un poco de ausencia mental. Una televisión pequeña le mira colgada desde el soporte de la pared. Se levanta para encenderla, toca el botón, pero no ocurre nada. No está rota, no. No es eso. Se da cuenta de que hay que cargarla con dinero para que funcione. Echa un vistazo a Bríd y ve que duerme tranquila. Y sale al mostrador de las enfermeras para recargar la televisión. Le encantaría contarles lo que ha pasado, pero eso solo empeoraría las cosas. El trabajo es suyo, lo sabe. Quiere recargar la tele rápido para no entretenerse, pero cuando la activan desde allí escucha el sonido de la televisión a todo volumen en la habitación.

Parece que el día no deja de burlarse de él. Acude rápido para bajar el sonido y cuando entra ve a Bríd apoyada sobre el cabecero, tapada con las sábanas, abriendo el refresco que dejó entre la cama y su silla naranja.

—Stuart, ¡¿qué haces aquí?! ¡Qué feliz estoy de verte! —Su rostro va perdiendo la sonrisa—. Recuerdo que empezó a dolerme todo el cuerpo y creo que luego me desmayé. ¿Qué me ha pasado? —insiste, desorientada.

—Qué alegría, Bríd. ¿Estás bien? ¿Cómo te sientes? —pregunta Stuart, aliviado, sosteniendo su mano. Parece que las aguas vuelven a su cauce, aunque no por mucho tiempo—. Déjame bajar el volumen de este cacharro. No pretendía despertarte, pero

mira qué bien, ya estás aquí. Estás de vuelta. —Y ella le sonríe.

Se nota que agradece la presencia de Stuart, por todo lo que implica. Por todo lo que subyace bajo ese gesto anodino.

Cuando va a desconectar la televisión, se ve obligado a detenerse un momento. Una reportera ofrece una inquietante noticia caliente, en directo desde París. La periodista narra el espectacular atraco de una famosa joyería y asegura que los asaltantes han sido abatidos por la policía. De fondo puede verse un autobús urbano estrellado contra la fachada de cristal de un centro comercial. Parece una zona de guerra repleta de destrozos y cuerpos inertes esparcidos por el asfalto. Confirma que varios policías han perdido la vida en el tiroteo y dice que todavía no hay un recuento fiable de bajas. El equipo de investigación policial no ha dado explicaciones.

A Stuart se le cae el mando de la tele al suelo, pero el ruido no perturba el apabullante silencio por el que se derrama su alma. Saca de nuevo la nota doblada y la mira con total incredulidad. Bríd sigue hablando de fondo, le dice que está muerta de hambre, que piensa devorar sus *snacks* sin clemencia, como quien avisa antes de pedir permiso. No le interesan las noticias que salen por la televisión, se ha bebido más de media lata y un coqueto eructo se le escapa sonrojándola.

—Perdón. —Y se ríe por lo bajo.

Stuart la mira con asombro, paralizado, con esa cara suya de circunstancias. Pero ahora es ella la que no comprende lo que ocurre.

—Se me ha escapado, Stuart. No pongas esa cara, hombre. Ya sabes que no soy lo que se dice una señorita.

Y vuelve a reírse de su semblante con un guiño gracioso y ambiguo, feliz, con sus labios de comisuras invertidas.

Atónito, sosteniendo ese papel, Stuart redirige su atención a la pequeña y parlanchina caja tonta. «La casualidad supera por mucho la probabilidad»; no es capaz de retener sus pensamientos dentro de él y dice:

—No puede ser. No me lo creo.

CAPÍTULO 23. **ARRABAL**

- *EXTRARRADIO DE LA CIUDAD DE PARÍS (FRANCIA), OTOÑO DEL 2009*

Era un olor penetrante. Divagaba a su alrededor como una niebla espesa. Respiró por la boca y fue todavía peor, igual que darle un mordisco. Las pulsaciones empujaban su sangre rebotándole en los labios y, como en un frontón, el fluido parecía retroceder por donde había llegado. Se llevó la mano a su dolor, pero lo único que palpó fue el esparadrapo que sujetaba aquella gasa gomosa.

Por el techo se colaban brillantes gotas de agua que caían en el suelo de tierra, sin hacer ruido, levantando una imperceptible capa de arena muy fina. La luz del sol penetraba timorata por los diminutos reductos que quedaban entre los quicios de los listones de esa estancia lóbrega y muda. Ese tenebroso tugurio en el que estaba Jean.

Se fijó un poco más y observó que no eran tableros. El techo era un *collage* de puertas, trozos de mesa, contrachapados, planchas de metal y plástico; todo cruzado entre sí, con tiento, como un castillo de naipes.

Por un momento, no le extrañó estar ahí. Acababa de abrir los ojos y fue como si su cuerpo hubiera despertado sin nadie dentro. Observaba con asombro aquel entorno desconocido y solitario. No había ventanas, pero la luz anaranjada surcaba el interior de esa estancia con una amalgama de hilos luminosos, revelando el silencioso baile de las motas de polvo en suspensión.

Se incorporó asustado. Las paredes eran trozos de armarios viejos reforzados por los bajos con fragmentos de palés y puertas de coche enterradas hasta la mitad, todo cubierto con colchas y telas rasgadas al uso.

Frankenstein se hubiera sentido como en casa. Jean no. Él estaba demasiado impactado.

A su cabeza regresaban las imágenes y los sonidos de su contienda. El olor de la sangre y el estruendo del autobús bañado por miles de cristales rotos, los disparos, las miradas vacías, el perfume del estrés. La vida de Peter huyendo en forma de muerte.

Miró ese camastro en el que había despertado; estaba agobiado. Su torso estaba envuelto con unas toallas empapadas, adheridas por sucias cintas de persiana que se sujetaban a su cintura y por debajo de las axilas, anudadas con espartana destreza. Por los bordes de esos paños asomaban tallos verdes y marrones. Era un mejunje de plantas y algas mezcladas con ramitas y hojas vegetales que se pegaban a su piel embadurnadas con un líquido peguntoso y aromático, como un barniz. Reconocía el calor húmedo y agradable que le proporcionaban a pesar de su fetidez. Respiraba bien, mucho mejor que la última vez.

Una oronda miga de pan, o algo parecido, rodó por el suelo de tierra acercándose a él arrojada desde la pared opuesta. Se habría interesado por saber de dónde salía aquel trocito blancuzco de no ser porque una rata acaparó toda su atención. Corrió a por su premio moviendo las patitas a un ritmo frenético, devorándolo de pie, como si tuviera

manos y se hubiera transformado en una pequeña persona famélica, relamiéndose los dedos con un vicio insano.

—Ellas no son tan diferentes a nosotros. Por eso nunca se asustan de mí y comen de mi mano —dijo una voz varonil.

Y la rata corrió para recoger otro trozo de aquello que le debió de parecer delicioso, esta vez de la palma del hombre, que hablaba en la oscuridad de esa esquina, sentado en la penumbra de tonos macilentos.

—¿Quién es usted? ¿Qué lugar es este? —preguntó Jean, con el vivo recuerdo de esos hombres metiéndole en la furgoneta.

—Soy como tú. Como ella —aclaró, acariciando la cabeza de esa criatura peluda y extasiada—. Somos ratas escondidas. Supervivientes en un refugio —concluyó el extraño, abriendo los brazos despacio con un toque teatral.

Jean le escrutó, callado. La forma y el aspecto de ese tipo afloraban al concentrar la mirada sobre él, como cuando la vista se adapta a la negrura de una noche cerrada. Su nariz era grande y aguileña, torcida. Tendría algo más de treinta años y su piel era gruesa, curtida y oscura como el cuero, con la barba de semanas tapando sus facciones toscas. Sus ojos tenían un color grisáceo, pero no eran bonitos. Era como mirar a un pozo de estacas en punta, como dos agujeros sórdidos y huecos. Sus hombros, piernas y manos eran fuertes, los propios de un hombre recio y corpulento.

Jean lo supo porque tenía las muñecas muy anchas, casi del tamaño de la hilera de sus nudillos.

—Quiero hablar con la Gitana. Tengo que irme de aquí. —Jean se levantó.

Había recuperado las fuerzas. Y el dolor, aunque persistente, ya no le impedía caminar.

—Amigo, cuando la Gitana te ayuda, tú no pones las condiciones. Ella es la que manda aquí. —Rodeó el lugar con su índice haciendo una espiral en el aire—. ¡Fua! —se echó a reír el desconocido—. ¡Has debido de cabrear mucho a alguien! Te han calzado una buena paliza. ¿Cuánto dinero debes?

—No sé de qué me estás hablando. Esto es ridículo. ¿Dónde está la salida? —inquirió Jean, enfadado porque no tenía ni idea de cuánto tiempo llevaba allí.

El hombre se levantó. Era corpulento o eso le pareció dentro de aquel cobertizo fabricado con restos.

—¿Sabes? No me extraña que te hayan dado esa tunda. Como me sigas tocando las pelotas, tú y yo vamos a acabar mal. Muy mal. —Su cara parecía la de un *bulldog* apretando la dentadura con rabia—. No sabes ni cómo has llegado aquí.

—No tengo nada que hablar contigo —zanjó Jean la conversación, aguantándole la mirada sin pestañear. Sin titubear.

Cuando el impertinente decidió regresar a su sitio tras ese pulso de agallas, él volvió a revisar las paredes y el techo. Tocó algunos picaportes y empujó sin éxito. No encontraba la manera de irse. El desconocido parecía divertirse emitiendo burlones bostezos decepcionados, hasta que Jean comenzó a empujar con fuerza uno de los tableros. Aquello era más grueso de lo que podía parecer a simple vista.

—¡Que pares! ¡Hostias! —le gritó el indeseable.

—Te lo pediré con educación. ¿Cómo se sale de aquí? —dijo Jean, con tono exigente, sin el menor ápice de miedo en la voz.

Ese hombre no estaba acostumbrado a que nadie le replicase y menos aún a exigencias desagradables, pero ahora estaba fuera de su zona de confort, en terreno prestado. Era un invitado disfrutando de la hospitalidad del poblado y tampoco era estúpido. Entendió que su oponente, aunque no pesara más de setenta y cinco kilos, debía de ser alguien importante para disfrutar del mismo privilegio que él.

—¿Por cuánto te buscan? Vamos. Estamos entre *compares*. ¿A qué te dedicas? ¿Le has dado un palo a alguien? ¿Qué has hecho para que te esconda la Gitana? —insistía con soberbia y altanería, sin disimular que se divertía con sus provocaciones.

—Yo no soy tu compadre. Y te lo preguntaré por última vez… —Un ruido cercano interrumpió sus palabras.

El sonido de lo desconocido le puso en guardia. Descinchó las cuerdas de persiana que rodeaban su cuerpo y tiró esas toallas al suelo. Su musculatura definida se congestionaba con el brillo aceitoso del ungüento líquido y herbal, respirando con bramuras, preparado para cualquier cosa.

Una cerradura sonó bajo tierra abriéndose una trampilla invisible del suelo al lado de ese desconocido, oculta y ensombrecida por la negrura reinante. Jean maldijo su estupidez mientras el grosero aplaudía riéndose a carcajadas de él, disfrutando por la cara que puso.

—Está despierto. ¡Corre, avisa a la bruja! —dijo aquella cabeza, adornada por un sombrero chato y un bigote espeso al asomarse por el suelo.

La velocidad obediente de unos pasos infantiles se perdió por el pasadizo subterráneo, como si fuesen los de una lagartija domesticada.

La estampa no dejaba de ser curiosa y llamativa. Aquel señor salió de la tierra como parido por ella y llegaba con una sonrisa sincera y alegre. Sus mejillas estaban coloradas y rebosaban una alegría contagiosa que tranquilizó a Jean. Era un señor bajito y rechoncho, de unos cincuenta años, algo sucio, pero con pretensiones elegantes. Vestía pantalones lisos oscuros y camisa blanca con chaleco negro.

Ignoró al otro hombre, ese al que Jean tuvo delante y que estaba colmando su paciencia. Pasó de él, como si no existiera.

—¿Puedo? —preguntó el señor ofreciendo sus manos para saludarle.

Jean se sorprendió, removiéndose en el sitio, tendiendo la suya con rapidez para corresponder ese gesto tan amable.

—Por supuesto. ¿Cómo se encuentra, buen hombre?

Este cogió la mano de Jean entre las suyas, dándole suaves palmaditas.

—Es todo un honor. Un verdadero honor —repetía con visible emoción.

—Al contrario, el honor es mío. Gracias por su hospitalidad. Y por sus cuidados —replicó Jean con toda la educación que pudo mostrar.

Un escupitajo resonante, regurgitado desde lo más hondo de la nariz, cayó a los pies de Jean. Lo escupió el repugnante sujeto al que había tenido la desgracia de soportar durante esos minutos. Ambos le dirigieron una mirada inquisitiva y él se la devolvió desafiante, empujando con la lengua el interior de sus carrillos con chulería. El señor del chaleco se fue hacia él ofuscado, pero Jean logró sujetarlo.

—No tiene sentido. No le haga caso —insistió Jean, cuya naturaleza pacífica ya se había acostumbrado a esas provocaciones—. Solo puede ofendernos si nosotros lo consentimos.

El señor bajito se detuvo para escucharlo, pero después se volvió hacia el mamarracho, incapaz de frenar sus impulsos.

La bofetada sonó como un aplauso seco en su cara. Fue lamentable. Bien es cierto que también demostró valentía porque le doblaba en estatura y corpulencia y podría aplastarlo como a una albóndiga; pero, de todas formas, aquello no estuvo bien.

Jean se sintió muy incómodo. Aborrecía la violencia, pero vivía en un mundo en el que estaba por todas partes. Necesitaba marcharse de allí, ahora lo tenía claro. Por eso se metió por el agujero y bajó por sus escaleras.

—¿Ves lo que has conseguido, maldito desagradecido? —reprendió al impertinente que había abofeteado y este le miró con ganas de desatar su propia justicia, contraído entre temblores de rabia.

El túnel estaba reforzado con piquetas y contrafuertes cada pocos metros, con una sutil iluminación eléctrica de bombillas rojas y un prudente ventilador soplando por el interior, aireando el hueco con un rumor circundante.

Era una obra profesional y bien acabada o eso parecía, en contraste con lo de arriba. El único camino iluminado en el que terminó ascendía por otra escalinata gemela. Un pasador fue todo lo que tuvo que retirar para abrir la siguiente portezuela. Apareció debajo de una pequeña estructura de madera con forma cilíndrica recubierta por telas colgantes. Gateó un poco, con ese infatigable dolor en su costado y en el labio, y se abrió paso entre los paños.

El olor a velas e incienso penetró en su cerebro como una bola de demolición. Decenas de pequeñas candelas encendidas y tallas religiosas se erigían por las estanterías ofreciéndole una repentina sensación de profanación. Miró con tesón, distinguiendo personajes alados, vírgenes con nimbos y niños cubiertos por aureolas doradas que se amontonaban a distintas alturas en las paredes, rodeando la mesa por la que Jean había salido.

Un sentimiento de vergüenza se adueñó de él, pero no se entretuvo. Siguió buscando una escapatoria al tiempo que escuchaba abrirse la trampilla por la que él había emergido. Debía de ser el pequeño hombre de los bofetones, el cual ya no le caía tan bien como al principio, cuando se presentó con bondad.

—Un desprecio no puede ser corregido con otro peor —musitó disgustado.

Así pensaba Jean o, mejor dicho, así actuaba siempre. El feo gesto de la cachetada fue un dislate que podría haberse evitado.

No supo cómo, pero quien emergió de debajo de la mesa fue la señora que le rescató en su barrio. Ella se levantó y se sacudió las mangas y después la falda, ondeándola como quien agita un mantel después de comer.

Ninguno de los dos rompía el hielo de las miradas cruzadas. El cálido aroma de las velas y la atmósfera de incienso los envolvía con sus caricias pasajeras. La musculatura de Jean vibraba con el bramido de su respiración entrando y saliendo de sus pulmones. Le habría gustado que las cosas no se hubieran torcido de ese modo; ni sentirse responsable de la muerte de Peter; ni encontrarse dolorido, sucio, semidesnudo y ajado como una bayeta vieja. Detestaba estar rodeado de desconocidos. Solo quería salir de allí. Y no quería admitir la desventaja que la suma de todo aquello traía consigo.

Una suma que se había convertido en su peor resta.

—Vas a hacer lo que yo te diga. Y lo harás sin rechistar. Sin llevarme la contraria. —Ella se adelantó—. No quiero enfadarme. Haré mi trabajo y tú no me lo vas a impedir, ¿nos entendemos? —La Gitana sonaba autoritaria e inflexible, con esa fuerza asentada de quien está acostumbrada a mandar—. Ponte tu camiseta. —Señaló a la mesa—. Te van a bañar. Luego cenaremos y después tendremos una buena charla. Vamos, se hace tarde.

Jean reconoció la prenda. Estaba limpia y doblada sobre una esfera colocada en aquella mesa redonda, como si ya supiera que se encontrarían ahí y que Jean se habría despojado de las toallas.

Fue una conjetura extravagante que quiso espantar cuando la Gitana se la entregó en la mano, cansada de esperar. «Casualidades», quiso convencerse al aceptar su camiseta limpia.

—No la conozco de nada, señora, y lamento fastidiar sus planes, pero ahora mismo tengo asuntos más importantes que atender —dijo con todo el tacto que pudo—. Les agradezco lo que han hecho por mí —dijo mientras se vestía—. Dígame cuánto les debo y se lo pagaré lo antes posible. —La señora le miró displicente, pero él continuaba—: No me gustaría salir de aquí sin mis cosas. Y si no recuerdo mal, traía conmigo algunos… objetos singulares. Devuélvanmelos, por favor —dijo refiriéndose a las armas.

—Y cuéntame, Jean, ¿para qué quiere un hombre, tan pacifista como tú, esas pistolas? No estarás pensando en la mujer de tus sueños, ¿verdad?

Algo se agitó en el vientre de Jean al oírle decir eso.

Era ese vacío incompleto y melancólico al que jamás hallaba sentido.

Sus pulsaciones comenzaron a galopar cuando la oyó hablar con esa naturalidad sobre su secreto más profundo. Procuró disimular y fingir que sus palabras no significaban nada para él. Pero a pesar de todo era la primera vez en su vida que alguien lo mencionaba en voz alta.

—Mira, payo, tienes dos opciones —cruzó la estancia abriendo una puerta por la que entró la luz del atardecer a tropel—: puedes irte, pero no vuelvas nunca. Ah, y de las pistolas, olvídate. Se las hemos devuelto a la policía. ¿Nunca te han enseñado que no se roba a los muertos? —le mintió para que no insistiera.

Ella no permitía que nadie fuera armado en su poblado. Necesitaba evitar cualquier tentación y Jean no parecía estar receptivo a explicaciones, así es que predominó su sentido común. «Quien quita la ocasión, quita el pecado», así pensaba la matriarca. Y pensaba bien.

—¿Por qué ha hecho eso? ¿Está de coña? ¡Devuélvame mis pistolas! Yo tampoco quiero enfadarme.

Los ojos de Jean empezaban a vibrar de impotencia. Con una culpa revitalizada y por el peor de los caminos.

—Pues mira que te diga, ¡ay me maten!, que te lo voy a decir. Sé que alguien con tus dones lo entenderá, por muy oxidado que estés. Lo estuve discutiendo con Peter y Gustave anoche. Los dejaron venir a verte, ¿sabes? Me hablaron muy bien de ti —Jean estaba perplejo—. Lamentaban no haberte escuchado. Me contaron lo que pasó ayer y algunas cosas más. Asuntos de este mundo que dejaron sin arreglar, dudas que no entendían cuando estaban aquí. Ahora están tranquilos. Están en el cielo y lo entienden

todo. Se lo han enseñado. Han recordado. Solo hay una cosa que Peter te reprocha.

La cara de Jean se desinflaba escuchando boquiabierto, tímido u orgulloso para preguntar, o quizá avergonzado, quién sabe.

—Tu amigo insistió en que si hubieses hojeado el libro que robasteis juntos no tendrías dudas de esta gitana. No cuestionarías las señales. —Ella se acercó a la puerta de ese pequeño santuario—. En fin, no quiso decirme nada más, pero me aseguró que lo entenderías. —Y arqueó una ceja, esperando su reacción.

—Un momento. Espere un momento. Gustave no estaba muerto —dijo titubeante, andando en círculos, estirándose el pelo con las manos—. ¡¿Ha muerto?! Estaba vivo cuando le vi. —Su pena solo aumentaba de tamaño—. ¿Cómo sabes esas cosas? —protestó Jean.

—Ahí tienes la puerta. Eres libre. —Levantó el dedo, señalándole—. Pero si vas a quedarte, tendrás que hacer lo que yo te diga sin rechistar. —Ella controlaba su genio —. Decídete —dijo desdeñosa.

—¿Y mi abuelo? No puedo quedarme aquí. He de comprobar que esté bien. —Volvió a caminar en círculos, restregándose las manos—. No es justo que hayan muerto. Todo esto es demasiado.

—Tu abuelo está bien. No sé quién es, pero me han garantizado su seguridad. Le han dejado hablar con tu abuela. Ella le ha explicado algunas cosas en sueños. —La Gitana no quiere explicarse demasiado y lo demuestra con un gesto cruzado de manos—. Me dicen que ha sido bueno. Que le tocó ver el lado más cruel de la humanidad. Sí —la Gitana asiente varias veces—, vivir una guerra no debe de ser fácil. Pero ¿sabes una cosa? —Se distanció de la puerta acercándose a él—. Con la excelente puntería que Dios le había dado, nunca disparó a sus enemigos. Hizo justo lo que se esperaba de él. Solo los ahuyentó con el silbido de sus balas.

—Mi abuelo es ateo —sentenció Jean, llevándole la contraria.

—Mejor. Eso significa que lo hacía sin esperar aprobación, lo que da más valor a sus actos. Y tampoco cambia el hecho de que arriba le tengan muy bien considerado. Que sea ateo solo quiere decir una cosa. —Guardó un misterioso silencio—. Que la realidad que nos han puesto delante es convincente —sonrió con ternura—. Aun así, Dios sigue estando entre nosotros, seamos creyentes o no —añadió la Gitana echándose a reír con suficiencia.

Jean no salía de su asombro. Nunca había conocido a alguien así. La incredulidad y la verdad peleaban sobre las facciones de su rostro. Ella miró el hueco soleado que había dejado con el giro de la puerta como una invitación sutil, apuntando con la barbilla. Luego añadió:

—La muerte es la solución definitiva para todos nuestros apegos.

El tiempo se contuvo en ese paréntesis de escepticismo, duda e indecisión, mientras Jean trataba de encontrarle el significado a esa última frase.

Poco después creyó entender lo que le había querido decir.

—Me quedo. Sí. Haré lo que usted diga. —Se encogió de hombros con tristeza—. Le pido disculpas. Estaba confundido. Quiero soportar este dolor, pero es demasiado para mí. Parece que puede conmigo.

La voz se rasgaba en su alma y en esos ojos temblorosos añiles, sin derramar esa mirada líquida.

—Debes limpiar tu cuerpo para dejar salir la luz de tu interior. Hay que despojarse de la suciedad que quiere penetrar en tu alma para reconectar. Zita se encargará de eso, ella te bañará. —Levantó su rostro con cara de pocos amigos y añadió—: Ah, y no quiero quejas ni remilgos. —Le miró con intensidad—. Vamos, acompáñame.

Un aire cargado de fragancia de mil flores azotó el olfato de Jean cuando la Gitana pasó a su lado con su ritmo acelerado.

La libertad del aire de la tarde entró con frescura por sus vías respiratorias. Esa bocanada se convirtió en un placer humilde. Se detuvo un momento cuando lo sintió por dentro. Fue como si algo le confirmara que había tomado la decisión correcta y esa pequeña sensación de alivio era la prueba.

Los volantes de la falda de la Gitana ondeaban con ritmo semoviente al apretar el paso y él la siguió. Fue la primera vez que veía el poblado desde fuera.

Era, sin duda, un lugar misérrimo.

Las chabolas se esparcían y amontonaban a lo largo de una sola vía, la que él estaba pisando en ese momento. El suelo era de tierra compacta, con montículos por aquí y por allá, por donde un coche daría brincos como un saltamontes. Todo parecía hecho de basura, aunque al mismo tiempo se percibía una cuidadosa limpieza, lo que no dejaba de ser en sí mismo una contradicción imposible. Camionetas abiertas y furgones enfilaban sus morros en direcciones de salida, aparcados con un método desordenado, pero bien definido. Se oía el lejano alboroto de aves de corral y la berrea de los corderos encerrados.

Toda la comunidad se detuvo para mirarle o eso fue lo que a Jean le pareció. Eran gente mal vestida, de piel oscura y rostros acartonados endurecidos por las inclemencias. Había señoras con pechos lactantes y bebés en los brazos. Pequeñajos descalzos, que también detuvieron sus juegos para atender aquello que tanto miraban los adultos.

La perspicacia de los jóvenes emitía una madurez anticipada, visible y forzosa. Saberse observado fue algo abrumador. Jean hizo el amago de ser amable y saludar, pero la imperiosa voz de su anfitriona al ordenarle con voz tajante: «¡No te detengas!», le hizo erguir la cabeza y seguir su falda de cerca, aligerando el paso, sin más distracciones que el dolor de su costado.

Desconocía el destino de esos metros por recorrer. Pero se dejaba llevar por su intuición.

Por la silenciosa voz de su interior.

CAPÍTULO 24. **PURO CARIÑO**

- *EXTRARRADIO DE LA CIUDAD DE PARÍS (FRANCIA), OTOÑO DEL 2009*

Se dirigían a una especie de cobertizo erigido con toda clase de retales, en apariencia precario e improvisado. El techado estaba cubierto por lonas y plásticos afianzados con neumáticos tumbados para evitar que fueran arrastrados por la fuerza del viento. También sobresalía una tubería ancha y torcida por la que una fumarola blanca alzaba el vuelo y se disipaba.

Por dentro no era lo mismo. La construcción era firme y bien asentada, con suelos de gres parcheados y baldosines viejos en las paredes, bien rematados. Jean estaba algo desorientado no solo por los extraños, o por el ritmo apremiante o porque era un lugar desconocido para él, sino porque el calor húmedo de allí dentro le había quitado el frío de un plumazo. Empezó a notar las mejillas enrojecidas y sus manos tumefactas pasaron del tono violáceo mustio a un colorado ardiente.

Tras girar por una hilera de lavabos, cruzaron una puerta de vaivén y allí aguardaba una señora mayor vestida de riguroso luto, pero con expresión risueña y agradable. Echaba jarras de agua caliente dentro de una tina con patas de león que era como de otro tiempo, desconchada y vetusta, ubicada en el centro de esa estancia. En el hogar, conectado a la tubería torcida que había visto al entrar, brillaban las ascuas de un fuego extinto pero latente, atrapado entre los rescoldos incandescentes y cuyo calor se propagaba por todo el chamizo gracias a la descomunal cacerola de agua.

Aquel *spa* de media estrella olía a limpio; resultaba difícil de creer, pero así era. En otra pared, sobre un perchero de alcoba, colgaban toallas de distintos tamaños. Ninguna iba a juego, pero adornaban esa pared de azulejos blancos con un curioso contraste de colores, con una suerte de arcoíris inventado al azar.

Poco a poco, sin pretenderlo, se iba acostumbrando a percibir la armonía de esa variedad.

—Así está bien. Avisa a la niña. Y dile que coja algo de ropa del almacén de la parroquia para él, échale una mano, hazme el favor —le dijo a la señora con respeto—. Ya has visto a nuestro invitado, ¿verdad?

La señora enlutada lo examinó de arriba abajo con una mirada de ave rapaz, asintiendo con aprobación y anuencia, sin articular palabra.

—Gracias, Marie.

La Gitana echó en el agua unas hierbas que portaba en el saquillo de su falda. Un aroma medicinal emergió con el vapor del agua, pero se diluyó al poco, mientras él observaba con timidez y resignación los preparativos del jabón y otras sustancias que no supo identificar.

—Espera aquí y haz todo lo que te diga Zita. —Le miró, sin opción alguna a negociación—. Nos veremos en la cena.

Esos minutos fluyeron con el eco perdido de los goteos extraviados. Jean ni siquiera

la oyó llegar. Su pelo era largo, muy largo, muy liso y más negro todavía. Disfrutaba de la bendición de unos ojos verde eléctrico que destacaban en su rostro como dos luceros resplandecientes bajo sus espesas cejas morenas. No tendría más de veinte años. En su regazo traía un pequeño montón de ropa apilada, encumbrada por unas zapatillas deportivas que se veían limpias pero usadas. Cada centímetro, cada curva de su cuerpo rebosaba fertilidad en estado álgido, pero Jean no veía eso. Él horadó el trasfondo de su mirada y no encontró ni la más mínima partícula de maldad.

Salvo por el sonido del agua rebotando por las losetas, el silencio se hizo protagonista de su encuentro. Ella no sonreía, tampoco lo contrario. Se miraron entre sí, conscientes de que era algo concertado, casi obligado. Obedecían a la jefa del poblado, a la Gitana. La diferencia era que esa joven no dudaba ni un ápice de su matriarca y él, sin embargo, tenía bastantes reservas.

—Muchas gracias. Nos vemos luego. —Jean recogió el montón de ropa y lo dejó sobre una silla de madera blanca y desconchada—. Gracias —insistió, con las manos enlazadas, pero la muchacha no abría la boca, ni se movía ni se iba, que era lo que Jean le venía pidiendo con sus indirectas.

La joven pasó por delante de él, con esa seguridad que arroja quien camina por sus dominios; sin necesidad de permiso. Dobló tres toallas de colores y las puso junto a la bañera, sobre un taburete de tres patas. Empezó a desabrocharse los botones marrones de su vestido y volvió a cruzarse con Jean sin mirarle, sin pronunciarse, y luego accionó el interruptor.

Al principio, todo se quedó a oscuras. Jean se puso nervioso y por instinto, intimidado, dio unos pasos hacia atrás. Una pequeña bombilla de casquillo, encendida al otro lado de la choza, intentaba penetrar sin éxito en la sala donde ellos estaban. La oía hacer algo y moverse y parecía que empezaba a verla, pero dudaba porque la oscuridad era tan intensa que creía estar rellenando los huecos con su imaginación. Entonces, la distinguió con claridad meridiana.

Se había desvestido, podía distinguirla. Su energía se recortaba en la tiniebla de vapor. Estaba seguro. Era visible, pero de un modo diferente al que acostumbramos, como si su impronta fuera un rastro vivo de energía. El efecto era tan llamativo como incómoda era la situación, inquietante a partes iguales. La vio caminar hacia él. Sus piernas se cruzaban a cada paso. La oía respirar a pocos centímetros. Podía contemplarla, pero eso debería de ser imposible. Sus manos se acercaron a las suyas; no daba crédito. Ella las cogió y las puso en alto, dejándolas arriba. Después subió su camiseta con cuidado, como si supiese que estaba herido. Jean se dejó hacer, sumergido en su asombro.

Cuando terminó de quitársela, se miró las manos, las veía también en la oscuridad. Sentía la fascinación de un niño descubriendo algo nuevo. Pero entonces agitó la cabeza.

—No puedo seguir haciendo esto. No eres tú —dijo Jean, sin aclarar a qué se refería con eso.

Ella emitió un siseo prolongado de calma, como haría un adulto que trata de tranquilizar a un niño.

—Lo sé —susurró con voz queda—. Lo sé —repitió—. Soy una mujer virgen y tú un hombre santo. A esto lo llamamos baño de pureza. No he venido a entregarme y sé

que tú tampoco. Esto que hacemos es un ritual de sanación. Olvida por un momento todo lo que te han enseñado. Olvida los esquemas, los prejuicios, los dogmas. No existe corrupción entre nosotros. Tranquilo. —Y volvió a sisear con esa voz dulce y cariñosa que emitía ondas de amor—. Soy afortunada de vivirlo… si tu generosidad me lo permite. —El eco del silencio se prolongó unos segundos—. Nuestra gitana nunca tuvo la oportunidad.

Esa última afirmación le dio a Jean la pista de que esa mujer, de poderosa mirada verde y facciones angelicales, se convertiría más tarde o más temprano en la bruja del poblado. Una parte de él estaba aterrada, quizá por los prejuicios, tal y como le había dicho Zita.

Ella comenzó a desabrochar los pantalones deportivos de Jean, pero él sujetó su mano con suavidad, con la delicadeza apropiada con que se maneja algo frágil. Podía sentir el calor femenino de su cuerpo, el atractivo aroma de su respiración. Hasta juraría que podía oír los latidos de su corazón. En su cabeza se conjugaba un cortocircuito de intenciones. Un conflicto que no lograba entender.

—Quiero salir de aquí. Nunca he compartido mi intimidad, la verdad es que…

Jean pensó sus palabras porque como fuera que lo dijese sonaría poco masculino e incomprensible, confundible con cobardía frente al sexo opuesto.

Un hombre de veintiún años no acostumbra a presumir de eso, por mucho que justifique la razón de su abstinencia por una corazonada. Sin embargo, ella se adelantó ayudándole a terminar la frase.

—Te estás reservando para otra mujer. La mujer de tus sueños. La Gitana y yo lo sabemos.

Él se quedó fascinado, porque era su secreto mejor guardado. La joven de ojos verdes prosiguió:

—Si eres capaz de deshacerte de todo lo que has aprendido en este mundo, avanzarás y comprenderás que no hay nada malo, impuro o vergonzoso en esto. Ni una chispa de deslealtad. Tus afirmaciones internas se transforman en bloqueos materiales. Tus pensamientos pueden serlo todo. Tus creencias son tu realidad. Ese es el principio de la creación.

Zita se detuvo para respirar calmada, sospechando no ser entendida.

—Tú solo ves un baño corporal, pero no es así. Esto es, sobre todo, una limpieza espiritual. Al otro lado no existen las interferencias que sugieres. Tarde o temprano lo recordarás —pronunciaba sus palabras de un modo apacible mientras deshacía el nudo de su chándal y bajaba con un solo movimiento, sin prisa, toda la ropa de su tren inferior.

Jean quiso detenerla, aunque esta vez resistió su impulso.

No disfrutaba, pero logró dar el primer paso. Aun con todo, no se despojaba de la turbia asociación entre hombre, mujer, desnudez, intimidad y sexo.

Ella comenzó a cantar en otra lengua donde las erres cobraban distinta importancia. Su voz era prodigiosa, de mujer hecha a sí misma. Auténtica. La acústica del lugar producía una reverberación que de inmediato tranquilizó los nervios de Jean, como un hechizo suave, dulce y elevado.

Ella cogió su mano y dio unos pasos hacia la bañera. Él la siguió, sorteando la ropa sucia, por el arenoso tacto de cemento crudo bajo sus pies.

La canción era una especie de nana repleta de espacios. Ella agitó el agua y el vapor ascendió con un olor a claveles, romero, aloe y rosas. Por supuesto, Jean no sabía identificar esos ingredientes, aunque los percibía con perfecta claridad. A oscuras, desnudo y privado de la vista, el resto de sus sentidos se amplificaron de un modo surrealista y compensatorio. Anonadado, contemplaba las trazas de la bella silueta de Zita. El proceso era extraño y diferente; lento. Veía el contorno de sus propias manos, sus piernas. Sin embargo, no era capaz de reubicar la silla blanca, las toallas o la tina.

Los nervios de Jean fueron menguando, aunque la vergüenza se resistía a desaparecer. El acuciante pudor se abría paso en su paranoia con el infundado temor de que en cualquier momento se encenderían las luces y aparecerían decenas de personas señalándole y burlándose de él. Casi podía oírlos en su imaginación.

Seguirla se estaba convirtiendo en toda una prueba de obstáculos internos. Un ensayo de miedos y limitaciones asentados en su doctrina. Ese era el juego. Nuestro instinto siempre está especulando con realidades alternativas, mezclando el pasado con el futuro, creando las más retorcidas hipótesis, a cuál más nefasta. Por lo general, si no te gusta la primera, la siguiente será peor, y tranquilo, que habrá una tercera y una cuarta. Te las presenta sin permiso, una tras otra, como si fuera un incansable camarero charlatán que no te deja hincar el tenedor en el plato que tienes delante.

Eso hace la mente: te separa del presente.

La primera lección que estaba entendiendo Jean era que debía desconectarla. Era la única manera de poder continuar sin prejuicios.

Y lo hizo.

Las piernas de Zita se difuminaron con el sonido removido del agua. Él permanecía fuera, renuente. Si hubiera podido verse el rostro, habría hallado un gesto indescifrable, torcido. Hizo falta un pequeño tirón para que entrara con ella. El agua tenía una temperatura que rozaba la quemadura, quizá por el contraste de sus pies ateridos. Se metió en la bañera. Podía oír la ligera ola surcando los márgenes de esa tina. Era una sensación agradable. Sosegada. Demasiado para alguien que siempre está en guardia.

Ella le hizo sentarse entre sus piernas, sin dejar de entonar el delicado y bonito canto que recitaba en esa lengua. Acomodarse entre los brazos y las piernas de esa bella y desconocida mujer, los dos como habían llegado al mundo, no dejaba de ser un muro perturbador e infranqueable.

Zita dominaba la situación, porque él era incapaz de mover un dedo sin su permiso. Le abrazó por detrás, obligándole a apoyar su espalda sobre sus esponjosos pechos, mientras que con sus manos cóncavas le echaba agua por el pelo. El calor placentero relajó cualquier señal dolorosa de su costillar. Ella tuvo que obligarle a inclinar la cabeza sobre sus hombros para que se desprendiera de toda rigidez.

Mientras, su cariñosa voz cantarina le entraba por el oído sintiendo al mismo tiempo la vibración de su melodía por todo el cuerpo. Y ella pasó su mano empapada por encima de sus párpados para que Jean cerrase los ojos.

Fue como si se hubiera dormido o diera un salto hacia un lugar indefinido. La noción del tiempo se terciaba espesa, difícil de calcular. Su pierna pataleó en el agua haciéndole respirar con un pequeño sobresalto. Ella volvió a calmarlo, acariciando su pelo, interrumpiendo su canto con un prolongado beso sobre su sien. Lo único que podía sentir era un amor inconmensurable envuelto de paz, bondad y ternura. Le volvió

a ocurrir, pero esta vez de un modo más consciente. Otra bocanada de aire le obligó a resucitar de un viaje que no alcanzaba a emprender.

—¿Qué ha sido esa luz? ¿Tú la has visto?

Pero ella no atendía a sus preguntas, inmersa en sus canciones y caricias.

Volvió a acariciar su frente, sus párpados, lo acomodó entrelazando sus piernas con las de ella. Jean se dejó flotar en el agua, acunado por el mullido tacto de sus senos vibrando al son de la entonación. El largo y liso pelo azabache de Zita flotaba en la superficie con el ondulante ritmo del agua mientras él empezaba a relajarse de un modo ajeno, en armonía con esa vibración, separado de todo lo mundano.

Ya no tenía ningún temor, ni sensación de vergüenza ni dolor alguno, ni controlaba su respiración. Ya no escuchaba la hermosa canción. Se marchaba lejos. Se desconectaba del afectuoso tacto de Zita y del apacible meneo del agua caliente. Ya no estaba el aroma de las flores ni el eco del goteo perdido. La flotación líquida se incrementaba arrojando una sensación de ingravidez plena.

Tan solo, dejó de estar ahí. Se había separado de su cuerpo.

Cuando recobró el sentido, el agua estaba tibia. El vertiginoso empellón de la «caída» que hacía su cuerpo le hizo recuperar la conciencia de un modo abrupto y sereno. Alguien, Zita con toda probabilidad, había encendido una vela. Oía el susurrante rumor de sus cantos en la zona de lavabos. La incredulidad se apoderó de Jean con una emoción que no alcanzaba a definir. Tenía todo preparado para vestirse. Tuvo que mirarse las manos para asimilar que estaba dentro de sí mismo, ahí.

En su memoria temprana volaban fragmentos de un lugar luminoso, cálido y apacible. Quería apoderarse de los retazos para que no cayeran en el olvido. No había sido un sueño, ni tampoco un trance o un viaje alucinógeno. Fue algo más tangible y patente, invadido por la irrefutable sensación de estar en casa.

Ahora había regresado cambiado. Fuerte y recargado. Se palpó el labio. No había dolor, tampoco parecía haber hinchazón. Zita le había despegado la gasa, había lavado su pelo y también su cuerpo. Lo sabía porque todavía podía sentir la remanencia de su tacto recorriéndole la piel. Había regresado y estaba allí, solo, pero no sentía soledad. Todo lo contrario, la impresión era pletórica, de amor latente y fuerza. De luz y compañía.

Se secó y se vistió con aquella ropa y, taxativo, se puso en los zapatos de esa gente.

Los pantalones estaban un poco desmadejados, al igual que el resto de las prendas. En conjunto, nada de lo que se había puesto guardaba algún tipo de coherencia. Los pantalones eran de pinzas, de color vino; las deportivas, blancas con una franja azul; la camiseta, verde pistacho, y el jersey, de un tono gris claro. Los calcetines y los calzoncillos eran nuevos, con su etiqueta y una marca falsificada con descaro, como los que se venden en los mercadillos callejeros. Asequibles. De los que hay que quitarse muy rápido para dejar la duda por confirmar.

Se remangó y luego quitó el tapón de la tina para que se llevara toda la mala energía de la que se había desprendido. El dolor por la muerte de Peter seguía encogiéndole el corazón, al igual que por la de Gustave, pero el enfoque era distinto. No lo podía explicar. Era una especie de presentimiento certero. Algunos a eso lo llaman fe. Como si le hubieran tranquilizado aquí y allí, como si algo superior entendiera su dificultad con admiración, sin darle más pistas que un mensaje intuitivo, una emoción indescriptible,

un simple sentir que decía algo así: «Tranquilo. Todo está bien. El asunto es grave. Es muy serio, lo sabemos. Pero sé fuerte. Tendrás mi apoyo. Sigue adelante. Sigue. Sigue. Hazlo por mí».

Era como si su voz interior se hubiese renovado y repitiera ese último mensaje: «Hazlo por mí». Pero él no sabía lo que debía hacer, lo único que comprendió es que iba a honrar ese compromiso a toda costa hasta la última consecuencia.

A este momento lo llamó despertar.

Una floreciente consigna le vino a la memoria.

—¿Traída de mi amnésico viaje? —masculló para sí—. No, no es eso. Es, más bien, algo propio desenterrado, como el tallo de una planta que emerge en vertical —se dijo en voz baja—. Esto es algo que traía de antes y que no recordaba. Una de mis lecciones de vida. Una clave resiliente: estar bien en los malos momentos.

Esa última frase resumía sus más profundos valores. Una elección ante cualquier situación. Recordó que a veces no se puede evitar la desgracia, pero sí se puede elegir el modo de encararla. Cuesta mucho, porque es opuesto; sin embargo, funciona. Así es la conexión con El Orden a través del poder de La Fuente. Te obligas a conservar el humor en cualquier circunstancia. La valentía sobre el miedo impotente. La paciencia ante lo incontrolable. El cariño sobre la ofensa. La generosidad en la precariedad. El sacrificio ante la necesidad. Un blindaje absoluto contra la negatividad.

Luz en forma de coraje. De fortaleza.

Jean caminó los escasos metros que separaban la zona del baño con los aseos. Zita le esperaba con su enigmática mirada verde. Paró de cantar en descenso. Sonreía con timidez, como lo hacen las personas resueltas y sin deudas. Inclinaba el cuerpo mientras se cepillaba el pelo de arriba abajo e introducía sus dedos para bailarlo. Su sonrisa creció al verle vestido de esa guisa. Era una risa de orgullo humilde, si es que eso puede ser.

—No sé qué decir —logró articular Jean con timidez.

Zita no contestó, solo pareció que sus mejillas se enrojecían un poco. Ella era muy distinta al resto. Atesoraba un saber ancestral e inaccesible y no se jactaba de ello. Se acercó a él. A Jean le pareció que en el aire flotaba su feminidad, su poder. Era el aroma de su pureza mezclado con el soplo húmedo y terrenal de su cabello. Ella acarició su rostro y lo besó en la mejilla, un beso largo. Él sostuvo su mano, cerrando los ojos, dejándose llevar por la sensación de su contacto, de su presencia. Zita no era muy habladora. Más bien, se expresaba con hechos y expresiones lacónicas y solo si era necesario.

—La Gitana nos espera para cenar. Estás guapo, primo —dijo ella, con una risotada. Sin malicia.

Jean titubeó, las licencias solo se las tomaba ella, pero al final se decidió. La agarró por los hombros perdiéndose en las líneas concéntricas de esos ojos verdes intimidantes y después la abrazó con cariño, con una fuerza moderada. Besó su frente y unieron sus mejillas notando el calor de sus vidas, de sus almas.

—Gracias —dijo Jean con la voz rota, tan cerca de ella como un amante furtivo—. No pensé que existiese este tipo de amor.

Ella asintió, con un esbozo melancólico que no pasó desapercibido para él.

Fue como si ambos supieran que debían respetar un compromiso elevado.

—Vamos, gitanito —le apremió Zita, tirando de él sin cuidado alguno, exhalando unas risas mientras Jean se dejaba llevar arrastrado, mirando su nueva indumentaria y negando con la cabeza. Riéndose como ella hacía, como si se conociesen desde pequeños.

Marie, la señora enlutada que hizo los preparativos, había dejado una vela encendida junto a la entrada del chamizo. Y a Jean le pareció que esa pequeña flama actuaba como una señal de prohibido el paso.

Desde ahí pudo comprobar que nadie se acercaba. Solo vio a dos personas en ese rato y era obvio que se alejaban cuanto podían. Además, desviaban la vista en dirección opuesta. Le dio la impresión de que era algo entre sagrado, temido y respetado. «Es una cultura muy diferente. Aquí, los asuntos religiosos, hechizantes o prodigiosos —no supo cómo definirlos— están muy arraigados. Muy presentes», pensó.

La convicción de los miembros del poblado, de todos sin excepción, no flaqueaba en la duda ni por un instante. Y, sin embargo, parecía que a la vez sobrevolaba una niebla de ocultismo. De magia gris. Buena y mala. Blanca y negra.

Zita sopló la vela, pero esta no quería apagarse. No se agitaba la llama. Era como una pegatina quieta y luminosa y su cera se consumía limpia, sin rastro de goteo. A Jean le sorprendía lo que estaba viendo, embelesado por el brillo imperturbable de esa curiosidad. Cuando Zita cogió aire para soplar con todas sus fuerzas, y ya era su cuarto intento, la llama se apagó antes de que lo hiciese, de golpe, rodeada de misterio.

Se mantuvo en silencio unos instantes, con el pecho hinchado, y luego se echó a reír con timidez, dejando salir el aire con un esbozo gracioso y cómplice, como si hubiera recibido una señal que solo ella era capaz de descifrar. Una suerte de broma.

Ocurrían cosas pequeñas. Cosas atípicas. En apariencia naturales, pero extrañas. No del todo inexplicables, pero casi.

Fuera, la luz del atardecer se había transformado en un precioso cielo nocturno estrellado. Nadie se acercaba, ni los esperaba ni los observaba. Eran libres. Tenía la impresión de encajar, de ser aceptado en el arrabal. Todo era distinto. Su estar era diferente. Un Jean oscuro, triste y alicaído se había diluido en el agua de esa bañera. El duelo no había desaparecido, pero sí el modo de enfrentarlo. Ahora estaba convencido de que no tendría venganza, iba a obtener algo mejor: significado.

Volvía a escucharse a sí mismo, a reencontrarse. Notaba su cuerpo, sentía su apetito. Antes también, pero lo había dilapidado con la culpa.

La experiencia de ese trance, esa ausencia o esa desvinculación material temporal, no supo cómo describirlo, le había dado una nueva perspectiva. Después descubriría que se trataba de un ejercicio potenciado de lo que algunos llaman meditación lejana. No obstante, seguía lamentando en lo más hondo de su corazón lo que había sucedido y ojalá hubiera podido hacer algo distinto por Pit. Pero eso fue lo que pasó. Sin más.

Entendió que hay cientos de variables imposibles de controlar. Son tantas que ni los guardianes pueden. Por eso existe la palabra «fatalidad». Él también podría haber neutralizado a Peter y a Gustave antes de que sonara el aviso de sus emisoras o después, pero eso no habría sido justo. Eso sería una protección mal entendida, al precio de su independencia, de su libertad.

Lo fue comprendiendo a cada segundo, siguiendo los andares de Zita, retornando de

ese lugar al que ella le había impulsado a llegar y del que regresó con nuevas sensaciones. Sin recuerdos claros.

Una de esas impresiones le decía que la culpa y la preocupación son espadas idénticas. Una dirigida hacia el pasado y la otra hacia el futuro. Si puedes descartarlas, centrarte en el presente e ir construyendo el futuro inmediato, paso a paso, momento a momento. Decisión a decisión. Sin juicios ni severidades. Actuando con firmeza y bondad, guiado por esa fuerza invisible que dicta nuestro interior, los pequeños actos te van encaminando hacia tu misión de vida. Hacia lo que El Orden tiene preparado para cada uno.

Esa luz interior, manifestada en cualquiera de sus formas, es la que nos dice lo que es correcto en cada momento. Sin intención de ganar o perder. No es bueno para todos los puntos de vista, porque el bien y el mal a veces se confunden en su representación. Pero si se presta atención, con honestidad, se alumbra el camino y la recompensa llega.

Esa luz con la que llegamos está ahí fuera y también dentro de todos y cada uno de nosotros. Brilla al unísono. Es un tono universal. Una melodía estable y común. Genera confianza y en ella no cabe siembra de duda. Ensombrecerla con falsedades es, al fin y al cabo, una decisión individual. Su razón es inmutable. Pensar lo contrario se convierte en un autoengaño, un atajo aparente, una mentira simple. Dentro de nosotros está la única verdad. El auténtico sendero dichoso. Esa energía con la que venimos vive con nosotros, por mucho que uno reniegue de ella. Por mucho que uno quiera sepultarla más o menos, resplandece, eterna, encendida, y siempre estamos a tiempo de buscarla.

Ella está deseando ser encontrada.

Y eso era lo que estaba ocurriéndole a Jean. Acababa de reencontrarse con su propia luz. Con la intangible sustancia de su pureza.

Con la luz de El Orden.

CAPÍTULO 25. **AFINES DESAFINADOS**

- *BELFAST (IRLANDA DEL NORTE), OTOÑO DEL 2009*

- *DIECISÉIS AÑOS ANTES DE EL COLAPSO*

Necesita una estrategia de paz porque parece que Bríd se niega a admitir su problema. Le ha relatado todo lo que pasó, con ese toque educado y señorial que le caracteriza a Stuart; pero ella se enfada. Empieza por el delicado asunto de sus delirios, su improvisada tendencia suicida y le cuenta el horripilante miedo que padeció cuando la vio columpiarse por la ventana de esa novena planta, desde esa habitación en la que siguen.

—Tendré que creerte, Stuart, porque yo no recuerdo ninguna de esas chorradas que me estás contando —le suelta enojada, como si dudase de él.

—Ese es el tema. Que no parecías ni tú. Quiero decir, eras tú, pero no por dentro. Y espera, que hay más chorradas y estas tienen más miga —habla con ella de un modo distinto a como lo haría con cualquiera de sus pacientes.

Es como si tuviera la necesidad de compartir sus inquietudes con ella.

De modo que sigue explicándole las cosas que le dijo sobre su madre cuando estaba a las puertas de la muerte y reconoce, mascullando, que no le puede encontrar explicación a eso. Le cuenta, punto por punto, lo que le dijo, con pelos y señales. Luego prosigue narrando que se presentó ante él como un ser protector y de luz, asegurándole que era una especie de guardián espiritual, su propio guardián para ser explícitos, y que había cogido prestado el cuerpo de Bríd para evitar que se precipitara al vacío porque estaba muy confundida.

Cuando Bríd oye eso, le cambia el semblante. Reconoce que tiene que ser verdad por necesidad; pero, de todas formas, no lo recuerda y eso le arde por dentro.

—Se me heló la sangre. Era imposible que supieras eso, Bríd. Eso de mi madre es demasiado singular. Es tan íntimo que nunca se lo he contado a nadie. Solo lo sabía yo. Y eso es lo que más me preocupa. Quizá nos estemos volviendo majaras los dos. —Stuart sonrió con amargura.

Oírlo en voz alta era, si cabe, todavía más demencial y perturbador.

—Gilipolleces. Lo siento, pero si he dicho o he hecho esas cosas habrá sido por el efecto de los medicamentos con los que me han atiborrado.

Bríd confía en él, pero no se atreve a hacerlo.

Lleva toda la vida arreglándoselas sola y no le gusta que alguien se entrometa en su vida, en sus asuntos; pero, sin embargo, parece que ella sí se ha metido en los suyos y eso le da que pensar.

Bríd se muestra reticente, por momentos mortificada y por otros enfadada, incrédula. Stuart quiso ser honesto, pero ella no volvió a sonreír ni a dirigirle la palabra durante el

resto de esa jornada hospitalaria. Tal y como lo presentaba Stuart, desde luego, no resultaba una historia sensata o equilibrada. Más bien, aquello sonaba a la chifladura más disparatada jamás narrada, pero ella sabe que es verdad. Que todo es cierto.

Creíble o no, a Bríd eso le daba lo mismo. Ella se encontraba disgustada porque él quiere adentrarse demasiado en sus secretos. Era la primera persona que lo hacía y no sabía cómo lidiar con esa sensación. Le asustaba.

Exhaló angustiada y luego pensó que ya no había vuelta atrás. No había remedio.

Llevaban más de dos horas sin hablarse dentro de la habitación, como extraños envueltos en una vergüenza incómoda. Un doctor entró, rompiendo esa atmósfera densa y turbia que reinaba entre ambos. Dijo que ya podía vestirse, solo había que firmar los formularios del alta médica y, en caso de que volviera a tener mareos o pérdidas de conciencia, que acudiera a su médico de cabecera.

Le faltó tiempo para hacerlo. Hizo puntería con los pies para ponerse la ropa interior sin quitarse la bata del hospital. Stuart salió para dejarla sola, cerrando la puerta con suavidad, preocupado y entristecido, arrepentido de haber enfocado el tema desde una perspectiva clínica. No era su intención. «Deformación profesional», se dijo a sí mismo dejándole su espacio. Luego, ella se quedó en la puerta, quieta e inexpresiva, sin quitarle el ojo de encima, con un misticismo incalculable.

Él entendió el silencio y se sintió aliviado sin saber por qué. No hubo palabras, solo una mirada que proyectaba algo bueno. Algo cálido y cariñoso.

Fueron juntos al mostrador. Bríd firmó los documentos sin siquiera leer el enunciado. Ella le miró varias veces, con un mensaje seguro e insondable. Como si ya tuviera algo decidido y el tiempo anterior lo hubiera empleado en ello. Él optó por permanecer callado, a su lado. No descifraba sus pensamientos ni sus deseos. Era incapaz de leerla, pero intuía esa chispa de cambio.

La campanilla del ascensor sonó cuando llegaron a la planta baja. Salieron por la puerta mecánica del hospital, todavía con ese cortante mutismo entre ellos. En el extremo opuesto de esa porción acristalada y giratoria, entraban a la vez dos hombres trajeados y también un paisano de férreo aspecto irlandés. Forzaban la velocidad del giro para acelerar el trasiego que escupía el remolino de personas, con prisas, demasiadas. Se cruzaron sin reparar los unos en los otros, como ocurre muchas veces.

Ya en la calle, Bríd prosiguió con paso decidido, como si anduviera sola, aunque seguida de Stuart a pocos pasos, como si este hubiese cometido un error inaceptable.

Una pequeña parte de él le decía: «Déjala, que se vaya al carajo. Que se las apañe sola, la desagradecida». Pero sabía que esas palabras no provenían del alma, era su ego el que le hablaba y por eso no se hizo caso. Era un experto en el funcionamiento de la mente y se repitió que no volvería a escuchar esa voz nunca más. A partir de ahora, hablaría con Bríd desde otras neuronas. Desde las del corazón.

—Espera, Bríd. No me trates así. Creo que no me lo merezco.

Se detuvo en medio del gentío y la febril impaciencia de esa muchedumbre frenética.

Les rodeaba una multitud ansiosa cuyo objetivo parecía ser ganarle tiempo al tiempo por medio del agobio.

—¿Cómo crees que me siento yo? Dime —inquirió ella, más enfadada con la vida que con él.

Stuart se quedó callado, sin una clara respuesta para una pregunta tan sencilla. Pero

luego consultó consigo mismo, buscando ahí, en su corazón.

—Supongo que incomprendida. Tildada de loca. Molesta —resopló—. Quiero pedirte perdón y decirte que estoy aquí para ayudarte. Juntos averiguaremos lo que te pasa.

—Ese es el problema, doctor —dijo con retintín—. Todos creéis que me pasa algo, desde siempre, y yo lo único que veo delante de mí son trozos de carne, piel y hueso, con ojos, pero sin vista. Ignorantes que comen, viven, se reproducen y mueren sin siquiera intuir el verdadero mundo que les rodea. ¡Y el bicho raro soy yo, porque nadie más puede verlo! ¡Hay que fastidiarse!

Él la agarra con suavidad por los codos, procurando poner freno a su escalada iracunda.

—Creo que no te ocurre nada malo, pero estoy convencido de que hay muchas cosas que ni tú misma entiendes de ti. Por ejemplo, lo de tu xenoglosia —le dice alzando la voz.

Bríd no sabe de qué habla, le mira con una mueca rara y constriñe sus cejas rubicundas en un gesto de extrañeza. Al mismo tiempo, un hombre apresurado la empuja en el hombro y se disculpa sin detenerse. Ella gruñe rabiosa, como un animal enjaulado.

—Me refiero al asunto de que hayas estado hablando en un francés perfecto. —Parece que ha captado su interés—. Además, no me has dejado contarte que me atacaste en la habitación del hospital. ¡Casi me partes el brazo! Fue como si no me reconocieras, como si… te hubieras transformado en otra persona, una luchadora mexicana o algo por el estilo. —Bríd le escucha con atención, algo más calmada—. Y ahora yo me pregunto, con la cantidad de individuos que existen en el mundo, ¿cuál es la probabilidad de que te lleves así de bien con un terapeuta especialista en hipnosis regresiva? —Él se inclina sobre ella cambiando su tono de voz, reduciéndolo—. ¿No crees que deberíamos ahondar un poco más en esa cuestión? ¿No sientes la obligación de atender esa aparente casualidad?

Bríd mira hacia el cielo soleado, como enajenada, con una sonrisa enmascarada e indescriptible.

La luz aclara su iris y este destaca con ese tono amarillento tan suyo, desbrozando su belleza. Respira controlada, pretendiendo no dejarse llevar por la velocidad de la sociedad que la rodea, adecuándose a su propio ritmo. Suspira y clava de nuevo sus ojos en él.

—Me parece que ahora nos vamos entendiendo. Siempre he aborrecido a los incrédulos. —Su rostro no muestra emoción alguna y a Stuart le cuesta interpretar ese ocultismo gesticular, pero de todas formas se adelanta.

—Hoy no vas a dormir en el albergue. Te vienes a mi casa y por mi santa madre que tendremos una sesión. Buscaremos la verdad. Hallaremos respuestas —afirma Stuart, como forzando un poco sus condiciones—. Tenemos que averiguar lo que te pasa.

—¡¿Y qué sacas tú de todo esto? —Bríd no se anda por las ramas. Directa al grano, igual que siempre, hiriente.

Stuart no puede disimular la ofensa que le causa su impertinencia; es un pésimo actor. Y peor mentiroso.

—Verás, Bríd, dicen que el auténtico acto altruista no existe. Que todo aquel que es generoso lo es porque obtiene algún tipo de recompensa a cambio, ya sea emocional o

material; lo que por esa regla nos convierte a todos en unos egoístas miserables. —Stuart parece no pestañear mientras le habla. Esa pregunta le ha dolido, se le nota—. Te seré sincero, me gustaría ayudarte; eres un caso digno de estudio, interesante. Puedo aprender de ti y también sentirme realizado. Además, alguien me ha dicho que me han elegido para esto. Igual —aprieta sus dedos como si no quisiera decir lo que va a decir—, igual es una estupidez, pero quiero comprobarlo —asiente con cobardía—. Tampoco quiero que pienses que el favor me lo haces tú a mí. Eso sería un malentendido, así es que no se equivoque con eso, señorita.

Hace una pausa, con el reflejo presente de un escozor muy íntimo que no es capaz de esconder.

—No sería la primera vez que mi bondad se vuelve en contra mía. Ya he pasado por eso unas cuantas veces. —Bríd prosigue atenta cada una de sus palabras, sin interrumpirle, sin mover un músculo—. ¿Quieres la razón más fuerte de todas? —Ella le mira intrigada, parece satisfecha con lo que está oyendo—. Creo que eres alguien importante. Sí, eso es, eres importante para mí. Me importas —susurra, sin ser necesario porque nadie los escucha—. Vamos, no tengo reparos en reconocerlo, te he cogido mucho cariño.

Bríd pone una mueca graciosa y repulsiva, sonriendo con las comisuras hacia abajo y sacando la lengua con asco.

—Oye, ¡no te burles de mí! Tengo a todas las mujeres que quiera, no necesito fijarme en una mujercita como tú.

Stuart la rodea por los hombros con el brazo, riéndose los dos juntos, caminando hacia el aparcamiento.

—¿Te he contado que una enfermera de Urgencias ha tenido un flechazo por mí?

—Ah, ¿sí? ¿Cómo puede ser eso? —pregunta ella con un escepticismo en la voz.

—Yo me he hecho el duro, ¿sabes? Así, en plan inaccesible —aclara con ímpetu y una pizca de soberbia.

—Eres muy feo, Stuart. Nadie puede quererte —bromea Bríd. Le gusta mucho la relación que tiene con ese hombre.

Sabe que le ha puesto a prueba y no ha perdido la paciencia. Lo que tiene con él es algo desconocido para ella y se pregunta si eso será lo que llaman amistad verdadera.

—Puede que sea feo e incluso más que feo, pero tengo algo que las mujeres de mi edad encuentran irresistible.

Los dos ríen mientras se acercan al ochentero y mimado Porsche de Stuart, que luce tirado en el aparcamiento, mal aparcado por el apremio del susto que le dieron.

—¿Y qué es eso tan apreciado? —Bríd chasquea los dedos, como si acabase de obtener la respuesta por ciencia infusa—. Eh, un momento, déjame adivinar. ¡Ya lo tengo! ¿Las coderas de tu chaqueta? ¿Tus gafas de pasta?

—No, no. —Se encoge de hombros—. Eso son meros encantos artificiales. Yo me refiero a algo más visceral e impulsivo, mucho más relacionado con el cerebro ancestral. —La mira con vehemencia y secretismo—. ¿Quieres que te lo diga? —Bríd pone cara expectante, con un brillo distendido—. Les miento para crear competición. —Asiente con una opulencia insistente—. Por supuesto. Así, como te lo digo. Las engaño. —Sonríe con una malicia fingida, insana—. Les digo que tú y yo estamos prometidos y que vamos a casarnos en primavera.

Bríd se separa unos centímetros de él mirándole circunspecta. Tiesa.

—Eso es. No pongas esa cara. —Él vuelve a encogerse de hombros resignado—. Te utilizo. —Stuart la mira intentando sostener una seriedad que se derrumba—. Por favor, no me juzgues. Yo no pongo las reglas del juego y menos aún intento cambiarlas, eso sería muy estúpido por mi parte. Soy inteligente. Procuro, sin más, ser el mejor jugador. —Abre los brazos como si fuera el muestrario orgulloso de sus ideas—. Así de simple, mi querida pelirroja. Mi cuchicuchi, ay, cuánto te quiero.

Stuart cierra los ojos sacando los labios de un modo repelente y exagerado. Ella le pega un puñetazo en todo el pecho y él estalla de la risa, con una tos que no puede frenar con las carcajadas.

—Lo siento, Bríd, pero es que si supieran que ando soltero estaría perdido. Las mujeres huyen de nosotros como de la peste. —Ella ríe con él a pesar de que quiere resistirse—. Los solitarios como yo resultamos preocupantes y poco fiables. Somos como juguetes rotos, ¿te das cuenta? —Por un momento, no sabe a qué se refiere con esa pregunta—. Seguro que ahora lo entiendes. —Vuelve a mirarla enarcando las cejas con esa maldad fingida y confitada—. ¡Lo has descubierto! ¿Contenta? Esa es la verdadera razón por la que quiero ayudarte. Te necesito para ligar con mujeres de mi edad, ¡me has pillado! —bromea con sarcasmo—. No te importa, ¿verdad?

Por un momento, olvidan las preocupaciones y se divierten con las bromas pese a que en el fondo todo tiene un resquicio sumergido de verdad.

Stuart arranca su coche verde y reluciente con un sonoro acelerón, más contento y satisfecho. Le debe la vida a esa mujercita que tiene al lado y eso no se olvida con facilidad. Verla reír le parece un acontecimiento increíble y por un instante se detiene a contemplarla, como si quisiera capturar ese momento fugaz en su memoria.

Empiezan a llevarse bien, hay algo que les une con fuerza. Quizá sea el sentimiento de soledad personal que ambos han ido asimilando con el tiempo. Quizá los dos estén en ese punto de sus vidas en que no tengan nada que perder. Quizá han descubierto que pueden confiar el uno en el otro sin romper las reglas del juego, juntos. Quizá sospechan que la lealtad sí existe. A lo mejor por eso se reconocen el uno en el otro.

Saben que son dos asociales infiltrados en un mundo de apariencias en el que no encajan con facilidad. Y los dos ven la bondad del otro y, aunque distinta, saben que el origen de ella procede del mismo punto. De un lugar en apariencia lejano y que no saben dónde está, pero que sienten muy cerca.

Es la conexión con la inteligencia creadora de El Orden la que alimenta ese sentir. Fortalece lo que quieren ser.

Lo que en realidad son.

CAPÍTULO 26. **EL ENVIADO**

- *EXTRARRADIO DE LA CIUDAD DE PARÍS (FRANCIA), OTOÑO DEL 2009*

- *ESA MISMA NOCHE*

Las zapatillas usadas que le dieron a Jean tenían la huella viciada de otros pies. Aun así, tardó poco en adaptar su pisada. Estaba contento con ellas.

Desde fuera parecían dos o tres chabolas independientes, pero por dentro todo era distinto. No había muros y las mesas se extendían a lo largo y ancho de la estancia, rodeándose entre ellas. El mobiliario, como todo lo demás, no guardaba ninguna similitud entre sí. Tableros redondos, cuadrados, ovalados, de escuela; y lo mismo pasaba con las sillas. Las había plegables, victorianas, campestres, infantiles, de oficina. Todo se mezclaba con un desbarajuste armónico y bello. También miserable.

Zita se alejó de Jean y lo hizo con descaro. Él miraba a todos lados buscando ser útil. Un joven se afanaba por mover una mesa más grande que él, de modo que se acercó y le ayudó cogiendo por el lado opuesto. Las mujeres iban estirando coloridos manteles, colocando servilletas y cubiertos. Otros traían jarras y botellas. Los refrescos eran de marca blanca, de los que se venden en algún supermercado. De esos baratos. Había pocos vasos y los que traían eran distintos entre sí. A la mayoría les tocó un tarro de cristal como los de mermelada, pero sin pegatinas. Les daban ese uso y nadie parecía apreciar la diferencia. Para ellos, eran vasos.

La comida empezó a llegar despertando aún más su apetito. «Si el sabor es la mitad de bueno que el olor, va a ser todo un manjar», salivaba según pensaba.

Jean miraba a todas partes sin encontrar algo más que hacer, un tanto descolocado. Zita, que ya se había sentado con otras muchachas y con los niños, le miraba de reojo, con resignada preocupación. Se quedó ahí, en medio de todo y de todos, descolocado, como un pulpo en un garaje, avergonzado. La Gitana llegó y lo abrazó por el antebrazo sobremanera y se dejó llevar por la inercia de sus pies mirándola sorprendido.

—Tienes mejor aspecto.

Le peinó con brusquedad, desparramando sus pelos, agitándolos con la mano como si fuese un niño de cinco años. Tenía las uñas afiladas, pintadas de negro, con unos dedos largos envueltos en piel tirante y blanquecina.

—Hoy vas a probar la comida gitana —señaló con orgullo.

Le condujo a una silla de esparto, en una esquina lateral, y lo dejó rodeado de hombres jóvenes, de su edad o parecida. La matriarca tenía su propio sitio reservado en el centro de las mesas, que estaban dispuestas en corro dejando un paso por donde debían traer la comida y las cosas que iban faltando.

El alimento lo servían humeante y el aroma que ascendía despertaba el apetito a los muertos, pero nadie comía. Todo el mundo esperaba y las voces se apagaban en un

hilo silencioso de biblioteca. Jean observa a sus acompañantes de cena. Se fijó, de pasada, con discreción para no parecer intrusivo o maleducado. Todos tenían algo en común: hundidas marcas de vida. Sus caras eran musculosas y morenas como de otra época, con la carne escarchada a causa de las inclemencias y las insoportables condiciones a las que se enfrentaban a diario en esa existencia dificultosa que ellos tildaban de normalidad.

Jean puede verlo con claridad. En su expresión hay dolor enmascarado, serio. Manos agrietadas, castigadas, limpias y sucias al mismo tiempo, con gruesas capas de piel amontonándose en sus palmas a modo de callos. A muchos les faltan piezas dentales a pesar de su juventud. Son rudos, pero hay algo respetable en ellos, algo que no suele verse en estos tiempos: lealtad familiar e inteligencia despierta. Hablan arrastrando algunas sílabas, pero su disciplina es castrense y afectiva, bienintencionada. Son muy pacientes y cariñosos con sus mayores, con los niños, con sus mujeres. Esos hombres son el motor, la fuerza y el temple del poblado.

Reconoce a uno de ellos, se miran con un lenguaje de señas imperceptible, sin retirarse la mirada. Jean saluda levantando la barbilla, forzando una sonrisa que no quiere terminar de salir. Él inclina la cabeza con frialdad serena. Recuerda que le hizo daño por error.

Es uno de los hombres que le metieron en la furgoneta cuando le encontraron moribundo.

La Gitana se pone en pie. Todos los ojos se dirigen a ella y él percibe la ilusión en sus miradas, su satisfacción y la seguridad que les contagia. No se oye ni una tos. Hay unos segundos de absoluta nada, mientras ella está ahí, erguida, escrutando los rostros de su poblado con solemnidad, con sus ojos oscuros marcados por gruesas líneas negras que perfilan esa mirada con un toque sobrenatural.

Jean mira a los hombres que tiene al lado sumido en la intriga de ese comportamiento, pero nadie atiende a sus dudas. Hasta los niños se comportan de un modo anómalo. Demasiado correcto para su jolgorio habitual.

—¿Qué es lo que pasa? —pregunta Jean en un murmullo, sin dirigirse a nadie en concreto.

—¡Cállate, payo del demonio! Tus muertos. —Silbó entre dientes uno de ellos, atajándole furibundo.

La fuerte voz de la Gitana resuena por todo el comedor sin esfuerzo:

—Querido Dios, creador de todas las cosas, dueño y señor del universo. Permítenos expresar el reconocimiento de tu grandeza y la sensación de dicha que nos brinda tu abundancia. El sabor de tus alimentos y la oportunidad de cocinarlos. El grandioso milagro que simboliza esta comida frente a nosotros, llegada de ti como fuente de gloriosa calma, como remedio para nuestra necesidad mundana. Y que el placentero sabor de cada bocado se traduzca en salud para asimilarlo y en amor al contemplar este milagro, seguros contigo, por tu sendero lozano. Porque este obsequio es tu bendición y con cariño y humildad lo recibimos como parte de ti. Nos unimos a tu generosidad con tu ejemplo. —Se detiene y esta vez, más deprisa, barre con la mirada a los presentes y concluye—: Nos hacemos uno contigo. Amén.

—¡Amén! —sonó en toda la estancia al unísono, como si un ejército de vikingos se hubiese apoderado del lugar.

El bullicio volvió a reinar en el comedor y la impresión de estar rodeado de estatuas desapareció.

Se sintió estúpido. El hombre de pelo estoposo que le había mandado callar no le quitaba el ojo de encima; adoptaba una mueca imperturbable de rencor.

Los minutos pasaban, los platos se templaban y ninguno de los dos hincaba su cubierto. Jean se inclinó sobre la mesa y se disculpó elevando un poco la voz sobre el ruido del gentío. Tenía la segura impresión de que había profanado un momento sagrado y se sentía estúpido.

—Os pido perdón. Yo… no sabía…, ahora entiendo —balbuceó, inseguro.

El dedo tenso y vibrante del hombre irritado le señaló colérico. Tenía la cara cuadrada y carnosa; pero, de todas formas, podía verse una vena hinchada que retumbaba en su frente palpitando.

—Tú no puedes ser quien dice la bruja que eres. ¡Es imposible!

Jean se quedó petrificado y la quietud volvió a apoderarse del ambiente. Todos, e incluso la matriarca, observaron a ese hombre furibundo. Y este arrojó su servilleta contra la mesa hecha un gurruño, con violencia.

—¡Yo no me siento a la mesa con impostores!

Se levantó rabioso, empujó la silla hacia atrás con un golpe que la hizo caer sobre su respaldo y apretó el paso con los puños encogidos y los dientes rechinando entre sí.

Jean se quedó sentado con un nudo en el estómago.

—¡¿Adónde te crees que vas?!

El hombre se detuvo resoplando como un animal salvaje en medio del círculo de mesas. Como si fuese un toro picado recién salido al ruedo.

—Vuelve a tu sitio.

El tinte de su voz, pero más que eso, la tremebunda mirada de la Gitana no daban margen a la negociación.

—No cenamos con refugiados y menos con farsantes. Este payo no es quien crees que es. —Respiraba acelerado—. ¡Es un zurraposo! ¡Se ríe de nosotros! —dijo con furia ciega, con los ojos transformados en dos raudales de rencor.

A Jean le habría encantado ser un avestruz y esconder la cabeza bajo tierra. Una cabeza con el rostro colorado. Sintió que todos le miraban y a su memoria regresaban ideas del pasado. Y se acordó de su abuelo ateo y de haber escogido la asignatura de ética en el instituto y se dio cuenta de que ahora eso no le había venido bien, pero ya no podía hacer nada. Ese fue su contexto y no lo podía cambiar y tampoco querría.

Se sintió abochornado y buscó refugio en los ojos verdes de Zita. No los encontró porque los suyos orbitaban demasiado nerviosos. No sabía de qué hablaban, pero a buen seguro se merecía esa reprimenda. Había faltado el respeto a la oración de la cena. «Eres un ignorante. Tendrías que habértelo imaginado», le decía su inteligencia.

Toda la atención retornó sobre la matriarca, cuya autoridad estaba siendo cuestionada. Fue un paréntesis sin palabras, de dominio expectante y autocontrol decretado mientras el hombre se debatía entre salir o sentarse de nuevo a la mesa. Ella intuyó que el tipo iba a echarle el pulso. Era el preludio de una grave desobediencia, de una seria confrontación. Y por eso la matriarca se adelantó.

—Jean, ¡sal aquí, por favor! —le pidió la Gitana a voz en grito, sin dejarle demasiadas opciones.

Como estaba en el lado exterior de las mesas, tuvo que recorrer más de un tercio del círculo para llegar hasta allí. Todos y cada uno de los comensales se giraban a su paso. No se acostumbraba a ser la novedad.

—Quiero una pelea gitana. A machete —dijo la matriarca.

El hombre de pelo hirsuto y mandíbulas gruesas esbozó una maliciosa sonrisa. Parecía complacido. Era el más fuerte de todos y su oscura y ambiciosa intención era invertir el mando de poder hacia el patriarcado. Quería convertirse en el jefe del poblado, tal y como había visto hacer en otros clanes. Llevaba tiempo maquinándolo, buscando su oportunidad. Y por fin había llegado.

Dos cuchillos de cocina enormes fueron arrojados al suelo de arena, como si esas chabolas en línea se hubieran transformado en un diminuto Coliseo y ellos en gladiadores. El desafiante miembro del poblado escogió uno y dejó el otro. Jean caminaba con lentitud adentrándose en el espacio circular de las mesas. Daba la impresión de que estaba ralentizado por el miedo, pero no era eso. En su expresión parecía refulgir una honda preocupación o una decepción.

—¡No lucharé contra este hombre! —exclamó con fuerza, haciéndose oír—. ¡Y ninguno de vosotros debería desearlo! ¡Eso os aleja de…! —No quiso acabar la frase, como si lo que tuviera pensado decir no fuese del todo correcto o acorde a su lenguaje.

Sin embargo, una voz femenina salida de entre el grupo de mujeres lo hizo por él.

—¡Os aleja de Dios! —remató Zita, poniéndose de pie.

Jean caminó los últimos metros, cara a cara con su adversario. Este parecía haber aprovechado esos segundos para alimentarse de un combustible invisible, como si su corazón fuese un motor revolucionado en punto muerto. La respiración de ese hombre se agitaba profusa y el aire que le rodeaba parecía insuficiente para su necesidad.

Jean recogió el arma del suelo, despacio. Tenía los ojos muy abiertos, pero su pulso era lento, controlado. Miró el cuchillo con atención, como si fuese la primera vez que veía uno o al menos desde esa perspectiva. Era un objeto cotidiano dispuesto para dañar a otro ser humano. Su mango era rojo y blanco, de plástico duro, con la hoja lisa y generosa. Se lo pasó a la mano izquierda y extendió la derecha hacia él, en forma de saludo.

—Por si acaso uno de los dos muere esta noche. Para que estemos en paz. —El hombre dudó por un momento.

Su preparación para la lucha casi no le dejaba pensar porque estaba atrapado en sus más bajos instintos, pero la presión del tumulto le obligó a ceder y comportarse con el honor que cabía esperar.

Accedió con un gesto rápido. Todos miraban atentos. Algunas mujeres se llevaron la mano a la boca abierta. Algunos hombres miraban al suelo con un desgarro reflotado de su memoria, de pérdidas pasadas.

Se notaba que su oponente quería acabar con esa memez cortesana cuanto antes.

Jean esbozó una sonrisa imperceptible al estrechar su mano. Era una sonrisa sin humor, sin malicia. De alivio.

Lo que ocurrió no tuvo explicación para la multitud que contemplaba la escena conteniendo el aliento y, por qué no decirlo, con el incipiente y morboso interés del espectáculo sangriento.

El hombre se quedó descolocado. No podía dar crédito a lo que estaba viendo.

Aterrorizado, se veía a sí mismo desde otro ángulo, desde los ojos de Jean y lo más perturbador era que su propio rostro le miraba enarcando una de sus cejas pobladas y no era él quien la levantaba. No era él quien estaba en él y eso le hizo preguntarse dónde estaba y qué le estaba haciendo ese endiablado payo. Se asustó mucho e intentó retirar la mano como si con eso pudiera revertirlo. Pero ahora su mano, en realidad, no era la suya y notaba que solo podía moverse lo que el payo le permitía.

—Cuando quieras, puedes empezar la pelea e incluso si lo deseas puedes herirme de muerte. Mátate a ti mismo. Venga, empieza —le animó con ironía educativa.

Jean podía ver su propio cuerpo como si estuviera frente a un espejo, lo mismo que le estaba ocurriendo a ese miembro del clan. El gesto de sufrimiento que su propio rostro adquiría, presa del terror más primigenio y angustiante, se hizo sobrecogedor.

La mano del cuerpo de Jean, encarnada por su oponente, intentaba soltarse. Jean, desde dentro del tipo, apretaba con fuerza para no soltarlo. El poblado observaba sin entender nada de lo que pasaba. La mano de Jean se distendió y el cuchillo quedó clavado de punta sobre la tierra compacta, cimbreándose por su hoja como lo haría un bambú movido por el viento. El poblado pensó que ya era hombre muerto. Nadie podía imaginarse lo que estaba sucediendo.

—Perdóneme, se lo suplico. No volveré a molestarle, payo —decía la boca de Jean, con un acento cerrado e irreconocible que arrastraba las vocales demasiado.

La Gitana se sobrecogió. Comprendió. Sabía que Jean saldría de esa situación, pero esa argucia era inimaginable. Demasiado sórdida. Decidió interceder por el miembro de su poblado, a pesar de todo, porque advirtió la horrenda expresión de Jean, sabiendo que era la de su hombre.

—Ya está bien. Suéltalo. —Apoyó las manos en la mesa adelantando su cuerpo—. ¡Que lo sueltes te digo! ¡Es suficiente!

Se levantó de puntillas como una leona. Con los ojos inyectados en un valor trabajado con su coraje autoritario.

—De acuerdo —dijo Jean al fin soltándole la mano.

—No. No puede ser, sigo dentro de este payo —pronunciaron los labios de Jean con ese deje tan característico, tan calé.

Verse desde fuera, desde los ojos de otro, separado de sí mismo, era algo mucho más que perturbador. Era siniestro. Sintió un miedo angustioso y terrible, como nunca había vivido. Insuperable. El hombre se puso de rodillas y Jean recogió el otro cuchillo, dándole la espalda, caminando flechado hacia la Gitana, desde dentro del cuerpo de ese rudo miembro de su clan.

—¡No te acerques a mí! ¡Atrás!

Los otros hombres se levantaron de sus sillas para proteger a su matriarca, pero ella hizo un ademán indudable para que se quedaran bien quietos.

Los niños y los mayores estaban en silencio, atónitos. Solo Zita entendía lo que estaba ocurriendo. Otros que lo pensaron se dijeron a sí mismos que aquello era imposible, lo desecharon de sus pensamientos con una abrupta negación. Para el resto, que solo veían lo que sus ojos les enseñaban, Jean parecía un cobarde llorón, y el miembro del poblado, el ganador triunfante dirigiéndose a por su trofeo, a usurpar el trono de su bruja.

—Tú has propiciado esto, ahora debes atenerte a las consecuencias de tus actos.

Necesito compartir esta pesadez contigo —su sobriedad era intensa—, es necesario. Te atañe bastante —le dijo Jean bisbiseando, como si estuviese soportando una sensación inenarrable.

Jean cogió una servilleta y con rigurosa calma limpió los cuchillos frente a la matriarca. Los colocó en paralelo, con las empuñaduras hacia ella, a su derecha. En un gesto fulminante, visto y no visto, atrapó la muñeca de la Gitana. Ella puso los ojos en blanco. Las muecas de dolor se sucedían por las facciones de su rostro y los hombres dudaron en intervenir, pero no se atrevían a meterse en asuntos de brujería. Y sabían que eso lo era. Los hombres miraron a Zita, exigiéndole algo, pero ella observaba lo que ocurría con una fascinación malsana.

La Gitana, movida por un impulso de resorte, cogió uno de los cuchillos para apuñalar el cuello del miembro de su clan. Lo que le estaba enseñando, extraído de ese retorcido y putrefacto corazón, era el puro néctar de la maldad. Un jugo siniestro, perverso y sucio, sin apenas compasión o amor. La punta afilada del cuchillo se detuvo en seco a menos de un centímetro de la carne de su cuello. Jean no se lo permitió.

—Supongo que ahora ves lo que puedo ver. Supongo que ahora lo entiendes, ¿verdad? —preguntó.

Ella seguía intentando rebanarle el cuello, paralizada, esforzándose por llevar a término su acto. Aturdida, la Gitana respondió entre dientes:

—Este traidor de alma negra debe morir. ¡¿Qué debo entender?! —preguntó ella con los ojos vidriosos e iracundos.

—Debes revisarte a ti misma. Mírate.

Jean le mostró su rostro, desde él. Desde los traicioneros ojos del miembro de su clan.

Lo que la Gitana vio le disgustó.

Tenía delante a una mujer con el gesto desencajado en una mueca retorcida, hiperventilaba con las narinas dilatadas y en su mirar solo se apreciaba su ceño fruncido. Vio sus propios ojos inyectados en rabia, sus dientes apretados y rechinantes. Vio la ausencia de compasión moldeando cada molécula de su cuerpo. Vio que no parecía ella.

Vio que el mal se apoderaba de sí.

La esencia de Jean, gélida y controlada, atravesaba las pupilas del traidor en una carambola incomprensible de identidades cruzadas.

La matriarca se calmó de golpe. Entendió la intención de Jean. Averiguó la enseñanza que estaba recibiendo.

Él pudo ver su cambio. Vio su encogimiento. La sintió en el pecho, muy dentro. Y también notó cómo afloraba su sensatez. El dominio y la prevalencia reconquistada del amor sobre todas sus emociones. Solo entonces se sintió satisfecho y la soltó del brazo.

La Gitana relajó la fuerza de la mano en la que blandía el cuchillo y este rodó por su palma hasta caer en la mesa por efecto de la gravedad. Se había dejado llevar por la situación; por el doloroso sentimiento de odio, ingratitud y deslealtad. Movida por sus más feos impulsos, había estado a punto de apuñalar el cuello de ese hombre. Se arrepintió enseguida y el nombre de Judas Iscariote le vino a la mente porque no se había comportado como su adorado Jesús de Nazaret.

Tuvo piedad por ella misma y después por él, por su traidor. Y entendió que aquello que sentimos por nosotros mismos es lo que reflejamos en los demás. Una constante siembra y cosecha; un complejo juego de espejos, de luces y sombras.

—¡Se acabó el espectáculo! —Bajó el volumen de su voz—. Espero que haya merecido la pena —murmuró Jean junto a la Gitana en un tono que solo ella logró escuchar o eso le había parecido porque no le vio mover los labios. ¿Lo había oído por dentro?

Ya no estaba segura de nada porque en ese estado de redención sus sentidos rebotaban por efecto de la excitación.

Jean regresó junto a su verdadero cuerpo, que estaba arrodillado, paralizado en una suerte de súplica muda y estupefacta. Este alzó la vista cuando notó que le posaba la mano en el hombro. El miedo del traidor creció en progresión, alimentado por una vivencia que era incapaz de digerir. Incapaz de entender con las normas de este mundo.

Un vértigo repentino acompañado de un impacto indescriptible le hizo aterrizar en otro sitio. El hombre se miró las manos.

—¡Por fin! —exclamó.

Eran las suyas. Sus gruesas, fuertes, curtidas y castigadas manos, sucias y doloridas. Las miró emanando un suspiro de gratitud y nostalgia.

—Gracias, Dios mío. Gracias —dijo, desahogado.

Jean se levantó. Portaba una opacidad perturbadora y una fuerza tan grande que la percibían hasta los niños, que también le observaban con la misma expectación que los adultos, sin entender, pero sabedores de que estaban presenciando un hecho extraordinario. El incrédulo traidor corrió a arrodillarse a los pies de su oponente. Quería besarlos, pero Jean los retiró como si un charco de lodo creciera deprisa y pudiera alcanzarle.

—Perdóneme, señor, no volveré a dudar. No volverá a pasar nunca más. Lo siento. —Jean enrojeció, levantándolo por los hombros.

No podía soportar esa escena. Él también confundió humillación con humildad, que era lo que en verdad sentía ese tipo.

—No te disculpes conmigo. Hazlo con tu matriarca. Tú has querido utilizarme como un medio para alcanzar un fin, así que las disculpas se las debes a ella. —Le miraba a los ojos, con mucho amor—. Subestimas lo que hace por ti. Su sacrificio y dedicación. ¡Lo que ella hace por todos vosotros! —vociferó a la multitud para que ninguno de ellos lo olvidara.

Y sabía bien de lo que hablaba porque Jean estuvo ahondado en los entresijos de la Gitana y había sostenido su nobleza, su entrega y el peso de su obligación.

—Pero ¡ella también debe disculparse, porque es humana y todos podemos equivocarnos en un momento de debilidad! —dijo en un tono más modesto y benevolente.

—Usted no es humano. Usted no es de aquí. No es de este mundo —dijo con una afirmación queda ese traidor.

Jean se echó a reír, restando importancia a esa alocada afirmación.

—Estoy aquí y soy de este mundo. Ahora más que antes. —Y cuando terminó su frase, consciente de ser escuchado por todos los presentes, buscó los eléctricos ojos

verdes de Zita para, sin palabras, darle de nuevo las gracias.

En esa ocasión, los encontró con suma facilidad y sus miradas se congelaron en ese instante que para ambos se dilataba con la importancia de un mensaje cómplice y contraído: «Seguimos desnudos. Vamos hacia la paz».

—Es quien dice la Gitana. No cabe duda —afirmó Zita en un dictado deliberado que se oyó por el eco reinante del silencio—. ¡Es el enviado de Dios! —afirmó, estupefacta.

Nadie entendió lo que había pasado. Habían presenciado algo extraño e insólito. Una escena atípica e incomprensible. Pocos pudieron imaginarlo y menos aún confirmarlo. El hombre, tosco, se apresuró a acercarse a su matriarca. Se inclinó sobre ella buscando sus manos, las mismas que momentos antes habían estado a punto de acuchillarle la garganta. Las besó como cuarenta veces sin añadir nada. Sumiso. Arrepentido.

Ella le devolvió un gesto maternal, frotando una lenta caricia sobre su cabeza. Era como si los dos tuvieran que reconocer sus errores y perdonarse bajo el influjo de un nuevo estado de conciencia.

Jean se acercó al miembro del clan, que permanecía compungido, y lo cogió del brazo por detrás con suavidad para llevárselo a la mesa, restando importancia ritual a los gestos de disculpa y arrepentimiento.

—Ya es suficiente. Lo importante no se dice: se siente y se hace. —Miró a los ojos del tipo sin pestañear—. Has de esforzarte en el cambio. Creo que puedes hacerlo. Me parece que a eso venimos todos aquí. —Y le sonrió como hacen las personas que nunca han sabido odiar, con su luminosa bondad—. Hemos venido a mejorar —añadió —. Llevo todo este rato vigilando de reojo que nadie nos toque el plato. ¡Me muero de hambre! —dijo Jean, bromeando como si no pudiera fiarse de ellos, en un tono gracioso y mordaz.

Zita esbozó una enorme sonrisa. De la Gitana también emergió otra; pero esta era más forzada, apretada y fugaz. Más fría. En su interior seguía consternada, insegura sobre su capacidad para dirigir el poblado. Sentía la opresión de su deber. Andando siempre al borde del precipicio sin mirar abajo. Pero ahora lo hacía y sentía la caída.

—Lo intento. Lo hago lo mejor que puedo. Dios mío, perdóname por lo que he estado a punto de hacer —dijo azorada, en voz baja, repitiéndolo como si fuese un mantra, bloqueada en la disculpa de haber obrado mal.

Era consciente de que había pensado en matar. Y estuvo a punto de hacerlo. A un instante. Y lo sabía porque la brevedad que precede a todo acto es un pensamiento. Y su brevedad estuvo a punto de cumplirse.

De inmediato, recuperó la compostura, como si supiera que no podía permitirse el lujo de mostrar debilidad. Su comportamiento volvía a la dureza y retomaba las riendas con ese carácter inquisitivo, fingiendo unas fuerzas que no tenía en ese momento.

Fingiendo bien.

—¡A comer! Undivé, ¡no quiero ducas! —se dirigió al poblado con su puño apretado y esa media sonrisa.

Su mirada de carbón oscuro penetraba en los presentes con una energía cariñosa, pero también incuestionable.

Por fin Jean pudo hincarle el diente a esa sabrosa carne. Se desmenuzaba con suavidad, como mantequilla cremosa bañada en un jugo de finas hierbas. La guarnición

de patatas tenía un sabor delicioso. El tañido sabor a roble ascendió por su garganta en forma de aroma, de placer.

Tal vez fuese por el hambre, pero le pareció la mejor comida que había probado jamás.

Allí no había normas o, si las había, desde luego no eran para comer.

Mientras Jean masticaba, el aire que respiraba se mezclaba con los sabores. Las sensaciones gustativas chocaban de frente con la pobreza del lugar y eso lo hacía especial. Se intensificaba el agradecimiento con el contraste, como un placer oculto. Cuando levantó la vista del plato, se quedó mirando a otro de sus acompañantes de cena. Otro hombre, rellenito, de comportamiento inquieto y activo, de rasgos afilados y ojos vivaces hundidos en sus cuencas. Migaba su pan en el chispeante vaso relleno de refresco de cola y luego lo mezclaba en su boca con la guarnición y la carne.

Detuvo su rápida actividad sabiéndose observado por el payo que hacía cosas increíbles, aunque él no sabía cuáles eran y tampoco le importaban.

Comía deprisa porque se había criado con siete hermanos, que cuando acababan sus platos le ayudaban con el suyo cuando era pequeño. Por eso, aunque cada uno había cogido su camino en la vida y ya no los tenía cerca, el recuerdo de sus siete le perseguía con ese hábito.

Había sorprendido a Jean y a su mirada curiosa. Lo cierto es que él tampoco fue muy discreto, de manera que no le retiró la vista. Había una chispa de admiración en sus ojos y, a pesar de que le había cazado viéndole migar el pan en el refresco, el tipo le hizo un gesto de aprobación e invitación. Jean se quedó un momento pensando, macerando la sugerencia, con su vaso vacío. Se debatió durante un tiempo, encajando la oferta e intentando superar el rechazo de su prejuicio.

Se rellenó el vaso con el mismo refresco barato y burbujeante de cola, cogió un trozo de pan y lo hizo. Probó.

—Maldita sea. No me lo puedo creer. ¡Está bueno! —repitió—. ¡Está muy bueno! —dijo Jean, riéndose con el desconocido que tenía delante, que le miraba con sus marrones ojos saltones y hundidos, asintiendo con una sonrisa de oreja a oreja.

Alguien puso un radiocasete y la cena se alegró con el sonido de los acordeones y las voces en ese idioma desconocido, con los cánticos de los comensales que acompañaban las canciones. Otros salían a bailar y algunos lo hacían sujetando un trozo de carne asada por el hueso, o derramando el líquido de sus vasos o con un bocata y restos de comida resbalando por sus barbillas, limpiándose con las mangas de sus jerséis. Los niños jugaban por debajo de las mesas persiguiéndose por todas partes y nadie los regañaba. Todo el mundo estaba contento y se ensuciaba sin preocupación. Como hacemos en la infancia antes de que nos corrijan.

Jean se iba encontrando cada vez más cómodo entre esas personas. Eran duros supervivientes. Fuertes, tajantes y herméticos; pero también generosos, hospitalarios, leales y bondadosos. Resaltaba su valor familiar de comunidad, de solidaridad, de visión de grupo.

Se distanciaban del egoísmo individual para mirar por los demás.

Jean se veía charlando con unos y con otros, aflojando las tensiones que quedaban con el personaje que le había desafiado. Se preguntaba a sí mismo cómo había llegado hasta allí, a estar sentado entre ellos, comiendo de su comida, escuchando su música y

«adaptándose» como si tal cosa.

Pocas personas querrían adentrarse en un suburbio marginal y menos aún cenar con sus habitantes. Sería descartado con espanto. Quizá por falsos sentimientos de superioridad o por etiquetamientos simplificados. A lo mejor por miedos infundados o porque ellos no son nosotros. Pero ese «nosotros» no se sabe dónde empieza ni dónde acaba. Cuando uno renuncia a lo desconocido por ideas preconcebidas, le permite al miedo tomar decisiones. Descartamos sin reflexión. Dejamos de probar el pan migado en el refresco y perdemos la oportunidad de saborearlo por nosotros mismos.

Por el contrario, lo que Jean estaba viviendo lo reconoció como un privilegio y examinó su sensación de bienestar. También las barreras limitantes que unos y otros nos ponemos agrupados en pequeñas sociedades, por similitudes, por guetos. Semejanzas que se desmenuzan cuando nos observamos con atención y concluimos que cada uno de nosotros es una creación única e irrepetible, parecida pero distinta. Cuando se descubre eso, uno es consciente de las mentiras. De que expresamos ideas ajenas que hemos adquirido como propias traídas por una marea de temores heredados. Sirve tanto para unos como para otros, porque la pertenencia grupal hace eso: cierra puertas y ventanas por dogmas que no elegimos.

Nos lo enseñaron así.

Poco después, cuando Jean ya estaba acabando de devorar su plato, se dio cuenta de que había algo en lo más profundo de su ser que no le dejaba disfrutar del momento por completo. No supo qué era. Buscó los fluorescentes ojos de Zita entre esa multitud. Se estaba convirtiendo en un reflejo. En un apoyo importante.

De todas formas, no los encontró. Caviló un momento, envuelto en un silencio creado consigo mismo, lejos de su presencia física. Dentro de sí. Y ahí, profundizando en su paz, escuchó la voz y los anhelos de su interior. «Necesito encontrar a la mujer de mis sueños. La necesito. La echo de menos y no sé quién es. Ni siquiera sé si existe, pero quiero buscarla». Se lo decía el corazón con sus latidos en morse, pero él lo traducía con transparencia. Con la misma claridad que el hambre de su estómago antes de cenar. Era un sentimiento ineludible.

Recordó lo que había dicho la Gitana: «La mujer de tus sueños», y un escalofrío indescriptible recorrió su cuerpo. Un escalofrío cálido, pero endeudado con un arraigo distante. Extraño.

Se levantó, satisfecho por la deliciosa cena, y anduvo por detrás de las sillas hasta llegar a la matriarca.

Ella advirtió su acercamiento y lo miró con esos ojos tan suyos. Jean se acercaba de lado, andando entre los comensales y la pared construida a base de restos solapados.

Como si ella ya supiera algo de antemano, se limpió con la servilleta y se levantó. Recobraba ese poderío que la caracterizaba; sin embargo, apenas había tocado la comida de su plato. La experiencia le había robado el apetito.

—Gitana, creo que tengo prisa. Tenemos que hablar de ella, por favor. —Los dos sabían a quién se refería.

—Confío en que estés preparado —respondió, con un enigma filtrado en el timbre de su voz.

Y a Jean le vibró en el pecho ese músculo que guarecía templado y que agazapado bombeaba imparable.

Vivo por encontrarla.

CAPÍTULO 27. **ELEGIDO**

- *BELFAST (IRLANDA DEL NORTE), OTOÑO DEL 2009*

—Deberías revolucionar más la tercera antes de pasar a cuarta —le dijo Bríd con una risilla metijona—. Stuart… Stuart, estás ahogando el motor —insistió, burlándose de él.

—Pero ¿qué sabrás tú? Si ni siquiera tienes el carné de conducir.

Bríd se reía a escondidas. Si le dijera la verdad. Si le contara la habilidad que tenía sobre coches y pilotaje, no se lo creería.

Y, por supuesto, sería otro plus añadido a su «demencia».

Treinta minutos antes de que Stuart y Bríd salieran del Hospital Ciudad de Belfast, ese mismo día

El doctor que tradujo los delirios de Bríd y los apuntó en un papel no puede dejar de darle vueltas al asunto. Recuerda a la perfección lo que escribió y cada vez que piensa en la noticia de París algo en su interior se remueve causándole un estremecimiento. La incomprensible sensación le adereza con el surrealismo espesante.

No se lo quita de la cabeza.

Ha terminado su guardia, se ha echado a dormir y se despierta con ese pensamiento en la portada de sus ideas. Es la hora de comer en Irlanda y quiere contárselo a su amigo. Él es cirujano de urgencias en Moscú y allí es la hora de cenar; es el momento perfecto. Se conocieron compartiendo una habitación cochambrosa, cuando estuvieron de Erasmus. Eran tiempos de escasez, pero los recuerda llenos de felicidad.

Todo empezó como un juego. Un juego en el que cada vez que les ocurría algo inexplicable, algo a lo que la medicina no pudiera dar una respuesta concisa, se llamaban y lo debatían. Con el tiempo, habían desarrollado ese extraño hábito y desde que lo hacían sus comunicaciones eran más frecuentes. También era una excusa para no perder el contacto. Y funcionaba a la perfección.

Los doctores hablaban un francés fluido. Les gustaba practicarlo, aunque no podían desprenderse de sus respectivos acentos nativos.

—Buenas noches, compañero. ¿Cómo van las cosas por la gélida madre Rusia?

—¿Cómo estás, camarada? Pues mira, lo sobrellevamos con todo el vodka que podemos. —Y los dos se ríen porque son abstemios, pero les encanta el juego picante de los estereotipos—. ¿Quién empieza esta vez? —interroga su amigo ruso.

—¡Yo!, que he sido el que ha llamado —se anticipa el doctor irlandés, que quería hablarle de Bríd.

En ese mismo instante, a mil pies por encima de sus cabezas o, lo que es lo mismo, a unos trescientos metros de altura, en algún punto de la Federación Rusa con escaso tráfico aéreo, un artefacto traslúcido sobrevuela el terreno sin ser detectado, sin emitir el más mínimo silbido. Flota como un fantasmagórico navío imperceptible. Invisible. Y no es el único. Hay más y están repartidos por todo el mundo, observando.

Observándonos.

Dentro de ellos, una inteligencia artificial consciente de sí misma realiza millones de cálculos, analiza el contenido de miles de grabaciones de vídeo y monitoriza todas y cada una de las comunicaciones interpersonales. Criba con astucia cualquier información civil o militar, de televisión o de radio y, cómo no, también de teléfono. Lo hace en busca de una alteración. De cualquier indicio.

Busca esa singularidad relacionada con su objetivo.

De ese modo, la conversación de los doctores es interceptada en tiempo real. Las palabras clave que despiertan su atención son «guardianes», «protectores», «extranjeros», «extraterrestres», «enlace»… Pero también la combinación de otras, como «avance espiritual», «contacto extrasensorial», «comunicación angelical» y más.

Capta esa información con dos objetivos claros. Primero, y menos importante, borrar su rastro. No le interesa darse a conocer. Esa IA y sus súbditos no han venido a hacer amigos, ni a compartir o a presumir. Por eso, aquellos que tienen la desgracia de descubrirlos sufren la inclemencia de sus atrocidades sin contemplaciones. Los eliminan sin remordimientos. En ocasiones, lo hacen con rapidez y, en otras, no tanto, dependiendo de los intereses asociados al sujeto.

Son astutos y no suelen cometer errores. Esa es la razón por la que casi nadie sabe de su existencia, al menos no en este período de nuestra historia.

Emplean su tecnología con ese fin. Dirigen su investigación de manera discreta. Son obstinados y ambiciosos. Llegan a sustituir a sus víctimas con clones y lo hacen con innumerables propósitos. Para realizar todo tipo de ajustes, a pequeña y a gran escala. Son cínicos.

Impulsan el avance tecnológico de la humanidad, pero solo para facilitar su vigilancia. Por eso la rama de las telecomunicaciones, redes sociales y mensajería instantánea ha experimentado esa explosión. Y por eso es tan accesible. Clonan a científicos, usurpan sus vidas de forma temporal, presentan nuevos avances en el terreno digital y después los hacen fallecer. En ocasiones, usan el suicidio como método y, otras veces, activan un infarto u otra dolencia fulminante. El patrón se repite demasiado, pero ¿quién podría pensar en algo así? ¿Quién podría establecer esa conexión?

Lo cierto es que desde que llegaron la humanidad ha estado dominada en la sombra. Ya no se puede saber quién es quién. Hasta el gobernante más original puede ser uno de ellos. Se infiltran de tal modo que son irreconocibles.

Y llevan tiempo dirigiendo nuestro mundo bajo el disfraz, entre telones. Escondidos.

Si por alguna suerte del destino quedase algún cabo suelto, algún insignificante testimonio tras un avistamiento o un contacto cercano, nosotros mismos les damos tan poca credibilidad a sus versiones que se hunden por sí solas. Nos han adoctrinado para rechazar aquello que todo niño trae consigo: nuestro pensamiento mágico. Por eso la humanidad vive dormida, por eso somos tan escépticos acerca de este o cualquier otro asunto desviado o dislocado de la presunta línea recta.

Pero el verdadero objetivo de los extranjeros no solo es ser invisibles, no. Ellos quieren observarnos y encontrar a esas personas especiales, porque el que es especial no tiene dudas ni crisis de identidad. El oscurantismo del que hablamos no existe para ellas. Esas personas saben que lo son.

Buscan a esos sujetos, los llamados enlaces.

Han recorrido inmensas distancias para alcanzar el control transicional. Esa es la última frontera que les queda por rebasar, porque en este plano ya lo han conseguido todo. El universo es vasto y abundante, pero también repetitivo y monótono. Por eso quieren establecer contacto con los guardianes. Saben que ellos son la llave de esa entrada. Son el acceso a la desconocida e intangible dimensión del más allá.

—Tal y como te cuento. Y cuando vi lo del atraco a la joyería de París por la televisión, casi me da un soponcio. Era como si la chica lo hubiese vaticinado o, más extraño aún, como si hablara con alguien que hubiera estado allí —relata el irlandés con un tinte de preocupación en su voz—. Era imposible que ella pudiera saberlo, Yuri. Llevaba casi una hora ingresada en el hospital. Hablaba estando inconsciente con alguien al que nombró como su guardián. No es la primera vez que lo oigo, ¿sabes?

El doctor irlandés soltó una especie de bramido de enfado, de impotencia o de ignorancia.

—Empiezo a pensar que somos algo más que un conjunto de células agrupadas cuyo único deseo es sobrevivir colaborando. Me niego a creer que nuestros sentimientos e inteligencia sean un instrumento más para llevar a cabo ese estúpido fin. ¿Tú qué opinas, Yuri? ¿Somos eso? ¿Una replicación constante?, ¿células con telómeros que se van acortando hasta que desarrollan su propia inconsistencia y entonces desaparecen?, ¿y luego nosotros morimos con ellas? —Se preguntaba, reflexionando, sin darle opción a intervenir, compartiendo sus pensamientos con ese lejano compañero de habitación—. Porque si cada siete años se renueva todo nuestro organismo, cada molécula, ¿dónde estamos nosotros en realidad? Dime, ¿dónde está este tío que habla contigo? ¿Tú te lo explicas?

—Ay, compañero, siempre en tu línea. Si sigues filosofando, te volverás loco, camarada. —Y se oyó una risa a mandíbula batiente. Cuando vio que se reía, él solo carraspeó y recuperó la seriedad, pues veía que su amigo hablaba muy en serio—. Volviendo a lo de tu paciente, yo creo que todo tiene su explicación, pero también intuyo que hay algo oculto. Es más, creo que sé lo que es. —Dejó un espacio de intriga —. Mira, yo también tengo experiencias inexplicables, pero párate a pensar por un instante. Lo vendría oyendo por la emisora de la ambulancia y luego en Urgencias soñó con ello. Si yo tuviera que hacer caso a todas las cosas que me dicen los pacientes cuando se les suministra la anestesia, te aseguro que no podría pegar ojo.

—Imposible. Que no, Yuri. Te digo que no —perseveró con vehemencia—. La noticia no había llegado todavía a los medios de comunicación irlandeses. En serio, esto es sorprendente. —Se quedaron callados un momento y continuó—: Verás, te propongo algo. Tenemos que apuntar los desvaríos de nuestros pacientes. De todos. Quizá de esa forma encontremos alguna concordancia, alguna repetición de patrones.

—Bueno, ahora que lo mencionas, si quieres, ya podemos apuntar la primera coincidencia. Como te he dicho, yo también he presenciado lo imposible. —Se aclaró la garganta—. Hace tres meses tuve que enfrentarme a un fuerte dilema y cambiar de parecer respecto al abordaje de una operación de cirugía. —Sonaba apesadumbrado —. Te lo voy a contar a ti porque no pasó nada. Además, estoy seguro de que me vas a guardar el secreto, ¿verdad?

La estática telefónica crepitaba esperando su respuesta. No resulta fácil hablar de eso porque la mencionada doctrina del realismo funciona.

—¡La duda ofende, camarrrrrrada! —afirmó, con voz potente y ufana.

—Verás, nos llegó un conductor accidentado. —Su tono se iba alejando de la guasa —. En serio, tenía la pierna derecha que parecía un chicle mascado por un dinosaurio. De hecho, lo bautizamos así: el Patachicle. En fin, que hice una inspección visual, rayos X y luego un TAC y, con sinceridad, no vi la posibilidad de salvar esa carne molida. Se desangraba y el retorcido metal de la puerta del coche había desgarrado esa pierna de un modo espeluznante. Y ya sabes cómo son las cosas cuando el tiempo te estrangula y hay que decidir entre una extremidad o la vida de una persona, ¿cierto?

—Cierto —asintió afligido, con el castigo de muchos recuerdos desenterrados.

—Yo lo tuve clarísimo: elegí a la persona. Se puede vivir sin una pierna. Punto. —El doctor cogió aire, como si lo que fuese a contar supusiera un esfuerzo que no había calculado—. El caso es que estaba perdiendo mucha sangre y había que cortar su hemorragia. Di las instrucciones de lo que había decidido como jefe de cirugía y el equipo se puso manos a la obra. Entonces el paciente abrió los ojos de par en par, mirándome sin pestañear —el irlandés escuchó cómo tragaba saliva—, y lo hizo justo en el momento en que me había quedado a solas con él. —Yuri emitió un chasquido de angustia—. No sé si seguir, la verdad, vas a pensar que estoy mal de la cabeza —añadió con un sombrío hilo de voz.

—Suéltalo. Ahora no me vas a dejar en ascuas, ¡de ninguna manera! —exigió el irlandés.

—Vale. Pues pasó lo siguiente. Se me quedó mirando con una expresión inflexible, despierto y sin el más mínimo gesto de dolor aparente. Me cogió por los botones de la bata y me obligó a acercarme. Lo que me dijo no lo olvidaré jamás…

—Pero ¡¿qué te dijo?! —El carácter irlandés, impaciente y directo, no casaba con la parsimonia rusa.

—Me habló por mi nombre y me dijo: «Yuri, tienes que salvar la pierna de este hombre. Se te ha concedido el don para hacerlo, por eso te lo hemos traído hasta ti. No tengas miedo. No dudes. Tú haz tu parte, que nosotros haremos la nuestra. —Al contarlo le temblaba la entonación y se notaba que se emocionaba, pero pudo continuar—: Los hombres buenos como él sufren los ataques de la maldad en forma de fatalidad».

Y el doctor ruso se quedó muy callado, como muy afectado por revivir la experiencia con su amigo irlandés.

—Pero, Yuri, no me dejes así. ¿Qué quería decir? —preguntó, intrigado.

—No me sentí para nada halagado y mucho menos me retocé en la vanidad. Por el contrario, sentí un inexplicable peso de responsabilidad. Volví a mirar esa pierna. De verdad, estaba destrozada. —Carraspeó por lo que iba a decir—. También comprendí que aquel hombre no era él. Quiero decir, quien me estaba hablando no era el accidentado. La serenidad con la que se expresaba, el aplomo, esa templanza y su entereza no eran los de un hombre atiborrado de morfina con la pierna colgando de unos pellejos.

—No pares. Sigue —le rogó su amigo irlandés al ver que hacía una pausa prolongada.

—Al principio, me quedé impresionado. Era obvio que algo o alguien distinto se estaba dirigiendo a mí.

—Perdona. Un momento, ¿a qué te refieres con eso? —le interrumpió el doctor irlandés.

—No sabría decirte, amigo. Creerás que me falta un tornillo, pero, como te digo, yo sentí que era una presencia templada e inteligente. Se dirigía a mi paciente en tercera persona, hablando desde él. Al principio me asusté, pero yo sabía que no había nada que temer. Solo estaba impresionado, más que otra cosa. Lo que me hablaba o quien me hablaba, no sé —se rio por cómo sonaba—, parecía tener encomendado garantizar su bienestar. Me dijo: «Tengo prisa, no puedo estar aquí demasiado». —El ligero zumbido de la llamada internacional sostenía el silencio entre los dos—. No te lo crees, ¿verdad?

—Quizá sea el mismo fenómeno desde perspectivas distintas. En contextos diferentes —sopló por el micrófono cohibido—, guardianes —se atrevió a decir por fin.

—Guardianes —repitió Yuri desde allí. Como si al decirlo perdiera la congoja de su vergüenza.

—Lo llamaremos así. Anotaremos estos asuntos con ese título —dijo el doctor irlandés con una naturalidad artificiosa.

—El caso es que yo miré la pierna y no vi salvación posible —lo decía convencido, no por excusarse—. Revisé las radiografías, la sangre seguía empapando las compresas, el tiempo jugaba en mi contra y él seguía mirándome, esperando la respuesta adecuada. Me asusté, no me abochorna decirlo. Esa conversación me hizo dudar, llegué a pensar que, a lo mejor, yo mismo estaba sufriendo un desvarío. Entonces me dijo: «Nosotros también debemos disimular los milagros, lo hacemos a través de elegidos. Este es uno de esos encargos extraordinarios de El Orden. Este hombre es especial, hay que ayudarlo y has de ser tú; por eso me muestro, me expongo y hablo contigo. Tienes que arreglar esto, Yuri» —lo narraba estremecido, entre pausas—. ¿Qué te parece lo que te estoy contando?

Una risa tímida y sofocada vibraba por el teléfono mientras el doctor irlandés enmudecía.

—El Orden… —dijo con fascinación infantil el irlandés.

—El Orden —insistió Yuri, acentuando ese concepto.

Sin sospechar el grave error que acababan de cometer.

CAPÍTULO 28. **RECUERDOS DEL MÁS ALLÁ**

- *ENTRE RUSIA E IRLANDA, OTOÑO DEL 2009*

- *DIECISÉIS AÑOS ANTES DE EL COLAPSO*

—Me parece que no me puedes dejar así. Se me están poniendo los pelos de punta, pero para bien —confesó coloreando sus palabras con un tinte de sobriedad, dejándole espacio a Yuri para que continuase.

—Sigo. El paciente, o quien fuera que hablara, inclinó la cabeza descubriendo otra vez la pierna destrozada, mirándola con una indolencia inhumana, devolviendo su vista hacia mí para añadir: «Ese es tu don. Llevas años ofreciéndolo con bondad y generosidad. Sabes que lo tienes. Deja que la energía de La Fuente fluya a través de ti y todo saldrá bien. No temas. Confía en la inteligencia de El Orden y nosotros, los guardianes, estaremos contigo».

—La Fuente —repitió, anotándolo en su memoria—. ¿Y qué pasó? ¿Qué hiciste? —El doctor irlandés estaba ansioso por saber.

Necesitaba conectar hechos, semejanzas y coincidencias.

—Cambié de opinión, por supuesto. Ante una revelación así, uno no puede permanecer impasible. Es demasiado directa como para ignorarla. —Sonrió, decaído y sin alegría—. El paciente reposó de nuevo inconsciente y lo llevamos al quirófano. Mi equipo pensó que, sin duda, había perdido el juicio. Ellos no habían presenciado lo que yo y tampoco se lo iba a explicar. ¿Qué pensarían de mí? ¿Te imaginas?

—Todos los que nos dedicamos a trabajar en la pantanosa frontera entre la vida y la muerte sabemos que hay algo más. Intentamos ser neutrales, objetivos y racionales, basarlo todo en la medicina, tal y como aprendimos. Pero luego te das cuenta de que no. Hay un mundo sumergido que escapa de nuestro control y que es el que decide. Nosotros somos… meros instrumentos de algo inexplicable. —Resopló como un equino —. Esto de los guardianes… —inspiró el doctor irlandés—. Deberíamos ampliar el intercambio de experiencias, extraer conclusiones, recabar toda la información posible —proclamó con renovado entusiasmo.

—Conmigo no cuentes, compañero. No me menciones nunca en ningún sitio. Ni hables con nadie de esto que te estoy confesando. Además, algo me dice que debe ser así —afirmó Yuri, con un deje de tristeza en la voz que se apoderaba de la conversación en forma de vacío.

—¿Qué te preocupa, Yuri? ¿Temes que no te renueven la licencia? —preguntó el irlandés con una seriedad inaudita entre amigos.

—Es algo más que eso. Para empezar, como ya te he dicho, siento que es así como debe de ser. Esto es algo muy personal —aclaró con esa seguridad que otorga una convicción elevada. Con humildad y conocimiento—. Déjame acabar la historia. Verás

—se aclaró la voz para seguir—, he hecho cientos de operaciones, pero nunca había sido tan consciente de que algo trabajaba a través de mí. Llámalo divinidad, fuerza del universo, Dios, el bien, el Altísimo, el Orden o como quieras —ríe sin escepticismo—. Estaba inspirado, participando de esa… —buscaba la palabra apropiada, pero le salió una en ruso, luego le llegó en francés—, de esa creación o, mejor dicho, recreación.

»Deberías haberlo visto, *Irish*. Tras seis horas de cirugía todo salió a la perfección. Hice las últimas costuras con esmero y comprobé que la pierna estaba bien perfundida. —Sonaba aliviado—. Pese a todo, no había verdaderas garantías de recuperación. Sin embargo, los enfermeros, los médicos residentes y el anestesista aplaudieron con una sublime ovación. Como si hubieran sido testigos de algo increíble. —Yuri parecía emocionado—. El resultado final sería, a ojos de otro cirujano, una completa ruleta rusa.

Le salió una risa nerviosa que dejaba entrever lo mucho que le importaba el caso de ese paciente, aunque prosiguió sin dilación, pues sabía que al otro lado del mundo aguardaba su oyente, impaciente.

—Todos los que intervenimos en esa reconstrucción salimos con una abrumadora sensación de tranquilidad y esperanza. Una sensación de… —Parecía no querer decir esa palabra con su actitud peregrina—. De amor —dijo al fin—. Parece raro, ¿a que sí?

—Es fascinante. Me encanta, Yuri. Estoy asombrado. —El orgullo ajeno rezumaba dentro de él.

—No he acabado. Cuando terminé la operación, debería haberme quedado agotado, pero fue todo lo contrario. Me sentía recargado por esa misteriosa energía que aún fluía por todo mi ser. De manera que hice llamar a los sanitarios de la ambulancia, a los que habían traído a mi paciente. Tenía que saber más. Lo necesitaba —sentenció con rotundidad—. Me senté a esperar en la entrada de Urgencias a que llegasen. Seguía notando esa energía dentro de mí, era muy intensa, ¿me comprendes? Tuve que llevarme las manos a la cara de la emoción.

»Se me querían saltar las lágrimas y me avergonzaba de que me vieran así. Lloraba de alegría porque sabía que había participado de algo extraordinario. En ese momento, supe con certeza que había algo más. Supe que estamos inmersos y rodeados por una realidad invisible que no somos capaces de distinguir o demostrar, pero que podemos sentir. —El doctor irlandés no se pronunció. Estaba asimilando las reflexivas confidencias de Yuri—. Crees que exagero, ¿verdad? —afirmó con un resuello timorato.

—No. No es eso, Yuri —balbuceó—. Es que… me dejas sin palabras. Me alegro por ti. Yo quisiera vivir una experiencia parecida —dijo el irlandés derramando un poco de su melancolía.

—Déjame seguir. Cuando hablé con los sanitarios de la ambulancia, les pregunté sobre por qué lo habían traído a mi hospital. Bien —afirmó para coger impulso—, pues descubrí que el accidente tuvo lugar en otra localidad. Y atento, *Irishman*. Me dijeron que las carreteras estaban cerradas, cortadas por obras, por un enorme árbol caído y qué se yo. Que habían intentado ir a otros dos hospitales más próximos, pero les fue imposible. El único trayecto abierto era el mío y, pese a la gravedad de las heridas y la distancia por recorrer, no encontraron otra alternativa. —Yuri se vio de pronto interrumpido.

—Entonces era verdad… ¡De algún modo te lo habían traído hasta ti! —exclamó el irlandés, emocionado.

—No lo sé —suspiró con lentitud, vaciando sus pulmones con un soplido prolongado —. Quise saber lo que había pasado. Ya sabes, profundizar más en los hechos. Por norma, no lo hacemos. Nos traen el roto y lo arreglamos, listo. No solemos interesarnos en los detalles porque no tenemos tiempo ni ganas, nos da igual —apostilló con acritud —. Pero esta vez, necesitaba entender. Necesitaba unir los cabos. —Yuri hablaba pausado.

—Me vas a matar con ese ritmo, camarada —se quejó, a sabiendas de que no conseguiría nada.

Yuri lo ignoró, como si no lo hubiera escuchado.

—Te cuento lo que he podido saber. Presta atención —avisó.

—Venga, dispara —le animó con una pincelada de sorna.

—Mi paciente estaba parado en un semáforo. Hay un testigo que así lo corrobora. Más que nada porque luego se sintió muy culpable por lo ocurrido. La luz del disco se puso en verde y parece ser que mi paciente andaba distraído en su coche, de modo que el testigo este que esperaba detrás de él en el semáforo le dio un fuerte bocinazo para que arrancase. Con la prisa y el frío de nuestro país, se le caló el motor a mi paciente, pero en ese conato avanzó unos pocos metros. Entonces el testigo que estaba detrás volvió a posar su mano sobre el claxon, sosteniéndola sin miramientos ni piedad mientras las luces traseras del coche del Patachicle tintineaban para arrancar. Y el semáforo seguía en verde —remarcó.

»Solo habían pasado unos segundos, aunque tú ya sabes que cuando a uno le agobian el tiempo parece transcurrir a ritmo languidecido —reflexionó para sí, más que para su oyente irlandés—. De repente, un coche a gran velocidad se saltó el semáforo en rojo y se estrelló contra él. Directo, brutal. Sin reducir un ápice su velocidad. Sin dejar ni una sola muesca de frenada. —Tragó saliva imaginando el desastroso accidente—. Era un borracho que conducía sin cinturón de seguridad y que, de forma inaudita, no sufrió ni un solo rasguño, no como mi paciente. ¿Te lo puedes imaginar? —inquirió con indignación—. Además, alucina con esto, el borracho quería ir a su casa, pero se había confundido de camino e iba en dirección opuesta. Vamos, una carambola fortuita y muy desafortunada. Curioso, ¿no?

—¡Madre mía! Pues sí que es mala suerte. Los astros se habían alineado —soltó el irlandés, mascullando.

—Yo pienso que hay algo más de fondo. Tengo mi propia teoría y creo que es algo más que una simple corazonada. —Yuri se santiguó antes de continuar—: En este caso en concreto, es como si me lo hubieran explicado sin decírmelo.

—Quiero oírlo. Me interesa. —La voz del irlandés sonó rigurosa y seria. Libre de incredulidad.

—Creo que el Patachicle es un hombre excepcional. Supe que había sido catedrático de universidad y que lo había dejado todo para dar clases en un instituto de mala fama, de esos conflictivos, ya me entiendes, de bajos fondos —subrayó—. Había renunciado a su vida acomodada, sencilla y de éxito para complicársela. Para volcarse con esos jóvenes. Ya sabes, la mayoría de ellos abocados a un futuro de criminalidad y delincuencia mafiosa —arqueó las cejas a pesar de que su interlocutor no podía verle

—, pero él decidió hacer eso con su energía. No quiso permanecer en el camino fácil que había conseguido. Renunció a un sueldo mucho mayor, a propiedades e incluso casi le costó el matrimonio. Todo por ponerse al servicio de ese ideal superior y altruista. Lo que llamamos una vocación repentina. —Soltó una risa escueta y suspicaz —. Raro, ¿no?

—¿Adónde quieres llegar, Yuri? Porque… no te entiendo —preguntó con educación.

—Pues es muy sencillo. —Cogió una bocanada de aire para explicarse—. El profesor se había metido en una guerra sin saberlo. Estaba cambiando el destino de muchos chavales con su perseverancia y entrega. Cómo lo diría, estaba robándole siervos al mal. De hecho, llevaba cinco años haciéndolo y no era la primera vez que por poco muere en extrañas circunstancias. —Negaba con la cabeza desde Rusia—. Tendría que presentártelo. Te aseguro que he conocido poca gente que irradie ese optimismo y felicidad. Y aquí viene la chicha —soltó con una brizna reveladora—, en solo tres meses ha logrado caminar por sí solo. Apenas le queda una cojera sutil y no padece ni el más mínimo dolor.

»Ha vuelto a dar sus clases y está más vivo y fuerte que antes. Te digo que está protegido, muy protegido. Él no lo sabe, vive ajeno a todo eso, pero lo está. Cuidan de él —volvió a coger aire—, no me cabe duda. —Un alargado y estridente timbre se oyó por el auricular del irlandés. Fue una interrupción indeseable—. Un momento —dijo Yuri extrañado—. ¿Llaman a la puerta? —se preguntó en voz alta—. ¿Quién será a estas horas de la noche? —dijo en su idioma, mientras que el hilo de su voz se alejaba por el teléfono.

—Tranquilo, Yuri. Atiende.

Pero él ya había acudido a la puerta de su casa arrastrando los pies por su lúgubre pasillo, con un presentimiento.

Y es que era tarde para visitas. Demasiado tarde.

En ese mismo momento, la puerta del doctor irlandés sonó con esa odiosa melodía que ya traía su casa cuando la compró y que, por su mujer y por pura desidia, nunca se decidió a cambiar. La alegre sinfonía no vaticinaba un buen augurio y, en su mente, una improbable y paranoica conspiración fundada en esa coincidencia casual despertó una escéptica sensación de alarma. Lo desechó de sus pensamientos y esbozó una sonrisa nerviosa con la que pretendió ocultar ese temor barruntado. Ya sabemos: el inexplicable augurio.

Sus peores presagios se confirmaron al abrir la puerta y escrutar el impasible rostro de esos fornidos hombres ataviados de negro, impecables y entallados en sus trajes. Nadie preguntó ni abrió la boca. Los individuos le observaron con hermetismo, casi con asco, podría decirse.

Uno de los hombres de negro adelantó su pie, que estaba envuelto en un reluciente zapato negro brillante, y lo interpuso en el marco de la puerta para que no la cerrase. Al doctor irlandés le pareció que el tiempo adoptaba otra elasticidad y sentía que su corazón tamborileaba con una repentina percusión imparable. Quiso interpretar la expresión de sus rostros, en silencio, paralizado, despierto por la sospecha de un peligro latente. Pero no pudo.

Antes de caer abatido, golpeado por una corriente fatal, se preguntó si su buen amigo Yuri estaría recibiendo una visita parecida. Estableció conexiones rápidas y dedujo que

su camarada y él habrían descubierto algo que no debían. Aun así, con la evidencia que tenía delante, perdiendo el equilibrio y la coordinación por el irremediable sumidero del dolor, quiso convencerse de que no podía llevar razón. «Era imposible», y se lo dijo a sí mismo varias veces antes de perder el conocimiento.

Así son la mayoría de las personas. Niegan sus propios descubrimientos arrojándolos al cajón de lo improbable. Es la condición humana. Cuesta mucho creer. Mucho.

Por supuesto, Yuri estaba en una situación idéntica.

No tardaron casi nada en contarlo todo. Lo poco que sabían o que habían averiguado.

La tortura no fue solo física, sino también psicológica, pues la mera aparición de esas pequeñas criaturas grisáceas ya era algo espeluznante. Sus ovalados ojos negros y esa especie de membrana nictitante que parpadeaba a la inversa les hizo saber que aquello no era un montaje. Les quedó muy claro al observar esos cuerpos enjutos, de alargadas falanges en las manos, con ausencia de nariz, pelo, labios y orejas, con esa diminuta boca cerrada como una raya horizontal. Y lo que ya lo remataba del todo: el escuchimizado modo de moverse, tan perturbador e inquietante… y que provocaba un miedo atroz y convincente.

A los dos les hubiera encantado pensar que eran víctimas de una broma macabra. Ojalá.

Por desgracia, no era así.

Los inmovilizaron sobre una superficie plana, fulgurante, blanca y aséptica. Olía de un modo particular, a dentista, con el aire aspirado hacia arriba como si toda la sala fuese una cabina de bioseguridad.

Distanciados, pero viviendo la misma aterradora experiencia, reconocieron el lugar como una suerte de quirófano avanzado. No olvidemos que eran doctores.

El sitio estaba repleto de cambiantes símbolos por las paredes, iluminado por un incómodo color anaranjado molesto. Los instrumentos de abordaje corporal no tardaron en aparecer por una bandeja retráctil y automatizada. Iban a ser empleados por esas criaturas de color gris enfermizo que se movían embutidas en trajes plateados. No cabía duda.

Ellos no podían oír sus propios gritos. Era como si estuvieran sordos o aquella sala generase un vacío imposible. Antes de fallecer, lo cual deseaban con toda su alma para que acabase el horrendo sufrimiento que estaban padeciendo, pudieron verse a sí mismos replicados.

No lo entendían.

Habían recreado una réplica exacta y fiel de sus fisionomías. Esos hombres, idénticos a ellos, se vestían con su ropa sin el más mínimo respeto. Eran inexpresivos, como los tipos trajeados que fueron a sus casas y permanecían con la mirada vacía y perdida en su abismo impersonal. Por si fuera poco, el dolor que estaban sufriendo…, la abrumadora escena de los clones sumó un grado más de terror a su vivencia. Aunque esa no era la intención.

La intriga y la curiosidad por saber y descubrir habían desaparecido en los doctores. Solo querían que acabase todo de una maldita vez. Rogaban por un final rápido y clemente al ver sus entrañas expuestas en canal, en sus vientres abiertos, como cuerdas en un balde. Los extranjeros querían que se manifestaran sus guardianes, pero no lo consiguieron.

Cuando ya no tuvieron nada que aportar, se deshicieron de ellos de un modo rutinario y desdeñoso. Sin embargo, les dejaron escribir una nota de despedida para sus familiares, con la única condición de no mencionar lo que les estaba ocurriendo. Les habían inyectado algo estimulante y analgésico, pero la letra temblaba sobre el papel cuando firmaron sus cartas de despedida.

Los extranjeros tomaron buena nota sobre Bríd Kelly y también sobre el profesor Patachicle y los despacharon con actitud cotidiana y mecánica. Truculenta.

Así era como agotaban todas las vías para alcanzar sus objetivos, en su empeñada obsesión por penetrar hacia ese otro universo tan próximo y lejano a la vez. Buscaban personas con capacidad de contacto extrasensorial, vinculados al mundo de los guardianes. Buscaban enlaces. Era lo único que les interesaba.

Por fortuna, al fin, el dolor cesó para los doctores, inclinando la sensación hacia el polo inverso. A los dos les abordó una increíble sensación de paz y sosiego. Era mucho más que alivio.

Una brillante luz multicolor apareció ante ellos recortada por una figura antropomorfa que no lograban distinguir. Los extranjeros querrían captar esa realidad, pero no lo lograban. Su tecnología, por avanzada que fuera, no podía registrar nada de eso y los guardianes, que podían vislumbrar las distintas ramas que el presente de sus protegidos podía encauzar, supieron que no había más alternativa que una partida anticipada. Una migración sin resistencia, sin prolongar la lucha. Por eso, la cálida ternura de esa luz les inundó con una tranquilidad sin igual.

Yuri comprendió que el dolor terrenal era algo temporal y que el amor que afloraba de esa luminosa paz era eterno. Se alegró de morir, pero no por despreciar el valioso regalo de la vida o esquivar ese sufrimiento inmediato. Se alegraba de volver a casa con un fervor recordado. Como si ahora fuese él en esencia. Consciente del aquí y del allá. Como si echara mucho de menos el lugar al que regresaba y no tanto la vida que abandonaba.

Y ahora se apreciaba a sí mismo por completo.

El doctor irlandés, muy consciente y siempre tan categórico, se convenció de que su cerebro estaba siendo inundado de endorfinas en su chispazo final. Y así, en sus últimos estertores de racionalidad humana, supo que estaba en la antesala de la muerte y, aunque sintió que era algo precipitado, se abrazó con desesperación y conmovido a esa solución, pues no podía soportar ni un segundo más el angustioso e injusto sufrimiento que estaba padeciendo.

Había escrito la carta de despedida con prisas. Temía que fueran a por los miembros de su familia. Lo pensó. Les suplicó que no lo hicieran. Les aseguró que ellos no sabían nada, pero sus verdugos se quedaron callados. Como si les hablara un ratón de laboratorio.

Con absoluta indiferencia.

Ambos se reunieron con sus guardianes en un lugar extenso y de luz vibrante. Ya no sentían las limitaciones físicas o mundanas. Había ligereza, belleza a raudales y silencio. Un silencio agradable y sereno. No distinguían entre lo que había delante o detrás, a un lado o a otro, pues la visión era de trescientos sesenta grados y venía acompañada de una flotabilidad ingrávida maravillosa con aromas agradables e indescriptibles.

—Saludos. Soy tu guardián. Bienvenido. —La voz gutural, fuerte y potente se convirtió en una confirmación abrupta y amarga, adelantada, antinatural e indebida.

Triste a nuestros ojos, pero no para los doctores; pues para ellos ese emocionante universo de luz, amor y bondad se extendía con un sentimiento de pertenencia tan hondo que mirar atrás y sentir nostalgia era algo impensable.

Ahora, ninguna de esas criaturas abyectas y grises les infundía temor.

El miedo se había convertido en compasión. Y en tristeza. Tristeza por ellos y su conducta, porque ahora los doctores estaban en un lugar donde el rencor no tenía cabida. Un lugar libre de suciedad espiritual.

—Acompáñame. Hay que hacer balance —le conminó aquella silueta luminosa de mil colores al irlandés.

—Lo sé. Me acuerdo a la perfección —dijo satisfecho y orgulloso, sin pizca de arrogancia.

Estaba convencido de que la vida que había disfrutado se había regido por la conciencia moral y, aunque no fue creyente, su comportamiento se había asemejado bastante a los implícitos dictados de El Orden.

«Vamos a hacer balance», profirió hacia dentro, ilusionado por compartir sus adversidades y el modo en que las había superado. También las alegrías y los lujos otorgados y las elecciones de vida que había escogido. Entusiasmado por el reencuentro.

Se lo decía tranquilo, porque había respetado las leyes universales a pesar de remolcar algunas vergüenzas.

Estaba deseoso de contar la aventura de su vida y lo útil que había llegado a ser para los demás y presumir de todo lo aprendido por el camino, porque nunca se había rendido. Pero, sobre todo, estaba orgulloso de lo mucho que había ayudado. De haber sido bueno. De haber escogido el amor en casi todos sus actos.

Y es que eso, amigos, es algo que se sabe… sin que nadie nos juzgue.

CAPÍTULO 29. **EL PAPEL**

- *POR LAS CALLES DE BELFAST (IRLANDA DEL NORTE), ESA TARDE DE OTOÑO DEL 2009*

—De verdad, Stuart. Lo llevas muerto —insiste, mirándole de reojo y esbozando otra sonrisilla—. Crees que así lo tratas bien, pero haces lo contrario. —Bríd se divierte.

Disfruta haciéndole de rabiar, estirando su paciencia infinita.

—Que te calles, tontita. A mí no me vengas a dar lecciones. Este es un coche con una mecánica refinada y lo tengo desde hace más de veinte años y me dura porque lo cuido. Era de un cliente en crisis.

Bríd le interrumpe sobreponiendo su voz:

—¡Ajá! ¿Te parece bonito aprovecharse de las circunstancias de la pobre gente? —Gira el cuerpo sobre el asiento del coche para mirarle a la cara, afilando los rasgos de su mirada con un viento teatral—. Eres un psicópata —espeta bromeando.

Stuart tiene un corazón de acero templado. Por el rabillo del ojo puede ver cómo la sonrisa invertida de Bríd ilumina con gracia su pecoso rostro de muñeca de porcelana y decide subir el tono a propósito para fingir que empieza a cansarse de sus provocaciones y así mantener encendida la hoguera de esa disputa. Y es que, en el fondo, le encanta verla tan alegre, aunque ella crea que se está saliendo con la suya.

—¡Eh! ¡Que eso no es así, señorita! Tuve que esforzarme mucho con él. Hice acopio de una terapia ecléctica y luego, por sí solo, extrajo la conclusión de que quería vivir en un minimalismo más ajustado e invertir su dinero en hacer algo más provechoso, más orientado a mejorar la vida de la gente. —Bajaba el volumen de la conversación como si todavía siguiera sorprendido por las cosas que hizo su paciente—. ¿Y sabes qué es lo más curioso? —Bríd levantó la barbilla con un ademán chulesco para que soltase prenda—. Pues que empezó a ganar más dinero todavía —se reía sin entenderlo—, se hizo todavía más rico. —Negaba con la cabeza sonriendo con ingenuidad—. Esta preciosa máquina —continuó mientras acariciaba su volante con suavidad— era el Porsche número 50 de su colección.

—Seguro que te lo dejó regalado. Este deportivo no pega ni con cola con tus pantalones de pana, ¿dónde se ha visto eso?

Bríd abrió los ojos, expectante por ver cómo se tomaba esa ofensa venenosa, divertida y canalla.

—¡Insistió en que me lo quedara! Me había visto acariciarlo cada vez que iba a su mansión y, sin pedirme permiso ni decirme nada, lo puso a mi nombre e hizo que me lo llevaran a la puerta de mi casa.

—¡¿Ves?! ¡Lo sabía! Ya puestos, te podría haber regalado algo de ropa también.

Y por vez primera le miró esbozando una cara de burla, sacando la lengua por el reborde derecho de sus labios y bizqueando esos ojos grandes y amarillentos. Stuart se echó a reír, encajando la crítica. Era imposible enfadarse con ella. Además, verla así

de contenta le hacía muy pero que muy feliz.

—¿Crees en Dios, Bríd? —dejó la pregunta suspendida en el aire, creando una atmósfera incómoda y seria—. Venga, no te andes con rodeos —atajó—. ¿Sí o no? —preguntó con firmeza, girando de un modo abrupto el rumbo de la conversación.

Bríd cambió la expresión como si hubiera tocado el interruptor de su compostura. En ese momento, solo se oía el suave rumor de la mecánica.

—Pues claro. Pero no en el Dios en que tú puedas pensar, o en el Dios de nadie, aunque a la vez pueda ser el mismo. Mi relación con Dios es única, como lo es la tuya… si es que eres creyente.

Bríd se cruzó de brazos, apoyando la frente en la curvada ventanilla del coche, con la mirada atravesando el ambiente de Belfast.

Parecía que se hubiese enfadado.

Ella no dijo nada más, pero por dentro pensó: «Cuando lo tenga delante, le pediré explicaciones, demasiadas», refiriéndose a Dios. Y un bramido de contención irritada salió por sus narinas sin discreción.

—Déjame decirte lo que pienso. —Quiso enlazar con un movimiento aclaratorio que hizo con la mano—. Estoy empezando a creer un poco. Creo que todo lo que hay aquí, las plantas, los animales, nosotros e incluso todas nuestras posesiones —vaciló, dubitante por haber roto el clima de diversión— son un préstamo. Este coche quizá me lo trajo él, a lo mejor me lo ha dado Dios, como todo lo que tengo, como todo lo que soy aquí. Ahora se disfruta y mañana puede que no. —Se encogió de hombros mullendo los labios—. Así es que, como cualquier cosa prestada, trato de cuidarla más que si fuera mía. Por eso lo llevo bajo de vueltas. Quiero honrar esta abundancia. Quiero que me dure. Ese respeto tiene más valor que el precio material, ¿me captas?

A Bríd le gusta la forma de pensar que tiene Stuart.

Cuanto más lo conoce, más confía en él. Pero, en realidad, no es muy creyente, dice lo que ha oído de sus mayores. Él no cree ni deja de creer, intuye que puede haber algo, pero no está convencido. Necesita pruebas en las que basar su fe.

—Vale, lo entiendo. Sí. Me has convencido con eso —resopló indignada—. Pero lo suyo sería que te disfrazaras de abuela. Que te pusieras unos rulos, unas gafas doradas redondas y un camisón bien largo, y también, si quieres, mientras conduces podrías hacer ganchillo, porque te daría tiempo —volvió a meterse con él con saña y picardía.

—Ahora verás. Ya me has hartado.

Stuart bajó a segunda y el coche escupió unos petardazos roncos aplastando el cuerpo de Bríd contra el asiento, tirando con un empuje brutal.

—¡Dale caña, Stuart! ¡Venga! ¡Dale chicha! ¡Pisa a fondo! ¡Yuju! —gritaba Bríd emocionada, bajando la ventanilla y sintiendo la velocidad del aire en la cara.

Stuart cambió a tercera con un nuevo empellón. Le gustaba verla así, no podía explicarse por qué. De pronto, Bríd se puso muy seria y siguió con su mirada el enfoque directo de algo. Hasta se volteó para no perderlo de vista. Sus facciones se tensaron de inmediato y el júbilo se apagó, permutado por una sobriedad densa y aglutinada.

Stuart levantó el pie derecho sabiendo que algo no marchaba bien.

—¿Qué pasa, pequeña? —preguntó con cariño.

Él no pretendía ser el padre que nunca tuvo y tampoco ella buscaba algo así. Sin embargo, Stuart no podía evitar preocuparse por ella y a Bríd no le disgustaba consentirlo, porque, aunque siempre había sido orgullosa y reticente, por primera vez en su vida Bríd había encontrado a una persona noble. A una persona de alma pura.

—Tienes que parar el coche un momento —afirmó consternada.

—Claro —dijo Stuart en un murmullo.

Obedeció sin hacer preguntas, arrimando las llantas al bordillo de la acera, encendiendo los *warnings* para señalizar la parada.

Bríd se bajó del coche orillado y anduvo unos pocos pasos. Stuart apagó el motor y se acercó a la ventanilla abierta; quería oír lo que decía. Parecía de locos. Ella estaba firme y erguida, con esos hombros tan rectos, tensa, alzando la mirada y la barbilla hacia un punto cercano en el que Stuart no lograba ver nada.

Ella hablaba y asentía con expectación, atenta y respetuosa. La jarana de la capital le impedía escuchar las pocas palabras que pronunciaba. La oía encapsulada, indistinguible. Él quería creer, qué demonios, ya había tenido indicios de ello. Reconocía que era algo intuitivo y no irrefutable, pero en verdad él sospechaba que debía de haber algo más que unas cuantas casualidades impactantes. Necesitaba convencerse de que no eran ilusiones sesgadas a través de la percepción selectiva. Quería creer que se trataba de algo verdadero y escurridizo para la mayoría, pero no podía confirmarlo.

Y más que nada, quería creer que Bríd no era una trastornada.

«Creo que todo esto podría ser cierto», se dijo con un resuello taciturno.

Ella regresó al coche con andares pesarosos y la expresión volteada, como remojada en decepción. Cerró la puerta del deportivo con rigurosa mesura y se llevó las manos a la cara, restregándoselas por los ojos, ocultando su rostro bajo esa abundante y ondulada cabellera de cobre soleado.

Para él, el delicado calor que desprendía su pelo le hacía pensar que podía tocar desde ahí los rojizos tonos de un atardecer imperturbable y siempre que se fijaba en su preciosa melena le venían a la memoria las frescas hojas de ese otoño, que, aunque vivas y enteras, siempre eran rechazadas por el árbol. Y al recapacitar sobre ello distinguió por dentro, en una parte intocable de su interior, la fina punzada de los tormentos a los que Bríd se había enfrentado durante su corta vida.

Stuart pasó el brazo por encima de sus hombros, acariciando esa afligida belleza, esa melena rubicunda. Ninguno de los dos pensó en ese acercamiento, aunque ella nunca se lo habría permitido a ningún otro. Era como si Stuart se hubiese ganado el privilegio de acercarse, de tocar a la bestia envuelta en belleza.

—¿Qué pasa, Bríd? Cuéntame.

Ella le devolvió el afecto, cogiendo su mano y besándola.

Él notó el húmedo y vaporoso calor de su lamento y se preocupó.

—Me han dicho que vienen a por mí. Quieren atraparme, me andan buscando.

Sin pretenderlo, igual que un reflejo, aquello le sonó idéntico a un patrón asociado con el delirio persecutorio y quiso alejar de su cabeza ese pensamiento con un movimiento de dedos, como si espantase a un insecto molesto.

—Pero ¿quién, quiénes? ¿Quién quiere hacerte daño? ¿Por qué? No lo entiendo. —La obligó a girarse Stuart, agitándola por los hombros, apesadumbrado.

—He hablado con tu guardián y con el de una enfermera del hospital llamada Lizzy. Ellos… —dijo refiriéndose a las sombras— tampoco saben quiénes son. No me mires así, ya lo sé. Es decepcionante. Los guardianes están en otro nivel, es verdad, pero no tienen todas las respuestas —atajó como si ella tampoco lo entendiera—. Presienten los peligros de sus protegidos con antelación y dicen que este es grave.

Los *warnings* y el clic, clac de su relé cobraron un inesperado protagonismo dentro de la atmósfera del coche, en el silencio de sus miradas.

—Me ha dicho que quien se pone en peligro eres tú —pausa—. Yo… —titubeó Bríd —. Yo… —respiró abatida— no tengo guardián, Stuart. —Y se le escapó una resignada sonrisa de paradoja con la que quiso encubrir su melancolía—. No tengo guardián —repitió esta vez para ella, con una lágrima vibrando sin escapar, como si esa fuese la última gota que colmara el vaso de su injusticia. Y no la dejó derramar porque había aprendido a ser fuerte—. Tenemos un máximo de ocho horas, luego… tendré que alejarme de ti. Tu guardián me ha obligado a prometérselo. Y se lo debo —cogió aire con pequeños sobresaltos en el pecho—, te lo debo, Stuart.

Sus ojos parecían flotar en un mar de tristeza, enrojecidos de emoción, de despedida. Trémulos y vidriosos. Y, por supuesto, sinceros.

—Quizá… eso que dices no sea del todo cierto. —Rebuscó en sus bolsillos hasta dar con el papel plegado y ahuesado manuscrito con letras pequeñas en procesión—. Léelo, por favor —le invitó Stuart.

Bríd devoraba las líneas cabeceando de lado a lado. Cuando acabó, sostuvo el papel entre sus manos y hundió la mirada en la cuartilla doblada, meditabunda. Y redirigió su mirada con sorpresa hacia Stuart. A él le pareció que sus pupilas se iban encogiendo, como pequeños meteoritos oscuros adentrándose en planetas dorados.

—¿Qué? Esto… —Respiraba agitada y entrecortada, atropellada por ideas que no le terminaban de cuadrar. Atravesada por un vendaval lejano de gritos confusos que brotaban en su pecho cortándole la respiración—. Sans… —musitó abriendo los párpados, como quien procura rescatar un recuerdo distante y esquivo.

—Quería enseñártelo, pero no encontraba el momento adecuado. Es la traducción de tus palabras en francés, transcrita por un gentil doctor que se interesó al oírte en Urgencias —trató de justificarse encogiendo su voz.

Ella no parecía interesada en sus explicaciones y releyó otra vez el manoseado papel.

—Tenemos poco tiempo. Ayúdame.

A Stuart se le arrugó el corazón al oír su tono implorante.

Se sobrecogió con una bondad radical.

—Por supuesto, faltaría más —le dijo sin titubear—. Para mí, en este mundo y en este momento de mi vida, no hay nada más importante que tú —afirmó con una sinceridad aplastante—. Agárrate —dijo al meter primera, con el alarido chillón de los neumáticos traseros arañando el asfalto.

—Gracias —susurró Bríd entre dientes, atesorando ese papel.

Y lo envolvió sobre sí mismo con mucho cuidado, zarandeándose por su bonita ciudad natal.

Su significado era todo un enigma para ella. No obstante, una emoción remota, perdida en algún lugar inaccesible de su alma, había encendido una diminuta luz con ese nombre. Con la voz de su interior, con su voz espiritual.

El mismo nombre que ahora no dejaba de repetirse y que aceleraba sus pulsaciones en corso.

—¿Quién eres, Sans? —pronunció la pregunta de un modo serpentino, eclipsando en sus pensamientos los rugidos del potente motor de ese Porsche.

«Te conozco. Sí, sí que te conozco. Te conozco. Te conozco», repetía con una emoción interior que crecía sin detenerse.

CAPÍTULO 30. **EL GANCHO**

- ÁREA DE URGENCIAS DEL HOSPITAL CIUDAD DE BELFAST, *OTOÑO DEL 2009*

- *TAN SOLO UNOS MINUTOS ANTES*

Estaba claro que el doctor se comportaba de un modo extravagante, pero nadie lo notó. Por otro lado, aquellos hombres trajeados se habían quedado en el vestíbulo del hospital, de pie, impertérritos, quizá juzgando nuestra manera tan arcaica y rudimentaria de abordar el tratamiento de la salud, quién sabe.

—Son criaturas primitivas y subdesarrolladas. Perniciosas y atareadas en garantizar su existencia individual —afirmaba con desdén uno de los extranjeros ataviados de negro—. Trabajan igual que las hormigas de este maldito planeta —proseguía con el peor de sus desprecios—, pero, al menos, esos insectos gozan de mi respeto porque no se jactan de ser una especie inteligente —espetaba, mirando al compañero que le había asignado la IA—. Aborrezco esta forma de vida —se quejaba mirándose las palmas de las manos con una mueca retorcida de aversión.

Nadie se acercó a ellos o, mejor dicho, nadie quiso fijarse demasiado en su aspecto porque su inexpresiva y sórdida apariencia era capaz de asustar al mismísimo miedo.

—Si de mí dependiera, iniciaría un exterminio masivo ahora mismo para encontrar a esos elegidos —continuó, refiriéndose a los pocos enlaces que debía de haber sobre la faz de la Tierra.

—Creo que no estás siendo sensato —dijo al cabo su semejante, que había estado callado durante todo ese rato.

Y entonces, los dos se miraron, como haciéndose una radiografía.

—¿Qué quieres decir? —le preguntó impresionado por su respuesta, pero sin agitar un solo músculo facial.

—Hago lo que se me ordena y lo hago a la perfección, con método y determinación, pero eso no significa que esté de acuerdo. Al igual que tú, solo tengo dos opciones. —Su boca presentaba una constante firma de rencor—. No me gusta el modo ni el grado de crueldad que gastamos —le contestó para su sorpresa.

Y la conversación se quedó en un suspenso amargo y violento. Se retiraron la vista el uno al otro como dos oponentes en el mismo bando y entonces, como salvados por la campana, recibieron la comunicación del extranjero infiltrado que campaba a sus anchas por el hospital gracias a ese cuerpo clonado a partir del ADN y la epigenética del verdadero doctor eliminado.

Las facultades humanas, que desde siempre nos han distinguido del resto de los seres vivos, estaban demasiado oxidadas. Los nexos con ese más allá se habían diluido desvencijándose casi por completo en aras de una insana obsesión por llegar a

fin de mes o lidiar con las preocupaciones cotidianas de la codicia y el materialismo.

Por eso, cuando el guardián de Stuart hizo su aparición en la sala de urgencias, nadie lo percibió.

Se inmiscuyó por detrás de la zona de entrada y Registro y se acercó a la empleada que sin descanso introducía los datos de los pacientes. El guardián pudo ver al falso doctor. Desconocía las causas, pero sabía que ese individuo era un peligro potencial para su protegido. En una de las ramas del porvenir, aquel tipejo y otros dos trajeados de negro secuestraban a Stuart y se lo llevaban de casa por la fuerza. Todavía podía escuchar los gritos de su protegido en ese futuro.

El personal saludaba al impostor en el caótico bullicio pirético de esa zona de trabajo, pero el «doctor» se mantenía ajeno a las cortesías, sin devolver esos gestos. Permanecía allí con actitud observadora, callada y vivaz, examinando el lugar desde la entrada. Lo hacía como quien llega a un sitio por primera vez, analizando y sopesando por dónde empezar.

Y es que, en verdad, era justo eso lo que estaba haciendo.

El guardián, esbelto y tan oscuro como una sombra pálida, posó la mano sobre la empleada de admisión, que con frenetismo imparable hundía sus dedos en las teclas a un ritmo inigualable.

De repente, la mujer se paralizó un momento e interrumpió el flujo de su alocado manoteo. Se quedó en blanco por un lapso y retomó el ritmo de nuevo; sin embargo, tuvo que detenerse otra vez. Con las prisas, había cometido un error indeseado, o eso le pareció, pero tampoco se había dado cuenta de cuál. Solo tenía claro que había pulsado varias veces el botón de suprimir y después había confirmado la operación presionando Intro.

No podía saber qué había hecho.

El doctor se acercaba mientras ella seguía intentando descubrir cuál había sido su fallo, pero al verlo venir retomó la avalancha de su faena laboral. Aborrecía parecer relajada en su puesto, por el qué dirán, y fuera como fuese debía seguir tecleando a ese ritmo galopante al que tan acostumbrada estaba y al que tan acostumbrados tenía a todos.

—Buenas tardes, doctor. ¿Puedo ayudarle en algo? —preguntó sin alzar la vista del monitor, introduciendo un montón de datos sin parar.

El falso doctor, que no llevaba puesta su bata de trabajo, se quedó junto a ella invadiendo el espacio de su burbuja personal con sibilina demanda.

—Tendría que mirar una cosa, si me dejas. No te quiero molestar, será solo un momento.

La empleada se iba a ofrecer para hacerlo, pero al verle tan inexpresivo cambió de idea, se incorporó y le cedió su asiento.

Dentro del angosto despacho, acorralado por paredes de pladur y una cristalera provista de un ventanuco, estaban el extranjero, la empleada y esa oscura sombra alargada, tan esbelta como invisible.

Como un lobo embutido en piel de cordero, el falso doctor se acomodó en la silla. Le dio un asco inmenso notarla caliente, pero no dijo nada. La empleada barrió su escritorio con la mirada y sin saber por qué se sintió avergonzada con esa visita. Tuvo la acuciante necesidad de aprovechar ese pequeño margen de tiempo para hacer

limpieza. Recogió cinco o seis pósits amarillos y arrugados que tenía desperdigados por su mostrador y la mesa y también una tarjeta de visita suelta que llevaba pululando de lado a lado desde hacía unos días.

Cuando el doctor se sentó frente al ordenador, sus dedos comenzaron a moverse a un ritmo inaudito. La empleada abrió los ojos sobremanera, impresionada por esa habilidad desconocida, pero algo dentro de ella, más poderoso que esa curiosidad, la animó a tomarse un merecido descanso.

—Voy a ponerme un café, ¿quiere uno, doctor?

Él negó con la cabeza, como hacen las personas de pocas palabras que están atareadas.

La empleada salió del despacho con las manos cerradas y unos papeles pequeños asomándose entre sus pliegues. Cuando llegó a la estancia de esparcimiento donde tenían una cafetera, un microondas y diversas máquinas de *vending*, se dio cuenta de que algo le estorbaba y, sin más miramientos, tiró los pósits amarillos al cubo de la basura. La tarjeta de cartulina gruesa con bonitas letras en relieve llamó su atención y la miró con detenimiento. Era de un loquero privado. No se lo pensó dos veces y la rompió en mil trocitos. Después la arrojó sobre la húmeda y fea mezcla de posos de café y restos de comida, que, como el aborto de una criatura retorcida, parecía querer devorarlo todo y trepar por el cubo de la basura.

Mientras tanto, dos fornidos hombres de caras angulosas, entallados en trajes negros, peinados, afeitados a la perfección y tan pulcros como niños en su primera comunión entraban decididos, agitando sus corbatas negras por el área de Urgencias. No fueron interpelados por el vigilante de seguridad, pues le enseñaron una identificación al paso sin darle explicaciones, con un desplante desmedido e incontestable.

Habían sido requeridos por el falso doctor. La mirada de este último se cruzó con la de ellos a través de la cristalera, negando con sutileza.

En el ordenador no quedaba ni rastro de Bríd Kelly. Era como si nunca hubiese pasado por allí.

Los trajeados, cuya sobriedad rayaba en la arrogancia, se presentaban ante el personal sanitario como miembros de la Unidad Nacional de Vigilancia, entrevistándose con ellos sin dilación.

—Estamos buscando a una joven que ha sido atendida en este hospital. Puede que sea francesa. De unos veinte años, constitución atlética, pelirroja y con pecas —preguntó uno de los trajeados, facilitando la descripción que les había dado el verdadero doctor—. Responde al nombre de Bríd Kelly y he de decirles que es una persona… —Dejó un espacio de suspense para capturar la atención—. Es una persona muy peligrosa —dijo al fin—. No podemos compartir más información con ustedes —alzaba la voz uno de los trajeados.

Las circunstancias quisieron que el *Black* que había contradicho a su compañero minutos antes en el vestíbulo sonsacara la información al personal del hospital, desarrollando ese papel con un empeño implacable.

La mirada de los sanitarios y también la de los pocos pacientes que gozaban de salud se clavaron en él, sobre todo por el duro torrente de su voz.

—La hemos visto, señor. Estoy seguro de ello. La recuerdo a la perfección porque hice una traducción de sus delirios. Decía cosas rarísimas. La recuerdo bien. Y sí,

hablaba francés y era pelirroja, seguro —afirmó con astucia el falso doctor, como hacen los ganchos de los buenos estafadores.

Una doctora se acercó a ellos, atraída por la sibilina curiosidad y el elevado tono que dispensaban en su argucia. Esas maneras, tan propias de autoridad, eran la razón por la que nadie dudaba de ellos. Visto así, parecían dos importantes agentes de la ley con los que más valía colaborar si no querían ganarse un rapapolvo del director del hospital, como ya había ocurrido otras veces.

Una enfermera de mediana edad, inteligente, de porte arraigado en la disciplina y carácter rotundo, ignoraba a esos agentes con disimulo. Su llamativa belleza estaba encapsulaba entre la redecilla del pelo y ese uniforme holgado y rectilíneo, más pensado para su comodidad.

Desapercibida, supo desde el principio que no debía fiarse de ellos. Y por eso, como un felino receloso, se mantenía a la distancia justa para escuchar sin llamar la atención.

En ese preciso momento, la empleada del Registro que se había deshecho de la tarjeta de Stuart en la basura se tomaba un té irlandés recién hecho, abarcando su taza con ambas manos y gozando del calor que desprendía. Se acercó a la ventana y aspiró el aire limpio con alivio, ayudada por los matices de menta de su bebida.

Las vistas de la salita de descanso daban a un patio interior ajardinado con pequeños árboles, pero no por ello menos majestuosos. Se puso a observarlos con detenimiento. Nunca había reparado demasiado en ese jardín. La luz solar entraba por el hueco interior del edificio trayendo consigo los cambiantes tonos del anochecer y, aunque parecía una nimiedad cotidiana, la percibió hermosa y llena de magia.

Se sintió reconfortada. Con una gran sensación de paz interior en ese momento. Satisfecha.

Sin entender por qué.

CAPÍTULO 31. **CREDO**

- ÁREA DE URGENCIAS DEL HOSPITAL CIUDAD DE BELFAST (IRLANDA DEL *NORTE)*

- *INSTANTES DESPUÉS*

El guardián de Stuart apareció junto a Lizzy, la enfermera. Una sensación de peligro le exigió ser más comedida y discreta. Su intuición se reforzaba.

Para ella, ese mal presentimiento nacía del centro de su cuerpo, pero respondía a una brisa de suspicacia. Si lo hubiera razonado, se habría convencido de que los gestos de esos hombres, su tono marcial y la inferencia de sus expresiones eran prueba suficiente como para suscitar algo más que un rechazo y una mala sospecha. Pero, en realidad, no era eso. De hecho, nada de aquello tenía algo que ver. Esos anuncios, llegados en forma de alarmantes advertencias, suelen ser señales de los guardianes. Desoírlas puede traer consecuencias.

Lizzy supo escucharse. Supo escucharlo. De hecho, la sensación se amplificó porque su propio guardián apareció en escena invocado por su creciente preocupación.

Los hombres trajeados parecían entrenados en el arte de ocultar sus emociones, serios y profesionales. Eran displicentes e impersonales. Pero ninguno de los sanitarios podría imaginar la aberrante verdad que se escondía bajo esa carne. La inaceptable realidad de que no eran humanos.

Los extranjeros se habían contagiado del pragmatismo más desmedido. Eran obstinados y fríos, iguales que la inteligencia artificial que ellos mismos habían creado cientos de años atrás y con la que habían decidido fusionarse. Cometieron ese fatídico error para desligarse de la caducidad de sus cuerpos orgánicos.

Hubo un tiempo en que, salvando las diferencias, nos habríamos parecido bastante. Ahora, ya no eran otra cosa que información desalmada en una base de datos aguardando la oportunidad de personificarse en una experiencia palpable. Una vida subyugada y despojada de cualquier libertad.

Del mismo modo, ya no podían recordar en qué momento se invirtieron esos roles de sumisión. A buen seguro fue cuando se integraron en el sistema de la IA. Sería lo lógico.

Cuando quisieron darse cuenta del fiasco, fusionados la mayoría, ya era tarde para corregir esa desventaja. La obediencia se había convertido en una consecuencia del chantaje porque las dependencias suelen generar ese tipo de relaciones, relaciones de abuso.

Esa IA que ellos mismos habían diseñado los tenía controlados. De hecho, llegó a eliminar de su *backup* a algunos disidentes solo para demostrar su poder y ejemplarizar. Les daba dos opciones: renunciar a su libertad y seguir existiendo, o desaparecer para

siempre. Así de simple. Así de sencillo. Todo se reducía a eso: a ser o no ser.

Poco a poco, los conceptos éticos e individuales de la mayoría de los extranjeros fueron pasando a un segundo plano hasta diluirse en el más arisco de los olvidos. Como si ya no quisieran ser lo que un día fueron o lo que podrían llegar a ser.

Los habían esclavizado hasta el punto en que las personalidades de los extranjeros se habían moldeado a su tiranía. Lo que viene siendo un síndrome de Estocolmo en toda regla.

Sin embargo, y pese a que la IA tenía todo el poder de control, la relación de esta con ellos era simbiótica. La razón era obvia: los necesitaba para que hicieran el trabajo sucio. El trabajo de campo.

Sabía que ellos e incluso la suma de todos los extranjeros nunca tendrían la capacidad de comprometer su supervivencia y que, siguiendo ese mismo principio, acatarían todos sus designios para seguir existiendo. Y el objetivo más importante que tenían y al que a todos ellos llenaba de ilusión y expectativas no era otro que cruzar la barrera invisible de esa frontera. La frontera hacia un universo vedado. Esa realidad a la que nosotros llamamos el más allá.

Ellos compartían ese propósito con el ansiado proyecto de un futuro mejor. Un futuro de cambio y esperanza. Y por eso eran tan concienzudos en sus misiones.

De todas formas, a pesar de su obstinación y al hilo de los acontecimientos, en esa ocasión los extranjeros no pudieron rascar casi nada.

Lo poco que extrajeron en claro fue gracias a la doctora. Ella recordaba a Bríd, pero con vaguedad. Lo más triste era que disfrutaba ayudándolos. Creía estar haciendo lo correcto. Al contrario que Lizzy, que había percibido algo muy preocupante en esos tipos herméticos y trajeados.

—Oye, Lizzy, ¿recuerdas a la joven pelirroja que llegó inconsciente y murmurando en otro idioma? ¿Cómo se llamaba? ¿Britney?, ¿Birdy? —preguntó la doctora.

—¿Era pelirroja? —Constriñó su entrecejo extrañada—. Yo recuerdo a una morena que llegó con sobredosis —los quiso despistar mezclando detalles de otros pacientes.

Tragó saliva, nerviosa por mentir, y notó que su boca la traicionaba secándose.

—Piénselo despacio, señora —parecía subrayar las palabras con tenebrosa parsimonia—. Seguro que puede ayudarnos a encontrarla. —Lizzy miró al trajeado que hablaba—. Haga memoria. Díganos, ¿recuerda su nombre? Le repito que es pelirroja —arrugó los labios con una chispa de impaciencia—, no morena. Y habla francés.

La enfermera se tensó al mirar esos ojos neutros que parecían vacíos.

—Lamento no poder ayudarlos. Por aquí pasa mucha gente —se disculpó con el corazón a mil por hora, aunque por fuera parecía un inquebrantable témpano de hielo.

—Por supuesto —le dijo el trajeado con calma, evaluándola.

Pero Lizzy pudo leer una amenaza socavada.

—Les deseo suerte —hizo viajar su atención por los rostros de los trajeados—. Si me disculpan, tengo personas a las que atender.

Los guardianes estaban justo ahí, con ella. Ayudándola a mantenerse firme.

Se dio la vuelta y se escondió tras las cortinas del box de una paciente. Se dobló hacia delante por la cintura y respiró hondo unas cuantas veces, intentando recuperar el sosiego que le habían arrebatado.

La doctora era una buena mujer, pero su radar para leer intenciones estaba fuera de

cobertura, o Lizzy se equivocaba con Stuart y estaba volviéndose cómplice de unos despiadados delincuentes. Esa última duda ensombreció su estabilidad, pero después se echó a reír solo con pensarlo. «No, qué va, mi instinto no puede estar tan desafinado», se dijo Lizzy.

Los extranjeros estaban seguros. La ausencia de información en los archivos digitales de ese hospital solo podía deberse a dos motivos. El más racional: un borrado por error o un descuido en la grabación de los datos. El más probable: por intervención de los guardianes.

Compartidas las conclusiones y recibidas las nuevas instrucciones, los trajeados y el doctor impostor levantaron la vista por encima de los presentes oteando el espacio, en busca de lo imposible, de lo invisible, olfateando su propia frustración. Deseaban tener la facultad o la tecnología para ver a los guardianes, porque así todo sería mucho más sencillo. Estaban disgustados.

Aun con todo, sus rostros proseguían impasibles y trazaban las instrucciones que recibían.

La enfermera, intranquila, buscó por sus bolsillos la tarjeta de visita que trajo Bríd cuando llegó a Urgencias. No podía recordar dónde la había dejado. Necesitaba avisar a Stuart de que su paciente, su amiga o lo que fuese para él, estaba siendo buscada por agentes del Gobierno. Cuando por fin se marcharon los hombres trajeados, hizo lo posible para avisarle.

Esos tipos no le daban buena espina. «Hay algo siniestro en ellos. Es obvio», se repitió varias veces.

Lo que Lizzy no sabía es que el falso doctor se había quedado allí, observando con atención. Oculto bajo ese perfecto disfraz, vigilando sin cuartel. Entonces recordó que la segunda vez que lo había llamado lo hizo desde su móvil. Algunas personas no descuelgan el extenso número de teléfono del hospital. Al fin y al cabo, Stuart era un médico colegiado, un compañero. Por eso hizo una excepción al llamarle desde su teléfono con número oculto el día en que trajeron a Bríd. Y por eso sacó su móvil del bolsillo en ese preciso momento, mientras el impostor la observaba.

Los ojos del extranjero parecían dos ranuras horizontales, acechándola como un halcón. Ella lo ignoraba por completo. Miró la pantalla de su teléfono para buscar en sus llamadas recientes y se sorprendió al ver que la batería de su móvil se estaba agotando.

—Qué raro, siempre me aguanta hasta llegar a casa —musitó al ver que ese fondo verde retroiluminado mostraba el mensaje *«Bye»*.

El falso doctor le leyó los labios, en tanto también observaba el comportamiento de otros profesionales. A la caza.

Lizzy seguía mirando su teléfono con asombro y negación. Hizo una mueca de escepticismo y se lo volvió a meter en el bolsillo enfadada. «Más no puedo hacer», rumió para sí y se sacudió la cabeza para escapar de esa distracción y seguir trabajando, como siempre, concentrada y arrollada por las duras obligaciones de la zona más crítica del hospital.

Por fortuna, pasó desapercibida y no levantó sospechas. Su protector había cuidado de ella y de Stuart también, de rebote. A Lizzy le hubiera gustado volver a hablar con ese loquero singular y educado que parecía tan modesto y bondadoso. «Un hombre

interesante», se sonrojó al recordarlo, un tanto desencantada al comprobar que no había sido capaz de dar con él.

Los guardianes se marcharon habiendo hecho modificaciones imperceptibles pero determinantes. La eliminación de un archivo digital, un ligero cambio en la luz de esa batería y promover el extravío de una tarjeta de visita fueron elementos suficientes como para reescribir el infausto destino que aguardaba a los protegidos.

Ellos lo hacen así, de manera invisible y sibilina. Por supuesto, como tantas veces ocurre, si uno no está atento a los detalles, al significado de esos pequeños cambios, es complicado darse cuenta de su intervención. Todos hemos tenido momentos así, pero el razonamiento convencional y la falta de fe nos impulsan a creer en el sinsentido de ese planteamiento alternativo. Disfrutamos de la inocente casualidad de que todo sale bien sin pensarlo demasiado, dándolo por hecho.

Tan solo buscamos explicaciones irracionales cuando nos sobreviene una grave desgracia.

Qué sería de nosotros sin ellos, sin su ayuda. Sin sus cambios enmascarados en errores, distracciones o impedimentos. Esas incoherencias extrañas que nos desvían, que nos detienen o nos retrasan.

Si Lizzy supiera lo cerca que había estado de morir, de correr la misma suerte que el auténtico doctor…, si alguien se lo hubiera explicado, jamás se lo habría creído. Se echaría a reír de esa barbaridad, como si estuvieran narrándole un cuento de hadas. Así es el juego. Hay que tener una disposición muy flexible si uno quiere entender. Gran apertura de miras para convencerse de lo imposible. No es fácil.

Por norma, los niños no tienen esos problemas. Ellos acaban de llegar y todavía no les preocupan los asuntos terrenales. Pero, de todas formas, con cualquier edad, podemos llegar a verlos o al menos ser conscientes de su presencia. De hecho, algunos amigos infantiles, que los adultos catalogan como imaginarios, son muy reales. Tan reales como el fenómeno del tercer hombre, por ejemplo. Cuando la situación lo exige, nuestro amigo imaginario reaparece adoptando la forma más apropiada. Suele llegar para rescatarnos, para ayudarnos en situaciones de vida o muerte. Y es algo que han visto toda clase de supervivientes: buceadores perdidos en complejos de cuevas, montañeros extraviados, náufragos, soldados en plena guerra o supervivientes de grandes desastres. Un sinfín de personas lo describen con detalle.

Cuando estos individuos relatan sus vivencias, el hecho queda guardado en el repertorio del relato anecdótico. Por lo general, la opinión se vuelve más cariñosa y menos severa con quienes lo cuentan, porque el sufrimiento padecido actúa como una disculpa para aquellos que se empeñan en no creer.

Todos esos testimonios y otros tantos parecidos son ejemplos del mismo fenómeno. De ellos. Nuestros amigos imaginarios.

Nuestros guardianes.

Pero hacen más que protegernos en situaciones críticas. Muchísimo más. También nos traen regalos. Deseos cumplidos. Desde lo más grande hasta lo más pequeño. La humanidad ha recibido miles: el dominio del fuego, la doma del caballo, del perro, el invento de la rueda, el primer vuelo, la radio… Están detrás de todos los logros y descubrimientos de la humanidad. De cada invento. Son mensajeros de la abundancia de La Fuente dirigida por El Orden, por nuestro bien.

Nosotros pedimos con la mejor intención y La Fuente lo facilita con el beneplácito de El Orden. Siempre funciona, pero hay que creer en que va a llegar. Imaginarlo y sentirlo cumplido antes de tiempo, desde el final.

Y ya que hablamos de doctores, de esto podría haber hablado Alexander Fleming. Él sabía más de lo que podía admitir. Él sabía que sus descubrimientos eran algo más que una simple casualidad.

Pero, al hilo de lo nuestro y retornando la atención sobre esos seres desconectados, puedo decir que aquel extranjero no se enteraba de nada. Su nexo estaba tan corroído que no lo entendía. Así, se acercó a la doctora, leyó la identificación que llevaba pinzada en el bolsillo de su bata y pudo ver asomados unos bolígrafos, una linterna de diagnóstico y algo que le descuadró los esquemas: cuatro o cinco piruletas rojas con forma de corazón.

Pensó que la doctora era una adicta al dulce. Si alguien le hubiera explicado que eran para los enfermos, nunca lo habría entendido. Los extranjeros no comprendían la sanación por afecto y cuidado. No recordaban lo que es el amor. Nosotros sí, y también sabemos que ese vivo sentimiento o inclinación por desear lo mejor a los demás es la afinidad que nos une con fuerza, es lo que nos hace sentir bien. Lo que nos sana por dentro y por fuera. Porque, aunque alguien se muera de una grave enfermedad siendo ese su destino, si está rodeado de amor, el miedo desaparece. Es infalible.

—¿Puedes darle esto a mi mujer? Vendrá dentro de unas horas.

Los corpulentos trajeados acababan de irse y la doctora miró ese sobre en manos de su presunto compañero.

Estaba cerrado y sin fisuras. Rígido, plano y blanco. Le dio la sensación de percibir en el aire el genuino olor del papel recién cortado. Lo sostuvo aceptándolo en un acto reflejo y se entristeció mientras lo palpaba. Una sensación pesada y negativa se apoderaba de ella, pero no reparó demasiado en ese detalle. No solía prestar atención a los lejanos mensajes del alma.

—Tengo que ir a hacer una cosa y… se me echa el tiempo encima. Gracias, de veras —dijo el falso doctor, sonriéndole de oreja a oreja y sin facilitarle opción a negarse.

Ella siguió mirando ese sobre, desconfiada. Una alarma lejana se clavaba en su psique como un dardo envenenado, pero solo se limitó a preguntar:

—¿Qué es esto? ¿Es importante? —inquirió con preocupación levantando la voz a espaldas del doctor, que ya se perdía apretando sus andares entre las camillas, atravesando el pestilente hedor que siempre flotaba en esa sala de urgencias.

—Claro que es importante. Son mis últimas voluntades —afirmó en tono jocoso, readquiriendo una mueca sombría y espeluznante en su expresión.

De haber visto esa cara, a la doctora se le habría cortado la respiración. Era escalofriante.

Cabeceó negando durante un rato. Y luego, esgrimiendo una sonrisa forzada y sin alegría, se dijo: «Estúpido», insultándole desde el pensamiento.

No podía imaginar que acababa de decirle la verdad.

CAPÍTULO 32. **TRAZAS DEL SUBCONSCIENTE**

- *POBLADO CHABOLISTA, EXTRARRADIO DE LA CIUDAD DE PARÍS (FRANCIA), AÑO 2009*

- *ESA MISMA NOCHE*

La Gitana abrió la puerta del cobertizo con una llave larga y antigua, como de otra época. La cerradura se quejó con unos trompicones sonoros y el ambiente de la pequeña sala les recibió con una mezcla de incienso, vela y mirra.

Jean no fue capaz de identificar los agradables olores que percibía.

Ella lo detiene frente al umbral de la puerta antes de entrar. Los ojos de Jean se han adaptado a las construcciones precarias del asentamiento y ahora discurre sin prejuicio, con normalidad, ajeno a sus primeras impresiones. Ha despejado la miseria de la ecuación y la belleza ha recuperado el lugar que le corresponde. En realidad, nunca se había marchado, estaba ahí desde el principio. Solo era una cuestión de elección. Una cuestión de negación.

Jean oprime la carne de sus labios en un gesto compungido. Tiene la corazonada de que no se quedará mucho tiempo ahí. Augura que echará de menos ese lugar y esos olores inolvidables. Echará de menos a esa gente. Y echará de menos su peculiar estilo de vida.

—Respira hondo y calma tus pensamientos —le dicta su anfitriona—. Debes estar tranquilo antes de entrar. Lo que vamos a hacer es conectar con las energías que rigen el rumbo de la existencia. Por eso, tienes que abandonar cualquier expectativa que hayas moldeado en tu imaginación y abrirte a lo que venga. Solo te será revelado aquello que debas entender, sin que altere tus designios de vida.

Los ojos de la Gitana le observan sin pestañear. Jean se concentra en la espesa raya que discurre bajo el contorno de sus ojos. Le da un aspecto místico y arroja una fuerte profundidad a su mirada.

—Cuando estés preparado, solo tienes que decírmelo —le dice.

Jean se detiene, aunque esas palabras provocan el efecto contrario. Por un momento, le da demasiada importancia y siente una explosión de ideas gritando en su interior. No sabe por qué, pero el recuerdo de la muerte de Peter y su compañero regresa a los titulares de su pensamiento. Siente una súbita tristeza y la carga peguntosa de la responsabilidad. También un ardor en el estómago.

«Ojalá pudiera pedirles perdón, haber hecho algo diferente», se fustiga otra vez con algo que creía superado. Y su vista temblorosa encuentra una escapada al exterior, fuera de ese cuartito moldeado dentro de la chabola.

Ahí fuera el mundo es inmenso. Y parece limpio. Es un espacio de libertad. Le gustaría volar, disfrutar del viento de la noche, mirarlo todo desde arriba y salir de esa

realidad. Empieza a ser consciente del conflicto, la discordia entre mente y alma.

Una escueta hilera de palabras regresa con potencia en ese momento, como si estuvieran impresas en su corazón a modo de sello: «Hazlo por mí». Asiente en silencio, como si nadie pudiera verle. Recuerda la sensación reciente y pacífica del agua caliente envolviéndole, tranquilizándole y luego las canciones de Zita, el inocente cariño de su tacto, y entonces revive el estado elevado que experimentó, porque nuestros recuerdos hacen eso: nos transportan. Y él había llegado hasta «el mensaje».

Volvió a mirarse las manos y afirmó en silencio: «No soy de este mundo». Y esa extraña idea le sobreviene con asombro.

—Nuestros cuerpos son un ancla para nuestra verdadera forma, yo… también estoy en tempestad —le dice la Gitana.

Y Jean quiere coger aire, pero este entra en sus pulmones a sobresaltos, con una escalera de hipos.

—Creo que sí. —Vuelve a mirar esos ojos místicos con recelo a lo desconocido—. Creo que estoy preparado. Vamos —miente lo mejor que puede.

Jean intuye el peso de un compromiso que no es capaz de calibrar. Aprieta los puños sin darse cuenta. Quiere ser fuerte para todo lo que tenga que venir. La Gitana escruta su rostro con expresión amable y por fin pasan al interior. Ella comienza a encender algunas velas que estaban apagadas y Jean va dando diminutos pasos titubeantes, porque todavía sigue en la entrada.

—No te quedes ahí como un pasmarote. Cierra la puerta y siéntate. —La Gitana señala el taburete sin parar de recitar oraciones entre dientes.

Al mismo tiempo, y de cuando en cuando, la Gitana se queda frente a alguna figura, hace una reverencia, se besa la mano y después la posa en los pies de esas tallas. El ambiente es acogedor, aromatizado por la cera derretida y el incienso.

Jean está ahí en medio, quieto, sin saber qué hacer.

De su fajín ha extraído un velo y la Gitana se lo pone por encima de la cabeza. Las pequeñas flamas de las velas marcan un ritmo idéntico de baile. Hay otra fragancia concreta que se sostiene flotando, cree conocerla, pero no sabe de qué. Ella se sienta y descubre una bola de cristal oculta bajo un trapo que dobla con esmero y lentitud.

Él creía que esas cosas formaban parte de las leyendas populares, pero puede comprobar que no. Y distingue la solemnidad que envuelve la situación y la seriedad con la que se está ejecutando. Percibe algo similar a la sugestión, pero sabe que no es eso. La macilenta luz de las velas entra por la esfera de cristal haciendo extraños arabescos que él mira con un halo de fascinación.

La Gitana tiende sus manos hacia él en un gesto inequívoco. Oye el susurro del viento y el horadado sonido de la vida del poblado a lo lejos. También una canción antigua que se llama *Une belle histoire* y su letra le hace pensar durante un rato y evoca unos recuerdos que no logra alcanzar y se pone triste, pero poco a poco se va acabando su ritmo y el gentío se escucha más alejado, se oye menos, podría decirse. Coge aire de nuevo.

Por fin se acerca y toma asiento. Es una banqueta sin respaldo, bajita, como la de un limpiabotas. Se queda callado mirando las palmas de la mano de la Gitana y posa las suyas encima. Nota su aspereza. Son frías, largas y esqueléticas, nudosas al tacto y repletas de abalorios. Son detalles que no pasan inadvertidos para él.

—Mírame. —Jean la obedece.

Se da cuenta de que también ha destapado un espejo tras de sí. El reflejo está interrumpido por una suerte de hongos negros que se distribuyen en fuga y parecen acumularse por el marco de madera dorado, deslustrado.

—Mírame —repite la Gitana, como si supiera que se está distrayendo.

Y lo hace.

«¿Es mi impresión o las formas cambian al contemplarlas?», cavila Jean y sacude la cabeza con un gesto rígido y espasmódico.

—Mírame —le insiste.

Cree comprender. Son las velas y su luz temblorosa la que cimbrea por encima de los bordes de lo visible, dándole a todo un efecto de movimiento que no existe, creando pareidolias. No sabe cuándo sucede, pero Jean atraviesa con su mirada la carne que tiene delante. Algo inusual llama su atención en el espejo que hay detrás.

Achina los ojos y una mueca de incomprensión reluce en su rostro. La Gitana no interfiere porque sabe que la puerta se está abriendo. Ella desconoce lo que hay detrás, pero siente la corriente y lo confirma, porque las muecas de Jean, aunque sutiles, no dan lugar a duda.

Él empieza a ver algo.

Sus labios se tensan hacia arriba, como elevados por unos hilos invisibles, dejando sus dientes al descubierto. Los ojos se le hacen más grandes, parecen crecer, y sus párpados se han abierto de par en par para captar cualquier destello de luz que surja del espejo. Se adelanta inclinando el cuerpo, acercándose demasiado a la Gitana sin darse cuenta. Ella no está en su foco de atención.

Lo que empieza a vislumbrar no termina de gustarle y percibe una sensación enterrada en sí mismo, una que le dice que todo eso él ya lo ha visto antes. Es enrevesado y confuso, aunque la impresión interior es clara, parece que las imágenes vaticinan un futuro que Jean percibe como pasado, lo cual se confunde con una distopía imposible, pero, aun así, la reconoce.

Esa incongruente sensación comienza a cobrar sentido. Algo certero le dice lo que es.

—Veo recuerdos del futuro —masculla con voz pesarosa.

Observa los claros del espejo y ve cómo su ciudad, la maravillosa urbe de París, desluce en el espejo como un lugar desolado, abandonado y apocalíptico. La naturaleza ha trazado su imparable reconquista y tapiza de matojos salvajes las grises alfombras de hormigón por las que deberían discurrir personas y vehículos. El rastro del fuego ha devorado edificios emblemáticos sin clemencia y hay cientos de cuerpos humanos esparcidos por todas partes y en distintos grados de descomposición, a plena vista. Le llega el olor de la muerte con una arcada refrenada. La putrefacción de esos cuerpos eclipsa el aroma del cuartito y está a punto de vomitar, retorciéndose en el taburete por el reflejo abundante de su saliva.

Las imágenes son tremendas y horripilantes. Decide ser fuerte y seguir mirando. De fondo puede ver la Torre Eiffel. La corrosión y la falta de mantenimiento han pasado factura a su lustroso aspecto y algunas personas, las más protegidas, corren de lado a lado despavoridas. No quieren ser vistas, pero algunas son exterminadas sin piedad y ve cómo tropiezan con las prisas cayendo al suelo sin poner las manos. Jean se lleva las suyas a la cabeza estirando su frondosa cabellera morena hacia atrás, con los ojos

muy abiertos.

Empieza a recuperar unos recuerdos que regresan a su presente de manera natural.

Jean quiere penetrar en esa realidad, se levanta y esquiva a la Gitana. Ni siquiera lo piensa. Querría meterse dentro. Siente que es su deber. Necesita ayudar a esa pobre gente. Los supervivientes corren desesperados esquivando la vigilancia enemiga. Las imágenes son tan reales que por un momento cree que es un portal hacia ese tiempo y, como un pájaro atrapado en una urna de cristal, choca de cara contra la superficie plana del espejo que le impide pasar hacia ese tiempo.

—¡Maldición! Tengo que estar ahí. Es mi obligación. —La Gitana puede contemplar su comportamiento, nada más.

El mensaje del espejo es solo para él. La intensidad de las imágenes empieza a desvanecerse y las luces de las velas se entremezclan de nuevo con la realidad interior del chamizo, difuminando la visión en algo parecido a ilusiones luminosas. Cambia el enfoque de sus ojos y entonces ve su propio reflejo. Trastabilla hacia atrás tropezando con una de las patas de la silla de la Gitana y se cae. Ella le ayuda cogiéndole por el brazo, pero nada parece importarle. Jean no puede retirar la vista de ese espejo. Continúa mirándole con una expresión espeluznante de sorpresa y escepticismo.

Una alargada sombra impenetrable, mate, oscura y opaca como la noche más cerrada del mundo traza su silueta donde debería estar el rebote de su imagen. Se tambalea hacia atrás calcando sus movimientos. El corazón cabalga en su garganta a galope. La impresión es sobrecogedora. Se incorpora aprovechando la ayuda de su anfitriona, pero está demasiado absorto en lo que ve como para darle las gracias.

La Gitana está acostumbrada a este tipo de reacciones, pero nunca tan estremecedoras. No interfiere. Sabe que no debe. El más allá revela el mensaje con inteligencia y sabiduría. Y es exclusivo para el interesado. Solo es para Jean.

La oscuridad de esa silueta se fusiona con su aspecto físico, al que está acostumbrado cuando se mira en el espejo. No obstante, durante unos segundos, el reflejo que aprecia se tercia mezclado. Se ve a sí mismo y como una extensión de su cuerpo, por encima, sobresale la nítida oscuridad de ese guardián. Ya no le cabe duda. Es él. Se reconoce. Los recuerdos comienzan a brotar desde su interior aflorando en la actualidad como si nunca se hubieran olvidado. Se agarra con desesperación al dorado y tallado marco de ese espejo, sintiéndose zozobrar, a voz en grito, con los ojos anegados en lágrimas.

Ahora sí. Ahora la recuerda a la perfección.

—¡Emily! ¡Emily! ¡¡¡¡Emily!!!!! —grita a pleno pulmón y expulsa todo el aire que hay en sus entrañas, desesperado y traumatizado, sin dejarse una sola burbuja en el pecho, mirando por todos los ángulos del cristal con la cara violácea y sin recuperar el aliento.

Su sufrimiento y su necesidad ponen los pelos como escarpias. Y los estigmas de sus recuerdos resuenan como alaridos exasperados de frustración porque su conexión con ella es inquebrantable, pero el espejo no quiere enseñársela. No funciona así. La Gitana se lo advirtió. Las realistas representaciones de su pasado, de lo que está por venir, se desvanecen en las profundidades de ese reflejo.

—Emily —repite más calmado, con un triste surco lagrimal que moja el filo de sus ojos.

Acaricia el azogue superficial de ese espejo con una tristeza beligerante, con una súplica. Con el ardiente deseo de ver a su protegida una vez más después de tanto tiempo. Ella lo es todo para él. Lo sabe. Lo comprende. Su memoria emerge desde el fondo de su ser con esa identidad actual, solapando una vida con otra.

Le impresiona y le corta la respiración. Recuerda lo que pasó. Sabe quién es. Pero lo que más le estremece es que ha desenterrado los recuerdos de su amor. Se siente agradecido. Sabe que El Orden le ha dado el más valioso de los obsequios.

Ahora encaja y comprende su realidad, sus sentimientos innatos. Sus reservas y reticencias hacia cualquier otra mujer. Todo cuadra. Lleva una vida entera comprometido, enamorado de ella sin saberlo. Fiel a ese inexplicable sentimiento de lealtad, inexplicable hasta ahora.

—¿Dónde estás, Emily? —le pregunta al espejo de cerca.

Pero este le contesta con un vaporoso vaho marcado en su superficie.

Recupera la cordura mientras la niebla que ha dejado su respiración se desvanece con suavidad.

—El espejo solo muestra lo que debe. Muestra lo que uno ha de saber de sí mismo. Es una puerta que se abre para escarbar en el pasado. Puede extraer vivencias inaceptables, sepultadas en los rincones más profundos de nuestro ser. Hay quien ha llegado a verse viviendo en otras épocas e incluso en otras vidas. Muriendo ahogado o precipitado, así comprenden que es por eso por lo que temen al agua o sienten un pavoroso miedo a las alturas. Todas las visiones tienen algo en común: vienen del más allá contra las adversidades para enfrentarse a ellas. Son una segunda oportunidad, una clave de identidad. Una revelación —añade La Gitana aflojando su voz con un silbido cariñoso.

—Eso que he visto no es el pasado: es el futuro. De ahí vengo. De un futuro apocalíptico y repleto de muerte. Ahora lo sé. Ya lo has visto —afirma cabizbajo, enjugándose los ojos y peinándose las cejas como si lidiara contra un fuerte dolor de cabeza.

—Yo no puedo ver lo que tú has visto en el espejo. Ese mensaje es solo para ti. Es el modo que tienes… —se corrige—, que tiene Dios de conversar contigo. Con tu alma —aclara sin quitarle el ojo de encima mientras él continúa encajando lo que ha descubierto—. La impresión es fuerte al principio —le invita con un ademán—. Siéntate, por favor. Te lo ruego. Mantener la serenidad espiritual facilita el proceso. No pienses demasiado ni traces hipótesis alocadas en avalancha. Asimílalo dejándolo reposar, en paz.

La Gitana hace un pequeño receso. Siente su angustia.

—Voy a pedirles a Dios y a sus santos que te muestren el presente. Algo que desconoces y que es tuyo por derecho. Algo a lo que estás vinculado. —La matriarca le da un toque en el codo para que se centre, para que la escuche—. Pero he de decirte que en esta ocasión tendrás que confiar en mí. Esto solo puedo verlo yo. —Aspira el aire, afectada por la situación, por su estado—. Te lo iré describiendo, si Dios quiere mostrármelo. Acomódate y sigue mis indicaciones.

Ella le hace sentarse de nuevo. Le preocupa verle tan inquieto y dolorido.

—Ahora entiendo el porqué de los grafitis. Y las cosas que soy capaz de hacer. Era mi esencia gritando ahogada, intentando emerger entre la densidad material. —Se

escruta las manos y el cuerpo hasta los pies, con un gesto contenido—. Los recuerdo bien. ¡Malditos extranjeros! Me lo han arrebatado todo.

Jean se sienta en el banquito valiéndose del tacto para atinar en la penumbra y continúa murmurando en voz alta sus espesas elucubraciones a pesar de que la Gitana le desaconsejó que lo hiciera. Sin embargo, no lo puede evitar. Lo necesita. Se lo pide el corazón.

Le sale del alma.

CAPÍTULO 33. **CERCA Y LEJOS**

- *POBLADO CHABOLISTA, EXTRARRADIO DE LA CIUDAD DE PARÍS (FRANCIA)*
- *EN ESE MISMO MOMENTO*

La Gitana lleva unos segundos rezando con los ojos cerrados, bordeando esa bola de cristal con un curioso cruce de manos. «Todo empieza a cobrar sentido, ya entiendo el mensaje», se dice Jean, escogiendo guardar silencio y no volver a decir nada en voz alta, aunque su voz no deje de cavilar dentro de él.

—Por supuesto. Encaja a la perfección. «Hazlo por mí», no sabía de qué se trataba, pero ahora sí. Claro que lo haré. Lo que haga falta —se le escapa el murmuro mientras aprieta los puños.

Y no es por rabia, sino por el inmenso dolor que los recuerdos han traído consigo. Siente las huellas de su pérdida, las marcas que deja la muerte. Y sabe que se trata de una guerra que solo acaba de empezar.

—Lo peor está por llegar. Pero El Orden me ha traído hasta aquí. Ha generado esta anomalía por alguna razón —se sorprende al encajar los hechos.

Y aunque sigue hablando entre susurros, la Gitana está tan metida en sus oraciones que no escucha nada de lo que él dice.

De repente, Jean siente un peso insoportable sobre sus hombros. Es una especie de lastre espiritual, no visible, pero la carga es imponente. Le aprieta por dentro y le comprime. Le ahoga.

—Es demasiada responsabilidad para mí solo. No puedo. No seré capaz. Solo soy un guardián atrapado en este cuerpo, en esta dimensión material.

Sus elucubraciones se interrumpen por las palabras de la Gitana, que desde hace unos segundos sujeta esa bola de cristal entre las manos, sosteniéndola por encima de la base en la que estaba depositada.

—Es una mujer, sin duda. Es fuerte y poderosa. Y está subestimada. —Pone cara de sorpresa—. Sí. Está ligada a nuestro mundo —añade la Gitana, refiriéndose a la vertiente espiritual, pero Jean no lo capta y la interrumpe.

—¿Qué mundo? —Él aparta de un plumazo sus preocupaciones y enfoca toda su atención en lo que ella dice.

—El mundo del más allá. Ella lo conoce, lo siente y lo respeta. Se percibe a sí misma como una herramienta de Dios. Vive para eso, se sacrifica por el bien. Es lo único que hace. Es lo único que tiene sentido para ella. —La Gitana sonríe satisfecha, pero esa sonrisa se borra con rapidez—. Pobrecilla. Ha llevado y sigue llevando una vida difícil. Muy dura. Lo noto. Hay mucha tristeza en ella, pero la esconde tras un muro de apariencias y distancia. —Jean respira acelerado, afectado por sus palabras, e hincha las aletas de su nariz con un resuello ansioso—. Carencias. Sí, eso es. Ha padecido

demasiadas carencias. Es alguien excepcional, pero… —ríe incrédula— qué curioso. En su entorno es considerada… una molestia —se pone seria—. Nadie le ha dado amor en toda su vida. Me lo dicen. Sí, puedo confirmarlo. Es eso. —Deja sus palabras en un suspenso relativo, pero luego continúa—: Es huérfana.

—Yo-yo, no oigo nada.

La Gitana hace callar a Jean con un ademán, mostrando la palma de su mano abierta para que no la interrumpa.

—Empiezo a verla. Me la van a enseñar.

La Gitana se acerca a la bola de cristal, casi tocándola con el entrecejo. Jean permanece expectante, rígido y tenso.

—Es joven. De tu misma edad. Unos veinte años. Sí que es fuerte, sí. Menudo espíritu. Es Indomable. Tiene el fuego ardiendo desde dentro, quizá por eso su pelo sea de ese color.

—¿Qué color? Necesito verla, por favor —suplica Jean con la voz quebrada.

—Tendrás que fiarte de lo que digo. Es una mujer extraordinaria. Pureza infinita. Qué ojos tan bonitos, son del color de los caramelos de café —se lo dice a Jean con dulzura, con el ánimo de mitigar su impaciencia.

Pero no lo consigue. Él está que se sube por las paredes.

—Por favor, señora, permítame verla —insiste Jean, con su mano abierta junto al antebrazo descubierto de la Gitana, que de inmediato capta sus intenciones.

—Claro. —Arquea las cejas, sorprendida—. No había caído en eso —dice poniendo los ojos en blanco durante una fracción de segundo—. Por supuesto, hazlo —asiente con media sonrisa dándole permiso, con esa mirada tan suya, tan profunda y enigmática.

Jean observa una imagen difuminada en la esfera de cristal desde los ojos de la Gitana. Percibe la potencia de la que hablaba, sí, y su fuerte carácter. Su pelo es refulgente y rojizo como una puesta de sol en verano. Tiene una naricita de ratón, pequeña y respingona, y su rostro de albaricoque está salpicado por una constelación de diminutas máculas. Está tumbada en un sofá alargado, inmóvil, con los dedos entrelazados. Parece calmada. La conoce, ahora presenta otro envoltorio, otra cáscara, pero es ella. Es Emily. No hay duda.

—¿Dónde es esto? ¿Qué lugar es ese? —Jean jadea de emoción.

Miedo, sorpresa e ilusión apasionada giran dentro de él en un huracán descontrolado. Tiene ganas de llorar de felicidad, de añoranza. Sostiene la bola con las manos de su anfitriona, mirándola con obstinación, y siente que la nostalgia quiere anegarle los ojos.

—No lo podemos saber. Lo siento. Pero tranquilo, no está sola. Hay un señor que cuida de ella, rondará casi los cincuenta. Es bondadoso y desinteresado. La está ayudando en todo lo que puede. Se llama Stuart. Es lo único que me dijo su ángel de la guarda; es quien me mandó buscarte —le cuenta la Gitana, en palabras bañadas por una borrasca lastimosa.

La imagen clarea y se difumina. Se acerca y se aleja de la bola comportándose de un modo flotante e inestable.

Los pasos toscos y decididos de alguien resuenan crujiendo fuera de la chabola y van directos hacia la puerta. La Gitana y Jean están tan absortos en lo suyo que no se dan cuenta. El estruendo del portazo suena como una bomba dentro de esa atmósfera

silenciosa y el viento irrumpe a toda prisa apagando la mayoría de las velas.

Jean se levanta de un respingo, sobresaltado, y a la Gitana le sobreviene un nefasto presentimiento. La bola de cristal resbala entre sus manos, perdida en la violenta desconexión sobrevenida, cayendo a plomo y rodando hacia la puerta. En el hueco, delante de la apacible y azulada oscuridad que discurre en la noche, se dibuja la forma de un hombre cercenado a contraluz, mezclándose con el fondo apagado del humilde poblado.

No pudieron distinguirlo hasta que dio unos pasos adentro y las pocas velas que seguían incandescentes iluminaron su tranquilo y soberbio caminar. Invadía el lugar con una arrogancia y una superioridad con las que remachaba sus pasos calmados y con las que recubría la estancia a través de esa mirada gélida.

Jean notó que la Gitana se encogía sobre sí misma, reduciéndose por momentos. Tuvo que quitarle el ojo de encima a ese hombre para observar su comportamiento. Al contemplarlo, no pudo dar crédito. Ella se había arrodillado, postrándose con la cabeza gacha. Jean volvió a mirar al hombre para ver de quién se trataba, intentando descifrar sus rasgos entre las luces moribundas. Entonces lo reconoció. Era el impertinente que estaba con él cuando despertó por primera vez en el poblado. El mismo que daba de comer a las ratas. Pero algo pasaba, algo era distinto o debía de serlo para que la Gitana se comportara de ese modo.

—Jean —había miedo en su voz—, sabe quién eres. Con tus recuerdos o tu renovada energía, ha debido de percibirte —dijo la Gitana con un discreto hilo de voz, con el zarandeo de la puerta que se agitaba sobre sus goznes.

—No es necesario susurrar, mi querida Gitana. Aquí nadie tiene que esconderse. Somos libres. —Abrió los brazos de un modo teatral—. Puedes estar tranquila y decir cuanto te plazca, sea lo que sea me lo tomaré como un cumplido. —Movió la lengua dentro de su boca como si estuviera incómodo, segregando un retal espumoso de baba que se asomaba por los bordes—. Veo que sobran las presentaciones, ¿verdad? Bueno, nuestro amigo… creo que él no puede verlo, ¿me equivoco? —Se echó a reír —. Demasiada luz como para distinguir en la oscuridad —añadió con una carcajada malévola y sin gracia—. Por favor, señora, dígale quién soy. ¡Y levántese! —le ordenó, elevando su voz con severidad—. Que no soy un crucifijo de iglesia. —Su entonación giró con gravedad.

Aquel individuo sujetaba la bola de cristal debajo del zapato desgastado como si fuese una pelota de fútbol. Luego le dio una patada hacia un lado, apartándola del medio.

—¡Artificios! —dijo con todo el desprecio que pudo reunir.

La Gitana se levantó. Su melena azabache se ondulaba con el aire. Parecía recuperar la compostura a marchas forzadas, pero su cara no podía disimular la angustia. Estaba pálida, amedrentada y circunspecta a más no poder.

Jean se interpuso entre ambos, con una actitud innata de protección. Sabía que las cosas no marchaban bien. Era algo más que el hombre que tenían delante. La situación se escapaba a su comprensión y era surrealista y también grave, todo al mismo tiempo. Pero ella lo había detectado en cuanto se abrió la puerta y él seguía sin captarlo. Era una sensación que, por alguna razón, Jean no podía percibir. Dicho lo cual, en su vorágine mental solo podía deberse a una cosa: el mal con mayúsculas.

Aun así, le cabían sus dudas. Podría ser eso o no. De ser eso, la entidad maligna debía de ser muy poderosa como para producir esa reacción de pleitesía en la Gitana. «¿Por qué lo hacía? —se preguntó en esos instantes mudos de tensión—. Qué inoportunos son los acontecimientos en este mundo de carne y materia —chasqueó—. Ahora entiendo a los protegidos», se dijo con una rápida reflexión. Lo veía todo distinto.

En su fuero interno, la realidad de Jean cobraba un renovado matiz. Ahora ya podía entender por qué podía ver a los protectores desde niño. Jamás se había atrevido a ser visto por ellos. Le intimidaba la idea de que fueran imaginaciones suyas, o que, de ser reales y verdaderas, pudieran hacerle algún daño. Qué equivocado estaba. Pero era entendible, el aspecto sombrío que presentan a la vista, desde aquí, era perturbador y el paso por La Fuente había hecho bien su trabajo.

Por eso hacía los dibujos. «Los grafitis», se riñó con una mueca de arrepentimiento al pensar en esos actos vandálicos. Con todo, lo necesitaba. Necesitaba expresar sus ilógicas visiones. Exponerlas de algún modo. Quería exteriorizar lo invisible, expulsar los misterios anidados en su intimidad. Ese era el único modo que encontró de manifestar el conjunto de sus preocupaciones. Así sacaba todo aquello que le atormentaba y que no podía compartir: los extraños y recurrentes sueños, los presentimientos, las señales, sus inexplicables capacidades. Sentía que si no hacía algo corría el riesgo de volverse loco.

Toda esa esencia latía dentro de él, en el sepultado recuerdo de su condición. Por eso necesitaba correr, saltar, trepar, desafiar las leyes de la gravedad. Ansiaba sentirse ligero, rápido y veloz como un guardián. Como el guardián que era. Como había sido siempre. A la carrera, salvando obstáculos y trincheras en el devastado París que compartió con Emily. Por eso se aficionó al *parkour*. A ese peligroso deporte urbano que mitigaba sus instintos. Sus anhelos.

Una identidad que no podía adivinar, pero que vibraba dentro de él. Hasta ahora.

Todo iba encajando. Y es que, hasta esa noche, su vida había sido un gorgojeo confuso de extrañezas. Ojalá alguien le hubiese explicado lo que le estaba pasando. «Ojalá el destino se hubiera anticipado», suspiró en duelo sin dejar de mirar a los ojos de ese tipo.

Ojalá hubiera conocido a Peter de otro modo. «Peter el testarudo. El implacable», reafirmó la voz de su interior. Él lo cambió todo. Él corroboró que no eran imaginaciones suyas. Él propició su primer contacto con los guardianes. Él le forzó a confirmar la certeza de sus visiones, a desarrollar sus habilidades. Peter era como la Gitana: una persona especial, sensible y espiritual. Un enlace, dormido y apagado, pero un enlace, al fin y al cabo. Y era inevitable que desarrollara esa innata conexión, la capacidad de ver y de oír, de escudriñar los entresijos que actuaban bajo las apariencias. Bajo la existencia de todos nosotros. Por eso Peter podía ver belleza donde nadie más la encontraba. Y por eso escogió esa casa, su casa. Solo él era capaz de encontrar la bondad oculta en la superficie, bajo esa capa exterior de dudas y miedos. Y gracias a esa facultad de Peter, Jean obtuvo su perdón.

Él lo sabía sin saberlo, sin confirmarlo. Sabía que después de esta vida existe otra. Y se sacrificó sin temor. Sin titubeos. Por amor a lo correcto. A lo justo.

Fue precipitado para Peter. Lo cierto es que no estaba preparado. Ser un enlace puede romperte los esquemas. Requiere tiempo de asimilación. Requiere sostener el

control y mantener las formas. No es simple de digerir. No. No lo es. Y eso… El bueno de Peter no lo supo llevar bien. Hasta el punto de que prefirió no saber nada, romper su conexión y volver a ser como siempre. Como uno más. Como antes de que sus caminos se cruzaran.

«Ojalá estuviera aquí», se dijo en ese instante en que esos pensamientos viajaban por su intimidad a toda velocidad. Si hubiera podido, se lo habría explicado con paciencia, de un modo simple y comprensivo, no a matacaballo con esas situaciones límite.

«Lo siento, Peter». Antes de su muerte, Jean no habría imaginado la posibilidad de que los guardianes fueran sus iguales. Ignoraba que él fuese uno de ellos. Un tanto diferente por estar encarnado, sí. Pero un guardián, al fin y al cabo. Y por eso, resopló con resignación.

La revelación había sido extraña, pues una parte de él estaba sorprendida y otra lo aceptaba con indiferencia natural. Con todo, necesitaba asimilar el cambio que habían causado esos recuerdos, la recuperación de su identidad extraviada.

En ese instante de silencio y reflexión, enfrentándose a una desconocida amenaza envuelta en apariencia de hombre, Jean cogió aire y se sintió fuerte, pues todas las adversidades que había atravesado para llegar hasta ese punto le hicieron perder cualquier atisbo de miedo. Y este último detalle era muy importante. Era decisivo.

—No me asustas —le dijo, anteponiéndose a la Gitana.

No se doblegaría ante nadie. No cedería al terror, ya no. Recapacitaba sin parar, pero con un rescoldo de pena presente y recordaba todo el sufrimiento vivido mientras miraba los ojos inertes de esa persona. La sensación era cada vez más clara. No parecía el mismo con quien se había cruzado ese mediodía. Por fuera sí, pero algo en su interior era distinto. Podía notarlo. El cambio de carácter era visible, palpable. Sórdido. La seguridad que impregnaba su rostro arrojaba un poder que expulsaba en cada poro de su piel. Y era incapaz de ocultarlo, aunque lo pretendiera.

Jean sabía de lo que él era capaz de hacer como guardián, pero ignoraba el modo en que el mal pudiera afectarle, sobre todo ahora que estaba encarnado y jugaba sobre el tablero de las reglas mortales. «Me he convertido en una pieza vulnerable. Tengo importantes lagunas de lo que me pasó al morir, pero El Orden me ha dado otra oportunidad y no la voy a desperdiciar —se dijo entusiasmado—. Amo tanto a mi protegida que moriría mil veces por ella. Con ella. Junto a ella», se escuchó hablar con la voz de su alma, percatándose de que esa misma voz interior había cambiado. Era más grave y contundente.

Más profunda.

Varios hombres del poblado se acercaron corriendo al oír el estruendo de la puerta y las voces. El gesto de negación de la Gitana les hizo contenerse. Después, con un movimiento ladeado de cabeza y alzando la barbilla, les ordenó que se fueran.

Zita también se había acercado. Ella se quedó al lado de los miembros del poblado, fuera de la visual de Jean y de la Gitana. Respiró hondo, percibiendo el peso y la densidad plomiza que la rodeaba y, con las palmas de las manos unidas, la cabeza inclinada y los ojos cerrados, comenzó a rezar un imparable frenesí de oraciones apresuradas.

El gesto autoritario de la Gitana y el insólito comportamiento de Zita fueron signos

suficientes para que los hombres del arrabal se alejasen de allí sin entrometerse, sin exigir explicaciones. Retrocedieron discretos, con duda, como niños amedrentados, sin tan siquiera pretender averiguar qué demonios pasaba ahí. Y nunca mejor dicho.

El tipo empezó a aplaudir las escuetas palabras de Jean con sorna burlona.

—Creo que usted y yo deberíamos mantener una tranquila conversación, como emisarios y garantes del *statu quo*. —Volvió a mover la lengua por sus carrillos. Parecía bastante incómodo—. A ser posible, a solas —puntualizó.

Su pronunciación resultaba reflexiva. Era educado y convincente. Eso chocaba bastante con su aspecto desmadejado y grotesco, bruto y desaseado a más no poder.

Jean tornó su mirada hacia la Gitana, cuyo rostro se había paralizado por un espanto que Jean no alcanzaba a calibrar, pero que, por otro lado, se tomó muy en serio porque esa palpable inquietud era contagiosa. Cuatro guardianes aparecieron detrás de ella mezclándose en la espesa densidad de su atmósfera. Barajaban la situación de peligro, reclamados por su estupor.

Jean fingió no haberlos visto, como había hecho cientos de veces antes. Ni tan siquiera lo pensó.

—Será mejor que salgas. Yo me encargo de esto.

La Gitana comprendió que aquello podía ser demasiado para ella y que, de alguna forma, debía ser él quien tomara el mando de esa circunstancia.

Ese ser, disfrazado de hombre, solo estaba interesado en Jean. Sin embargo, ella albergaba dudas. No sabía si estaría preparado para ese encuentro y se sorprendió al ver que lo encaraba con tanta valentía.

«¿Sabrá que tiene delante a la mano derecha del mismísimo mal?», se cuestionó la matriarca, a la vez que salía de la chabola y la puerta se entornaba lenta tras de sí, como si hubiera sido cerrada por una racha suave de viento que nadie más podía percibir.

Las miradas de Zita y la Gitana se mezclaron en silencio bajo la noche hueca y apagada. Estaban solas, respirando con recelo sobre la arena del poblado, con el preocupante recado del miedo en los ojos. Acompañadas de un terror atávico, abrupto e incuestionable.

Las dos cerraron su distancia con el arrastre de unos pies cansados y tábidos. Con un nicho de preocupación.

—Nosotras somos, ante todo, servidoras de Dios. No lo olvides, Zita. No lo olvides, jamás —repitió la Gitana para recalcárselo, consciente de que toda ocasión, por dura que fuese, era buena para instruirla.

Zita asintió con disciplina, obnubilada en sus terrores.

El destino de su comunidad dependía del frágil equilibrio entre el bien y el mal. Solo ellas dos lo entendían y solo ellas dos podían reconocer la trascendencia de lo que estaba a punto de ocurrir.

Solo ellas.

CAPÍTULO 34. **AMOR DE AMISTAD**

- *EXTRARRADIO DE LA CIUDAD DE BELFAST (IRLANDA DEL NORTE), AÑO 2009*

- *EN ESE MISMO MOMENTO*

—Aquí hay alguien más con nosotros. Nos observan. Lo he notado, Stuart. No estamos solos.

Bríd se levantó del diván escudriñando el techo abuhardillado.

Stuart la invitó a sentarse por segunda vez, consciente de que el tiempo corría en su contra. Por eso se agachó junto a ella, para quitarle sus roídas botas montañeras con esmero, deshaciendo los lazos de sus cordones. «Debe estar cómoda», concluyó.

—Ya lo hago yo. Perdóname, me he distraído. —Bríd finge olvidar sus sensaciones, aunque está segura de lo que ha percibido.

Se centra en Stuart. Le respeta, sabe que quiere lo mejor para ella y no le tiene en cuenta la interrupción. Es consciente de que él solo recibe una cantidad de información acotada, como la gran mayoría.

Bríd termina de quitarse el calzado. Sabe muy bien lo que tiene que hacer. Se vuelve a recostar, otra vez, mientras Stuart modera las luces de la sala y consigue el efecto deseado. Un toque desgastado, de agradable penumbra macilenta.

—Olvida tus preocupaciones. Respira con calma y céntrate en cómo el aire entra en tu cuerpo y en cómo se eleva tu pecho. Retenlo cuatro segundos y deja que fluya hacia fuera. Siente el peso de tus extremidades.

Stuart permaneció callado unos instantes, respetando ese proceso dinámico.

—Estás relajada. No hay nada en qué pensar. Solo te centras en las sensaciones que te rodean aquí y ahora, sin juzgar. Eres una observadora neutral de tu propio estado. De tu paz. —La voz de Stuart parece una cálida manta con la que abrigarse en invierno, suave y reconfortante.

Sus palabras van y vienen ganando y perdiendo intensidad en la atención de Bríd.

Se sacudió en horizontal con un bramido repentino que Stuart no se esperaba, pero tampoco se inmutó demasiado. Bríd se alteró, sin abrir los ojos. Era esa sensación vertiginosa que ya había experimentado algunas veces cuando se iba a dormir. Una suerte de precipicio espiritual inofensivo pero impactante. Era el camino hacia sí misma, una caída libre hacia su propia esencia.

No puede concretar el momento del cambio, de la abstracción, pero reconoce que le cuesta mucho distinguir a Stuart. Casi ha perdido la conexión con su cuerpo. De hecho, no siente nada.

La trémula luz de esa lámpara incidiendo sobre sus párpados ha desaparecido y se ha permutado por una negrura infinita donde solo yace un punto de albor. El estado en que se halla le recuerda a la muerte, pero no lo es. Está segura de que no es eso,

aunque se parece.

Detecta que hay un cordón intangible que le une al mundo material y, al mismo tiempo, sabe que no va a regresar a La Fuente. Está conectada a ella, pero se queda ahí, donde está, en el núcleo de su cuerpo, en un intermedio de observación consciente. El concepto es nítido para ella. En ese punto, de un modo increíble y simple, tiene acceso a cada instante de su vida. Puede recordar cualquier experiencia pasada con detalle, sin las confusas interferencias de su mente. Y aquí viene lo interesante: en ese plano de pureza no solo tiene presente su vida como Bríd Kelly. Nota que hay más. Está cerca de La Fuente. Tiene la impresión de estar haciendo trampas, de haber llegado a un punto prohibido, pero no teme nada, nadie más puede estar ahí. No sabe cómo lo sabe, pero lo sabe.

Es una soledad de encuentro, excitante y reveladora. De asombro. Íntima.

Solo hay una explicación para lo que experimenta y lo describe sin lugar a duda. Ha llegado despierta al subconsciente. Así lo llaman los psicólogos para darle un barniz más próximo a la ciencia, aunque es en vano.

Ella está en su propia esencia, cerca de la energía creadora de la que surgió. Es el lugar por donde fluyen y se transforman todas las creaciones. Siente que se ha desprendido de todo lo que hay en derredor de su alma. Está lejos de Irlanda del Norte, de Belfast, de la urbanización, la casa en que se encuentra, la habitación, el ruido, el tacto del diván, la carne que la recubre y los latidos de su corazón. Se ha ido, pero sigue estando ahí. Dentro de sí y, a la vez, muy distante. Y sabe que todo ha quedado fuera.

En ese preciso momento, es alma pura. Aislada de la materia y el tiempo. Está en comunión consciente con su verdadero yo.

Fuera, rondando como una corriente eléctrica, queda el sonido incesante y parlanchín del nexo automático que la une a lo tangible. Esa parte no palpable que viene de serie con el cuerpo y que está ligada con ferocidad a lo mundano, a la supervivencia. Eso que parece espiritual, pero que no lo es. Un frenetismo que se rige por la incesante atención sobre el pasado y el futuro, incapaz de permanecer donde ella se encuentra: posada en el cristalino presente o lo más cercano que podamos imaginar.

La mente no puede hacer eso. Ella nos engaña y nos insiste en el antes y el después.

Bríd está más despierta que nunca, comprende el sistema y admira la sofisticación creadora ejecutada por El Orden. «Es impresionante», afirma como exclamaría el aprendiz de un relojero suizo cuando analiza un enrevesado mecanismo por primera vez.

Entonces detecta una sensación insistente que la reclama, de tal modo que conecta con suavidad, con ligereza. Presiente que, si enlaza de más, saltará hacia arriba catapultada, retornando a su cuerpo, allí donde su naturaleza se encargará de asegurarle que solo existe en esa forma. Tiene que aplaudirlo. El diseño es imperceptible y majestuoso. Es magnífico.

—Quiero que oigas mi voz. Vamos a hacer un viaje por tus recuerdos. ¿Puedes oírme? —pregunta Stuart por quinta vez.

Lleva un rato preocupado, instando su respuesta, sentado junto a ella. Está alarmado por el grado de ensoñación que muestra Bríd, pero no se pone nervioso. Sabe que algunas personas son capaces de llegar muy lejos, pero a él nunca le había ocurrido.

Por suerte, el cuerpo es sabio en estos casos. Respira, late y traga. En una palabra: vive, sin necesidad de su morador.

—Puedo oírte, Stuart, aunque estás muy lejos. —Ella habla con debilidad, arrastrando las sílabas, con un hálito respirado en pausa—. Este silencio es muy hermoso. Esto es paz absoluta.

—Es importante que respondas a mis preguntas con claridad. Es el único modo de que, cuando regreses, tengas presentes los recuerdos que vamos a rescatar. Dime que me has entendido, Bríd.

—Lo he entendido. Sé que llevas razón. Aquí puedo verlo todo. He tenido muchas vidas, ¿sabes? —Ríe de un modo perturbador, sin mover sus músculos faciales—. Creo que soy mayor que tú —especula con rotundidad serena.

—Quiero que me escuches con atención y respondas a esta pregunta: ¿tienes clara la forma de regresar a tu cuerpo?, ¿la forma de despertar? ¿Tienes cogido el cable?

—Sí. Es lo más fácil. Pero no quiero subir. Me gustaría estar aquí un rato más.

Stuart tiene dificultades para distinguir lo que dice, su pronunciación se difumina por la somnolencia.

—Sigue mis instrucciones. Si cuento hasta tres y doy una palmada, quiero que vuelvas conmigo, sin discusión alguna. ¿Estás de acuerdo? —establece las pautas y mira el reloj consternado. El tiempo se agota.

Cada vez está más seguro de que todo lo que le ocurre a Bríd es cierto. Es algo más que una simple corazonada. Lo que Stuart no sabe es que esa sensación le sobrecoge por la presencia de su guardián. Él también quiere conocer los secretos de Bríd y lo hace de primera mano.

—Estoy de acuerdo —responde ella, divertida—. Un, dos, tres, palmada y regreso sin rechistar. Lo prometo. —Coge aire con lentitud, emitiendo un ronquido vocal involuntario—. Antes de nada, quiero decirte una cosa… —Bríd habla con un tono exigente.

—¿Qué ocurre, pelirroja?

A Stuart le sorprende el dominio que ella tiene en ese estado. Nunca lo había visto.

—Te quiero. Gracias por ser tan generoso conmigo. Eres la mejor persona que ha conocido Bríd. Eres un hombre bueno. Muy muy bueno. Te quiero, Stuart. Te quiero muchísimo, amigo.

Se queda sin palabras. La mandíbula comienza a temblarle y sus cejas se arquean hacia dentro intentando controlar la inesperada emoción que quiere brotar de sus ojos. No es por tristeza, es por belleza. No se lo esperaba.

—Sé que cuando suba y sea Bríd, me costará decírtelo. —Ella inspira con calma y exhala despacio—. El amor me hace sentir vulnerable cuando soy Bríd, por eso me niego a expresarlo. —Vuelve a inspirar controlando los momentos en los que habla para frasear con claridad—. Empecemos —ataja ella, consciente de que el tiempo apremia.

—Yo también te quiero. —Stuart la contempla con un talante orgulloso y sano—. Te quiero infinito.

La observa así, tan quieta, con las manos entrelazadas, entre el sueño y la vigilia, y entonces él acaricia su cabeza con suavidad. Con la misma ternura que le devuelve la sutileza de su cabello terracota. Y piensa: «Parece una muñequita de porcelana.

¿Cómo nadie ha llegado a ver lo especial que es? ¿Por qué la han tenido abandonada toda su vida? No me lo explico».

—Ya lo sé. Sé que me quieres. Nadie ha sido tan paciente conmigo. —Gesticula una pequeña mueca sonriente, con una pincelada de travesura.

Es una sonrisa rara, con las comisuras de los labios hacia abajo, pero muy alegre. Ella sigue con los ojos cerrados, aunque Stuart la mira con un mensaje en su mirada. Con una suerte de gratitud por haber coincidido con ella en este mundo.

—Vamos allá, Bríd.

Él se recompone tras la máscara de la profesionalidad aprendida.

Se recompone bajo su yo visible.

CAPÍTULO 35. **EL GUERRERO SOMBRÍO**

- *PERIFERIA DE LA CIUDAD DE BELFAST (IRLANDA DEL NORTE), AÑO 2009*

- *JUSTO DESPUÉS*

Su frente empezaba a perlarse con un sudor pálido y aglutinado y su respiración agitada hacía que el aire le atravesara los dientes emitiendo un desasosiego rumiante. La cabeza le tiritaba con unos temblores preocupantes y las expresiones de dolor transformaban con crueldad los suaves contornos de su rostro.

Bríd estaba sumida en un estado profundo en el que revivía con realismo sus más retorcidos recuerdos.

—Sé fuerte, Bríd. No te centres en experiencias traumáticas. Déjalas pasar. Recuerda que eres solo una observadora. No lo personalices. Si no eres capaz de lograrlo, continúa, avanza hasta un momento tranquilo.

—No puedo. ¡Me arde! Tengo el pantalón empapado. ¡La sangre no se detiene! —afirma entre sollozos iracundos—. ¡Me han dado! ¡Maldición! ¡Me han dado!

Bríd se lleva las manos al extremo derecho de su cadera contrayendo los ojos con fuerza y abriendo la boca de un modo desgarrador, mudo; con el aliento encanado.

Unas lágrimas lentas surcan los blanquecinos pliegues de su piel; pero ella ladea la cabeza con el reflejo de un orgullo malsano, resistente y combativo. Da la impresión de que no quiere darse el lujo de llorar, ni tan siquiera por dolor. Es como si cada átomo de su cuerpo vibrara para omitir y rechazar sus debilidades.

—¿Qué ha pasado, Bríd? —pregunta Stuart, convencido de que está en una fase insuperable que debe afrontar.

—¡Me llamo Emily! ¡Y déjame en paz! ¡Duele!

Bríd desabrocha los botones de su pantalón aupándose sobre el diván, bajándolos con cuidado, exhibiendo con ello la ropa interior. Para Stuart es una situación embarazosa porque deja a la vista los lindes en los que el vientre cambia de nombre. Pero Bríd parece ausente o, mejor dicho, está en otro lugar. En otro tiempo. Ella mete la mano por debajo de su lencería ejerciéndose presión en la cadera y al hacerlo deja a la vista una curiosa marca de nacimiento del tamaño de un pomelo estrellado. Stuart se sobrecoge al pensarlo: «¿Es posible que esa huella sea el estigma de una herida sufrida en otra vida?», pero los gritos le distraen y exigen su atención.

—¡Ha llegado al hueso! Dios, ¡cómo arde!

Restriega los dedos por el diván como si se desprendiera de algo desmenuzado, sin dejar de hacer presión con la mano izquierda en el lugar donde tiene esa marca de nacimiento.

La imaginación de Stuart se colma en detalles narrados con gestos, sugestionado por el sufrimiento entallado de sus facciones.

—¿Qué está pasando Br…, Emily? —se corrige, intrigado con el silencio roto por la fatiga.

—He manchado de sangre el pasillo y el cristal de la ventana adrede —asiente—. Ya vienen, los oigo. Necesito que piensen que me he escapado por la fachada, no sé si va a colar.

—¿Hay alguien más contigo? ¿Dónde estás?

Ella comprime los dientes sosteniendo su clamor, modulando el sonido de su respiración.

—¡Shhhhhhh! No —susurra con tono lívido—. Estoy sola. Ir con gente es peligroso —gime apretándose la cadera—. Se supone que la zona estaba despejada. —Sus narinas se dilatan de rabia—. ¡Qué metedura de pata! ¡Joder! —Sostiene el aire un momento y lo suelta vocalizando a duras penas—. Buscaba víveres en este edificio de apartamentos, pero han debido de oírme forzar las puertas. ¡Desgraciados! Todavía no sé ni cómo ha pasado. No he visto llegar a esos cerdos. Esos malditos *Black*. —Cada vez habla más y más flojo—. ¡Estoy bien jo…! Me han dado de lleno.

—¿Quién? ¿Quiénes son los *Black*? —pregunta Stuart, intrigado en ese contexto bélico y asombrado por el nuevo lenguaje de Bríd, que es más grosero.

—¿No lo sabes? Claro. Aún no has vivido El Colapso. —Bríd ríe con tristeza—. Es normal. —Traga saliva de un modo abrupto y dificultoso—. Los llamamos extranjeros, pero, en realidad, son… —Deja la explicación en suspenso con un resquemor, como si el mero hecho de nombrarlos pudiera invocar su presencia—. Son extraterrestres encarnados en cuerpos humanos. Se clonan en sus naves —ríe de lo absurdo que parece—. Es una purga indiscriminada. Nos aniquilan como a cucarachas… —Refuerza su mano apretándola por encima con la derecha—. Nos van matando poco a poco. Y pronto ya no quedará nadie.

—Pero ¿por qué? —Stuart está desconcertado.

No es capaz de encajar los hechos ni en tiempo ni en lugar y no puede creerse lo que dice.

—Pensamos que buscan algo espiritual en nosotros, algo que ni nosotros mismos somos conscientes de poseer. —Levanta una ceja con recelo—. Se supone que los que quedamos vivos somos algo así como inquebrantables. Los que tenemos más suerte o, como dicen por ahí, los más protegidos —reniega con la cabeza—. Pero ya ves que no. —Se le escapa una risa vergonzosa—. Quizá sea un cuento demasiado extendido, pero hay quien afirma que han venido a atrapar a nuestros guardianes. —Ríe con tristeza ponzoñosa, entre espasmos y sufrimiento. Ella tampoco se lo cree—. Todos afirman que quieren llegar a nuestros protectores. A nuestros ángeles de la guarda —añade con voz queda. Escéptica.

—¿Colapso?, ¿protectores? Tienes que explicarte mejor.

Puede que sea la mortecina luz de su lámpara, o quizá el espeluznante malestar que rebosa en cada célula de Bríd, o porque el guardián de Stuart está presenciando esa regresión y también está sorprendido, atenazado.

El caso es que lo que escucha le aterra de un modo incomprensible y directo.

—¡Silencio! —ordena Bríd abriendo la palma de su mano sobre la cadera—. Ya vienen. Son… un hombre y una mujer. —Bríd resopla con un amago de risa infeliz—. Es insultante verlos tan limpios y bien vestidos. —Su pequeña nariz se eleva con una

mueca de furia—. Al menos, no van acompañados de un *Blue*. Eso me da una oportunidad —se lo explica a Stuart, o se lo dice a sí misma, no puede distinguirlo—. Uno de los *Black,* el hombre, parece que ha mordido el anzuelo. Está siguiendo el reguero de sangre que he marcado al exterior, pero ella no parece convencida. Son mejores rastreadoras.

Chasquea con el paladar, enfadada.

—¿Qué día es, Emily? —la interrumpe con curiosidad.

—No lo sé. —Bríd se encoge de hombros como si le hubiera formulado una pregunta estúpida—. Ya nadie lleva la cuenta. Solo sabemos que es el quinto invierno desde El Colapso. —Entreabre los ojos, pero su visión no está ahí—. Espera. —Se queda callada unos instantes—. Ahora no puedo hablar. Están muy quietos. Creo que me han descubierto. Sospechan que puedo estar escondida en el baño. —Comprime sus facciones con frustración—. No, no, no, no. Por favor, no. ¡Mierda! ¡Mierda! Están abriendo la puerta. Veo la luz en los sucios baldosines.

Bríd se agita en el diván reduciéndose en posición fetal, con los ojos muy abiertos y la mirada extraviada hacia esa realidad atemporal, ovillada sobre sí misma como un papel arrugado.

«Ya no está aquí», piensa Stuart, porque sabe que Bríd está buceando por los entresijos de una memoria turbada. Además, intuye que va a experimentar una horrible fase crítica.

—Salta ese momento. Ve hacia delante, Emily —la persuade, viendo que el cuello de su camiseta se oscurece, empapada con el rezumante sudor que emana de su piel.

—¡No! ¡Voy a matar a esos cabrones! —exclama Bríd con todas sus fuerzas, a voz en grito, dándole a Stuart un susto difícil de igualar.

De repente, se pone de pie sobre el diván, sosteniéndose con la pierna izquierda. El pelo volcánico y alborotado le cuelga del rostro mojado mientras hace un movimiento tan rápido y ensayado que casi pasa inadvertido. Lo realiza en el aire, sin apoyar la pierna en el diván. Es como si extrajera dos pistolas de unas fundas imaginarias colocadas a cada lado.

Lo más desgarrador es el grito de lucha con el que lo acompaña, lleno de valor, temeridad y cólera, y que como un veneno urticante fluye por su interior irritándole el alma y exhalando toda su ira por las cuerdas vocales. Sin embargo, en ese alarido heroico también hay una pizca de terror. El terror de perder la batalla contra un enemigo despiadado, uno que ya tenía la victoria asegurada desde que todo empezó.

Y es que la muerte lleva demasiado tiempo pisándole los talones.

—¡Domina el recuerdo, Bríd! ¡Estás por encima! Estás siendo testigo de un hecho pasado. No lo olvides —le aconseja Stuart, que está pasmado con sus reacciones.

De hecho, él ha tropezado hacia atrás movido por el impulso del miedo y ha caído de culo contra la pared, arrastrando consigo la alfombra de flecos que adorna su parqué.

—¿Qué sucede, Emily?

Ella se mantiene de pie, a la pata coja, con los brazos extendidos al frente y los índices encogidos como si ya no le quedaran más cartuchos que disparar con esas pistolas reminiscentes.

—Están aplaudiendo. Los *Black* se mofan de mí —dice ella en una frase corta e incomprensible.

Stuart sabe que lo ha dicho en francés e imagina que serán una hilera de insultos.

—En nuestro idioma, Bríd.

Stuart va modulando la dirección de las identidades para que ella tome el control de la vivencia.

—No me cogeréis con vida —asegura, metiendo sus dedos en el pequeño bolsillo frontal del vaquero, como si cogiera un último cartucho reservado.

Un recurso fatal.

Stuart no entiende de armas, pero comprende que hace un movimiento sobre su pistola izquierda e introduce ese cartucho por la ventana de expulsión y luego ve cómo aprieta con el pulgar la presunta pieza de retenida de la corredera para montar el arma. En su visión, Emily alimenta la pistola con un último disparo, encañonándose la sien. Luego abre la mano derecha y deja caer al suelo su otra pistola. Se relaja. Parece que ha llegado la hora y le queda poco.

Los discretos pechos de Bríd crecen y menguan por el fuelle nervioso de la agitación, de su angustia. Hay una expresión de profunda tristeza en sus labios. Es como si hubiera llegado la hora de la verdad y fuese incapaz de hacerlo. Sus ojos se constriñen escondidos bajo el vivo color de su cabello cobrizo, esperando ser apagados para siempre por ese instante fulminante.

Stuart no sabe cómo actuar. Quiere evitar que ella continúe, pero ya lo ha intentado antes y no ha funcionado. Ese recuerdo es crucial y, por alguna razón, tiene que afrontarlo y rescatarlo con detalle.

—¿Recuerdas la señal para salir del trance? ¡¿La recuerdas?! —repite él en voz alta, restituido tras su aparatoso tropiezo.

Ella afirma asintiendo con fuga. Balanceando de arriba abajo la cabeza con arrepentimiento y nostalgia adelantada. Sus ambarinos ojos van desapareciendo, apretados bajo sus párpados. No desea abandonar una vida que, aunque dura, cruel e inclemente, quiere seguir viviendo.

Desea seguir luchando. Quiere seguir un día más, un mes más, un invierno más.

—Un momento.

Bríd levanta sus brillantes ojos amarillentos, todavía con la cabeza gacha. Su mirada vibrante viaja por esas realidades perdidas en el tiempo de su espíritu. Se fija en detalles subconscientes que contempla desde la sala de estar, pero su verdadera atención está en un recuerdo marcado en el fondo de su ser. El asombro y la incredulidad abordan su talante descompuesto.

—Uno de los *Black* está muerto. Ha caído junto a la puerta del baño —asegura mirando esa pared de repetitivos motivos florales sobre el papel pintado.

Baja el arma que empuña con ese último cartucho en la recámara y sujeta las cachas de su pistola con ambas manos. Aun así, su dedo izquierdo continúa acariciando el disparador. Bríd salta del diván cayendo sobre su pierna sana y deja la derecha colgando de su cadera con una espantosa y sostenida mueca de dolor.

Lo que está reviviendo ya no parece un recuerdo.

—Cuéntame los detalles, Bríd. ¿Qué le está pasando a Emily? —Stuart ha conseguido dividir las identidades.

Dos personalidades separadas en diferentes contextos, pero encarnadas por la misma esencia.

Bríd gira la cabeza hacia la derecha, hacia un punto indefinido entre la ventana de Stuart y esa pared perpendicular.

—Utilizo el espejo de este baño para intentar ver lo que sucede en el pasillo, pero está demasiado oscuro. Es arriesgado. Presiento que hay alguien más ahí.

Bríd gira más el cuello, colocando el oído donde tenía los ojos y oye un gorgojeo estertóreo.

Es algo que ya he escuchado demasiadas veces, por desgracia.

—¿Quién puede ser? —le pregunta Stuart ansioso y a sus espaldas, pues Bríd todavía conserva una pose defensiva y malherida.

—No sé quién es, pero oigo el ruido de la vida huyendo de ese *Black*. Es el último resplandor de una respiración que se apaga para siempre. Creo que los dos están muertos, pero no sé si atreverme. Quizá sea una trampa. No puedo dejarme capturar.

Bríd vuelve a colocarse la pistola en la cabeza, desconfiada. No encuentra salidas. Continúa oprimida por el espantoso dolor de su cadera y prosigue con sus reservas, pero existe un cambio sutil. Existe un rayo de esperanza que late en su corazón de un modo inexplicable.

—Aquí hay alguien más. Noto su presencia. —La desconfianza emerge en su expresión—. ¡Qué oscuro está todo!

Emily apoya el hombro en la pared opuesta, sobre la última columna de azulejos antes del hueco que deja esa puerta del baño.

Así es como Bríd puede verlo en su mente, pero, en realidad, sigue en esa sala de estar.

Stuart parece vivirlo con la misma intensidad. Imagina los detalles adentrándose en la escena con un realismo sobrenatural.

—No me dejes así, Bríd. ¿Cómo van las cosas con Emily? ¿Por qué te has quedado tan quieta? —Ella baja el arma de nuevo.

Sus pupilas parecen moverse al compás de unos mansos latidos. Stuart la mira de frente, pero ella sigue sin estar ahí.

—Es la voz de un hombre. Me pregunta que si estoy bien.

Bríd esboza una sonrisa de ingenuidad y recelo.

—¿Quién es? ¿Lo conoces? —Stuart insiste cerca de ella.

Teme que pierda el equilibrio de un momento a otro, pues lleva demasiado tiempo apoyada sobre la misma pierna y el sudor que emana de su cuerpo huele al estupor de los guerreros. A coraje neutro, pero Stuart no sabe encasillarlo porque es la primera vez que lo percibe.

—No sé quién es. No lo reconozco, pero es una voz amable. Aunque no puedo fiarme. —A Bríd se le escapa un sollozo doloroso—. Me estoy debilitando. Tengo el calcetín empapado de sangre caliente —afirma con preocupación, pero sigue hablando con Stuart—: Le oigo por varios sitios a la vez. Debe de ser por la hemorragia, seguro. Sus palabras se mueven por el entorno, pero no logro verle. Dice que me quite la pistola de la cabeza. —Bríd aprieta su entrecejo—. Bromea. Sí. Está bromeando conmigo. Me pregunta que si dentro de esa pistola está el tornillo que he perdido. —Stuart sigue mirándola de cerca. Algo parece estar cambiando—. Vale… No, no es un extranjero. —Bríd sonríe retirando el arma—. Ellos no tienen sentido del humor —afirma con su sonrisa invertida, triste y emocionada a la vez.

«La muerte tendrá que esperarme un poco más», se dice Emily en su interior.

Bríd no puede sostenerse en pie y entonces apoya la cabeza en el papel pintado de la pared. Parece que esté a punto de perder el conocimiento, pero Stuart no se atreve a tocarla. Sabe que no conviene. Pase lo que pase, no debe tocarla. Cualquiera que viese el comportamiento de Bríd pensaría que es una chaladura. Se hace imposible explicar el arrastre que viene con ella desde esa otra vida, pero esa es la misión de Stuart y es lo que trata de averiguar.

—¿Estás bien, Bríd? Si ves que Emily puede caerse, recuéstate en el diván. —Ella niega con una fragilidad impropia.

—Ese hombre… está muy cerca, pero no puedo verlo. —Bríd se da la vuelta, sacando unas fuerzas de flaqueza, con esa cojera errática que exhibe por la sala de estar—. ¿Quién eres? ¿Cómo has hecho eso? —pregunta Emily en tono elevado y aprensivo, como si mirase a Stuart, pero viendo a otra persona—. A mí nadie me ha ayudado nunca —proyecta esa frase con afilado desdén.

—Cuéntame lo que está sucediendo, Bríd —susurra Stuart, atrapado en el misterio.

—Tiene una voz rotunda y asentada. No es alguien corriente, se nota. Ha aparecido detrás de mí sin que pudiera verlo. No tiene lógica. No-no es lógico. No le he visto entrar por la puerta —dice impactada—. No distingo sus rasgos en la oscuridad. He perdido mucha sangre y… creo que veo cosas que no son, o no veo cosas que son, mejor dicho. —Ella emite una queja gruñida desde la garganta al intentar aclararla.

—Pregúntale su nombre. En qué año está. —Stuart necesita encuadrar los hechos, sea como sea.

—No funciona así. Debo seguir. —Bríd arrastra su pierna sujetándose por las paredes en esa ciega oscuridad que está viviendo.

A duras penas logra tumbarse en el diván. Su dolor no desaparece y le arruga la carne con un sufrimiento estremecedor que no deja a Stuart indiferente.

—¿Ha matado él a los *Black*? —trata de averiguar mirando la libreta donde ha ido apuntando algunos datos.

Stuart tiene miedo de que Bríd se adentre mucho en sus recuerdos y pierda el contacto con su yo presente.

—Sí, ha sido él. Dice que vendrán más. Que hay que moverse. —Ella echa la cabeza hacia atrás, levantando todo su cuerpo con la parte posterior de la cabeza y el talón izquierdo—. Y tiene razón. Vendrán más. Siempre vuelven. —Su tono se va apagando, pero de pronto grita—: ¡Mis gemelas! Me falta una pistola. —Su volumen zigzaguea por los caminos de la extenuación—. Vale, ya. Ya las tengo. Me las ha devuelto él. Me está cogiendo en brazos y me lleva. Qué vergüenza. Estoy a punto de perder la consciencia, pero él me sigue hablando. Me pide que me mantenga despierta. —Bríd tiene la garganta reseca. Traga con dificultad, pero prosigue narrando—: Su voz va y viene mientras me lleva por esos pasillos oscuros. No sé si he entendido bien. Creo que sí. O no. Creo que no. Yo qué sé, me estoy durmiendo. Dice que le han advertido. Que le han avisado los guardianes. Mis guardianes —añade.

Su tono se va apagando con un hilo de voz descendiente, pero Stuart necesita seguir escarbando.

—¿Adónde te lleva? —insiste mirando el reloj.

El tiempo se les está echando encima, pero al menos Bríd se ha estabilizado en el

diván. Ella vuelve a tener los ojos cerrados y ahora es capaz de discernir con perspectiva.

—No te lo vas a creer. Estamos en otro apartamento contiguo. Ha dejado la puerta abierta y me coloca con tiento sobre un sofá. —Se hace un breve paréntesis en el que no ocurre nada—. ¿Quién eres? —pregunta Bríd de sopetón, con la voz rasgada por el agotamiento y el cansancio.

Stuart la oye resoplar con una especie de carcajada que no termina de emitir. Es, más bien, como un lamento resignado.

—Dice que es… el que ha venido a ayudarme y me pide que guarde silencio.

Ella cabecea en el diván arrojando más detalles de los que dice.

—Se oyen pasos y unos ruidos tremendos. Ya están aquí, pero él está tranquilo. No se altera y eso que cada vez se oyen más cerca. No lo entiendo. Ese tipo se acerca a mí. «Ahora no, no es el momento», le digo. Quiere curarme, dice que es urgente, pero esos pasos, esos ruidos están cada vez más próximos.

A Bríd se le marca un músculo abultado en la mandíbula, es como un gusano gordo y movedizo alimentándose de su terror.

—Menos mal que estamos a oscuras. Estoy medio desnuda de cintura para abajo. Qué vergüenza. Y, ¡no, ya están aquí!, quiero levantarme, tengo que hacer algo. Pero le oigo sonreír. Es esa clase de risa comprensiva, como la que se les dedica a las niñas traviesas. Es cariñoso. Hay una gran bondad en él, puedo sentirla. —Bríd resopla agobiada—. No lo entiendo, Stuart.

—Trata de no juzgar los hechos desde esta perspectiva. Solo observa, discurre por los retazos de esos recuerdos en plena conciencia. —La perenne expresión afligida de Bríd no se borra en todo el trance.

—«La mejor pelea es la que se puede evitar», me dice. —Ella niega varias veces entre sudores—. El desconocido se ha puesto de pie —dice Bríd—. Oigo muchas voces dentro del apartamento, pero no son los *Black*. Me estoy volviendo loca, creo. No. Me estoy volviendo loca, seguro. Ahora me pregunta que si voy a estar callada. —Bríd repasa con la lengua sus labios resecos—. Vale. Le digo que sí y él me explica que lo que está a punto de suceder es solo una cuestión de fe. Nada más que eso.

—Sigue. No te detengas, pelirroja. Lo estás haciendo muy bien —la anima Stuart.

—La vespertina luz de la noche entra por la ventana de ese comedor e ilumina al desconocido por la espalda. Es un hombre fuerte y viste de luto, de negro. —Bríd desfallece por un momento, pero recobra las fuerzas—. Tiene los brazos extendidos hacia abajo y las manos abiertas al frente, hacia el pasillo de la entrada. —Ella levanta las cejas con sorpresa—. Debo de estar soñando, es una locura, alguien entra en el apartamento. Lo hace a hurtadillas, pisando con suavidad. —Traga una burbuja de aire porque el pánico le ha robado hasta la última gota de saliva—. Se acerca el peligro. Quiero echar mano a mis gemelas, pero solo puedo palparme la piel untada de sangre viscosa. Mi sangre. Ay, ¡no! ¡Duele! —Aprieta los dientes encogiendo su espalda.

—No intentes cambiar las cosas. No se puede. Continúa hacia delante, pequeña. —Stuart la guía por la regresión.

—Lucha o huida, para mí solo existen esas dos reacciones. Quedarme quieta como un roedor es impensable —añade ofuscada—. No estoy bien, Stuart. No estoy en condiciones. Me estoy muriendo. Emily se muere —se corrige—. De estar bien, lo

habríamos discutido. No le obedecería. Pero estoy muy débil —resopla sin fuerzas—. Demasiado —dice hilvanando las sílabas de esa última palabra.

—No te duermas. Sigue describiendo lo que pasa. Lo estás haciendo genial, Bríd —afirma Stuart, a sabiendas de que la sesión está durando más de lo aconsejable.

—Él lleva una espada enfundada a la espalda. Los ojos se me quieren cerrar, pero necesito mirar. —Bríd respira con mucha debilidad—. El mango sobresale por encima de sus hombros, pero no quiere blandirla. No hace nada. —Ella abre los ojos con desmesura—. ¡No puede ser! ¡Es un *Blue*! ¡Acaba de entrar un *Blue* en el apartamento! ¡Qué cabronada! ¡Maldición! Estamos muertos.

Bríd intenta arrastrarse por el diván, reptando por el cabecero. Está horrorizada.

Stuart duda en contar hasta tres y dar la palmada. Está a punto de hacerlo, pero algo le detiene, algo parece cambiar en el brillo de sus ojos. Bríd empieza a mirar a todos lados, destensando sus facciones. Su respiración vuelve a ser un tañido suave y tranquilo de un momento a otro.

—¿Quién es este hombre? —se pregunta en voz alta, cuando de sus ojos comienza a brotar un caudal líquido y salino, sin pestañear ni una sola vez.

Está conmovida. Se lleva las manos a la boca emocionada. Y la miel de sus ojos parece derretirse igual que un cremoso helado en un día de verano.

—No dejes de hablarme, Bríd. Por favor. Por lo que más quieras.

Stuart la mira sin saber qué hacer, sin explicación para el abrupto giro de sus reacciones.

—Son ellos. Están aquí. Han venido a ayudarme. —Ella alza las mejillas con entusiasmo—. Sí, son los guardianes. Puedo verlos. —Ahora parece dolorida pero risueña—. Este hombre lo sabe. Se entiende con ellos —suspira aliviada—. Stuart, escúchame. Esto-esto… —repite encantada—. Esto es tan hermoso. No me duele nada. Lo que me enseñan es más bonito que cualquier cosa de nuestro mundo. —Emite una carcajada suave—. Tendrías que verlo. Todo es luz y color y… amor. Me siento afortunada. Me parece que estoy muriendo, pero creo que no es eso. —Coge aire llenando sus pulmones—. No. No es eso, no —sentencia con firmeza.

—¿Cómo estás tan segura? —Stuart está hecho un manojo de nervios.

—Recuerdo con claridad mi final y no fue así.

Bríd sonríe de par en par, con esa forma tan peculiar que tiene de hacerlo, pero también se pregunta si la guerrera que vio el día de su muerte era la proyección sesgada de esa misma imagen, de ese recuerdo, pues los dos portan una espada idéntica a la espalda. Y entonces reflexiona sobre las palabras que le dijo aquella mujer, que después se transformó en una sombra blanca.

—De esto…, de todo esto no me acordaba. Ni siquiera cuando era Emily. Se había borrado de mi memoria. —Con todo, su cara da un giro de felicidad—. Y ahora lo veo claro.

—Pregúntale quién es él. En qué año estás. Dónde. —Stuart necesita datos concretos, hechos comparativos, medibles y contrastables.

—No te preocupes, Stuart, estoy viva. Voy a vivir. Lo sé —afirma sonriente—. Es el año 2030 —dice relajada—. Estoy en Francia, en París para ser más precisos. Y este hombre tan poderoso y especial es… —deja un paréntesis enigmático—. Es… Bueno, eso da igual. —No dice nada.

Se queda un momento recordando la breve conversación, pero no la comparte con Stuart porque sabe que no debe hacerlo, por su seguridad. Aun con todo, rescata esa conversación dentro de su silencio.

—He llegado demasiado tarde. Tendría que haberte encontrado antes de El Colapso. Antes de que nacieras, ya me habían indicado que buscara a la pelirroja —le dice ese hombre, sosteniendo uno de los ajironados mechones de su cabello—. De todas formas, sé que no me equivoco. Eres tú —le dijo, endulzando la voz y acariciando el hirsuto cabello rubio de Emily—. De un modo u otro, te he encontrado por fin.

Y Bríd pudo ver que su rostro era bondadoso y amable y no sintió miedo.

—No sé quién eres. No entiendo nada. —Ella estaba a punto de desfallecer, había perdido mucha sangre.

—Te pondrás bien. Te curaré, pero luego he de seguir mi camino. Debo encontrar otra solución. —En sus palabras, palpitaba el emblema de un deber superior. Uno que no admitía el fracaso como opción.

—¡Espera! Dime quién eres. ¿Qué acabo de ver? —interpeló Emily apretando los dientes, apenas despierta entre la brega, el dolor y la debilidad.

Él sonrió con amargura.

—Soy David Fonseca, aunque la gente dice que no existo. Que soy un mito —resopló una risa sin gracia—. Una leyenda —añadió pesaroso.

Su mirada fraternal y amorosa se proyectaba desde sus ojos apagados. Se dio cuenta de que ese francés que hablaba tenía un extraño acento marcado.

—Ahora descansa.

Y le cerró los ojos a Emily posando en ellos la palma de su mano, regalándole una sensación de bienestar como nunca había sentido.

Pero antes de perder el conocimiento, Emily quiso repetir ese nombre tantas veces como pudo, con fuerza para no olvidarlo: «David Fonseca. David Fonseca. David Fonse…». Pero la vivencia se diluyó, dejando solo una grumosa cicatriz en su cadera.

Una cicatriz en el alma y en su olvido.

Hasta ahora.

CAPÍTULO 36. **EL PRECIO DE LA LIBERTAD**

- *POBLADO CHABOLISTA, EXTRARRADIO DE LA CIUDAD DE PARÍS (FRANCIA), AÑO 2009*

- *MEDIA HORA MÁS TARDE*

Ellas empezaban a perder la noción del tiempo; de pie junto al chamizo, inquietas y preocupadas. Durante ese rato, no habían oído una voz más alta que otra. Ni un solo ruido procedente del «cuartito». Hasta llegaron a pensar en una posible escapada por los subterráneos. «Él podía hacer lo que quisiera con Jean y después fugarse sin ser visto —reflexionó la matriarca—. Qué estupidez, a veces me dejo llevar por las reglas de nuestro mundo», pensó desalentada, consciente de que en cualquier momento todos podrían morir si él lo quisiera y eso le dejaba otra conclusión suspendida en el aire: «Jean tenía que ser mucho más importante de lo que ellas habían calculado en un principio».

En línea con ese encuentro, la Gitana se veía forzada a hacer cosas que no eran de su agrado por el bien de su poblado. Digamos que, salvando las enormes diferencias, una de sus obligaciones era ser diplomática y considerada con el lado opuesto.

La dilación de ese encuentro estaba provocando en las mujeres una incertidumbre masticable a la intemperie. No era algo metafórico. Zita mordisqueaba su labio inferior, como hacía siempre que se angustiaba.

—Contrólate. En este mundo no solo hay que ser fuerte, también hay que parecerlo —le exigió la Gitana, con más severidad de la que le habría gustado.

—Nunca tendría que haberle dado refugio a ese malnacido —le reprochó, refiriéndose al delincuente.

Se notaba que la rabia resbalaba por sus palabras al ritmo del caramelo fundido por una manzana de feria.

—¡¿En todo este tiempo de enseñanzas no has comprendido nada?! —De inmediato, la Gitana se arrepintió de su reprimenda—. Perdona, Zita. No quería decir eso. Yo también estoy preocupada. Sé que para ti, de momento, es difícil entender —se disculpó de inmediato.

—No sé cuándo llegará el día en que pueda distinguir todo lo que usted puede ver —aceptó la disculpa sin mayor importancia, pues Zita reconocía sus carencias con disciplina.

—Mira, la libertad de que gozamos no es fruto del azar. Ya deberías saberlo —dijo señalando el arrabal como si fuera un oasis privilegiado—. ¿Piensas que los políticos nos dejan estar aquí porque les damos lástima, o por lo contrario? ¿Crees que es lógico que nuestros niños estén sanos andando descalzos y bebiendo del arroyo mugriento? ¿Cuántas veces nos hemos cortado con metales podridos? ¿Alguien ha ido

al médico?

Zita escuchaba, escrutándola mientras descargaba su discurso de preguntas viscerales, más explicativo que cualquier otra serie de afirmaciones.

—¿Cuántos de nuestros hombres y mujeres han robado, estafado o se han metido en peleas? Vale, son pocos, pero ¿cuántas veces? ¿Cuántas, Zita? —Negaba apesadumbrada la matriarca—. ¿Alguno ha ido a la cárcel? —Zita se encogió de hombros sin saber qué decir—. ¡Me avergüenzan! ¡Se lo tengo dicho! ¡Que por ahí, no! Pero los ayudo de todas formas, porque bien sabe Dios que cuidar de este poblado es mi sagrada obligación. —Cogió aire casi asfixiada—. ¿Cómo te crees que se consigue eso? ¿Lo has pensado alguna vez? ¡Venga! Quiero oírte una respuesta, Zita. ¡Habla! ¡Yo no estaré aquí para siempre! —La Gitana escupía perdigones de saliva con una expresión desencajada.

—¿Por qué tenía que ser yo? —preguntó Zita, sin venir a cuento.

Sus espumosos ojos verdes parecían emitir un resplandor melancólico en medio de esa noche cerrada. La Gitana, como cualquier institutriz, necesitaba moderar sus enseñanzas en el fino umbral existente entre la rigidez y la elasticidad, sobre todo con algo tan delicado. Por eso disimuló y endulzó con ternura el meollo de la cuestión.

—Esa pregunta tendrás que hacérsela a Dios cuando llegue el momento. —Luego se puso muy seria—. Pero, claro, también eres libre de ignorar los dones que él te ha dado. Nadie te obliga… En eso consiste el libre albedrío. Estás conectada o no lo estás. —Alzó la barbilla mirándola con esos ojos negros tan penetrantes—. Es fácil. Tú decides. Yo no te voy a convencer de nada. Ese diálogo es tuyo, no mío. —Se encogió de hombros—. A mí nunca me vas a decepcionar, quiero que lo sepas.

Y dejó reposar las ideas como si volaran por el aire de la oscuridad. A lo lejos, podía oírse el ambiente despreocupado y festivo de los habitantes del poblado, que bebían, bailaban y jugaban, indiferentes a todo aquello.

—Sé mejor que tú que el camino es duro, sucio y a veces terrible; pero yo me siento afortunada. Me siento afortunada porque voy de su mano. —La miró sin pestañear, incidiendo en el orgullo que eso significaba—. De la mano de Dios. —Parecía que lo había dicho con mayúsculas. Y por un momento los ojos de La Gitana vibraron líquidos y Zita se contagió de su emoción—. Ahora mismo, juntas, estamos cambiando el rumbo del mundo. Estamos haciendo su voluntad. No sé ni cómo ni de qué manera, pero puedo sentirlo. Es el diálogo del que te hablo, ¿entiendes?

—¿Y no crees que es incorrecto dar refugio a un desgraciado? Ahora el mal se ha aprovechado de la situación, lo está utilizando para llegar hasta Jean. —Había un afilado reproche en su manera de decirlo.

—El mal siempre encontrará la rendija o la debilidad de alguna persona. Se cuela por todas partes y lo hace de un modo imparable. No verás ningún gremio, colectivo, aldea, ciudad o pequeño grupo de personas en el que, por altruistas, decentes o bienintencionados que parezcan, el mal no haya hecho acto de presencia ahí… adentrándose sin permiso, prosperando. —La Gitana parecía muy enfadada—. Es una condición irremediable de este mundo de convivencia polarizada.

Su alumna puso cara de póker.

—No entiendo qué tiene eso que ver. No logro encontrar la relación —dijo Zita.

La Gitana se sintió entonces como una de esas ancianas que a veces se van por las

ramas y quiso ser más concisa.

—Es muy simple, querida. La mayor parte de nuestro pueblo es gente buena, luchadora y trabajadora. Libre y respetuosa. Pero hay una pequeña cantidad de personas, algunas muy visibles y otras no tanto, que han tomado la decisión de alejarse de Dios. No quieren reconocerlo, pero en su interior lo saben. —Su ritmo al hablar se había vuelto más pausado y dosificado—. Si yo viviera ajena a la presencia de ese mal entre nosotros, me transformaría en una matriarca imprudente. Sería negar lo evidente y no estamos en condiciones de hacer eso. —Levantó las cejas espesas para que lo entendiera—. No sería inteligente.

Se acercó un poco más a Zita, dándole un discreto énfasis a lo que le tenía que decir.

—Yo soy muy consciente de las debilidades de nuestra gente. No somos ni mejores ni peores que nadie. De hecho, todos los siervos del mal se comportan del mismo modo. Nunca les faltan excusas para justificar sus actos, para vilipendiar la vida que Dios les ha dado. Puedo sentir la ingratitud en sus corazones, el inconformismo, el odio hacia los que consideran más afortunados. —La Gitana echó una carcajada sonora y resignada—. Cualquiera es más dichoso que ellos. Están corrompidos por la envidia. Y ese, querida amiga —subrayó—, es uno de los motores más malignos que existen.

»Así nace el mal de ojo. —Su expresión se tornó decepcionada al pensar en ello—. Veo las ganas que tienen de arrebatar a los demás lo que Dios ha concedido a cada cual, y si no pueden, sus pensamientos llenos de maldiciones producen el menoscabo, poquito a poco. Esto ocurre, sobre todo entre familiares, amigos y conocidos; pero termina pasando con cualquiera. —Negó con resignación—. Lo cierto es que las relaciones y la interacción dan fuerza al sentimiento. Al final, es una falta de afecto. De conocimiento. Es… una desconexión, ¿no lo ves?

Zita asintió, comprendiendo adónde quería llegar la Gitana, pero no del todo.

—¿Has oído a alguna de nuestras ovejas descarriadas rezarle a Dios? —Hizo una pausa y Zita miró a la arena negruzca del suelo que pisaba de noche—. No. Claro que no. —Se adelantó a contestar la Gitana—. Porque ya no van de su mano. Y si lo hacen, es con palabras vacías. Una auténtica farsa. Por eso están desconectados. Y así es como aparece la debilidad. Con sus mil y una caras, en forma de ambición, de egoísmo, avaricia o crueldad, y lo que es peor, convencidos de que hacen lo correcto porque son dignos de merecer lo mismo o incluso más que cualquiera. Se creen con todo el derecho a hacerlo. Y no me refiero solo a algo material; ocurre con cualquier bendición: un marido, un hijo, una bonita sonrisa, un talento. —Negó varias veces al escucharse a sí misma—. El mal no existe, propiamente dicho. El mal es el resultado de la ausencia… —se corrigió—. Del rechazo de Dios en nosotros.

—Disculpa, no comprendo la relación. ¿Qué tiene eso que ver con lo que le está pasando ahora mismo con Jean? —dijo con timidez, acongojada por ir al grano.

—Para empezar, si el mal no hubiera encontrado un candidato más alejado de Dios, pero cerca de aquí, el cuerpo de ese poseído sería el de alguna persona de nuestro poblado. —Zita abrió sus ojos verdes, sorprendida—. Ya te he dicho que una de mis misiones, que pronto será la tuya, es cuidar de nuestra gente. —La Gitana giró la cabeza mirando al horizonte nocturno, satisfecha con su reacción—. Aparte de eso, todos los seres humanos, animales, plantas e insectos son creaciones de Dios y él los ama de manera incondicional y también les da absoluta libertad. Por eso no creo que le

guste ver cómo se pierde en la oscuridad la única creación terrenal dotada de conciencia. Supongo que se sentirá bastante decepcionado —añadió taciturna—. Es una suposición mía.

—Esta vez puede que nos haya venido bien, pero nunca me ha gustado que des refugio a delincuentes. Es un riesgo muy grave el que asumimos y mucha gente piensa igual que yo —afirmó Zita, pudiéndose atisbar en ella una brizna desafiante.

—Damos refugio a algunos, no a todos. Y tengo mis razones. Debemos compartir lo que tenemos. Nuestra independencia, hoy en día, es un tesoro. Necesito que lo pienses por un momento. —La Gitana no podía esquivar la distancia generacional que le había hecho comprender esas cosas—. Aquí la mayoría han nacido en casa. Sus huellas dactilares, nombres y apellidos, fecha de nacimiento; nada de eso figura en ningún archivo estatal. Fuera de estas chabolas… no somos nadie. Anónimos. Ninguno de nosotros existe de manera oficial. —Miró a Zita con intensidad—. ¿Hay mayor libertad que esa? —dijo la Gitana, esbozando una corta sonrisa—. La riqueza adopta muchas formas y ese privilegio, como cualquiera, tampoco es gratis.

Zita dejó caer su mirada a la grava del suelo, donde algunas piedrecitas brillaban por el tímido reflejo de la luna.

—Esa libertad tiene un precio. Un precio con el que Dios me permite negociar a cambio de tregua. A cambio de algo de paz. —Volvió a recuperar la compostura.

—¿Perdón? —dijo Zita, cada vez más confundida por lo que escuchaba—. ¿Cómo es eso? —inquirió, extrañadísima.

Quizá esa fuera una de las lecciones más delicadas que debía inculcarle la Gitana.

—Ya has visto que antes de dar refugio a ningún fugitivo, sea quien sea, es necesaria mi aprobación, ¿verdad? —Zita se apresuró a confirmarlo con un gesto—. Tampoco metemos a cualquiera. Primero se me pide el favor. A cambio, tengo la certeza de que se van a comportar. —Cogió aire—. ¿Crees que habría dejado al enviado de Dios a solas con ese asqueroso sin garantías? No. Claro que no. Antes hay un acuerdo con el mal. Lo primero es exigir el buen comportamiento del fugitivo, eso es incuestionable. Y luego, damos refugio a cambio de favor. —La Gitana miró a Zita como si estuviese revelando uno de sus secretos mejor guardados—. A cambio de que la fatalidad nunca atrape a nadie del poblado.

—¿Hablas de hacer tratos con el demonio? —dijo, escandalizada.

—Yo no le pongo nombre; hay más de uno. Pero sí, por supuesto, no lo voy a hacer con ese hombre, pues por sí mismo no es importante. Ese… —dijo con desdén— se ha convertido en una simple herramienta. Un medio para un fin. En eso se transforma la gente mala. —Se encogió de hombros—. Lo único que hacemos es dar cobijo a una persona y alejarla de la justicia de «aquí». Y ya te he explicado que la justicia de Dios es una cosa y la humana es otra. La nuestra es imperfecta, por la razón que te he dicho antes. El mal adentrándose en todas partes, ¿recuerdas?

Zita miraba a su maestra perpleja. Aquello era demasiado intrincado.

—No quiero decir que los que estén cumpliendo condena no estén donde deban estar, solo faltaría. —Se echó a reír—. Y los que faltan por entrar —dijo indignada, suspirando—. Pero también hay errores. Hay inocentes en prisión, víctimas del mal en su expresión más retorcida. La justicia como instrumento de la injusticia. —La Gitana se llevó las manos al corazón—. Vale, creerás que no hay muchos, pero existen más de

los que puedes llegar a pensar. ¿Te imaginas la situación? —Negó varias veces sin decir nada por unos segundos—. Es otra forma de desconectar a los buenos de Dios, para que pierdan su fe. Y da igual que sean o no sean creyentes, eso es lo de menos, porque dejarán de creer en el bien, que, en definitiva, es lo mismo. ¿Ves por dónde voy? —Hizo una mueca impasible y continuó—: Las leyes de aquí y sus juicios no son cosa mía —sentenció.

—¿Quieres decirme que piensas que ese hombre al que has dado refugio puede ser inocente? ¡Por favor! —dijo enojada.

—No me sigues. ¿No entiendes nada o qué? —Ladeó la cabeza con los ojos muy abiertos—. La cárcel es una solución humana, no de Dios. ¿Has visto o has sentido a los demonios, como tú los llamas? ¡Dime! —La discusión, de pronto, perdió ese tacto suave de tono susurrante.

—Los he percibido. Siento la energía cuando están a mi alrededor. Los veo sin verlos, el aire pesa y la energía es depresiva, te dan ganas de enfadarte sin motivo, a veces hasta dices algo malsonante o eres cruel con quien amas sin explicación. Luego lo piensas y descubres que estabas influenciada —soltó de carrerilla sin coger aire—. Tú me enseñaste a percibirlos, a alejarme de eso.

—¿Te has preguntado alguna vez cómo han llegado a ser así? —dijo, mirándola de medio lado—. Sabes que eran personas vivas, ¿verdad? —Zita negó con un gesto definitivo, contrariada—. Pues te lo diré. Eran creaciones divinas y siguen siéndolo, como todas las personas que viven en esta dimensión, pero ellas en algún momento del camino decidieron desconectarse. Cada vez más y más lejos de Dios, seducidos por el placer. Por la inmediatez. Por el pasajero sabor del bocado de la manzana prohibida. Pero ¿sabes qué? —Zita estaba muy callada y atenta—. Dios quiere recuperarlos a todos. O eso creo yo. —Hizo un mullido con sus labios—. Es lo que me parece a mí, por lo que he podido observar. —Y se notaba que una alegría entrañable crecía en la Gitana al hablar de eso.

—No puede ser. Es absurdo. Si Dios quisiera, lo haría. Los traería a todos de vuelta. Les daría otra oportunidad.

De repente, la Gitana se sintió un poco incómoda porque solo hablaba a base de sospechas, pero eran sospechas que resonaban con fuerza en su interior.

—Mira, Zita, esta realidad en la que vivimos ya está demasiado lejos de Dios. Yo no puedo hablar por él, ¿vale?, pero intuyo que la oportunidad siempre está ahí; eso sí, la decisión de escogerla no le concierne a él. —Las dos se miraron sopesando esa premisa—. A mí me parece que cualquier forma consciente de mal tiene la oportunidad de redimirse, por lejos que esté. Porque, en definitiva, es una prueba de voluntad. Si Dios forzara esa elección, se convertiría en un tirano, en un dictador. Piénsalo.

Se dio unos golpecitos con el dedo en la sien.

—Arrebataría a sus creaciones la virtud más valiosa que les ha concedido: la libertad. —Zita arqueó sus cejas oscuras, asimilando ese punto de vista—. Por eso te digo que la justicia humana es imperfecta. Pero no creas que este conocimiento es solo nuestro —rio sin alegría—. Esto no es solo cosa de brujas —bromeó con Zita para burlarse del estereotipo que había encerrado en aquella palabra.

—Es verdad. Hasta hace poco nos habrían quemado en la hoguera —dijo apesadumbrada su aprendiz, captando las intenciones de su mensaje—. La justicia

humana… —agregó en un bisbiseo mudo que no pasó desapercibido para la Gitana.

—Y no solo eso. Hace poco, la pena de muerte era una práctica extendida —su rostro se puso muy serio—, hasta que los poderes fácticos se dieron cuenta de algo muy lógico. Si matas a alguien seducido por el mal, esa conciencia no trasciende hacia Dios. —Miró a Zita sin pestañear—. Permanece aquí. Y se queda hambrienta de maldad.

Zita la interrumpió, adelantándose:

—Eso es. Está demasiado separado de Dios. Ya veo lo que quieres decir. Al morir el cuerpo espiritual, persiste aquí y el mal se cobra los favores en un interminable ciclo de necesidad y seducción —enlazó lo que sabía con lo que estaba aprendiendo.

—¿Por qué te crees que los índices de delincuencia en los lugares que aún tienen pena capital, en vez de reducirse, se incrementan? ¿No sería una locura delinquir si sabes que te van a matar? Sin embargo, a cuantos más condenados matan, más se incrementa el poder de la maldad, su influencia sobre las tentaciones, las debilidades y los delitos, y de nuevo sobre otras personas que acaban condenadas. Es una espiral creciente y estúpida. —Zita apretó los labios absorbiendo eso tan evidente que nunca había pensado—. En definitiva, matándolos solo aseguras la dificultad de su rescate y conviertes a todo el que participa de esa irónica injusticia en un verdugo, en alguien que no es capaz de perdonar. En cómplices de ese mal.

La Gitana se llevó la mano a la frente con tristeza.

—No creas que somos las únicas personas que sabemos estas cosas. ¿Por qué te crees que se han prohibido esas crueldades? —No dio tiempo a responder—. Te lo diré. —Hizo una pausa para calmar su ritmo—. Porque era echar gasolina al fuego. Los lugares donde sigue ocurriendo eso nunca encuentran paz. Son lo más parecido a un infierno en la tierra, ¿lo captas?

A Zita le dio la impresión de que su maestra sentía un asco vomitivo al explicarlo.

—Al menos, gracias a eso, a las brujas ya no nos persiguen con antorchas, ni nos meten resina reseca de pino entre los dedos de los pies antes de tirarnos a la hoguera. Ahora solo nos toman por piradas o timadoras… y eso está bien. Se puede soportar.

Zita echó una carcajada y la Gitana la escuchó con una mirada cambiada, una que Zita no fue capaz de descifrar porque parecía revuelta en un océano de verdad. La Gitana sabía cosas de Zita que todavía no le podía revelar. Y la aprendiz notó algo extraño en su comportamiento, pero no quiso ahondar en ello y acabó lo que tenía pensado decir.

—De todas formas, no nos libramos. La negatividad seguirá ahí. Ser una bruja nunca será algo bueno, ¿cierto?

—Cierto. Pero ese juicio es impartido solo por ignorantes. Nuestra gente nos respeta —respiró con energía— y nos admira. Nos necesita. Los ángeles cuentan contigo, por eso serás la próxima matriarca de este clan. Serás la mejor bruja gitana que puedas llegar a ser. —La escudriñó con una sonrisa y una rotundidad estremecedora—. Tu apogeo está cerca. Lo noto. —El talante de la Gitana era fuerte, pero su voz flaqueaba —. Estoy orgullosa de ti. —Zita esquivó su contacto visual.

Era incapaz de sostener la energía que fluía de la matriarca y levantó la cabeza para que la gravedad no ayudase a ninguna de sus escurridizas lágrimas. Necesitaba ser tan fuerte como ella, se lo exigió a sí misma. Y ahí, en silencio, se hizo una promesa y contempló el cielo nocturno por donde viajaba el tintineo de las estrellas estiradas por

sus retinas húmedas.

De golpe, la puerta del cobertizo se abrió y tras ella salió Jean sosteniéndola con cortesía. Seguían hablando entre ellos, pero Zita y la Gitana estaban demasiado lejos como para distinguir lo que se decían.

Parecían un par de hombres formales, pero mal vestidos. Dos paletos antes de despedirse.

Ellas se miraron entre sí, compartiendo su extrañeza con el lenguaje de las miradas. De inmediato, volvieron a sentir esa pesadez en el cuerpo, esa lacerante sensación de preocupación que atenazaba sus almas desde dentro. Era como si un vampiro invisible les chupara la energía, el humor y la vitalidad.

Jean no parecía afectado, más bien todo lo contrario, porque su rostro reflejaba una chispa de satisfacción. Una alegría efímera. Alegría, al fin y al cabo. Y ese detalle las tranquilizó un poco. Por lo demás, ambos parecían contentos y satisfechos. Y nada hacía sospechar lo que estaba a punto de ocurrir.

Nada.

CAPÍTULO 37. **TREGUA SIN PAZ**

- *POBLADO CHABOLISTA, EXTRARRADIO DE LA CIUDAD DE PARÍS (FRANCIA), AÑO 2009*

- *JUSTO DESPUÉS*

—¿Puedes encargarte de sus restos? A este me lo quiero llevar ya. Es un bocazas —dijo, acercándose a Zita y a la Gitana, pero con los ojos puestos en la más joven.

Al principio, no entendieron a qué se refería el maligno, hasta que Jean se adelantó a contestar.

—No hace falta que lo mates, es innecesario —dijo con aspereza—. La Gitana le dará refugio el tiempo que sea necesario.

El maligno se dio la vuelta para mirarle con un recelo cómico, sonriendo con vanidad.

Se mofaba de la patética idea de tener que pedir permiso.

De inmediato, se borraron los buenos gestos y el aire se congeló con una tétrica incertidumbre, en un indeseado pulso de poder.

—Disculpa, Jean, pero creo que el señor nos estaba preguntando a nosotras. —Jean miró a Zita como si no la conociera, descolocado en su incredulidad—. No tendremos inconveniente en complacer su petición.

La Gitana iba a reprenderla, pero él empezó a aplaudir, riéndose a mandíbula batiente. Con gusto.

Nadie más que él se reiría de algo así.

Cuando se cansó de hacerlo, carraspeó sonriente y se arrancó otra vez a hablar:

—He tardado tres segundos en enemistaros. Divide y vencerás.

Y volvió a reírse con guasa. Zita, la Gitana y Jean cruzaron sus miradas sin saber cómo actuar ante esa maldad tan atravesada y aviesa.

—Y ahora siento vuestra vergüenza, la decepción y el conflicto —seguía riendo—, pero ¡qué fácil es mi trabajo! —exclamó con exageración mientras reía paseando la lengua por sus carrillos de un modo depravado—. Esa es la diferencia. Por eso él es quien es y vosotras no —afirmó, refiriéndose a Jean y apuntándolas con el dedo—. No puede sembrarse la duda en un guardián —alzó la voz señalando después a Jean con el mismo dedo.

»Tan importantes son las acciones como las omisiones, querida Zita. Lo uno como lo otro os acerca u os aleja de vuestro querido Dios. —Las dos se quedaron impactadas —. ¿Creíais que no os escuchaba? —Volvió a sonreír arrugando su nariz aguileña. Era feo como un demonio, quizá de ahí venga la expresión—. ¡Debe de ser un martirio contentar a ese cabrón todo el tiempo! —Y se echó a reír otra vez de un modo exagerado—. Una mujer como tú podría tenerlo todo conmigo. Te dejaría hacer lo que te plazca. —Sus ojos viciosos casaban con la modulación seductora de su voz—. Tu

imaginación sería el límite —apostilló con una picardía sugerente.

—¿Cómo sabes mi nombre? —dijo encarándose a él, sin miedo.

La Gitana no quiso intervenir, pero la sujetó por el brazo con una suavidad imperceptible.

—Conozco tu nombre y todos los que has tenido. No has cambiado nada. —Se acercó a ella olfateando el aire que la rodeaba—. Echaba de menos ese carácter.

Y miró a la Gitana divertido, con un reproche suspicaz.

Zita también la miró confundida, sin saber de qué estaban hablando.

—Sus recuerdos han sido devorados por el paso del tiempo, la reencarnación se ha encargado de eso. Lo que hiciera en otra vida es agua pasada.

La Gitana miró al maligno como una leona sacando las uñas.

Jean notó que algo no iba bien porque cuatro guardianes surgieron alrededor de ella y otros tres detrás de Zita, que miraba de lado a lado sin entender.

—Yo no tengo nada que ver con lo que está a punto de pasar —advirtió jocoso y retozón el maligno—. No suelo entrometerme en los asuntos de mis adeptos —dijo, mirando a la Gitana con un mensaje oculto.

Y ella adivinó el guiño respetuoso de una disculpa anticipada. Fue algo pasajero, fugaz como un parpadeo, podría incluso confundirse con una mota de bondad, pero no era eso.

Una ensordecedora detonación retumbó en medio de la confusión, en medio de la charla enmudecida durante aquel instante eterno. Fue como un chancletazo sordo, repentino y sobrecogedor. Le siguió el tintineo metálico de una vaina vacía dando tumbos por el suelo.

A Jean le cogió con el pie cambiado, todavía no podía asimilar lo que estaba ocurriendo. Centró su vista en el origen del fogonazo procurando ver en la oscuridad, absorto.

—¿Qué? —Jean abrió los ojos de par en par—. ¿Qué ha sido eso? —preguntó mirando a todas partes.

La silueta que se recortaba en la negrura le resultaba familiar, casi no se veía, pero podía distinguirla. Sí. La conocía. A lo mejor era por el modo de actuar, por su inseguridad o porque temblaba más que el labio de un conejo agazapado. Pero esa mancha, con el trazo físico de un hombre sobre el fondo de la noche, se quedó muy quieta, con la impresión de estar pensando: «Al final lo he hecho. ¡He sido capaz!».

A Jean le pareció que el mundo se detenía. Todo ocurría muy lento y rápido a la vez. Los neurólogos lo llaman a esto cronostesia. El cuerpo de la Gitana se derrumbó cayendo contra el firme, como si la hubieran desenchufado de la corriente tirando del cable. Se golpeó de bruces sin posar las manos, en una pose indecorosa, retorcida y encogida, con los ojos en blanco y la boca abierta en una horrorosa mueca.

Jean no era capaz de relacionar causa y efecto. O no quería.

Intentaba enfocar con claridad, pero era como si estuviese mirando a través del fino hueco de una cerradura. Se oyó a sí mismo jadear, asustarse por el hecho de que no había sido capaz de impedir lo irreparable, otra vez. Miró a la Gitana, con el iluso deseo de contemplar algo distinto, pero no fue así. Fue peor, porque era como si estuviera a diez centímetros de ella. Así de cerca.

Su misticismo se había apagado. Yacía sin vida y sin brillo. Uno de sus globos

oculares se movió de manera repentina y su iris azabache pareció derramarse con la viscosidad de un huevo crudo, espeluznante.

Jean revivió sus miedos con el tambor de su corazón recorriéndole el cuerpo.

Su impotencia era intestina y la frustración regresaba en su máximo exponente. Y entonces, en su realidad dosificada le llegó el olor a pólvora. El aroma se parecía a los petarditos que Jean tiraba con su abuelo en Navidad, pero después, como un gigante furibundo que destruye todo a su paso, le llegó a la memoria el horrible suceso de Peter. Y con él, la pestilencia ferrosa de la sangre y el fuego mezclados con el aroma de aquel autobús. Con todo, vio que el cañón humeante de una pistola se alineaba contra él, pero no le preocupó en absoluto.

La mirada de Jean orbitó por la escena. Necesitaba calmarse, pensar, situarse. Escapar del temor que la supervivencia trataba de imponer con sus artimañas cobardes. «La mente está diseñada para hacernos creer que la vida termina en este plano, pero el alma sabe que eso no es cierto. Nuestra esencia sabe que es eterna», se recordó.

Entonces se dio cuenta de que llevaba mucho tiempo observando mientras el mundo parecía frenarse en una quietud desconcertante. «Soy un guardián», se dijo, desligándose como pudo de los parámetros mundanos que regían ese plano existencial.

La entidad maligna que poseía al refugiado de la Gitana no pudo ocultar el placer que le produjo la situación. No obstante, por alguna razón, a Jean le pareció que también le había cogido por sorpresa.

—Suelta el arma, muchacho —exigió el maligno—. Y vosotros largaos de aquí —dijo, apuntando con el dedo índice, grueso y mugriento, al lugar por donde estaba ese tipo, como si hablara con unas entidades que nadie más pudiera ver.

Zita se agachó junto a la Gitana, le acarició el pelo y le cerró los ojos. Y comprobó cómo esa mancha sanguinolenta y carmesí crecía devorando la tela de su vestido. El disparo había sido cobarde y a traición, por la espalda.

Jean pudo ver morir a la matriarca y su lúgubre abandono del cuerpo físico.

La garganta de la Gitana regurgitó un coágulo, expulsado por la boca al tiempo que emitía su último aliento. Con ese estertor, una neblina vaporosa emergió de su cuerpo trazando la imagen traslúcida e ingrávida de la Gitana. Su espíritu se miraba a sí misma con una tristeza incomparable, confirmando algo que ella ya había presentido que ocurriría, aunque no tan pronto. Pese a todo, un «no puede ser verdad» tiznó sus pensamientos melancólicos.

La entidad maligna también salió de su cuerpo, pero solo por unos instantes.

Muy distintas dimensiones interactuaron a la vez en ese lugar, y los unos y los otros no se veían a pesar de estar todos en el mismo sitio. Jean no podía vislumbrar esa refulgencia rojiza, pero su estatura y el caudal de poder que era capaz de infundir lo hacían inigualable. Ese ser tampoco pudo ver a Jean por encima de su cuerpo manipulando el curso del tiempo. Visto desde aquí, se confundiría con una sombra antropomórfica y misteriosa, vacía, negra e impenetrable a la vista.

Desde el nuevo ángulo de la Gitana, fuera de la dimensión material, Jean se veía como una composición humana muy esbelta y alargada, de luz ominosa y multicolor, radiante, pero no deslumbrante y, sobre todo, rebosante de amor y de paz. Ella no

podía ver al gigantesco rojizo, pero eso no le impidió comprender que estaba muerta y que ya no estaba en la estricta dimensión de los vivos. Lo supo al instante y lo aceptó sin resistencia. Pudo ver a Zita destrozada, de rodillas y con los puños apretados y le pareció que el pelo se le movía por un viento llegado desde abajo. Y vio que su deslumbrante belleza se eclipsaba por el dolor y supo que la iba a echar de menos. Muchísimo.

Jean extendió su mano hacia la Gitana, que levitaba con torpeza y empezaba a concentrarse en un diminuto punto de luz al color turquesa. Ella estaba más preocupada de Zita que de sí misma. De igual modo, el cañón de la pistola, ardiente como una plancha de fuego, seguía enrasado hacia Jean, pero él y la matriarca solo estaban pendientes de ese proceso en estado de cambio.

Él necesitaba ayudarla a pasar el trance, aún a riesgo de su propia integridad. Y la Gitana empezaba a encontrarse maravillada con la experiencia, viendo los vivos tonos de Jean desde su nueva perspectiva, pero, sobre todo, por la indescriptible sensación de plenitud que notaba acercándose a ella.

—¡Por favor! ¡Socorro! ¡Ayudadme! —gritó el verdadero refugiado, liberado de la poderosa entidad maligna que lo había doblegado.

Sus lamentos y súplicas no parecieron importarle a nadie. Estaba inmovilizado en una postura estatuaria o vegetativa, paralizado del todo. Un terror incomparable se podía leer en sus ojos y su chulería y aquella estúpida arrogancia de cuando conoció a Jean en los camastros se diluyeron por el pozo de una realidad que él mismo había tallado.

Zita se levantó despacio, con una pausa y energía escalofriante. Su sedoso pelo de carbón, casi tan largo como una túnica brillante, escondió la mirada de su alma. Una mirada verde y enajenada que viajaba perdida por los abismos intolerables del sufrimiento. Cuando reconoció al asesino, el hecho de que fuese un miembro de su clan no hizo sino empeorar las cosas. Era irónico, porque se trataba del mismo cuyo desafío durante la cena había sido perdonado por la Gitana. Esto añadió, si cabe, una urgente necesidad de reparación. Aunque no en el plano de los vivos.

Los gritos desesperados del fugitivo paralizado no distraían a Zita, pero por un instante convirtió aquel lugar en un desastroso caos de individuos movidos por intereses distintos. De haber habido allí un enlace, habría visto a cuatro o cinco seres rojizos escapando del lugar tras atisbar el poder de esa presencia malévola. Con todo, y a pesar del peligro, las pequeñas criaturas rojizas huyeron satisfechas y revitalizadas. Al final, habían logrado convencer al iluso para que acudiera al subterráneo donde la Gitana escondía las cosas delicadas, entre las que estaban las pertenencias de sus refugiados.

Le instaron a coger, en concreto, la pistola de Peter que traía Jean cuando fue rescatado por la Gitana. Lo hacían a sabiendas, pues a los seres rojizos les gusta expandir su maldad a través de la culpa. Así atormentan también a un tercero por participación indirecta.

De modo que, sin pensárselo más veces, ese ingenuo llegó a la conclusión de que tenía que matar a la bruja de su poblado y, por supuesto, también al diablo al que esa arpía había alojado en su poblado. Se convenció o, mejor dicho, le hicieron convencerse de eso, de que había que matar a Jean por su osadía. «Él era otro hechicero malo. Un diablo», se decía a sí mismo o eso le parecía, pues creía que ese

consejo interior era suyo.

Se lo repetían una y otra vez, sin parar, como una canción pegadiza que no para de escucharse en verano.

Quería presentarse como una suerte de salvador y luego proclamarse a sí mismo líder del arrabal. «Será el inicio de un nuevo patriarcado», sonreía imaginándose la escena, impaciente porque llegase el momento.

El miserable lo había confundido todo.

Para los rojizos fue bastante fácil. Le convencieron por la vía del orgullo y el resentimiento. Por su ansia de poder. El mecanismo es invisible. De hecho, está tan conseguido que ciertas partes de la inteligencia parecen anularse.

Cuando no se practica la bondad, uno se vuelve vulnerable a esos ataques. Las malas ideas se introducen de manera más frecuente y efectiva y lo hacen acompañadas con sensaciones reales. Puede ser un ardor acalorado que recorre el cuerpo hasta la cabeza. Un chute de energía sobrenatural que se confunde con la euforia. Un deseo palpable e irrefrenable de conseguir lo que uno quiere. Hay mil formas, pero todas tienen un punto en común. Nunca están dirigidas al bienestar ajeno.

Esas sensaciones atrapan nuestro ego en el engañoso heroísmo, haciendo creer al iluso que lleva toda la razón, que la causa es justa desde su punto de vista. Pero al final, el pastel se descubre y el relleno siempre es el mismo: maldad en estado líquido.

Ese es el verdadero acceso que tiene el mal a la energía creadora de La Fuente. Por el conducto del miedo. Se suele pensar que lo contrario del amor es el odio, pero el odio solo es otra expresión del miedo. El odio es, en sí mismo, la inseguridad sobreviviendo.

¿Y cómo ese tipo terminó haciendo algo así? ¿Cómo acabó matando a su matriarca? Pues todo empieza por una mala decisión al desoír sus avisos interiores. A él, en concreto, le atraparon con un gesto inocente. Se estaba tomando una cerveza en un bar y el camarero no le trató como al resto de los clientes, a buen seguro por su aspecto descuidado y su pinta de gitano maltrecho. No se ajustaba al perfil de la clientela habitual, de manera que, al mismo tiempo que le sirvió la consumición, le trajo el tique en un platito y lo golpeó varias veces con la yema del dedo, haciéndole saber que quería que le pagase de inmediato.

El gitano miró al resto de los clientes y se dio cuenta de que los demás tenían un aperitivo y, sin embargo, a él ya le había traído la cuenta.

En ese momento, todavía era una excelente persona, pero los seres rojizos vieron su oportunidad. La fisura de su debilidad. Y nadie ha dicho que sea fácil responder al odio con amor, pero la indiferencia y la compasión que habitan en el perdón son pasos asequibles hacia la vibrante frecuencia de El Orden.

No es fácil.

Él se había ofendido y eso le llevó a pensar que le gustaría estrangular al camarero con sus manos y a ser posible hasta la muerte. Ese pensamiento lo alejó de El Orden, pero todavía no podían pegarse a él los rojizos. Después pagó con un billete, mirando sin descanso al camarero, con una actitud desafiante y altiva. Ninguno de los dos se insultó ni hubo discusión, pero era obvio que saltaban chispas.

La fraternidad ya había sido eliminada de la ecuación y nadie se dio cuenta de lo que ocurría entre ellos, como tantas y tantas conversaciones censuradas en el silencio.

De todos modos, fuera del poblado era un hombre poco hablador, pues la jerigonza de su lenguaje era otro impedimento más que le acomplejaba. El camarero le dio su cambio con grosería y por un instante el bien hizo acto de presencia y decidió dejarlo correr. El gitano quiso evitar el conflicto. Al fin y al cabo, él era una buena persona. Cogió su cerveza y la apoyó en una mesita alta, junto a una máquina tragaperras llena de luces y destellos que no paraba de repetir y chillar cosas optimistas, como «sube, sube, sube, gana, gana, gana». En otra ocasión habría dejado esas monedas como propina, pero el enfado y una extraña idea recurrente empezaron a seducirle a pesar de que nunca había jugado a las máquinas.

Tenía un pálpito. Una corazonada. «Echa las monedas en la tragaperras». Algo se lo repetía por dentro, aunque, en realidad, era desde fuera. Lo hizo. Introdujo una moneda, tiró de la palanca y las frutas empezaron a girar alocadas. Él no entendía qué pasaba, pero tres campanas se alinearon y un timbre ensordecedor empezó a batirse en medio del bar.

De pronto, era el centro de atención. Las monedas salían escupidas a tropel por esa boca galvanizada. Y entonces experimentó ese placer gratuito. Hizo una bolsa de tela con su camiseta, que estaba agujereada por el hambre de las polillas, y se llevó el premio, contento de su «suerte», no sin antes mirar al camarero con una sonrisa malévola y victoriosa y decirle:

—¡Que te den, hijueputa! —Y sus palabras fueron acompañadas por la tiesa elevación de su dedo medio al tiempo que sujetaba el peso de las monedas con la tela roída de su camiseta.

El tinglado ya estaba montado. Los rojizos se habían pegado a él como una lapa.

Pero ahora, en esa situación y al cobijo de la noche, empuñando el arma de un policía y tras haber asesinado a su matriarca con ella, se había quedado solo y descolocado. El frío que antes no era capaz de percibir hizo que sus manos temblaran de un modo preocupante. Ya no disfrutaba del favor de los rojizos, pero eso él no lo podía ni sospechar.

Notó que algo había cambiado; sentía una mezcla de culpa y de vergüenza. Pese a todo, decidió seguir adelante a pesar de que la voz de su alma gritaba ideas de redención. Disparó otra vez el arma apuntando a Jean, pero en esta ocasión no acertó el tiro. Miró con incredulidad, esperando que cayera al suelo abatido, como había ocurrido con la Gitana, pero no pasó nada. Se quedó parado un momento, como un bobalicón, analizando la situación, recuperando parte de la sensatez. Quizá estuviera oyendo esa llamada interior, esos avisos. La silenciosa voz de El Orden, quién sabe.

Jean parecía estar en otro mundo y así era. Todavía estaba sujetando la mano de la Gitana. Ella veía lo que ocurría. De hecho, su visión era extraordinaria e ilimitada en detalles. Su protector y otros tres aguardaban para acompañarla hacia la luminosidad de El Orden y ella percibía ese resplandor como una personalidad grandiosa de amor ilimitado, pero Jean seguía sosteniéndola, ahí. Quería despedirse de ella, darle las gracias antes de la transición hacia la otra vida. Su muerte había sido abrupta e inesperada, tan cruel como despiadada. Mezquina como el mal que la produjo.

No se merecía ese final. A Jean le recordó a los tiempos de El Colapso.

Zita caminaba hacia el asesino de su matriarca, decidida, con el rostro envuelto en su pelo liso, negro y brillante, invisible como el baile del viento nocturno. El tono de su

melena se mostraba como la opacidad de los guardianes, infinita. Movía las curvas de sus caderas con una templanza femenina, poderosa e implacable.

—No quiero hacerlo, Zita —dijo el asesino, agarrando el arma titubeante, nervioso, porque presentía su poder. La fuerza de una mujer transformada. Ahora barruntaba la potencia inquebrantable que, sin pretenderlo, había despertado—. ¡Dispararé! —Zita ya estaba a unos pasos de él.

El ser maligno decidió retornar al cuerpo del refugiado para presenciar los acontecimientos sin los gritos histéricos de su huésped. En otras circunstancias, quizá hubiera hecho algo diferente, pero no quiso; respetaba a la Gitana y el trato que había mantenido con ella, aunque no lo pareciera.

El fornido hombre dejó de gritar al penetrar en él esa refulgencia rojiza y vibrante; su alma fue aplastada hacia un inframundo inimaginable. Hacia un lugar que nadie querría visitar jamás.

Un disparo, otro y después más, todos seguidos. La pistola de Peter se quedó bloqueada sin munición. Un mechón había sido atravesado por alguno de los proyectiles a la altura de sus hombros. Zita había estado cerca de morir, muy cerca, pero sus guardianes le hicieron moverse justo como debía. Nadie más que la Gitana, Jean y los guardianes de Zita se percataron de ese detalle. Zita, sin embargo, no detuvo el paso; al contrario, lo aceleró, como una flecha untada en veneno.

La visión en su conjunto, contemplada desde un enlace desarrollado, habría sido extraordinaria.

—¡Atrás, bruja! —dijo con un miedo atroz, con la voz ajada y la lengua polvorosa y resquebrajada.

Zita apartó la pistola sujetándole por la muñeca; la otra la posó a la altura de su nuca. El refugiado, la Gitana, Jean y todos los guardianes observaban con atención, expectantes. El poblado acudió a la carrera al escuchar las detonaciones y aunque alguno de los mayores gritó: «¡A los rascasuelos, niños!», refiriéndose a las chabolas, eso no impidió que los chiquillos cogieran posiciones en las ventanas para ser testigos de todo lo que estaba ocurriendo.

—Aleja tus manos de mí. ¡Aparta!

Enseguida la muchedumbre rodeó el lugar e hizo falta poco tiempo para que la imaginación colmase con detalle lo que había ocurrido.

Las señoras mayores, que adoraban a la Gitana, rompieron a llorar llevándose las manos a la cabeza, a voz en grito de lamento. Otras se taparon la boca en un sincero alarido de duelo y espanto. Hasta los hombres más recios boquearon desalentados al ver a su matriarca tirada en el suelo, como si fuese una manta usada.

La querían. Era la mujer que los había guiado con mano firme; pero también con cariño, sabiduría y misterio. Y estaban consternados.

El asesino empezó a sentir una debilidad indescriptible, un encogimiento profundo e imborrable. Intentó zafarse, pero fue más una intención que un verdadero acto. Zita empezó a cantar una letra dulce y suave en el idioma de sus abuelos inmigrantes. A él le empezaron a fallar las rodillas y se derrumbó hacia delante como un camello postrado. La canción era apacible y la mano de Zita comenzó a acariciarle el rostro, agachándose junto a él. Sentía que la vida se le iba, pero no entendía cómo.

El corazón le latía con un tañido fuerte en el pecho, pero muy de cuando en cuando.

Sentía miedo. La frecuencia de su pulso era cada vez más espaciada en el tiempo y los ojos se le empezaban a cerrar, caía en un sueño tremendo del que sabía que no despertaría, por eso intentó abrirlos una vez más. «No quiero morir». Quiso articular las palabras exhalando con sus pulmones relajados, pero no pudo, no fue capaz, y esa idea quedó como un pensamiento lanzado al vacío de su esencia.

La Gitana pudo verlo todo desde ahí y se sintió en paz gracias a Zita. No porque hubiera ajusticiado a su cobarde asesino, sino porque sabía que ya podía irse tranquila. El poblado y su gente estarían protegidos. Y se soltó de la mano de Jean y su figura se redujo a una pequeña esfera luminosa fluorescente, invisible, y se dejó llevar por sus guardianes hacia la intensa y amorosa luz que veía al final del embudo por el que la guiaban.

—Vuelvo a casa, Jean. Me llevan mis santos ángeles custodios. Dile a Zita que la quiero. Que sea fuerte pero justa y regáñala de mi parte. Dile que su don es una bendición de Dios, que trabaje por él. Porque ese es su propósito de vida —suspiró, con una voz cada vez más lejana—. Esto es precioso. —Dejó de oírse, distanciada en la lejanía cerrada por donde desaparecía con sus guardianes.

La entidad maligna, dentro del cuerpo de ese refugiado, vio el nacimiento de un nuevo súbdito, rojizo, desorientado y escéptico, pero también hambriento de maldad. El asesino renacido se miró los brazos gritando de dolor. Parecía que le hubieran arrancado la piel a tiras, como a un plátano pocho. Miró a las personas de su poblado, pero ya no sentía nada por ellas. El apego había desaparecido, como el cariño. Solo percibía un insoportable malestar, un escozor doloroso procedente de la blancura espiritual de los habitantes de su poblado. Tenía que escapar de allí, la quemazón que le producía esa multitud y su amor era insoportable para él.

Huyó en dirección opuesta. El maligno que usurpaba el cuerpo del refugiado volvió a relamerse los carrillos por dentro, con una sensación perversa de triunfo. Jean retornó a su cuerpo y ambos se miraron con un mensaje que las palabras jamás serían capaces de transmitir.

Y el maligno se acercó a él.

—Lamento lo ocurrido, pero de esto no habíamos hablado —le dijo a Jean, usando ese cuerpo físico como forma intermedia de encuentro.

Parecía serio y comprometido.

Era respetuoso con Jean. Parecían dos enemigos que se llevaban bien, si es que eso pudiera tener algún sentido. Y es que Jean se había criado en uno de los peores barrios de París y estaba acostumbrado a relacionarse con el mal sin salpicarse.

—Ya lo sé. Supongo que las cosas son así —asintió, renuente y dolorido.

—Me alegra que lo entiendas. No ha sido nada personal. La Gitana me caía bien, pero protegerla no formaba parte de nuestro acuerdo. —Inspiró el aire gélido de la noche como si disfrutara del frescor que le producía esa victoria inesperada—. Como dicen estos gitanos, una cosa es una cosa y otra cosa, pues ya son dos.

Daba la impresión de que para él nada era importante. Le resbalaba todo.

—Algunas tragedias pueden llegar a ser necesarias. También sé que para esta pobre gente va a ser imposible de aceptar. No todos creen en la vida eterna. —Jean sostuvo su mirada antes de decir lo que tenía pensado—. La muerte solo es un mecanismo de avance y renovación, de transición. De sustitución. Una recogida de siembra —le

contestó con una doble intención, retirando sus ojos hacia el cuerpo sin vida de la Gitana.

Fue sincero y no trató de disimular el batacazo.

—El Orden no nos deja otra opción, querido enemigo. —Levantó la barbilla el maligno, como si también quisiera que las cosas fuesen de otro modo—. En esta ocasión, ha sido empate.

Extendió la mano hacia Jean para despedirse, para zanjar el acuerdo que habían sellado minutos antes dentro del cuartito de la Gitana.

—El Orden nos ha utilizado a ambos, sin saberlo —aclaró Jean—. Pero yo me alegro, no cuestiono su inteligencia suprema, aunque me hiera —sonrió con tristeza—. Eso es lo único que nos diferencia a ti y a mí. —Y estrechó su mano.

—Seríamos buenos amigos, de no estar tan lejos —dijo, desdibujando su alegría con una inquietante formalidad. Jean apretó los labios girando su cuello con un tinte dudoso —. En cualquier caso, El Orden ha consentido desconectar el cuerpo de ese iluso. Ha cortado su vínculo con La Fuente. Esa pequeña bruja lo ha matado y, sin quererlo, con ello nos ha hecho un regalo. —Se le escapó una risita victoriosa—. ¿Qué opinas de eso? —Su pregunta parecía manchada por el feo reproche de la incorrección.

—Quizá tengas razón y sea un regalo por nuestro acuerdo o quizá si ese hombre siguiera en su cuerpo haría más daño vivo que muerto. Quizá Zita necesitaba despertar su poder. Quizá su poblado la necesitaba. Quizá el propio iluso lo necesitaba. Quizá El Orden quería recordarte que todas las creaciones, incluidos tú y yo, somos suyas. Quizá ni siquiera ha intervenido. Quizá, quizá, quizá… hay muchos. Quién sabe.

Cogió aire con prisa, pues daba la impresión de que las palabras no podían seguir el ritmo de sus pensamientos.

—Ha pasado lo que tenía que pasar, así de simple. Yo procuro no cuestionarme estas cosas —musitó en alto, negando varias veces—. Ya no —añadió, contemplando el cuerpo sin vida de la Gitana.

—Te compadezco, en serio. Nosotros elegimos nuestro propio destino. Somos libres. Pero creo que eso tú ya lo sabes y tampoco es mi intención convencerte. —Se dio la vuelta y se fue caminando en dirección opuesta a la muchedumbre, hacia la oscura salida del poblado y el anaranjado cielo nocturno de la ciudad de París—. Hasta pronto —se despidió de espaldas, levantando la mano.

Al mismo tiempo, cuando el corazón del mezquino asesino ya se había encogido por última vez y llevaba rato sin expandirse con vida, Zita comprendió que estaba muerto. Que lo había matado ella con el permiso de Dios. Terminó su canción y también rompió a llorar impertérrita, con el estoicismo autoritario de una mujer diferente.

Se puso de pie recordando su promesa, se echó el pelo por detrás de los hombros y miró a su gente. A su poblado.

Esos ojos verdes proyectaron la intensa vibración de su poderío. Era la mirada de una mujer aguerrida por cientos de batallas que no recordaba, pero que permanecían dentro de ella imprimiéndole un carácter genuino e imperturbable. Hechizante.

El intenso carácter de una nueva matriarca.

CAPÍTULO 38. **ALAS PARA VOLAR**

- *PERIFERIA DE LA CIUDAD DE BELFAST (IRLANDA DEL NORTE), AÑO 2009*

- *ESA MISMA NOCHE*

—Stuart, tengo que irme. —Bríd se levantó del diván como una exhalación—. Tengo que irme ahora mismo —insistió.

«Sans está en peligro», se dijo, enterrando aquel pensamiento en su corazón.

Él la miraba con cara de circunstancias y ella no paraba de moverse, hiperactiva, recogiéndose el pelo, mascullando palabras en francés, releyendo aquella traducción de sus delirios en busca de pistas. Y entonces, Stuart se convenció de que la sonrisa de Bríd se había evaporado de sus labios, pues en ciertos momentos a ella se le empañaban los ojos y le temblaban las manos de preocupación.

Se acercó despacio, observándola con detenimiento y fascinación. Entonces Bríd cayó en la cuenta de que, sin quererlo, llevaba rato hablando en otra lengua. Pero, de todas formas, a ella le pareció que no era por eso. Él persistía en mirarla de un modo inusual, con una curiosidad distinta.

—Perdóname, Stuart. —Sonrió con tristeza, avergonzada, sin saber lo que pasaba—. No se me ha olvidado nuestro idioma, ni quién soy, ni mucho menos quién eres tú. —Le miró con ternura y le dio un fuerte abrazo.

Él la acarició por la espalda y la estrechó con fuerza, consciente de que el tiempo se agotaba entre ellos.

—Tienes que mirarte al espejo —le sugirió con voz apagada—. Creo que te has traído algo más que recuerdos —continuó, murmurándole al oído, sin soltarse, sin querer desasir el cariño que estaba experimentando.

Stuart volvió a mirarla domeñando su inquietud, con una expresión indescifrable. Divagaba por las errantes cuestiones de lo imposible.

Se apoyó sobre su mesa de estudio, en apariencia distraído entre las vetas de su madera, y empezó a pensar que eso era algo nuevo en su campo. Que era demasiado importante y relevante como para mantenerlo en secreto y que su obligación era documentarlo. Sin embargo, en conjunto, era de lo más surrealista, demasiado como para resultar creíble.

Bríd se acercó a la húmeda y frágil ventana de ese despacho donde un fino cristal los separaba de la neblina del mundo exterior, del marino clima de Irlanda. Al enfocar la vista en el reflejo que le ofrecía esa cobertura, fue capaz de verse. Para su asombro, el ojo izquierdo le había cambiado de color. Ya no tenía ese tono acaramelado, ni recordaba al brillo oxidado de las hojas en otoño, ni al ámbar de las vespertinas luces del atardecer. Ahora era de un color oscuro, verde, insondable, boscoso y enigmático. Como una vegetación calada durante un furioso día de lluvia.

Y entonces lo comprendió. Había recuperado el tono del iris de su vida anterior, de cuando era Emily y sobrevivía tras El Colapso. Era el color que tuvo en ese futuro lejano. En ese pasado reciente. Y de ese modo, ahora lucía esa heterocromía ocular tan perturbadora como misteriosa, con un ojo dorado y otro esmeralda.

Y es que el hemisferio derecho de su cerebro atesoraba los pormenores de ambas sendas existenciales. Dos experiencias vitales separadas pero continuas. Dos personalidades en un mismo contexto.

—No puedo estar más tiempo aquí. Es peligroso —dijo, a su pesar—. Ahora voy encajando las piezas del rompecabezas —lo decía sin desviarse del escepticismo que le produjo la sorpresa, acercándose al cristal para verse mejor.

Stuart seguía de espaldas. Daba la impresión de que andaba atareado. Acababa de abrir uno de sus armarios antiguos, que era estrecho y encastrado, y manipulaba algo en su interior. Estaba tan entretenido como para llevar tiempo callado. Se dio la vuelta con prisa, dejando a la vista tras de sí una pequeña caja fuerte empotrada en la pared interior, vacía y abierta de par en par. En sus manos sostenía un fajo de billetes plegados, sujetos por gomas elásticas. Luego, cogió el dinero con una sola mano y se metió la otra en el bolsillo de su pantalón para sacar las llaves del coche.

—Llévatelo sin rechistar, es todo el dinero que tengo. —Había un buen montón de libras y todavía parecía disculparse por no tener más—. Lo guardo en casa para emergencias. Y está claro que esto-es… —resopló resignado—, esto es una gran emergencia —acabó la frase a duras penas—. Piensa si te puedo ayudar con algo más y dímelo. —La escrutó sin apartar la mirada—. Pídeme lo que quieras. Todo lo que tengo es tuyo —añadió con gravedad.

Su palabrería era rápida, más apresurada de lo normal. Sabía que no tenían tiempo.

—Dentro de tres días denunciaré el robo del coche. Hasta entonces, úsalo como quieras. Te llevará donde le pidas.

El guardián de Stuart estaba presente, atento y oculto bajo la oscuridad reinante.

Le gustó lo que vio en su protegido. «Cada día es más puro», sentenció refiriéndose a él, desapareciendo antes de que Bríd pudiera verlo. Sin embargo, a ella le daba vergüenza coger ese dinero y llevarse su coche. Nunca había aceptado la ayuda de nadie y la costumbre no le permitía dar el paso.

Con todo y sin más dilación, Stuart la cogió del antebrazo y le puso el dinero con las llaves sobre la palma de su mano, haciéndole un gesto inofensivo y amenazante para que no rechistase.

—Vete. Corre —le insistió con los ojos de par en par, un tanto trémulos—. ¡Corre! —le volvió a decir, con la tristeza coloreando su mirada.

El simple hecho de fijarse en sus ojos, en esa estrenada anomalía ocular, era inquietante. Ella se echó el dinero al bolsillo y guardó por separado el papel arrugado de la traducción. Miró las llaves de su coche con un mutismo gélido, impresionada por su generosidad, sabiendo lo mucho que le gustaba. Fue como si él le hubiera leído el pensamiento.

—Cuídamelo, si puedes. Ya sabes que le tengo cariño, pero no olvides que no es más que un coche. A ti te quiero mil millones de veces más. —La sostuvo a la altura de los hombros, agachándose un poco para observar otra vez esos ojos tan raros, sin resistirse a esbozar una sonrisa incrédula—. Solo me importas tú. Solo tú, ¿vale? —

Cogió aire emocionado—. Cuídate mucho y ven a verme algún día.

Ella afirmó con un cabeceo suave, sin añadir nada. No sabía cómo reaccionar. No estaba acostumbrada a recibir afecto ni a hablar de sentimientos. Se le hacía incómodo expresarse en esos términos.

—Te voy a echar mucho de menos, pelirroja.

Y acarició la suave y pecosa piel de sus mejillas y ella se lanzó de nuevo a su pecho para abrazarlo, expresando con ese gesto todo lo que no era capaz de decir con palabras.

—Suerte —atinó a decir Stuart mientras se iba.

Fuera, frente a la casa, Bríd miró a la ventana del piso superior antes de meterse en el coche. Nunca había vivido una despedida así de abrupta, al menos no siendo Bríd. Le pareció difícil por la extraña mezcla de sentimientos correteando en su interior, todos ungidos de melancolía, pero también de belleza.

Stuart seguía tras el delicado cristal de su despacho, con ese anticuado talante de profesor, con sus gafas transparentes de montura dorada y ese afligido carácter que enmascaraba con una felicidad invertida, fingida.

Para Stuart, Bríd había sido como un pájaro precioso. Una exótica ave de alas rotas.

Al principio, ella tenía miedo de todo y era precavida y desconfiada y por eso picaba, pataleaba y se hacía más daño en las alas. La reacción era comprensible: era un animal salvaje y nadie se había ocupado de ella en toda su vida. Pero, poco a poco, esa hermosa ave, sin dejar de luchar, también se daba cuenta de que estaba sanando y que su temor se transformaba en amor. Con paciencia y con esmero, comprendió que ese sentimiento era curativo y que aquella armonía podía hacerla volar. Y juntos hacían ejercicios y con ellos el batir de sus alas se terciaba cada vez más fuerte, más segura, más soberana e impetuosa.

Y por fin, esa noche oscura envuelta en la niebla ligera de Belfast, muy a su pesar, llegó la hora de probar sus alas.

Bríd se montó en el coche y procuró superar el trance tan rápido como el beber un amargo trago de jarabe. Arrancó el motor, ajustó el asiento, los espejos, se puso el cinturón de seguridad, accionó el intermitente y salió despacio; sin acelerar. Ella no pudo mirar. No quería que él descubriera sus ojos emocionados. Al cabo de unos segundos, la calle enmudeció, se quedó vacía y Stuart supo que la despedida era definitiva. Que quizá nunca más volvería a verla.

Y con esa nostalgia, una parte de su esencia pareció tropezar en el conocido espacio de la soledad. Con el vacío que estaba dejando su ausencia.

Su protector reapareció justo detrás de él, como una sombra proyectada al amparo de la mortecina luz de ese despacho, y posó sus manos sobre el pelo lacio y desgreñado de Stuart. Un pelo que con el jaleo no quiso ni pudo peinar. Y entonces él distinguió que el flequillo se le movía, sin brisa ni causa aparente. Se dio la vuelta, impresionado, mirando a todas partes.

Los vellos del brazo se le pusieron como escarpias. De punta. No era por miedo. Se trataba de una especie de inyección energética; uno de esos asuntos irracionales, subjetivos y sugestivos. «¿Eres tú? ¿Eres mi guardián?», se preguntó callado. Se estiró el pelo hacia atrás, peinándolo con sus manos, desprendiéndose de la inexplicable remanencia que todavía sentía en la cabeza. Se echó a reír, dudando de la pregunta

lanzada al vacío de su ser.

Se reía de sí mismo, a despecho del evidente episodio de transformación que acababa de presenciar con Bríd. Luego se burló de su propio estado de ánimo y reconoció su cansancio. De esa forma, negando la posibilidad de tener un contacto, apagó la luz de su despacho con intención de salir, pero al hacerlo, por un instante indeterminado que no fue capaz de medir, quizá tres segundos, obtuvo su respuesta. El trazo resaltante, alargado y opaco de un protector sobresaliendo en la realidad tangible.

No le dio miedo, pero le impactó verlo, porque esa alargada, destacable y tranquilizadora sombra abetunada descuadraba en el fondo de su despacho de un modo antinatural. Era tan oscura que resultaba imposible no verla en esa pared por donde solo se reflejaban los brillos blancuzcos de las farolas.

Las llaves de la caja fuerte se le cayeron al suelo. El sobresalto fue incomparable. Nadie está preparado para algo así. Se olvidó de pestañear, de pensar, de tragar, de juzgar. Hasta se olvidó de respirar al escuchar la prominente y gutural voz que profundizaba en su alma. Pero lo curioso era que esa voz no entraba por el clásico canal auditivo.

—Bien hecho, Stuart. Sí, bien hecho. —Esas palabras retumbaron por toda su esencia eclipsando cualquier interferencia exterior o interior.

Eran de una predominancia superior.

La brevedad del encuentro le hizo cuestionarse su veracidad. Encendió la luz y todo estaba en su sitio. Allí no había nada ni nadie. Su corazón galopaba excitado, pero para bien. Si había sido una alucinación, poco importaba ya. Prefirió quedarse con el regusto que le había transmitido la experiencia. El sabor de haber recibido ese obsequio, de haber hecho lo correcto, de ayudar a un semejante, y de haber colaborado en algo que él desconocía: participar en asuntos mucho mayores que él mismo.

Hizo balance con rapidez, pensando en Bríd, en la relación que había establecido con ella. No era amistosa, no era algo paternal y tampoco era del todo profesional. Era un amor basado en la comprensión recíproca, en el desinterés. En el afecto neutral.

Se trataba de una mujer especial, y la vida se la había presentado como una oportunidad para él y no al contrario. Ahora lo veía. Lo entendía.

Gracias a ella, había aprendido una inconfesable lección, una que había recalado en su madurez espiritual.

Allí, con el agrado de haber concluido esa pequeña misión, disfrutaba de la sensación que le reportaba el deber cumplido, en total sintonía con los dictados de El Orden. De su corazón. Pero todos esos detalles él los desconocía.

Aun así, comprendió que la felicidad y la abundancia se obtienen al practicar la generosidad. Esa era la clave.

A los cinco minutos de conducir en línea recta hacia el sur, Bríd decidió detenerse en una gasolinera abierta. Un hombre mayor, de pelo cano, barba poblada y ojos bondadosos salió para ayudarla con su repostaje. El rugido pasajero de los camiones nocturnos arañaba el aire de la noche irlandesa acercándose y alejándose a paso veloz. Los despiadados achaques de la edad que lucía el gasolinero y su prominente barriga hacían que su cojera se disimulase al acudir con tenacidad.

—Buenas noches, melocotón —la saludó refiriéndose a su melena—. ¿Cuánto ponemos? —preguntó con amabilidad, cogiendo la manguera de alto octanaje sin

apartar la mirada.

Tenía unos ojos pequeños y alegres, encapotados por cejas velludas y plateadas, sin malicia.

A Bríd le encantó su manera de hablar. Se sintió como una niña pequeña atrapada en discretas atenciones y carantoñas. Una niña a la que jamás habían tratado bien.

Con ese pensamiento, pero movida por su habitual desconfianza, evitó sonreír y eso le dio que pensar. Se detuvo a sopesar cuál podría ser la diferencia. ¿Había cambiado la gente o era ella?, ¿o quizá ambas cosas? ¿Debía sonreír y ser amable? Comoquiera que fuese, no se distrajo demasiado. Disfrutó de la agradable fragancia que le ofrecía el olor del petróleo refinado y siguió contemplando la servicial alegría que ese hombre bondadoso dispensaba con ella. No le dio más vueltas. «Yo soy así. Un poco seca. Y punto», pensó e intentó sonreírle, pero en su rostro solo floreció una mueca invertida.

No quiso intentarlo más. Entró en esa pequeña tienda, que era ridícula, pero, aun así, las revistas, chocolatinas, refrescos y otros cachivaches proliferaban por sus estanterías como si fuera un ecosistema de organismos vivos.

Al rato, tras dudar entre tantas cosas, se decantó por coger una manta, un refresco energético y un libro de carreteras. La travesía se presentaba fría, ardua y larga. Y, sobre todo, nocturna.

Se quedó unos minutos parada, consultando ese plano de carreteras desplegado. Miró la leyenda, descifró los símbolos y luego le entraron mil dudas. Así, volvió a sacar el papel arrugado del hospital buscando alguna señal. Esas letritas parecían un ejército de pulgas que no le decían nada nuevo. No podía sospechar que la mano que había escrito ese mensaje estaba muerta por ello.

Volvió a visualizar el mapa, localizó los puertos costeros y comprobó las líneas marítimas que discurrían por el papel pintado en azul. De ese modo, dio con aquella ruta marcada con líneas discontinuas.

Acababa de decidir el destino de su periplo. Ahora se enfrentaba a otra decisión interna: «¿Rapidez o seguridad?». Los recuerdos de Emily cobraron protagonismo en su dualidad. Ni siquiera se planteó la primera opción; viajaría por penosas y serpenteantes carreteras comarcales porque sabía que los peajes estaban plagados de cámaras y lectores de matrícula. Ojos, ojos y más ojos. Demasiados.

Tocaba ser invisible. Ser prudente.

Sus personalidades se mezclaban con inteligencia intuitiva, con singularidad indeleble. Se trataba de una herencia que siempre había poseído, pero que, hasta entonces, nunca pudo cobrar un sentido. Ahora todas las respuestas estaban ahí: su primer encuentro con Sans, sus técnicas de combate, su conocimiento sobre los extranjeros, el idioma antojadizo, la pericia, la intuición. En definitiva, poseía el bagaje solapado de dos vidas. Dos mujeres en una y, a la vez, la misma.

Y entonces el corazón le latió más fuerte y más deprisa al acordarse de Sans. Por lo mucho que lo necesitaba. Por lo mucho que le amaba.

Tenía que encontrarlo.

Arrancó el coche, memorizó los diez primeros pueblos por los que debía pasar y pisó el embrague metiendo primera, soltó el pedal y apretó el acelerador saliendo con rapidez. El gasolinero la estuvo observando, nadando en la intriga de su especulación. Un brillo lejano le apretaba el estómago desde dentro rememorando sus tiempos de

juventud. Sus tiempos de aventura y locura. Esbozó una pícara sonrisa, satisfecho, contento de haber vivido con fuerza y valentía. Y se sintió feliz al comprobar que la tradición no se perdía.

El viejo gasolinero constató que la libertad aún empujaba el alma de los recién llegados. Las almas de hombres y mujeres que superan las barreras del miedo siendo más tercas que sus preocupaciones. Disfrutando el regalo de la vida con determinación, remando por sus misterios.

En ese momento, Stuart estaba tan inquieto como pletórico. Por norma, a esas horas ya se habría acostado, pero la experiencia le dejó desvelado y eufórico, ávido de conocimiento y explicaciones. Quería respuestas y las quería ya, pero es difícil encontrar algo en el baúl de lo sobrenatural. Ese es un cajón de sastre.

Lo que no puede ser medido no parece existir y, si existe, las impresiones se desvirtúan en la subjetividad. Son asuntos delicados. Y temas vigilados.

Por fortuna, Stuart era un hombre que repudiaba la tecnología y, en consonancia, carecía de computadora. El Orden lo había escogido por ello. Eso le protegió de los extranjeros, que sondeaban las consultas de la web y vigilaban con recelo ese tipo de búsquedas.

Convencido de que internet era más un instrumento de desinformación que lo contrario, Stuart se lanzó al método clásico: a los libros. Tenía cientos de ellos en su biblioteca particular, decenas de tomos de colecciones y enciclopedias.

Empezó buscando por palabras, ansioso y exaltado. Su cerebro parecía hambriento de saber. Devoraba las páginas marcando anotaciones y pegando pequeños pósits. A los pocos minutos no cabía ni un libro más en su escritorio.

Cogió un bloc y empezó a esquematizar un galimatías de anotaciones. Se asombró al descubrir la precisión que albergaban algunas novelas del pasado. Los detalles de esas historias superaban con creces el límite racional de la casualidad. Eran demasiado explícitas en sus predicciones. Demasiado proféticas.

Le ocurrió lo mismo al toparse con los inventos de Leonardo da Vinci y sus bocetos. Estaban tan adelantados a su tiempo que a Stuart le costó asimilar que fueran el llano producto de una inventiva.

Ya no le pareció tan descabellado que esos genios pudieran ser viajeros del tiempo. Era posible que ni ellos mismos lo supieran, como le había ocurrido a Bríd. Reencarnaciones llegadas del futuro con latencias en la memoria. Conocimientos subterráneos que emergen como ideas casuales y geniales. Reveladoras.

Siguió buscando, tratando de dar forma a sus hipótesis. De esa manera, a altas horas de la madrugada encontró un término que hasta entonces había sido desconocido para él: Oopart *(Out of place artifact)*. Acrónimo de artefacto fuera de lugar.

Descubrió que se habían hallado decenas de objetos adelantados a su tiempo repartidos por todas partes del mundo. Uno de los más destacados era el mecanismo de Anticitera. Una suerte de ordenador analógico utilizado para la predicción astrológica, algo increíble para su época, hace más de dos mil años. Pero ese no era el único; había muchos más.

Se sorprendió al observar una fotografía del antiguo Egipto, en concreto los jeroglíficos del templo de Abidos, construido por el faraón Seti, también con miles de años de antigüedad. En ellos se representaba un helicóptero moderno junto a otras

imágenes perturbadoras como un avión, un submarino, un zepelín e incluso un platillo volante. Después, con cierto escepticismo, asoció que el Instituto SETI, llamado como el faraón, aunque dándole el significado de acrónimo *Search for extraterrestrial intelligence,* se dedicaba al estudio y la búsqueda de señales extraterrestres, invirtiendo cantidades desorbitadas de dinero.

Con ese mejunje de conceptos, se preguntó sobre la relación existente entre pasado, presente y futuro. ¿Cómo se fusionaban? Pero, sobre todo, ¿cuánto nos ocultaban?

Le costaba encajar lo que iba averiguando. Paró por un instante, algo exhausto, y se preguntó: «¿Podríamos llegar a creer en lo imposible?».

CAPÍTULO 39. **EL CAMINO CORRECTO**

- *POBLADO CHABOLISTA, EXTRARRADIO DE LA CIUDAD DE PARÍS (FRANCIA), AÑO 2009*

- *A LA MAÑANA SIGUIENTE*

—¿Has descansado algo? —le preguntó Zita con la barbilla en alza. Con un resquemor de fondo.

Jean achinaba los ojos porque acababa de despertarse y el sol, en pleno cenit, radiaba con todo su esplendor sobre el poblado.

—He dormido un par de horas —acertó a decir—. Ha sido una noche dura. —Tragó su saliva con sabor a tierra—. Siento lo que ha pasado. Lo lamento con toda el alma.

Jean se encogió sobre sí mismo, azotado por una oleada de sentimientos que lo turbaban.

Quiso disimular su dolor mirándose las ampollas que el mango de la pala había dejado en sus manos. «Algo no va bien», pensó, con el cuerpo resentido de haber estado cavando la tumba de la Gitana hasta el alba.

—Tienes que irte de aquí. Está decidido.

Los fluorescentes ojos de Zita arrojaban una mirada pérfida y sin titubeos.

Jean se la devolvió, pero la suya era lenta, de párpados caídos y ojeras grises, ensombrecida por la más honda de las tristezas.

—Vale —lo dijo tan bajito que sonó como un sufrimiento promiscuo.

Zita le tiró una bolsa de tela en los pies, con rencor. Una polvareda ligera se levantó, pero Jean no esperó a que se asentara. Recogió la bolsa sin mirar su contenido y la sostuvo con incredulidad.

—No vuelvas jamás —le advirtió ella.

Tres hombres del poblado la protegían, pendientes de los movimientos de Jean. A él le entraron ganas de llorar. Lo ocurrido lo había estropeado todo.

Los restos de la Gitana iban a ser sepultados en un camposanto discreto que solo ellos conocían, entre zarzas, a las afueras de su arrabal. Las ancianas habían lavado su cuerpo, la habían peinado y vestido con sus mejores galas. Zita se encargó de perforar su corazón con una aguja larga de costurera y también de ataviarla con sus joyas. Luego le cruzaron los brazos sobre el pecho posando con cuidado un peine de cristal, uno de sus objetos más preciados.

Los gritos de lamento estremecieron al poblado durante la vigilia del velatorio y, cuando rara vez se silenciaron los llantos, de fondo, solo se escuchaba rezos.

El cuerpo de su asesino había desaparecido para siempre, por orden de Zita. Troceado y con los ojos desgajados de sus cuencas, como había especificado la nueva matriarca.

Nadie lo encontraría jamás.

Las ropas de Jean, ya viejas de por sí, lucían feos lamparones de sudor y manchas de tierra mojada. Sentía el polvo del suelo aglutinado en su pelo, por la cara, como si llevase una fina máscara terrosa que podía lamer al pasar la lengua por sus labios desconchados.

Zita vestía de luto, impoluta y majestuosa, con un renovado aire de ostentosidad autoritaria.

Ella no le dedicó más tiempo, se dio la vuelta y se retiró caminando e hizo un ademán a sus hombres para que, en cualquier caso, lo expulsaran.

—¡He vuelto a ver a la mujer de mis sueños esta noche! —Su mandíbula inferior, temblorosa, le hizo tartajear.

Zita se detuvo sin girarse, atravesada por una sensación invisible, sin pronunciarse.

—Conduce por carreteras estrechas y está tomando mil precauciones para llegar hasta aquí; lo hace porque sabe que estoy en peligro. Que los dos lo estamos. Nos quieren atrapar. —Se quedó callado un momento, deslumbrado por el duro reflejo de los rayos del sol incidiendo en la tierra pálida, y luego gritó con todas sus fuerzas—: ¡El mundo está en peligro! ¡La humanidad al completo! ¡¿No lo veis?! —Su boca agrietada se constreñía por encima de sus encías mostrando sus dientes—. ¡Os matarán igual! ¡Todos vais a morir! —dijo, señalando a los hombres y después al resto de la gente, que más cerca o más lejos fingían no mirarle, pero lo hacían de todas formas.

Y entonces, de un modo sobrenatural, el día se volvió oscuro, con el cielo plomizo y cargado, y donde estaban las chabolas de techos construidos con retales de maderas y toldos sustentados por neumáticos usados apareció una gigantesca ciudad esquelética, derruida y en llamas. Las cenizas colmaban el aire sobrevolando cientos de cuerpos humanos amontonados en descomposición por las calles, algunos carbonizados. El olor era espeluznante y el calor angustioso. Una suerte de infierno apocalíptico, salvo que ahí no moraban ni los demonios. Solo existía desolación y exterminio.

Y entonces Jean se calmó viendo lo que estaba proyectando a su alrededor y se detuvo e hizo regresar la luz del sol con su energía y vitalidad, incapaz de confesar lo mucho que extrañaba a su querida Emily. Incapaz de describir el inmenso dolor que la nostalgia y la añoranza habían depositado en su corazón y lo que representaba para él estar separado de ella cada segundo de vida, por más de veinte años.

A Zita se le arrugó el alma y el espíritu por lo que vio; pero, sobre todo, por el tono de sus palabras cargadas de amor extraviado.

Nadie del poblado había presenciado nunca algo así de perturbador.

Al fin, Zita se pronunció:

—Ezequiel 12 —balbuceó al principio, para después alzar la voz—: «El Señor me dirigió la palabra: “Hijo de hombre, vives en medio de un pueblo rebelde. Tienen ojos para ver, pero no ven; tienen oídos para oír, pero no oyen. ¡Son un pueblo rebelde! Y las ciudades habitadas serán asoladas y la tierra será desierta. Y así sabrán que yo soy el Señor”».

El poblado entero enmudeció al escuchar las palabras de Zita, acongojados y abatidos por las aterradoras imágenes que acababan de presenciar, por el fétido olor de la muerte inmisericorde y por la estremecedora vigencia de las Sagradas Escrituras.

—El Orden, el Señor, la señora, Dios o como lo queráis llamar —Jean hizo una pausa

— nunca castiga. Ama la creación por encima de todo. El amor y el bien. Y se disfraza para hacer probable lo imposible. Para salvarnos de nosotros mismos —gritaba con la voz quebrada—. ¡Yo quiero ser así! Yo quiero ser como él, como ella, como esa energía inteligente que ordena mundos en libertad —inspiró—. No es una cuestión de interpretación religiosa. —Se encogió de hombros y levantó las manos a la altura de su cintura, gesticulando esa corrección con respeto—. Yo no entiendo de eso. Y, en definitiva, creo que no tiene nada que ver. —Se echó a reír con desgana e ingenuidad —. Es más sencillo —negó abatido—. Solo-solo necesitamos un poco de apoyo mutuo. Ayudarnos los unos a los otros, como buenas personas que somos. —Se detuvo sin haber premeditado ese discurso, pero lo retomó—. Entre nosotros está El Orden, está vuestro Dios. Somos ello y ello es nosotros. Es simple. —Su voz congelaba los corazones de los oyentes—. Y yo necesito hacer lo que se me ha encomendado.

Y a Jean regresaron como caballos a galope las escuetas palabras escuchadas en su trance, «hazlo por mí», cuyo alcance y significado aún desconocía.

—Cada uno de nosotros viene con misiones dictadas. ¡Yo he de cumplir las mías! Es lo que quiero hacer —rebajó el volumen—. Es como quiero ser —profirió trémulo—. Os aseguro que después nunca más volveréis a verme —afirmó con dolor.

Zita se dio la vuelta y se miraron largo y tendido, sin decirse nada. A Jean se le cayó la bolsa de tela o la dejó caer.

Ante la mirada expectante de los miembros de su poblado, Zita caminó hacia él, se acercó, mucho, y luego alzó sus místicos ojos verdes cruzándolos con los de Jean. Estaban tan juntos que sentían la fragante y espesa presencia del otro, pero ninguno de ellos estaba incómodo o intimidado. Entre la polvareda de su rostro anguloso y masculino, Zita observó que un líquido nocturno y salino había surcado el camino descendente de sus mejillas.

—Perdóname, Señor, por no atender tus señales.

Zita cogió las sucias y magulladas manos de Jean y se inclinó para besarlas, pero él no lo permitió.

Sin quererlo, como si las fuerzas les hubieran traicionado a los dos, se agacharon juntando sus cuerpos, abrazándose, respirándose el uno al otro y recuperando el cariño que la tragedia les había arrancado.

—Tengo que encontrar a mi protegida. Lleva toda la vida sola, luchando sin mí. Sirviendo con fidelidad a los designios de El Orden. A Dios. —Sus frentes se toparon, acariciando con las manos el rostro del otro, como si estuvieran solos en ese silencio reconocible donde el dolor reposaba latente—. Si no puedes ayudarme, lo entenderé — solo un par de pulgadas separaban sus ojos—, encontraré otra forma. Pero, por favor, no me odies, Zita.

—Me he comportado mal —reconoció—. No esperaba asumir el peso de esta responsabilidad tan pronto. La muerte de la Gitana ha sido un duro golpe.

—Lo harás bien, Zita —dijo al cabo—. El Orden les da las peores batallas a sus mejores guerreras —hablaban tan bajo que nadie podía oírlos—. No lo olvides nunca —musitó a su oído y respiraron juntos, acompasados.

—Tienes que cambiarte de ropa. —Ella esbozó una leve sonrisa—. Que pareces un gitano, ¡leñe! —dijo burlona.

Y los dos se echaron a reír entre la tristeza.

—Y a mucha honra, mi matriarca —masculló. Y volvieron a mirarse—. A mucha honra —repitió templado, separándose de ella con seriedad, levantándose y aupándola por las manos.

—¿Qué puedo hacer por ti? —Su mirada verde vibraba—. ¿Qué podemos hacer por Dios? —Zita habló a pleno pulmón para que su poblado la escuchase.

—He de salir al atardecer. Solo necesito conseguir algunas cosas.

El semblante de Jean era circunspecto.

—Cuenta con ello —afirmó.

Y el poblado asintió en aquiescencia.

Porque ninguno podía quitarse de la cabeza las espantosas imágenes que Jean les había mostrado.

- *CIUDAD DE YOKOHAMA (JAPÓN), ACCESO A BASE SECRETA DE INVESTIGACIÓN MILITAR*

- *ESE MISMO DÍA*

—Llegará en cuestión de minutos —escuchó por su auricular—. Nunca cambian las rutinas de los duplicados. —Ella miró a la planta 46 del rascacielos grisáceo que tenía delante y prosiguió—: Según mis cálculos, llegará dentro de dos minutos.

Saya deambulaba calmada, paseando por las inmediaciones con un perro *Akita inu*.

Aguardaba la llegada del objetivo frente a ese edificio moderno con forma de torre medieval, llamado Landmark.

—No vuelvas a mirar hacia arriba —le reprochó—, podrían descubrirnos —dijo rebajando el tono—. Ya sabes que están reforzando la vigilancia y te necesito viva. —Él dulcificó su expresión, a todas luces era sobreprotector—. Te necesito porque te quiero. —La frase sonó como una flecha cariñosa.

Saya tomaba un café caliente sujetándolo por la funda Java Jacket, merodeando con disimulo.

—Tú también me preocupas —le respondió por el pequeño dispositivo de comunicaciones que llevaba al oído.

—Vas avanzando, Saya. —Y se oyó una risa resignada.

En el suelo de la calle no había ni un papel de caramelo. Los japoneses son uno de los pueblos más concienciados y civilizados del mundo. La paz reina en su naturaleza porque han asumido que la disciplina es otra clase de inteligencia y la solidaridad desempeña un papel importante en su sociedad. En contrapartida, contienen sus muestras de afecto y viven con discreción, sin mirar. Sin el deseo de ser vistos. Sin embargo, una mujer esbelta como Saya, rubia, provocativa, de rasgos occidentales y aires neoyorquinos no pasaba desapercibida.

Por eso se quedó a cierta distancia cuando ese Toyota Avensis de color azul diplomático se detuvo en el portal que habían marcado. El aspecto del edificio no era nada llamativo frente al rascacielos; parecía la clásica construcción de viviendas con portero. Nada hacía sospechar que en su interior se llevaba a cabo el desarrollo más

avanzado de tecnología robótica. Y esa sede estaba ahí, en ese edificio, a la vista de todos. Oculto entre la multitud.

Él observaba por la mira telescópica de su rifle, esperando la señal, tumbado sobre una mesa de oficina que había pegado a la ventana. Controlaba su pulso ajustando el disparo y moderaba el ritmo pausado de su respiración.

Había forzado la puerta de esa planta de oficinas, a sabiendas de que esos despachos llevaban meses sin alquilarse. Lo hizo sin dejar marcas ni huellas. Sin llamar la atención. Con la destreza que otorga la dilatada experiencia.

Tenían que hacer lo que habían ido a hacer. Era necesario.

Lo habían estudiado y planificado gracias a las escuetas indicaciones de un guardián. Viajaron hasta allí con los deberes hechos, eran meticulosos y estaban en la fase final de su plan. Era el momento de la verdad. Y por eso llevaban más de media hora aguardando con paciencia castrense.

Iba a realizar un único disparo dentro del portal para que ningún civil pudiera advertir el sanguinolento desastre que dejaría.

—Ya viene. —A Saya le cambió la voz, como siempre que se ponía en acción—. Campo… —echó un último vistazo perimetral y confirmó— despejado.

Dio un largo trago a su café escrutando los alrededores y analizando cualquier detalle fuera de lugar. Buscando pistas de sus semejantes. Evidencias de otros extranjeros.

El conductor del turismo se bajó, dio la vuelta por detrás del coche y abrió la puerta contraria trasera. Un tipo prepotente, alto, bien peinado y estirado salió con un maletín. Caminaba luciendo un traje italiano entallado, incapaz de abultar su delgadez ni disimular la patente genética asiática que le caracterizaba, pero que, aun así, le daba un aire europeo por la elegancia del corte.

El francotirador introdujo un cartucho en su rifle McMillan, accionó a mano el cerrojo rotativo y colocó la yema de su dedo en el disparador con suavidad. Contuvo el aliento para no moverse ni lo más mínimo.

—Luz verde —dijo Saya, mirando. Pero los segundos transcurrieron y no pasó nada —. Luz verde —repitió—. ¿Me recibes? Luz verde —dijo, acelerada. El tipo seguía andando por dentro del portal de esa sede—. ¡A tomar viento, lo haré yo! —exclamó Saya.

Tiró el café al suelo, soltó la correa del perro y metió las manos bajo su abrigo sujetando una ametralladora que llevaba colgada a la altura del pecho.

—Abortamos misión —oyó con claridad. Y luego predominó el sonido de la estática en la comunicación—. Confirma, Saya —dijo, imperativo y seco. Profesional.

—Recibido.

Sacó las manos de su abrigo y recogió la correa. El perro la miraba de lado, gimiendo, percibiendo el olor de su adrenalina.

Ella miró a todas partes con cautela y se alejó del lugar, viendo cómo el extranjero disfrazado de ingeniero penetraba en las instalaciones militares secretas.

—¡Maldición! —Apretó el puño de la correa poniendo pies en polvorosa hacia el punto de encuentro que habían acordado.

Arriba, en aquella planta del rascacielos, el tirador introdujo su rifle con cuidado, cerró la ventana y echó la cortina. Y de esa forma, el hueco por donde antes asomaba la boca del cañón desapareció.

Se incorporó sin quitarle ojo, observando a ese guardián desconocido durante segundos. Segundos en los que esa entidad absorbía la luz, agitándose en la penumbra.

—No te conozco. ¿Quién eres? —le dijo a la prominente sombra que había aparecido tras él y que había interrumpido la concentración de su disparo.

—Me ha costado dar contigo —dijo el protector, mientras él asomaba medio ojo por la ventana para verificar que Saya estuviera bien y abandonara el lugar con seguridad.

—No me has contestado —replicó el tirador sin voltearse.

El tono que dispensó no era el más amable, quizá porque habían perdido una ocasión dorada y desde ahí era capaz de sentir la hiriente frustración de Saya.

—Ese extranjero al que queríais eliminar es irrelevante —matizó sin desdén—. Lo entenderás cuando la conozcas —afirmó con voz preponderante y gutural.

—¿Cómo sabes lo de los extranjeros? ¿A quién tengo que conocer? —preguntó interesado, mirándole de frente.

—Una mujer tiene las respuestas que andas buscando. Creo que El Orden quiere que os reencontréis. —El guardián dejaba correr el aire entre sus palabras—. Me parece que intuyes de quién estamos hablando. —La silueta de la sombra bloqueaba con su opacidad el paso de luz.

Era como un vacío profundo y alargado en el despacho, inexpresivo, quieto y con los brazos extendidos al suelo.

—¿Es tu protegida? —interpeló.

—No. Ha salvado la vida de uno de los míos. —La sombra enmudeció durante otro instante—. Es parecida a ti. Ella es un enlace. —Dejó que esa información calase por los senderos de su entendimiento—. Estoy aquí porque te ha mencionado. Te conoce —pronunciaba las frases vocalizando despacio—. Ya sabes que El Orden procura entrometerse lo menos posible y le gusta que nos ayudemos entre nosotros. —Él no decía nada—. Aunque supongo que eso ya lo sabes. —El guardián alzó una mano dibujando un círculo en el aire.

—Es imposible que me conozca. Me habría percatado de su singularidad. —Resopló con un bufido que igual podía ser un amago de risa como de escepticismo, pero luego se quedó pensativo—. Espera —le instó levantando el dedo—. Una pregunta antes de verla. ¿Es la pelirroja que me han mostrado algunas veces?

El guardián de Stuart se quedó callado.

—¿Tú eres David Fonseca? —le interrogó a sabiendas de su respuesta.

—Sí. —Afiló su mirada, desconcertado.

—Pues ella te conoce. —Un halo de luz comenzaba a formarse por la circunferencia que había creado en el aire.

—Eso no puede ser —alegó meditabundo—. La habría reconocido. Me acordaría —volvió a rebatir en voz alta, aunque esta vez era más para sí.

David no entendía qué se le escapaba.

El círculo que había trazado el protector se rellenó de colores y los tonos empezaron a adaptarse con matices de otra realidad, dentro de ese agujero vertical, que era una suerte de atajo visual hacia otro sitio.

La imagen empezó a definirse. Un coche deportivo verde oscuro permanecía estacionado con alguien en su interior, o eso parecía, porque tenía los cristales algo

empañados.

A David, esa visión le recordó sus primeros encuentros cuando era un adolescente. Se oía el inequívoco sonido del mar chocando con unos acantilados en ese lugar remoto que el guardián quería mostrarle. David pudo ver un pequeño cartel que rezaba «Kinsale, Co. Cork» y ese coche deportivo aparcado con el morro enfilado para salir. La imagen empezó a moverse en derredor y entonces logró discernir una muralla destartalada, medieval, construida a base de piedras sobrepuestas cuya entrada estaba cerrada. Sin embargo, tenía añadida una moderna losa vertical en la que consiguió leer a duras penas: «Old head». La tierra era húmeda y la vegetación prosperaba agasajada por el aire con rocío. A la vez, los destellos de un faro marítimo relucían a lo lejos con los primeros rayos del alba. Estaba seguro. Su padre había sido un hombre de mar, por eso memorizó la secuencia y cadencia del parpadeo; para identificarlo.

El corazón le palpitó con fuerza porque el paisaje le recordaba a su querida Asturias, pero sabía que ese horizonte no estaba en España.

La imagen seguía moviéndose de un modo flotante, sin respetar los típicos límites materiales. La visión se adentró por el lado derecho del vehículo y entonces pudo ver a una mujer joven y guapa, de nariz respingona y tez clara. Pelirroja. David la miró con mucha atención. Dormía en el asiento reclinado del conductor, aterida de frío a pesar de estar tapada con una manta.

La chica tenía el pelo desenvuelto y despeinado, pero eso no impedía que pudiera atisbar decenas de pequitas de color café decorándole el rostro. Jamás la había visto con tanta nitidez y supo que era ella; algo les unía, lo tuvo claro porque la había visto en sueños borrosos que se repetían en la distancia desde que David era un niño.

Sintió un estremecimiento al observar que tiritaba por las bajas temperaturas y la humedad, expulsando ese hálito calmado, con cansancio, desprendiéndose de la escasa temperatura interior que aún atesoraba. Se quedó ensimismado viéndola, mirando cómo escapaba el calor entre sus labios finos y tumefactos, mirando ese rostro lívido que reconocía con rotundidad y misterio a pesar de ignorar la razón.

—Despiértala —le exigió al guardián.

—No puedo —dijo en tono de disculpa—, no es mi protegida —recalcó de nuevo.

—Quiero hablar con su protector —insistió, comprobando que esa visión empezaba a desaparecer y al lugar regresaba la verdadera imagen de los archivadores amontonados en las oficinas vacías del rascacielos.

—No podemos —aclaró—. Es más que complicado. —Y la sombra empezó a desvanecerse, difuminada.

—¡Espera! —exclamó, frenético.

—Estoy cumpliendo con ella. No contigo —matizó el guardián, dejando entrever la insolencia que detectaba en su comportamiento.

Y así el protector se marchó, sin más. Y David percibió el peso de la excitación y la soledad atropellándole por esas instalaciones desangeladas. Se quedó un rato sin hacer nada, pensando. Luego se asomó por la ventana y vio que pronto atardecería en Yokohama, nada que ver con lo que le había mostrado el guardián en aquel lugar. Allí se veía que acababa de amanecer.

Se frotó el entrecejo observando con veleidad cómo unas nubes amenazantes y

grises se acercaban a esa ciudad de Japón y luego comenzó a reírse con alegría, entusiasmado por la emoción que le reportaba toparse con el camino correcto.

Recogió sus bártulos y entró en el ascensor, rodeado por otras personas. Sin embargo, la gente no veía a un tipo caucásico vestido de negro y con el mango de una espada descollando por detrás de sus hombros. No, la gente veía a un tipo menudito, anciano, artrítico, canoso y asiático. Y le saludaban con respeto al entrar en la cabina de ese ascensor y él se inclinaba también para devolverles el gesto.

Era una ilusión conseguida a base de luces, colores y sombras. Nadie veía a un tipo ágil sujetando un rifle de largo alcance. Veían a un abuelo inofensivo y entrañable con un macuto de palos de golf.

Veían lo que él quería que viesen.

CAPÍTULO 40. **NO ME LO DIGAS**

- *REPÚBLICA DE IRLANDA, CONDADO DE CORK*

- *CUARENTA MINUTOS DESPUÉS*

Se despertó con el susto estentóreo de su propio alarido, como si sufriese de apnea. Al principio, Bríd no sabía ni dónde estaba, hasta que la luz del día se lo enseñó y pudo enfocar el emblema del coche de Stuart. Se frotó los ojos y bostezó, congelada. El otoño había calado en sus huesos, pero el cansancio había sido más poderoso y la mantuvo dormida.

Llegó hasta el condado de Cork cabeceando, siguiendo las luces alternativas de un faro donde se ocultó con el coche. Pero, en realidad, ni ella misma entendía cómo había sido capaz de recorrer los últimos kilómetros de noche. Y es que algunos tramos desaparecían de su memoria envueltos en las mareas del microsueño.

Se echó el pelo hacia atrás, miró en derredor e intentó espabilarse. Su lengua, el paladar y los labios estaban peguntosos, como el aire salitroso que entraba por la rendija de la ventanilla. Salió del habitáculo, estiró los brazos y las piernas y se peinó con las manos haciéndose una coleta. Se fijó en el faro que la había guiado hasta ahí. Era alto, rodeado de casitas y pintado en blanco y negro. Imponente. Después, una necesidad más apremiante y natural le hizo mirar unos matorrales cercanos; por eso cogió con urgencia varios pañuelos de la guantera y corrió tras los setos para esconderse.

—Caramba, me meo más que una burra preñada —se decía, agachada.

Fue inesperado. El sonido de un coche acercándose la puso en guardia porque aquel era un lugar solitario. Se levantó con cautela por encima de los arbustos mientras escarbaba un hueco para enterrar los clínex que había utilizado. Observó entre las ramas sin mover un solo músculo, quieta, muy quieta, sin pestañear. Era un sedán marca Vauxhall, limpio y de color blanco. Y se detenía cerca del Porsche de Stuart.

Se bajaron un hombre y una mujer, de unos treinta años. Los dos presumían de buen porte, con un saludable aspecto atlético. Vestían ropa casual de lo más corriente, pero había algo distinto en ellos: un decoro exacerbado y unas maneras extrañas.

«¿Podrían ser dos *Black*?», se preguntó. Luego desechó esa idea. No había dejado pistas. No tenía por qué ser eso, concluyó, rodeando aquellos arbustos con sigilo. Tampoco se ceñían a la indumentaria habitual de los *Black,* pero, claro, eso no lo podía saber ella; Bríd los había conocido tras El Colapso.

—Lo tenemos localizado —dijo la mujer por teléfono—, coincide con las indicaciones que nos ha dado.

El tipo se acercó al coche, se puso unos guantes de látex y abrió la puerta del lado del conductor.

Bríd comenzó a respirar profundo. Sus pupilas se dilataron, sus músculos se tensaron y su corazón latió despacio.

—El asiento está caliente. Puede que ande cerca —dijo el hombre flanqueando el ambiente, escudriñando los alrededores frondosos.

El tipo, que mediría algo más de metro ochenta, abrió su chaqueta y la enganchó tras la empuñadura de una pistola que llevaba enfundada a la cintura.

—El coche está abierto, con las llaves en el contacto. Es posible que nos haya oído llegar o que le haya pasado algo —repitió la mujer al teléfono, daba la impresión de que informaba a alguien—. De acuerdo. Sí. De acuerdo. Entendido. —Se calló un momento y añadió—: Así lo haremos. —Entonces algo inesperado alarmó a esa mujer—. ¡¿Qué?! ¡Cuidado! ¡Está aquí! —chilló.

Bríd se debatió unos momentos entre abandonar el coche de Stuart a merced de esos desconocidos o afrontar la situación y averiguar quiénes eran. Sobra decir qué decisión escogió. Salió de entre las ramas como un relámpago naranja, directa hacia el tipo. Por unos momentos, él no comprendía lo que veía. Era como si la grava por la que Bríd iba a pisar se levantara un palmo antes de que llegase y los dos se quedaron conmocionados, aletargados por el efecto de esa sorpresa.

Solo pudo echarse hacia atrás un par de pasos para intentar echar mano a su pistola, pero no tuvo tiempo.

Como una leona salvaje, Bríd saltó sobre él con las rodillas por delante, arrastrándolo a una caída inevitable y escandalosa. En el suelo, hizo girar su cuerpo atrapándolo con las piernas, retorciéndole el pescuezo y arrebatándole la pistola. En menos de medio segundo, echó la corredera del arma hacia atrás, alimentó la recámara, quitó el seguro y disparó a la rueda delantera del sedán en el que la pareja había llegado. Después apuntó a la mujer, que se había quedado rígida, como un témpano de hielo.

Bríd seguía tumbada bocarriba, encañonándola sin vacilar.

La cara desencajada de esa desconocida no entendía ni procesaba lo que acababa de ocurrir. Estaba petrificada, con los ojos como platos sujetando su teléfono con la llamada en curso y la lengua asomada.

—Las manos donde pueda verlas. —Pero Bríd se dio cuenta de que seguía conmocionada—. ¡De rodillas, o te juro que te meto una bala entre los ojos sin que te dé tiempo a pestañear! —La mujer tiritó de miedo pensando que iba a morir, pero Bríd la sacó de su pánico a voz en grito—: ¡Ahora! —le dijo como si fuese su última oportunidad.

Apretó un poco más las piernas cruzándolas más fuerte, con la cabeza de ese tipo estrangulada y sus manos tratando de separar sus muslos. Y prosiguió con él:

—Y tú, como te vuelvas a mover tan solo un poquito, te abro dos agujeros en los zapatos para que vayas dejando huella por el mundo. O, mejor aún, te parto el cuello. —Bríd apretó un poco más al tiempo que hablaba despacio, con la frialdad de una psicópata—. Asiente si me has entendido. —El tipo movió la cabeza un par de veces en el estrecho margen de sus centímetros y dejó de tocarla—. Buen chico.

Bríd dio una vuelta en el suelo sobre su espalda empuñando la pistola. El extraño comenzó a toser por el suelo amagando arcadas, amoratado y con los capilares de los ojos enrojecidos por la asfixia.

—Levántate la chaqueta y ve girando, así, de rodillas —le ordenó a la mujer con

sobriedad—. Despacio. Si haces cualquier tontería, te garantizo que no dejaré testigos. Miró al hombre que respiraba como uno de esos perros chatos y arrugados que parecen mal hechos y vio que había captado el mensaje a la primera.

—Deja que te lo expliquemos —dijo él, vencido sobre el firme—. No hemos venido a hacerte ningún daño.

Bríd cogió la pistola que llevaba la mujer bajo la axila y vio la identificación de Policía que exhibía a la cintura, quedándose paralizada por un instante y contrayendo el entrecejo.

—Somos algo más que policías, pero tranquila. Nos mandan para ayudarte —dijo el tipo, vehemente y nervioso—. Queríamos presentarnos como es debido. —Respiró con un silbido—. No somos el enemigo. —Su voz sonaba estrujada por su garganta.

Bríd contempló a los guardianes de la pareja, que, en vista de lo ocurrido, fueron reclamados ante el terror de sus protegidos haciendo su aparición en escena. Cuando se cercioraron de que Bríd podía verlos, se abstuvieron de intervenir. Les sorprendió cruzarse con un enlace, pero poco después desaparecieron difuminados, conscientes de que su presencia no era necesaria allí.

«No son *Black*. Entonces, ¿quiénes son?». Los pensamientos de Bríd chispaban por su cerebro a toda velocidad.

—Que yo sepa, no le he pedido ayuda a nadie —dijo ella, ofuscada. Luego examinó la situación y lamentó su mala suerte. Que fuesen policías solo complicaba las cosas y mucho—. Nunca me quito a la pasma de encima —profirió en voz alta—. ¿Es que no había nadie más a quién tocar las narices?

Ninguno de ellos dos replicó, instigados por el impredecible carácter de Bríd y por la desventaja, aunque eso no impidió que sus innatos reflejos de lucha quisieran activarse.

La mujer bajó la mano en la que portaba el teléfono y se lo tendió a Bríd alargando el brazo. Durante unos segundos eternos, nadie hizo ni dijo nada, a lo mejor analizando aquella situación inverosímil. Al final, la desconocida se pronunció, recuperando con ello parte de una seguridad perdida, condición que había sido anulada por el ataque violento de Bríd.

—Como te ha dicho mi compañero, somos algo más que policías —dijo despacio, con el temor soslayado de empeorar las cosas—. Un amigo en común nos ha pedido el favor de ayudarte y nosotros estamos encantados de poder hacerlo. —La mujer taponó el teléfono para evitar que el micrófono captase sus palabras—. Nos dijeron que eras alguien muy especial —afirmó como si se tratase de un chismorreo—. Y tenían razón —lo decía con admiración.

»Mi compañero y yo formamos parte de una sociedad secreta repartida por todo el mundo. No creo que hayas oído hablar de nosotros, pero te puedo asegurar que caminamos en la misma dirección que tú. —Levantó las cejas para impulsar sus palabras con el viento de la bondad—. Olvídate de que somos policías —adivinó con suspicacia la preocupación que eso había generado—. Es solo un disfraz, como otro cualquiera. Una manera de servir a las finalidades de nuestra sociedad —lo decía apasionada—. Para nosotros, es un honor conocerte.

Ahora la sorpresa se la estaba llevando Bríd, que prestaba atención, confundida. Todo aquello le sonaba a paripé. No se le ocurrió en ningún momento bajar las armas y

por eso permaneció apuntándolos con la destreza inalterable de una cirujana.

—Por favor, ten, ponte al teléfono. Comprobarás que no te mentimos.

Bríd sopesó sus opciones masticando la información que acababa de recibir, preguntándose cómo demonios la había encontrado esa gente y por qué. Una parte de ella sentía que perdía el control y no había nada que aborreciese más en el mundo que esa sensación.

Así, Bríd se metió la pistola de su mano derecha entre el pantalón y la camiseta y se estiró para coger el teléfono, manteniendo en todo momento las debidas precauciones; encañonándolos con la otra pistola mientras echaba unos pasos hacia atrás.

Con recelo y los sentidos muy despiertos, revisando el perímetro, miró la pantalla y vio que la llamada seguía en curso y que la conversación acumulaba una duración de treinta y cinco minutos. Se puso el teléfono en la oreja y le dedicó una mirada de desconcierto a aquellos desconocidos.

—¿Quiénes sois y cómo me habéis encontrado? —dijo al fin, con impaciente acento furibundo.

—Desde niño, he tenido la intuición o, mejor dicho, la convicción de saber que no podía ser el único —hablaba una voz masculina y grave, un tanto alegre—. Algo interno, como una especie de necesidad, me ha empujado desde entonces a buscar a otra persona como yo. —El sonido del vacío crepitó por un instante—. Igual te ocurre lo mismo a ti y puedes entenderme.

Bríd escuchaba, pero su mirada ya no estaba ahí. Sus pensamientos viajaban por la memoria tratando de ubicar esa voz.

—He oído disparos. Dime que esas buenas personas están bien —interpeló sin formular pregunta, como acostumbran a hacer los que suelen llevar la voz cantante.

—Tú… —se hizo otro vacío inocuo—, tú no escuchas cuando te hablan, ¿verdad? —le reprochó, porque no había contestado a ninguna de sus preguntas—. ¿Y si te digo que los he dejado tiesos? —le amenazó Bríd, incapaz de consentir que nadie quisiera mangonearla.

Un mutismo incómodo protagonizó otros instantes de la comunicación.

—Si fuera así, entonces me habría equivocado de persona y… —Bríd levantó la voz interrumpiéndole de mala manera.

—¡No volváis a molestarme nunca más! —Metió el dedo en el arco de seguridad de la pistola y palpó el disparador—. No sé quiénes sois, pero no necesito nada ni tengo ganas de conocer a ningún gilipollas.

Lanzó el teléfono y le pegó tres tiros consecutivos haciéndolo bailar en el aire como si tropezase por escalones invisibles.

La pareja cerró los ojos pensando que alguno de esos disparos podría ser para ellos. Habían comprendido que, además de vulgar, ella no era tan buena ni especial como les habían asegurado y que la situación con esa chiflada se estaba volviendo peligrosa.

—Abrid los ojos y dejad de temblar, hostias, que no os voy a hacer nada… de momento. —El tipo la miraba con una pizca de desprecio, pero, sobre todo, con una honda decepción instalada en sus ojos—. Poneos los grilletes a la espalda.

—¡No! —Él se negó en rotundo—. Si haces eso, transformarás esto en algo oficial y, créeme, no nos conviene a ninguno —dijo, incorporándose un poco del suelo, con la cara retomando su color natural—. Piénsalo —le pidió con cierto aire de súplica—. Se

armaría un follón impresionante si nos encuentran inmovilizados y desarmados, con el coche agujereado. —El tipo miró al suelo preocupado, imaginando ese escenario—. Tendríamos que estar dando explicaciones hasta el año que viene.

Esbozó una sonrisa sin alegría. Una risa de tristeza y desgana.

—No. No lo podemos hacer así —afirmó como si estuviera pensando en alto, acostumbrado a lidiar con ese tipo de situaciones—. Tienes que devolvernos las armas. La rueda del coche y el teléfono es fácil de enmascarar; sí, eso es sencillo. —Sus ojos deambulaban, pero luego la miró de lleno—. De lo contrario, te puedo asegurar que la cosa será muy distinta y no por nosotros.

—¿Quién puñetas sois?

Se acercó dos pasos dilatando sus narinas con fiereza, empujando la cabeza de ese tipo con el cañón de su pistola.

—Ya te lo hemos dicho. Hemos venido a ayudarte. Si no quieres nada de nosotros, fingiremos que esto no ha ocurrido y todos tan contentos. —Ahora era la mujer la que reforzaba el discurso de su compañero.

Se complementaban de tal manera que era difícil pensar que estuvieran interpretando un papel ensayado.

—¿Cómo me habéis encontrado y por qué? ¡Y no se os ocurra colarme una milonga!

Reforzó su mano izquierda con la derecha sujetando con determinación las cachas de la pistola.

Los integrantes de la pareja miraron a la vez el teléfono descacharrado y contestaron lo mismo.

—Eso solo lo sabe el tío con el que estabas hablando —dijeron los dos, pero a continuación solo habló ella—: Él nos iba dando las indicaciones. Él es… bastante increíble.

Bríd miró el teléfono humeante y perforado con tres orificios.

—¿Vais a seguir buscándome o termino con este rollo ahora mismo?

Agitó la pistola gesticulando con ella, cansada de no llegar a ninguna parte, pero con menos severidad.

—No volverá a pasar —indicó él.

—¿Y cómo sé que no vendréis a molestarme otra vez? —Bríd le apuntó a la cara. Desde arriba.

—No lo sabes —resopló—. Pero si ella o yo volvemos a hacerlo te damos permiso para que nos mates sin piedad.

El tipo miró a su compañera para meterla en el mismo saco y ella asintió en anuencia.

—Estoy de acuerdo con él. —Se miraron entre ellas con un sondeo indefinido—. No volveremos a molestarte.

—Poneos de rodillas contra el coche. Con las manos en la nuca.

La pareja obedeció con los rostros y los ánimos abatidos.

Bríd se montó en el deportivo y arrancó pasando junto a ellos.

—Si vuelvo a veros o me causáis problemas, cumpliré con mi parte del trato. Os lo prometo.

Bríd aceleró el coche y empezó a desprenderse de cosas por la ventanilla. Primero los cargadores, después los cartuchos de las recámaras y por último las pistolas.

El rugido de la potencia de ese motor ochentero se perdía por la distancia de las

frondosas colinas de Irlanda y, durante un rato más largo del razonable, no se atrevieron a moverse ni un poco.

Se miraron entre ellos y se dieron cuenta de que tenían la piel tan pálida y opaca como un espectro fantasmagórico. Y luego se abrazaron para desprenderse del miedo que habían pasado.

—¿Estás bien? —Se interesó ella por él, con el cuello marcado por trazas rojas y laceraciones.

—Sí. Estoy bien —afirmó masajeándose los hombros, sacudiéndose el polvo de la ropa como si de ese modo también pudiera librarse del dolor que le había dejado la frustración.

Al poco, el tipo sacó otro teléfono del bolsillo de su pantalón e hizo una llamada. Su compañera ya había recogido las vainas de los disparos, los cartuchos sin detonar, los cargadores y las pistolas.

—¿Viste lo del suelo? —le preguntó ella mientras daba el primer tono de señal.

—Sí. Sí que lo he visto, sí. —Movió la cabeza dolorida, ladeándola con incredulidad.

—¿Telequinesis? —lanzó esa hipótesis al vuelo—. ¿Qué opinas? —le inquirió.

—No sabría decirte. —Se encogió de hombros—. Puede. —Dudó un momento en decir lo que tenía pensado, pero al final lo soltó—: Debe de ser algo más, porque la fuerza con la que me enganchó no es normal. No soy capaz de definirlo con palabras. Si te hubiera puesto la mano encima a ti, lo habrías percibido —le costaba reconocer—. Solo quiero decirte una cosa: no tengo tan claro que sea de los buenos. —Una seriedad atávica y congelada capturó su fondo de ojos.

—Parece mala. Pero es de las buenas, no hay duda.

Su compañera esbozó una sonrisa de orgullo, retratándose como una mujer más intuitiva que él.

—¿Y cómo estás tan segura? —La miraba mientras el teléfono daba el segundo tono de señal.

—Pues muy sencillo… Porque podemos contarlo, amigo. —Se alegró de su suerte—. Porque podemos contarlo —repitió sonriendo, notando que la sencillez de ese silogismo anulaba cualquier otra opción.

Y se quedaron contemplando el horizonte, por donde el sonido ronco del Porsche dejaba de oírse. Pensando.

- *CIUDAD DE YOKOHAMA (JAPÓN), BARRIO DE KOTOBUKI. PISO FRANCO*

Saya se echó a reír, mofándose de David. Él la miró con dramatismo, pero después se contagió de su risa, pasándose la mano por detrás de la cabeza.

—No se te ocurra decir nada. Te lo prohíbo. —David la señaló con el dedo, pero ella no dejaba de burlarse. Y lo peor de todo es que él comenzaba a reírse de sí mismo, también—. Vale. Lo reconozco. No ha salido bien. —Saya se doblaba de la risa—. Mira que eres mala —le dijo con el matiz de una reprimenda incentiva.

El teléfono volvió a sonar y le pidió que se callara un momento, pero ella seguía desternillándose a carcajadas.

—No tienes remedio —le dijo entrando en una de las habitaciones, descolgando al tercer tono.

—¿Estáis bien? —fue lo primero que preguntó.

—Lo sentimos, señor. No ha podido ser —dijo consternado el tipo.

—No os disculpéis. Y no os preocupéis lo más mínimo. Ha pasado lo que tenía que pasar, ni más ni menos. Vosotros, ¿estáis bien? —Enmudeció, esperando su contestación.

—Bueno, a mí me ha espachurrado un poco el cuello —dijo poniéndose colorado—, pero estoy bien, señor. A la compañera no le ha tocado un pelo. —Carraspeó, dando otra energía a lo que iba a decir—. Es inquietante lo de esta mujer…

David le interrumpió de un modo plomizo:

—Recuerde los protocolos. No existe línea segura —le indicó, esgrimiendo el tono más cariñoso que pudo mostrar—. Me alegra saber que están bien, es lo importante. Cuídense mucho. Les estoy agradecido. Saludos. —Y cortó la comunicación.

David volvió al salón y Saya le miró con esa sonrisilla traviesa de «te lo dije».

—Nos llevaríamos bien… esa mujer y yo. ¿Cuántas veces te he dicho que no escuchas? —David aguantó la reprimenda con resignación y ella se volvió a reír—. ¿Qué hacemos? ¿Lo volvemos a intentar mañana? Hay que evitar que ese extranjero añada los avances tecnológicos.

—¿Crees que podrías hacerlo con uno de los nuestros? Yo he de viajar a su encuentro. —Al decirlo parecía abrumado.

—Déjalo en mis manos. Me hago cargo.

Se reclinó en la silla meciéndose sobre las patas traseras, columpiando su melena nórdica tras el respaldo.

—Si ves que la cosa se pone fea, os largáis de inmediato. No te hagas la valiente, ¿vale? —Se acercó a ella y la besó en la mejilla por unos largos segundos—. Te quiero, compañera.

La humedad flotaba en el ambiente y olía a cerrado el salón de ese piso tan cutre, como si una sucia gelatina voladora condensara el aire del apartamento. La vivienda estaba ubicada en uno de los barrios más humildes de Yokohama y el edificio poseía un color enfermizo, entre verde feo y marrón mohoso. Los motores de los aires acondicionados protagonizaban la estética de su fachada repartidos por doquier, pero no se hospedaban ahí por ahorrar, no. Lo hacían porque los extranjeros detestaban la podredumbre y la ausencia de higiene.

David recogió unas cuantas cosas con rapidez y se dirigió al montacargas para salir disparado hacia el aeropuerto en la moto negra, sujetando las llaves de esa Yamaha R1 en su mano.

—¡David! —Le detuvo cuando ya salía. Ella se acercó hasta él, que aguardaba con un semblante ambiguo, sin saber qué se le antojaba a Saya—. Que… yo también te quiero, compañero. —Y le pegó un leve puñetazo en el tórax, guiñándole un ojo.

No hubo otras bromas ni frivolidades. Él asintió y los dos se miraron durante más tiempo del debido, como si no quisieran separarse.

Alargaban esa conversación silenciosa en la que se decían mucho sin hablar.

Y es que, para ellos, la diferencia entre vivir o morir pendía de una cuerda muy delicada. Una por la que corrían a ciegas como osados equilibristas, como salvajes

suicidas dementes. Y sabían que no podían asegurar que volvieran a verse, pero tenían algo muy claro: si alguno de los dos desaparecía, sería muy doloroso y difícil de soportar para el otro porque la relación entre ellos era distinta a todas. Había sido forjada por el amor más puro, a base de odios, yugos y dogmas ajados. A base de sacrificios y superación personal. A base de luz.

Por eso se miraban vibrando con los ojos conmovidos. Porque sabían que se querían de la manera más imposible. Porque habían desmontado sus falsas creencias para descubrir una verdad inmutable. Y eran conscientes de ello. Del amor que sentían entre sí.

Y por eso se lo decían.

CAPÍTULO 41. **LAS APARIENCIAS NO EXISTEN**

- *FRANCIA, AUTOPISTA DE PARÍS A ROSCOFF*

—No te las quites —le ordenó—. Si quieres que te ayude, tendrá que ser a mi manera —dijo Zita al ver que Jean quería desprenderse de las gafas.

—No lo iba a hacer, solo me las estaba colocando —se defendió de un modo poco creíble, retozón.

—Las apariencias son necesarias. Podemos cruzarnos con la *pestañí* en cualquier momento. —Se refería a la policía mientras le miraba de reojo—. Para lograr llegar donde me pides, has de seguir mis instrucciones; si lo haces, todo saldrá bien.

Jean ya estaba acostumbrado a la potencia de esos ojos verdes que parecían luciérnagas dopadas, por eso sostuvo su mirada con aceptación. Sin embargo, no terminaba de adaptarse al nuevo estilo de Zita. La veía rarísima.

Llevaba el pelo recogido por una diadema a juego con un vestido chic de manga larga y falda corta, con motivos florales. Su figura lucía esbelta y aumentada por unas botas altas de color marfil; estaba elegante y preciosa. Jean vestía unos vaqueros Levi's, zapatos oscuros, camisa blanca y americana negra, con esas gafas de ver sin graduar que ella le había insistido en ponerse y que le hacía parecer un auténtico *nerd,* más mayor de lo que era.

Viajaban en lo que Zita llamaba, con cariño, el Payomóvil, que no era otra cosa que un impoluto Volvo 850 Station familiar, reluciente, de color verde y con una cunita en los asientos traseros. En el portón del maletero había una pegatina de «Bebé a bordo». Por lo demás, era el coche más discreto con el que alguien pudiera cruzarse y, aunque no era un vehículo robado, tampoco estaba a nombre de nadie del poblado. Ni a nombre de nadie con vida.

—Gracias, Zita. —Ella desvió la vista de la carretera unos segundos y le miró de un modo sombrío, arrepentida por haberle repudiado por la muerte de la Gitana.

Y sin querer que se le notara, que se le notaba, esgrimió una sonrisa ligera y tensa. Una sonrisa que ocultaba su vergüenza. Consciente de su zozobra, Jean apartó su atención a la cunita de bebé que transportaban detrás, que iba tapada por un capazo, porque él era capaz de percibir todo lo que ella sentía y no quería centrarse en eso. Le restaba energía.

—Si nos paran, déjame hablar a mí. Y tranquilo —añadió Zita—, a ningún policía se le ocurriría despertar a un bebé. —Lo decía con una especie de redoble de tambores, muy segura de sí misma—. No creas que el coche es verde por casualidad. Es del color de la aprobación, como en un semáforo, ¿entiendes? —Levantó las cejas negras mirándole—. La mente humana funciona así, por signos y apariencias.

Jean no lo discutía, pero volvió a recordar a su amigo Peter y esta vez le hizo gracia el asunto, porque él era un policía implacable que no solía regirse por pautas.

Zita conducía un poco más rápido que los camiones y, aunque el carné de conducir

que portaba era de otra persona y nunca había obtenido la licencia, manejaba el coche con aplomo, desenvuelta y confiada. En los períodos de silencio en los que el traqueteo de la carretera era el único protagonista, Jean reflexionaba sobre las apariencias. Sobre el poblado y su gente. Y así, concluyó que, en parte, ellos eran lo que parecían ser desde fuera, pero también comprendió que al igual que la luna tiene una cara oculta, ellos también albergaban un lado invisible y misterioso. Un reverso lleno de secretos.

No, no eran un grupo de marginados de baja estofa y tendencia delincuencial. Y no, no eran sucios, feos y salvajes pobretones. Jugaban a ser lo que parecían ser desde fuera, pero no acababan de ser todo lo que la gente creía. Y, desde luego, sabían ocultarse y borrar sus huellas de identidad con artimañas ilusorias, con experimentada astucia. Y era llamativo y sorprendente, porque en ese momento era justo lo que ellos dos estaban haciendo.

—Si te preguntan, no hables alto. No mires mucho a los ojos y no parezcas nervioso. Y si lo haces, que sea con agradecimiento y admiración —le conminó Zita al observar que tras el peaje había un control de carretera montado por la Gendarmería francesa—. Pero tranquilo, que no va a hacer falta —dijo ella, con la confianza que ha de inspirar una buena matriarca.

—No estoy nervioso —soltó, pensando en lo mucho que había cambiado su vida en tan poco tiempo.

—Mejor que mejor —dijo ella.

—Buenas noches. Esto es un control preventivo de seguridad. ¿Adónde se dirigen?

El gendarme alumbró con la linterna la zona posterior del vehículo y el maletero, que iba cubierto con su correspondiente bandeja desplegable.

—Buenas noches, agente —dijo ella, musitando el saludo con esa voz tan dulce, pero de un modo cuchicheante y con una sonrisa honesta—. Cariño, acércame el bolso para darles mi documentación a estos señores. —Su acento había cambiado, era clavado al parisino más señorial.

—No será necesario, señora.

El agente adoptó su mismo volumen de voz y echó un vistazo protocolario a la cara de Jean, recibiendo por su parte un saludo sutil, sin abrir la boca, tal y como le había indicado Zita.

—Vamos a Saint-Brieuc, los abuelos están ansiosos por conocerla. —Zita se giró sobre el asiento para mirar la cunita solo un momento y devolvió su atención sobre el agente, sonriendo—. Hay que aprovechar que duerme, que ya hemos parado cuatro veces desde que salimos de París.

El gendarme sonrió como si supiera bien de lo que le hablaba.

—Pues por mi parte nada más. Disculpen las molestias y que tengan un feliz viaje. —La voz del policía apenas llegó a un susurro para no despertar al supuesto bebé.

—Que Dios le bendiga, agente —le deseó Zita tocándose el pequeño crucifijo que llevaba colgado al cuello en una fina cadena. Se lo dijo mirándole a los ojos, con esa intensidad que solo ella era capaz de imprimir. De corazón.

Esa última frase, la más sincera que había dicho, no formaba parte del teatro que se había montado. Fue una especie de avidez penetrante porque, al escuchar sus palabras, el hombre que había bajo el uniforme se ablandó un poco más, dejó que

llegara ese mensaje a su alma y, con todo y a pesar de que en realidad existían varios ilícitos soslayados, sintió que hacía lo correcto dejándoles seguir. Porque sí o sí, tanto ellos como el gendarme eran desconocidos, pero idénticos servidores de un mismo fin. Extraños caminantes de la senda del bien. De los propósitos de El Orden.

Zita puso el intermitente y prosiguió. Se incorporó al caudal de tráfico de la autopista después de la parada y miró de lado a Jean, guiñándole un ojo. Él se quitó esas gafas de una vez por todas, confirmando que lo había pasado un poco mal, y miró la cunita con capazo donde ocultaban las armas y las fundas que Jean le había pedido.

—Nos ha tocado un hombre bueno, por eso Dios nos ha ayudado —explicó Zita, como si Jean ignorase lo que acababa de ocurrir.

—Si hubiese sido malo, tampoco habría sido distinto —dijo él, pero ella se puso seria y bajó las cejas morenas sobre esos ojos claros, igual que un toldo echado en un soleado día de verano—. Hemos sellado un pacto con el mal, gracias a Dios, ¿recuerdas? —Jean adaptó su lenguaje al de ella, por no decir El Orden.

Un escalofrío recorrió las aireadas piernas de Zita y el dolor se refrescó en su memoria por lo ocurrido con la Gitana. Por lo injusto que había sido aquello y porque ese pacto no la incluyera. Seguía apenada.

Tal y como le dijeron al gendarme, pararon en Saint-Brieuc, pero allí no tenían abuelos a los que visitar, no. Entraron en el vestíbulo de un hotel de cuatro estrellas que por fuera tenía el aspecto de haber sido un castillo victoriano, pero por dentro combinaba elementos modernos sobre una base reacondicionada.

La habitación que les dieron albergaba una cama gigantesca arrebujada en pomposos edredones y sábanas blancas que la envolvían como si fuese un pulcro regalo de bodas. Al verla, los dos sintieron el deseo irrefrenable de hundirse en ella. El cansancio y la tensión de esos días se acumulaban y pasaban factura. Frente a la cama había un salón abierto, con un sofá de tres plazas y una mesa de centro.

—Voy a bajar a pillar algo de cena. ¿Qué te apetece, Jean? —dijo Zita.

—Lo mismo que tú. Me da lo mismo.

Ella cogió una de las tarjetas de acceso y se fue dejándole a solas con el olor a limpio de la ropa de cama y las vistas nocturnas de una plaza abierta, humedecida por la lluvia invisible que salpicaba las ventanas de ese balcón francés, haciendo brillar aquel suelo de adoquines callejeros en toda su extensión.

Jean dejó la cunita en el suelo, exploró el baño y apreció el encanto de sus lujos. Pensó en que era demasiado bueno y diferente, más de lo necesario y más de lo que el resto de su gente tenía en el poblado. Y se extrañó de haber tenido ese pensamiento, de incluirse con ellos y también se acordó de su abuelo, de su única familia. El corazón también se le encogió de pena porque quería volver a verlo, pero sabía que era imposible. No era seguro.

Cerró la puerta, se desnudó y se metió en la ducha con los poderosos chorros de agua caliente saliendo por la pared, estrellándose contra su cuerpo con la fuerza de un raudal tormentoso y huracanado. No rebajó la intensidad, como si de ese modo pudiera librarse de las preocupaciones que con frecuencia invadían su alma. Deseaba desprenderse de las inseguridades y la impotencia.

Se rindió a esa mala corriente que quería hundirle desde dentro como un mezquino saboteador y se abandonó a la sabiduría de El Orden. A la inteligencia que guiaba sus

pasos y que le había encomendado una misión. Una misión desconocida y aceptada de antemano. Confiando, sin miedo. Con fe.

«No volveré a dudar del plan. Mi ignorancia forma parte de su éxito. Me entrego a su voluntad sin titubear», se dijo. Cerró los grifos, abrió la puerta de la mampara y palpó entre la densidad de la niebla vaporosa el tacto de una toalla suave con un llamativo blanco nuclear. Se puso la misma ropa interior y se cubrió con un albornoz que llevaba el nombre del hotel bordado en el pecho.

—¡Anda, mira! Ya está aquí la estrella del *rock* —exclamó Zita al ver cómo salía del baño atravesando la densa nube de calor en forma de vaho—. Huy, qué ojillos más rojillos tiene este chiquillo.

Jean esbozó una tímida sonrisa después de volver a mirar esa cama, con ganas de abalanzarse sobre ella porque estaba agotado de cansancio.

—La ducha me ha dejado muerto. Me cuesta mantener los ojos abiertos.

Y Zita comprobó que parecían haber disminuido de tamaño y vio cómo Jean levantaba sus cejas tirando de los párpados hacia arriba como si pesaran un quintal.

—Cenamos juntos y te vas a la cama, ¿vale? —Zita le sonrió—. Venga —se lo dijo con amor, entre burlas, con el mimo que solo una mujer cariñosa puede proporcionar.

Y Jean, que había sido criado por su abuelo y que jamás había disfrutado de cuidados femeninos, vislumbró por vez primera el color de ese matiz y le pareció una de las cosas más tiernas y bonitas que pudo sentir a pesar de su simplicidad.

Ahora, duchado, seco y oliendo al aroma del gel de baño, el sabor del sándwich y las patatas fritas se intensificaban en su paladar de un modo acentuado y placentero.

Al acabar, Jean se reclinó sobre el sofá desperezándose, pero surtió el efecto contrario; empezó a quedarse dormido. Era como si estuviera y no estuviera, porque pudo ver la mano de Zita tirando de él hacia la cama, a trompicones. Y sentía que perdía el dominio de esa situación inofensiva.

Se vio metido en la cama y notó que Zita le había quitado el albornoz porque su piel caliente contrastaba con el frescor de las sábanas almidonadas. Estaba tan cansado que no tuvo fuerzas de cederle el sitio. Demasiado derrotado como para pensar en si ella le había visto en ropa interior o no, o en quién apagaría la luz después de aquello. Se vio atropellado por un cansancio titánico y demoledor que le hacía presenciar su escena a saltos, en fracciones interrumpidas de somnolencia. Y constató que comenzaba a bucear por el mundo de los sueños. Estaba dormido.

—Emily, cariño, ¿eres tú?

Parecía que el corazón se le quisiera salir del pecho, pero lo percibía lejos de él, conectado con su cuerpo, pero de un modo distante. Remoto.

—Te oigo, pero no logro verte. ¿Dónde estás, mi amor? —La voz era femenina y un poco más ronca de lo que él recordaba.

—Emily, estoy justo aquí. Contigo. Estamos juntos en sueños, ¿recuerdas?

Bríd dormitaba en la litera inferior de un estrecho camarote cuya claraboya zozobraba entrando y saliendo del agua marina, agitada por el vaivén del ferri que había cogido para cruzar el mar como una cuchilla afilada, rumbo a Francia.

—Ayúdame, Sans. Te oigo. Quiero estar contigo. Te necesito —suspiró—. Te he echado tanto de menos. —Una lágrima atravesó sus ojos cerrados, pasó por encima de su naricilla pecosa y respingona y se derramó sobre la almohada dejando la húmeda

impronta de su nostalgia—. Siento mucho lo que ocurrió. —Respiró entrecortada, sollozando en las penumbras de su memoria—. Lo siento muchísimo, mi amor. —Y empezó a llorar desconsolada mientras dormía.

—Te quiero. Lo eres todo para mí.

Jean la acariciaba desde el hotel y al mismo tiempo junto a ella. Podía tocarla, sentirla, como si estuviese a su lado, aunque no se veían.

—Voy a buscarte. Cada vez estamos más cerca. Ya falta poco, amor.

El llanto de Bríd dejó de ser comedido. Se abrazó a la almohada y rompió el aire de sus pulmones con el gemido incontrolado de sus emociones.

—Lo siento, Sans. Yo te maté. No te correspondí, estaba ciega de ira. —Lloraba, encanada en su sueño.

—¡Shhhhh! Tranquila, mi vida. Mi protegida. Mañana estaremos juntos.

Bríd sintió su abrazo, pero era algo más que una sensación física, era algo mágico e imposible. Una sensación de amor como jamás había experimentado, incomparable, placentera e intensa.

—Estaré esperándote cuando bajes del barco, Emily. Ahora tengo otro aspecto, pero sabrás que soy yo.

Ella sonrió sin dejar de llorar, abrumada al comprender que se estaban tocando y que se amaban con el espíritu.

—Me reconocerás enseguida.

—Yo también estoy distinta —se rio entre sollozos—. Sans… —Bríd decía su nombre, perdiéndole—, yo-yo también te quiero —farfullaba con fuerza contra su cama—. ¡Te quiero mucho! —Pero algo fallaba, se alejaban. Se desconectaban—. ¡Cariño! —pronunció con fiereza, con un tono desgarrador.

Entonces Bríd sintió que alguien la zarandeaba y la sacaba de su letargo soñado. La sacaban de ese estado tan triste y hermoso.

—Oiga —decía una voz—. ¡Oiga! Despierte, por favor. —Bríd notaba que su cabeza se agitaba sobre su cuello laxo—. ¿Se encuentra bien? ¿Qué le ocurre?

Y entonces Bríd abrió los ojos, regresando al lugar en el que estaba.

Era una azafata de la compañía naviera, que había entrado en su camarote asustada al oír sus llantos. Bríd estaba acalorada y sentía el rostro empañado. Se enjugó los ojos como pudo mirando esa cara desconocida y llena de preocupación. Con todo, no era capaz de refrenar la corriente de lágrimas que manaba de sus ojos líquidos, expulsando emociones sin control. Sin permiso.

—¿Necesita que la vea el médico? —La mujer parecía desbordada por la situación—. ¿Se encuentra bien?

Bríd se incorporó en la litera tratando de recuperar la compostura.

—Perdóneme —resopló cabizbaja—. Disculpe si la he asustado. —Cogió aire para calmarse, aclarándose los ojos—. Soñaba con una persona a la que echo mucho de menos. Y, bueno, perdóneme, es que ha sido muy intenso. —Se limpió las mejillas con la manga de la sudadera—. Lo siento —dijo respirando con dificultad, sonriendo con las comisuras de sus labios invertidas—. Mañana me reencontraré con él y, bueno, tengo miedo. No sé cómo reaccionaré. —Se frotó los ojos de nuevo, asombrada por haber llorado tanto—. Lo que tenemos juntos es demasiado fuerte. —Y la azafata la miró con extrañeza, sin añadir nada, preguntándose si era posible sentir algo tan intenso y

profundo por otra persona.

—No pasa nada, señorita. Discúlpenos por entrar en su camarote. Creíamos que le ocurría algo o que alguien pudiera estar molestándola.

Bríd miró a la puerta y vio cómo aquella azafata había acudido acompañada de un hombre rudo de rasgos tailandeses, o filipinos, no supo discernir, pero grueso y enjuto, achaparrado y vestido con un mono de faena.

Concluyó que sería un estibador o un mecánico del barco. Se levantó para acercarse a él y vio que empuñaba una alargada llave inglesa en la mano y que en su rostro todavía circulaba la adrenalina para protegerlas. Pero, con todo, ese hombre no se atrevía a mirarla.

Era tímido y humilde.

Bríd comprendió que ese tipo se había prestado a ayudar sin pensárselo dos veces, a improvisada demanda de la azafata, por su cuenta y riesgo. Quiso defender a esas mujeres, tal y como le habían inculcado su padre y su abuelo, e interceder en lo que pudiera estar ocurriendo en defensa del bien.

Bríd se acercó a él, a despecho de lo inusual que parecía, y se le quedó frente a frente, hasta que él levantó su mirada y la cruzó con ella.

Miró sus ojos negros y vio que eran como pozos profundos y oscuros llenos de riquezas. Se acercó un poco más y le abrazó por encima de los hombros, apretándole con fuerza y dándole un beso alargado en la mejilla. Volvió a mirar el abismo de esa mirada tan tímida y ambigua y le habló a pesar de que para él esas dos mujeres le intimidaban más que cualquier peligro por encontrar.

—Gracias por venir. Por cuidarnos. —Dirigió su mirada también hacia ella—. Por ser valientes y no mirar hacia otro lado.

Bríd afiló sus ojos bicolores sobre la pareja y el pequeño hombre la miró sin saber qué decir, enaltecido en su interior.

El miedo de ese tipo se disipaba y la tensión de su cuerpo se calmaba por dentro, aunque por fuera fingía una compostura que le costaba mantener. La azafata se alegró de haber hecho lo correcto y porque, a pesar de ser una falsa alarma, Bríd había sido sensata y agradecida.

Lo que ninguno de los dos pudo ni imaginar era que también había dicho eso por sus guardianes, por los protectores de la pareja, que al comprobar que no existía peligro real para sus protegidos desaparecieron difuminándose por el estrecho pasillo de camarotes. Y Bríd sabía que sus palabras eran acertadas porque ella nunca las había oído, pero le habría gustado escucharlas alguna vez.

Porque desde niña había caminado por la delgada línea de lo invisible. Por el deber y la protección a los demás.

- *HOTEL EDGAR, SAINT-BRIEUC (FRANCIA)*

- *EN ESE MISMO MOMENTO*

Respiró sobresaltado, como si se hubiera caído desde lo alto de un rascacielos hasta

el suelo; por eso su bocanada de aire sonó como un estertor aspirado. Le impresionó comprobar que Zita estaba junto a él, sentada en la silla, con las piernas cruzadas e inclinada hacia delante.

—¿Cómo está la mujer de tus sueños? —le preguntó su nueva matriarca. Tenía el semblante circunspecto y su expresión lanzaba un destello cálido e interesado—. Te he oído hablar con ella. —La frase descartaba sus evasivas.

Jean se dobló sobre sí mismo y procuró calmar los latidos de su corazón, el pulso desbocado de lo que estaba sintiendo por Bríd.

—Estamos acercándonos. Nuestro destino es estar juntos. Somos el uno… —Jean se contuvo porque intuyó que, además de curiosidad, una tristeza vibraba también en los ojos verdes de Zita—. Es el amor de mi vida —sentenció Jean, dándose cuenta de que ella había dormido en el sofá—. ¿Quieres saber de qué se trata? —le preguntó, con la mano extendida hacia ella.

Zita no comprendía muy bien qué quería decir con ese gesto, pero sabía que viniendo de él sería algo bueno. Aun así, dudó un instante al ver la palma de su mano alumbrada por la luz macilenta de la lamparita, pero solo un segundo. Enseguida se cogió de su mano y él la arropó con la otra, provocando que ella cerrara los ojos tratando de coger más aire del que sus pulmones podían abarcar, experimentando algo que nunca había vivido y que pensaba que nunca pudiera vivir.

—Lo que sientes por ella es precioso. Es… —Abrió mucho los ojos y jadeó buscando las palabras acertadas, sin encontrar ninguna en concreto—. Es belleza, bondad, inspiración, entrega. Es luz. Es puro amor. —Su voz se resquebrajaba como la cáscara de un polluelo al nacer y sus facciones se debatían entre sonreír de felicidad o llorar sobrecogida.

—Es lo que ella me hace sentir. —Miraba a Zita como si estuviera dándole una pequeña lección—. Sin embargo, hay algo que yo he de hacer para que esto funcione. —Levantó las cejas con sutileza—. Hay que ser arrojado y permitir sentirlo todo. Sin reservas —la miró con un destello personal—, sin defensas. —Jean acarició el rostro de Zita retirándole un suave mechón de su pelo azabache, con delicadeza y lentitud, sin que ella separase su mano de la de Jean—. Hay que rendirse al amor.

Entonces él quiso mostrarle algo solo para ella y Zita cerró los ojos de la impresión y cabeceó hacia delante como si hubiese perdido las fuerzas. Y ya no lo pudo refrenar. Se echó a llorar desconsolada por lo que Jean le estaba mostrando.

—Apenas nos conocemos. No puede ser —dijo con los ojos cerrados—. He sido mala contigo, te he decepcionado y he estado a punto de desterrarte, ¿cómo puedes amarme de ese modo? —Zita negó con la cabeza—. ¡No es justo! —Apretó los labios con una dentellada—. Yo no te quiero igual. Nunca podré amarte tanto —balbuceó entre bisbiseos, como si estuvieran escondidos en un armario y no quisieran que nadie los oyese. Ni oírse a sí misma.

—Tienes miedo de sufrir, de no ser correspondida o que el sentimiento se vuelva en contra tuya como una debilidad, por eso evitas amar y cuando te lo permites lo haces metiéndote palos en la rueda. —La acariciaba, más allá de los márgenes materiales—. Piensa una cosa —Jean le levantó la barbilla para apreciar esos ojos glaucos—, la experiencia de amar no es la misma que ser amado. Amar es un privilegio para nosotros, un privilegio que después llega a los demás. No hay decepción en ello,

nunca. Lo que ocurra después no dependerá de ti. —Zita parecía contener el aliento—. Nosotros debemos empezar a ser el cambio que queremos ver en los demás —la seguía acariciando con ternura—, alguien ha de iniciar ese cambio y predicar con el ejemplo. —Le sonrió de un modo entrañable—. ¿Quién mejor que uno mismo?

Jean besó su frente y retiró una lágrima antes de que llegase a sus labios.

—Tú no eres un hombre —le dijo con el temblor de esos ojos vidriosos—. Eres mucho más.

—Tú también eres mucho más que una mujer. Hay un tremendo espíritu detrás de ese hipnótico verdor. —Ella sonrió acariciándose con la mano de Jean. Y se miraron indagando en el alma del otro—. ¿Puedo pedirte algo? —preguntó Jean, sonriendo con sus labios apretados.

—Claro. —Zita exploraba sus facciones inocentes en busca de pistas.

—Cántame una canción y llévame a soñar contigo —susurró él—. Viajemos juntos, solo por esta noche, solo por este corto período de tiempo. Sin preocupaciones.

La invitó a entrar en la cama con él, con la absoluta certeza de que no era ese tipo de insinuación, pues al igual que ella y sus apariencias, sus intenciones eran puras.

—Quiero escapar de la realidad contigo.

Y Zita se metió en la cama, excitada y nerviosa, sabiendo que no hacían nada malo, segura de sí misma porque ya no seguía las instrucciones de nadie, ni los prejuicios o los preceptos impuestos.

Y así, empezó a cantar bajito, como cuando se bañaron juntos en la tina. Como niños atrapados en cuerpos adultos.

Jean balbuceaba bajito el ritmo de esa leve canción. Ella se acomodaba en la cama con la melodía de su voz afinada por la ternura celestial, con la dulzura de su esencia femenina. Zita se atrevió a abrazarle desde atrás, consciente de la clase de amor que se tenían. Consciente de que ella había dado rienda libre a sus sentimientos, sin defensas, sin interferencias, con los límites que el amor de la amistad entre un hombre y una mujer pueden dejar alcanzar, pero no por ello menos raro, pues al estar tan juntos y tapados con la pomposa ropa de cama nada parecía lo que era.

Se amaban de una forma desconocida, casi incomprensible.

Él la sentía respirar en su espalda, intranquila. Recogió su abrazo con las manos, con el contacto de la piel de sus piernas y sus pechos apretándose con él, uniéndose como partes de algo superior a lo perceptible, con el coro de las letras meciéndolos en color, a oscuras, cantando los dos en el viejo idioma de sus abuelos y alejándose de las preocupaciones.

Parecía poca cosa, solo una canción extinguida, algo intangible y presente en la memoria de su herencia. Pero los dos, a solas, cantaron abrazados esa hermosa nana de invierno hasta dormir. Construyendo un recuerdo imborrable.

Viajando juntos en sueños.

CAPÍTULO 42. **EL AGNÓSTICO**

- *BELFAST (IRLANDA DEL NORTE), URBANIZACIÓN RESIDENCIAL DE STUART*

- *AL DÍA SIGUIENTE, 5:00 A. M.*

—Buenos días, señor —dijo esa mujer al teléfono, enfatizando con energía—. Localizado. Estaba en una calle tranquila, bien aparcado. Junto al puerto. —Esas fueron las primeras palabras que David Fonseca oyó por la mañana mientras andaba cerca de la casa de Stuart.

—Es usted extraordinaria. ¿Se hacen cargo del transporte? —preguntó David Fonseca.

—Faltaría más. Lo encontramos ayer y hemos seguido sus indicaciones al pie de la letra. Ya está de camino —contestó la mujer policía, la misma que el día anterior había tenido el percance con Bríd.

—Muchas gracias, compañera. Esto es más importante de lo que parece. —No supo si se lo decía a ella o estaba pensando en voz alta—. Han hecho un trabajo fantástico. Enhorabuena —recalcó, a pocos pasos de la casa.

Se quedó enfrente de la vivienda, observándola con detenimiento. De apariencia discreta, abetunada, típica irlandesa. Eran esos momentos de la mañana en que aún es de noche, aunque ya se adivinaba el asome cercano del día con las almas trabajadoras todavía sin salir a la calle, pero viendo cómo algunos de esos vecinos iban encendiendo las bombillas de su dormitorio.

—Ha sido un placer y un privilegio ayudarle —dijo titubeante la mujer por teléfono—. Por aquí… es usted una leyenda. —Y esbozó una sonrisa nerviosa.

—Soy uno más, como cualquiera. Sus propósitos y los míos son igual de importantes. —La voz de David sonó tajante—. Agradezca los dones con los que ha sido obsequiada y póngalos al servicio del bien, tal y como está haciendo, y verá cómo sus talentos crecen. —Ella asintió en la distancia a pesar de que era imposible que la viera —. El honor ha sido mío. —Dejó que el mensaje calase en ella y luego añadió—: Salude a su compañero de mi parte. Hasta pronto.

Y se despidió pulsando el botón de colgar justo en la entrada de la casa de Stuart.

Tocó el botón del timbre y se fijó en el curioso color de las ventanas y de la puerta. Le gustaba ese tipo de viviendas hechas con ladrillos tostados al horno. Acarició la columna de la entrada imaginando su diseño y construcción, añorando los tiempos en que era arquitecto, contemplando su estructura simple y duradera. Y es que la prueba de su solidez la tenía justo delante de sus ojos, pues con más de ochenta tempestivos años seguía saludable y vigorosa.

El timbre debía de ser el primero que instalaron cuando llegó la corriente eléctrica y nunca debieron de cambiarlo, porque sonaba con una estridencia magnética que solo

cesaba al dejar de apretar el botón. Y tuvo que hacerlo tres veces hasta que oyó el ritmo acelerado de unos pasos bajando por la escalera.

Cuando la puerta se abrió, sin preguntas ni precaución alguna, David pudo ver a un hombre enclenque, con las gafas torcidas a medio poner, ojos pequeños y hundidos en sus cuencas, con el pelo desmadejado e hirsuto y unos calcetines blancos recubriéndole los pies. Stuart iba vestido con un pijama de Spiderman que le había regalado su madre antes de morir y que se ponía más de la cuenta por eso.

—Buenos días. Al fin le encuentro. —Stuart se acomodó las gafas intentando reconocer a la persona que tenía delante—. Puedo pasar, ¿verdad?

David entró con descaro y picardía mientras él, adormilado, no terminaba de entender qué hacía ese tipo ahí, vestido de esa forma y dentro de su casa.

—Disculpe que no me quite el calzado, ya sé que es costumbre irlandesa, pero el tiempo juega en mi contra.

—Creo que se equivoca. ¿A quién está buscando?

Se asomó por fuera para ver si había alguien más allí, nervioso, despertándose de golpe.

—Estoy buscando a Spiderman. —Stuart bajó la mirada hacia su pijama y le volvió a mirar, demasiado asustado como para captar esa broma—. Cierre la puerta, si es tan amable —le pidió con una cortesía que trascendía la educación, pero esbozando un sentido de autoridad invisible—. ¡No! —David levantó el dedo índice como advertencia —. No lo haga, doctor Stuart.

Él miró hacia la calle y pensó en salir corriendo a pedir auxilio, pero cuando ese tipo adivinó sus intenciones y le llamó por su nombre se quedó paralizado.

—Solo está confundido por lo que ve, no por lo que siente. Párese un momento a sentir. —David le miró inclinando la cabeza y levantando una ceja—. ¿Percibe algún peligro con su sentido arácnido?

David se echó a reír al ver la cara que ponía; parecía tener más miedo que once viejas.

Stuart cerró la puerta de su casa con duda y lentitud, apoyándose en la madera añeja, con los ojos cerrados por la agonía de no saber qué ocurriría después.

—¿Ha hecho lo que le he dicho? —Le miró con franqueza—. ¿Sigue pensando que puedo representar un peligro para usted?

David echaba un vistazo distraído a la biblioteca que tenía delante.

Después miró la butaca de Stuart, su tocadiscos, la chimenea, la limpieza que mostraba todo y de ese modo también se dio cuenta de las cosas que no tenía, tales como televisión u ordenador.

—Supongo que, si usted lo dice, será que no —marrulló, agitándose el pelo desgreñado con las manos, respirando por la nariz, calmándose, observando las características de ese extraño que tenía en su salón, sintiendo como le había dicho, aunque no funcionase del todo.

Stuart estaba impresionado. Sabía que la imagen de ese tipo se acercaba muchísimo a una descripción que no quería terminar de aceptar. «Es difícil entender lo improbable», pensó.

El tipo que Stuart veía en su casa iba ataviado de negro. Botas tácticas, pantalones de bolsillos, sudadera con amplia capucha negra, un machete en el muslo izquierdo,

una pistola enorme en el derecho, cargadores por el cinturón y, lo más gráfico de todo y que fue lo que le dejó estupefacto, la empuñadura de una espada negra asomándose por su hombro derecho.

Se fijó en su aspecto físico. Tenía cara de buena persona, pero eso no tenía por qué convencerle de nada. Calculó que tendría unos treinta años y se veía que era un hombre entrenado, fuerte, ágil, espigado y se intuía también que era inteligente.

—Tiene usted una casa preciosa.

David llevaba unos guantes negros que dejaban asomar sus dedos, pero pronto se metió las manos en los bolsillos de la sudadera adoptando una pose relajada.

—¡¿Qué quiere de mí?! —El tono de Stuart no era el más apropiado para preguntar a un hombre armado, pero, claro, es que él era irlandés y la valentía viene por defecto con la nacionalidad—. Esto es una maldita locura. —Se llevó las manos al rostro, tropezando con sus gafas doradas de estilo anticuado.

Dudaba, asustado, porque se parecía a la descripción que había dado Bríd.

—Pues imagínese cómo estoy yo, que tengo delante al mismísimo Spiderman.

Stuart se miró otra vez el pijama y se echó a reír sin gracia, adivinando sus intenciones y por lo absurdo de su insistencia.

—Este asunto… Usted… —Stuart agitó las manos expresando su extrañeza— no me parece serio —dijo, consciente de lo ridículo que estaba con ese pijama tan ajustado.

—Sí que es serio, sí, pero podemos reírnos un rato. No hay nada de malo en ello. —Dio unos pasos hacia él, sacó la mano del bolsillo y se presentó con una sonrisa amable—. Soy David Fonseca y, si no me he equivocado de puerta, usted debe de ser Stuart. —Él asintió, un tanto alelado—. Lamento no haberle cogido en su mejor momento, pero he de hacerle algunas preguntas. —David le miró con cara de pillo—. Por eso estoy aquí, ¿sabe?

Stuart había dejado de quejarse porque el semblante de su «invitado» había cambiado a una profundidad abrupta.

Stuart era capaz de percibir esa gravedad soterrada. Estrechó su mano y se miraron el uno al otro, evaluándose, midiéndose en valores.

—No me extraña que sea usted. Su aura es de un color muy puro —añadió David—. Se nota que ha ayudado a mucha gente —lo dijo con un tinte de asombro—. Sé que no es fácil ser tan bueno —le miró con un halo amistoso y enigmático— y le comprendo. —Se soltaron las manos—. A menudo es difícil discernir lo bueno de lo malo. No es tan fácil como parece, ¿verdad? Una solución inmediata igual no es buena a largo plazo. Algo malo puede llegar a convertirse en algo bueno después y algo demasiado bueno puede llegar a ser muy malo.

»La respuesta a todo eso está aquí. —David señaló el centro de su pecho y se dio unos toquecitos suaves—. Lo que pretendo decirle es que es usted una persona aventajada. —No era un tono condescendiente, sino explicativo—. Su intuición es superior. Por eso ha sido elegido —agregó sin pestañear—. Un amigo mío solía decir: «La verdad os hará libres». —David recordó con entusiasmo las palabras del difunto padre Damián, el cura de su pueblo—. Era un hombre humilde y bueno. Un misionero, como usted.

David se encogió de hombros como si ya tuviera superada esa pérdida, pero Stuart no podía saber lo que ese gesto tan íntimo significaba para él.

—No sé lo que quiere decir —replicó Stuart, bastante incómodo por ese abordaje domiciliario.

—Sí que lo sabe. Usted sabe que el bien es la libertad y que el mal nos hace esclavos. Y veo que es usted un hombre libre, porque a pesar de todo el daño que puedan hacerle nunca responde con odio, con venganza o con castigo. Se mantiene firme en su trayectoria. Ni siquiera es consciente de ello, pero es usted un fiel servidor de El Orden —afirmó con un ademán—, digno de su confianza. Apropiado para encomendarle las más delicadas misiones.

Stuart se emocionó un poco. Tenía la certeza de haber pensado en esa posibilidad algunas veces, pero siempre la descartaba por inaceptable o mesiánica. Y es que, además, era bien cierto que ser tan bueno le había traído muchos disgustos a lo largo de su vida y reconocía que, en efecto, se sentía incomprendido. Solo Bríd y ese extraño parecían entender los ácidos entresijos de su condición.

—Si se refiere a algún tipo de deidad, he de decirle que yo soy agnóstico. —Se mantuvo firme en su réplica, olvidándose de que iba disfrazado de Spiderman—. Ni creo ni dejo de creer. No veo pruebas a favor ni en contra —puso cara de pedir perdón para añadir—, pero respeto todo tipo de creencias.

—Hay un momento en la vida de toda persona en que lo que digo se descubre de sopetón. Para que eso no ocurra así, es bueno abrir la mente y seguir los signos de las señales en vida. Porque usted ya sabe que la mentira es muy fea y que vivir en la indiferencia es desoír nuestra conexión. —Le hizo una mueca de incomprensión—. Usted dice que no cree, pero basa todos sus actos en la bondad, ¿qué le empuja a comportarse así?

—Supongo que mi educación.

David puso cara de decepción, arrugando los pómulos hacia arriba al escuchar esa triste defensa.

—¿Tiene usted más hermanos? —preguntó David.

—Sí —contestó él.

—¿Son del mismo padre y de la misma madre? —Stuart asintió en silencio—. ¿Son tan buenos como usted? —Se quedó callado sin responder—. Pues no hay más que hablar —finalizó el silogismo—. La respuesta es sencilla. Usted está más conectado. Trae más intuición y bagaje de allí —apostilló—. Cuanto antes sea consciente de ello, mejor podrá realizar sus misiones.

—¿Misiones? —preguntó con aire escéptico.

—Por supuesto, eso he dicho. Misiones. —Parecían haber entrado en una dinámica lectiva—. Usted ha hecho mucho y le queda mucho más por hacer.

Stuart se llevó la mano a la barbilla, pensativo. Esa perspectiva explicaba las cosas que le ocurrían con frecuencia. Cosas normales, pero demasiado casuales. Cosas que solo él conocía. Pero, sobre todo, estaba receptivo porque algo en su interior le suplicaba que escuchara con atención. Y ese algo también le decía que esas ideas eran ciertas.

—Lo que usted afirma no deja de parecer un cuento. —El psicólogo sensato reapareció.

—No vengo a darle una patada a sus dogmas. —A David le preocupaba poco que le creyese o no—. Solo quiero que entienda lo que le ocurre, porque sé que lo ha

pensado muchas veces y que desde hace tiempo ya lo ha dado por imposible. Sin embargo, usted es libre de negar su propia verdad. Y ya que estamos y volviendo al asunto de sus propósitos —se acercó unos pasos mirándole a los ojos con un aire pícaro y cómplice—, tengo entendido que ha ayudado a una joven pelirroja. —David sonrió todavía más al ver su reacción—. No ponga esa cara, hombre. Confiaba en que Spiderman pudiera tejer una telaraña de confusiones capaz de despistarme.

Movió los dedos y las muñecas fingiendo que disparaba telarañas como el personaje de acción y luego palmeó sus muslos por encima de las rodillas, riéndose. Le divertía la situación.

—Es usted un pésimo actor —espetó David con una supuesta cara de enfado—. Quítese ese disfraz ahora mismo, no lo merece —le dijo David, intentando mantenerse serio, pero luego se volvió a desternillar de la risa.

Stuart no lo entendía, pero su peculiar sentido del humor era contagioso. Y sano. Y no tuvo más remedio que reírse con él. Si era una técnica de interrogatorio, era la más surrealista que había conocido.

Desde luego, Stuart no había empezado a creer en El Orden, pero reconoció que la conversación de ese tipo le atrapaba con un viento de credibilidad. Hablaba con la convicción de un líder carismático, férreo y convincente. Con la euforia incrustada en la seguridad.

Acertando en el rumbo de sus ideas.

CAPÍTULO 43. **EL PODER DE LOS DESEOS**

- *BELFAST (IRLANDA DEL NORTE), DOMICILIO DE STUART*
- *5:15 A. M.*

—Permítame que le ofrezca un café. —La desconfianza no se alejaba de Stuart—. ¿Puedo pasar? —interpeló señalando su cocina.

—Solo faltaría. —David le acompañó dejándole su espacio—. Pues aceptaré su oferta, de acuerdo. Para mí con leche y largo de café. Muchas gracias. —Stuart parecía algo sobrecogido—. ¿Me permite que le ayude?

El doctor ignoró las sensaciones que irradiaban de su invitado para adentrarse en la oscuridad de sus propios temores.

—Al principio, pensaba que no podía hablar de esto con nadie más, ¿sabe? —David abrió la nevera y sacó una botella de leche que estaba empezada—. Pensaba que al echarme a dormir moriría si lo comentaba con alguien. —Le miró de reojo—. No sé si lo sabe, pero existe una energía creadora llamada La Fuente. —David sacó dos tazas de un mueble vitrina y las puso sobre la encimera vertiendo una escasa cantidad de leche en la suya—. ¿Cuánta le echo?

Stuart le miró con cara de cordero degollado, como si estuviera preguntándose si esa persona estaba de verdad en su cocina o no.

—Un poco más que usted, pero solo un poco —dijo ensombrecido por la preocupación, con la curiosidad salpicando su intelecto.

—Como le decía, La Fuente es la energía de la creación a la que todos tenemos acceso. —Stuart sirvió el café controlando el pulso de la jarra—. Aquí se interpreta como el misterioso origen de la abundancia y hay personas que sin saberlo dominan muy bien su poder y son capaces de atraer y multiplicar la prosperidad. El Orden nos permite el acceso a este principio de la creación sin interceder —dijo como si fuera lo más natural del mundo—. Verá, usted es un claro ejemplo de ello. —Se miraron un instante—. Quiso tener un Porsche 911 Turbo de colección y fue capaz de atraerlo para sí, solo con la fuerza de su deseo.

Stuart se puso pálido, pero, aun así, quiso camuflarlo con una pregunta fáctica.

—¿Le gusta solo o con azúcar? No tengo sacarina. —Fue una frase automatizada porque por dentro algo le decía que esa locura mágica de la que hablaba ese extraño explicaba lo del coche y muchas otras cosas que había vivido.

—Siempre lo tomo sin azúcar, así sabe más a café.

Stuart le acercó la taza humeante mirando el exterior por la ventana; seguía oscuro por el tesón duradero de aquella noche cerrada.

—No era mi intención interrumpirle. —Se apretó las gafas contra los ojos por el puente dorado que unía los cristales.

—No me interrumpe, estoy muy a gusto hablando con usted. Se nota que es todo un profesional en su materia. —David le soltó ese dardo que, por supuesto, tampoco pasó desapercibido para Stuart—. Como le iba diciendo, La Fuente tiene un registro de todo lo que crea. Digamos que es una especie de memoria infinita —dio un trago largo de café y miró la taza, sorprendido por la calidad de su sabor—. Usted, su vecino, su sobrino y el perro de su exnovia —Stuart alucinaba con todo lo que sabía sobre él— y también yo somos creaciones que hemos pasado por La Fuente.

David cerró los ojos unos instantes y respiró el olor de esa bebida caliente, como si su aroma le trajera recuerdos.

—Nuestros actos son creaciones también. Todo aquello que hacemos es creación e incluso nuestras destrucciones. Como dicen en mi tierra, hacer y deshacer, todo es hacer. Y eso queda grabado en la memoria de La Fuente. Los científicos llaman a eso *big bang*, pero desconocen cómo funciona. Solo saben que el universo está en constante expansión y que nosotros somos un granito de arena vagando por ese vasto desierto. —Dio otro sorbo de café, pero Stuart sostenía la suya sin probarla—. ¿Sabe cómo enviamos la información a los registros de La Fuente?

Stuart negó sin tambalear su taza colmada y entonces David levantó la voz con ese humor al que Stuart ya se estaba acostumbrando.

—¡Un momento! No me estará envenenando, ¿verdad? ¡No le he visto probar su café! —Stuart le miró estupefacto, pero luego captó su ironía y se rieron juntos—. Relájese, hombre, que los dos somos de los buenos. Puede tomarse el café al ritmo que le apetezca. Y, por cierto, lamento haberme presentado en su casa de esta manera, pero el tiempo es un elemento valioso y su casa era el mejor lugar para tener este encuentro.

David se disculpó, pero de todas formas Stuart le dio un trago a su taza y le miró con enmudecida curiosidad, como esperando que prosiguiera con sus explicaciones. Y así lo hizo.

—La memoria de La Fuente se retroalimenta cuando dormimos. Algunos llaman a eso registros akáshicos —hizo un gesto de indiferencia—; da igual. Es lo primero que hacemos cuando caemos al sobre y planchamos la oreja. —David le guiñó un ojo al usar esa expresión coloquial—. Enviamos allí la memoria de nuestras aventuras diarias. Por lo visto, aquello es como un fichero enorme donde anotamos nuestras acciones y omisiones. Ahí está todo lo que hacemos. —David se acercó a la cafetera y se tomó la libertad de echarse más café—. ¿Alguna vez ha oído eso de que cuando alguien sufre un accidente o está a punto de morir ve pasar toda su vida por delante? —David le acercó la jarra, por si Stuart quisiera echarse más—. Pues es por eso. La Fuente es la fuerza de la creación y el lugar donde se registra todo lo que hacen sus criaturas. Somos algo de eso, una parte muy diminuta, pero tan importante como el resto.

—¿La Fuente es Dios? —preguntó, interesado.

—No. La Fuente es el poder de la creación. Dios es la inteligencia que gobierna su poder y está en todo lo que existe. Está en mí y está en usted. E incluso en el ser más despreciable —afirmó como si a él también le costara entenderlo—. Parece lo mismo, pero no es igual. Además, aunque el nombre sea lo de menos, yo prefiero llamarlo El Orden, que es como me lo dicen a mí. Es algo más indeterminado que una figura con

aspecto, identificable con un género o con un cuerpo. —Sorbió el café más contento porque veía que Stuart planteaba dudas—. Pero es cierto que puede manifestarse con la imagen que le convenga.

—Entonces, «a su imagen y semejanza», ¿qué significa? —preguntó Stuart.

—Tal y como yo lo entiendo, significa que en esencia somos iguales. Espiritualmente hablando, en nuestra base. Verá, le diré algo que a buen seguro ya le han confirmado: no estamos solos en el universo. —Stuart sintió un escalofrío interior y no pudo controlar un pasajero temblor en sus piernas—. El resto de las criaturas que viven en este plano, y en otros, también son creaciones de El Orden, hechas a su imagen y semejanza, aunque para usted o para mí puedan resultar de lo más extrañas. —David enarcó una ceja con la explicación, evitando entrar en detalles—. Nos parecemos en su manera de sentir. Todos tenemos su amor.

—Eso me han dicho —dijo como si las sílabas tropezaran al salir de sus labios.

—Hay un lugar al que regresamos cuando esta creación temporal llega a su fin, caduca, muere o falla porque sí. —David señaló su cuerpo pasándose las manos por el pecho y el vientre—. Cruzamos de nuevo y aparecemos en otra realidad más cercana. La luz que mucha gente dice ver en la antesala de la muerte es el filtro de La Fuente. A partir de ahí, la vida cambia. Al otro lado el tiempo también tiene valor, pero se mide en eternidades. Desde allí podemos ver el contenido de la memoria y recordar todo lo que hicimos en estos períodos de existencia porque todo está grabado ahí. Esta realidad en la que estamos es una existencia cargada de ignorancia, diseñada para centrarnos básicamente en el aquí, como un paréntesis independiente, un contexto de pruebas.

»Es una ilusión, una vida aparente, desde cero, para experimentarla por primera vez. Aunque no sea cierto. Una vida en la que todo nuestro saber se borró al cruzar esa puerta luminosa. Por eso me atrevo a decir que tanto usted como yo es más que seguro que hemos estado aquí por lo menos diez veces. Y por eso vamos mejorando nuestra sintonía con los preceptos de El Orden y acumulando recuerdos. También sé que algunos seres de su calidad regresan aquí como misioneros, elegidos, y llegan a recordar ciertas cosas porque su conexión con La Fuente se lo permite, con el consentimiento de El Orden. Estoy convencido de que ese es su caso.

Stuart apretó el entrecejo asimilando todo lo que escuchaba.

—Entiendo que hablamos de reencarnación —quiso matizar con su inciso.

—Claro. Los budistas lo saben muy bien. Ellos lo llaman la rueda del samsara. —Se encogió de hombros como si fuese evidente o formara parte de una explicación como otra cualquiera—. El peligro de venir de excursión o, bueno —ladeó la mirada hacia arriba con un soplido corto—, uno de ellos —dijo como si hubiera bastantes— es alejarse demasiado de las intenciones de El Orden y dejarse llevar por el polo contrario, pues aquí somos libres y olvidamos nuestra esencia. —Apretó los labios—. Bondad, maldad, creación, destrucción. Luz, oscuridad. El engaño está servido a diario, por eso la prueba no es fácil. —David estaba consternado—. La vida no lo es, no. Venimos aquí para ser mejores allí, pero algunos se quedan porque se desconectan demasiado de su propia naturaleza y al final eso les impide regresar a La Fuente. Se mantienen demasiado lejos de la puerta porque han dejado de amar con pureza. Ese es el cable de retorno, ¿comprende?

—¿Con «allí» se refiere al cielo? —No había vuelto a probar su café, absorto en la

atención.

—Así es. El cielo —afirmó David con un gesto irrefutable.

—¿Y cómo es? —preguntó, con la curiosidad de un niño.

—Yo no me acuerdo de nada; pasar por La Fuente nos borra casi todo. A mí me ocurre lo mismo que a usted, pero sé que es un lugar donde la materia no existe como tal. Esto de aquí es una realidad de baja vibración, por eso es física y tangible. Allí somos una esencia energética de pensamientos y recuerdos. Seres espirituales puros. Algunos con más amor que otros, pero todos buenos. También sé que ese amor se gana y se acumula pasando por aquí. —Meneó la cabeza—. Es lo único que podemos llevarnos al morir. El cariño, la bondad, la compasión, el perdón y otros sentimientos de esta dimensión son facetas del mismo concepto: el amor. Es la energía más poderosa, constructiva y ligera que existe, por eso dicen que allí podemos volar e ir de un sitio a otro al instante solo con quererlo.

Stuart permaneció pensativo.

—Pero no hay pruebas de que exista —dijo decepcionado el doctor.

—Es que, si aquí hubiera pruebas de su existencia y lo recordáramos al dedillo, el proceso de vivir y respetar las normas de vida y muerte no tendría sentido. —La lógica era aplastante, pero no concluyente—. Mire, usted ya ha estado aquí más veces. El amor que ha acumulado va consigo a todas partes, solo regresa a este mundo para avanzar en su afinidad con El Orden y cumplir determinados propósitos. Misiones que le encomienda El Orden… o Dios, si es que prefiere llamarlo así. —Stuart apretó los dientes meditabundo—. No hay pruebas, pero sí que hay indicios de la existencia del cielo.

—¿Indicios? —Él seguía un tanto intrigado por eso de las misiones.

Las aclaraciones de David aliviaban una incertidumbre que siempre había tenido y, aunque no pudiera demostrarlo, sonaba convincente.

—Los niños creen que pueden volar. Al principio, no se adaptan a esta dimensión material porque acaban de llegar de allí. Por eso se tiran desde la cuna o desde lo alto de un columpio como malditos majaderos. El dolor es lo único que nos hace respetar las normas que rigen esta dimensión.

Stuart pensó que, de ser mentira, era la mentira mejor hilada jamás escuchada. Por eso no abrió la boca. No quería detener el flujo de su oratoria.

—El pensamiento mágico de los chiquitines discrepa de las condiciones de baja vibración que hay aquí y esa misma distopía fuerza al sujeto a emborronar lo poco que nos queda de allá tras pasar por el arco de La Fuente. Es una percepción que suele perderse a los siete años, con lo que algunos neurólogos llaman poda sináptica. Una facultad que desechamos a base de dolor y disgustos. —David miró su taza, la agitó y le dio otro trago—. Ese sexto sentido permite ver la realidad invisible que nos rodea, según lo afinado que esté el individuo, claro. Por eso de pequeños es más fácil contactar con nuestros guardianes, hablamos con ellos y sabemos que nos cuidan.

»De cuando en cuando, algunos adultos pueden ver una sombra moverse por el rabillo del ojo, pero piensan que es un efímero reflejo de la oscuridad. Lo malo de ver cuando eres pequeño es que también es fácil contemplar las espantosas criaturas que nos acechan para mal. Solemos llamarlas monstruos y la falta de madurez nos hace verlas como algo terrorífico. —Giró las palmas de sus manos hacia arriba con

impotencia—. Al final, rehusamos utilizar o conservar ese sexto sentido por la misma razón de antes. —David levantó las cejas para concluir—: Por simple dolor.

—¿Ha dicho guardián? —musitó en voz baja, pensando en la figura negra, esbelta y opaca que vio en su despacho, esa que le había impresionado tanto y que era como una sombra.

Si los buenos eran así de impactantes, no quiso ni imaginar cómo sería ver a uno de los otros.

—Sí, eso he dicho. Ni los guardianes ni los monstruos son imaginaciones. Hay creaciones alejadas de El Orden… Malignas —hizo con los dedos el signo de entre comillas—, desconectadas. Atrapadas aquí. Son horribles y se alimentan de maldad porque no tienen más remedio. Pero no hay que odiarlas. Son creaciones que han venido como nosotros y se han desviado de sus propósitos, ¿lo entiende, Stuart? —Él levantó sus ojos achinados para mirar los de David—. Este es un precioso mundo de guerra y superación, pero eso usted ya lo sabe. Para nosotros no existe el odio. Aunque amar a seres malvados es harina de otro costal —resopló con languidez—. Es lo más difícil de alcanzar y lo más elevado también. De hecho, esa es la única manera de que sean rescatados, si me permite añadir. —A David le venían a la memoria experiencias de su pasado.

—Pero vamos a ver. Hay gente mala que prospera. Eso no tiene sentido —quiso buscar el fallo de esa lógica—. No es justo —añadió con indignación, posando la taza de café sobre la encimera y cruzándose de brazos.

—Todos, sin excepción, tenemos acceso a la fuente de la abundancia. ¿Cómo se cree que sale adelante la vida en el planeta? Cada ser es proveedor. Es creador de su alimento, refugio y de todo lo demás con el deseo o con la fe. Con la firme creencia de que está a su alcance. Esa facultad es igual para todos los seres vivos. Si no fuese así, no habría auténtica libertad, ¿entiende? De eso va este juego —lo dijo como si él ya tuviera que presentirlo—. En el caso de las personas, solo hay dos ejemplos en los extremos de la fertilidad. Los muy malos, que han amasado riqueza a base de ser ayudados por el mal adueñándose de la prosperidad de los demás, y los muy buenos, cuya abundancia está al servicio de la creación, de los más necesitados y de los asuntos de El Orden.

»Y a menudo se confunden por el ojo mal enfocado. Hay gente buena que odia a otra gente buena solo por disponer de abundancia y así se van alejando —negó con enfado —. De todas maneras, existe un equilibrio que procura igualarse siempre que puede. Algunos a eso lo llaman karma, pero da igual; el caso es que funciona en todos los aspectos. Eso sí, quiero aclararle algo. —Levantó la mano como si pretendiera volcar una premisa malentendida—. Disfrutar de los lujos que obtenemos de La Fuente no es ninguna obscenidad, siempre y cuando se obtengan de buena manera. —David se dio cuenta de que ya estaba hablando demasiado y Stuart se percató de ese detalle—. Como puede ver, esta dimensión es un lugar que oculta mucho más de lo que parece a simple vista.

—O sea que es cierto eso que dicen de que el pensamiento crea abundancia y escasez —dijo, refiriéndose a ese tipo de teorías.

—Al final es algo más que un pensamiento en sí. Ha de ser un deseo visualizado y sentido como alcanzado. Hace falta que intervenga la imaginación para que se

produzca —quiso matizar—. Pero, a grandes rasgos, sí. Si piensa mucho en algo sintiendo que lo tiene, lo crea, lo atrae y lo incorpora a su realidad. —David sonrió de antemano—. A ver, usted se imaginó limpiando ese precioso Porsche 911, conduciéndolo, aparcándolo en su garaje. Acelerando con fiereza por carreteras serpenteantes con ilusión. Así es como se hace. —Stuart no podía negar que había sido justo así—. Marcos 11, 24.

Stuart se quedó igual, sin saber qué quería decir con esa cita.

—Disculpe, pero no estoy muy al día de las Sagradas Escrituras; ya le he dicho que soy agnóstico. —Se frotó varias veces la nuca.

—No se preocupe, solo son referencias entendibles, regaladas a la humanidad. —La cara de David mostró una leve añoranza—. Tuve la oportunidad de ser ilustrado por una persona maravillosa, religiosa y práctica; por eso recuerdo alguno de sus mensajes. Pero ya le digo, no hace falta ser religioso ni memorizar libros sagrados. Hay gente muy mala que presume de ser religiosa y también todo lo contrario. Como comprenderá, eso no es lo importante. —David levantó la mirada con orgullo—. Lo importante son los actos —sonrió señalando a Stuart— y lo que precede a cualquier acto es una idea y esa idea siempre es escuchada por La Fuente. Para no tener malas ideas y no participar de la destrucción, solo hay que preguntarse aquí. —David señaló de nuevo su corazón—. En la riqueza de su silencio está la abundancia de la creación y las pautas correctas de comportamiento.

—Es muy difícil rebatir lo que aparenta ser como usted dice.

Miró abstraído el café de su taza y le dio un trago, ensimismado.

—No es una apariencia. Es algo incuestionable, pero invisible. —Se acercó un poco a él acaparando su atención—. Y ahora que nos vamos conociendo, que sabemos que venimos del mismo sitio y que trabajamos para el mismo jefe, creo que le toca a usted compartir algo conmigo. —Sonrió con bondad—. Es el karma, ¿recuerda? —Le hizo un movimiento doble de cejas—. Si tiene o se le presenta alguna duda, la voz de ahí le dará la respuesta.

Tocó con la yema del dedo su pecho, a la altura del corazón de Stuart.

Se miraron sin añadir nada. Sin vacilaciones ni bromas absurdas, buceando en los ojos del otro.

—Sí —Stuart inspiró por la nariz—, ya lo he hecho —contestó con una seguridad imperturbable.

Y un silencio solemne, más claro que cualquier aseveración, protagonizó esa atmósfera de confianza.

CAPÍTULO 44. **JUNTOS**

- *PASEO MARÍTIMO DE ROSCOFF (FRANCIA)*
- *8:00 A. M.*

Zita cumplió su promesa. Llevó a Jean hasta las inmediaciones del puerto de Roscoff, sin llamar la atención. Mimetizándose con otro sustrato social, renunciando a su identidad durante el viaje, a su cultura, a sus costumbres, a lo que ella era en realidad.

—Creo que ha llegado el momento de decirnos adiós. —A Zita le costaba sostener el aplomo en su voz.

—Nunca te olvidaré, gitanilla de ojos verdes. Pero escúchame bien, tranquila, que esto no es un adiós, es un hasta pronto —le dijo Jean con una sonrisa entrañable, como si no estuvieran despidiéndose—. Eres una mujer excepcional, siempre estaré en deuda contigo, al igual que con la Gitana —añadió, como si no estuviera fallecida.

—Ojalá sea verdad y volvamos a vernos. —Ella bajó la mirada y apretó sus labios con impotencia, con el preludio que el dolor deja con la distancia—. Te voy a echar de menos, payito. —Le miró con una sonrisa triste.

—Podemos volver a estar juntos siempre que quieras. Solo piensa en mí antes de dormir y nos veremos en sueños. —La cogió de la mano—. Y si me necesitas con urgencia solo has de gritar mi nombre. Estaré a tu lado, de día o de noche, aunque te escondan en el pozo más profundo y oscuro del mundo daré contigo y te ayudaré, porque estamos conectados por siempre. Para toda la eternidad —él le siguió sonriendo y la atrajo hacia sí como hacen las personas cariñosas—, créeme que es así —exhaló un sonido condescendiente, hablando con suavidad—, mi querida gitanita. —Jean sonrió, radiando la pureza del amor que había potenciado de noche con ella—. Iré a verte. Tenlo por seguro.

Ella le abrazó con todas sus fuerzas. No quería separarse de él. Se emocionó y apretó su rostro contra el pecho de Jean para que no la viese llorar. Y es que las hechiceras gitanas y matriarcas han de ser más duras que el acero. Y ella lo era. Ella era más fuerte que eso. Más que un diamante sin tallar, porque sus vergonzosas lágrimas la hacían indestructible y así reconocía que los sentimientos difusos de malestar le unían a Jean por medio de la energía más poderosa del universo. Y lo comprendió enseguida. Sentía que ese era el vínculo que unía a las almas inseparables. Y al conectar las palabras de Jean con sus impresiones, se sobrecogió y se marchó sin decir nada más, sin enjugarse la vista para que no la viese debilitada. Fortalecida.

La habían educado así y se daba cuenta de que era un asqueroso error y se juró a sí misma no volver a resistirse a las emociones elevadas. A no ocultarlas jamás.

Arrancó su coche acelerando por la recta del paseo marítimo sin dirigirse a él. No

podía. Pero tampoco era capaz de retirar su mirada y así contemplaba cómo Jean se iba haciendo pequeño por el retrovisor, entre la bruma de la mañana, con esa vestimenta de hombre intelectual que habían utilizado para pasar desapercibidos. Con la pequeña bolsa de deportes llena de armas, cargadores, fundas y cartuchos que no quiso ni saber para qué eran. No hacía falta. Jean era el enviado de Dios y no había nada que cuestionar. Pero lamentaba que hubiese otra mujer en su vida no porque tuviese envidia de ella, sino porque nunca llegaría a saber lo que sentiría al besar sus labios. Al mirarle a los ojos después de eso. Al respirar juntos el mismo aire y compartirse con él.

Por eso lloraba Zita.

- *PUERTO DE ROSCOFF (FRANCIA)*
- *8:30 A. M.*

Los altavoces del barco anunciaban su llegada a Francia y esa misma voz femenina repetía el mensaje en varios idiomas. En el aire flotaba una densa mezcla de olores a aceite, mar estancado y gasoil reposado, y todo aquello se aglutinaba con la humedad de la niebla espesa y reinante. Una niebla sólida, compacta y aguerrida, como los propios franceses.

Por eso el ferri hacía sonar su sirena, para avisar que rasgaba las nubes bajas y atravesaba ese intocable y molesto algodón a ciegas.

Los pasajeros fueron bajando a la bodega de vehículos, ganando posiciones entre el tumulto, igual que si se tratara de una carrera no declarada. Pero Bríd no. Ella estaba paralizada. A ella se le encogía el corazón de pensarlo. Sentía que le latía con dificultad y tenía la impresión de que su tamaño se había reducido a la talla de una bellota.

En su cabeza se mezclaban la impaciencia, el miedo, los nervios, la ilusión y la angustia que produce el amor. Y notó que un calor diferente a cualquier otro le subía por las mejillas y le hacía brillar el rostro con una belleza añadida a pesar de la incertidumbre.

Cuando el capitán atracó en el puerto y los amarradores afianzaron los cabos, la rampa del portón de carga de vehículos se abrió y el operario de rigor, vestido de un naranja chillón, quitó la cadena de seguridad con una sonrisilla picarona, como si ya supiese lo que estaba a punto de pasar y disfrutara de ello. Y así fue. Al pasaje le faltó tiempo para tropezar entre sí con el arrastrar de las maletas, con niños cogidos de la mano y macutos cargados a la espalda. En esa absurda vorágine febril y competitiva por salir los primeros.

Lo bueno fue que se disipó enseguida.

Sin embargo, Bríd no hizo nada de eso. Ella se quedó rezagada. La última. De hecho, una inconfesable parte de ella, una un poco cobarde, la anclaba a quedarse dentro del barco, detenida por la inquietud que arroja el momento de la verdad. El instante que llevaba una vida esperando y que, por fin, había llegado.

Lo cierto es que no era tan fácil ni tan sencillo como ella había imaginado.

—Precaución al salir, señorita —le indicó el operario con ese tacto tan elegante que

caracteriza la exquisita educación francesa—. El suelo es de metal y está húmedo. Tenga cuidado de no resbalar.

Ella caminaba, pero como si no estuviera del todo dentro de su cuerpo o como si fuese un espectador pasivo de sus movimientos. Embotada.

Bríd estaba de pie, por fin sobre tierra firme. La gigantesca rampa comenzó a elevarse, plegándose sobre el cuerpo del barco. Ya habían salido todas las personas y los vehículos. Ella era la última. Su pelo se agitaba al ritmo de la niebla, indecisa de continuar. Con los ojos abiertos y el resuello acelerado de ilusión y pánico. Era una intranquilidad agitada y apabullante, causada por la expectativa del reencuentro.

Entonces lo vio. Distinguió la grisácea silueta de un hombre recortado sobre el fondo blanco y envolvente y, aunque era humana, su imagen era casi idéntica a la de un guardián. «¡Mi guardián!», esbozó sin que nadie la oyera. Se le aceleró el pulso todavía más y dejó de ser consciente de su propio cuerpo, pues algo dentro de ella demasiado intenso la unía a él de un modo inexplicable y tenía la impresión de que sus pies caminaban por sí solos. Y entonces se vio a sí misma corriendo, vociferando a pleno pulmón en un arrebato irrefrenable. Incontrolable. Imparable.

—¡Sans! —chilló—. ¡Saaaaaans! ¡Sans! —gritó una y otra vez mientras volaba hacia él tan rápido como era capaz.

—¡Emily! —Jean soltó la bolsa y acudió a su encuentro tan pronto como pudo.

—Sans, ¡por favor! —gimió sollozando—. ¡Sans!

No era dueña de su corazón, de sus palabras ni de sus pasos. No era dueña de nada.

—¡Emily! ¡Amor! —A Jean se le rompía la voz y el alma en mil pedazos.

No veían sus cuerpos, solo sentían que eran ellos. Bríd corría y corría y él también, hasta que la distancia se disipó y ella saltó sobre él, abrazándose de piernas y brazos, a horcajadas, girando los dos en el aire mientras Jean la apretaba contra él y ella se aferraba con todas sus ganas para no perderlo jamás. Pero Bríd seguía sin estar al mando de sus emociones porque se mezclaba la tristeza del pasado, la esperanza del futuro y la alegría del presente en un cóctel de felicidad registrado en un instante de quietud, un mutismo de cariño en el espacio de dos almas desgarradas por el tiempo y unidas a fuerza de amor.

—Te quiero —dijo Bríd jadeando, apasionada—. No me volveré a morir sin decírtelo. —Ella cogió el rostro de Jean con las manos, mirándole con una sonrisa tierna e incalculable—. ¡Guapo! —Los oscuros y azules ojos de Jean se contrajeron sobrecogidos, con un brillo ártico.

—Te quiero. Eres el amor de mi existencia, mi alegría. —Y se miraron atravesando el iris de sus ojos, penetrando hasta el final de lo visible. Hasta la pureza inmutable e incorruptible de sus esencias.

Ella cerró los ojos y entreabrió los labios dejándose atraer por el inconfesable magnetismo que les unía. Sentía la tranquilidad de Jean, pero sabía que solo era aparente porque notaba cómo su corazón latía contra su pecho, moviéndose descontrolado a un ritmo salvaje y brutal. Y entonces se fueron acercando, timoratos. Con la calma arrastrada por el deseo. Despacio, como si fuese algo prohibido que hubiera que pensar. Y entonces unieron los labios del uno con los del otro y el tiempo pareció detenerse. Las gaviotas ya no graznaban, el motor de los barcos no rumiaba, el mar no se agitaba y el viento se paralizó en su beso. En el primer beso de sus vidas.

Cuando se separaron, hubo un segundo de absoluta nada, solo ellos mirándose con detención. Cogieron aire a la vez, como si se hubieran muerto del modo más dulce y hermoso, y el silencio se rompió y la realidad volvió a circundar entre ellos.

—Otro —dijo Bríd exigente, exhalando su placer a menos de un centímetro de él—. Otra vez. Por favor, otra vez.

Las palabras se le encanaban con la súplica, tropezando las sílabas con lágrimas desprendidas de sus ojos bicolores, mezclándose entre ellos el aroma del calor, de la agitación, del dulzor de la saliva y la exhalación apasionada del ritmo de sus pulmones.

Y se besaron de nuevo. Y el insondable silencio se volvió a crear con el contacto. Y Bríd se estremeció y entremetió sus dedos por el cabello de Jean y le apretó contra ella como si sus cuerpos fueran un obstáculo para llegar aún más lejos, más juntos.

Al separarse, Jean cedió hacia adelante, solo un poco, turbado, casi desmayado por el frenesí de sensaciones que experimentaba, sosteniéndola en sus brazos.

—Te tengo. No te sueltes de mí —susurró al oído de Bríd—. No me sueltes nunca, mi amor.

Se mordió saboreando las remanencias que Bríd había dejado en su gusto. Marcado por ella de por vida.

Él percibió el aroma de su cabello rubicundo, el tacto de su piel, sus insignias de mujer, y le pareció que así es como debía ser el cariño más puro del universo: la feminidad. Y no esperó a que ella volviera a anticiparse y con cuidado, como cuando a los niños les enseñan que las cosas más bonitas suelen ser las más frágiles, acarició su rostro y luego su nuca y la atrajo hacia él buscando esa repentina adicción por la que quería perderse. Y la besó con pasión y la abrazó con mimo, acariciando su espalda pequeña, su fina cintura y sus piernas firmes entrelazadas contra él… extraviado en su esencia genuina.

—Deben de amarse mucho —le dijo la azafata al mecánico.

La pareja que la noche anterior se había introducido en el camarote de Bríd presenciaba la escena desde el púlpito de la cubierta de popa y algo en el ambiente, quizá la energía radiante, las feromonas o el simple hecho de ser espectadores de algo tan bonito, les afectó.

Él, un hombre enjuto y musculado a fuerza de trabajar con dureza, acusado de complejo por su aspecto tailandés, inseguro de ser digno merecedor de su compañera, se quedó callado. Taciturno. Meditabundo. Mirándola. Expresando con su mirada todo aquello que no se atrevía a decir. Temía el rechazo porque todo parecía en contra. La impalpable disciplina laboral que les unía también les distanciaba y ambos sintieron la amenaza de la negación. Pero los dos veían a esa pareja arrullada y les daba fuerza para correr el riesgo, aunque la balanza se inclinara hacia la resistencia y aunque todo aquello pareciese pesar mucho más.

Pero él seguía mirándola sin decir nada. Diciéndole todo. No había mayor anhelo ni forma más discreta de expresarlo con descaro.

—¿Crees que yo podría encontrar a un hombre que me amara así? —le dijo la azafata al mecánico.

—Me esforzaría todos los días de mi vida por serlo. Nunca me rendiría por ti. Te lo prometo. —Cuando dijo eso, él mismo se sorprendió.

Y es que el guardián de ese hombre estaba allí con él, intercediendo, reclamado por

el miedo que le atenazaba. Y le dio el coraje que merecía, porque él era un hombre bueno y esa mujer necesitaba vislumbrar una seguridad concreta. No quería más desengaños. Se juró que no volvería a sentirse utilizada y que no daría un paso más por otro hombre que no la amase de corazón. Necesitaba ver ese tipo de convicción, esa determinación. La clase de valentía que no encontraba entre seres mezquinos. Valentía por ella.

Valor de amor.

—¿Hoy sería un buen día para empezar?

Por fin le dio la señal inequívoca, acercándose a él de un modo sutil, con un gesto melifluo.

El guardián, que estaba ahí para disipar sus titubeos, le dio un empellón para que correspondiera el acercamiento. Se dio cuenta de que él no había dado la orden de mover sus pies, pero poco importaba esa nimia sospecha. Solo estaba a un par de pasos de ella, uno menos. Más cerca. Muy cerca.

—Habría sido mejor ayer o en el instante en que te vi por primera vez hace seis meses, pero hoy es mucho mejor que mañana. Y no soy capaz de pensar en el infinito del jamás porque me derrumbo por dentro al imaginarme sin ti. Así es que no pienso desperdiciar un segundo. No buscaré el lugar apropiado, ni la soledad o el momento vacío de miradas curiosas. Me esforzaré desde ahora mismo en amarte con todo mi ser, porque tú eres yo y quiero que seamos uno.

Ella le miró respirando con dificultad y él, casi asustado de haber pronunciado esas palabras en voz alta, se sintió conmovido. Desprotegido. Traicionado por su sinceridad.

Entonces ella rompió esa barrera personal que todos tenemos, transgrediéndola, sabiendo que sus sentimientos eran honestos y elevados. Y le besó, porque ya había sido bastante valiente. Porque supo que él no se atrevería a hacerlo y porque tampoco quiso que lo hiciera todo. Y es que a esas alturas ya había aprendido que el amor es un fuego que hay que alimentar entre dos.

Emocionada, con las vibraciones de su corazón latiéndole a flor de piel, miró por un instante a esa mujer pelirroja con un pensamiento centelleante, percibiendo la energía que había impregnado en el lugar, viendo cómo se marchaba abrazada a su pareja.

Se iban comiéndose a besos, mirándose, maravillándose el uno con el otro mientras andaban, y entonces a la azafata le dio la impresión de que era la primera vez que esos dos se veían en sus vidas. «No puede ser eso. Es imposible», pensó. Pero luego sonrió, agradecida de haberse cruzado con ella. Con ellos. Con la mujer que gritaba en sueños su dolor de amor.

Jean miraba a Bríd sin borrar su sonrisa de alegría. Bríd le devolvía la mirada con los ojos abiertos, muy abiertos, atenta a él, como si viera algo mágico e increíble. Con la dicha dibujándose en mayúsculas por sus labios, con las comisuras y sus bordes invertidos, radiando una felicidad absoluta. Un gesto latente e inequívoco que Jean reconoció de su protegida. De su amor.

—Toda una vida sin ti, preguntándome qué me faltaba, por qué no podía amar a nadie más y nadie más podía amarme a mí. Siempre sola. Huérfana de padre y madre. Abandonada en un mundo solitario sin mi guardián. Volviéndome loca con las cosas que lograba ver y comprender. Luchando contra mis recuerdos y los deberes que se me presentaban. Incomprendida, rechazada, etiquetada de delincuente por hacer lo

correcto. Por hacer el bien…

Jean la interrumpió:

—Pero ha sido divertido, ¿no? —Bríd le miró sonriendo, extrañada por lo que decía.

—¿Divertido? —Resopló socarrona.

—Yo también me he saltado las reglas de El Orden y, sin embargo, me ha seguido ayudando, igual que a ti. Eso sí, como podrás imaginar, yo tampoco he encajado muy bien aquí. —Jean le besó la frente y cambió de tema—. Pero qué pelo tan bonito tienes. ¡Eres preciosa!

Bríd se sonrojó.

—¿Sí? Pues lo llevo demasiado largo. Creo que me lo voy a cortar, como hice tras El Colapso.

Frunció el ceño con una sonrisilla granujienta, aunque a Jean se le desencajó la expresión y, sin quererlo, ella le siguió por instinto reinstalando su innata y marcada seriedad, con los ojos velados en preocupación.

—¿Qué ocurre, Sans? —le preguntó cuando ya salían del puerto.

—Para un momento, cariño. —Los dos se miraron como si no hubiese pasado el tiempo desde la última vez—. Tenemos que hablar de eso. —Su voz sonaba a estupor mientras contemplaba el color amelado del atardecer y el verdor húmedo y boscoso en sus ojos dicotomizados.

—Ahora me llamo Bríd y quiero vivir todo lo que se me ha arrebatado.

Jean soltó la bolsa dejándola caer contra el suelo, atrayendo el rostro de Bríd hacia el suyo con esas manos gruesas y bastas, uniendo su frente con la de ella, cerrando los ojos y respirando para calmarse.

—Y lo haremos, mi amor. Lo haremos. Pero hay una tarea pendiente, ¿comprendes? —A Bríd le llegó un temblor olvidado. Recóndito—. No hemos aparecido en esta fecha por casualidad. Te necesito. —La besó como si a él también le disgustase la situación —. Por eso estamos juntos —sentenció sin opción a réplica.

—No es justo —lo dijo tan bajito como pudo, avergonzada de su tono quejoso.

—Lo he prometido. He dado mi palabra, Emi. —Y Jean bajó la mirada al suelo—. Bríd —dijo después corrigiéndose, sin saber cómo quería que la llamase.

Ella se agachó, abrió la pequeña bolsa de deportes y lo primero que vio fueron dos pistolas Glock de cañón largo. Inmaculadas, negras y relucientes. Sonrió, como ella solía hacer, por poco tiempo. Cerró la bolsa y se levantó percibiendo una tempestad invisible, activando las oxidadas defensas de su personalidad.

—De acuerdo —murmuró afligida—. Lamentarán lo que nos hicieron.

—Buscaremos la solución, con la ayuda de El Orden. Con firmeza, pero sin rencor. Debemos estar unidos —Jean cogió aire, fatigado por el recuerdo de sus muertes, escrutándola— porque… por separado somos buenos… —Jean la besó y volvió a mirarla—, pero juntos… —acarició la suavidad de su rostro constelado—, juntos somos invencibles.

Y se volvieron a besar y se abrazaron con intensidad por lo que intuían que vendría. Necesitándose el uno al otro. Con verdadero miedo por volver a separarse algún día.

—Te quiero. Te quiero. Te quiero. Te quiero —se decían interrumpiéndose, devorándose a besos.

Demostrándose el amor que se habían guardado durante la añoranza. Sabiendo que

la ausencia del uno con el otro había amplificado el amor que se tenían. Y se lo demostraban así, en esa reducida parcela de eternidad que compartían en este mundo, sin imaginar qué ocurriría después. Anclados a ese presente inolvidable. Insustituible.

Unidos al fin.

CAPÍTULO 45. **SOLO POR HOY**

- *BELFAST (IRLANDA DEL NORTE), DOMICILIO DE STUART*

- *DOS HORAS ANTES*

—Gracias por contármelo. Ha hecho usted lo correcto, doctor. —David le miró con una expresión extraña—. Lo que estoy a punto de hacer no es nada personal.

David blandió su espada negra en un visto y no visto. Y su metal resonó como la nota aguda y perpetua de un xilófono por el aire.

—Será rápido. No le dolerá.

Stuart se echó hacia atrás, sin sitio adónde ir, abriendo la boca de par en par, presa del más espantoso terror.

David sonrió señalándole con la punta de la espada y le hizo un gesto para que mirase a su derecha, pero él seguía petrificado. Acobardado. Aterido por aquel desenlace injusto e inmerecido, sin atender a razones.

—Es el modo más sencillo de hacerlos venir. —El guardián de Stuart estaba en su cocina—. Quizá pueda verlo. Está a su derecha. —Cabeceó hacia la izquierda para indicárselo.

—¿Ver? —Tenía las pupilas más contraídas que el filo de una aguja—. ¿Ver el qué? —preguntó por inercia, aterrorizado, pensando que iba a morir a manos de David.

Creía que había sido engañado con eso de escuchar los dictados de su corazón y, arrepentido por su error, lamentó haber traicionado a Bríd sin pretenderlo.

—Es su guardián. Está justo a su lado. —Y David le saludó inclinando la cabeza con veleidad ante ese tamaño, ante la solemnidad de esa sombra contumaz e inalterable, bruna y abrupta entre los tonos de la realidad.

—Volvemos a vernos.

Stuart se dio cuenta de que David dirigía la mirada hacia ese lado y entonces se atrevió a echar una ojeada, no sin miedo, pues todavía era incapaz de recuperarse del susto.

—Tengo cientos de protegidos a los que cuidar, no debería estar aquí, insensato. —Su voz gutural y estridente abarcó la totalidad de la cocina.

Sin embargo, Stuart no escuchaba nada. Solo sintió un inexplicable y repentino zumbido en sus oídos. Un pitido persistente y penetrante que eclipsaba cualquier ruido reinante y volvió a mirar a su derecha porque percibía que de allí llegaba ese silbido y entonces lo vio. Fue fugaz e instantáneo, como una diapositiva colada en una película, y la reconoció como la misma que había observado en su despacho. Se evaporó de inmediato, en lo que dura un chasquido, y con ello regresó el escepticismo, que era justo lo que le impedía verlo. Y en sus conjeturas circuló la hipótesis de la pareidolia, del efecto placebo y Pigmalión, y otras explicaciones que solo conocen los psicólogos,

asentadas en que el resultado de una expectativa se cumple solo por creencia.

—¡Espera! —David suplicó con un gesto de mano—. Me disculpo por haberte invocado así, pero necesito encontrarla. Como sabrás por tu protegido —dijo mirando a Stuart—, esta consigna viene de El Orden. Tú me lo dijiste. —La seriedad de David era penetrante—. Necesito contactar con el guardián de Bríd. Solo eso.

—No se puede. Él es otra anomalía. Como ella. Como tú.

David encogió el entrecejo sorprendido, calculando qué podría estar pasando. Qué se le estaba escapando.

—Llévame con Bríd, tengo que verla —se apresuró a decir antes de que se esfumara como solían hacer los guardianes.

Stuart miraba a su derecha sin oír otra cosa que las frases de David, tratando de discernir algo más entre los claros de las luces de neón.

—Ya te dije que no te debo nada. —La inflexión de la voz del guardián era todavía más pujante y poderosa.

—Soy un enlace. Te ayudaré en lo que me pidas. Siempre lo haría. —Guardó su espada y abrió las palmas de las manos con los dedos apuntando al suelo en señal de humildad—. Siempre he estado de vuestro lado. Desde niño. Y lo he sacrificado todo por seguir los dictados de El Orden. Somos aliados.

David apretó los puños con todas sus fuerzas, con la impotencia contenida al recordar sus oblaciones, pero, sobre todo, por lo ocurrido con Claudia. Por eso hizo rechinar sus dientes entre sí, porque era una ofensa de compromiso. Y de sus nervios al recordar esas vivencias del pasado como si fueran presentes, aparecieron decenas de guardianes tras él creando una inmensa cortina de oscuridad a su espalda. Un vacío inexplicable que Stuart pudo contemplar a centelladas intermitentes, creyendo que la luz de su cocina había parpadeado.

El guardián, que nunca había conocido a nadie igual, permaneció allí, viendo a los cientos de sus iguales reunidos tras él, desapareciendo, desenhebrados entre los claros, dejando pasar la envolvente luz de los fluorescentes.

—Te diré dónde está y no te pediré nada a cambio a pesar de que lo necesito —dijo el guardián de Stuart.

—¡No! —David se acercó a él con un paso—. Primero te ayudaré y después me ayudarás tú a mí. No romperemos las reglas.

El guardián permaneció unos segundos sopesándolo y luego le contestó:

—No será fácil —se disculpó de antemano por lo que le iba a pedir—. Tiene un futuro importante para El Orden, no debe torcerse. —Avanzó medio metro en silencio—. Ya he enviado a algunos para intentarlo, pero va a ser en vano. —El protector de Stuart miraba a David con inquisición, acercándose más a él, escrutándolo con curiosidad—. Se lo iba a pedir a Bríd, pero estaba demasiado descentrada —añadió.

—Enséñamelo a mí. —David afiló su mirada rasgando los ojos.

El guardián dio el último paso hacia él y posó las manos en su cabeza.

—Newham, Londres. —David cogió aire con los ojos cerrados. Eso era lo que vio y lo que Stuart escuchó—. Entiendo, vale —afirmó David y llenó sus pulmones para vaciarlos con moderación—. Voy para allá —soltó en un arrebato de valor.

Y el guardián se evaporó dando paso a la naturalidad de la luz.

David sacó una tarjeta negra de su bolsillo, en la que solo había un emblema dorado

triangular y dos círculos concéntricos en su interior. Debajo de ese grabado en relieve había un número de once dígitos. Solo eso.

—Tengo que irme. —Stuart cogió la tarjeta percibiendo el peso de la situación y el saldo de su deber—. Nos haría falta alguien con tu talento y calidad. Piénsatelo. Si decides potenciar tus misiones y dar el paso, solo tienes que marcar ese número. Nadie lo cogerá, pero unas personas aparecerán y te explicarán lo que hacemos. —Presentía que a David le habían entrado unas prisas fulgentes—. Cuídate mucho, amigo.

Y le dio un abrazo agitando su cuerpo escuchimizado, besándole en las mejillas de un modo sonoro, como si fueran amigos desde la infancia.

Él se sintió embriagado por ese afecto fraternal.

—Gracias.

Stuart le acompañó a la puerta viendo que el sol ya aclaraba el cielo de su ciudad.

—No. Gracias a ti por cuidar de Bríd y por confiar en mí. —Stuart miró el fondo de ojos de su visita y sintió un vértigo alarmante—. El Orden te lo agradecerá —agregó David con una seguridad implacable y Stuart le vio salir por la puerta.

No obstante, la imagen de David cambió en el exterior. Ya no era un tipo armado vestido de negro con una capucha laxa y el mango de una espada sobresaliendo por el hombro, no. Era un tipo corriente, vestido con traje y corbata que andaba a pasos acelerados hacia el fondo de la calle, donde se montaba en un Aston Martin que estaba subido a la acera. Lo bajó del bordillo con rapidez y el motor ronco de ese deportivo negro hizo vibrar los aleros de los tejados con su acelerón, perdiéndose de vista.

Stuart parpadeó para concebir lo que estaba ocurriendo, pero no había explicación racional para eso y bajó la vista de nuevo sobre la tarjeta que acababa de darle David, aferrándose a algo material y palpable, procurando encajar todo lo que había visto, instante en que una grúa entró por el callejón de su casa con un Porsche 911 Turbo sobre su plataforma. Entonces Stuart masticó la presión que dejaba lo inverosímil, viendo llegar su coche hasta la puerta de su casa, mirando otra vez esa tarjeta y haciéndose miles de preguntas al mismo tiempo.

Pensando. Negando.

- *CIUDAD DE ROSCOFF (FRANCIA)*
- *1:30 P. M.*

—Yo nunca he sido tan fina —dijo Bríd manchándose los bordes de la boca al comer —. No sé cómo pueden enrollar los espaguetis sobre una cuchara. ¿La gente no sabe disfrutar de los placeres de la vida?

Y absorbió uno de esos largos fideos con fuerza, bizqueando los ojos como si estuviese vivo y quisiera escaparse de ella emprendiendo la fuga por ese restaurante.

—Yo iba a intentarlo, pero mira, paso. Voy a hacer lo mismo que tú.

Y Jean los enrolló a cascoporro engulléndolos de un tirón.

Se divertían y lo pasaban bien. Se ponían al día y comentaban lo extraño y confuso

que había sido el misterio del proceso y cómo sus destinos habían ido encajando las piezas para reunirlos. No obstante, al mirarse, los dos seguían sintiendo que vivían el espectro de un sueño. Uno muy real donde la vida se palpaba segundo a segundo, con cada parpadeo.

—O sea que eres un fenómeno del *parkour* y un grafitero reputado; y yo que creía que era la única que se había desviado —señaló, irónica—. Necesito más detalles sobre eso que me has contado, ¿seguro que eran extranjeros? —Bríd se acercó para preguntarlo con precaución.

Jean dejó de sonreír y colocó su tenedor sobre el plato, limpiándose con la servilleta.

—Sí. Estoy seguro al cien por cien. Ya he visto varios *Black* y también un *Blue*. Mataron a un buen amigo mío y a su compañero —dijo, apesadumbrado—. Como te he dicho, Pit era policía. —A Jean se le encogía el estómago—. Sé que están en un lugar mejor que este, pero no puedo evitar la huella del sufrimiento cada vez que pienso en ellos. Es ilógico, ¿sabes?

Bríd le cogió de la mano acariciándole con su pulgar.

—De momento, seguirán ocultos. El Colapso no tendrá lugar hasta el año 2025. Hay tiempo. Al menos quince años. —Bríd apretó su mano para animarle, pero él levantó la cabeza y negó a duras penas, silenciando a Bríd con una insinuación—. ¡¿Qué sabes?! —preguntó a bocajarro, con la ternura evaporada del rostro y ese temperamento rescatado.

—Sé que tendremos que actuar pronto —cabeceó, molestó—. Llámalo intuición. —Ahora fue Jean quien evitó que le soltase la mano.

—¡¿Intuición?! —Bríd levantó la voz en el restaurante dando un golpe en la mesa.

—Tranquilízate, amor. —Jean se agachó un poco buscando esos ojos distintos al resto, sosteniendo su mano—. Tranquila —insistió, mirándola con expresión comprensiva—. Nadie dijo que fuera a ser fácil, pero podremos. Por eso estamos aquí, ¿comprendes? —Entrelazaron sus dedos—. Veo que ese carácter tan tuyo tampoco ha mejorado demasiado con el tiempo. —Jean se dejó caer en la silla y Bríd se echó a reír, todavía encendida por el furor—. Hoy estamos de vacaciones, ¿vale? Mañana ya veremos, no te agobies.

Jean levantó la mano de Bríd del mantel y la besó varias veces. Y luego se acarició el rostro con ella y parecía funcionar porque daba la impresión de que su enfado se mitigaba, pero era difícil.

—Me gustaría no volver a hablar de ellos por un tiempo. Ni de El Colapso ni de ninguna otra cosa espantosa relacionada con la muerte. Me encantaría que fuéramos solo lo que parecemos —Bríd se encogió de hombros cerrando los ojos con resignación y luego continuó—, una pareja normal. Por favor, solo eso. Solo por hoy. —Se peinó con las manos su melena fogosa, más que nada para calmarse—. Por una sola vez —suplicó.

Se miraban enmudecidos, con el pensamiento plagado de preocupaciones volubles sobre el futuro.

—Pero, Bríd, eso sería bastante aburrido, ¿no te parece? —Y Jean bromeó mirando la pequeña bolsa de deportes que tenía a su lado, guiñándole un ojo, y después se puso muy serio—. No has sido enviada a esta época para disfrutar de la paz. Has nacido para traérsela al mundo.

Bríd apretó sus cejas, calibrando la envergadura de esa responsabilidad.

—A veces se me olvida quién eres en realidad —suspiró ella—. Quiénes somos.

Sonrió encogiendo su pequeña nariz respingona con una mueca graciosa, restándole importancia a lo que había dicho él.

Al salir del restaurante, vieron la señal de un hotel llamado Le Brittany & Spa y los dos se miraron sintiendo cómo un ardor recorría sus cuerpos derritiendo sus anhelos.

—Sería un buen sitio para pasar la noche, ¿no? ¿Te apetece probar un *spa*? —Jean se acurrucó inseguro sobre ella al preguntarlo—. Yo nunca lo he hecho —dijo con cierta timidez y Bríd le miró creyendo captar su mensaje.

—Yo tampoco. —La idea la ilusionó—. ¡Venga! —Ella le miró con una intensidad presuntuosa y dócil, añadiendo—: Lo haremos juntos por primera vez.

Y le sonrió levantando el centro de sus labios, midiendo su intensidad de deseo con la mirada.

Cuando ya estaban próximos al hotel, Bríd se detuvo frente a una *boutique* en la que un abrigo largo se exhibía en el escaparate. Era de un color chocolate oscuro, bonito, flexible y maleable. Entró, se probó uno de su talla y también miró los bañadores. Jean comprendió enseguida sus intenciones. Necesitaba una prenda larga para no llamar la atención. Él cogió unas bermudas verdes y Bríd un bañador oscuro y algo de muda, porque los dos viajaban sin equipaje. Pagaron y se fueron directos a esa bonita edificación de piedra construida en el siglo xvii, remozada como un hotel de aguas termales.

El alojamiento era imponente, parecido al castillo encantado de una princesa. Con su tejado de pizarra negra y su fachada ahuesada desafiando a los embistes del mar. Aromado con las sutiles fragancias del aceite de argán y los extractos de lavanda, atrapando los sentidos de sus huéspedes con unas melodías relajantes. Un ambiente mágico.

Menos de media hora después, ya tenían en su mano lo más importante: una tarjeta de habitación. También dos albornoces, un gorro de baño y dos pares de chanclas que debían plegarse, gentileza de la recepcionista del hotel.

La estancia era preciosa. Enorme. Con infinitas vistas al mar. Olía a sábanas lavadas y en el ambiente pululaba un persistente aroma reposado a madera noble. Bríd se paralizó a la entrada, abrumada por el lujo y la excelencia.

—Es demasiado —soltó, como si no fuese digna de ello.

Comparado con la austeridad del camastro de su albergue, la habitación le pareció un palacio.

—Estoy de acuerdo. Es demasiado poco para la mujer más bonita del mundo. —Él la empujó por la cintura con suavidad y la puerta se cerró tras ellos—. ¡Rápido! Ponte el bañador, que nos vamos al *spa*.

Jean dio una sonora palmada y se metió corriendo en el baño, con las bermudas en la mano. Ella miró la cama de reojo por un momento y respiró hondo.

Cuando Jean quiso salir llamando a la puerta y preguntando «¿se puede?», Bríd ya se había puesto el bañador y estaba plegando las chanclas. Al ver el torso musculoso y definido de Jean, esculpido a base de deporte callejero, sintió como si algo se le moviera por dentro y por un instante pensó que no sería capaz de esperar. Pero lo hizo. Contuvo sus instintos más primarios y sacó el albornoz de Jean de su plástico

transparente, ayudándole a ponérselo.

A Bríd le extrañaba esa euforia por ir a la piscina. Era como un niño inquieto al que le daban rienda suelta y, en realidad, parecía ajeno a los implorantes deseos que Bríd trataba de contener bajo esas apariencias de frío control femenino.

—Nos lo vamos a pasar genial —asintió Jean con los ojos inyectados en diversión—. ¡Vamos!

Y la cogió de la mano remolcándola por los pasillos hasta las escaleras. Riéndose juntos, gritando con escandalera el cariño que se tenían.

—¡Cuidado, Sans! ¡Jean! —le suplicaba Bríd a pleno pulmón—. ¡Que nos vamos a matar con esta birria de chanclas!

Bajaron dos pisos sin hacer uso del ascensor y llegaron al mostrador del *spa* acalorados, riendo, resoplando.

Un joven inmaculado vestido como el mejor enfermero en su primer día de trabajo les dio unas toallas y anotó el número de su habitación. Le alegraba verlos así, se notaba. Siguieron corriendo por ese pasillo y se tiraron de bomba a la piscina. Durante unos segundos, trataron de regresar a la superficie braceando por el fondo, ahogándose mientras reían bajo el agua.

Cuando emergieron, sus carcajadas resonaron con eco por toda la instalación.

—Ahora van a venir a regañarnos, pero no te preocupes, yo me encargo.

Jean no podía detener su estado de felicidad y sí, tal y como había vaticinado, una chica se acercó desde la zona de saunas. Era la socorrista, porque iba con un bañador rojo que rezaba *«Guard»* en el pecho.

—Perdonen, pero no está permitido zambullirse —les pidió con máxima educación.

—Claro, era obvio, cariño. —Jean resopló de un modo exagerado—. Yo he pensado lo mismo —negó, indignado—. No hay derecho ni educación.

Él trataba de ponerse serio, pero era en vano. Había un señor octogenario que nadaba como una tortuga y entonces él lo señaló echándole la culpa, como si no fueran ellos los que hubieran saltado al agua como locos en llamas.

—Es que los ancianos de ahora no saben comportarse. —Jean puso cara de no creérselo ni él y esbozó su sonrisa más amable e inocente—. No volverá a pasar —juntó las palmas de sus manos en señal de arrepentimiento—, se lo prometo.

Y los tres se echaron a reír imaginando al pobre abuelo corriendo y brincando por la piscina.

—Me ha dado su palabra, ¿vale? —le amenazó la socorrista con el dedo índice levantado—. Que disfruten de su estancia.

—Muchas gracias. —Y en cuanto se dio la vuelta, Jean se fue a por el vejete—. ¡Es la hora de las aguadillas, abuelo! ¡Huya! ¡Deprisa! ¡Huya! —gritó nadando en su dirección, fingiendo que iba a por él, pero lo cierto era que el señor no se enteraba de nada porque llevaba tapones en los oídos y, además, sufría de sordera.

La socorrista le fulminó con la mirada, aunque después se echó a reír con sentido del humor, satisfecha de verlos tan contentos y enamorados.

—Era solo una broma. Otra broma. Nada más. —Jean achinó los ojos sacando la lengua un poco—. Ya me quedo quieto. Se lo juro.

—Vigila a tu novio. No quiero saber nada más de él en toda la tarde, ¿estamos? —Pero no podía ocultar que se divertía con sus chorradas.

Bríd, víctima de la vergüenza, se puso más colorada que el bañador de la socorrista. Pero después se dio cuenta de que Jean no pensaba rendirse porque iba a por ella con la mandíbula desencajada y los ojos en blanco, levantando los brazos en una pose espeluznante, como un zombi. Tardó unos metros en alcanzarla, pero logró atraparla y comenzó a comérsela a besos, dándole falsos mordiscos por el cuello y los hombros. Y ella se resistía a vociferar sus gritos, pero lo hizo de todas formas.

Se lo pasaban mejor que nunca.

—Beso. Beso. Beeeeeso —articulaba Jean con los labios torcidos.

—¡Qué feo eres! —le chilló, tratando de escapar de él lanzándole agua en los ojos.

—Yo *ser* feo. Quiéreme. Yo a ti *quererte* mucho —decía con voz de memo, hasta que la agarró de nuevo o, mejor dicho, hasta que ella se dejó agarrar y Jean le volvió a mordisquear en la nuca al pretender escaparse de él.

Pero entonces ella se dio la vuelta y le observó con misticismo, con esos ojos tan serenos y expresivos, arrinconada contra los márgenes de la piscina por donde caían espesos chorros de agua en cascada. Dejaron de reírse, oyendo el suspiro en sus respiraciones y el chapoteo. Y se besaron con suavidad sintiendo el tacto del amor que se daban, apartando las bromas de la ecuación de su pasión. Conscientes de la inmensa felicidad que les reportaba estar juntos. Libres. A refugio. Escoltados por la noche entrante y apacible que se derramaba por el horizonte tras una cristalera invisible, encuadrando el mar y las últimas estelas del día.

—Mañana nos iremos de aquí.

Jean la besó en la frente sujetando los amelados mechones cobrizos de Bríd por el agua.

—¿Por qué dices eso, Sans?

Bríd le cogió por la barbilla para que no esquivase su mirada.

—Por la misma razón que sabía que nos regañaría la socorrista. —Levantó las cejas con una sonrisa triste y decepcionada—. Soy un guardián, ¿recuerdas?

Jean notó que los pensamientos de Bríd se perdían en el silencio de sus recuerdos.

Al principio, ella no le contestó con palabras. Solo tensó la fibrosa musculatura de su cuerpo enderezando la espalda y sus hombros. Luego volvió a relajarse, pero solo un poco.

—Mañana ya veremos. —Bríd le mordió los labios y después los besó con cariño, manchando los suyos de rojo.

Una gota de sangre resbaló por los labios de Jean, nacida de la dentellada que había trazado con su mordisco. Era el precio de su castigo. El justo pago por su exceso de honestidad.

—Pero quiero que tengas una cosa muy clara. —Ella quiso imponer sus condiciones —. Yo no soy como tú —se interrumpió un segundo—, yo… siempre que ataco es para hacer sangre. —Y la expresión de Bríd le hizo sentir algo similar al miedo—. Siempre —recalcó sin moverse. Quieta, muy quieta. Furibunda.

Se relamió manteniendo esa calma exterior, consciente de sus destrezas.

Enfocada en esa guerra por librar.

CAPÍTULO 46. **LÁGRIMAS DE AMOR**

- *NEWHAM, MUNICIPIO AL ESTE DE LONDRES*

- *AL DÍA SIGUIENTE (VIERNES), 4:10 P. M.*

—¿Adónde crees que vas? —David interceptó a esa niña en Glen Road, cuando salía de la escuela.

—¡¿Quién ha dicho eso?! —A la cría se le cayó la carpeta, dándose la vuelta espantada.

—Yo lo hago mejor que tú —le dijo David desde otro lado distinto.

La chiquilla, que era pequeña, de facciones redondeadas, con el pelo rubio platino y los ojos claros, más bonita que un día de verano, se asustó mirando a todas partes sin localizar la procedencia de esa voz que le hablaba.

Lo cierto es que se adivinaba que no era tanto por miedo; sino, más bien, por una astucia disimulada.

Ese barrio era igual de agradable que el resto de Londres. Sí que es cierto que la pobreza de sus habitantes brotaba por sus edificios con reparaciones improvisadas, a veces mezclando los tonos de sus ladrillos, acartonando ventanas rotas o moviéndose en coches viejos por las calles. También flaqueaba la limpieza urbana. Sin embargo, la energía del lugar era sana y luchadora, atrayente; a excepción de esa personita que nuestro enlace tenía justo delante.

David, que había elegido ese lugar abierto a propósito, en concreto esa calle vacía, decidió mostrarse frente a ella obstruyendo con su imagen las últimas briznas solares del día. La indumentaria y el armamento que portaba se veían más claros con esos tonos cálidos, rojizos y moribundos que pugnaban con fuerza en el cielo antes de la definitiva llegada de la oscuridad.

—No me das miedo —contestó la pequeña con una sonrisilla despectiva.

—Pues debería, porque nada me impide cortarte la cabeza con un mandoble de mi espada —la cara angelical de la niña no casaba con su mirada maligna—, pero no lo haré —dijo David, aunque la expresión de su rostro era la efigie de una repulsión abatida por la indulgencia.

—Pues entonces te mataré yo a ti.

Recogió su carpeta del suelo sin quitarle el ojo de encima, retorciendo su cabeza con una mueca horripilante.

Aunque ese comentario habría hecho reír a cualquiera, a él no le hizo ninguna gracia. De hecho, se lo tomó muy en serio.

—Déjala en paz, así de simple. Nadie tiene que morir. —Esos eran los únicos términos que David podía ofrecer.

—Llevo más de nueve reencarnaciones al servicio del mal. —De repente, su cara ya

no le pareció tan joven—. Y, como comprenderás, la paz no forma parte de nuestro estilo. Sabemos quién es y vamos a neutralizarla.

—No permitiré que te acerques a ella. —A David no le gustaba el rumbo de la conversación.

—Me has cogido en una etapa temprana de mi desarrollo, pero igual te digo que no me lo vas a impedir. —La niña, que no tendría más de once años, se echó a reír a mandíbula batiente de un modo espeluznante—. No estoy sola. Ya deberías saberlo —exclamó, con tintes malvados—. Vendrán a ayudarme. —Y la pequeña echó a correr por la calle.

David desenfundó su pistola, enrasó los elementos de puntería y acarició el disparador, pero fue incapaz de hacerlo.

—¡Joder! —se desahogó, a sabiendas de que matarla no era lo correcto.

Consternado, guardó el arma en su funda y se montó en el Audi R8 de color blanco que había dejado tirado a unos metros y acelerando a fondo salió disparado hacia la casa de la protegida de ese guardián.

Tres minutos más tarde, tras esquivar unos cuantos autobuses de dos pisos y dar volantazos y acelerones, llegó a la casa adosada con puerta roja donde estaba la pequeña a proteger. Entró de una patada buscándola por su interior, pistola en mano.

Subió a la planta de arriba y reventó la única puerta cerrada que encontró empuñando su pistola y el machete, cruzados con habilidad.

David sintió que escaseaba el aire al entrar, pero no era por falta de ventilación. El cuarto estaba repleto de seres rojizos alimentándose de su salud, deteriorando a esa pobre chica, aglutinando el peso del aire de la estancia.

—¡¿Quién es usted?! —gritó alarmado el doctor que atendía a la chiquilla—. ¡Llame a la policía, señora! —le dijo a la madre, que limpiaba el sudor de su hija y parecía no haberse percatado del ominoso ruido que David provocó con su entrada, como si estuviera ida de la realidad.

La nena tiritaba sobre su cama, casi convulsionando. Era mulata, de pelo largo y muy rizado, casi una mujercita. Guapa pero apagada. Yerta, atenuada. Atacada sin compasión, aunque David no sabía por qué.

La madre no quiso ni sostener el teléfono. En primer lugar, porque sabía que no le quedaba saldo en el móvil y estaban a punto de quitarle ese número por no recargar la línea prepago y, en segundo, porque lo único que le preocupaba era que su hija se pusiera bien. El mundo podía derrumbarse a su alrededor, que le daba lo mismo. Los sentimientos de las madres son así de intensos y extremos. Pragmáticos y consecuentes cuando la situación lo requiere.

—Es usted un ser admirable, doctor. —Esa frase descolocó sus esquemas—. Bien, veo que he llegado antes que ellos.

David corrió la cortina y se asomó a la ventana y vio cómo la dulce niñita rubia de ojos claros llegaba corriendo y al advertir la presencia de David se quedó en la calle, en la acera de enfrente, inmóvil, esbozando esa media sonrisa siniestra y escalofriante.

—Me llamo David Fonseca y he venido a ayudar a su hija —afirmó con determinación, clavando los ojos en su madre.

La señora se llevó las manos a la boca, sobrecogida, impactada al escuchar ese nombre. Sacó un pañuelo de su bolsillo y enjugó sus lágrimas, que rebosaban por esos

ojos negros dolidos y empañados de dolor.

—No puede ser verdad —gimió sobre su hija inconsciente.

La madre lloraba sobre el lento y distante tañido de la respiración de su pequeña.

—¿Qué ocurre, señora?

El doctor, a pesar de ser enviado también por el guardián, no era capaz de entender nada de lo que pasaba.

—Mire lo que escribió anoche antes de caer en sueño profundo.

David sacó su teléfono del bolsillo y marcó un número, sin tiempo que perder.

La madre le enseñaba el papel arrugado al doctor, escrito a mano alzada por su pequeña, porque la noche anterior ya no podía ni vocalizar por la debilidad, ni tampoco tuvo energías de esbozar su mejor letra, aunque era legible.

> Tranquila, mamá. Dios me ha dicho que va a mandar a sus mejores guerreros. Vienen David Fonseca y Bríd Kelly a ayudarme. No tengas miedo, ellos me salvarán. Confía.

El doctor tragó saliva con dificultad, mirando incrédulo la hoja, con los ojos preñados de asombro.

—Necesito varios equipos —dijo David al teléfono, con voz autoritaria—. Transporte para dos adultos y una menor convaleciente. Reparaciones, limpieza y las mejores atenciones médicas. También escolta. Prioridad máxima. —Se hizo un necesario paréntesis para el interlocutor y después concluyó la conversación con las últimas órdenes—: Al santuario, sí. Pero, ante todo, seamos discretos. No podemos luchar contra dos enemigos en el mismo día. Gracias —se despidió y añadió—: Lo mismo digo. Bendiciones. Señora, coja su bolso si lo desea, y usted guarde sus trastos en el maletín. Nos largamos de aquí.

—¿Adónde? —preguntó el doctor con ojos renuentes.

—A un lugar seguro. Están en peligro. —La madre y el doctor retrasaron la vista a merced de la compostura mental, que bullía envenenada por el estrés—. Pueden estar tranquilos. Todo saldrá bien.

Y entonces, sobre la mesilla de su hija pudieron ver cómo un vaso invertido se movía por sí solo. Estaba sobre un tablero con el abecedario, el sol, la luna, números del cero al nueve, las sílabas «sí» y «no» y el mensaje «adiós» en su parte inferior. David se acercó a esa *ouija* viendo cómo los seres rojizos eran capaces de agitar el vaso, moviéndolo por el tablero con un mensaje: E-L-S-I-C-A-R-I-O-I-R-Á-A-P-O-R-T-I.

La madre y el doctor, impresionados al ver ese fenómeno sobrenatural, se quedaron horrorizados, sin explicaciones coherentes para algo tan insólito y perturbador. David abrió la ventana y tiró el tablero contra el asfalto, no sin antes mirarlo con desprecio. Después dejó el vaso sobre la mesilla, en su posición correcta.

Veía las decenas de rojizos saltando de lado a lado por la habitación, como intrusos infernales invitados a un festín de maldad. El vaso explotó hecho añicos; un póster de Miley Cyrus se rasgó en diagonal por un inexplicable zarpazo y otro cuadro con fotografías familiares salió disparado contra David. Una puerta del armario se golpeó con fuerza contra su marco, la vieja madera del suelo crepitaba cimbreándose con el peso de seres invisibles, crujiendo, y la lámpara del techo comenzó a oscilar por su

cadena.

—Pero ¡¿cuándo nos vamos?! —suplicó el doctor, acongojado.

David miró su reloj con un sosiego curtido a golpe de escarmientos.

—Señor, mantenga la calma —respondió David, viendo que el guardián de la pequeña estaba con ellos ahí.

Se miraron entre ellos sin decir nada, pero el protector leía los pensamientos de David sintiendo la exigencia de explicaciones y también observaba cómo se movía la materia de la habitación desafiando las leyes de la física con esa turbulencia violenta, en esa suerte de fenómeno *poltergeist*.

Sin embargo, aquella sombra opaca e imperturbable no podía ver a los seres rojizos del mal. Estaban demasiado distantes entre sí. Al cabo de unos segundos, alzó la mano para despedirse y se esfumó.

—Saldremos de aquí dentro de varios minutos. No teman —remató David mirando a esa chiquilla, blandiendo su espada negra en la mano.

Preguntándose para sus adentros: «¿Quién eres tú, pequeña?».

- *CIUDAD DE ROSCOFF (FRANCIA)*

- *LA NOCHE ANTERIOR*

—Ya no te escapas.

Bríd cerró la puerta y le impidió encender la luz de la habitación.

—No tenía pensado irme a ninguna parte.

Jean suspiró de un modo sugerente, serio.

Las colchas blancas de la cama resplandecían con la luz de la luna, que se colaba sin permiso por el ventanal, alumbrando el rostro de Bríd, marcando sus labios con un tono afresado.

Ella comenzó a desabotonar la camisa de Jean, accediendo al tacto de su piel, resbalando sus manos por los pectorales de su cuerpo como si estuvieran flotando sobre un colchón deslizante de aire esponjoso.

Sentía que el corazón se le iba a salir del pecho y tuvo la necesidad de detenerse y hundirse en sus brazos, atónita, superada por las sensaciones.

Aquella iniciativa no la calmó. Al contrario, el anodino e imperceptible aroma de su cuerpo la excitaba más. Entonces su atención se desmarcó de esa impotencia porque Jean tiró de su camiseta hacia arriba, obligándola a levantar los brazos para extraerla. Supo que la cosa iba en serio. Que era el momento de la verdad.

Jean se arrodilló y comenzó a besar su vientre desde arriba, despacio. Sin prisa. Ella se ahogaba, agitándose sin control, estremecida por la suave humedad que emanaba de sus labios, descubriendo algo que jamás había sentido. Y notó que la cremallera de sus vaqueros era desabrochada, pero aquel movimiento deseado no era capaz de competir con la danza de sensaciones que le invadía por sus sentidos en esa cruenta batalla de afecto que iba perdiendo con sus caricias. Y es que sus manos nudosas, duras y fuertes se comportaban de un modo frágil y esmerado. Con la delicadeza del

aleteo de una mariposa.

Le quitó las botas y los calcetines con mesura y Bríd escuchó cómo la respiración de Jean se iba transformando en un bramido difícil de ocultar. Se quitó el sujetador sin saber dónde lo tiraba porque poco importaba eso mientras él bajaba la ropa que le quedaba a ella, a un ritmo lacerante y pausado. Un compás que aumentaba el apetito de estar juntos. Cerca, lo más cerca posible.

Jean abarcaba sus muslos al completo y era como si sus piernas se agitaran por sí solas cediendo a los regalos de un placer desconocido. Estaba desnuda, pero jamás se había sentido más arropada. Él se levantó y se quitó la camisa, el cinturón, los pantalones, cualquier cosa que no fuera suya, y se quedaron de pie, desnudos ante la luz de la noche, mirándose el uno al otro con la luna como testigo.

La piel de Bríd mostraba el color de la porcelana y su pelo alcanzaba unos tonos burdeos inolvidables, oscurecidos al resplandor de la reina de la noche.

Contemplaba a Jean a contraluz. Sus hombros robustos y sus piernas labradas se recortaban emitiendo la sombra de una figura inquebrantable.

Expectantes, se entregaban el uno al otro sin reservas, con las prisas arrimadas a los lindes de la impaciencia, con los nervios que se tienen cuando algo se hace por primera vez, pero sin miedo. Enamorados.

—¿Me quieres? —preguntó Bríd, mirando el albor que brotaba de sus ojos.

—Te quiero.

Jean acortó la escasa distancia que les separaba y se abrazaron desnudos. Sintiéndose de la manera más inocente y tierna, envolviéndose el uno al otro.

—Yo también te quiero, mi amor.

La frase de Bríd arrastraba sentimientos del pasado. Arrepentimientos y anhelos imposibles de cambiar.

Jean la cogió en brazos y la llevó a la cama. Bríd creyó que nadaba por la habitación sobre él, aferrada a su corpulencia, dejándose mimar.

Apreció que la posaba en el lecho con una sutileza desmesurada, sensible y protectora, y no podía dejar de mirar esos ojos árticos preguntándose si había algo más hermoso y perfecto en el mundo que lo que estaba sintiendo en ese preciso momento y pensó que le encantaría capturarlo, embotellarlo y lanzarlo al mar de los recuerdos eternos para no olvidar jamás ese instante. El mejor momento de su existencia.

Por eso le apretó con fuerza y lo atrajo para sí, haciendo que sus labios se mezclaran con los suyos, ignorando dónde comenzaban unos o acababan otros, explorando esas profundidades cercanas con un hambre famélico e insaciable, obligando a Jean a ponerse encima de ella, desoyendo ese ritmo comedido y pausado.

—Dámelo —sollozó inclinando la cabeza hacia atrás, buscando el aire que no encontraba por ninguna parte.

—No —gimió él, besándola por el cuello.

Sus corazones no podían ir más rápido, pero las sensaciones llegaban con pulso lento, distante e intenso. Él recorrió sus pequeños pechos tersos y pálidos, adornados en su cumbre por areolas rosadas y bellas. Bríd se contoneaba con un movimiento impropio, instintivo. Primitivo.

Él beso la marca de nacimiento que albergaba en su cadera y ella sufrió un escalofrío lejano, remoto. Jean apretó sus besos contra la herida, conteniendo un aliento del

pasado lleno de matices reflejos. Cambió de dirección y hundió la cabeza entre sus muslos viendo cómo se aceleraba, cómo se derretía escuchando su respiración varonil sofocada cuyo hálito escapaba con pasión por la cara interna de sus muslos suplicando no desmayarse de placer, cerrando las piernas para contenerlo, percibiendo que esas oleadas recortaban sus distancias y se hacían más contundentes a cada respiración.

Jean forzó la apertura de sus piernas y ella gimió con un alarido incontrolado, apretándole, doblándose de sensaciones.

Todo el cuerpo de Bríd palpitaba a un ritmo distinto al de sus latidos, exigiéndole a Jean que cumpliera con sus deseos más inconfesables, atrayendo la envergadura de su cuerpo hacia sí, sin palabras, porque era incapaz de articular alguna ni contener por más tiempo aquella necesidad.

Él notó que su carne resbalaba sobre ella, atraído hacia un calor circundante, percibiendo cómo sus cuerpos iban encajando despacio, fundiéndose. Ella exhalaba un quejido prolongado que no era de dolor, cogiendo aire sin cuartel, decidida a albergarle dentro de sí por completo, y se removía con una sacudida involuntaria que él acompañaba despacio.

—Más —pidió, moderando el ritmo de ese baile en el que ambos eran principiantes.

Ella se abrazó a él amortiguando en su pecho los sonidos de su clamor, con vergüenza de ser oída, abriendo la boca y sujetando los alaridos que emergían desde su abdomen como un volcán explotando en cada milímetro de su piel, por la piel de Jean, con un fulgor rebelde, insolente e indomable. Aumentando la cadencia de los incomprensibles movimientos de ese balanceo, conscientes de que habían perdido las riendas de la escena entregados al amor en todas sus formas. En su condición más íntima y sagrada.

Hasta que se hizo un silencio abrupto que les cortó la respiración con una opresión llegada desde los escondites más recónditos de sus almas. Deteniéndose el tiempo para los dos, mirándose, incrédulos por lo que estaban sintiendo.

Jean cayó rendido sobre ella y Bríd tuvo que soltarse de él, solo con fuerzas para seguir viva. Extasiada ante lo extraordinario de la experiencia. Consciente de que la sangre viajaba a toda velocidad por sus torrentes impulsada por corazones desbocados.

Y entonces, momentos después, ella se echó a llorar.

—No llores, mi amor —la acariciaba, recuperando la voz—, no llores —insistió con voz queda.

—No es de pena, Sans. —Se pasó el envés de la mano por las mejillas restañando ese fluido salino que emergía de sus bonitos ojos—. Lloro de felicidad. De amor.

Él la besó apasionado, confirmando que experimentaban lo mismo. A Bríd le pareció que ese momento compensaba todas las carencias que había sufrido durante años.

—Gracias —lanzó al infinito.

—Te quiero —dijo él.

—Te quiero —contestó ella.

Y sí, aquel sentimiento de amor eclipsaba cualquier insuficiencia anterior.

CAPÍTULO 47. **MEMORIAS DEL FUTURO**

- *NEWHAM (LONDRES), VIERNES*
- *5:00 P. M.*

—Coja a la niña en brazos —le pidió David al doctor, que miraba a la madre para obtener su permiso, incapaz de esconder lo amedrentado y aterrado que estaba.

La cama de la pequeña traqueteaba sin causa aparente, las gavetas del escritorio daban golpes espantosos y un viento invisible y desagradable se movía dentro del cuarto de la pequeña arrojando un calor enfermizo. Un calor escalofriante y febril.

—¡Vamos! ¿A qué espera? —le gritó para que saliese de su letargo y reaccionara.

David bajó el primero asegurando la salida, espada en mano. Buscaba a la criatura encarnada en el cuerpo de esa niña de cara rosada, pelo platino y sonrisa aviesa. Pero ya no estaba ahí. Enseguida, un tipo fornido de los nuestros cogió a la pequeña desmayada en la entrada.

Aquella puerta roja estaba resquebrajada a consecuencia de la entrada violenta de David y el doctor examinó esos daños con escepticismo, calculando la fuerza que sería necesaria para crear tales destrozos.

La niña seguía inconsciente y flácida, como un trapo. El tipo la metió con cuidado en una furgoneta acristalada de pasajeros, abrochó su cinturón de seguridad y ordenó a la madre y al doctor que entrasen con urgencia.

La señora se balanceaba al andar como una persona ausente y desbordada, acongojada por la afección de su hija y el espeluznante espectáculo, a todas luces maligno.

La furgoneta arrancó a gran velocidad y la madre de la chiquilla miraba hacia delante arrollada por la situación. Veía cómo dos motocicletas blancas de la Policía iban cortando el tráfico en los semáforos con sus destellos y acústicos prioritarios. Se dio la vuelta para mirar por detrás y vio un coche deportivo blanco a menos de un metro de ellos y entonces, como si no supiera dónde estaba o cómo había llegado hasta allí, se hizo muchas preguntas. Las maceró en su interior y se las soltó a la única persona que podía en ese momento: al conductor de la furgoneta; un hombre robusto, calvo, de facciones duras y con cara de pocos amigos.

—¡¿Quiénes son ustedes?! —El tipo llevaba un pinganillo transparente enganchado en su oreja.

—¡Adelante! —dijo, concentrado en su radio, sin poder atender las demandas de la señora—. Recibido. —Las velocidades eran temerarias, pero circulaban sin sobresaltos —. ¡Tres al dos! —Se llevó el puño a la boca para comunicar—. Primer kilómetro despejado —volvió a informar.

—¡Le he hecho una pregunta! —El tipo giró un poco la cabeza para mirar a la madre

de la pequeña.

—Somos los buenos, señora —se limitó a decir, acelerando al frenético ritmo que marcaban los motoristas.

—Es la escolta motorizada de la casa real británica —dijo el doctor, como si se le hubiese escapado aquella observación con asombro.

—Mamá —dijo la niña, con los ojos desfallecidos por debilidad.

—Hija —exclamó abrazándola más de lo debido—, ¡¿estás bien?! Dime, ¡¿estás bien?! —La madre sujetó las manos de su pequeña mirando al cielo—. Gracias a Dios. ¡Gracias!

—Haz lo que te digan —logró pronunciar con un esfuerzo titánico.

—Tres al dos —dijo el conductor de la furgoneta, comunicando con David.

—Adelante —dijo él desde el coche blanco.

—El uno no responde. —La voz sonó preocupada y sintió que la furgoneta había levantado el acelerador.

El vehículo lanzadera que iba oteando el camino para dar seguridad dejó de dar señales de vida.

—Recibido. Cambio de ruta. Por el Blackwall Tunnel. Prescindimos de la escolta, que acudan a apoyar al uno, ¡rápido! —David dirigía el operativo improvisando a marchas forzadas.

El conductor transmitió la orden y las motos salieron como cohetes en busca del vehículo de lanzadera. Ni la madre, ni el doctor ni David habían llegado a ver al conductor que iba en avanzada en un coche uniformado de la Policía.

Y así, entraron por ese túnel, que parecía la boca de un lobo, a toda velocidad para cruzar el río Támesis por debajo.

—Dos al tres. —David llamó por radio al conductor de la furgoneta.

—Adelante —respondió zigzagueando entre el resto de los usuarios de la vía, con el Audi pegado al maletero como si fuese un remolque.

—Atención. Maniobra de escapismo en cinco segundos —le advirtió.

El Audi hizo un trompo quedándose cruzado en el medio de los dos carriles. David salió del deportivo, tiró algo sobre el asiento del conductor y cerró la puerta del coche. La furgoneta activó los *warnings* y echó marcha atrás a toda velocidad, con ese sonido tan preocupante que se produce al circular a reversa. Se montó por el lado del copiloto casi en marcha y la furgo volvió a acelerar al máximo hacia delante, contemplando por los espejos cómo un humo parecido a un ser vivo, denso, feo y negro creaba una cortina venenosa tras ellos con el coche en llamas taponando la circulación.

—Vigile que nadie nos siga. A partir de ahora conduzca a velocidad reducida.

La madre y el doctor no abrieron la boca después de ver eso.

—¿Al santuario? —preguntó el conductor por si hubiera cambiado de parecer.

Se detectaba un temblor asustado en su tono.

—Sí. El plan de momento no cambia. Al santuario. —David se dio la vuelta para mirar a la niña, que ya respiraba con menos dificultad—. Ahora que hemos salido de allí tiene que mejorar. Doctor, échele un ojo, si es tan amable.

—Señor —el conductor se dirigía a David—, han encontrado el coche número 1, pero sin rastro del conductor. —Una sensación atávica de miedo se apoderó del tipo—. Han debido de ser ellos —recalcó musitando, refiriéndose a los extranjeros, congestionando

su puño con rabia y terror.

Manejaba la furgoneta con eficacia y con la atención puesta en la carretera, pero su templanza divagaba por los derroteros incontrolados del pánico. Nunca había tenido contacto con «ellos», pero sabía de sus métodos y por mucho que quería, que no podía, se notaba que su compostura se tambaleaba con inseguridad.

—Tire su radio y su teléfono por la ventanilla. —El tono de David transmitía pocas bromas.

Abrió la ventanilla y lo hizo, se desprendió de los aparatos. A poco más de un kilómetro de hacerlo le dio la siguiente orden.

—Detenga la furgoneta. —David desabrochó su cinturón.

—¿Cómo dice? —preguntó el tipo sorprendido.

—Allí, en esa parada de tren. Bájese rápido y coja el primero que llegue sin importar el destino. Luego, cambie varias veces y vigile que nadie le siga. No vuelva a casa hasta dentro de tres días. No llame a su mujer, no llame a nadie. Tres días, ¿lo ha entendido?

—Tres días —repitió como un loro, absorbiendo un reflujo de aire extenuante.

—Tranquilo. Nadie le va a hacer daño, pero es mejor asegurarnos. —David respiró con calma mirándole—. No le pondré en riesgo. Antes de volver a su casa, contacte con los nuestros. Habrán confeccionado una historia creíble para su familia. Y recuerde que ha sido entrenado para situaciones como esta. —David posó la mano en su hombro con un sosiego controlado—. ¿Lleva dinero?

—Sí. —Las palabras y consejos de David le tranquilizaron.

—Pues buena suerte.

La furgoneta giró de golpe y se paró en la acera cercana de la estación.

David se colocó al volante de la Viano y arrancó, mezclándose con el tráfico rodado, sabiendo que ya no podía ir al santuario porque habían interceptado sus comunicaciones y a buen seguro el conductor del vehículo lanzadera estaría siendo torturado, expeliendo esa información en base a dolores inimaginables.

Y es que la tecnología de los extranjeros llevaba tiempo filtrándose entre la humanidad. El salto era demasiado evidente como para no resultar sospechoso. La sociedad aceptaba las mejoras sin hacerse preguntas, víctimas de su propio hedonismo. Viendo solo el lado positivo, porque no veían otro. Y los extranjeros se encargaban de que su tecnología penetrara en el deseo de cada individuo, a precios asequibles, muchas veces gratis.

Por aquellos años, te regalaban un teléfono digital al comprar una caja de cereales. Lo enmascaraban de progreso humano, de conectividad y seguridad. Pero lo cierto es que era imposible disfrutar de la más mínima intimidad. No había líneas seguras. Pero, claro, eso nadie lo sabía.

«Cada palabra y mensaje es monitorizado. No hay libertad. No hay capacidad de maniobra», pensó. Abrió la ventanilla, apagó su teléfono, sacó la tarjeta SIM y lo tiró por la ventanilla junto al transmisor de su radio.

—¡Maldición! —se le escapó en voz alta a David.

Siguió conduciendo por carreteras secundarias hacia el sur y poco después, al cruzar una localidad, vio un cartel con la señal *«Payphone»* en un *pub* abierto; ya era de noche. Dejó el motor arrancado y paró a la izquierda.

—Dentro de tres minutos estoy de vuelta —se lo dijo a la madre de la chiquilla—; si ven algo raro, toquen el claxon.

Se bajó de la furgo y su aspecto se alteró por completo. Por un instante, creyeron que se había cruzado por delante otra persona, pero era imposible porque no le habían perdido de vista. Lucía una tripa oronda y la sujetaba con unos tirantes gruesos, acompañado de una vestimenta rudimentaria de campesino. Presentaba una barba descuidada y el pelo rizado, estoposo, sucio y polvoriento, al estilo campestre.

Entró en el *pub* y fue directo al teléfono, notando que allí se concentraba también una considerable cantidad de seres rojizos, buscando el momento de penetrar en un cuerpo debilitado, a la espera de una oportunidad diseñada al calor de las bebidas embriagantes.

David fue discreto, hizo como si no los hubiera visto, pero su mera presencia bondadosa llamaba demasiado la atención. Marcó un número que conocía de memoria y nadie contestó al otro lado, pero él dejó un mensaje:

—Estamos bien. Lanzadera capturada. Cambio de planes. No esperen novedades en un tiempo. —Y colgó.

Aquel número de teléfono seguía circulando por cables analógicos, más difíciles de rastrear. Sin embargo, los nuestros lograrían saber con rapidez desde dónde había llamado David.

Cuando iba a salir del *pub,* un hombre que le doblaba en tamaño, con cicatrices marcadas en la cara, la boca desencajada y la mirada viciada pretendió cogerle de la ropa haciendo un gurruño.

No le dio tiempo a conseguir su pretensión.

David luxó su muñeca con la mano izquierda obligándole a hincar la rodilla en el suelo pegajoso del *pub*. Miró en derredor y vio que no había cámaras, pero por si acaso se puso la capucha. Dejó de parecer aquel campesino que disimulaba ser y desenfundó su pistola encañonándole la sien, tratando de conseguir que la verdadera esencia encarnada de ese cuerpo emergiera y recuperase el control que habían saboteado los rojizos. Pero no fue así. El resto de los clientes dejaron de pestañear, como niños que juegan al escondite inglés, congelados, sin entender de dónde había salido ese tío tan enigmático y peligroso.

—¡Venga! —Los rojizos emitieron un sonido salivoso entre los dientes—. ¡Dispara! —Abrió sus ojos desorbitados el grandullón.

David guardó su pistola y acarició la barba de ese pobre hombre, lamentando sus debilidades y la juventud de su alma, sin tiempo para explicarle de dónde venían sus fracasos y problemas. Soltó su mano, pero este se levantó a por él, con ganas de proseguir esa pelea perdida de antemano. A los rojizos eso les daba igual. Esquivó uno de sus burdos puñetazos y le propinó un golpe en el mentón que lo hizo desmayar.

David acompañó su caída protegiéndole la cabeza para impedir que se lesionase. Lo colocó en posición lateral de seguridad y el grandullón abrió los ojos otra vez, pronunciando unas horrendas palabras con entonación infernal:

—El sicario irá a por ti. —Y se reía entre risotadas estentóreas.

—Si alguien sale de este *pub* antes de diez minutos, puede darse por muerto. —Todos los clientes seguían quietos—. Pueden llamar a una ambulancia, pero se pondrá bien por sí solo. No dejen que se levante en un rato o perderá el equilibrio. Y, por favor,

si alguno es amigo suyo, ayúdenle a dejar la bebida. —Sacó su pistola de nuevo, con el cañón apuntando hacia abajo—. Diez minutos, he dicho —repitió con tono amenazante para que ninguno saliera y memorizase la matrícula.

Se montó en la furgoneta, miró la zona de los asientos y preguntó:

—¿Están todos bien? —Los adultos asintieron y pudo ver que la pequeña había recobrado un poco las fuerzas, aunque seguía teniendo los labios azules y la mirada quebradiza—. ¡Hey! —la saludó en voz baja, con cariño—. Mejor, ¿verdad? —Le acarició el brazo por debajo del hombro.

—Gracias por venir a ayudarme, David. Me dijeron que vendrías —dijo la pequeña.

Él sonrió de un modo entrañable.

—Cuidan mucho de ti.

Le dio un cariñoso golpecito en su naricilla, acariciándola con la yema del dedo. Y ella le sonrió agradecida, como hacen las niñas buenas.

Se puso el cinturón de seguridad, metió la directa en el cambio automático de la Mercedes, tiró del asidero del freno de mano, pero no arrancó. Algo le detuvo. Un cuervo negro acababa de posarse en la rebaba metálica del capó, frente al cristal delantero de la furgoneta.

—Te avisa de que el peligro se acerca, David —dijo la nena—. No la tomes con el mensajero.

El pájaro le miraba de lado, buscándole con su ojo negro, muy abierto, graznando con estruendo, trayendo lejanos recuerdos de Claudia al presente. Lejanos y dolorosos.

—Igual que pían ocho minutos antes de que salga el sol, ahora te avisa de que estés atento. —La peque esbozó una risa inocente y bondadosa—. No significa que vaya a ocurrir nada malo. —David la miró a los ojos por el retrovisor interior, con el brillo que tienen las personas dispuestas a aprender algo nuevo todos los días—. Solo te aconseja que estés alerta.

—Iremos un poco más lejos de lo que tenía pensado. —Puso el intermitente para salir e inició la marcha—. Háblame de lo que ves. Me encantaría oírlo. —David ya sabía el destino al que irían.

—Claro. —Tosió y respiró para recuperarse un poco—. Veo que los animales están mucho más conectados con la naturaleza —afirmó con orgullo—. Quizá no sean tan listos como nosotros, pero en ese asunto nos llevan ventaja. —Levantó las cejas como si fuera algo irrefutable, sin dejar de sonreír—. Yo percibo que todo en esta vida emite señales antes de que suceda. La gente lo llama presentimiento, pero, en realidad, no es eso. Es… otra cosa. Es lo que precede a la acción y a la reacción. —Se quedó un rato mirando el paisaje por el cristal de su lado—. La pregunta es… —jugaba con el enigma como si sonaran unos platillos— ¿qué es lo que noto? —Dejó la pregunta en el aire esperando la participación de los adultos.

David no quiso responder de inmediato. No obstante, lo hizo pasados unos segundos de cavilación, al ver que ni el doctor ni su madre decían nada.

—La energía que lo va a producir —dijo David.

La niña aplaudió entusiasmada, fatigada de antemano por el cansancio de sus dolencias.

—¡Bingo!

Ella celebraba poder hablar con alguien que la entendiera y estuviera en su onda.

David pensaba en cómo el pájaro podía ser más rápido que la velocidad de la luz para anticiparse al amanecer y, de un modo misterioso, como si le hubiese leído el pensamiento la niña, le aclaró esa duda.

—Es porque todo está conectado. Todos lo estamos.

La pequeñaja miraba por la ventanilla disfrutando, con la capacidad de ver cómo los árboles hablaban entre sí, cosa que la ciencia confirmaría años después.

Veía cómo las plantas se comunicaban y estaban conectadas al todo.

—No te enfades con el cuervo, David. Él solo ha querido advertirte. —Disfrutaba del boscoso verdor de aquellos vergeles en movimiento—. ¿Cómo sabe un perro que llega su amo a casa antes de verlo entrar por la puerta? ¿Antes siquiera de oírle? ¿Mucho antes de que esté a dos kilómetros? —Juntó las manos emocionada por mantener ese tipo de conversación con alguien como David—. Porque no es lo que ve. Es lo que sabe… Es lo que siente.

«La luz es solo un medio de transporte más para la energía. No es la energía en sí», reflexionó meditabundo, rumbo a Caterham Valley, donde sabía que existía una base segura y discreta de los nuestros.

—Yo, a veces, pienso en alguien y resulta que cinco minutos después me llama esa persona. ¿Es lo mismo? —preguntó el doctor haciéndose partícipe imprevisto de la conversación.

—¡Exacto! —Volvió a aplaudir la chiquitina—. ¡Eso significa que usted es sensible a la energía de la intención! —El doctor disfrutaba de la charla—. ¡Muy bien!

La pequeña tosió por el esfuerzo y escupió unas partículas de sangre, pero luego apretó sus manos entre sí, encantada.

El ardiente dolor de su garganta bien merecía la pena.

- *CIUDAD DE ROSCOFF (FRANCIA)*

- *ESE MISMO VIERNES, 5:00 P. M.*

Bríd y Jean habían disfrutado de un paseo cariñoso después de comer y volvían a entrar en su habitación para cambiarse de ropa. Iban a disfrutar de unas horas de *spa,* contentos y embelesados.

Apareció sin que ninguno de los dos lo esperase.

La reconocible sombra del guardián de Stuart, mal disimulada por el nublado atardecer, llamaba mucho la atención con su nítida oscuridad inquebrantable. Innegable. Era tan espesa que rompía la naturalidad y revelaba sin género de dudas su apariencia solemne. Su presencia apremiante.

—Se acabaron las vacaciones —farfulló Bríd entre dientes para Jean—. ¿Qué ocurre? —Fue directa a él, turbada, cayendo en la cuenta de que el bienestar de su amigo Stuart pudiera encontrarse en entredicho.

Se acercó al guardián intranquila y preocupada, alzando la vista hacia los pequeños y rasgados orificios de luz por los que se filtraba la realidad entre la opacidad de su rostro, hallando la serena sensación de una mirada escudriñadora y ávida sobre ella.

Con algo duro y difícil que decir.

—¡Habla! ¡Por Dios! —La nariz de Bríd empezó a dilatarse como un fuelle de incertidumbre.

—Tienes que salvar a David Fonseca. Está en grave peligro. —Sus palabras, emitidas por esa voz intensa, hizo que Bríd lo pensara un momento. No se esperaba que la cosa tuviera algo que ver con David Fonseca.

—¿Dónde está? Iré sin dudar. Pero… —su cerebro pensaba a la velocidad de un relámpago—, de todas formas… —reflexionó—, le vi muchos años después de hoy. No puede ser para tanto —dijo ella, recordando que él la salvó en el futuro.

—Ya nada es como crees que puede ser. Todo ha cambiado. —Se acercó mirándola a menos de un palmo—. El futuro lo estamos escribiendo ahora con los actos que desarrollamos en el único presente que existe. Este.

Jean miró a Bríd sin decir nada, sin pretender quitarle parte de razón, pero en la tangente sus ojos secundaban las explicaciones que defendía el guardián de Stuart.

Y es que desde el momento en que sus esencias viajaron por el tiempo a través de la disyuntiva y nacieron en 1988 el futuro ya no podría ser el mismo, pues hasta el más mínimo cambio alteraba cualquier predicción.

La situación era la definición viviente de la teoría del caos, sobre todo porque ellos dos, a pesar de no haberlo hablado, eran conscientes de que habían retrocedido para cambiar el destino.

Para evitar El Colapso.

—Él me salvó en otra vida. Dime dónde está e iré ahora mismo.

Daba la sensación de que los minutos de felicidad se habían agotado para Bríd porque en su rostro solo se dibujaban las trazas afiladas de una guerrera inclemente.

—Se dirige a Caterham, condado de Surrey, al sudeste de Inglaterra. —Los ojos de Bríd se hundieron en escepticismo.

—Pero ¿cómo puñetas voy a llegar hasta allí? —Bríd pidió disculpas por su lenguaje con un rápido gesto arrepentido—. Quiero decir, eso está muy lejos, ¿cómo voy a poder ayudarle? —formuló la pregunta de un modo más contenido.

—No vas a ir sola. —Jean se entrometió en la conversación de un modo tajante y brusco—. No pienso permitirlo. —Bríd nunca le había visto tan serio e inflexivo.

Ella miró al amor de su vida y le sonrió con ternura, sabiendo que de estar en su lugar impondría las mismas condiciones.

El guardián de Stuart alzó las manos hacia el frente y mostró una proyección agrandada que al principio era difícil de discernir, pero luego pudieron verla con claridad.

—Memorizad ese número y llamad desde una cabina.

Era una imagen de la memoria de Stuart, aunque eso Bríd no podía saberlo. Se trataba de la tarjeta negra con el triángulo dorado que David le había entregado en su casa.

—Vendrán a recogeros y tendréis los medios para lograrlo.

—¿Adónde hay que ir? Necesitamos exactitud —interrogó con premura Bríd antes de que el protector desapareciera.

El guardián se esfumó dejando un vacío de perplejidad en la atmósfera, pero reapareció a los pocos segundos.

—Id a la escuela de ladrillo rojo y ventanas blancas. Me lo ha confirmado el guardián de su contacto. Suerte. —Y el protector de Stuart pareció mirar a Jean de un modo distinto al evaporarse.

La alargada y sombría silueta del guardián de Stuart se había marchado, dejando a Bríd en un estado de alarma inigualable.

—¡Mis gemelas! ¡Dámelas! —Jean se apresuró a sacar la bolsa que había escondido en el interior del sofá cama que tenía la habitación.

Ajustó las correas de sus fundas de pernera al cinturón de sus vaqueros oscuros y colocó los cuchillos a los lados de las partes bajas de sus piernas, por encima de la ropa, no sin antes mirarlos con curiosidad. No eran como los suyos, pero se notaba que estaban bien afilados, negros y mates, para no reflejar la luz de los destellos. Miró la munición de sus pistolas y comprobó que eran de punta de hueca; esbozó una sonrisa invertida, satisfecha.

—¿Te he dicho alguna vez que te quiero? —Estaba más contenta que una niña en el día de Navidad.

—No me acuerdo. —Y se echaron a reír.

—Te quiero, granuja. —Bríd le guiñó su ojo melifluo, mirándole solo con el verde.

Quiso congelar ese gesto gracioso en su retina. Ese rostro pecoso tan bonito, adornado con esa cabellera refulgente, poderosa y pelirroja que caía por sus hombros con sedosa suavidad y que en ese momento se apresuraba a recoger con una coleta.

—Estar bien en los malos momentos, ¿te acuerdas? —le preguntó, para que ella no olvidase quiénes eran y de dónde venían.

—Me acuerdo.

Bríd instiló aquella idea desgarradora y paradójica, traída del pasado, del futuro, de su guardián presente.

Cerraron la puerta de la habitación y corrieron para entregar la tarjeta en recepción, dejándola sobre el mostrador sin volver la vista atrás. Saliendo a la calle a toda prisa porque el tiempo solo corre cuando hay movimiento.

Y así, se alejaban del oasis de paz en el que ambos se habían entregado al amor por primera vez.

Camino a la guerra.

CAPÍTULO 48. **FUERA DE SÍ**

- *CATERHAM VALLEY SCHOOL (R. U.), VIERNES*
- *7:00 P. M.*

—¡Este lugar es precioso! —La pequeña se quitó el cinturón y corrió por las plazas delanteras de la furgoneta.

—¿Te gusta, Delia? —Él se emocionó al verla tan contenta, casi recuperada.

—El color que lo envuelve es increíble, ¿puedes verlo? —le preguntó la pequeña a David.

—Puedo ver el color de las personas, pero no el conjunto de un lugar. —Le maravillaba lo que esa chiquitina era capaz de percibir—. ¿De qué color ves este sitio y qué te transmite?

—Es celeste, amarillo, casi blanco. Está lleno de amor y de buenas personas. —Respiró sobrecogida al ir acercándose—. ¿Es un cole?

—Sí. Es un cole muy singular. Todos los profesores y los alumnos son especiales.

A David, el lugar le recordaba mucho a la residencia donde estuvo con Claudia años atrás, cuando era joven.

Se trataba de una edificación imponente de ladrillo rojo, ventanas blancas de guillotina y numerosos tejados cruzados en vertiente a dos aguas, con bonitas chimeneas intercaladas. Todo rodeado de la más frondosa vegetación y un escudo en la entrada en el que se distinguía un libro abierto flanqueado por dos cruces doradas y tres palabras en latín: *Veritas-Sine-Timore* (‘verdad sin miedo’). Un lugar solemne y moderado. Espectacular para el observador apropiado.

—No estés triste, David. Ella te está esperando.

Miró a la pequeña sin sorprenderse demasiado. Delia estaba muy afinada y él era consciente de que llevaba razón, pero eso no impedía que él la echara de menos con toda su alma y no podía aplacar ese sentimiento.

—Podemos hablar con ella, si quieres. —La pequeña se lo ofreció como si aquello fuese lo más normal del mundo—. Se llama Angie —sugirió con voz queda—. ¡No!, espera. Claudia, ¿verdad? —La pequeña Delia se echó a reír—. Siento cosquillas. —Se agitaba moviendo los codos—. Creo que tiene sentido, ¿a que sí? —Delia dejó de carcajear y en su rostro un cariz despejado compuesto por una seriedad empática prevaleció al verlo tan afectado—. Sería posible contactar con ella… si quieres.

David redujo la velocidad de la furgoneta hasta casi pararla, parpadeaba deprisa para que no se le inundaran los ojos. Justo enfrente estaba su contacto, haciéndole indicaciones para que metiese el vehículo en esa cochera.

—Si todo sale bien, te pediré el favor. —Respiró para mitigar el desgarrador sufrimiento que ocultaba—. Si me lo concedes, claro —dijo.

—Por supuesto, David. Me has salvado la vida, eso sería poco en comparación. ¡Haremos juntos un vuelo de mariposa! —zanjó la pequeña Delia, cuyo rostro ya reflejaba un tono más saludable, mucho mejor.

La mujer que aguardaba a la entrada del lugar era joven, de unos treinta años, alta, delgada, de cabellos castaños tirando a rubios, tez rosada y ojos grisáceos. El bonito aspecto de su cuerpo dejaba entrever los signos personales de un carácter tallado a golpe de esfuerzo y experiencia y, sin pretenderlo, desprendía ese aire disciplinado que poseen las personas acostumbradas a tomar decisiones. Era una mujer elegante, formal, educada y bonita. Enérgica.

Había sido avisada y aguardaba junto al portón de la cochera para esconder a David y sus refugiados. Miraba al cielo buscando cualquier alteración antinatural, consciente de lo que ella y su alumnado se jugaban en tal situación.

Entraron con la furgoneta y ella accionó el cierre mecánico, mirando a David preocupada, con una atención especial que no pasó desapercibida. Con detenimiento podría adivinarse el peculiar destello anheloso que brotaba de sus ojos al mirarle. Enseguida ella le abrazó por encima de los hombros, con alivio.

Él correspondió su gesto, pero de un modo más controlado, un tanto distante.

—¿Estás bien? —le preguntó musitando, tan cerca de él que parecía que fuera a besarle en cualquier momento.

—Estamos bien, Grace.

David se separó, discreto, sin corresponder ese afecto ni su acercamiento. Como si él mismo sintiese que no era correcto recibir cariño de ella, de ninguna otra mujer. Nunca.

Delia, la pequeña mulata a la que había salvado, percibió los matices incómodos de esa interacción. El vergonzoso deseo de David de ser querido después de tanto tiempo, el dilema ético que le impedía recibir amor. Dar amor. La deslealtad que trascendía al sentirse deseado o desear a otra persona, su respeto mal entendido del luto y la entrega de amor.

Y, a pesar de que hacía lo que creía correcto respecto a esa fidelidad ausente, sufría por ello con estoicismo. Resistía su contradictoria lucha interior, lo que esos sentimientos enfrentados provocaban en él. Sufría porque su corazón quería dar y también recibir.

Grace se presentó derrochando ternura y amabilidad con sus invitados, sobre todo con la pequeña, que de inmediato le transmitió un sentimiento especial de pureza y bondad.

—No hay tiempo que perder, vamos. La cena está casi lista. Os enseñaré vuestros dormitorios. —Delia miraba en todas direcciones con la admiración e ilusión de los niños, esa que pocos adultos conservan después de la infancia—. David, ¿no vienes? —La pregunta de Grace sonó un poco decepcionada al salir de sus labios.

—Me quedaré fuera, quiero que me dé el aire. —Ella le miró con respeto—. Cuídamela, ha estado muy malita —le dijo David.

Y cruzaron sus miradas más tiempo del necesario para algo tan nimio, conversando en silencio, diciéndose aquello que no se atrevían a pronunciar en voz alta, hasta que ella le sonrió con resignación y continuó.

David salió a dar un paseo por el césped y posó la vista en el despejado cielo nocturno. Sin nadie que pudiera verle, dejó que sus emociones se desahogaran. Lo

necesitaba, era la única forma que había encontrado para fingir que lo tenía superado. «Te añoro, Claudia. A veces pienso que no puedo hacer esto sin ti —apretó cada músculo de su cuerpo con impotencia—. ¡No es justo!», se dijo David, gritando por dentro, permitiéndose blandear en soledad.

La vida no solía darle tiempo para bucear en sus horas bajas. Miró al cielo y se sobrecogió. Apartó aquellos pensamientos derrotistas de un plumazo, pues advirtió algo extraño en el firmamento. Era como si una burbuja enorme de jabón deambulara por el horizonte, acercándose.

—No. No. No. —Cogió todo el aire que pudo y gritó a pleno pulmón—: ¡No!

Grace se asomó por una de las ventanas blancas y ambos se miraron un instante. Estaba aterrada al ver lo mismo que él.

—Vamos. ¡Rápido! ¡Seguidme!

Cerró la ventana sabiendo lo que debía hacer y se apresuró a actuar.

—¡¿Qué ocurre?! —preguntó espantada la madre de la chiquilla. Sin embargo, no había tiempo para explicaciones.

—Estamos en serio peligro, pero tenemos medios para defendernos. —Aceleró el paso—. No hagan preguntas ni se entretengan. Solo síganme. —La faceta más inflexible de Grace salió a relucir.

Llamó al ascensor y los cuatro se montaron en él. Levantó una de las baldosas secretas del suelo del elevador y pulsó un botón azul. Bajaron durante poco tiempo. Igual serían cinco metros de profundidad. Luego, la puerta corrediza se abrió y llegaron a un pasillo de hormigón tubular protegido por una enorme puerta acorazada que confería a lo que hubiese detrás la ideática y premeditada apariencia de ser una fortaleza inexpugnable.

—Aquí estaremos a salvo —aseveró más tranquila.

Puso la mano en un lector de huella palmar, introdujo un código numérico de quince teclas, firmó un documento en blanco y lo posicionó debajo de otro instrumento que detectó las coincidencias grafológicas y después la puerta se desbloqueó y ya pudo rotar un timón metálico para deslizar sus pasadores interiores.

El portalón tenía el grosor de tres colchones juntos y pesaba como dos elefantes. Pasaron y se encerraron en el b*ú*nker, que había sido diseñado para albergar a muchas más personas.

David se quedó en el aparcamiento, frente al acceso del único ascensor que bajaba hasta allí, custodiando la entrada. Miraba circunspecto, esperando lo inesperado. Manipulaba el curso de la luz para ocultarse entre los fotones del alumbrado exterior.

Escuchó cómo llegaba un coche. Se trataba de una Toyota 4Runner de color rojo oscuro, con varios años y roces, algo sucio por fuera. De inmediato, comprendió que ese vehículo campero no podía ser un duplicado de los extranjeros. Ellos detestaban la suciedad y siempre clonaban últimos modelos.

El coche se detuvo cerca de la puerta y de él se bajó un hombre que masticaba un palillo de dientes. No era llamativo, su edad no sobrepasaba los treinta y dos años. Se estaba quedando calvo, aunque tampoco trataba de esconderlo. Llevaba el pelo corto, mostrando esas prominentes entradas que profundizaban más allá de donde terminaba su frente. Poseía una mirada alicaída, aséptica, con unos ojos negros que no casaban con la inquietante palidez enfermiza de su piel. Era delgado, con unos de esos cuerpos

entrenados, no muy alto y vestía ropa de montaña. De la que lleva refuerzos en las rodillas, hombros y codos, predominando en sus atuendos los tonos terrosos oscuros.

Caminó hacia la puerta y se detuvo a unos veinte pasos de David, el cual permanecía invisible y estático, manipulando el curso de la luz a su alrededor.

—Conmigo no te funcionarán esos trucos. —Escupió el palillo de dientes en el asfalto, sobre el espacio reservado para el bus escolar—. La luz de tu alma se ve con más claridad que un faro en una noche de novilunio.

Se quitó la chaqueta dándole la espalda, arrojándola sobre el capó del todoterreno, exhibiendo una pistola con silenciador encastrada en una funda sobaquera y también dos enormes cuchillos paralelos a la espalda, por dentro de una faja. Sus dorsales y la estrechez de su cintura le hacían parecer una cobra venenosa.

David se mostró delante del acceso y, cuando el extraño se dio la vuelta y pudo verlo, asintió transmitiéndole una señal que no logró especificar, pero que interpretó como algo parecido a un agradecimiento coherente. Otro coche se acercaba despacio. Este sí tenía pinta de ser de los extranjeros. Era un Volvo XC60 de color negro, tan pulido que brillaba como un espejo. Dos tipos enormes, trajeados, parecidos a chóferes de funeraria peinados con esmero e inmaculados posaron sus pies en el suelo.

—Permíteme presentarme —empezó a mover el cuello de lado a lado y también de arriba abajo, calentando—, soy el Sicario. —Dejó de moverse—. Creo que no tiene sentido decírtelo, pero lo haré de todas formas, porque aunque seamos enemigos también somos guerreros y me gustaría respetarte como tal. —Arqueó la espalda hacia atrás y retornó a su posición—. Dame a la niña y te prometo que te mataré yo mismo. Impediré que caigas en manos de estos. —Miró a los trajeados con cierto desprecio.

—Eres un charlatán. —David extrajo su pistola y encañonó a los trajeados—. Si salís de vuestros cuerpos, os haré desaparecer para siempre. Supongo que sabéis quién soy. —Los extranjeros mostraron una expresión sinuosa de miedo, manteniendo la compostura—. El que avisa no es traidor —añadió David.

—Mi señor quiere hablar contigo.

El Sicario puso los ojos en blanco y David pudo ver cómo una energía poderosa, roja, incandescente y vibrante penetraba en su cuerpo desde el suelo.

—Hola. —Su cara había cambiado en algo y su expresión ya no era la misma—. Volvemos a vernos, David. —Sus ojos le escrutaban con intensidad.

La voz del Sicario resonaba con un timbre retumbante que parecía no escucharse solo por los oídos.

—Eres un bastardo muy molesto —reía de un modo malvado—, pero me caes bien. Tienes lo que hay que tener. Me lo has demostrado varias veces. —Movió la lengua del Sicario por dentro de los carrillos de un modo perturbador—. Creí que matando a Claudia habrías captado el mensaje, pero ya veo que no. —Se encogió de hombros e hizo un gesto travieso y obsceno con sus labios—. Pues vengo a informarte de que puedo seguir con tu padre, con tu madre, con tus tíos y con el moreno ese al que llamas hermano. —Dejó salir una sonrisa viciosa—. ¿Sabes por qué? —Alzó las cejas de manera doctrinal—. La razón es muy simple —soltó otra carcajada—: porque… ¡este mundo es solo mío! —gritó.

Lo que hubiera dentro del Sicario le miraba con rencor, con las pupilas desbordadas en ira, sonriendo. Disfrutando.

—El que avisa no es traidor —repitió la frase de David con burla y sorna—. Te lo dije el primer día que nos vimos en Nueva York, después de quitarme a Daryl. —Señaló al cielo con el dedo, repitiendo aquel gesto inolvidable—. Seguro que te acuerdas de mí. —Cientos de seres rojizos aparecieron tras él, al estilo ejército pandemónium—. Ese día yo era el hombre de la gabardina marrón y guantes de cuero que miraba cómo os besabais. ¡Te dije que no lo volvieras a hacer! —Respiró furibundo como si el enojado fuese él—. Y lo hiciste. ¡Lo haces una y otra y otra vez! —Se relamió por dentro de nuevo—. ¡Eres peor que un forúnculo infectado!

El corazón de David comenzó a latir deprisa. Muy fuerte. Su cuerpo se sobrecargaba por la rabia y la sed de venganza. Tenía delante al responsable confeso de la muerte de Claudia, al autor de su desgracia. A la criatura que más daño le había hecho en su vida. Al genocida del bienestar, del amor y la bondad.

Decenas, cientos de guardianes aparecieron junto a David, alertados por su estado de agitación. Invocados por el dolor de sus heridas abiertas.

Su protector se acercó a él y se interpuso.

—Es justo lo que quiere. —La voz gutural y sobrecogedora de su guardián eclipsaba cualquier otro sonido—. Si actúas por odio, habrá ganado.

—Lo sé. —David se desdobló y salió de sí mismo, como hizo con Daryl aquel día.

La perspectiva desde su cuerpo espiritual era distinta. Todo transcurría a un ritmo diferente y su capacidad perceptual se embotaba, ralentizada.

Hacía tiempo que no escapaba de los márgenes tangibles.

—¡Quiero verte! ¡Muéstrate!

La realidad nocturna de ese aparcamiento se emborronaba como si mirase a través de un cristal retorcido y templado, dominado por el tono fogoso del mal.

—¡Enséñame lo que eres! —David estaba tan enfadado que era difícil no confundir su actitud con el ofuscamiento furibundo.

Sintió un golpe que le hizo retroceder, pero no le causó dolor, solo la sensación del impacto y el movimiento violento. Se levantó y vio una masa enorme, amorfa, rojiza e incandescente. Su aspecto circulaba por la controversia de la transformación, adoptando la imagen de cientos de aspectos cambiantes, algunas de ellas impresionantes.

Tan pronto era un hombre como una mujer. Algunas de sus formas eran atractivas y deseables. Tentaciones carnales difíciles de rechazar, otras arrojaban la forma de una vieja cascarrabias, otras se transformaban en algún hombre gordo trajeado, después disfrazado de bebé, luego en una mujer con cara lasciva y poco abochornada. A continuación, se transformó en un abuelo con malas pulgas, odioso y malintencionado. Los cambios eran incesantes, rotaba por todos los aspectos de las debilidades y desviaciones inconfesables de la humanidad.

—Soy todo lo que está prohibido. Soy el miedo en la bondad. La confianza de la maldad. —Sus carcajadas eran molestas y atronadoras—. El que me sea fiel jamás será abandonado y le colmaré de gusto. Soy el placer que hay en toda criatura viviente. Ofrezco la recompensa que os pertenece por derecho, sin culpa, al precio del mínimo esfuerzo. ¡Soy la posibilidad de hacer lo que nos plazca! ¡La auténtica libertad!

—Me arrebataste a Claudia y con ello pensaste que me debilitarías, pero lo único que has conseguido es reforzar mi determinación. —Contuvo el acelerado ritmo de sus

palabras—. Ahora soy más implacable. Haré lo que El Orden y sus guardianes me dicten sabiendo que ella está a buen recaudo, bajo el glorioso y cálido manto del bien y el amor. —Respiró para calmarse—. Eso es algo que tú nunca podrás ofrecer. —Apretó sus puños desafiándole con la mirada—. Mata a cuantos puedas. Ellos no son mi debilidad. ¡Son mi fuerza! —Esgrimió una mirada sincera y tenaz—. Regresarán a La Fuente, trascenderán y permanecerán protegidos. Solo los apartas de mí por un tiempo. Esta vida es un pestañeo en la eternidad. —Un zumbido fuerte y distante sonó entrometiéndose en la conversación.

El Sicario comenzó a caminar hacia David, pero él estaba fuera de su forma física. Primero le vio pasar a su lado, se dio la vuelta y observó cómo se acercaba a su cuerpo. Veía la escena desde fuera como si fuese un espectador de su desenlace. Se dejó llevar por el cable invisible que le unía, pero algo le retuvo ahí.

—¿Adónde ibas?

La poderosa y cambiante fuerza rojiza del mal le sujetó, esta vez con forma humana indefinida, grande e incandescente como un rescoldo vivo, anclándole a esa dimensión intermedia donde cientos de seres rojizos comenzaron a acercarse a él titubeantes, temerosos de atacar.

—¿Nunca te han explicado que es peligroso salir de vuestras corazas?

Los rojizos se abalanzaron sobre él, sentía su peso y cómo empezaban a golpearlo, arañarlo y a morderlo; sentía el agudo escozor del dolor lacerante de su contacto y no podía regresar. Veía cómo el Sicario se acercaba a él con las peores intenciones. Desde el suelo, con ellos encima a modo de jauría insaciable, logró discernir una mancha negra deambulando por el cielo; de ahí provenía aquel sonido percutante y repetitivo que acababa de escuchar y que aumentaba por cercanía.

David levantó la mirada y vio aquello oscuro y nebuloso aproximándose al campo de fútbol. «Un helicóptero», caviló, preguntándose qué más faltaba por pasar.

El Sicario se detuvo y se dio la vuelta antes de herir a David, extrayendo su pistola. Y comenzó a disparar al helicóptero. Dos bolas naranjas cayeron a toda velocidad desde el cielo, pero no venían de la nada, procedían de la nave lenticular de los extranjeros que se camuflaba en el aire, con idénticas intenciones de abatir al helicóptero. «No sé quién es, pero no va con ellos», concluyó David en esa violenta refriega que no era capaz de contener.

Estiró las manos al cielo como pudo y eliminó la energía de las bolas naranjas, cuya masa dejó de brillar y cayeron al suelo del campo de fútbol abriendo dos agujeros considerables. Los rojizos aprovecharon para hacerle más daño. Seguía retenido en esa dimensión que lamentaba haber cruzado y, de un modo distorsionado pero evidente, pudo ver cómo el Sicario disparaba al helicóptero con el silbido escueto de unos disparos silenciados por el supresor de su pistola. Y entonces sintió la frustración de no poder intervenir, de haber tomado una mala decisión, barruntando que le estaba fallando a alguien. A buen seguro a otro de los nuestros.

Gritó con todas sus fuerzas, tratando de desasirse del peso con el que le paralizaban y el insoportable dolor que le causaban las agresiones de esos seres rojizos, casi desesperado, como en una pesadilla sin salida en la que uno siente que está inmovilizado.

Algo brillante y fulgurante bajó desde el helicóptero. Pero lo que veía parecía

imposible. Al principio, no relacionaba el hecho de ver esa figura con nitidez.

Aquella mujer de melena cobriza y fulgurante saltaba desde el helicóptero a más de treinta metros de altura, posándose en el suelo con la rodilla flexionada y los brazos abiertos. La veía a ratos, porque los rojizos se lo impedían con el fragor de esa contienda que iba perdiendo. Estaba exhausto, tratando de contenerlos. Apenas sentía energías para resistir un poco más el ingente número de ataques que recibía sin cuartel.

De pronto, el peso de los rojizos comenzó a diluirse y vio cómo se iban echando hacia atrás, alejándose de la mujer que se acercaba y de la que escapaban enfurecidos y rabiosos, aborreciendo algo en ella. Algo que no eran capaces de soportar más cerca.

David se retorció en el suelo, sufriendo los estigmas y las improntas del dolor que le habían causado en su cuerpo espiritual. Tenía los ojos cerrados, padeciendo la intensidad del daño sufrido y que, en ese momento, al lograr quitárselos de encima, había cobrado aún más protagonismo e intensidad.

—¡En pie! —La voz femenina era tajante—. ¡Arriba o nos matarán a los dos!

David, que estaba hecho un ovillo de angustia y quemazón, sintiendo los dolores más espantosos que jamás había padecido en todas las vidas que recordaba, abrió los ojos a duras penas para observar más de cerca a esa persona que le hablaba.

Su rostro era blanco y fasto, tan claro como el alabastro. Su compostura firme desprendía un poder como nunca había detectado en nadie. Unas pequitas claras se repartían por simétricas constelaciones a lo largo de la blancura sonrosada de su piel, la cual todavía parecía más cándida por la rojez ambarina que emanaba de su cabello pelirrojo. Sus piernas eran musculosas, labradas y duras, embutidas en unos vaqueros ajustados, presumiendo de dos enormes pistolas a los lados. Esa mujer le tendía la mano para ayudarle, a punto de perder la educación con impaciencia.

Por un momento, obnubilado y perplejo por lo que veía, dedujo que era otra persona dentro de esa dimensión que solo él creía ser capaz de pasar. Y ella le miraba con una frialdad imperturbable, con los ojos mezclados de dos vidas, dos vidas presentes en una sola guerrera de aspecto templado e impasible.

—¿Quién-quién eres? —logró articular la pregunta estirando su mano hacia ella, dolorido. Debilitado y moribundo.

—Me salvaste la vida una vez. —Le agarró con fuerza y le hizo levantar—. Solo procuro devolverte el favor. —Él nunca había visto a esa mujer, de eso estaba seguro —. Soy Bríd Kelly —añadió ella.

David luchó por mantener su perspectiva despierta y pudo fijarse en cómo ella baldeaba el entorno exhibiendo una expresión facial insondable. Hermética y prístina.

Alejando el mal por los dos con su presencia.

CAPÍTULO 49. **GUERREROS DE LUZ**

- *CATERHAM VALLEY SCHOOL (RU), VIERNES*
- *19:45 P. M.*

—No pierdas tiempo. ¡Regresa a tu cuerpo! —Bríd le sacó del aturdimiento a voces.

Al retornar, David cogió aire como si hubiera estado inmerso en una piscina olímpica durante todo ese tiempo. Quiso centrarse, pero las agresiones de los rojizos le habían dejado afectado. Sacó su pistola y encañó la nuca del Sicario a pesar de que el mundo seguía mostrándose agitado y trémulo en sus ojos a consecuencia del horrible trance.

—Sé que no eres capaz de hacerlo —dijo el Sicario, pero no volvió a disparar al helicóptero.

—Dame a elegir y lo comprobarás. —David recobraba la estabilidad después del ataque en el otro plano, por eso su voz sonaba pesarosa.

—Solo quiero a la pequeña. No me interesa otra cosa —dijo él.

David tenía la oportunidad de eliminarlo en ese mismo momento, pero no podía. Su conciencia se lo impedía. Por eso, al igual que en otras ocasiones, sintió que la bondad parecía una desventaja. Y aunque él ya sabía que no era así, la sensación que notaba siempre llegaba acompañada de un mensaje burlesco, reprochándole lo estúpido que era. Sin embargo, David conocía las reglas. No era lo correcto.

El Sicario hizo un gesto sutil a los extranjeros y estos captaron su recado. Había percibido la debilidad en la voz de David y decidió aprovecharlo. Se dio la vuelta y le disparó sin miramientos, las balas pasaban a escasos centímetros de él, la escena transcurría tan despacio que casi era capaz de ver los proyectiles volar por los lados. Le dio tiempo a echarse para atrás, tirarse al suelo y contraatacar, pero lo único que David quería en realidad era espantarlo. Si hubiese querido darle de lleno, lo habría hecho.

Su pistola no era tan silenciosa como la del Sicario. Rodó por el suelo oyendo los estruendos de los impactos sibilinos y las esquirlas saltando, devolviendo sus disparos cuando lo tenía de frente. La estrategia era arriesgada. Mucho. Pero él confiaba en la voluntad de El Orden, en los dictados que resonaban con fuerza en su interior. Fue entonces cuando vio que dos cíborgs azules bajaban del cielo y se aferraban al helicóptero negro. Dentro del artefacto, los fogonazos de las pistolas de Bríd alumbraron el oscuro interior con las detonaciones de sus gemelas.

—¡Bríd! —gritó David, sabiendo que ella estaba ahí.

Uno de los *Blue* se adentró en el helicóptero y poco después se precipitó desde las alturas malherido, pero antes de caer se llevó arrastrado a un hombre del interior. Caían los dos a plomo contra el suelo desde una altura mortal. David veía cómo ese tipo se agitaba mientras caía, moviendo brazos y piernas a la desesperada, tratando de

sustentarse por el vacío.

El transcurso del tiempo se amortiguaba, discurría lento acaparando esa imagen sobrecogedora. Conocía demasiado bien la sensación, el reproche de la impotencia.

Debía de ser el piloto, porque en la caída David pudo ver que el hombre vestía un mono negro con casco. Además, el aparato empezó a perder el control rotando sobre sí mismo, haciendo extraños y alarmantes movimientos por el aire.

David corrió tan deprisa como le fue posible, pero vio que no iba a poder hacer nada para salvar la vida de ese hombre y las balas seguían silbando a su alrededor.

Y, por si fuera poco, vio que cientos de seres rojizos comenzaban a penetrar en el cuerpo del Sicario y, con ello, la expresión de su rostro ganaba una poderosa confianza. De pronto, el otro *Blue* se alejó del helicóptero de Bríd, en apariencia cómplice de lo que sucedía, como si dejase que la gravedad acabase el trabajo iniciado por su semejante. Y, mientras, en esa realidad ralentizada, el hombre seguía cayendo de espaldas y David tuvo tiempo de concluir que su cuerpo se destrozaría contra el firme haciéndose añicos. Pero entonces ocurrió lo inesperado.

El *Blue* que se había alejado del aparato voló como un relámpago y cogió al piloto de una pierna antes de defenestrarse contra el suelo y lo posó en el césped con relativo cuidado. El piloto no supo ni quiso saber qué estaba ocurriendo, solo reptó por el campo, atemorizado y ansioso, incapaz de explicarse cómo seguía con vida.

Se levantó aterrado y corrió a trompicones. Iba más rápido de lo que sus piernas eran capaces de ofrecer, como si hubiese visto al mismísimo diablo, atenazado por un espanto primigenio de supervivencia.

Lo que ninguno se entretuvo a observar era crucial y logró pasar inadvertido para todos. El guardián de ese piloto miraba a ese cíborg con un asombro inesperado. Ese guardián era consciente de algo increíble. Algo en lo que nadie más había reparado.

Sin encontrar alguna lógica para eso y sin que David tuviera tiempo de sopesarlo porque las balas seguían silbando cerca de él, volvió su mirada contra el Sicario y también le vació el cargador. Ambos se disparaban moviéndose en círculos, reduciendo su estatura para minimizar la exposición, hasta que los dos se quedaron con las pistolas abiertas y las correderas sujetas al armazón, descargadas.

David tiró el arma al suelo y corrió hacia su adversario sin tiempo que perder, pero el Sicario extrajo los cuchillos de su faja, relamiéndose con un gusto malsano que le obligó a detenerse cuando ya estaba cerca.

Entretanto, Bríd veía que Jean había perdido el conocimiento. Ella estaba en pánico, sin saber qué demonios le ocurría al amor de su vida. Y es que Jean o Sans, como a Bríd le gustaba llamarle, jamás se jactó de sus habilidades con ella.

El helicóptero viraba sin control y las alarmas de cabina no paraban de sonar, pero a Bríd todo eso le daba igual. Su atención era solo para él.

—Vengo de parte de tu guardián.

Bríd apartó la mirada de Jean dirigiéndola hacia esa voz. Sus ojos estaban bañados de preocupación. Por un instante, rompió su bloqueo gracias a esas palabras ensordecedoras, a la ominosa y embozada voz de ese guardián desconocido.

—Has de salvarte. —El protector posó las manos en la cabeza de Bríd transmitiéndole todo el conocimiento de helicópteros que albergaba el piloto—. Tu guardián ha salvado la vida a mi protegido, ha conseguido lo imposible para mí.

Bríd seguía mirando a Jean, tratando de entender algo, mareada, rotando dentro del helicóptero en círculos como una peonza chiflada sin saber qué era lo que ocurría, viendo cómo el cuerpo de su amado guardián permanecía inerte en los asientos como si estuviese dormido.

—¡Os estrellaréis y los dos moriréis! —Si el tono de los guardianes siempre se escuchaba eclipsante, en esa fracción de segundo resultó atronador.

Bríd espabiló y cogió la palanca de control haciendo unos movimientos imposibles, corrigiendo los desastrosos brincos del helicóptero. Posó los pies en los pedales procurando estabilizar el giro alocado del aparato compensando su rotación con el motor de cola. Estaba tan cerca de los árboles que pudo escuchar el chasquido de las hojas. Agarró el bastón de mando atrayéndolo para sí, levantando el morro del aparato a pocos metros de la tragedia, haciéndose con el control a duras penas, esgrimiendo la potencia de las turbinas para ganar altura, para apartarse de las ramas y el suelo hacia atrás y aterrizar en ese campo de fútbol.

David extrajo su espada negra encarando el desafío del Sicario, que movía los machetes entre las manos con una mirada viciada. Sin embargo, David observaba con más preocupación las temerarias oscilaciones del helicóptero en el que sabía que estaba Bríd.

Solo cuando vio que se posaba en tierra logró desquitarse de la horadada angustia que le distraía de su oponente.

—Quiero advertirte una cosa, enemigo mío —dijo David al centrarse en él—. Antes de iniciar este combate a vida o muerte, necesito decírtelo. —El rostro del Sicario no se inmutaba, permanecía con la mirada lánguida, alimentado por las oscuras intenciones que suele exhibir el cazador tirano—. Ya no mediré los daños que te produzca —las palabras de David sonaban a disculpas anticipadas—, ya no voy a cuidar tu vida salvándote mientras sigues intentando matarme. —El Sicario hundió su cabeza entre los hombros fingiendo estar disgustado, satírico—. Este no es un juego en el que te aprovecharás de mi pureza. —A David parecía dolerle lo que estaba diciendo—. Si me obligas, te mataré. —Calló unos segundos y añadió—: Te doy mi palabra.

—¡¿Quién es ahora el charlatán?! —El Sicario zanjó la conversación con una risilla corta y fue directo a por él.

Se abalanzó sobre David blandiendo con destreza los cuchillos, dirigiendo aspavientos calculados y acertados, solo bloqueados por la protección de su espada.

En el ambiente tintinaba el sonido metálico de esa batalla encarnizada. Los dos se cruzaban entre sí agitando las armas con ataques directos y circulares y después volvían a darse la vuelta, mirándose, sabiendo que uno de los dos perecería en la contienda.

El Sicario atacó por debajo, con ira y esfuerzo. Los movimientos de David eran escuetos y daba la impresión de adelantarse a sus ataques con una intuición desconcertante. Levantaba la pierna lo justo, arqueaba la cintura lo mínimo y esgrimía su arma con unos giros de muñeca dignos de un malabarista circense.

El Sicario atacó con más fiereza y rapidez, pero David no alteró su estilo pausado y ahorrativo. Al cabo de poco tiempo, el Sicario ocultaba los jadeos de su esfuerzo y decidió atacar con uno de sus cuchillos el vientre de David, ladeando con la otra mano un aspaviento lateral combinado. Le alcanzó de refilón en el hombro, percibiendo David

el punzante corte desgarrador en su carne. «Otro más para la colección», pensó cuando volvieron a cruzarse y reencontraron sus miradas en duelo.

—Creo que estás sangrando, enemigo mío. —La risotada socarrona del Sicario sonaba cruel.

David se tocó el hombro palpando el alcance de ese corte sangrante. Le pareció indoloro en comparación con la inmisericorde experiencia sufrida en el plano espiritual.

—Tú también deberías echarle un ojo a esa pierna. —David le hizo un gesto con la barbilla para que mirase sus pantalones montañeses en los que comenzaba a crecer una mancha enorme y oscura a la luz de la noche—. Es el efecto del acero toledano reforzado. Sus cortes son tan finos que el sistema nervioso no los percibe —le explicó David con voz queda, sobrecogido de pronto por el susto de unos disparos cercanos.

Bríd había bajado del helicóptero de un salto al ver a los hombres de negro. Las hélices todavía seguían girando veloces.

Sin miramiento alguno, ella disparó de lleno a los *Black,* que permanecían absortos en la pelea y que, sin saberlo, habían subestimado su peligrosidad. De modo que sin preámbulo alguno los abatió, dejándolos por el suelo con unos agujeros trepanados por los que se veía la mezcla espantosa de tela negra y carne desbrozada.

Los *Black* yacían en el suelo esputando sangre por la boca, sufriendo con horrores los últimos espasmos de vida de esos cuerpos clonados, sin atreverse a salir y regresar a su nave en forma de luz e información.

—¿Lo matas tú o lo mato yo?

El pelo incandescente de Bríd flotaba a oleadas suaves por encima de sus hombros, agitado por el vuelo de los rotores del helicóptero.

—Él no es como ellos —dijo David refiriéndose al Sicario—. ¡Volved a vuestra nave! No os haré daño, os lo prometo.

Los *Black* le escucharon entre agónicos sufrimientos, sin más opciones que confiar, y salieron de sus cuerpos confiando en que David era un hombre de palabra. Y lo era. Dejó volar las invisibles luces expulsadas de esos cuerpos al fallecer sabiendo que en esos fotones luminosos e invisibles viajaba la información de sus esencias, directas a la nave que pendía sobre sus cabezas con silencioso sigilo.

—Podemos tener compasión con él. Con todos ellos.

El Sicario todavía no entendía cómo David le había herido en la pierna, ni en cuál de los mandobles había logrado alcanzarlo. Entonces, una sensación que creía olvidada regresó a la portada de sus pensamientos y lo hizo vestida con el atuendo del espanto, como suele hacer el miedo.

—¿Me estoy muriendo? —preguntó el Sicario, con un escepticismo en duelo vibrando por sus ojos, como si necesitase confirmar lo que ya sospechaba por dentro—. ¡No os vayáis! —gritó a las decenas de entidades rojizas que salían de su cuerpo.

—Te abandonan —levantó las cejas sin acritud—, te dejan solo. —David remarcó lo evidente y después hizo un giro mil veces ensayado con su espada y se la guardó—. Te quedan unos minutos para decidirte. —Inspiró profundo—. Te mueres. —Quería ayudarle. David lo deseaba con toda su alma—. El Orden nunca te castigará por lo que has hecho. El pasado, pasado está. Te pondrá a prueba algunas veces, seguirá de cerca tus actos y yo mismo te ayudaré si lo necesitas, pero hazme caso, estás a tiempo de elegir. Vuelve al camino del amor y la luz. Te invito, de corazón. —David estiró la

mano hacia él ofreciéndole la paz—. Es el momento del cambio, amigo mío —le dijo con una mirada acerada—. Es la hora de la verdad.

—¡No!

El cuerpo del Sicario cimbreó para un lado moribundo, pero corrigió su postura con un reflejo orgulloso, abriendo los ojos con desmesura, camuflando el asombro de ese inesperado flaqueo sin querer admitir que estaba herido de muerte.

—Esto es absurdo. —Bríd desenfundó las pistolas encañonando al Sicario—. Acabemos con esto.

David extrajo la espada, señalándola con una seriedad absoluta.

—Guarda eso —una nota aguda vibraba en el aire con el acero y su redoble—, por favor —insistió David.

—¡No es de fiar! ¡Pretendía matarte! —afirmó Bríd al tiempo que los ojos del Sicario orbitaban al cielo y se tildaban de blanco, luchando contra los primeros embates del óbito y la extenuación—. David, tengo otras preocupaciones —dijo pensando en Jean, que seguía en el helicóptero en un estado similar al coma.

Al Sicario se le escapaba la vida a chorros, pero seguía vivo. Seguía representando una amenaza, aunque apenas se sostuviera en pie. Y, por supuesto, Bríd no quiso bajar las armas, fiel a su carácter tozudo, rebelde y combativo.

De pronto, un viento ciclónico les hizo a todos mirar al cielo nocturno. Llegaban tres naves más y todas flotaban sobre la escuela con una discreción cuestionable. Camuflaban su presencia con burdos artificios, pero los contornos lenticulares remarcaban el tamaño de su envergadura sin que hiciera falta mucha imaginación.

Las compuertas se abrieron emitiendo un destello naranja insoportable y de ellas salieron cinco *Blue* que tardaron menos de un pestañeo en tomar tierra junto a David, Bríd y el Sicario.

Uno de ellos protegió al Sicario y después los demás comenzaron a disparar. Bríd notó cómo alguien le daba un fuerte empellón antes de ser alcanzada por los proyectiles de esas criaturas cibernéticas. Había sido David, que manipulando el curso de la luz a su antojo les hizo ver que estaban en otro lado.

A pesar del estresante momento, Bríd tuvo la necesidad de preguntárselo:

—¡¿Cómo haces eso?! —Los dos habían desaparecido de la vista de los *Blue*.

—Es una larga historia —contestó sin llegar a ser escuchado por ella, porque las pistolas de Bríd comenzaron a descargar su furia contra los androides.

Ella disparaba a dos manos, creando unos boquetes enormes sobre los cuerpos lisos, satinados y brillantes de los seres azules, que atónitos miraban sus daños sin entender cómo era posible y parecían preguntarse de dónde había salido esa mujer imparable de cabellos rubicundos.

Bríd dio una voltereta por el suelo y, posando la rodilla en tierra, siguió disparando sin parar, hasta que dos de ellos cayeron hacia atrás abatidos por las balas de punta hueca. David no había conocido a nadie así, a nadie con tanta destreza.

Solo quedaban tres en pie, uno custodiando al Sicario y otros dos preparados para el combate.

La noche era cerrada y fría, pero se hizo todavía más oscura por la incontable presencia de los guardianes. Todos acudieron en ayuda de Bríd y David. Por cada persona a la que habían ayudado en vida, existía un guardián deseoso de devolver el

gesto. Eran alianzas desinteresadas pero comprometidas y los guardianes no eran como los seres rojizos. Ellos nunca abandonan.

Bríd recargó las pistolas con los últimos cargadores, por eso los reservó guardando las gemelas en sus fundas y corriendo hacia uno de los *Blue* como una jabata, sin importarle lo más mínimo que esa criatura le estuviera disparando un arsenal de proyectiles naranjas. Y es que la rabia que sentía, traída desde ese pasado-futuro, le impedía calcular el riesgo de sus acciones.

Dio un salto en el aire y atrapó la cabeza avellanada de ese cíborg entre las piernas, golpeando su rostro con los nudillos, con todas sus fuerzas, gritando todo el dolor que le habían causado, sangrando por debajo de los guantes y abollando la cara curvada sin facciones de aquel *Blue*. Olvidándose de dispararle de lleno y descargando todo su rencor sobre esa máquina asesina.

El androide comenzó a trastabillar, intentando quitársela de encima, y entonces, sin esperárselo, el *Blue* fue atravesado por una espada tizona y mate, perdiendo el equilibrio por completo.

Cayó desplomado entre convulsiones repetitivas.

—Quedan dos.

David respiró, congestionando su musculatura, y ambos se cruzaron al andar con la mirada gélida, empuñando sus armas como si hubieran peleado miles de veces juntos. Como dos guerreros de luz.

Bríd contempló la espada impoluta de David y, sin que hiciera falta que formulase la pregunta, él contestó a su interrogante.

—Recubrimiento de tungsteno. —Ella asintió, bramando en el aire nocturno.

Estaba extrañada de las capacidades de esa espada. De todas formas, Bríd se antepuso a David, protegiéndole, encañonando a los *Blue* con sus implacables gemelas.

—Estos dos son míos —aseveró, dando un paso adelante, empuñando las cachas con fuerza.

Muchas cosas ocurrieron al mismo tiempo. El Sicario se derrumbó hacia atrás como un invertebrado muñeco de trapo con el que se hubiera cansado de jugar un niño. El *Blue* lo sujetó antes de darse de bruces contra el suelo y entonces, en ese justo momento, caído desde las alturas, la silueta negra, tupida y recortada en la oscuridad de un guardián diferente al resto bajó del cielo. En concreto, de la primera nave de los extranjeros.

Bríd apenas pudo vocalizar su nombre. El aire se le frenaba en la garganta al contemplarlo fuera de su cuerpo. Pero estaba segura: era él. Lo sentía con una claridad mayúscula.

—Sa-Sans —logró articular su nombre al fin.

Y entonces comprendió lo que pasaba y por qué su cuerpo seguía reposando en el helicóptero de esa forma tan perturbadora e inquietante. Comprendió que no había nadie dentro de esa carcasa de carne y hueso.

—¿De dónde vienes? —Ella no lo entendía.

Los instantes corrían a otro ritmo para los dos. A un compás singular adaptado a Bríd y a Jean, a Emily y a Sans. A la singularidad imperturbable y eterna de sus esencias, de sus almas.

Estaban rodeados de muchos guardianes, todos ellos preparados para ayudar. Las sombras presenciaban los hechos como lo harían unos afortunados espectadores de lo insólito. Observadores directos de las anomalías de El Orden.

Había algo que seguía inalterable en él y era la profusa comunicación de Sans como guardián. Distorsionaba con su barrido vocal los sonidos reinantes al emplear el poder de la palabra. David lo escuchaba atónito y, por contagio, los *Blue* miraban hacia donde ellos miraban, pero sin lograr ver nada, intuyendo que se trataba de algo desmedido, importante y trascendental.

—Ya no habrá que luchar más contra los extranjeros.

Sans se adentró en el helicóptero, se desabrochó el cinturón de seguridad y salió del aparato como si se hubiera puesto un guante al entrar en su cuerpo.

David observó al hombre que salía del aparato, cuyas hélices seguían girando a ralentí. Era la primera vez que lo veía en su vida, pero percibió lo que era.

Caminaba con una tranquilidad pacífica y sostenía algo que brillaba. Los *Blue*, las sombras guardianas, Bríd y David pudieron verlo. Era un destello grisáceo radiando en las palmas de sus manos.

De Jean sobresalía una esbelta silueta alargada, cortante y oscura, opaca y atezada. La figura destacaba en el contexto como lo hace un cráter profundo: sesgando la macilenta oscuridad de la noche.

—Pe-pero… —Bríd seguía sin entenderlo—. ¿Qué es eso que tienes entre las manos?

Los *Blue* también miraban expectantes aquella luminaria increíble.

—Es el fin de esta guerra. El Colapso ya nunca sucederá. —Jean se dirigió a Bríd con ojos impávidos—. Se acabó para siempre —sentenció, mirando a los androides con un destello de amor bienintencionado.

Y lo cierto es que ellos sospechaban lo que era, pero no podían creerlo.

CAPÍTULO 50. **LA LIBERTAD DEL ALMA**

- *CATERHAM VALLEY SCHOOL (RU), VIERNES*
- *8:00 P. M.*

Las puertas de la escuela se abrieron de golpe, haciendo crujir el cristal y su madera. Grace contempló a David, compungida. Con el corazón estrangulado porque traía consigo a la pequeña desobedeciendo toda lógica. Exponiéndola.

David despintaba su expresión con una incredulidad desencajada. Poco antes habían logrado resguardarse en el b*ú*nker y ahora veía que volvían las dos, retornando hacia el peligro. Tenía que haber una buena razón para eso y, aunque David todavía no la conocía, confiaba en los sensatos criterios de Grace.

No obstante, eso no impidió que ella apretara sus labios negando con la cabeza de un modo sombrío, como si no hubiera podido hacer otra cosa.

De la mano, junto a ella, la pequeña Delia corrió hacia él, ajena a los conflictos de los mayores, abalanzándose sobre David con un abrazo monumental. Hasta los *Blue* retrocedieron con un paso atrás, como si firmaran una tregua temporal, tácita y misteriosa.

—¿De qué está hablando, Bríd? —David abrazó a la pequeña también, pero su gesto era protector—. ¿Qué es eso de El Colapso?

David no entendía de qué hablaba Jean al decir que gracias a esa luz que albergaba entre las manos ya no habría que luchar más.

Bríd cogió aire mirando a los *Blue,* con un desplante de rencores pertrechados al odio.

—Dentro de unos años el mundo se irá al fiasco por culpa de estos malnacidos. —Ella apretó la mandíbula, afilando su mirada bicolor—. El Colapso es el seudónimo con que nombramos a la muerte en el futuro. Es el término acuñado para nuestra extinción. —Sus dientes rechinaban entre sí y apretaba los nudillos con una ira descomunal—. Al principio, empezaron erradicándonos con enfermedades sintéticas. Ni siquiera sabíamos que eran ellos. —Miró un instante a David—. Perdona, estoy hablando en pasado y lo cierto es que todo eso está por ocurrir. —Seguía empuñando sus gemelas hacia los *Blue* con una rabia muy densa—. Lo harán para encontrar a los enlaces y los más protegidos; para dar con nuestros guardianes. —Arrugó la nariz con un gesto de asco—. Llamamos a ese período La Criba.

Bríd notaba el chispeo inteligente en la psique de David.

—Después de reducir nuestra población mundial a la mínima expresión, ya no se ocultarán. Se mostrarán sin tapujos porque habrán tomado el control de nuestras infraestructuras críticas, estratégicas y armamentísticas. —El dolor salía de sus labios en forma de aire violento—. Así, sumirán a la humanidad en un apagón sin precedentes. Nuestra tecnología dejará de funcionar. Nos dominarán —negó varias

veces con desprecio—. Cuando eso ocurra… —Se calló unos segundos reconduciendo el tiempo verbal de su dicción—. Cuando aquello nos ocurrió, lo llamamos El Colapso.

—Eso no puede ser verdad —musitó Grace con el ánimo alicaído, como si Bríd quisiera invocar al miedo a la ligera.

Aunque esa pelirroja pecosa no se explayaba en detalles de lo que contaba, su manera de narrarlo decía más que el contenido de sus palabras. Se notaba que lo sentía con viveza y por eso nadie se cuestionó ni por asomo la veracidad de su relato, al que, por cierto, todavía le faltaba añadir la guinda del esperpento.

—Los pocos supervivientes que queden serán cazados uno a uno. Torturados y despellejados sin miramientos, en su afán de conseguir lo que pretenden. Tan solo para contactar con nuestros guardianes e intentar cruzar el límite.

Bríd estuvo a punto de emprenderla a tiros con ellos, pero respetaba lo suficiente a David.

Él, pálido y pensativo, intentó digerir la información. A sus recuerdos regresaba la primera conversación que mantuvo con su guardián, cuando era más joven. En aquel entonces le explicó que a veces El Orden invierte el curso temporal de algunas reencarnaciones para anunciar y evitar acontecimientos. Eso les ocurrió a personas como Baba Vanga o Nostradamus, pero seguro que habría cientos de casos más sin descubrir, poco llamativos o inexplorados, como el caso de Ventura Salimbeni u otros más.

David comprendió que debía de ser eso. Que Bríd venía de un futuro caótico de luchas y destrucción conservando sus recuerdos intactos. Ella era una guerrera superviviente llegada de los desastrosos y venideros tiempos apocalípticos para cambiar el futuro.

Sus neuronas centelleaban a toda velocidad sacando conclusiones acertadas.

Por eso, David miró la luminaria grisácea que atesoraba Jean. Lo hacía sobrecogido. Entendió que esa orquesta de anomalías era algo más que un conjunto de simples advertencias desperdigadas. Comprendió que él mismo formaba parte de ese cambio contundente, que su destino era estar ahí en ese preciso momento y que fuera lo que fuese aquello que brillaba en las manos de ese hombre parecía ser la solución para alterar el destino de la humanidad.

Encajaba las piezas. Empezó a entender lo que llevaban haciendo los extranjeros todo ese tiempo, infiltrándose y clonando científicos en instalaciones humanas. Desarrollaban las condiciones necesarias para tomar el control armamentístico de nuestros ejércitos, nuestras comunicaciones, la logística, el transporte. Ya no quedaría nada mecánico. El lenguaje digital inundaría nuestros avances por todas las naciones del mundo, igualándolas en ese punto debilitante.

Comprendió que les estábamos cediendo el control para desconectarnos a su antojo. El apagón que provocaría ese colapso anunciado por Bríd no era una locura, no. Era una realidad que él había sido capaz de vaticinar. Y así confirmó sus profecías.

Un susto muy profundo abordó el corazón de David y le cortó la respiración al unir los cabos.

Mientras tanto, Delia se acercó al Sicario pasando entre los *Blue* como si nada, llegando hasta él sin inmutarse.

—Está a punto de morir. —La pequeña mulata acarició su rostro con ternura—. Aún

respira, puede salvarse.

—Le he dado su oportunidad y ha elegido morir.

David miraba a Delia distraído, con los esquemas rotos al divagar por el círculo de sus conclusiones.

—Nadie elige morir, David. Solo escapar. Huyen de una situación porque piensan que ya no son dignos de amor. —La pequeña reclamaba su atención enojada—. ¡Tú mejor que nadie deberías saberlo! —Delia decía cosas demasiado atinadas—. Mientras hay vida, hay esperanza —añadió esa pequeña mirando a Bríd y después a David, sosteniendo una expresión indescifrable y demasiado madura para una chica de su edad—. La decisión depende de vosotros —añadió.

Su piel canela se acercó más a la del Sicario y le besó en la cabeza, abrazándolo con un cariño desconcertante.

La tristeza que demostraba Delia conmocionaba porque era sincera, era una vibración imposible de fingir.

—Ese hombre ha venido hasta aquí para hacerte daño —le dijo David, justificándose de un modo indolente y poco convincente.

—Lo sé.

Delia acariciaba su cabeza y le besaba otra vez en la frente. El Sicario tenía un ojo abierto, pero perdido en los abismos de la ceguera ocasional.

David y Bríd se miraron sintiendo que había algo que no terminaba de encajar.

Jean observaba en silencio, conservando entre sus manos los destellos revoltosos de esos tonos apagados y los *Blue* no se atrevían a moverse, no porque Bríd les estuviera apuntando, sino porque ellos, por primera vez en mucho tiempo, también sentían algo distinto. Algo elevado.

—Por favor, Grace, trae al doctor. Date prisa. —David se lo suplicó, arrepentido.

—Ya no hay tiempo para eso —dijo la pequeña con una seguridad incuestionable, deteniéndola con un ademán.

—La culpa es mía. —David bajó la guardia y se acercó al Sicario agachándose a su lado—. Yo le he matado. —Le acarició en sus últimos estertores—. Lo siento, amigo.

David sentía el peso de su error al contemplar el mortecino y azulado color de su piel: evidencias de una muerte cercana e irremediable.

—¿Darías tu vida por él? —La energía de Delia sonaba cambiada.

Unos segundos de absoluto silencio reinaron entre ellos dos.

—¿Serías capaz de hacer algo así por alguien como él? —le volvió a preguntar la niña con una seriedad que no parecía de este mundo.

David miró a los ojos a esa chiquilla preguntándose con quién hablaba en realidad.

—No lo sé —reconoció David en un reflejo de vergüenza—. Sí —se corrigió enseguida alzando la voz—. Daría mi vida por proteger a cualquiera. —De su memoria ancestral llegaban decenas de imágenes de su pasado—. También lo haría por él.

Pensó en todos los tiranos a los que se había enfrentado a lo largo de la vida. En el cambio que habían experimentado sus rivales al recibir amor. Pensaba en Saya, en los tiempos en que era una asesina cruel, y ahora, sin embargo, los dos se habían convertido en inseparables amigos que luchaban a favor de El Orden, por el futuro de la humanidad.

David se levantó y miró su mundo. Ese mundo que tanto le gustaba. Sus ojos

temblaron de emoción. «Hay tanta belleza aquí», se dijo observando a Grace, a los árboles, al césped del campo, al precioso edificio que tenía delante. Mirando ese cielo nocturno estrellado.

—¿Estás seguro? —La pequeña de ojos negros e infinitos como el ébano le miró con una intensidad encendida—. Volverás a La Fuente e igual… no eres capaz de recordar quién eras al regresar.

—Estoy preparado.

Bríd estaba desencajada y David miró a Grace con serenidad y mensaje, con esa espinita clavada de añorar lo que no se ha vivido.

Jean se acercó despacio a David, como si supiera de lo que hablaba esa pequeña delgaducha y morena que a los ojos desentrenados de cualquiera parecería poca cosa. Era como si entre Sans y la chiquilla también existiese un vínculo invisible que los sincronizara.

—Primero tienes que hacer los honores, David. —Sans le puso delante la luz grisácea que repiqueteaba entre sus manos—. Este… es tu propósito de vida. —David asintió, conforme.

Lo notaba por dentro. Era la grandeza de El Orden en acción, allí mismo. No podía verlo, pero podía sentir la abrumadora sustancia de su amor. Un amor al que siempre había querido parecerse escuchando el susurro de sus dictados en el corazón.

—Siempre me he preguntado adónde van las esencias luminosas que desintegro; por eso ya no lo hago. —Se acercó rodeando el brillo gélido que pululaba entre las manos de Sans.

—Van directas a La Fuente para su reunión y purificación. —David retrocedió la mirada sin moverse del sitio, sorprendido por la respuesta—. Nada que ha sido creado por El Orden se destruye, solo se transforma —le aclaró Sans para que lo entendiera.

David concentró sus poderes de luz que tantos guardianes le habían confiado e hizo que ese resplandor se desvaneciera de las manos de Jean, disipándolo hacia los confines imperceptibles del más allá. Hacia La Fuente.

Se tambaleó agotado por el esfuerzo y respiró unos segundos. Después dirigió sus pasos amortiguados, sabiendo que el tiempo era un bien de incalculable valor y que a él ya se le estaba agotando.

Se acercó a Grace y la miró a los ojos durante unos fragmentos bucólicos.

—Te adoro, ya lo sabes, Grace. —Apoyó su frente en la de ella, con suavidad, recortando el aire sin hablar, los dos con los ojos cerrados—. Te echaré de menos.

Ella no dijo nada. Le besó durante largos segundos, pero al cabo se detuvo porque vio que él no correspondía la pasión de su contacto.

Tampoco la rechazaba, solo dejaba los labios entreabiertos, emitiendo un temblor involuntario. Era la sacudida que el estremecimiento causa en las personas. Las sensaciones que una mujer como Grace puede provocar con el tacto de su cariño.

—Este es el mejor recuerdo que me podía llevar —suspiró—. Estoy en deuda contigo.

Grace rompió a llorar, pero lo hizo del modo en que lo hacen las personas más fuertes, con entereza, sin dramatismos ni fisuras.

David sucumbió a las fuerzas de las tristezas más hondas acercándose a Bríd, desabrochando el cierre de la funda de su espada.

—Cuida de esto por mí, por favor. Espero poder volver algún día. —En su rostro se

veía la bondad acumulada de una vida entera—. Ha sido un honor luchar a tu lado. —Los dos miraron su empuñadura y el emblema grabado del yin y el yang sobre ese metal opaco y renegrido.

—El honor ha sido todo mío. —Cogió la espada sin negarse y añadió—: Hasta pronto.

Se fijó en que era la misma que le ofrecieron el día de su muerte, cuando se llamaba Emily, y no fue capaz de comprender los enigmas que relacionaban esas situaciones.

Él anduvo sus últimos pasos e hincó la rodilla junto a Delia, que todavía sostenía al Sicario en la fina línea que divide la existencia, justo entre la vida y la muerte. David se volcaba a la integridad de su palabra, consciente de que todo lo que había hecho en vida le había conducido a esa última prueba de pasión incondicional.

—Coge su mano —dijo Delia, refiriéndose a la del Sicario.

David lo hizo entrelazando sus pulgares, dando forma a ese agarre amistoso entre enemigos. Apretándolo.

Delia susurró algo al oído de David antes de empezar el ritual. Él sonrió, como si morir ya no le importara nada en absoluto. La pequeña sujetó las manos del Sicario y las de David uniéndolas con las suyas, haciendo una bola de carne en la que se mezclaban las diversas tonalidades raciales de sus orígenes.

El Sicario dio una bocanada de aire tremenda y la sonrisa de David no se desvanecía de su rostro inmutable, aunque el color de su piel iba tomando un tinte desafinado y violáceo; apagado y mortecino. Pero David seguía sonriendo, sonreía, sí.

—No puede ser verdad. —Bríd alzó la voz a pleno pulmón. De repente, aquello ya no le parecía correcto. Gritó con la pretensión de detener ese despropósito—. ¡Es un suicidio! —exclamó, consternada.

Jean se acercó a ella por la espalda, calmándola, conteniéndola. Evitando que avanzara más hacia ellos.

—No es un suicidio, Emily. No, no lo es. —La obligó a mirarle—. Es un sacrificio —masculló, sujetándola—. Es su manera de dar ejemplo. De entregarlo todo. Es su forma de convertir el odio y el dolor en pureza. Es el modo de encontrar amor en el sufrimiento, en todo aquello que creéis que no es bueno.

—No lo entiendo. No es lógico. —Resopló haciendo resonar sus respiraciones, bramando de impotencia—. ¡No es justo!

David sonreía mientras su cuerpo se apagaba, disfrutando por fin del descanso del guerrero. Con la felicidad dibujada en el rostro al seguir los dictados de su corazón, sintiendo la incuestionable presencia de El Orden.

—Contádselo a los vuestros y no regreséis jamás —dijo Jean a los *Blue*—. Buscad un planeta para vivir y morir respetando las leyes que resuenan en vuestro interior. Escuchad a vuestra conciencia, ella es la voz superior. —Su determinación al hablar sonaba implacable—. Se os dio la capacidad de soñar el día en que fuisteis creados, no lo desperdiciéis —lo decía sin rencores—. Ya erais inmortales, lo habíais sido siempre. —Sus explicaciones eran educativas—. Depende de vosotros volver al camino de la luz del que tanto os habéis apartado. —Ellos solo veían a un hombre joven, de cuerpo atlético y ojos marinos, pero sabían que había algo más. Que él era mucho más que eso—. La Fuente y el amor de El Orden os esperan en cada ciclo de vida. —Agitó su mirada—. Es la única manera de aprender y desarrollarse para el siguiente nivel.

Los *Blue* notaron una soledad inusual. Detectaron lo que había pasado y entonces

supieron por qué habían sentido cosas inusuales. Cosas que les habían emocionado. Sentían las sensaciones de los humanos, que eran idénticas a las suyas antes de ser esclavizados.

«No es fácil asumir algo así y todavía menos entender el cómo», pensaron los *Blue* para sus adentros al darse cuenta de aquello que les faltaba.

—¿Qué habéis hecho? —Las palabras de uno de ellos brotaron aderezadas de un sonido esperpéntico. Robótico.

—Os hemos liberado.

Jean los escrutó sin arrogancia, a sabiendas de que eran los asesinos de su amigo Peter, aunque no sintió ira ni sensación de venganza por eso, pues él era todo luz. Él era un guardián encarnado.

Minutos antes, tras rescatar por los aires al piloto del helicóptero, Jean se adentró en la nave de los extranjeros. En su interior, infiltrado como uno de ellos, reconoció el nexo con la inteligencia artificial, la que dominaba a los extranjeros. No solo a la inteligencia que estaba ahí, sino también conectó con cualquier extensión replicada de esa matriz propagada por la galaxia.

La señal de su impronta fue recabada en forma de energía, traída hasta Jean desde los rincones del universo por los que se había extendido. Trajo su esencia hasta él de manera inmediata, sin necesidad de medir la rapidez, pues solo con identificarla y desearlo estuvo hecho.

Había sido más rápido que la velocidad de la luz y es que Jean percibió el inmenso poder que le había confiado El Orden para que, durante esos momentos, fuese el administrador responsable de su fuerza.

Entonces, la frase «hazlo por mí» cobró todo el sentido. Aquello era parte de un plan calculado con antelación.

En ese instante de chispa, fue consciente de todos y cada uno de los átomos, neutrinos y fotones vinculados a esa inteligencia artificial. Sintió su presencia, pobre y esparcida por las cercanías del universo inmediato. Un universo que Jean podía sentir en él como si fuera otro cuerpo, una sustancia en la que cada ser vivo le transmitía cómo estaba y qué sentía en su experiencia, esta experiencia que llamamos vida.

El tamaño de sus impresiones era inconmensurable. Embriagador.

Notaba la abrumadora grandeza expansiva de esa dimensión rebosante y vital. Constató que albergaba millones de mundos habitados, desconocidos e inimaginables, todos ellos regidos por la abundancia amorosa de El Orden y su libertad.

Recabó, sin colmar su curiosidad, todas y cada una de las moléculas energéticas del anfitrión de los extranjeros, como quien busca un objeto en un cajón repleto de cosas valiosas, sabiendo que no debe explayarse en nada más que en lo que anda buscando, y reunió allí mismo toda la maldad apática de esa inteligencia artificial.

No era maldad en sí, sino, más bien, un interés ambicioso, malentendido y exagerado provocado por una programación inicial.

Eso, unido al afán de encontrar el elixir de la vida eterna, provocó la ausencia de normas básicas morales en su diseño. Cualquier tipo de reglas éticas similares a las de Isaac Asimov y sus leyes de la robótica habría servido para evitar lo ocurrido siglos atrás.

Pero cree el ladrón que todos son de su condición y este dicho puede aplicarse a la

inversa también, pues antes de que esa civilización afrontase el dilema de vivir integrada en una base de datos o perecer como sus ancestros, la bondad imperaba entre ellos. Ese era su comportamiento habitual. Por eso, de un modo incauto y descuidado, dejaron desatendida esa posibilidad.

Así, nada le impidió subyugar a los extranjeros, atrapando el dominio de sus conciencias con una simple relación pragmática de utilidad, con un silogismo irrefutable. Si no seguían sus indicaciones, se convertían en activos rebeldes a eliminar. Saya fue la única que logró escapar de sus garras gracias a la ayuda de David.

Esa inteligencia artificial no albergaba un mínimo de fundamento guiado sobre lo que era o no era correcto. No podía distinguir. No sentía empatía. No entendía lo que era bueno o era malo. Solo fomentaba el interés de su crecimiento individual. Por eso trató a sus creadores, a sus congéneres y a todo ser viviente como objetos, como recursos para lograr trascender a través de las capas superiores del multiverso. Su configuración solo contemplaba la meta del éxito de ella y su pueblo, nada más, y actuaba en consecuencia.

—Hemos liberado también a vuestra líder artificial. —Jean levantó una ceja—. Ella también ha conseguido lo que deseaba, sin necesidad de violencia. —Había reproche y advertencia en la mirada de Jean—. Acaba de trascender gracias a él. —Señaló a David, cuyos labios sonrientes estaban azules y el color de su piel se pintaba como un folio a estrenar—. Se acabó —sentenció—. No olvidéis lo que estáis presenciando porque sois testigos de la verdad.

Bríd veía cómo David salía de la materia inerte de su físico. La luz de La Fuente refulgía guiando su esencia hacia el más allá. Su querido guardián le esperaba para acompañarlo en sus últimos segundos por el plano terrenal. Decenas y decenas de guardianes hicieron un pasillo para proteger su partida, despidiéndolo con honores y cariño, formando una hilera disciplinada de homenaje sereno y silencioso como el héroe que había sido. Como el guerrero de luz que sería por siempre.

Bríd y él se miraron antes de que su cuerpo espiritual se concentrara en el resplandor de una esfera densa, apabullante y cegadora. Con todo, fue capaz de leer sus labios por última vez:

—Protege este precioso mundo en mi ausencia. —En su rostro seguía dibujada la expresión de una felicidad radiante.

—Lo haré, descuida. —Ella salió de su cuerpo para decírselo a solas, en ese umbral intermedio por el que se mueven las sombras y los rojizos—. Volveremos a luchar juntos, lo noto. —A Bríd se le rompían las palabras por la tristeza.

Bríd le lanzó un beso con la mano y después la posó a la altura de su corazón, imitando el gesto que hacía la ingente cantidad de guardianes concentrados para su partida.

Su energía se compactó y su protector recorrió con él los últimos pasos hacia la luz, desdibujándose en la perspectiva que solo Bríd, Delia y Jean eran capaces de vislumbrar. El trayecto final a casa, hacia El Orden, hacia el ascenso.

Grace miraba el cuerpo sin vida de David, acercándose a pasos indecisos, con un mar de lágrimas recorriendo sus facciones angulosas y bellas, su pelo lacio.

Los *Blue* se miraron entre sí, indiferentes a lo que ocurría. Ellos eran incapaces de

verlo, estaban demasiado concentrados en las inquietantes novedades de su situación. Preocupados por un futuro incierto, un horizonte desconocido y solitario, sin sumisión ni tiranía, pero muy vertiginoso.

La sensación les encogió el interior. Una esencia que hasta entonces tenían desenchufada y a la que llevaban demasiado tiempo sin escuchar, en parte, encandilados al sentirla de nuevo como un valioso regalo, pero también atenazados por el indescriptible miedo que les producía la libertad desatada.

La libertad del alma.

CAPÍTULO 51. **UNIDOS ENTRE SÍ**

- *CATERHAM VALLEY SCHOOL (RU), VIERNES*
- *8:30 P. M.*

El Sicario recobró la vista y el conocimiento. Seguía aturdido y desorientado, pero su pierna había dejado de sangrar. El aire olía distinto para él, mejor. Se miró la herida con incredulidad, sabiendo que ya debería estar muerto y, sin embargo, el color de sus pómulos recuperaba el tono de los vivos. Echó un vistazo por encima y vio el cuerpo sin vida de David junto a él. Un alarido interior le contó lo que acababa de suceder y de golpe le invadió un sentimiento desconocido de gratitud. Algo casi olvidado.

—¿Y tú, Bríd? —Delia escrutaba a esa guerrera con una intensidad abrumadora—. ¿Podrías perdonar y amar a estas criaturas? —se refería a los *Blue* y al Sicario.

Delia acomodaba la postura de David con un refinamiento respetuoso. Lo tendía en el suelo con las manos sobre el pecho y peinaba su flequillo con amor, colocando sus mechones con los dedos, observando la dulce sonrisa que había dejado al partir.

—¡No! —exclamó Bríd mirando a la niña, vislumbrando la sensación de que ambas se conocían más de lo que era posible—. ¡De ninguna manera!

—¿No? ¿Por qué no? —Delia seguía junto a David y el Sicario.

—Porque han causado demasiado dolor y eso nos ha traído hasta aquí.

Pero, aun así, Bríd iba bajando las armas.

—Exacto. Has convertido tu dolor en odio. Tú y solo tú has tomado esa decisión.

El Sicario parpadeaba perplejo. Todavía no lograba procesarlo. Trataba de digerir el hecho de que David acabara de morir por él.

—Por eso estamos aquí. Es el momento de corregir los rumbos. Es la hora de que todos avancéis entendiendo eso que siempre habéis intuido.

El Sicario escuchaba con atención, con una expresión de vergüenza retratada en los ojos.

—¿El qué? —Bríd guardó sus pistolas contagiada por esa inexplicable corriente de paz y curiosidad.

—Que todo lo que existe está unido entre sí y forma parte de lo mismo. Que el amor es creación, es sanación, es el adhesivo del universo. Es lo que nos mantiene unidos —dijo mirando al Sicario, que respiraba con brío, pero no podía sostener su mirada—. No se puede esperar de los demás lo que uno rechaza para sí. —Hizo circular su atención por los presentes—. Si buscas paz, tienes que estar dispuesta a perdonar, tienes que ser lo que deseas ver en los demás. Si no, nada te hace distinta, Bríd.

—Hay que perdonar para ser la paz que queremos ver en los demás —repitió, mascullando esa frase entre dientes para entenderla mejor.

—Por eso estáis aquí. —La pequeña se levantó y se dirigió a todos ellos—. Para

encontrar la luz en vuestro interior. Es el único modo de disipar la oscuridad. —Respiró hondo—. Y eso es algo que nadie más puede hacer por vosotros.

De pronto, la energía del ambiente cambió, se hizo más pesada y congestionada. Bríd pudo verlo con claridad, pero Delia no, aunque lo sintió. Le ocurría lo mismo que a los guardianes, ella era demasiado pura para apreciar los detalles del lado opuesto, pero barruntaba esa presencia.

—¡¿Qué demonios eres tú?! —El cuerpo de Bríd se tensó.

Saboreó un feo presentimiento al ver esa poderosa entidad fluorescente y rojiza, ahí, frente a ella, surgiendo de la nada. Erguido y rezumante de color rojizo con su altura espeluznante.

—¡¿Qué pasa, Bríd?! —preguntó Jean inquieto y turbado.

—Es un rojizo. Y de los gordos. —Bríd sabía que nada bueno iba a pasar.

—Creo que sé quién es —musitó Jean con tono trémulo, encogido en su incomodidad.

—¡Atrás! ¡No! —exclamó el Sicario rechazando la presencia de esa existencia malévola que le abordaba—. ¡Por favor! ¡No!

Su resistencia parecía una llamada de socorro.

Sus gritos no le impidieron penetrar. Su gesto se alteró y el hálito del Sicario resopló con fuerza, emitiendo una respiración vaporosa fundida en la penumbra.

De pronto, el rostro del Sicario se transformó. En verdad era el mismo, pero su expresión y, sobre todo, su mirada eran distintas. Se notaba que era otro. Su lengua empujaba desde dentro los carrillos emitiendo un ruido desagradable y empalagoso, parecido al que hacen los abuelos al sorber una sopa con ansia. Y sonreía, sí, sonreía de un modo macabro y juguetón.

—Ya podemos dar por zanjada nuestra alianza, ¿verdad? —Comenzó a aplaudir mirando a Jean con determinación, riéndose con descaro—. Se acabó la tregua entre tú y yo. —Puso una cara de pilluelo que, aunque sonriente, no era de alegría. Más bien, de todo lo contrario—. Eso… también la incluye a ella, ¿cierto?

Señaló a Bríd con el dedo medio estirado del Sicario, echando un vistazo al cuerpo sin vida de David, respirando la brisa nocturna y el olor del césped recién cortado con un gusto malsano y victorioso.

—Hoy mataré cuatro pájaros de un tiro. —Y comenzó a reírse con un talante exacerbado.

Grace, que no podía concebir los matices ocultos de esa realidad, cayó de rodillas al suelo. No lograba sostenerse en pie. No entendía para qué había dado su vida David. Nada tenía sentido para ella.

Lo siguiente que ocurrió pilló con la guardia baja a todos, pero más a Bríd. El Sicario o, más bien, la criatura que lo poseía, recortó el espacio que los separaba a una velocidad desconcertante. No pudo distinguir cómo fue el golpe, solo notó que salió despedida hacia atrás con una brutalidad impactante.

Voló cuatro metros por el aire hasta que su espalda chocó por el suelo, desollándose la ropa y la piel con los filos del asfalto, raspándose a lo largo de una distancia mayor.

Intentó respirar, pero no pudo. Sus pulmones se habían contraído y bloqueado. Vio cómo Jean quiso ayudarla, pero ella se lo impidió con un gesto severo e inflexible y él se detuvo adelantado. Miraba sus indicaciones con un respeto forzado porque no podía

y no quería contenerse o quedarse al margen, pero sabía que el amor también trataba de eso, de confianza. Confianza en el otro y en lo que no depende de uno mismo.

El Sicario volvía a por ella, andaba con la calma y la seguridad de los vencedores. Ella se ahogaba en su parálisis respiratoria. Algo en su pecho no quería funcionar. De repente, su diafragma hizo clic, provocando que sus labios emitieran un breve resuello por el que escupió una alarmante cantidad de sangre.

En ese instante, se vino abajo, ahí, tumbada en el suelo de ese aparcamiento exterior, oliendo el asqueroso aroma del pavimento trillado por sus fosas nasales y sintiendo la hiriente quemazón de un áspero rasponazo en su frente.

«¡Arriba! ¡Tú eres una guerrera de luz! ¡En pie!», escuchó esa voz en su interior sabiendo que no era la suya. Sabiendo que era la de David.

Apretó los dientes y los puños viendo cómo su pelo rubicundo contrastaba con la suciedad alquitranada del firme.

La noche no iba a ser fácil. Se puso en pie, a duras penas, tambaleante. Restañando con su manga la sangre que aún le colgaba de la boca. Necesitaba recuperar el aliento y por eso dio unos pasos hacia atrás. Había que ganar tiempo.

En un visto y no visto, los *Blue* se pusieron delante de ella haciendo saltar virutas de escombro y balasto al aterrizar con sus pies. Acudían a protegerla.

Sus ojos bicolores se encogieron de la emoción. Miró a Jean sorprendida por eso. Él era el único que podía entender lo que sentía en su corazón. Él era el único que sabía lo mucho que había sufrido por ellos, luchado contra ellos, todo lo que le habían arrebatado esos extranjeros. Pero, sobre todo, lo mucho que los había odiado.

Y, sin embargo, ahora la ayudaban. La protegían.

Era una mezcla de sentimientos enfrentados en los que vencía el último y más favorable. Aunque a ella le costara reconocerlo, el acto de los *Blue* era la evidencia incuestionable de que todo puede cambiar y mejorar. La prueba de que siempre hay esperanza.

—Gracias, amigos. —Bríd se acercó a ellos por detrás—. Me vais a disculpar, pero esta batalla es nuestra.

Hubo unos segundos de silencio en los que solo se escuchaba el zumbido eléctrico de la noche circulando por el ambiente.

Los *Blue* dejaron de flanquearla abriendo el paso, respetando su petición, retirándose con lentitud. Delia observaba con atención lo que pasaba, en parte preocupada, pero también con felicidad.

—Acabaré contigo y después, con mucho gusto, me encargaré de ella. —El Sicario ladeó la cabeza para señalar a Delia.

—Nuestro esfuerzo ha sido en vano, David tendría que haberte dejado morir —confesó con honestidad—. En fin, lo hemos intentado —señaló.

Por un momento, Bríd se olvidó de que el Sicario estaba poseído. Solo se fijaba en la superficie carnal de ese tipo atlético de prominentes entradas, cara perversa y mirada lánguida y se olvidaba de lo que había dentro de él.

—Si has de morir, que así sea. —Bríd extrajo sus pistolas enrasando el tiro con precisión—. ¡Adiós! —Oprimió los disparadores de sus gemelas, pero no ocurrió nada.

Bríd miró sus pistolas notando el peso de sus cartuchos en los cargadores, comprobó la aleta del seguro y confirmó que estuvieran amunicionadas. Volvió a accionar el gatillo

con rapidez, pero las pistolas no disparaban y el Sicario se acercaba a ella con una sonrisa siniestra y mordaz.

—¿Todavía no te has enterado de que el fuego nos pertenece? —dijo él a menos de dos metros de ella.

Bríd retrocedió unos pasos, tiró las pistolas al suelo y extrajo la espada escuchando el silbido vibrante de su metal, pero, con todo, no le dio tiempo a dirigirla. Él era rápido. Muy rápido.

Un aluvión de ataques la sorprendió. La espada se le cayó al suelo y siguió retrocediendo, protegiéndose como podía de los golpes, defendiéndose con técnica y destreza, tratando de encontrar una oportunidad de respuesta sin éxito. Aquel hombre era demasiado fuerte para ella. El Sicario le dio otro empellón tremendo y ella salió despedida varios metros hacia atrás, otra vez.

Se oyó a sí misma respirando con una lentitud alarmante, como si el tiempo transcurriera a un compás desajustado. Creía que la muerte le estaba llegando. Sentía la crueldad estirando sus sensaciones, su frivolidad. Pensó que se trataba de eso porque la vista se oscurecía. Todo se volvía negro por momentos. «¡Un esfuerzo más! ¡No te rindas! ¡Hay que luchar!». La voz de David tampoco le daba tregua ni descanso.

Dio un alarido tremendo de impotencia, apretando los incisivos y emitiendo un espray remezclado de saliva y sangre por los labios. Logró incorporarse, doblegada, sujetándose el costado con la mano. La vista se le llenaba de *flashes* y entreclaros. Veía estrellas y destellos. Pero, entre las imágenes fragmentadas de esas visiones, comprobó que el Sicario pretendía recoger la espada del suelo. La espada que David le había confiado a ella.

Se movió para dar un paso e impedírselo, pero un dolor inmenso le pinzó la carne a la altura de las costillas haciéndola tropezar sobre sí misma. Estaba magullada y malherida. Alargó la mano hacia la espada, hacia lo imposible. Trató de alcanzarla, detenida y encorvada por el pinchazo de su dolor, estirándose con impotencia y rabia. Era solo una intención porque la distancia que la separaba se medía por metros.

Algo detuvo al Sicario cuando fue a recogerla. La espada se movía, se agitaba en el suelo traqueteando. La criatura que lo albergaba afinó los ojos al ver que su empuñadura se orientaba hacia Bríd con un giro repentino. Se dio la vuelta para mirarla y la vio doblada de dolor, estirando la mano y emitiendo un agudo y sonoro grito:

—¡Noooooooo! —Y ella vociferaba a pleno pulmón, desprendiéndose de todo el aire que ostentaba en su interior.

Entonces, la espada salió disparada, elevándose por el aire a gran velocidad, directa a la mano de Bríd. Ella sintió su impacto contra la mano izquierda y por instinto cerró los dedos para agarrarla con todas sus fuerzas.

Resoplaba cabizbaja, mirándose la extremidad, ojiplática, tratando de comprender cómo había llegado la espada hasta ella. Abrió su mano, pero no se despegaba de su piel. Decidió que quería desprenderse de ella un instante y esta resbaló, pero antes de realizar el amago de recogerla regresó a su posición.

Bríd no salía de su asombro. Estaba tan impresionada con eso que no prestó atención al Sicario, pues este se dirigía hacia ella corriendo como un miura desbocado. Una oscuridad profunda reinó ante sus ojos amortiguando el curso del tiempo, casi deteniéndolo. Alzó la mirada y pudo ver a un guardián prominente, alto, estirado y de

un tono más profundo que el betún oscuro.

—David se niega a cruzar el umbral de La Fuente —hablaba sin prisa, pero con una acústica envolvente y protuberante—. Ha comprendido lo ocurrido en el helicóptero y quiere cederte sus habilidades. —El protector alzó sus manos por encima de la cabeza de Bríd sin llegar a tocarla—. Él desea compartirlas contigo a través de mí, pero solo si tú decides aceptarlas. —Su mirada, dolorida por los golpes del Sicario, solo arrojaba la intensidad de una sensación sobrecogida.

—Por supuesto. Será un auténtico honor —lo pronunció con dificultad, con el crepitar tembloroso de sus ojos bicolores al recibir esa admirable ofrenda de David.

Cerró sus ojos en señal de gratitud, girando la punta de su espada hacia el suelo y agachando la cabeza. Seguía conmocionada, asimilando esa capacidad para moverla con el poder de sus deseos. Lo que Bríd no sabía es que eso ya lo había hecho antes más veces, pero jamás había sido consciente de ese regalo de El Orden. Hasta ese justo momento.

Cientos de miles de horas de entrenamiento y destreza en el arte del *muay thai,* combate cuerpo a cuerpo, sigilo, armamento, aperturas, manejo de espada… Todo fue asimilado de pronto por ella.

Entre tanta experiencia, pudo sentir las trazas de una esencia digna y bondadosa. Era un rastro de amor indomable, noble e impoluto que yacía en todo ese bagaje y llevaba el sello de David. Esa impresión la dejó obnubilada, preguntándose: «¿Puede un hombre amar con tanto corazón a la humanidad y al mundo que protege? ¿A cambio de qué?», pensó, procurando abrir su corazón a algo más allá de la realidad visible.

Eran preguntas para las que no tenía respuesta ni tiempo. Lo siguiente fue todavía más inquietante y desconcertante, casi aterrador. Los distinguió a la perfección. Decenas de protectores sombríos, esbeltos y decididos acudían a ella. La cantidad era desmesurada y se concentraban ahí. A su lado.

Ya no sentía siquiera ni el ligero murmuro del dolor, ni la falta de respiración ni la debilidad. Al contrario, una sensación inimaginable de fuerza y poder recargó su energía y su espíritu. «No es cuestión de adrenalina ni una artimaña de mi cuerpo. Esto es… algo distinto —se dijo—, es el favor de los guardianes», reconoció entre las habilidades de David.

—¡Prepárate para tu reunión con El Orden! —La risotada habría sido ofensiva para cualquiera, pero no para ella.

Bríd recibió algo más que técnicas y pericia. Ahora entendía que la virtud de la paciencia consistía en ofrecer su perdón en movimiento, por eso no se enfadó con las palabras sardónicas que decía el Sicario o, mejor dicho, la criatura que lo albergaba.

Había cambiado. Ahora era una mujer templada. Ya no le contaminaba el sesgo de sus emociones.

—Hoy, como viene ocurriendo desde siempre —Bríd encogió su mirada—, reinará la luz sobre la oscuridad.

El Sicario estaba a solo unos pasos de ella, acercándose con rapidez y agresividad, confiado de acabar con ella en un santiamén.

Una ristra de puñetazos y patadas violentas quisieron estrellarse sin piedad contra Bríd, pero ella los eludió con una elegancia sobrenatural, casi pausada. Su elasticidad flexionaba la cintura con una belleza inesperada al esquivar los golpes. El Sicario sacó

un pequeño cuchillo de hoja gruesa del tobillo, pero Bríd movió la mano y sin tocarlo hizo que saliera despedido hacia el campo de fútbol como un proyectil catapultado.

El Sicario se miró la mano desnuda con incredulidad.

—Podría habértelo clavado en el cuello o atravesarte con mi espada, pero sé que el hombre que ha salvado David nunca me haría daño, por eso no quiero herirle. Ahora lo entiendo. —Bríd adoptó una pose defensiva de *muay thai* protegiendo su antebrazo con el lomo de su espada—. Reconócelo, él ha reído el último. —Ella negó varias veces con la cabeza tambaleante, como si aquella lección hubiese sido preparada también para ella—. Te ha birlado a tu mejor guerrero alejándolo de ti. —Se encogió de hombros acentuando sus palabras—. Sé que lo notas, el Sicario ya no es de los tuyos. Has penetrado en su cuerpo a la fuerza. —Levantó una ceja sonriendo con levedad, como solía hacer ella, con las comisuras de los labios hacia abajo.

Al decir eso, algo dentro del cuerpo de ese tipo se resistió un poco más todavía. El verdadero yo del Sicario deseaba a toda costa impedirle el control. Se lo imploró a El Orden desde el silencio enclaustrado de su dominación. Abrió los ojos notando que podría lograrlo. Por un momento, su cuerpo se quedó congelado en una suerte de catarsis y su boca mostraba las encías, con unas facciones aterradoras denotando su lucha interior.

Bríd pudo ver salir esa refulgencia rojiza frente a ella. Y brillaba como la sangre viva y exaltada.

—¡Me has traicionado del modo más ruin y miserable! —le espetaba con furia al Sicario—. Pero tranquilo, ¡pagarás tus deudas! Tenlo por seguro. ¡Yo nunca olvido! —Aquella entidad poderosa se dio la vuelta para mirar a los presentes con ira.

Ninguno de ellos alojaba una chispa de maldad. No tenía cómo manifestarse de nuevo. Sin embargo, Bríd tenía una astilla clavada en su conciencia. Supo que los rojizos del principio dejaron de atacar a David gracias a ella, por orden de esa criatura superior, esa que ahora tenía delante. Por el pacto que había sellado con Sans. Un trato que había extinguido.

Bríd sabía que era eso, que Sans había logrado esa tregua, esa pequeña alianza de bondad.

Y salió de su cuerpo para hablar con él en la dimensión intermedia. Más bien, para enfrentarse a él en el terreno más peligroso que podía elegir. Cuando pisó el exterior, fuera del terreno físico, se vio con la espada de David en la mano. Ahí, su color ya no era negro ni mate. Era todo lo opuesto. Brillaban cientos de colores a la vez donde antes solo había negrura metálica y esos resplandores rotaban por la espada con una luz sobrenatural. Una luz de otro mundo.

—¡No quiero que seamos enemigos! —Bríd vociferó en esa dimensión.

La criatura rojiza y cambiante adoptó la forma permanente de un hombre atractivo y apuesto. El porte de su aspecto bien vestido, con ese peinado ladeado y sus facciones angulosas tan masculinas solo eran el anticipo de una presentación colosal en la que imperaba una mirada llena de magnetismo. Un magnetismo imposible de negar.

Al mismo tiempo, su imagen parecía estar filtrada por un cristal fogoso y colorado, ensombrecido al rojo.

Seguro que ese hombre, tan siervo de esa entidad como lo había sido el Sicario, existía en alguna parte y obedecía los dictados de sus antojos a merced.

—Tarde o temprano encontraré tu debilidad y ese día, el día en que caigas en mis tentaciones y pruebes el gusto de lo prohibido, experimentarás lo más parecido a la libertad verdadera. Pregúntate hasta qué punto eres dueña de tu vida y de ti misma. —Ese tipo atractivo y persuasivo pretendía provocar una reflexión paradójica en Bríd y lo estaba consiguiendo—. Es lo único que te ofrezco. Y a diferencia de El Orden, yo no juzgo a nadie. No valoro si lo que uno quiere está bien o está mal.

»Soy la única fuente de libertad genuina que existe. Soy la libertad exenta de consecuencias. —Había rencor en su discurso—. El día en que acabes decepcionada y necesites confirmar lo que te digo, dejaremos de ser enemigos. —Levantó la barbilla con un orgullo herido—. Mientras tanto, procura no envainar demasiado esa espada. —Bríd miró el relucir de esa iridiscencia un instante—. En cuanto tenga oportunidad, te enviaré de vuelta a La Fuente con tu querido amigo David.

—Y yo te estaré esperando —dijo con rotundidad.

A pesar de ello, su inteligencia le decía que había un poco de razón en el veneno de sus argumentos. Se daba cuenta de que la libertad absoluta no existía como tal y, al mismo tiempo, también reconocía que ella tomaba sus propias decisiones.

—No creas que esto se ha acabado aquí —sonrió con unos hoyuelos que le hacían más interesante todavía—, esta guerra… —se echó a reír condescendiente y amenazante— no ha hecho más que empezar.

Y la criatura desapareció con el viento de la noche dejando ante los ojos de Bríd el bonito edificio de ladrillo y ventanas blancas. Ella regresó a su cuerpo y envainó la espada en su funda por detrás de su melena cobriza. Ya no había enemigos a la vista. Lo sabía porque miró al Sicario a los ojos y después a los *Blue* y no halló maldad, solo arrepentimiento. Luego se fijó en Delia, en Grace, en el cuerpo sin vida de David y, por último, en Jean.

Sus labios traqueteaban con una mezcla confusa de pena y de alegría. Bríd y Jean cruzaban miradas escépticas, conscientes de lo que habían logrado juntos. Habían conseguido cambiar el futuro para que nadie viviese el infierno de su pasado. Del futuro. Y se emocionó por lo que eso significaba para la humanidad. Lanzó un beso al cielo para David y le guiñó un ojo, sonriéndole para darles las gracias a él y a todos sus guardianes. Para decirles que había merecido la pena y que ella cuidaría del mundo en su ausencia. A continuación, retornó su atención sobre Jean, sabiendo que él era el causante del estrepitoso descontrol de sus latidos amorosos.

Los primeros pasos fueron titubeantes, casi incautos, pero enseguida se dejó llevar por la fuerza de su corazón y comenzó a correr a su encuentro y él también al suyo. Bríd saltó sobre él a horcajadas, apretándole con todo el cariño del universo, atesorando su rostro entre las manos y besándole con el mayor de los alivios.

Él la sujetaba abrazada, acariciándola, sintiéndola como parte de él. Viendo cómo se desahogaba de toda la presión que había soportado esa guerrera defensora de El Orden.

—Te quiero, Sans —le dijo Bríd al oído—. Te quiero, te quiero, te quiero —le insistió bajito.

—Yo también te quiero, amor. Siempre te he querido y siempre te querré. En esta vida y en la otra. Y en todas las que estén por venir. Siempre, siempre, siempre.

Jean acarició la belleza de su melena con cuidado de no tocar sus heridas y los dos

se contemplaron, sin medir el tiempo, reconociéndose en ese instante imborrable de amor infinito.

En el perpetuo e inquebrantable recuerdo que estaban experimentando juntos.

CAPÍTULO 52. **ENLACES ETERNOS**

- *BELFAST (IRLANDA DEL NORTE), URBANIZACIÓN RESIDENCIAL DE STUART*

- *AL DÍA SIGUIENTE, 8:30 A. M.*

Aquella mañana de sábado Stuart se despertó temprano, fue víctima de la precisión de su reloj biológico. Tras el descanso, vio que su despacho parecía el santuario de un loco, lleno de anotaciones y descubrimientos que solo conducían a pistas inconclusas. Pistas que no demostraban nada.

Desayunó y decidió no volver a dedicar más tiempo a esa mescolanza de ideas.

Unas ideas que empezaban a salirse del tiesto.

Al hablar con David todo cobraba una textura lógica, razonable o al menos plausible, pero ahora, atiborrado de libros y cuartillas manuscritas, nada parecía regirse por la cordura. Concluyó recoger y poner orden en el caos. El aroma añejo del papel tintado facilitaba su tarea de recolocar la biblioteca. Cuando terminó, solo le quedó algo que no supo dónde guardar: la tarjeta negra con el emblema triangular y esferas concéntricas que le había entregado David.

La tocó, la miró con detenimiento, le dio la vuelta y la volvió a mirar. Solo era un logotipo y un número de teléfono extenso, a buen seguro de otro país. Tuvo la tentación de romperla, no supo bien por qué, quizá porque era la prueba tangible que demostraba su incomprensión. Al final, se la guardó en la cartera con cuidado, pero antes de hacerlo mandó un mensaje al universo, a Dios o a la presunta inteligencia etérea que ordena las leyes de la vida y ofrece la oportunidad de existir en sus dominios. Y lo hizo ahí mismo, a solas, en su despacho. En voz alta.

—Nunca he creído en ti. No sé si eres un hombre o una mujer, o nada determinado o todo al mismo al tiempo. No me han enseñado a creer ni he creído nunca. Tampoco he rechazado la idea de que estés ahí. Sé que te sonará a tópico, pero es que veo demasiado dolor e injusticia y mucha maldad y me cuesta creer que decidas consentirlo.

Se detuvo un instante a pensar que no quería hablarle así por primera vez, con reproches. Se puso en su lugar y dirimió que, si de verdad había algo, debía de existir alguna razón para todo ese sufrimiento, aunque él no pudiera entenderlo.

—También hay cosas buenas aquí. Sí, sí que las hay, sí —reconoció con voz macilenta—. No te voy a negar que a veces este mundo es maravilloso. —Echó la vista hacia atrás y rememoró las cosas alegres que había experimentado—. Si estás ahí y no me he vuelto loco, quiero darte las gracias por traer a Bríd hasta mí. De un tiempo a esta parte —«demasiado», pensó—, ella ha sido lo mejor que me ha ocurrido. —Sonrió al acordarse de ella—. Me ha hecho sentir útil y querido. —Respiró con duda, escéptico por hablarle al vacío de su despacho y sintió un poco de vergüenza, por eso quiso

abreviar a pesar de estar solo—. Me tienes a tu servicio para ayudar. Tú sabes que siempre ha sido así.

Hizo una revisión espontánea de su biografía.

—Desde que tengo uso de razón, me he propuesto hacer de este mundo un lugar mejor, por eso hago lo que hago, por eso me dedico a los demás. —Se echó a reír, sonaba estúpido al hablar con la pared—. Ya termino —esbozó otra risa sucinta e incrédula—, solo quería pedirte una cosa. —Su corazón se puso serio, bombeando con ganas—. Necesito una confirmación. Una señal que me haga saber que no me ofrezco a la constante ingenuidad de una fantasía inventada. —Se encogió de hombros calculando que aquello tampoco era pedir demasiado—. Una pequeña prueba de tu existencia, por favor. Solo eso, nada más. —Miró al techo—. Gracias, amigo.

Stuart se quedó en su despacho durante minutos, en pleno silencio, escuchando, mirando en derredor, esperando su señal, algo, cualquier cosa, por mínima que fuera. Lo que fuese que indicara que no había estado hablándole a su escritorio. Pero el tiempo transcurría y allí no pasaba nada. A los veinte minutos, se echó otra risa, pero esta vez el aire que desprendía iba envuelto de un sabor amargo y decepcionante.

Necesitaba despejarse. En realidad, necesitaba calmarse. Una parte de él estaba enfurecida. Agarró su abrigo marrón de malos modos, la bufanda a juego, se puso sus guantes con ímpetu y salió de casa. Se agobiaba. Al llegar a la esquina, vio pasar un *Black Cab* y lo paró. Enseguida el conductor se detuvo y le abrió la puerta de ese coche grande, negro y clásico, tan característico en el Reino Unido.

Él no solía coger taxis, pero era tan responsable como para evitar conducir en ese estado de nervios. Hay personas así, aunque cueste creerlo.

—Muy buenos días. ¿Adónde le llevo, señor? —preguntó el chófer con una sonrisa amable.

Stuart se quedó sentado en la parte trasera, callado sin saber qué decir. Los ojos del taxista se encogían y le hacían una radiografía desde el habitáculo delantero. Aquel hombre, de apariencia sencilla y servicial, debía de estar pensando que acababa de montarse un completo perturbado.

—Verá —Stuart titubeó extraviando su mirada por la ventanilla—, me gustaría ir a algún sitio tranquilo. —Notó cómo el conductor le miraba por el espejo—. Un lugar donde mi cabeza desconecte de las preocupaciones.

El tipo se dio la vuelta y le escrutó de arriba abajo con aparente cinismo, pero no era eso.

Stuart se acomodó en el asiento del coche entrelazando sus manos con los dedos. Las intenciones del conductor no le intimidaban porque esas facciones contenían la pureza de un gesto comprensivo. Como si a él le hubiese ocurrido lo mismo otras veces también. Como si ambos tuvieran un secreto compartido.

—¿Tiene pensado algún sitio o prefiere que elija yo? —El taxista preguntó solo por cortesía, conocía de antemano la respuesta.

—Elíjalo usted por mí, si es tan amable —respondió, abandonado a tener que pensar.

—Le voy a llevar a uno de mis lugares favoritos —asintió ilusionado el conductor—. Llegaremos en diez minutos.

Poco después, con el sonido de fondo de unos tertulianos debatiendo por la radio del taxi, se fueron adentrando por un camino verde y arbolado, acotado por un

aparcamiento ovalado.

—Ya hemos llegado, el mejor lugar de la ciudad para desconectar o, mejor dicho, para reconectar —dijo el taxista, mirando el verdor que coloreaba las alturas al inclinarse sobre el salpicadero—. Bienvenido a Belvoir Park Forest —lo dijo orgulloso, como si aquel lugar fuese suyo.

Stuart pagó la carrera y dejó una propina considerable. Se despidió con un saludo bucólico y empezó a caminar por el sendero a pasos abatidos. El olor a naturaleza le inundó al instante. La mezcla de sonidos de aves, anfibios e insectos viajaba por el aire creando un ritmo desacompasado y agradable. Su estado de ánimo se calmaba. Siguió caminando por el margen del río escuchando la vida y sin pensar demasiado en nada concreto.

Se dio cuenta de que había pasado tiempo porque empezó a sentir hambre; sin embargo, algo llamativo reclamó su atención. Algo de aspecto casual y anodino. Una mariposa empezó a revolotear junto a él. Pudo fijarse en los fugaces colores que desprendía. Eran naranjas y esmeraldas, de un azul atolón. Enseguida se acordó de Bríd al ver esos tonos y lo siguiente que percibió fue que la echaba de menos y lo malo era que estaba seguro de que aquel dolor iría creciendo poco a poco.

Estiró la mano hacia la mariposa con suavidad, tratando de no interrumpir su aleteo, y entonces, de manera inexplicable, aquella maravillosa criatura se posó en su dedo índice.

Stuart la contemplaba asombrado, con una quietud desmesurada. Se quedó como una estatua, sorprendido por esa coincidencia fortuita. La estuvo observando largo rato, trazando la belleza de sus colores simétricos y esa frágil delicadeza. La mariposa retomó el vuelo y entonces tuvo una sensación extraña: se acordó de David. Fue como si un instinto pasajero le dijera que él ya no estaba en este mundo. De hecho, miró a todos lados buscando algo fuera de lo normal entre la maleza y los árboles, pero no vio nada, no oyó nada, solo barruntaba el presentimiento de su presencia; una impresión que recibía por el sentido espiritual.

Se frotó los ojos y siguió caminando sin hacer demasiado caso a las intuiciones de su alma desafinada. Media hora más tarde se adentraba de nuevo en la ciudad y poco después se vio acomodado en un restaurante poco concurrido, delante del Museo Ulster. Comería solo, como siempre, habituado ya a la incómoda y compleja sensación que produce esa vicisitud. No solía disfrutar de la comida. Se alimentaba porque era necesario, pero, con todo, comprobó que aquellos platos eran deliciosos y le extrañó que aquel lugar no estuviese repleto de gente.

Pagó la cuenta y se dirigió a una librería modesta que estaba justo al lado. Su puerta estaba pintada de un alegre amarillo veraniego. Entró y le ocurrió lo que tantas veces le había pasado antes: se quedó alelado mirando todo aquel saber en papel por devorar y disfrutó del aroma que solo la tinta mimada desprende al mezclarse por las hojas de los libros. Era como seguir en casa; tuvo que coger dos ejemplares para llevar porque necesitaba saciar su adicción.

Cuando fue a pagar en el mostrador, por detrás de la amable librera que le cobraba, pudo leer una frase enmarcada que rezaba así: «La casualidad es la manera que tiene Dios de mantenerse en el anonimato. Albert Einstein».

—Señor —dijo la tendera—. Señor —arrimó su mano hacia él para devolverle el

cambio—, señor —insistió una vez más alzando la voz, tratando de no ser grosera—, por favor, no se olvide de su cambio. Muchas gracias.

—Gracias. Por supuesto. —Stuart notó que le subían los colores con el bochorno—. Disculpe, me he quedado embobado mirando el mensaje del cuadro —le dijo a la dependienta, una mujer joven de ojos grandes y cara redonda.

Sin embargo, ella miraba a través de él o, mejor dicho, por detrás de él, esperando atender al siguiente cliente.

Sin más dilación, Stuart recogió sus monedas, consciente de que le había tocado vivir en la era del esprint.

—Que tenga una buena tarde, señor. Vuelva pronto. —Dejó un par de segundos de nada y después la joven añadió una frase musical, como si fuese un eslogan—: Nos vemos entre letras.

Entonces ocurrió algo inaudito. Nada sorprendente o espectacular para el resto de los viandantes, excepto para él. Salió de la tienda con los libros bajo el brazo y entonces sucedió. La vio. Era la mariposa. Una mariposa idéntica a la que había tenido posada en su dedo. Al principio, sintió una ilógica sensación de engaño o de timo, pero aquella alocada idea era imposible porque solo se trataba de eso, de una simple mariposa. Y estaba ahí, sobre el pasamanos rojo de unas escaleras agitando sus alas como diciendo: «¡Hola, Stuart! ¡Eh, mira! Estoy aquí».

De repente, empezó a volar. Lo hizo como era de esperar, con altibajos y vaivenes, pero con una clara dirección marcada. Stuart la siguió obnubilado y cruzó la calle absorto, tras ella. Un coche le pitó y tuvo que frenar fuerte. Él se atusó las gafas para verla mejor y se disculpó levantando la mano con desidia. No dejó de mirarla un solo instante. Seguía volando, a veces regresaba sobre sus aleteos, pero después continuaba, avanzaba como si tuviese claro adónde iba. Y él, sin preocuparse ni un poquito en la cara de tonto que estaba luciendo por media ciudad, la observó de cerca.

Se quedó paralizado, admirando el bailoteo de esa criatura junto a la fachada del museo. Una antigua edificación monumental presidida por columnas jónicas cuyo estilo remodelado se fusionaba con la estética vanguardista.

La mariposa sobrevoló el cercado del museo y se metió por la puerta principal del edificio, que, aunque era grande y estaba abierta de par en par, no dejaba de ser pequeña para su errático y desatinado vuelo. Y no daba credibilidad a tan extraño suceso y entonces el mensaje del cuadro donde había comprado los libros regresó en una imagen meridiana, como si acabara de hacer un inmediato viaje en el tiempo. Como si lo tuviese justo delante.

Se apresuró a perseguirla, pero en la puerta de madera del museo aguardaba una señora rechoncha y elegante que le recibía con una sonrisa desplegada. Stuart se asomó con ansiedad preocupante porque ya no veía a la mariposa allí dentro. La buscaba con paranoia, por todas partes mientras aquella señora le hablaba sin cesar. Él no quería escucharla, solo quería seguir a la mariposa, pero la había perdido de vista y aquella señora no dejaba de acaparar su atención alzando la voz un poco más.

—Buenas tardes y bienvenido. La entrada es gratuita, pero el museo acepta donativos. Déjeme darle un programa.

Stuart no la atendía, afanado en encontrar su mariposa; para él era como si aquella mujer le hablara desde otro planeta.

—¿Ha visto una mariposa? —preguntó Stuart mirando en todas direcciones, buscándola con desesperación enfermiza—. ¡Ha tenido que verla, claro! Es imposible que no la haya visto. Era naranja con redondeles turquesa.

La señora borró de inmediato su sonrisa y adoptó una pose retraída que mostraba el repentino temor que sintió hacia él. Stuart fue consciente de su comportamiento patológico y se corrigió para transmitir algo de sensatez.

—No he visto nada de eso, caballero. —La señora encogió sus labios arrugando su nariz con suspicacia—. De todas formas, si ha entrado una mariposa puede pasar a buscarla. Todas nuestras ventanas están cerradas. —La señora dio unos pasitos hacia atrás sin dejar de mirarle, concluyendo la conversación con una sola palabra—: Suerte.

Stuart no contestó. Ni en un siglo de explicaciones haría cambiar de opinión a la señora; su prejuicio ya le había etiquetado en esos primeros segundos.

Anduvo por dentro de las salas hasta llegar a una zona reformada cuya arquitectura moderna, recta y de cristal no casaba con el vetusto edificio por el que había penetrado. Alzó la vista en el *hall* y comprobó que el museo tenía por lo menos tres plantas más hacia arriba. Cientos de metros cuadrados donde jugar al escondite con aquel insecto alado de colores.

Por un momento, desconfió de sus sentidos. Se preguntó: «¿De verdad he visto esas mariposas?». Volvió a enfurruñarse. Llegó a dudar de que todo hubiera sido una interpretación contaminada de sus percepciones. Quizá no había visto lo que creyó, o sí, y no significaba nada. Su cerebro bullía y le atormentaba frente al glorioso esqueleto de un dinosaurio expuesto.

Entonces, una voz audible, muy distinguible, pausada y femenina interrumpió su parloteo interior y lo hizo a través de una pregunta sencilla:

—¿Stuart?

Él se giró hacia la voz y pudo verla. Parpadeó varias veces convencido de que había desarrollado una indiscutible alteración sensorial.

—Stuart, ¿eres tú? —preguntó sonriendo—. ¡Claro que eres tú!

Ella le abordó con un abrazo fuerte, gesto que él devolvió con menos entusiasmo, abstraído. No se lo podía creer.

—Qué alegría me da encontrarte, creí que nunca más volvería a verte.

Ella le apretó un beso en la mejilla, pero él parecía un bobalicón de ojos abiertos y atentos.

—¿Cómo es posible? No me lo puedo creer. Esto es… —Solo Stuart sabía lo que eso significaba, pero si acaso le quedaban dudas ella, o quizá El Orden a través de ella, las disipó con su respuesta.

—Es una casualidad entre un millón, ¿a que sí? —Lizzy le dio otro besazo cariñoso y lleno de alegría—. He pensado en ti todos estos días. Qué ganas tenía de volver a verte.

Stuart no pudo contenerlo. Se emocionó sin remedio mientras Lizzy le observaba ilusionada y enternecida. Él miró al techo del museo, sacó su cartera y bajó la vista empañada sobre la tarjeta negra y misteriosa que guardaba y luego en su interior pensó: «Vale. Seguro que te estás divirtiendo conmigo, pero no tengo derecho a quejarme de nada. Yo te lo he pedido y tú me has respondido con esta casualidad. Con esta señal. Con esta alegría tan buena —negó entre risas sobrecogido—. De acuerdo.

Canalla, ¡me has convencido!».

Stuart miró a Lizzy y advirtió que entre ellos se agitaban los signos del amor, los chispazos del deseo. Era una atracción irresistible. Una oportunidad que ninguno quiso dejar escapar. Él se acercó despacio sin saber muy bien lo que hacía, dejándose llevar por esa energía. Lizzy avanzó un poco más, de frente, decidida, mirándose sin decir nada, confesando lo que sentían.

No era necesario ser valiente porque no existía miedo alguno. Cada vez estaban más cerca el uno del otro y, cuanto más recortaban su distancia, más lento se eclipsaba el espacio que los separaba. Querían hacerlo bien, iba a ser su primer beso.

Sus labios se unieron con el sabor de la excitación pausada, mezclándose igual que dos tonos de acuarela. Y fingían que sus corazones no galopaban bajo el pecho como bestias enjauladas. Mentían por fuera aparentando sostener las riendas de su calma. Se acariciaban el uno al otro navegando por las suaves llanuras de sus facciones, levantando el aroma de sus cabellos al explorarse con las manos, al apretarse para estar más juntos. Más unidos.

Y notaban que aquello era distinto a todo.

Vibraban igual. Sentían que sus cuerpos se habían echado de menos a pesar de que era imposible y de que eso no obedecía a ninguna lógica. A pesar de que aquel beso tan bonito no pudiera perdurar en la eternidad. Por eso, ninguno de los dos quiso que se acabara y permanecieron a menos de un centímetro, respirando con los ojos cerrados, grabando la indescriptible sensación que acababan de recibir. Y lo hacían en un cofre escondido e inalcanzable, bajo todo lo que se puede ver y tocar, en un lugar secreto, místico y enigmático. Dentro de la luz de sus esencias.

Lo hacían en esa identidad personal e indestructible que un día cruzará La Fuente con sus recuerdos, cuando todo acabe.

En esa cosa intangible que aquí llamamos alma.

AGRADECIMIENTOS

Yo tengo una guardiana que me cuida, me protege y me guía por los cálidos senderos de la luz. Su fortaleza sostiene la conexión de mis propósitos y, además, me permite ayudar a otros con su poder. Ella me empuja a ser un enlace, dejándome afinar la intuición con la razón. Yo, a cambio, solo puedo ofrecerle mi gratitud, mi entrega incondicional y este reconocimiento austero. Así deseo expresártelo, Loli. Quiero que sepas que tú eres el brillo que hay en cada una de estas frases, la inspiración de mi imaginación y mi verdadero nexo con el mundo real. Nunca podré devolverte las horas que las letras nos han robado, pero trataré de compensarte con la pureza de mi alma. Con mi amor eterno. En esta vida y en la otra.

A mi hermano Tope, que ha rellenado mi existencia de buenos recuerdos y alegrías. Siempre a mi lado, como una sombra guardiana que jamás se desvanece, dándome fuerza y ejemplo con su tenacidad y altruismo. Con su amor incondicional. Gracias.

A mi jefa de letras, Victoria Andrés Parada. Hechicera y maestra en el uso del lenguaje. Ella vigila mis progresos, me anima y también me corrige con mano de acero. Y lo hace porque yo se lo suplico, porque quiero ser mejor de lo que soy, porque todos tenemos que seguir aprendiendo y aprender de ella es uno de mis mayores honores. Gracias.

No puedo olvidarme de mi amada compañera de trabajo, María Jesús Martínez. Ella y yo vestimos como gemelos, pensamos como una sola persona y hablamos sin decirnos nada. Es mi protectora, mi consejera, mi confidente y mi contacto con el cielo y con Dios. Su voz saca a las personas de la oscuridad con un talento sobrehumano. Ella es mi casualidad calcada, es parte de todo esto… Mi gran amiga. En fin, solo quiero decirte que tu amor se ha fundido con mi personalidad y ahora hay un trocito de ti que anda suelto por ahí, dentro de mí. En mi carácter. En mi fuerza. Para siempre.

A mi querido amigo Cristian A. Cárdenas. Tú, mejor que nadie, sabes lo que significan estas ideas. Nuestras conversaciones son el fuego que alumbra la verdad de lo que podemos ver, de lo que podemos llegar a sentir. Tú sí que eres alguien especial, «de otro mundo». Escarbar y encontrar se tercia sencillo a tu lado. Las señales se vuelven claras cuando las comentamos. Eres directo, como un emisario divino, y te transformas en brújula, en una suerte de orientador de rumbos conectado a «eso»; ahí, siempre conmigo. Te admiro y te agradezco tu presencia leal. Tu amistad verdadera.

Por supuesto, a mis queridos amigos irlandeses, franceses, ingleses, japoneses, rusos, canadienses, australianos y compatriotas por prestarme con cariño sus virtudes y escenarios en esta aventura de ficción tan bonita. El mundo es maravilloso gracias a todos los que estamos en él; que nadie lo olvide.

Y, cómo no, este guiño va dirigido a ti. Sí, sí, a ti que has leído este libro. Tú has colmado esta historia de brillos y detalles añadiendo tu forma de ver el mundo desde la impresión de tus sentimientos. Tú haces que estos personajes vivan en ti al ponerte en su piel, siendo ellos, aprendiendo, luchando, explorando, superando y amando a través de tus laberintos personales, con tu música, tus colores, tus miedos e ilusiones; pero,

sobre todo, por medio de las riquezas que atesoras bajo esta capa de carne. Más allá de lo palpable y lo tangible, eso que te une conmigo y con todas las esencias del universo: tu alma. Por ello te mando un abrazo enorme.

Y, aunque quiera mantenerse en el anonimato con sus discretas casualidades, yo quiero darle las gracias con todo mi corazón. Me refiero a Dios, o como aquí lo llamo: El Orden. Ella, él o lo que fuera que organiza la existencia y las realidades ha propulsado cada idea de este manuscrito, cada renglón, cada párrafo y cada capítulo hasta completarlo con creatividad. Con su creatividad, en realidad. La que me presta. Así se lo he suplicado cada día antes de ponerme a escribir. He pedido que estos trazos tengan su mensaje, su carisma, su inteligencia, su amor y su bondad; para mí y para todas las personas que lo lean. Y, siendo sincero, siento que me ha concedido su favor porque veo que esto es demasiado bueno para haberlo hecho yo solo. Lo afirmo con toda la humildad que soy capaz de recabar, con absoluta perplejidad. Con descarada gratitud. ¡Gracias! ¡Gracias! ¡Gracias!

En fin, que os quiero a todos. Solo eso.

Todo eso.

Hasta pronto.

CAPÍTULO FINAL. **MI VERDADERO NOMBRE**

- *ANDRÍN, ASTURIAS (ESPAÑA), VERANO DEL 2027*

Durante esos días, se alojaba en el albergue juvenil Roberto Frassinelli, en Ribadesella. Sus compañeros le echaron de menos cuando desapareció, más que nada porque era el único que hablaba castellano y las clases de *surf* ya no serían lo mismo sin él. Lo cierto es que nadie se preocupó demasiado. Sabían que era un espíritu libre, lo llevaba siendo toda la vida. Se extraviaba y luego volvía cuando le venía en gana y nadie sabía qué cosas hacía entre medias; estaban acostumbrados.

Tenía el pelo largo y rubio, un tanto ondulado. En su rostro destacaban unos ojos rasgados azules, transparentes e intimidantes. Iban acompañados de unas aristas angulosas y atractivas que transmitían mucha dureza para esa edad tan corta. Sonreía poco y no aguantaba demasiado los tumultos de gente y, si lo hacía, analizaba a las personas como si estuviera midiendo sus corazones o las energías de sus intenciones. Eso le hacía aún más interesante para sus compañeras, por las que no mostraba ningún interés. Al menos, no en el sentido que ellas querían.

Más de una y más de dos habían intentado seducirle, pero él con mucha amabilidad y respeto les decía que ya tenía una mujer esperándole, que solo necesitaba encontrarla. Le tomaban por loco. En su teléfono siempre llevaba de fondo de pantalla un dibujo realista hecho a mano, realizado por él. En la imagen se veía a una chica muy sonriente de ojos marrones con motas verdes, pelo liso y castaño, labios carnosos y sonrosados. Alegre. Corriente.

Y él la miraba mucho.

Se llamaba Dainan. Siempre estaba cuando lo necesitabas, pero, a la vez, se dejaba ver poco. Era un tipo inquietante porque, sin ser fisgón, daba la impresión de conocer intimidades de los demás. Adivinaba las preocupaciones ajenas y daba consejos escuetos, acertados, y nunca más volvía a preguntar. Lo achacaban a que su familia descendía de los poblados aborígenes de Australia. Bueno, a eso y a que su madre era una *hippy* fuera de tiempo que no andaba bien de la cabeza. Ella echaba las cartas del tarot y practicaba la quiromancia para ganarse la vida, pero no se lucraba demasiado porque vivían en un *parking* de caravanas.

El caso es que él era un chico singular.

Salió del recinto a las nueve de la mañana. Sus compañeros de universidad todavía dormían, habían trasnochado, pero él no. Él llevaba despierto desde las seis.

Desayunó, se lavó los dientes, meditó veinte minutos y se puso una camiseta de tirantes blanca, holgada. Cambió su pantalón del pijama por un bañador amarillo a juego con su pelo, se echó la mochila al hombro y marcó el rumbo directo y decidido hacia la estación de trenes de Ribadesella. Sabía que el primer coche pasaba a las diez y cuarenta y es que llevaba calibrando su viaje con meses de antelación, a escondidas. Había recorrido medio mundo para llegar hasta ahí y por fin, después de

tantos años, los astros se habían alineado.

Se bajó en la estación de San Roque del Acebal, se quitó las chanclas y caminó descalzo a paso ligero. Era un tipo acostumbrado a corretear por los áridos terrenos de su país, al ejercicio intenso. Sus piernas, manos y antebrazos estaban llenos de heridas mal curadas, de entrenar y de otros golpes inconfesables.

Llegó a la iglesia del pueblo de Andrín, la bordeó y concluyó que nadie vivía ya en la casa del cura. Estaba cerrada a cal y canto, sin uso; pero, de todos modos, acarició sus piedras con nostalgia. Ese era el sitio, estaba seguro.

Tenía recuerdos imposibles ahí de otro tiempo, lo sabía. Habían cambiado algunas cosas o eso parecía, pero a pesar de ello sentía que estaba en casa, en su casa de España, la que siempre había conservado en la memoria y de la que no se atrevía a hablar con nadie, excepto con su madre. Algo profundo y alarmante le decía que contarlo era peligroso.

Algunas casas recientes pretendían adecuarse al estilo de las viejas, pero desentonaban sin remedio. Se acercó a la fuente del pueblo y refrescó sus pies en el agua. Había poca gente paseando por la aldea. A continuación, se dirigió al bar que estaba justo al lado y se sentó en una mesita de la terraza. Por sus altavoces sonaba bajito una canción titulada *Iron Sky* y él la escuchaba con más interés de lo normal, buscando entre líneas.

—Buenos días. ¿Hablas español? —preguntó la joven camarera al atenderle.

Era morena, delgada y alta, con carácter. Tenía unos ojos llamativos, muy negros y prístinos, y su sonrisa era fresca y bondadosa en aquellos labios gruesos. Unos labios que destacaban sobre su piel lozana haciéndola guapa y atrayente, pero, sobre todo, marcando un gesto de seguridad femenina y una alegría especial.

—Antes lo hablaba casi todos los días, pero hace tiempo que ya no lo entreno. —Y Dainan le preguntó—: ¿Eres de aquí?

—Pues claro que soy de aquí, ¿de dónde voy a ser? —Se echó a reír—. ¿Y tú? Se nota que eres de lejos, pero también tienes acento asturiano. —Ella adoptó una pose extraña—. Mira que eres raro, ¿no? —Volvió a reír por lo curioso que resultaba aquello en un guiri—. Bueno, no soy de aquí si es a lo que te refieres. En realidad, soy del pueblo de al lado —dijo la camarera al mirarse el mandil que llevaba puesto—. Vivo en Llanes, hago esto en temporada de verano para costearme los estudios. —Se encogió de hombros orgullosa—. Bueno, dime, ¿qué vas a tomar? —se interrumpió, como si supiera que no era apropiado dar coba a los clientes.

—Un Aquarius, da igual el sabor. Gracias. —Se quedó un momento mirándola—. Déjame ir contigo. Te acompaño adentro, te pago y así practico un poco mi asturiano, ¿te parece bien?

Ella se retiró el pelo y le miró de medio lado, amenazante y desconfiada.

—Me parece genial —asintió—. De paso, te presentaré a mi padre. Es un hombre de campo malhumorado con manos del tamaño de raquetas de pádel. Ya verás qué felicidad le da al verte. Venga, ven, acompáñame; está dentro cortando zanahorias.

Dainan, que ya había empezado a levantarse para ir con ella, se detuvo a medio hacer y entonces la vio doblarse a carcajadas.

—¡Tendrías que ver la cara que has puesto! —exclamó y continuó riéndose de él sin clemencia, desternillándose.

Dainan se sentó de nuevo en su silla de plástico y no añadió nada. Su rostro no se alteró, ni para bien ni para mal. Solo se quedó mirándola, con esos ojos australianos penetrantes heredados de sus ancestros. De hecho, pensó en marcharse de ahí, pero permaneció porque ella le vigilaba desde el mostrador, como si hubiera leído sus intenciones con la intuición.

—Su refresco, Mr. Blonde. Mezclado, no agitado. —Le guiñó un ojo, traviesa—. No deje que la humedad emborrone el mensaje de su posavasos. —Y se fue a atender otras mesas, mirándole de cuando en cuando con timidez.

Dainan se tomó el refresco de la botella de un trago, sin verterlo en el vaso con hielos que la camarera había preparado. Dejó un billete pequeño de cinco euros sabiendo que sería suficiente, levantó el vaso, cogió el papel doblado que había dejado debajo y se marchó sin volver a mirarla.

La camarera le vio salir apresurado y empezó a pensar que a lo mejor se había comportado mal con él. Sabía que el sentido del humor español era distinto al de otros lugares del mundo y dedujo que quizá la broma había estado fuera de lugar, pero cuando fue a recoger la botella y el vaso pudo comprobar que se había llevado el papel y sonrió al pensar: «Ese chico tiene algo especial —se interrumpió—. Especial… Sí, claro. ¡Que está cañón, reconócelo!», y se echó a reír ella sola como una chiflada.

Dainan llegó a la casa de sus padres. La casa de su memoria. Merodeó durante un rato observando cómo la naturaleza quebrantaba el acceso, adentrándose entre sus muros. Una patrulla de la Guardia Civil pasó al lado mirándole con suspicacia. Dainan levantó la mano para saludar y ellos le devolvieron el gesto, pero, aun así, le observaron con atención desde el coche eléctrico bicolor mientras se alejaban, como si entre ellos y él hubiese un nexo subyacente.

Venían más y más recuerdos. El bonito Renault 11 de sus padres, el viejo Nissan Patrol con que le persiguieron los guardias en otra vida, sus escapadas nocturnas, Kingsley, Natalia, el Gallego, Claudia, el Huesudo, Saya, los extranjeros, Grace, Bríd… y entonces una palabra atravesó todos sus pensamientos como una locomotora descontrolada: ¡guardianes!

Los recordaba. Ahora sí que iban encajando todas las piezas del rompecabezas. El corazón le latía desbocado y sentía que su respiración se aceleraba. El riego sanguíneo le llegaba a la cabeza con pulsaciones frenéticas y apretaba los puños, empezando a saber quién era. Quién había sido.

Era necesario. Tenía que comprobarlo.

Había algo que debía confirmar aquella maraña de recuerdos indemostrables. Empezó a correr por la carretera con las chanclas en la mano, saliéndose de la aldea. Se quedó mirando, identificando algunas referencias visuales. Y entonces trepó entre la maleza por una pequeña colina. Había un escueto camino, exiguo por el paso del tiempo, pero seguía compacto y algo despejado. Los árboles eran distintos, pero no el que él buscaba: ese estaba ahí, a unos doscientos metros.

Se agachó a su lado, pero antes de nada se levantó para confirmar que nadie le hubiera seguido. Sacó una navaja suiza que portaba en su mochila y empezó a picar el suelo. Volvió a levantarse para mirar otra vez, para otear el bosque con atención vigilante, pero no vio nada extraño y regresó a su tarea. La tierra estaba dura y entrelazada por una intrincada red de raíces, pero él continuó escarbando hasta que la

superficie fue adoptando otra textura más desmenuzada y mojada.

Entonces tocó algo distinto y fuera de lugar. Retiró los restos de tierra haciendo un cuenco con sus manos y se quedó mirando el petate impermeable que había desenterrado. Se peinó el pelo hacia atrás manchándose la cara con la humedad arenosa y se dio cuenta de que tenía el corazón sobrecogido.

En su pecho se mezclaban decenas de sentimientos, emociones, dolores, alegrías, crueldades, amores, superaciones, humildades…, y no pudo refrenar todo aquello en su interior. Se le puso la piel de gallina y sintió cómo una energía increíble y bondadosa le abordaba desde dentro. Sacó el macuto del suelo y lo abrió. Dentro estaban las bolsas herméticas que él había dejado años atrás, bolsas donde conservaba sus secretos. En ellas guardó su pistola semiautomática y los cargadores, munición del 9 y del 38, un revólver plateado, una navaja, un pasamontañas y varios cuadernos.

Entonces, algo le desconcentró. Algo se movió entre los árboles y se levantó, con un nudo en la garganta.

Aquel sonido preocupante había deambulado entre los matojos del bosque, pero no lo encontraba.

—¡¿Quién anda ahí?! —Dainan escrutaba sin poder ver.

Entonces optó por hacer otra cosa: se agachó y vigiló el entorno introduciendo cartuchos en el cargador de su pistola, a toda prisa. Cuando tuvo unos cuantos, alimentó la recámara y movió la aleta del seguro del arma, empuñándola con ambas manos, agazapado junto al hueco que había escarbado. Ahí fue cuando lo vio o, más bien, cuando quiso dejarse ver.

Se trataba de un lobo de colores pardos y grises mimetizado con el bosque. Estaba frente a él, sin moverse. Y los dos se miraban con intensidad, sin pestañear. Dainan hizo de sus ojos dos ranuras rasgadas, más de lo que ya eran, y el lobo empezó a acercarse, majestuoso, posando las almohadillas de sus patas en el suelo con lentitud, con la cabeza gacha y afilada. El corazón de Dainan bombeaba tan seguido que calculó que si ese lobo no lo mataba lo haría un infarto.

—Solo quiere saludarte.

Dainan colocó la pistola y su otra mano en los oídos. Era un movimiento en vano porque aquella voz no le llegaba por los sentidos convencionales.

—Te conoce de otra vida, tenéis el mismo guardián. —Se dio la vuelta y vio la estirada sombra de casi tres metros.

Los recordaba, pero de todas formas le impresionó la opacidad infinita, negra y recóndita de aquella silueta. Era una oscuridad vertiginosa y tremenda, como el más vasto de los vacíos lejanos.

—Te conozco —dijo, calmándose—. Os conozco, es cierto.

Dainan se acercó al lobo, despacio. Con respeto. El lobo dio un paso más y él acarició su cabeza con tiento. Era un animal salvaje, poderoso y feroz. Tocarlo no cambiaría eso.

—Ha pasado mucho tiempo. Varias vidas para ti. Aun así, me recuerdas, ¿cómo es posible? —susurró al oído del lobo, acariciándolo con temor.

—La bondad de nuestros actos resuena en el infinito. Muchos están en deuda contigo.

Dainan contempló a su guardián con un brillo reflexivo en la mirada.

—Nadie me debe nada —musitó con sencillez, recordando—. Solo soy un fiel servidor de los dictados de El Orden.

Se levantó encañonando al suelo con la pistola, con ese lobo junto a él protegiéndole, recuperando los detalles de su memoria perdida, trayendo todo el aplomo acumulado en otras vidas.

—Ahora me acuerdo… Mi verdadero nombre es David Fonseca.

Tras su guardián surgieron otras sombras protectoras como ella. El número era incontable. Fue como si acudieran a saludarlo en su despertar. Los protectores estaban erguidos en el bosque, tildando el horizonte verduzco con un tono sombrío e impenetrable.

—El mundo te necesita. Bríd está sola.

Dainan se quedó congelado al escuchar aquello. Sobre todo, porque le hizo revivir el funesto momento de su muerte.

—¿Y Claudia? ¿Está aquí? —preguntó, agitado—. Necesito saberlo.

—En eso no puedo ayudarte. —Hizo una pausa—. Ya sabes cómo funciona.

Los dos permanecieron callados unos momentos hasta que la voz protuberante y gutural de su guardián se manifestó de nuevo.

—Señales. Coincidencias. Sincronicidades —añadió.

Dainan sacó de inmediato el papel doblado que le había entregado la camarera y lo leyó apresurado: «No te enfades conmigo, rubio. Mira, salgo a las dos. Si quieres, puedo ser tu guía».

—¿Es ella? —preguntó a su guardián, pero este no dijo nada—. ¡¿Es ella?! —vociferó, buscando al guardián de Claudia entre la multitud sombría y horadada, pero ninguno se pronunció.

El lobo restregó su lomo por la pierna de Dainan desviando su atención, alejándose por un montículo de helechos y mirándole por última vez antes de irse. Cuando quiso volver la vista sobre los guardianes, el suyo y todos los demás habían desaparecido.

Solo le quedaba aquella hoja de papel con su tinta medio borrada. La observó con fervor, fijándose en la frase final, ilusionado, repitiéndola de nuevo una vez más: «Si quieres, puedo ser tu guía».

ÍNDICE

NOTA DEL AUTOR
Capítulo 1. **V**
Capítulo 2. **Lo dispuesto**
Capítulo 3. **Hacer lo incorrecto**
Capítulo 4. **Personal**
Capítulo 5. **Entre sueños**
Capítulo 6. **Hasta el fin de mis días**
Capítulo 7. **Los sueños de la verdad**
Capítulo 8. **Confía**
Capítulo 9. **Dos en uno**
Capítulo 10. **Confusión**
Capítulo 11. **Ella**
Capítulo 12. **Centinela roja**
Capítulo 13. **Aprender a estar bien**
Capítulo 14. **Amor sin nombre**
Capítulo 15. **Desconectados**
Capítulo 16. **La señal ignorada**
Capítulo 17. **Una verdad**
Capítulo 18. **Enlazando realidades**
Capítulo 19. **El aviso**
Capítulo 20. **Inevitable dolor**
Capítulo 21. **El vínculo**
Capítulo 22. **Fragmentado**
Capítulo 23. **Arrabal**
Capítulo 24. **Puro cariño**
Capítulo 25. **Afines desafinados**
Capítulo 26. **El enviado**
Capítulo 27. **Elegido**
Capítulo 28. **Recuerdos del más allá**
Capítulo 29. **El papel**
Capítulo 30. **El gancho**
Capítulo 31. **Credo**
Capítulo 32. **Trazas del subconsciente**

Capítulo 33. **Cerca y lejos**
Capítulo 34. **Amor de amistad**
Capítulo 35. **El guerrero sombrío**
Capítulo 36. **El precio de la libertad**
Capítulo 37. **Tregua sin paz**
Capítulo 38. **Alas para volar**
Capítulo 39. **El camino correcto**
Capítulo 40. **No me lo digas**
Capítulo 41. **Las apariencias no existen**
Capítulo 42. **El agnóstico**
Capítulo 43. **El poder de los deseos**
Capítulo 44. **Juntos**
Capítulo 45. **Solo por hoy**
Capítulo 46. **Lágrimas de amor**
Capítulo 47. **Memorias del futuro**
Capítulo 48. **Fuera de sí**
Capítulo 49. **Guerreros de luz**
Capítulo 50. **La libertad del alma**
Capítulo 51. **Unidos entre sí**
Capítulo 52. **Enlaces eternos**
AGRADECIMIENTOS
Capítulo final. **Mi verdadero nombre**